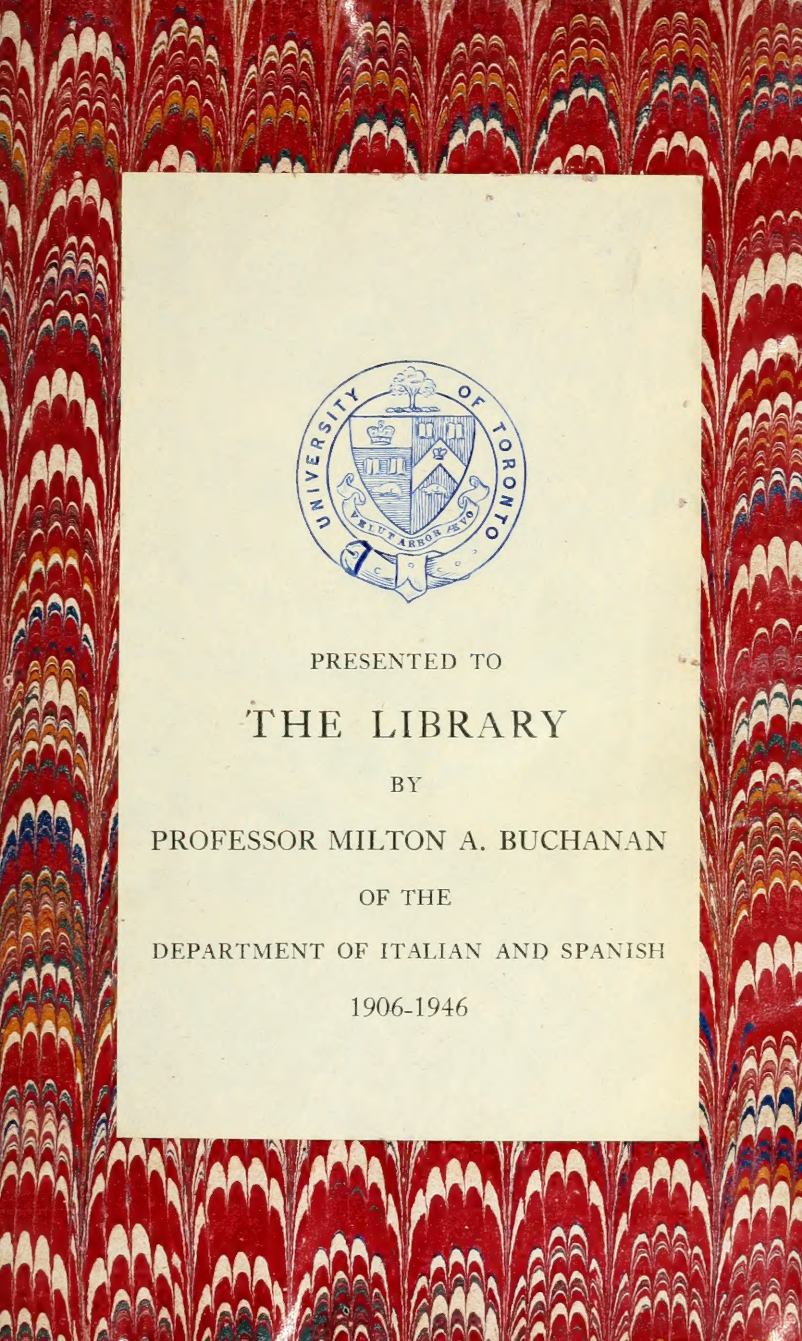
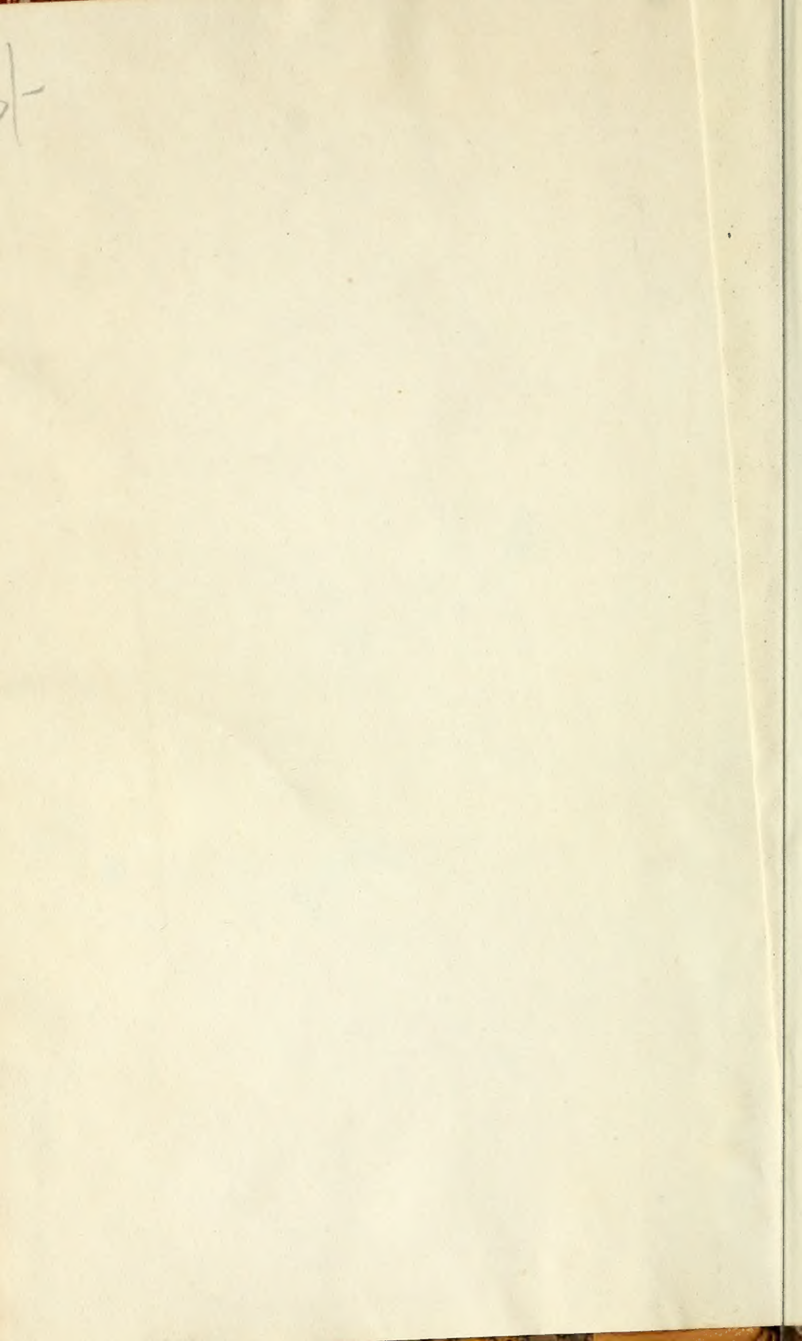




ITALIA-ESPAÑA
GUÁRDESE COMO
JOYA PRECIOSA
EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

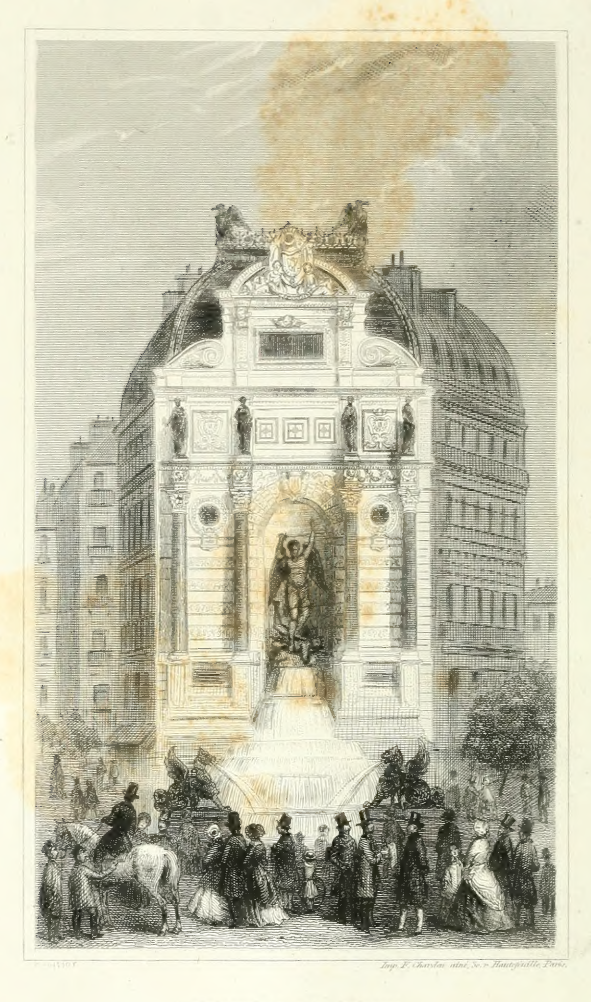

UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO



PARIS

LONDRES Y MADRID

París. — Imprenta de E. Thunot y C.ª, calle Racine, 26.



FUENTE DE SAN MIGUEL.
(Paris)

D. EUGENIO DE OCHOA

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

PARIS

LONDRES Y MADRID

PARIS

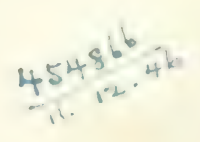
BAUDRY, LIBRERIA EUROPEA,

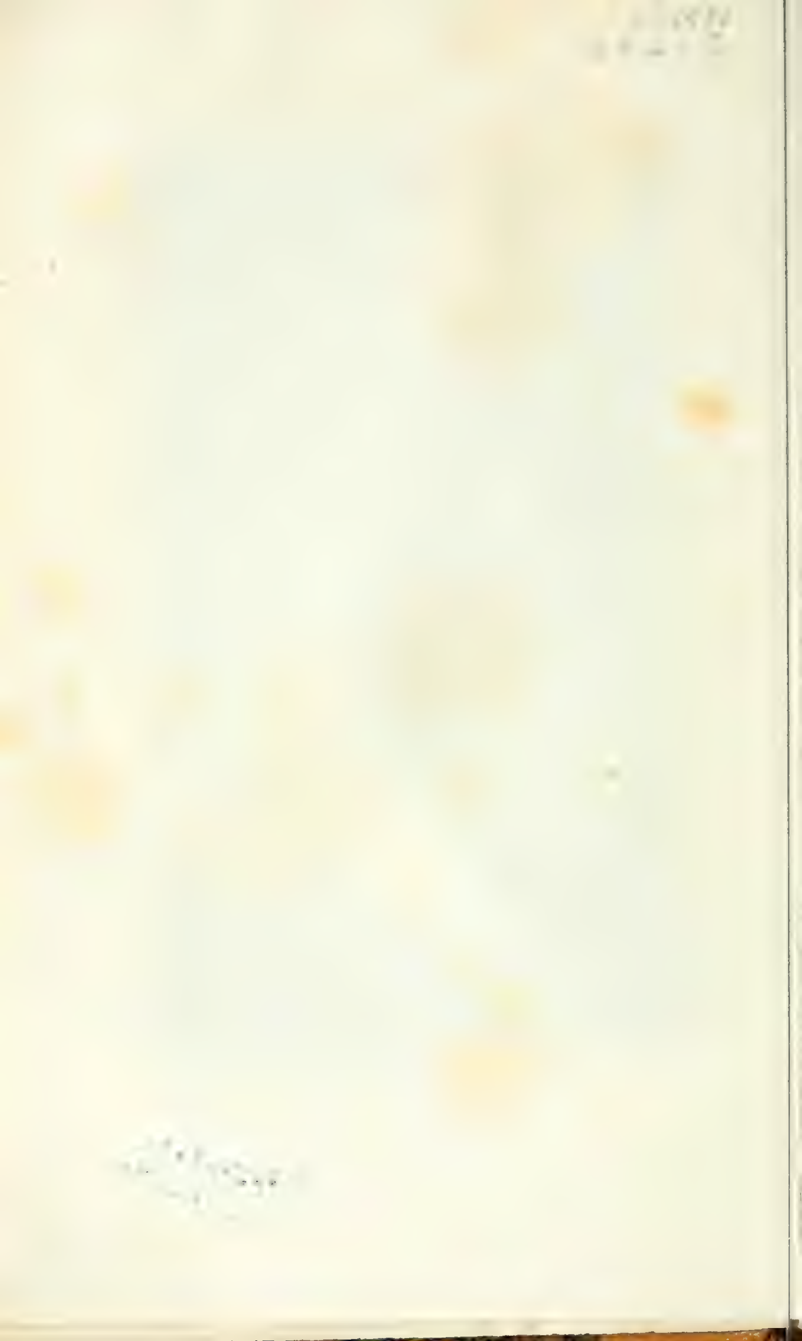
DRAMARD-BAUDRY Y Cª, SUCCESORES,

[illegible]

—

[illegible]





A MI QUERIDA HIJA ANGELA.

ANGELITA MIA.

Recibe como prenda de mi entrañable cariño este libro, todo lleno para mí de tristes recuerdos. Empezado y escrito lo mas de él en el destierro, concluido de imprimir en medio del mas amargo trance por que he pasado en mi vida, quiero que tu amado y dulce nombre puesto en la primera de sus páginas sea como un rayo de luz que le ilumine á los ojos de mi alma, hoy tan duramente herida, y le perfume al mismo tiempo en cierta manera con un destello de tu candor y tu hermosura. Eres hoy además tan desgraciada, hija de mi corazon, es tan grande mi angustia al verte postrada en tu lecho, víctima inocente de un acaso terrible, de aquellos que en fuerza de ser tan inmerecidos y tan crueles llegan casi á hacernos dudar de la bondad de Dios — (¡perdona, Dios mio, este grito de mi dolor!), que á veces se me figura que no tengo mas hijos, mas pensamiento, ni mas amor que tú en este mundo; natural es pues que no pudiendo demorar ya más la publicacion de este libro sin comprometer intereses ajenos, á tí sea, Angela mia, á quien lo dedique tu desconsolado padre

EUGENIO.

París, 18 de marzo 1861.

PARIS

PARIS

LONDRES Y MADRID

PARIS

I

Paris, mayo de 1855.

¡PARIS!... Al considerar los innumerables escritos de que ha sido objeto desde remotos siglos hasta el presente, pareceria á primera vista que todo está ya dicho y nada queda por decir acerca de esta grande y magnífica ciudad, que, en opinion de los mas discretos viajeros, no tiene igual en el mundo. Yo creo, sin embargo, que este es un tema todavía no agotado, y mas diré, creo que es un tema *inagotable*. Creo tambien que este es el único pueblo del cual se puede estar hablando siempre, sin que deje por eso de quedar siempre mucho que decir en bien y en mal; en bien sobre todo. Procuraré explayar esta idea por medio de algunas consideraciones generales.

¿Cuál es la verdadera razon de ese grande, de ese inexplicable prestigio que corona, como una aureola, el conjunto de esas cinco letras que unidas forman el nombre de Paris? Analicemos la impresion que esa palabra produce generalmente en los ánimos, así de los que conocen como de los que no conocen por experiencia propia la *cosa* que representa — ó para hablar mas claro, así de los que han visitado, como de los que no han visto nunca esta encantadora poblacion.

Lo digo con entera seguridad de no ser desmentido, por mas que tal cual singularísima excepcion venga aquí, como en todos los casos verdaderos, á confirmar la regla : — en los oidos de los que no conocen á París, este nombre suena como una palabra mágica que hace vibrar reciamente las mas recónditas fibras de la *curiosidad* y del *deseo* consiguiente de conocerle. Quien nunca haya experimentado este deseo ni aquella curiosidad, bien puede decir que está desprovisto de todo rastro de imaginacion. En los que conocen esta ciudad, y están ausentes de ella, la sensacion que su nombre despierta es la de un deseo vehemente, cuando no vehementísimo de volverla á ver, de residir de nuevo en ella y disfrutar una vez mas sus *indecibles* encantos. No sin intencion he escrito este epíteto de *indecibles*, que aquí no es una mera hipérbole ni una expresion figurada en el sentido de grandes ó raros : es una palabra llena de verdad, porque en efecto, no es posible *decir* ó expresar con exactitud la razon, *el por qué* de esos encantos. Tambien procuraré explicar esto, mas no será sin hacer una observacion que me parece exacta y nueva ; á lo menos no recuerdo haberla visto consignada en parte alguna. Tampoco la doy por *invencion* mia —

entonces no seria exacta; mi único mérito, si lo es, consiste en haberla recogido de los labios del comun de las gentes..... que no escriben sus observaciones, aunque las hacen en mayor número y mejor que los filósofos y los escritores de oficio. Así sucede con todas las verdades de observacion: todas flotan en la atmósfera, digámoslo así, como patrimonio comun de *todo el mundo*, hasta que llega un cualquiera, y sin mas trabajo que el de darles forma concreta en una frase ó en dos ó en ciento, se las apropia y se convierte en su autor, no siéndolo ciertamente.

No es otro el mérito de los que se llaman grandes observadores: hacen lo mismo que un hombre enmedio de florida selva cuando *se convierte en dueño* de abundantes flores y frutas, sin mas trabajo que el de irlas cogiendo y guardando: la cuestion está en encontrar esa selva.

II

Largo preámbulo parecerá este para lo poco que va á venir despues de él, como consecuencia suya; pues se reduce á decir que aquel deseo de volver á París, que antes supuse grande en todos los que conocen un poco esta hermosa ciudad, es grandísimo en los que la conocen mucho. Para sujetar esto á fórmula, diré que está en razon directa del tiempo que han pasado en ella: — es tanto mayor cuanto mas la conocen. Como todas las cosas verdadera y sólidamente buenas, Paris gana en ser conocido. Un buen libro gusta mas á la segunda lectura que á la primera: el *Don Giovanni* de Mozart, el *Freyschütz* de

Weber, que pasan por las dos mejores óperas del mundo, no revelan todos sus tesoros de melodía sino al que ha tenido la fortuna de oirlas muchas veces. Acabo de releer el *Quijote*, ciertamente por vigésima vez, aunque no llevo la cuenta,—pero declaro que ahora como siempre, he encontrado en él primores que se me escaparon en la lectura anterior : estoy seguro de que lo mismo me sucederá cuando le haya leido otra vez..... y otras. Doce años de mi vida he pasado en esta ciudad estudiándola, como procuro estudiar y conocer todo lo que me rodea; y la verdad es que no pasa dia sin que descubra en ella algun nuevo motivo, que me explique la universal aficion de que es objeto.

Ya he dicho que esta aficion es tanto mayor, cuanto mas se conoce á París ; réstame hacer otra observacion no menos exacta, y que se enlaza lógicamente con aquella, aunque á primera vista parezcan contradictorias. Veamos el hecho ; luego procuraré hallar su explicacion, que juzgo aplicable á una infinidad de casos análogos. La primera impresion que produce la ciudad de París en la mayoría de los forasteros, suele ser desagradable, y esa impresion de desagrado suele tardar en borrarse lo bastante para que les quede poca gana de volver á verla á los que han pasado en ella una temporada corta. Esto es sobre todo comun en los españoles, y en nuestros americanos; rarísimo es el que los primeros dias no está rabiando en París contra el cielo apizarrado, contra los barros de las calles, contra el contínuo llover, contra las distancias enormes, contra el ruido y el tropel de los carruajes, y..... en suma, contra todo. Generalmente esos primeros dias están mareados y aburridos; como todavía les dura el cansancio del camino,

no conocen á nadie, se pierden á poco que se alejen de su *hôtel* sin guia, gastan un dineral, no saben ó saben mal la lengua, encuentran bruscamente interrumpidos todos sus hábitos de vida, y por último, á poco que se descuiden, suelen ser víctimas de mil y mil accidentes á que en todas partes, y aquí sobre todo, está siempre expuesto el que no conoce la tierra que pisa, lo mas comun es que á poco de haber llegado á París, se apodere de ellos un deseo impaciente de volverse á sus hogares y perder de vista para siempre lo que ellos llaman con risible despecho *¡este infierno!* Seamos justos : nada mas natural que esta série de impresiones, que cien veces he observado en cabeza ajena, y que algun dia me enseñó la experiencia propia. ¡Son aquí las costumbres tan distintas de las nuestras! ¡tienen tanto encanto para nosotros meridionales el limpio sol, el cielo azul de nuestros climas! Y luego, hay que advertir otra cosa, muy poco tomada en cuenta : suele ser tan exagerada,—ó mejor dicho, tan absolutamente *falsa* la idea que se tienen formada de esta ciudad los que la visitan por primera vez, que no encontrando en ella nada de lo que su imaginacion ó errados informes les habian hecho esperar, pasan por lo comun de un extremo á otro,—de la admiracion al desprecio, si absurda aquella por no razonada, mas irracional aun este por absurdo. No es *exagerada*, repito, la idea de las excelencias de París que suelen traer nuestros paisanos, pues ciertamente no les han dicho, ni con mucho, todo lo bueno que encierra ; — á cien leguas están de sospechar siquiera hasta qué punto llega esta bondad. Por ejemplo,—y para no citar mas que un solo accidente, — es seguro que ni aun los que mas fanatizados vienen con los atractivos de esta gran ciudad,

saben que hay en París algo que vale todavia mas que París mismo (para el gusto de muchas gentes que lo tienen muy bueno), y es *sus alrededores*, su campo, verdadero Eden cuyas delicias son una de las pocas cosas buenas de su país que los franceses no ponderan mas de lo que valen, ni aun tanto. La campiña de París merece por sí sola que se haga desde Madrid un viaje para verla; y sin embargo, la mayor parte de nuestros compatriotas vienen y se van sin saber que hay aquí, á una legua, á media, á un tiro de cañon de las fortificaciones, sitios encantadores, asilos campestres que en su género no tienen igual en el mundo.

III

¿Por qué razon es París la ciudad predilecta de todos los que la conocen bien? ¿Es por ventura la mas hermosa del mundo? ¿es la mas rica? ¿es la mas grande? ¿es la que ha debido á la naturaleza, al arte, ó á la naturaleza y al arte reunidos, mayores encantos? Seguramente que no. Varias ciudades de Italia, especialmente Florencia, son mas hermosas que París : Lóndres es una ciudad mayor y mas rica. Mucho mas que por París han hecho por Nápoles la naturaleza, y el arte por Roma.

Si se hubiera de designar á las ciudades con nombres emblemáticos, Roma pudiera denominarse Artistópolis, la ciudad de los artistas y de los anticuarios; Lóndres, la de los industriales y los comerciantes, Traficópolis; Madrid pudiera tomar un nombre que significase *centro de buena sociedad*, pues creo que no la hay mas agradable en el

mundo que la suya; Nápoles podria llamarse en todas las lenguas el paraíso terrenal. Adoptado este sistema de nombres significativos, el que corresponderia á Paris, y solo á París, es el de *Panópolis* ó *Ciudad para todos.* Porque esta es si no me engaño, la verdadera diferencia que distingue á esta ciudad de todas las demás, y el rasgo característico, único, ingénito, digámoslo así, que establece su indisputable superioridad sobre todas ellas. Y esta superioridad no es de ahora: ha existido siempre, á lo menos (para no remontarme á épocas antiguas y engolfarme en una erudicion intempestiva) de dos siglos á esta parte. Que hoy, merced á las increibles mejoras que debe París á su actual emperador, sea esta ciudad el asombro de Europa, y en cierto modo, el blanco de todas las miradas, no es en verdad difícil de comprender. Las gigantescas obras del Louvre, de la calle de Rívoli, de los nuevos baluartes (*boulevards*); su admirable policía, su administracion municipal que es un modelo, y cien razones mas que no hay para qué enumerar, justifican el título que ya se le dá metafóricamente, y que al paso que va, es regular que pronto se le dé, en sentido recto, de *Capital de Europa*: —pero ¿cómo se explica que tuviese esta misma importancia relativa y este mismo prestigio que hoy disfruta cuando era una ciudad fea, sucia, pésimamente administrada en el órden moral, una sentina de vicios y un sumidero de inmundicias? Esto es lo singular; esto es lo que no se explica sino admitiendo como una verdad lo que decia antes,—á saber, que es peculiar é *ingénito* en esta poblacion el carácter de universalidad que solo ella posee. Con esto se enlaza tambien lo que igualmente indicaba poco ha, sobre que los encantos de París son *indecibles*, en el sentido de

que no se explican, ó por lo menos son muy difíciles de explicar sin largos rodeos y toda clase de figuras retóricas. A explicarlo aspiro sin embargo: no tiene otro objeto todo lo que voy escribiendo.

IV

En París existen todos los contrastes, se encuentran todos los extremos, y hay por consiguiente satisfaccion posible para todos los gustos: hé aquí en resúmen la clave de su prestigio y de su superioridad, porque no estará de mas repetir que esto *solo aquí sucede*. París es al mismo tiempo el pueblo mas caro y el mas barato (entre las grandes ciudades, se entiende; en este análisis como en todos, no puede caber comparacion sino entre entidades proporcionadas);—el mas bullicioso y el mas sosegado; el mas corrompido y el mas virtuoso, en el sentido de que es donde se encuentran los mayores vicios y las mas grandes virtudes. Aquí se puede comer *bien* por veinte luises ó por veinte sueldos: para pasar de las delicias de Capua á las austeridades de la Tebaida, basta trasladarse de la *Chaussée-d'Antin* á la calle de *Servandoni*. Aquí se encuentra la antigüedad romana, cierto muy derruida, en las Termas de Juliano; la edad media bajo las solemnes bóvedas de Nuestra Señora y de *Saint-Germain-l'Auxerrois*; el renacimiento en el *Louvre* y en cien partes; nuestro siglo, con todas sus pompas y todos sus maravillosos progresos, en los caminos de hierro, en los telégrafos eléctricos, en los barrios de nueva planta,—y para decirlo todo de una vez, en una cosa que vale mas que todas esas

conquistas materiales, y es en la perfecta *libertad civil* que aquí se disfruta, y que es la gran conquista, y como el compendio y corona de todos los adelantos del siglo. Verdad es que por el pronto no hay aquí otra; pero no parece hasta ahora que esta gente lo lleve muy á mal. La prosperidad pública, el bienestar particular van en un aumento asombroso. Esas cuatro épocas históricas que he citado, para no descender á mas pormenores, conservan aquí su carácter propio y entero, en lo posible, mas que en otro pais alguno. No hay en lo humano, aficion, gusto ó capricho que no se pueda satisfacer cumplidamente sin salir de París, lo cual no puede decirse en verdad de otra ciudad alguna. El hombre estudioso tiene aquí las mas ricas bibliotecas, las mejores cátedras, las primeras academias del mundo : el artista, ó el mero aficionado á las artes no encontrarán aquí tanto tesoro, pero sí mucho mayor movimiento artístico que en la misma Roma. Los que se entusiasman con las cosas de la milicia, están aquí en sus glorias, dado que París es el pueblo militar por excelencia : los ejercicios de Vincennes, las revistas del Campo de Marte, los vuelven locos. Los que por las tendencias místicas de su espíritu se complacen en el silencio y el retiro propicios á la vida contemplativa, vayan á los sosegados barrios á que dan sombra las majestuosas moles de San Sulpicio, y allí, en algunas de aquellas tortuosas y oscuras calles donde el tránsito de un coche es un fenómeno singular y en las que involuntariamente se cree uno trasportado al siglo XIV, oirá el grave y compasado tañido de las campanas, y encontrará á cada paso hábitos clericales y respirará una atmósfera eminentemente levítica. No se habla allí mas que del último sermon del P. Hermann, de

la próxima novena de la Vírgen, ó de las conferencias del P. Ventura. Ni en Toledo, ni en el Burgo de Osma se encontrará un *devotismo* mas general ni mas estrecho : moralmente hablando, San Sulpicio dista del París profano tanto como la tierra del cielo. Los que se dejan llevar el alma y los sentidos tras de los placeres mundanos, tienen aquí ¿quién lo ignora? muy añadido y mejorado el paraíso de Mahoma. Las *huris* de este falso profeta no eran mas que unas pindonguillas, comparadas con las loretas de la *Maison d'or* (1) y las *ratas* (2) de la Opera : los cocineros que aderezaban aquellos famosos manjares á cuyo influjo vivificador renacia en los extenuados cuerpos la llama del deseo, eran de seguro unos zarramplines al lado de Chevet y de Potel.

Para vivir con un lujo extremado, Lóndres ofrece tantos, aunque no mas recursos que París; en cambio allí no se puede vivir *bien* con poco dinero, y aquí sí. París es tan delicioso, á su manera, para el pobre como para el rico. Allí el pobre vive miserablemente : todo le rechaza; todo le es hostil; nada está previsto para él, todo lo está para el poderoso : aquí vive feliz, aquí goza ó puede gozar, *á su manera*, repito, tanto como el rico. Aquí un clima generalmente apacible, una abundancia fabulosa, y la consiguiente baratura de los objetos de primera necesidad, y mas que todo, las *costumbres* (producto acaso de la influencia católica) le proporcionan goces de que el

(1) Fonda célebre.

(2) *Rats* : apodo con que los *leones* ó elegantes designan á las jóvenes bailarinas de la Academia imperial de música.

pueblo inglés no tiene idea..... Pero dejo este paralelo para mi próximo viaje á *Lóndres.*

Para vivir modestamente, con poco dinero y bien, esto es, para no pasar hambre ni sed, aunque sí mucho frio en invierno y algun calor en verano, Madrid no vale menos que París; en cambio para los que aspiran á gozar, en todos sentidos, lícitamente y, sobre todo, con los goces del espíritu, no hay comparacion posible entre las dos ciudades. Cuando regrese á Madrid, pondré esto mas en claro.

V

Hasta ahora no he hecho mas que apuntar al correr de la pluma algunas de las causas en que se funda, á mi juicio, ese carácter de *universalidad* que atribuyo á París y que constituye su superioridad indisputable sobre todas las ciudades del mundo; voy ahora á desarrollar esta misma idea con algunos pormenores.

Por ejemplo, decia yo antes que en París se encuentran todas las épocas históricas representadas y como *vivas* en hermosos monumentos;—grande atractivo para el artista, para el arqueólogo, para el historiador, para el poeta, para todos los hombres de imaginacion; en una palabra, para una infinidad de personas. Verdad es que otras muchas se rien de lo que ellas llaman desdeñosamente—*esas antiguallas*, y no andarian diez pasos por ir á verlas; pero tambien para estas gentes *positivas*, como ellas mismas se denominan, tiene París sus especiales encantos. Barrios enteros encontrarán aquí, construidos de ayer con la fria regularidad de un tablero de damas, que no ofrecen á la

imaginacion ni un solo recuerdo, pero que en cambio tienen el mérito positivo de presentar reunidos todos los adelantos del moderno *confort*. Tambien esto tiene su valor; sin embargo, estoy por la opinion de los que miran como uno de los mayores atractivos de París la multitud de recuerdos históricos que á cada paso brotan, por decirlo así, de cada una de las viejas piedras de sus venerables edificios antiguos.

Voy á pasar revista á algunos de esos edificios acompañados de sus recuerdos, como el cuerpo de su sombra. A veces no son los edificios los que hablan mas aquí á la imaginacion, sino los *sitios* en que han pasado grandes cosas. Recorreré tambien algunos.

VI

La isla llamada *la Cité*, cuna del actual París y que fué algun dia París entero, está poblada de recuerdos poéticos de la antigüedad romana, de las invasiones bárbaras y de la edad media. Entre estos últimos, campea sobre todo el de los trágicos amores de Abelardo y Eloisa. En el muelle hoy llamado de Napoleon (*quai Napoléon*), en el punto en que remata en él la calle *des Chantres*, se ve (yo la he visto, ayer mismo) una casa de regular apariencia, señalada con los números 9 y 11 : en el solar que ocupa esta casa, vivieron aquellos dos célebres amantes. Al pié de aquellas ventanas acudian en tropel las turbas de estudiantes á entonar los cánticos de amor compuestos por el enamorado filósofo en honor de su Eloisa. Todo el pueblo la conocia, todos estaban en el secreto de aquellos nobles amores,

segados en flor por la inexorable venganza del canónigo Fulberto. Una inscripcion en letras de oro esculpida en una lápida de mármol blanco recuerda en estos términos el nombre de aquellos ilustres amantes :

ANTIGUA HABITACION DE ELOISA Y ABELARDO

1118.

REEDIFICADA EN 1849.

Encima de las dos puertas que dan á la calle, dos medallones de piedra representan el uno á Eloisa, el otro á Abelardo, ambos de perfil y mirándose cara á cara como si todavía quisieran decirse su amor,—como si su amor debiese durar en el mundo tanto como la fama de sus nombres.

El *Palacio de Justicia* y la *Santa Capilla*, precioso monumento de la mas bella arquitectura gótica, son inseparables de la memoria de San Luis, aquel gran rey de quien dice una de las mas malignas redondillas popularizadas en España por el espíritu de partido, durante la guerra de la Independencia :

San Luis, rey de Francia, es
El que con Dios pudo tanto,
Que para que fuese santo
Le dispensó el ser francés.

Graciosa pero muy injusta invectiva contra una nacion que ha producido tantos y tan gloriosos santos como la que mas. Una curiosa anécdota va unida á la llamada *Torre del Reloj* que forma la esquina del Palacio sobre el mercado de las Flores.—En el año 1370, Cárlos V denominado

el *Victorioso*, gracias al famoso Duguesclin ó Bertran Claquin, como le llaman nuestras historias, hizo construir el primer reloj de pared conocido en Francia, obra del ingeniero mecánico aleman Enrique de Vic. El rey le dió habitacion en la torre misma del Palacio de Justicia en que debia construirse el reloj y que es la misma que aun lleva este nombre, y al cabo de poco tiempo, con universal asombro de los parisienses, la desconocida máquina empezó á dar las horas, las medias y los cuartos y á apuntar los minutos en el cuadrante, maravilla que duró unos veinte años.

Sucedió empero una mañana del mes de junio que el reloj amaneció mudo. Era ya muy entrado el dia, el tiempo habia caminado segun costumbre y el reloj no daba hora ninguna: el minutero permanecia clavado en un punto. ¿Qué maleficio habia caido sobre la maravillosa máquina? El vulgo alborotado con aquella novedad agota en sus hablillas todas las conjeturas imaginables y forma un gran tumulto al pié de la silenciosa torre, cuando acierta á pasar por allí, gravemente montado en su mula, y dirigiéndose al Consejo del rey el señor de Orgemont, canciller de Francia. Infórmase el magnate de la causa que así trae al buen *popular* de París arremolinado é inquieto, y noticioso de lo que pasa, manda abrir las puertas de la torre, en la cual penetra acompañado de su escolta, no sin recelo de alguna emboscada del demonio. Llegan al cuarto del relojero y le encuentran muerto, tendido en el suelo, los ojos inmóviles, vuelta la cara hácia la portentosa máquina, inmóvil y muerta como él. La llave con que la habia dado cuerda el dia ántes, estaba todavía entre sus dedos crispados; sin duda que momentos

ántes de morir habia querido revisar su obra, admirarla, añadirle tal vez alguna nueva mejora. La vida del artífice y el movimiento del reloj habian cesado en un mismo punto, como si á ambos los sustentara y dirigiese una misma alma.

Cuando dos siglos despues, en 1585, se sustituyó á la informe máquina del aleman Enrique de Vic otra algo menos imperfecta, un poeta jurista tuvo la feliz idea de estampar encima de ella este dístico que todavía se conserva como una saludable leccion de justicia, fundada en la exacta division del tiempo:

Machina quæ bis sex tam juste dividit horas,
Justitiam servare monet, legesque tueri.

A pocos pasos de esta torre, sobre el muelle, se halla la llamada de la *Conciergerie*, donde todavía se conserva la estancia á que fué trasladada desde la prision del Temple, la desgraciada reina María Antoneta.

VII

En los barrios antiguos de París apenas puede darse un paso sin tropezar con algun sitio consagrado por la memoria de algun hecho célebre: esta ciudad ha metido siempre tanto ruido en el mundo que su crónica particular es, algo mas ó algo menos, conocida de toda persona medianamente instruida. Los franceses, en fuerza de su actividad y de su fecundidad inauditas, han logrado que las cosas de su país sean mas conocidas en España, por ejemplo, que las nuestras propias:—creo que lo mismo ha de suceder en todos los países. A sus novelistas debe

principalmente la Francia el privilegio de su asombrosa popularidad en el mundo. Pocos extranjeros habrá en París bastante ignorantes para pasar por la calle de la *Ferronnerie* sin buscar en ella el sitio en que el puñal de Ravaillac traspasó el noble corazon de Enrique IV ; pocos pasarán por delante de la gran fachada del Louvre que mira al rio sin buscar la ventana maldita, fácil de reconocer por su restauracion reciente, desde donde Cárlos IX dió la señal de la matanza de los desprevenidos hugonotes en la horrible noche de San Bartolomé..... Asi lo cuentan á lo menos. ¿Será verdad? — ¡averigüelo Vargas!

Pocas veces he pasado por la calle de *l'Ancienne Comédie* sin entrar un momento en el famoso *café Procope* donde todas las tardes tomaba Voltaire lo que él llamaba un *veneno lento*, — muy lento, tan lento que hacia ochenta años, decia, que lo estaba tomando y todavía no habia empezado á sentir sus efectos mortales : aquel veneno era el café. Allí se reunia la flor de los *beaux-esprits* de su época : aquel era el cuartelgeneral de los enciclopedistas. Bajando hácia la calle *Dauphine*, cruzando el Puente Nuevo y dirigiéndose al *Marais*, se encuentra en la calle de *Francs-Bourgeois* el palacio en que vivió y murió, envenenada á lo que se cree, la hermosa Gabriela d'Estrées, el ídolo de Enrique IV..... y de tantos otros antes y despues de él.

En la plaza *Dauphine*, el fanatismo, y mas aun la rapacidad de Felipe el Hermoso, levantó la hoguera del gran maestre Santiago Molay y de sus valerosos templarios.

El nombre de la calle de la *Jussienne* (corrupcion de *l'Égyptienne*, la Egipcia ó Gitana) recuerda una antigua leyenda que tal vez inspiró á Victor Hugo su deliciosa creacion

de la Esmeralda. La historia es la misma: trátase de una pobre y linda gitanilla, requerida de amores por un soldado, por un clérigo y por un miserable contrahecho, en quienes cualquiera reconocerá al capitan Febo, á Claudio Frollo y al campanero Quasimodo de *Nuestra Señora de Paris.* Tambien la antigua *Jussienne* iba acompañada de una cabrita sospechosa, segun dice la leyenda, y esta fué la ocasion de su desastrada muerte. Lo repito, la historia es la misma, pero vivificada en nuestros dias por el genio de Victor Hugo.

En la calle de *Bièvre* vivió el Dante, proscrito de Florencia por los güelfos vencedores. En la iglesia de los Celestinos estuvo enterrado nuestro ilustre Antonio Perez: ya su sepulcro no está allí ni he podido dar con él. Otro noble recuerdo español despierta el docto y austero recinto de la Sorbona, y es el de los triunfos escolásticos de nuestro gran padre Juan de Mariana en las disertaciones públicas de esta célebre escuela de teología, entonces la primera del mundo.—En el cementerio del padre Lachaise yacian hasta su reciente traslacion á España, con los del malogrado Donoso, los restos mortales de Moratin.

A pocos pasos de la calle del *Four Saint-Honoré* se ven todavía los arcos llamados *Piliers des Halles* (pilares de los mercados), tan afamados en la historia de Paris, y detrás de ellos, á pocos pasos tambien, se ve la casa en que nació Molière, fácil de reconocer por la inscripcion y el busto del gran poeta, que la adornan. ¿Qué extranjero culto querrá dejar á París sin ir á saludar con respeto y cariño la cuna del autor del *Misántropo?* Muy cerca de aquel sitio, otro objeto de curiosidad atrae necesariamente á todas

las personas de gusto, y es la elegantísima fuente que se alza en medio del mercado de los Inocentes, toda decorada con preciosos bajo-relieves de Juan Goujon (1).

VIII

La primorosa iglesia de *Saint-Germain l'Auxerrois*, empezada en el siglo XIII y concluida en el XV, verdadera joya de arquitectura gótica, aunque menos pura que la *Sainte-Chapelle*, y admirablemente restaurada, como esta, de poco tiempo á esta parte; la torre aislada de *Saint Jacques-la-Boucherie*, de principios del siglo XVI, y cuya restauracion se está haciendo ahora cabalmente para que sea uno de los muchos ornatos de la gran calle de Rivoli ; la iglesia de *Saint-Étienne du Mont*, tambien del siglo XVI, elegante muestra de arquitectura ogival, célebre por su precioso *jubé*, por sus vidrieras de colores, sus pinturas y su sepulcro de Santa Genoveva; la Casa de la Ciudad (*Hôtel de Ville*), monumento arquitectónico de gran mérito, y tan lleno de recuerdos que bien puede decirse que en él está compendiada la historia de París; la catedral (*Notre Dame*) cuya primera piedra asentó á mediados del siglo XII el papa Alejandro III, y á la que ha dado una indecible juventud y como una vida nueva el soberano ingenio de Victor Hugo ; las iglesias del *Val de Grâce* y de Santa Genoveva con sus magníficas cúpulas, pintadas aquella por Mignard, esta por M. Gros; el palacio del *Luxemburgo*,

(1) Hace un año fué trasladada al sitio que hoy ocupa, en la *rue aux Fers*, junto al nuevo mercado, restaurada con sumo gusto y cercada de un lindo jardin.



residencia primero de María de Médicis y luego de tantos poderes efímeros, ya cárcel, ya cámara de los pares, hoy Senado!... todos estos edificios y otros cien que podria citar están poblados, como decia ántes, de recuerdos llenos de interés para el historiador, para el filósofo, y sobre todo para el poeta. No creo que haya bajo este punto de vista, otra ciudad mas poética en el mundo, aunque sin duda las hay que *lo parecen mas*, por ser mas pintorescas ó por poseer algun especial mérito de situacion ó clima, como Granada, Venecia, Nápoles ó Sevilla. Ninguna de estas poblaciones, y ninguna otra del mundo, si se exceptúa á Aténas y á Roma, habla tanto á la imaginacion como París, porque en ninguna han pasado tantas y tan grandes cosas como aquí, ni se conservan tan bien ni en tanto número testimonios patentes de aquellas cosas pasadas. Otras ciudades han tenido una época dada en la que han brillado mucho, eclipsando á las demás : París ha brillado constantemente; por eso conserva innumerables monumentos de todas las edades, á que *va unido algun recuerdo*. Desde el palacio de Cluny, levantado en el siglo XV sobre las ruinas del que edificó á principios del IV el emperador Constancio Cloro, hasta la plaza de la *Concordia*, donde todavía cree uno ver levantarse como un sangriento espectro el cadalso de la Revolucion, París ofrece en su vasto recinto al observador estudioso, materia para una no interrumpida serie de meditaciones continuadas al través de los siglos. Cada edificio es un capítulo del elocuente curso de historia antigua, de la edad media y de la moderna que la arquitectura ha ido escribiendo aquí con piedras en el suelo mas fielmente que los analistas con letras sobre el papel.

IX

París, junio de 1855.

Es incalculable el número de ideas falsas que circulan por el mundo como verdades corrientes, y que sin embargo no resisten á la prueba de unos pocos momentos de reflexion. Esto basta; luego, cuando á pesar de fundarse en tan deleznable base la creencia general de que son objeto, continúan pasando por verdades, ¿qué debemos deducir de aquí? Una cosa muy triste, mas por lo mismo, ¡ay! muy cierta, á saber, — que nada es mas raro en el hombre, el ente razonable por excelencia, que el uso de la razon. Las cuatro quintas partes de los hombres no raciocinan; de la otra quinta restante, mas de la mitad raciocinan mal, y la razon en sus manos es un arma nociva. Por eso sin duda, se ha dicho que el hombre que piensa es un animal depravado, y bajo cierto punto de vista es verdad; pero para que esta máxima fuese completamente exacta, deberia decirse que es un animal depravado el hombre que piensa mal, ó que hace un mal uso de su razon.

No lo hacen muy atinado, en mi sentir, los que se quejan muy formales de que en Francia y sobre todo en París, no se ejerce ya como cuentan que se ejercia antiguamente y se ejerce todavía en nuestros pueblos de provincia, la *virtud de la hospitalidad*. No negaré yo, Dios me libre, que la hospitalidad sea una virtud; pero niego que sea hoy posible su ejercicio en las grandes poblaciones, y me inclino mucho á dudar que en las pequeñas en que aun se practica, sea una virtud. Es una necesidad y nada mas;

es acaso producto de un cálculo, fundado en aquello de *hoy por tí, mañana por mi;* pues en efecto, en los pueblos donde no hay fondas, ni posadas, ó las hay tan malas que es como si no las hubiera, las gentes tienen por necesidad que ser hospitalarias, para que á su vez lo sean otros con ellas cuando lleguen á necesitarlo. Y como esta necesidad es tanto mas apremiante cuanto mas atrasados están los pueblos, resulta que en ellos la hospitalidad está siempre en razon inversa de su cultura; cuanto mas adelantados están, menos hospitalarios son, y *vice-versa.* El discurso y la práctica lo demuestran de consuno; cuanto mas retrocedemos en la historia del linaje humano, mas en veneracion, mas practicada encontramos la virtud de la hospitalidad. Cuando los antiguos patriarcas se trasladaban de un pueblo á otro, lo primero que hacian en llegando á cualquiera de ellos, era encajarse con toda su comitiva en la tienda ó en la choza del pariente ó del amigo, sin que este lo llevase á mal poco ni mucho : el deber de la hospitalidad era casi un dogma para aquellos pueblos inocentes y primitivos. Lo mismo próximamente sucede hoy en el interior de muchas de nuestras provincias, aunque no sean inocentes ni primitivas; bástales para ello estar muy atrasadas, de donde puede deducirse sin violencia, como dije antes, que no por virtud, sino por ignorancia, por atraso y por egoismo han practicado, practican y seguirán practicando los hombres el deber de la hospitalidad. Es pues una inocentada de marca mayor, acusar á los habitantes de los pueblos cultos en general, y de París en particular, de que son poco hospitalarios. El mismo cargo nos dirigen á los madrileños nuestros amigos y parientes de las aldeas distantes, cuando vienen

á pasar una temporada á la córte y no los hospedamos en nuestra casa, y los guardamos en ella indefinidamente á mesa y mantel, como ellos á nosotros cuando vamos á visitarlos. ¿Y por qué nos dirigen tan absurda acusacion? porque ó no piensan ó son unos *animales depravados.*

X

Sin embargo, ya lo he dicho, nada es aqui mas comun que oir á nuestros paisanos y á otros muchos forasteros quejarse de *la poca hospitalidad de estas gentes!* Como esta circulan por el mundo una porcion de frases vacías de sentido, ó que si alguno tienen, es un sentido falso, porque en ellas se da á las palabras una significacion que no es la verdadera en que deben tomarse. Aunque parezca una paradoja, yo diré que los franceses, y muy señaladamente los parisienses, son muy hospitalarios, entendiendo la palabra ó la idea *hospitalidad* en el sentido único que hoy puede tener, dado nuestro actual estado de civilizacion. Las ideas no mueren, pero se transforman, lo mismo que las palabras con que se expresan; y así como hoy no expresamos en castellano, por ejemplo, la idea ó sea la virtud de la hospitalidad con el mismo vocablo con que la expresaban los patriarcas, así tampoco podemos practicarla de la misma manera que la practicaban ellos; pero la verdad es que la practicamos tambien..... á nuestro modo. Si esa práctica consiste en hacer algun *sacrificio* en favor de nuestro semejante forastero (y por eso es una virtud), yo creo que mas sacrificio hace el madrileño, por ejemplo, que acoge con benevolencia al indígena de Peralejos,

verbi-gracia, que le viene recomendado, y dedica algunas horas á acompañarle aquí y acullá, robándolas á sus ocupaciones ó á sus placeres, y poniéndose tal vez en ridículo por las calles con aquella exótica compañía, que el mismo Peralejoseño, cuando recibe á un cortesano en la enorme casa que posee en su pueblo, y le da en ella durante un par de meses una hospitalidad que, en sustancia, más que un sacrificio, es para él un goce, pues sobre no gastar nada, ó casi nada con semejante hospedaje, encuentra, merced á él, interrumpida por algun tiempo la horrible monotonia de su vida lugareña. En realidad los vecinos de las capitales, cuando vamos á hospedarnos en las casas de los que habitan las aldeas, en vez de quedarles agradecidos, por muy bien que allí nos traten, deberíamos hacernos pagar. Y si esto es cierto con aplicacion á Madrid, ¿qué no será aplicado á París, donde la vida es tan grata, donde todo está admirablemente calculado para el mayor bienestar general?

XI

No se crea que en ese *cálculo* han quedado olvidados los forasteros; lejos de eso, casi estoy por afirmar que la benevolencia y el interés de los franceses han hecho en obsequio de esa interesante cuanto desagradecida clase mas que por otra alguna. Por poco discreto que sea, el forastero puede pasarlo muy bien en París, mejor sin duda que en otra ciudad alguna, salvo la suya natal, si es que le domina el amor de la patria, y no acierta á encontrarse bien fuera de ella; eso va en gustos. Salvo

el caso posible, aunque raro, de una obstinada nostalgia (*vulgo* morriña), el forastero encuentra aquí con la mayor facilidad posible, todas aquellas cosas que contribuyen á hacer amable la vida, así en el órden moral como en el material. Es claro que al que no tiene consigo una familia, un amigo, París no le puede improvisar uno ni otro; pero puede y logra con frecuencia proporcionarle relaciones sumamente gratas, á que se presta con gran facilidad el carácter expansivo, generalmente bondadoso y dulce de los franceses. Suelen los extranjeros acusarlos de ser algo frívolos, nada constantes en sus afectos, y hasta un poco falsos; lo tengo por una insigne vulgaridad. Hay franceses muy frívolos ¿quién lo duda? Tambien lo son muchos, muchísimos españoles, ingleses, alemanes y turcos. El ente mas frívolo é insustancial que yo he tratado en mi vida es un portugués, y eso que los de su nacion pasan comunmente, como nosotros, por gente grave y muy formal. Muy formales y sumamente graves son muchos franceses; otros lo son menos, y algunos no lo son nada: lo propio sucede con los hombres de todos los paises. Lo que hay indudablemente en Francia, mas que en otras partes, es cierta vivacidad natural de imaginacion, que arrastra á las gentes á apasionarse con facilidad por todo lo que á primera vista les parece bueno: toman las cosas con mucho calor, son muy propensos al entusiasmo, y cuando se entusiasman, claro es que no reflexionan; pero yo creo que esa natural disposicion de sus ánimos, mas que censura merece elogio. Nada es mas noble que el entusiasmo, fuente y orígen de todas las grandes acciones, é incompatible con toda ruindad. De ahí nace que la Francia va siempre á la cabeza de las

naciones en todas las grandes tentativas felices ó desgraciadas; es la avanzadilla de la humanidad, el *anima vilis* en que se ensayan todos los experimentos sociales. Con su ejemplo aprenden, ó en su cabeza escarmientan los otros pueblos. En este sentido sí que son frívolos y ligeros, supuesto que no tienen *cachaza* para aguardar á que otros experimenten la bondad ó los peligros de toda institucion, de toda idea, antes de adoptarla ellos; pero, lo repito, esto no me parece mal, sino muy bien.

Reducida á las pequeñas proporciones de su aplicacion á la vida ordinaria, esa cualidad francesa de la ligereza ó frivolidad, ó como quiera llamarse, tiene pequeñísimos inconvenientes, créanme mis lectores, y aun no deja de tener algunas ventajas, entre otras, la de hacer fácil y ameno el trato comun, que al fin y al cabo no ha de componerse constantemente de profundos afectos ni de grandes pasiones. Para el trato corriente, para ese comercio social de todos los dias y de todas las horas con los extraños, no se necesita nada de eso; bastan la urbanidad, cierto aprecio recíproco y una buena dósis de discrecion, para que sea muy agradable. Pedir más es gollería; es como exigir que cada uno lleve siempre en el bolsillo, sopena de no pasar por persona decente, cartuchos de onzas ó talones del Banco. ¿A qué fin, si para las transacciones comunes de la vida ordinaria basta llevar unas cuantas monedas de plata? Las grandes sumas, como los grandes sentimientos, solo sirven para las grandes ocasiones. Yo creo que esto es pura y simplemente lo que hacen los franceses discretos, y que por consiguiente no merecen la nota de frivolidad que se les achaca; como quiera, nunca les estaria bien á los forasteros acusarlos

de ese defecto, dado que realmente lo tengan, supuesto que á ellos es á quienes más aprovecha, pues (segun dije antes), les proporciona la gran ventaja de adquirir en tierra extraña con facilidad relaciones útiles y agradables. Tampoco somos nosotros los españoles los que más podemos declamar en justicia contra la ligereza de los franceses en su trato, pues por grande que esta sea nunca llega al extremo de decir al primero que se les presenta de visita : *Esta casa está á la disposicion de vd.!...* Aquí generalmente las casas solo están á la disposicion de sus dueños : las nuestras lo están á la de todo el mundo, — de palabra á lo menos.

XII

El forastero, en París, por muy recomendado que venga, no debe contar con que nadie se lo lleve á vivir á su casa; es cosa que ya no se estila hace mucho tiempo, ni es posible, atendidas dos circunstancias, consecuencia una de otra; la *carestía* y la *estrechez* de las habitaciones. Son estrechas porque, como son muy caras, cada familia se reduce todo lo más posible; no hay medio, pues, de tener siempre cuarto dispuesto *para un huésped*, como sucedia antes en Madrid (ya no), y sucede todavía en las provincias Para hospedarse, tiene el forastero recien llegado á Paris dos recursos únicos, pero que ofrecen cada cual en su unidad una variedad infinita, á saber, el *hôtel garni* y la *maison meublée.* Paso por alto otra institucion denominada la *maison bourgeoise,* que viene á ser lo mismo que nuestras casas de huéspedes, porque rarísimo será el

forastero que habiendo de detenerse poco tiempo en esta capital, recurra á semejante medio de alojarse: si ha de residir en ella mucho tiempo, ya es distinto, y entonces hará muy bien en preferirle, entre otras razones porque es el mas barato. Esas especies de casas de huéspedes, pocas en número relativamente á la inmensa poblacion flotante de París, son por lo comun excelentes; el trato que en ellas se recibe es inmejorable; pero decia yo que pocos serán los forasteros que á ellas se dirijan desde el camino de hierro, no solo porque escasean y no son muy conocidas, sino porque generalmente no reciben mas huéspedes que los que les van recomendados ó les son presentados por los parroquianos. Allí se vive casi en familia, se come en mesa redonda y á horas fijas; el portero se acuesta tempranito, cosas todas muy santas y muy buenas, pero que no suelen entrar en los planes del forastero que viene á pasar aquí una corta temporada; así es que por lo comun no viven en esas casas mas que algunos rentistas sin familia, que allí se crean una artificial, tal cual estudiante juicioso, *rara avis in terra*, y algunos modestos provincianos temporalmente atraidos á la capital por sus negocios; es muy raro que en tales casas se encuentre un extranjero. El gran Balzac, ese admirable pintor de las costumbres de su siglo, no pone ninguno en las varias que magistralmente describe en sus novelas. Muchos españoles forman excepcion á esta regla, encaminándose derechos en cuanto llegan, por traer ya hecha la intencion desde Madrid, á las casas de huéspedes de *Mad. Noel* y de *Mad. Veuve La Folie*, que no son ni mas ni menos que unas *maisons bourgeoises*, solo que situadas en un punto muy céntrico (*la Rue Neuve Vivienne*), al paso

que las otras suelen estarlo en barrios mas ó menos extraviados.

XIII

París, julio de 1855.

Una de las muchas cosas que yo nunca he podido comprender es por qué se vienen tantos españoles á las dos referidas casas, á la manera que tampoco podia entrarme en la cabeza, cuando estaba en Madrid, la razon por qué se iban tantos franceses á vivir á casa de M. Monier, sin que esto que digo arguya en mí la menor intencion satírica contra los citados establecimientos, que antes bien conceptúo excelentes. Me explicaré. Comprendo muy bien que un español, verbi-gracia, á quien sus negocios traen á París con el tiempo muy tasado, ó que por cualquier otro motivo no pueda ó no quiera detenerse aquí sino pocos dias, se vaya derecho, sobre todo si no sabe una jota de francés y carece de relaciones, á casa de madama Noel ó de su hospitalaria rival (ambas casas están casi al lado una de otra), y viva allí mejor y con mas gusto que en un *hôtel* ó en cualquier otro establecimiento francés : lo mismo, relativamente, digo de un parisien que va á Madrid en semejantes condiciones. Lo natural es que se vaya flechado á casa de Monier (1) ó de madama Lamberton. Uno

(1) Desde que esto se escribió, la fonda y la librería de M. Monier han desaparecido. *Sic trasit*..... pero aun queda el recuerdo de aquellos excelentes establecimientos y de aquel excelente hombre, cuya desgracia lamento muy de veras.

y otro logran así la ventaja, entre otras cien, de experimentar el menor trastorno posible en sus hábitos de vida y de tener más tiempo libre para atender al objeto principal de su viaje : el primero puede hasta cierto tiempo considerarse en su casa de Madrid, con criados que le hablarán en castellano mas ó menos chapurrado, y le darán su chocolate por la mañana, y su buen ó mal cocido á la comida : al segundo le pasará una cosa parecida y ninguno de los dos necesitará emplear tiempo alguno en la prolija operacion que llaman aquí *se caser*, esto es, hacerse uno su nido, su modo de vivir,—en una palabra, no necesitarán aclimatarse, lo cual es siempre largo y á veces muy difícil. Pero salvo los casos arriba dichos, ó el de un viajero enfermo ú otra excepcion por el estilo, declaro que no acierto á explicarme la predileccion de mis paisanos por las casas de huéspedes españolas de París, ni la de los franceses por las que tienen en Madrid, pues no es M. Monier el único de su nacion que ejerce allí la hospitalidad á la moderna, ó sea por dinero, aunque dicen y yo creo que es el que la ejerce mejor. Por poco dotado que uno esté del don de observacion y por poco que le punce el estímulo de la *curiosidad* (á la que solo falta que se la designe con un nombre mas noble para que veamos en ella el elemento primitivo y como la fuente de todos nuestros adelantos), lo natural es que, llegado á un país nuevo, desee y procure conocer su lengua, sus costumbres y, en general, todo aquello en que se diferencia del propio. Para conseguir esto, en lo posible, parece lo mas natural en los españoles que llegan aquí irse á una fonda francesa, hacerse servir por criados del país, comer al uso de la tierra y apartarse en cuanto sea

dable, temporalmente, de los hábitos antiguos y de las relaciones con los compatriotas, salvo á volver á éstas y á aquellos si se observa que nada se ha ganado en el cambio, cosa que pudiera muy bien suceder; pero á lo menos, *conozcamos lo que da de sí el país, y luego veremos!* Paréceme que esta deberia ser la divisa de todo forastero recien llegado á un pueblo nuevo para él. Aseguro por mi parte que siempre ha sido la mia en los pocos que he recorrido y que me ha ido muy bien con ella.

XIV

La vida de *hôtel* solo puede convenir aquí al hombre solo: para una familia es muy cara y muy incómoda, por poco que se prolongue. El forastero con familia debe tomar un *appartement meublé* (cuarto amueblado), los cuales se alquilan por meses y aun por semanas y cuyos precios varian desde trescientos hasta mil francos mensuales. Por menos no se puede estar con decencia, y pagar mas es ya mucho lujo. París está lleno de ellos, por manera que en este punto el forastero no tiene, como aqui se dice, mas que *l'embarras du choix*. Yo aconsejaria á todos que se buscasen por sí mismos su habitacion, lo que tiene la triple ventaja de proporcionar un entretenimiento y un excelente estudio de costumbres, de facilitar el hallazgo de verdaderas gangas, y lo que vale aun más, de asegurarle á uno hospedaje á su gusto. Nada mas fácil que esta investigacion. Tales habitaciones se anuncian por medio de unas tablillas cubiertas de papel amarillo, colgadas á la parte exterior de la puerta de la calle, de

manera que se vean de muy lejos: allí se lee escrito en letras gordas *Appartement meublé* ó *Chambre garnie*, — á diferencia de los anuncios de cuartos no amueblados (*Appartements à louer*) que se ponen de la propia manera y en el mismo sitio, solo que en papel blanco: esta es la diferencia. Hay ademas numerosas agencias que proporcionan habitaciones sin retribucion alguna (la dan al agente los dueños de las casas, si se alquilan). Una de las mas antiguas y acreditadas me parece la del ingles John Arthur, 10, R. *Castiglione*. Ajustado un cuarto amueblado, lo primero á que hay que atender es á poner bien en claro la importante operacion que aquí se llama *faire l'état des lieux*, — conviene á saber, consignar por escrito y autorizar uno con su firma el verdadero estado de cada uno de los muebles, incluso el mas insignificante trebejo, de que se hace cargo, y de que habrá de responder rigorosamente el dia en que se marche. En este punto los dueños ó dueñas (casi siempre son dueñas, á lo menos con ellas se entiende uno) de tales casas son inexorables y algo más: ¿á qué negarlo? su mala fé es proverbial. ¡Pobre del inquilino que no se ate bien el dedo al firmar el susodicho documento! tendrá que pagar á su salida el doble del valor que tal vez no ha recibido: pero si como hombre prudente, evita este escollo, y ha logrado hacer un ajuste racional, puede estar cierto de que se aloja de la manera mas cómoda y barata posible en París para un forastero con familia.

No es lo comun en tales casas dar ropa blanca y plata; pero se da tambien pagándola aparte: lo que no se da nunca es de comer ni servicio de criados, so pena de desvirtuarse totalmente con ello y por ello la índole del

establecimiento. Es preciso, pues, tomar una cocinera, y si se trata de un matrimonio solo ó con pocos hijos, con tal que no tenga algun niño pequeño, esto le basta para estar bien servido. Aqui no tienen criados sino los muy ricos: esta es una de las diferencias capitales que se observan entre las costumbres de la clase media en París y en Madrid. Allí, tener un *criado*, aunque sea un inculto maruso á quien se den cuarenta reales al mes, es una necesidad aun para las familias menos acomodadas: aquí no se conoce esa casta de farrucos rocin-llegados de la tierra que se ponen á lo que ellos llaman *servir*, y que por lo comun no sirven mas que de estorbo en las casas; brazos robustos, pero torpes, tristemente arrancados á la agricultura y á la industria. Aquí las cocineras lo hacen todo: van á la compra (siendo de advertir que es muy poco, y si se quiere nada, lo que hay que ir á comprar, pues todo lo traen á las casas los vendedores, *fournisseurs*), guisan, hacen las camas, asean los cuartos, frotan los pisos y los muebles, limpian la ropa, van á los recados, y aun les queda tiempo para robar á sus amos! Las infelices trabajan como borricos, pero en cambio son de la piel de Barrabás, en punto á sisa, segun testimonios fehacientes que en número inmenso he recogido de muchas y muy fidedignas y entendidas *señoras de su casa*. De cuanto he oido sobre esto á nuestras compatriotas (¡y Dios sabe si les suele dar mas de lo justo por hablar de tales materias!) deduzco que si el *ramo de criadas*, como ellas dicen, está perdido en Madrid, aqui lo está mucho más. Así será; pero yo creo, salvo superior parecer, que aquí se sabe servir mucho mejor que en nuestra tierra, por la razon sencilla de que aquí el servicio se estudia, se aprende, es un arte sujeto á

reglas y principios, al paso que entre nosotros, por lo general, se ejerce á la buena de Dios (ó á la mala del diablo), sin previo aprendizaje. Aquí el ser cocinera es una verdadera industria, una profesion, como lo es en todas partes la de cocinero: las hay de relevante mérito, que se hacen pagar tanto como los primeros maestros del arte; esas se llaman *cordons-bleus* (grandes cruces), no hacen mas servicio que el de la cocina, y suelen costar sobre 60 francos al mes: algunas mucho mas. Estas son la aristocracia del género. El precio comun de las que hacen todo el servicio viene á ser de 30 francos mensuales. Todas imponen *sus fondos* en la caja de ahorros, y muchas son accionistas de minas, ferro-carriles y otras mil empresas de las que aquí pululan. La fiebre de la especulacion devora á esta benemérita clase.

XV

Otra observacion hay que hacer con respecto á ella. La vanidad, el lujo, plaga de todas las clases de nuestra sociedad española, no han invadido aquí, á lo menos en la apariencia exterior, á la susodicha clase, ni en general á ninguna de las que componen esa gran masa de gentes que se designa con el nombre colectivo de *el pueblo.* Las criadas, aun las que tienen, como suele decirse, el riñon bien cubierto, los menestrales todos, lo que llaman aqui el *petit-commerce* (vendedores al pormenor, fruteros, etc.), hacen gala de distinguirse por su traje modesto, aunque muy aseado, de las otras clases mas favorecidas de la fortuna. Cada una de las que constituyen el pueblo, tiene su

traje, y, por decirlo asi, *su uniforme* ; las cocineras, por consiguiente, tienen el suyo, cuya descripcion no sabré hacer ciertamente, pero estoy seguro de no equivocarme al distinguir á una de ellas por su aliño entre cien mujeres de otras profesiones. Lo mismo sucederá, al poco tiempo de residir aquí, aun al menos entendido. Esas distinciones exteriores suelen consistir en una pequeñez, un accidente cualquiera del vestido ó del tocado, que á primera vista parece insignificante, pero que á la larga y por el gran número, forma un verdadero *distintivo*. Ya consiste en el color, ya en la forma de tal ó cual prenda del traje; ya en el corte del delantal en las mujeres, ya en el de la gorra en los hombres. Las de los especieros, por ejemplo, tienen invariablemente una visera muy grande, muy horizontal, muy desairada, que caracteriza á las mil maravillas la simplicidad tradicional de aquellos inofensivos y útiles ciudadanos : el *épicier* es aquí el prototipo de la necedad. Como quiera, esas distinciones exteriores de clases me parecen cosa excelente; pocos son bastante desvergonzados para no mirar por *el decoro de la clase*; y ¡cuántas veces el respeto al uniforme retrae al que lo lleva de cometer una mala accion ! Acaso parezca una puerilidad, pero en esto veo yo una de las causas, y no la menos poderosa, del *buen comportamiento* que observa en público este *pueblo*. Nada mas decorosamente alegre, pacífico y urbano á su manera, generalmente hablando, que las diversiones *populares* en París y en toda Francia. Los bailes de obreros en los jardines y en las *guinguettes* (fondas al aire libre) que pululan los domingos por las afueras de esta gran ciudad, son un espectáculo á que cualquiera puede asistir sin temor de verse comprome-

tido en ningun lance desagradable. Allí á nadie se insulta, á nadie se atropella : hasta las borracheras son inofensivas, pues esta gente tiene, como aquí se dice, *el vino alegre*. Cuando están bebidos, les da por decir chistes y reirse : rarísima vez por armar quimeras... ¡Qué diferencia entre esto y lo que pasa en Madrid y en Lóndres! Yo creo que consiste mucho en la diferente calidad de las bebidas que producen la embriaguez. Estos vinillos frescos y ligeros se suben á la cabeza y la exaltan jovialmente : los nuestros y la cerveza pesan en el estómago y llenan el cerebro de ideas lúgubres ó furiosas.

En las calles de *la Paix*, de *Rivoli*, en los *Campos Eliseos*, en el *Faubourg Saint-Honore* y hácia el *boulevard italiano* se encuentran las mas caras y mejores casas amuebladas; pero aun en esos barrios céntricos puede hospedarse de esta suerte con cierta elegancia y comodidad una familia compuesta de cuatro á seis personas con un par de criadas por *quinientos ó seiscientos* francos mensuales, cuando se sabe buscar. Es de advertir que los cuartos de los sirvientes rara vez están en el mismo piso que los de los amos : á cada habitacion corresponden dos ó tres piececitas, allá en las guardillas, para aquel objeto.

XVI

A nada de lo que va dicho tiene que atender el hombre solo que vive en un *hôtel*. Aunque los hay en que se da de comer, y en casi todos se suministra el desayuno, cuando se pide y se paga aparte, ni esto es lo comun, ni aconsejaria yo á nadie que lo hiciera, pues se privaria así

voluntariamente de uno de los grandes atractivos que ofrece París al hombre solo en la infinita variedad de sus cafés y restauradores. A todas horas, en todas las calles, donde y cuando quiera que le sorprenda el apetito, está seguro de encontrar no solo lo *necesario* para satisfacerle, sino tambien lo *supérfluo* (cosa muy *necesaria*, dice Voltaire). Excelentes estufas en invierno, bonitas y alegres mesas al aire libre en verano, ya sobre el *boulevard*, ya en bosquecillos y jardines improvisados hasta en los barrios menos campestres, estimulan de contínuo al transeunte á que éntre á restaurar el estómago desfallecido (los alimentos parisienses se digieren muy pronto y el apetito retoña aquí con pasmosa rapidez), ó siquiera á refrescar con un *chop* de cualquiera de las muchas clases de cervezas alemanas é inglesas que ahora están en moda. Es una de las novedades que me he encontrado aquí en mi último viaje. Por poco tiempo que uno falte de esta tierra, siempre al volver á ella se encuentra *algo nuevo*, — ¡y qué novedades!... Las de poco momento, como esta de la improvisada aficion de los franceses á la cerveza y del consiguiente extraordinario desarrollo de la industria cervecera, son siempre muchas en número, pero ni aun merecen citarse al lado de las grandes, — verbigracia, la de encontrarse uno con la *república*, cuando dos meses antes habia dejado perfectamente asentada la *monarquía*, — ó con el *imperio*, como me sucedió á mí hace pocos meses, — ó con lo que Dios quiera, como sucederá ¿quién sabe? el dia menos pensado.....

XVII

Altas reflexiones son estas á propósito de cerveza, pero la verdad es que todo se enlaza en este mundo, y que las pequeñas revoluciones explican las grandes. Dicen los naturalistas que la ballena no se alimenta mas que de sardinas y otros peces pequeñuelos; por manera que si no hubiera sardinas ni esos peces, tampoco habria ballenas. Si los franceses no variasen de gusto tan á menudo en el vestir y en el comer, puede que no variasen tanto en sus formas de gobierno, — y que nunca hubiesen existido por consiguiente ni la revolucion de 1793, ni el imperio de 1852. ¿Quién probará lo contrario? por eso hago yo tanto caso de las pequeñas revoluciones, de los pequeños sucesos, de todo lo pequeño, en fin, dado que haya algo realmente *pequeño* en el universo. « Cuando creemos tener las ma-« nos vacías, están llenas de átomos impalpables, cada « uno de los cuales es un mundo, » dice Jorge Sand en un libro singularísimo que acaba de publicar y estoy leyendo (*Evenor y Leucipe*)...

Una gran taza de café con leche, con tostadas de pan y manteca, es el almuerzo clásico, tradicional, de la clase media en París. En muchos cafés no se sirve mas que esto, acompañado por lo comun de un platito de rábanos muy tiernos,— y cuando más, de unos huevos ó un *beefsteak*. Todo esto, por término medio, viene á costar unos dos francos; el café con leche, sin mas que su pan y manteca, nunca pasa de uno, y en ciertos barrios y en ciertos establecimientos modestos, cuesta la mitad. En cambio hay

cafés (los llamados *Inglés*, *Tortoni*, de *Paris*, del *Cardenal*, y otros muchos), que son verdaderas y surtidísimas fondas, donde no se puede poner el pié sin gastar un ojo de la cara..... ¡Ay del incauto que se aventura allí sin conocer bien el terreno, y se da á pedir platos y platos, vinos y vinos! ya está fresco. En todo café regular, y en los buenos con mas profusion, se encuentran multitud de periódicos y revistas : no así en los *restauradores*, donde solo suele haber uno ó dos. Lo comun es que no haya ninguno.

XVIII

Si variedad hay en la clase y precios de los cafés, no la hay menor en las circunstancias de estos otros establecimientos culinarios : desde los restauradores estudiantiles del *barrio latino*, donde la juventud estudiosa ó desaplicada (es indiferente para el caso) come por diez y ocho sueldos, hasta los de la *Maison d'or*, *Véfour*, los *Hermanos provenzales*, y otros cien donde se sirven comidas con lujo régio, por precios régios tambien, hállase en París cuanto pueden apetecer todos los gustos y pagar todos los bolsillos. La diferencia esencial en los restauradores estriba en ser de los que dan almuerzos y comidas *á precio fijo*, ó de los que los dan *à la carte*, ó sea por lista; los precios mas comunes de aquellos son dos francos. El Palacio Real está cuajado de estos restauradores á precio fijo, y es en verdad espectáculo curioso el que presentan de cinco á siete de la tarde aquellos inmensos y vistosísimos salones, inundados por la luz del gas, y llenos de una muchedumbre tan variada como compacta que continuamente

se está renovando, lo mismo un dia que otro; todos los del año. Desde el elevado y reluciente mostrador en que está sentada como una reina en su trono, una elegante y casi siempre hermosa dama (*la dame du comptoir*, otro *tipo* en esta ciudad toda llena de tipos) preside la reunion, todo lo observa y lo apunta, gobierna la numerosa falange de los mozos, y cambia tal vez expresivas miradas con algunos asíduos parroquianos. En nada se ve tan patente la razon principal de la preponderancia de París sobre todas las demas ciudades de Europa, — que no es otra, á mi juicio, sino la renovacion perpétua de una gran parte de su poblacion, lo cual forma su inmensa *poblacion flotante*, — como en la afluencia increible de gentes en sus fondas y cafés; los extranjeros, los forasteros á lo menos forman naturalmente en estos, y mas aun en aquellas, la gran mayoría. He oido asegurar, y lo creo, que cinco ó seis años de hábil explotacion de uno de estos establecimientos, bastan para hacer un gran caudal. Así es que mudan de dueño con mucha frecuencia, aunque conservando siempre el primitivo nombre bajo el cual se han acreditado. Un *nombre* puede ser aquí, y es con frecuencia, un capital soberbio, mercantilmente hablando.

XIX

A la manera que la abundancia de fondas demuestra la gran poblacion flotante de París, la abundancia de los gabinetes de lectura da una prueba de lo generalizada que está aquí la aficion á leer, otra causa y efecto al propio tiempo, de la alta civilizacion que alcanza este afortu-

nado pais. A cada paso se encuentran aquí gabinetes de lectura; no hay pueblecillo de estas cercanías, — ¿qué digo? — de toda Francia, inclusas las mas pobres aldeas del Pirineo, que no tenga el suyo. Algunos tienen varios: es preciso verlo para creer hasta qué punto devora aquí á todas las clases el afan de leer. No hay estacion de los caminos de hierro, donde lo primero que uno se encuentra no sea un puesto de libros forrados de bonitos colores, que atraen la vista de lejos: raro es el viajero que se mete en su coche sin haber comprado antes uno para irlo leyendo por el camino. Lo mismo he observado en Inglaterra. Aun los mismos que no leen, compran uno para no ser menos que los demas, lo cual es una bella y noble emulacion, — ó sinó que lo digan los autores y los libreros. Al efecto se publican ex-profeso obras entretenidas, en ediciones claras y muy manuales, á peseta el tomo. Tal es el orígen, tales las condiciones de la conocida *Biblioteca de los caminos de hierro*, que ya es aquí una verdadera necesidad. ¿Cuándo lo será en nuestra España?.....

XX

París, agosto de 1855.

España está figurando con lucimiento en la *Exposicion universal*, blanco nobilísimo hoy de la atencion de toda Europa, de todo el mundo... Asombra el número de extranjeros atraidos aquí por esa gran solemnidad, la segunda de su clase que han presenciado, no diré los que hoy viven, sino los hombres de todas las edades. La ex-

posicion universal de Lóndres, en 1851, — esta, que pudiera llamarse mas *universal* todavía, porque abarca mas ramos, anuncian, me parece, que la humanidad ha entrado en una nueva faz de su vida : al nacionalismo va sucediendo el universalismo, lentamente preparado en la teoría por el progreso de las ideas, y traido al terreno de la práctica por el progreso de la industria.... Los ferro-carriles, el telégrafo eléctrico son los arietes destinados por la Providencia á derribar las murallas convencionales, tan bárbaras y tan inútiles como la gran muralla material de la China, que la ignorancia, la codicia, el odio á nuestros hermanos, — todos los malos instintos en suma, juntos y disfrazados hipócritamente con el hermoso atavío del patriotismo, han levantado ya de muy antiguo entre pueblo y pueblo.

Llegar hoy á París un forastero y encaminarse derecho al palacio de la Industria, recien concluido y recien abierto, es todo uno. Siendo las exposiciones uno de los medios que se reconocen como mas útiles para fomentar las artes y la industria, y repitiéndose con periódica regularidad en todas las capitales cultas, no se comprende como todas ellas no tienen edificios destinados permanentemente á este grande objeto, en vez de improvisar uno transitorio ó de habilitar de cualquier manera alguno de los que tienen otro destino, cada vez que ocurre la necesidad de hacerlo, como sucede en Madrid y sucedia aquí antes. Ya París ha llenado ese vacío con su nuevo palacio de los Campos-Eliseos, que me parece excelente para su objeto....

Ahora que tengo fresco en la memoria el recuerdo de lo que he visto en aquellas magníficas galerías, voy á con-

signar aquí, al correr de la pluma, lo que más me ha llamado la atencion en punto á obras de bellas artes, procedentes de España y de la América española. Otro dia haré lo mismo por lo relativo á los productos industriales de una y otra procedencia.

XXI

Los productos de España y de la América española se encuentran colocados casi en su totalidad en el segundo piso ó galería superior del palacio principal, á excelente luz y en las mejores condiciones posibles: algunos envíos retardatarios que luego enumeraré, han ido á parar forzosamente á las galerías *anejas*, á mas de otros que por su índole correspondian á aquella parte de la Exposicion. El piso bajo del palacio principal se ha reservado exclusivamente á Francia, Inglaterra, los Estados-Unidos, Bélgica, Austria y la Confederacion Suiza, á cuyos países corresponde además en la galería superior (exposicion sin duda la mas vistosa y favorable por varios conceptos), el espacio situado encima del que ocupan en la planta baja; pero á fin de satisfacer la natural exigencia de todos los Estados de *tener vistas*, digámoslo así, sobre la nave mayor, la Francia, llevada de su natural galantería, reforzada en esta ocasion por un laudable espíritu de hospitalidad, ha cedido su mejor terreno en aquella parte á la Cerdeña y los Estados Pontificios por el lado del Este, y por el de Oeste á España y Portugal.

Por lo tocante á la Exposicion de bellas-artes, su primera idea (y verdaderamente *primera*, pues sabido es que

del gran palenque abierto en Lóndres en 1851 á la actividad industrial de todas las naciones del mundo quedaron excluidas las bellas-artes), — su primera idea, digo, fué debida á nuestra tan ilustre cuanto bondadosa y bella compatriota la emperatriz Eugenia; honrosa iniciativa que los artistas de todos los países deben agradecer á S. M. Dos palabras diré no mas para recuerdo sobre la colocacion de las producciones artísticas que voy á examinar ligeramente. La planta baja del Palacio de las bellas-artes se divide en tres grandes salas y en varias galerías laterales. Dos escaleras, cada una de dos ramales, conducen á las cuatro galerías del primer piso. Las dos primeras salas que llenan toda el area inferior ó planta baja del palacio, están ocupadas por la Suiza, la Dinamarca, la Suecia, la Noruega, Méjico y el Perú. Detrás de ellas, á la derecha, la tercera sala está dividida en dos partes; una pequeña destinada á la Prusia : en la otra ostentan sus productos artísticos Austria, Sajonia, Wurtemberg, Inglaterra, Italia y España.

XXII

Al frente de los pintores españoles que han enviado obras á la Exposicion (y tambien de los que no las han enviado, sea dicho en paz), figura D. Federico de Madrazo, que hace ya mucho tiempo disfruta una reputacion verdaderamente europea.

Su elogio en mi boca seria sospechoso, á causa de las estrechas relaciones que nos unen; así prefiero transcribir aquí literalmente el párrafo que en su luminoso juicio

crítico de la Exposicion artística le acaba de dedicar M. Julio Lecomte en la *Independencia belga* (8° artículo). Dice así :

« La España nos ha enviado obras de sobresaliente é inesperado mérito. Al frente de ellas debemos colocar los retratos de medio cuerpo y de cuerpo entero de D. Federico de Madrazo, premiado en Francia en 1846 con la cruz de la Legion de Honor, y que desde entonces ha seguido distinguiéndose con incesantes adelantos que le han elevado á la categoría de un verdadero maestro. Citemos ante todo un excelente cuadro de asunto religioso que demuestra la flexibilidad de pincel del artista : hablamos de las *Santas mujeres en el sepulcro*, composicion severa, armoniosa, llena de tristeza y solemnidad, que contrasta grandemente con la gracia y el primor que el señor Madrazo ha sabido desplegar en sus retratos de señoras. En este punto descuella sobre todos el maestro español, á despecho de las rivalidades francesas y muy señaladamente de la de M. Eduardo Dubuffe, con quien por un espíritu de mezquino é injusto nacionalismo, se le ha querido comparar. Para distinguir á uno de otro á estos dos retratistas, diré que si M. Dubuffe es un pintor de gabinete, el señor Madrazo es un pintor de salon. Su retrato del rey D. Francisco de Asis, reproducido con tanta morbidez por el afamado buril de Calamatta, el retrato de la duquesa de Alba, los de las señoras duquesa de Sevilla, condesa de Vilches, señorita Doña Sofía Vela y condesa de Robersart son obras eminentemente notables, elegantes y llenas de vida. Hay entre otros un retrato de la nodriza de la princesa de Asturias, cuya cabeza es una maravilla. El del difunto señor Posada, patriarca de las Indias, el del teniente

general Mazarredo, el del señor Dalborgo presentan un vigor de entonacion, una verdad y un acierto en su disposicion general realmente brillantes. Razon es pues que coloquemos no solo á la cabeza de todo el arte español, sino muy en primera línea entre todos los mejores retratistas de nuestra época, al autor de esta viva coleccion, en la que sorprenden y deleitan la ciencia del dibujo, la armoniosa brillantez del colorido y la verdad de la expresion. Aun cuando D. Federico de Madrazo no hubiera pintado mas que el admirable retrato de la duquesa de Medinaceli, bastaríale seguramente para ser uno de los primeros retratistas de Europa. »

XXIII

D. Luis de Madrazo, hermano del anterior, ha expuesto un bellísimo cuadro de figuras del tamaño natural, cuyo asunto pertenece á la historia de los primeros tiempos del cristianismo : representa el *Entierro de Santa Cecilia en las catacumbas de Roma.* Este cuadro, pintado por su autor hace tres años en aquella capital, en la cual se hallaba entonces pensionado por la Real Academia de San Fernando, causó grande sensacion entre los inteligentes, tanto en aquel emporio de las artes como despues en Madrid, cuando estuvo expuesto en el museo de la Trinidad; lo cual movió al gobierno á adquirirlo para el citado museo, en razon al proyecto que existe hace años de establecer en él una seccion de obras de autores vivos. Es regular que este proyecto, como tantos otros de verdadera utilidad, se quede en... proyecto. — Composicion severa,

toda impregnada de un profundo sentimiento religioso, es imposible contemplarla sin sentirse mentalmente transportado á aquellos borrascosos dias del cristianismo naciente en medio de tantas y tan crudas persecuciones, inútiles sin duda para atajar su santo vuelo, pero provechosísimas para probar su pareza en el crisol de la tribulacion, y hacerle salir triunfante de todas las flaquezas como de todas las iniquidades de los hombres. Seis figuras forman el grupo de la composicion. El papa San Urbano, asistido de un acólito, en pié y revestido de sus vestiduras pontificales, bendice los restos inanimados de la Santa, cuya casta y deliciosa cabeza sostiene sobre sus rodillas una jóven angelicalmente hermosa, miéntras que otra vírgen cristiana, arrodillada junto al sagrado cadáver, lava con piadosa mano la sangre de que le han cubierto sus verdugos. Otra figura, que á mi juicio es la mejor del cuadro, representa á un cristiano, jóven todavía, pero cuyo noble é inteligente rostro revela una precoz madurez producida por la contemplacion continua de escenas semejantes á la que á la sazon está presenciando, en actitud de añadir una dolorosa página al martirologio romano. Pocas obras de mas mérito que esta ofrece la Exposicion : á un dibujo correcto y puro que recuerda la severidad de Overbeck, á una composicion sobria y filosófica como las de este gran maestro moderno, honra de Alemania, une el colorido verdadero y seductor al mismo tiempo de la escuela española. Para dar en Francia una idea cabal de su privilegiado talento, el jóven Madrazo (D. Luis) hubiera debido enviar á la Exposicion algunos de los excelentes retratos que tanta reputacion le van granjeando ya en España, al nivel de su padre y hermano.

XXIV

Compañero de estudios y triunfos de D. Federico de Madrazo, con quien le une desde la infancia una estrecha amistad, D. Carlos Ribera sostiene hoy con gloria, como aquel, un apellido justamente célebre en la historia del arte moderno. La obra suya mas importante que se ve en la Exposicion es el bello cuadro histórico que representa el *Orígen de la casa de los Girones*. Hé aquí en breves palabras como refieren este hecho nuestros cronistas y señaladamente Gudiel, en su *Historia* de aquella nobilísima casa. Vencido en la rota de La Sagra, estaba D. Alonso VI á punto de caer en manos de los moros, cuando el conde D. Rodrigo, uno de sus magnates, acude en su auxilio, le da su propio caballo y queda prisionero en lugar del rey, al cual, preveyendo prudentemente que podria olvidar algun dia aquel beneficio, tuvo cuidado de cortarle un giron del manto, giron que conservó durante su cautiverio como seña segura para hacerse reconocer en todo tiempo. D. Alonso no habia conocido á su libertador en la confusion de aquel apurado trance, pero conservaba muy agradecida memoria al favor recibido, el cual se atribuian falsamente varios malos caballeros, hasta que restituido D. Rodrigo á la libertad, presentó al rey el consabido *giron*, otorgándosele por merced que para perpetuar el recuerdo de aquella prueba de lealtad, el nombre de Giron fuese en adelante timbre y apellido de su casa. Cabeza de esta ilustre estirpe es hoy el duque de Osuna y del Infantado, para quien D. Carlos Ribera ha pintado este cuadro y que representa el momento en que al mon-

tar D. Alonso VI á caballo, le corta el conde un pedazo del manto : en el fondo se ve la batalla, llena de movimiento y vida; todos aquellos hombres cubiertos de hierro, envueltos en densa polvareda, pelean como leones. — Tres retratos, tan apreciables por el mérito de la ejecucion como por la semejanza, el del duque de Alba, el del marqués de Alcañices y el del rico capitalista señor Lopez Mollinedo completan el contingente enviado por tan distinguido artista.

De asunto histórico es tambien la principal obra presentada por el señor Espalter (D. Joaquin) uno de nuestros pintores de mas talento : representa el *Ultimo suspiro del moro*, segun la expresion popular, — es decir, el último adios de Boabdil á su querida Granada, en el momento en que su valerosa madre le dirige estas palabras, conservadas por la tradicion y que tan preciosos versos han inspirado á nuestros antiguos romanceros y mas recientemente al inmortal cantor de D. Juan y de Child-Harold : *Llora como una mujer, ya que no has sabido pelear como un hombre.* Hay en este cuadro como un baño de honda é inconsolable melancolía que involuntariamente penetra el alma del espectador y le hace interesarse á pesar suyo por aquellos desventurados proscritos : Granada, la perla del Occidente, se les aparece á lo lejos como una brillante estrella que nunca mas volverán á ver. Otros dos cuadritos, de asunto religioso, que representan el uno á la *Vírgen con el niño Jesus y San Juan*, y el otro á *Santa Ana dando leccion á la Vírgen*; un excelente retrato de señora y dos cuadros tambien pequeños (*los Pifferrari* y una *Vieja diciendo la buenaventura á una niña*) colocan al señor Espalter entre los expositores mas justamente aplaudidos en

los varios géneros á que corresponden las seis obras suyas que dejo enumeradas.

XXV

La égloga primera de Virgilio ha inspirado al señor Murillo (D. Benito) una de las mas poéticas composiciones con que España se honra en la Exposicion. Consta de dos solas figuras de tamaño natural, interpretacion algo fantástica y libre de estos versos del divino poeta de Mantua :

> Nos patriam fugimus : tu, Tityre, lentus in umbra,
> Formosam resonare doces Amaryllida sylvas.

Por lo demás, el pintor podrá decir que no ha querido representar el momento mismo en que Virgilio coloca á Títiro oyendo aquellas palabras de boca de Melibeo, sino uno de los momentos anteriores en que cantando al son de su caramillo la hermosura de Amarilis delante de esta, justifica la razon con que aquel pastor se las dirige envidiando su fortuna. Tambien podrá decir que no ha pensado en representar á Títiro, cuya juvenil fisonomía no se ajusta bien con aquello de

> Candidior postquam tondenti barba cadebat.

Tomemos pues este cuadro por lo que es, sin buscar en él significaciones que ningun mérito pueden añadirle, y aplaudamos sin restriccion la graciosa actitud de las figuras, el apacible *reposo* de aquella sencilla escena pastoril y el bello país que forma su fondo,

Un poco de dureza en algunas figuras es el único reparo que en mi sentir puede ponerse al gran cuadro del señor Montañés (D. Bernardino) que representa á Saul en el momento en que la pitonisa de Endor evoca ante su vista la sombra de Samuel. Esta obra, pintada en Roma, fué enviada á Madrid al mismo tiempo que la *Santa Cecilia* de D. Luis de Madrazo, hallándose ambos jóvenes en aquella capital pensionados por la Academia, en compañía de otro á quien no puedo menos de consagrar aquí un sentido recuerdo : hablo del malogrado Sainz (D. Francisco) á quien una muerte precoz arrebató hace dos años á la alta gloria artística á que parecia reservado. Sainz tenia un verdadero genio para la pintura : las pocas obras suyas que se conservan, flores tempranas que los inteligentes guardan como verdaderas joyas, descubren lo mucho que debia esperarse de aquel privilegiado talento juvenil, si hubiese llegado por el buen camino que seguia en Roma á toda la plenitud de su madurez.

El recuerdo del malogrado Sainz me trae naturalmente á la memoria el de otro de nuestros insignes talentos contemporáneos, arrebatado tambien al arte por una muerte prematura : tal es el hábil paisista Villamil (D. Genaro Perez), de quien se ven en la Exposicion cuatro bellos cuadros de un colorido seductor en sumo grado y de una riqueza de ejecucion verdaderamente magistral.

Muchos elogios merece el señor Lorenzale por la feliz composicion y buen colorido de sus tres cuadritos históricos, el *Orígen de la familia de los Centellas*, el *Cid* y *Otgero Cataláunico*. Merécelos igualmente el señor Cerdá por su *Isabel la Católica dando la libertad al hijo de Boabdil*. Un episodio de la vida de esta gran reina, gloria de España y

honra de su sexo, da asunto á uno de los tres cuadros que ha enviado el señor Clavé (D. Pelegrin), actual director de pintura de la Academia de bellas artes de Méjico. Son los otros dos el *Sueño del profeta Elías* y el *Samaritano.* Tan correcto dibujante como entendido colorista, el señor Clavé hace honor á su país en la patria de Motezuma y justifica la acertada eleccion que de él ha hecho aquella Academia por ponerle al frente de su seccion de pintura. Bajo tan buen maestro, es imposible que no dé colmados frutos la escuela mejicana.

XXVI

Son notables las obras de D. Joaquin Becker, de Sevilla, por una gracia particular y mucha delicadeza de observacion : es lo que se puede llamar todo un buen pintor de costumbres. Nuestros majos y nuestras gitanas, los calientes y pintorescos países de Andalucía no tienen un intérprete mas fiel ni mas *característico* que el señor Becker, lo cual no impide que dibuje perfectamente, á diferencia de muchos aspirantes al título de pintores de costumbres y *de género*, que no parece sino que se imaginan que para reproducir escenas populares no se necesita saber una palotada de dibujo, ni de perspectiva, ni de nada de cuanto constituye el dificilísimo arte del pintor, siquiera lo sea de asuntos llanos, y aun bajos. No digo esto por el señor Lucas (D. Eugenio) que ha presentado un bonito episodio de la revolucion de julio en Madrid, y una corrida de toros, llena de luz y vida : tampoco lo digo por los señores Espinosa y Castellano (D. Manuel) que

uno y otro han enviado escenas tauromáquicas de mucho efecto, algunas de *demasiado efecto*, como los *Caballos muertos en una corrida*, grupo repugnante en demasía y en el que es lástima que haya ejercitado su fácil pincel el señor Espinosa. Añadiré que, por regla general, hay en todos estos cuadros de toros y toreros ciertas exageraciones de lo que hoy se llama *colorido local* y antes se llamaba *carácter*, que deben dar á los extranjeros una triste idea de la raza andaluza : las caras y sobre todo las actitudes de los personajes en ellos representados, más que de hombres, parecen de monos. Recuerdan sin duda la naturaleza, pero en caricatura : aquellas patillazas disformes, aquellas cinturas quebradas, aquellas pequeñas y rugosas frentes, aquel color verdi-negro subido, aquellos ojillos de papion enfadado, tendrán ciertamente dechados vivos entre la gente torera; pero ruego á los franceses y sobre todo á las francesas que no vean en ese *échantillon* tan desagraciado el verdadero tipo nacional. Somos mejores que eso, por mas que digan ó, mas bien, por mas que pinten lo contrario.

XXVII

Los dos hermanos Ferrant (D. Fernando y D. Luis) están representados en la Exposicion por obras de mucho mérito. Los cuatro grandes países del primero y el cuadro del segundo que reproduce una de las obras de misericordia (*Enterrar á los muertos*) son de lo mejor que ha enviado España á Paris. Este cuadro forma parte de una coleccion de composiciones sacadas del divino código de

la caridad, coleccion encargada al autor por S. M. el rey D. Francisco de Asis, inteligente amigo de las artes y favorecedor constante de los artistas de mérito. En el real palacio de Madrid he tenido ocasion de ver algunas de aquellas composiciones, habiéndome deleitado especialmente por su buen colorido y la gracia de las figuras, las dos tituladas *Dar posada al peregrino* y *Dar de beber al sediento*. Iguales dotes, juntas á un carácter elevado y austero, resplandecen en la que el autor ha enviado á la Exposicion. Otros dos hermanos, los señores Lopez (D. Bernardo y D. Luis) han presentado varios retratos, y el segundo, además, una composicion alegórica (la *Apoteosis del malogrado príncipe de Astúrias*) y la despedida de Napoleon y de la reina Hortensia en el palacio de la *Malmaison*. En todas esas obras se descubre gran práctica del arte y un pincel ejercitado en la escuela del acreditado pintor valenciano D. Vicente Lopez, padre y maestro de ambos. Arrebatado al arte y á sus numerosos discípulos hace algunos años, el señor Lopez, padre, pasa por una de nuestras escasas ilustraciones artísticas de este siglo.

El señor Tegeo no ha enviado á la Exposicion mas que un cuadro, muestra insuficiente y no bien elegida á mi juicio para dar una idea cabal del verdadero mérito de su autor : obras suyas conozco mucho mejores, sin que por eso deje esta de ser muy apreciable. Representa al célebre fanático Ibrahim-el-Djerbi, conocido por el *Moro santo*, en el momento en que habiendo herido al duque de Braganza creyendo herir al Rey Católico, es preso por los guerreros cristianos que los rodean.—Del cuadro, grande por sus dimensiones (*Colon delante de la Reina Católica*),

que ha enviado el señor Galofre, infatigable escritor de artículos de periódicos contra las academias, solo diré que á muchos inteligentes he oido aventurar la opinion de que valiera mas que su autor no lo hubiera enviado á Paris.

Santa Agata y *Santa Filomela*, por el señor Gutierrez de la Vega (D. José), son dos buenas muestras de esa moderna escuela sevillana, empeñada en perpetuar las tradiciones murillescas, y que realmente reproduce con suma gracia, aunque exagerándolas á veces, las grandes cualidades de nuestro inmortal Murillo. El señor Gutierrez es el mas hábil y acreditado maestro de esta escuela, á la que entre otras cosas no puede negarse el mérito de la nacionalidad : por eso me es muy simpática, y deseo por su bien que sin dejar de dar al colorido la alta importancia que sin duda tiene, atienda algo más al dibujo, que es lo que se puede llamar su lado flaco. Una vigorosa marina del general Santiago Rotalde (D. Leonardo), única obra en su género que se ve entre las que ha enviado España, llama por esta circunstancia y por su indisputable mérito la atencion de los inteligentes. Llámanla del mismo modo por la vivacidad y gracia de su colorido las bonitas *flores* de los señores Jubany y Mirabent.

Para concluir esta rápida reseña de nuestros pintores que han enviado obras á la Exposicion, réstame citar con elogio á los señores Mendoza, Blanco, Arrau, Franter, Gato de Lema, Rocafull, y á la señorita Doña Matilde de la Peñuela (habanera), á quien no por ir la última en esta lista considero la última en mérito. Su propio retrato hecho por ella misma, y su *Espigadera*, son obras que no se desdeñaria de firmar un artista de profesion.

XXVIII

La España pictórica está representada pues en la Exposicion universal por *treinta y un* pintores, algunos de relevante mérito : convengamos en que es mucho, ó á lo ménos, no es poco para una nacion tan trabajada por todo linaje de calamidades, y en la que, lejos de *favorecer* el progreso de las bellas-artes, todo lo *contraría* hasta un punto increible. Y téngase presente que á ese número habria que añadir varios nombres ilustres, si todos nuestros pintores de crédito hubieren respondido al llamamiento de la Francia.

XXIX

Antes de reseñar las escasas obras artísticas de la América española, no resisto á la tentacion de copiar aquí el juicio que en un librito muy ingenioso, pero muy superficial, titulado *Viaje por la Exposicion de bellas-artes*, forma su autor M. Edmundo About de las obras enviadas por los pintores americanos. Advierto que tal cual es, dicho librito se me figura lo mejor y lo mas sensato que sobre el particular se ha publicado en París. Por ligero que parezca aquel juicio, tengo por cierto que no lo es mucho para lo que aquí se estila : además, creo que es el único de que aquellas obras han sido objeto hasta ahora, pues aun el mero hecho de *obtener un juicio*, bueno ó malo, breve ó largo, es en esta Babilonia un señalado favor, que no

siempre se alcanza de la crítica gratuitamente. Este es un rasgo característico de las modernas costumbres literarias en Francia, y casi casi, en todas partes. No todo el que lo desea, logra ser *criticado* : por eso quiero consignar aquí el citado exámen, que al cabo es una señal de justo aprecio á los artistas á quienes se refiere. Dice, pues, así M. About :

« Dos pintores peruanos que están estudiando en Paris, han intentado con bastante acierto un ensayo de colorido local : hablamos de los señores Merino, discípulo de M. Monvoisin, y Laso, discípulo de M. Gleire.

« La *Parada* (*Halte*) *de unos Indios peruanos* es una pintura curiosa, cuyo asunto es francamente exótico. Aquellos salvajes tan largos, flacos y nervudos, cubiertos de un ancho sombrero y embozados en una colcha, aquella vajilla extrafalaria, aquellos cacharros fantásticos, aquel banquete de maiz y guindilla, aquel país tan salvaje como sus habitantes, aquel cielo gris jaspeado de largas fajas sombrías y muy diferente del cielo peruano que nos pinta nuestra imaginacion, tantos pormenores estudiados con esmero y expresados con cierto vigor, dan á este cuadro el interés de ún capítulo de *Viajes*.

« Mucho ménos me gustan *Cristóbal Colon y su hijo recibiendo la hospitalidad en un convento*. Si el libro de la Exposicion no nos dijese lo que el señor Merino ha querido pintar, el cuadro no se explicaria por sí mismo : se le figura á uno que está viendo á un padre en el acto de meter á su hijo en un colegio de capuchinos. Colon tiene una fisonomía dura y un aire brutal; coge á su hijo por el brazo como para tirárselo á la cara á los frailes. El muchacho, pálido y enteco, procura cobijarse debajo de su

padre, como para pedirle perdon. Los frailes tienen la sonrisa friamente amable de los directores de colegios cuando reciben las visitas de los padres.

« El señor Laso ha representado á un habitante de las Cordilleras, de oficio alfarero. ¡Magnífico alfarero! parece un jesuita español, con su larga hopalanda negra ribeteada de colorado y su sombreron de teja con cintas historiadas: lleva en la mano un muñeco de barro cocido, probablemente su obra maestra, — ¿quién sabe? tal vez un retrato de familia. Todos nuestros alfareros van á tenerle envidia, porque desde tiempo inmemorial *el alfarero tiene envidia del alfarero.*

« Es fama que M. Charton, el dignísimo director del *Museo pintoresco*, es quien ha introducido en el Perú la aficion á la pintura. Los cuadros de los señores Merino y Laso son un excelente estreno de una nacion novicia todavía: acaso algun dia, merced al talento de los pintores peruanos, conoceremos por nuestros propios ojos las bellezas de su país y las costumbres de sus habitantes. »

XXX

Estos curiosos párrafos de M. About estan consignados en su obra bajo el no menos curioso epígrafe siguiente:

COCINA PERUANA. — ALFARERO EXTRAORDINARIO.

Aunque excéntrico en las formas, este juicio me parece muy atinado en el fondo, y estaria del todo conforme con él, si el autor añadiese que tanto el señor Laso como el

señor Merino son buenos coloristas. Tambien entiendo que hubiera hecho bien en completarle dando una idea á sus lectores del único cuadro que ha enviado á París la República mejicana, y así hubiera cumplido por entero con la parte americana española de la exposicion de pinturas. Acaso no le ha parecido bastante importante la *Mujer adúltera* del señor Cordero (D. Juan) para hablar de ella; sin embargo no seria justo tanto desden. Hay en el cuadro del señor Cordero algunas cosas dignas de elogio: desde luego se descubre en él buen estilo. Hay dignidad y cierta elevacion en la figura del Salvador; la actitud de la mujer es algo violenta, pero su dibujo es correcto y el fondo de la composicion está bien entendido. En suma, sin ser una obra de primer órden, el cuadro del señor Cordero es ciertamente una produccion apreciable. Si el delicioso arte de la pintura está en Méjico y en las demás Repúblicas americanas á la altura que indican este cuadro y los de los señores Merino y Laso, no acierto á explicarme el corto número de producciones con que está representada la América española en la Exposicion. Seis cuadros nada mas, obra de tres solos pintores, son realmente muy poco para tantos países, de cuyo grado de cultura dan una idea bastante ventajosa los productos de su industria. Semejante penuria es tanto mas de notar cuando se considera que esos países no han dado señal de vida por lo tocante á ninguna otra de las bellas-artes. Acaso, por una parte, la distancia á que viven del teatro de la Exposicion, y por otra el natural temor de no poder competir con los artistas europeos, unido todo al poco interés que debe tener por ellos el ser mas ó menos ventajosamente conocidos en el viejo mundo, haya retraido á los

artistas del nuevo de enviarnos sus obras. Así lo supongo y lo deseo por el crédito artístico de nuestros hermanos de Ultramar.

XXXI

Cinco escultores españoles han enviado obras á la Exposicion. Citaré en primer lugar las del señor Ponzano (D. Ponciano), no tanto por su importancia, pues son meramente retratos en busto (con excepcion de una sola figura que luego citaré), cuanto por el respeto debido á un nombre justamente acreditado con grandes trabajos en España y en Italia: es uno de ellos el magnífico fronton del Congreso de los Diputados en Madrid, monumento digno de competir con lo mejor que en su género poseen París, Lóndres y Munic. He dicho que las obras de este artista enviadas á la Exposicion, no son, salvo una, mas que retratos de medio cuerpo, indicando así mi sentimiento de que no haya presentado producciones de mas empeño, como hubiera podido, y que ciertamente habrian hecho mucho honor á España; pero ahora debo añadir que el mérito de aquellos es bastante para dar á los inteligentes una idea de lo que vale y alcanza el autor. Dala igualmente, aunque no en las salas de bellas-artes, sino en las de la Industria, porque como fundida en bronce dorado se ha considerado producto industrial, una excelente estatua de este autor, que representa á la malograda Infanta Doña Luisa Carlota, madre del rey, en actitud de orar, obra hecha por encargo de S. M. para el soberbio sepulcro de aquella princesa que ha de colocarse en una

de las capillas de la iglesia de San Lorenzo del Escorial. Dos pensionados en Roma por la Academia de San Fernando, los señores Paniucci y Rodriguez, han presentado, aquel una buena estatua de Penélope, este una de Licurgo, ambas perfectamente modeladas. El mismo mérito, unido á una gracia extremada, rasgo característico de las producciones de este autor, recomienda los dos grupos en mármol del señor Vilar (D. Manuel) que representan unos niños jugando con unos perros : no he visto en su género cosa mas linda ni ejecutada con mas primor y delicadeza de estilo al mismo tiempo. La *Diana* del señor Cort, de Barcelona, es un buen estudio de mujer hermosa, si bien dista mucho de dar una idea suficientemente poética de aquella casta deidad de las selvas. Fáltanle juntamente elevacion y movimiento ; pero hay morbidez en las carnes y los paños están bien estudiados.

XXXII

Los arquitectos tienen desgracia en las exposiciones, porque solo pueden juzgarlos con algun acierto *los muy inteligentes*, y sabido es que estos son siempre la minoría en todas partes, — ¡hasta en las academias de arquitectura! ¡Cuántos practican esta noble arte sin entenderla, es decir, sin comprender la *razon* de lo mismo que ejecutan como unos meros maestros de obras, sin formarse idea de la belleza armónica que puede presentar un conjunto de líneas! El público, sobre todo, no ve claro ó ve al revés en aquellos grandes planos de papel llenos de cuadritos de varios colores y tamaños, dispuestos en

forma cabalística, representacion convencional de la altura, planta ó corte de los edificios : — en los dibujos mismos que representan estos edificios, suele pagarse de los que parecen mas bonitos y están mejor iluminados, aun cuando pequen contra todas las reglas del arte y sean en realidad imposibles de ejecutar. Así sucede y realmente es lo natural, pues no hay duda que para juzgar con algun criterio esta clase de trabajos, se necesitan estudios que muy pocos tienen obligacion ni necesidad de poseer, y una paciencia ó sea un tiempo de que no todos disponen, lo cual explica la desairada figura que suelen hacer en las exposiciones de bellas-artes los dibujos arquitectónicos. Casi nadie acude á examinarlos, por la razon sencilla de que su vista recrea poco, al paso que el atractivo de los cuadros y de las estatuas está al alcance de todo el mundo. Quiero ser sin embargo mas justo que el público y me detendré un momento delante de los excelentes trabajos presentados por los señores Madrazo (D. Juan), Gándara y Villar, que creo son los que más han llamado aquí la atencion de los inteligentes. Aplaudiré tambien el noble celo con que los jóvenes arquitectos citados, lo mismo que los señores Aranguren, Garcia, Cornejo, Muñoz, Fernandez, Ortiz, Salces, Ulibarri y Vega, se afanan por restaurar, aúnque no sea mas que en el papel, los derruidos monumentos de nuestros siglos medios, gloria imperecedera de España y que una imperdonable inercia está dejando destruir lastimosamente, cuando no ayuda á su ruina con desatinadas reformas y bárbaras demoliciones, so pretexto de *progreso*. El señor Inza se ha encerrado en sus recuerdos clásicos de la antigua Roma ; el señor Peyronnet, en diez grandes planos, ha

presentado un proyecto completo de restauracion de la catedral de Palma, de Mallorca. Todas estas obras prueban que el estudio de la arquitectura obtiene hoy en nuestro país la preferente atencion que no puede negarle ningun pueblo culto; pero ¿de qué sirve que tengamos tantos arquitectos (pues á los catorce que he citado como expositores, podrian añadirse casi otros tantos de indisputable mérito que nada han enviado á París), sino tenemos obras públicas de decoracion y ornato en qué emplearlos, ni es posible que las tengamos interin no se comprenda bien en España por todos los gobiernos que las bellas-artes son una imperiosa necesidad para los pueblos?...

XXXIII

Un solo grabador español, el señor Martinez (D. Domingo), discípulo del célebre Calamatta, figura en la Exposicion, pero con bastante lustre para dejar bien puesto el pabellon de nuestro país. La estampa del gran cuadro de Murillo conocido con el nombre de *El sueño del patricio* (institucion de la festividad de Nuestra Señora de las Nieves), es una obra maestra. Eslo igualmente la *Hermosa jardinera* y los *Peregrinos de Emmaus*, sacados de los cuadros inmortales de Rafael y el Ticiano. El retrato de S. M. la reina de España hecho sobre un original de D. Federico de Madrazo es sin duda el mejor que se ha grabado de aquella augusta señora.

Además de estas excelentes producciones de su arte, el señor Martinez ha expuesto dos grandes dibujos, que sin duda se propone trasladar al metal: el uno es el segundo

medio punto de Murillo, de los dos que están en la Academia de San Fernando de Madrid, compañero de *El sueño del patricio* (1), y el otro una hermosa cabeza de Velazquez.

XXXIV

El señor Parcerisa (D. Francisco Javier) ha presentado cinco interesantísimas litografías sacadas de la grande obra que está publicando hace años bajo el título de *Recuerdos y bellezas de España.* ¡ Loor al artista de corazon que en esta época aciaga para las artes (en España á lo menos) ha tenido valor bastante para acometer tan ardua empresa, y que todavía lo sigue teniendo para llevarla adelante, á despecho de obstáculos que para cualquiera otro serian insuperables! Los que conocen la obra del señor Parcerisa, cuyo excelente texto está confiado á las acreditadas plumas de los señores Quadrado y Madrazo (D. Pedro), me acompañarán seguramente en el vivo deseo que me anima de que sea conocida fuera de España, pues en todos conceptos hace honor á nuestro país. Se lo hace porque demuestra lo que fuimos algun dia y lo que todavía nos queda de los antiguos tiempos de nuestras glorias; se lo hace tambien porque demuestra igualmente que todavía quedan en España pechos generosos que palpitan con entusiasmo al recuerdo de aquellas glorias. Y cierto que no está de mas esta *demostracion* en unos tiempos

(1) Ambos medios puntos han sido efectivamente grabados por el señor Martinez con singular maestría.

como los presentes en que acaba de verse con universal escándalo á un delegado del gobierno proponer de oficio al gobernador de Sevilla que se extraigan piedras de las *ruinas de Itálica* para componer los caminos de la provincia !!... Consignado está el hecho en todos los periódicos de Madrid, y una sentida carta del embajador inglés lord Howden, publicada en la *España*, ha venido á darle una celebridad europea... Conste sin embargo, en desagravio del buen nombre español, que la indignacion pública ha hecho pronta y severa justicia de aquella propuesta vandálica. Volviendo á la obra del señor Parcerisa, de la cual van ya publicados ocho ó nueve tomos, si no me es infiel la memoria, recomiendo vivamente su adquisicion á todas las personas ilustradas. Nuestra España antigua es poco ó mal conocida, lo cual es gran lástima, porque valia mucho mas que la moderna. Los tomos que van publicados comprenden las provincias de Aragon, Cataluña, Mallorca, Castilla la Nueva, Granada, Córdoba y Sevilla. Recientemente he leido en los periódicos de Madrid curiosas noticias de varios descubrimientos arqueológicos importantísimos para la historia del arte, que ha hecho el señor Parcerisa en su última expedicion veraniega á las provincias de Leon y Asturias, asunto de los primeros tomos de su obra que deben ver la luz pública.

XXXV

Al mismo noble propósito de dar á conocer los antiguos tesoros artísticos que guarda España y que pocos conocen, se encamina el señor Carderera (D. Valentin), pintor distin-

guido cuanto sabio é infatigable anticuario. Los veinte dibujos y aguadas que ha presentado en la Exposicion pertenecen á la proyectada *Iconografía española*, obra colosal que creo se dará pronto à la estampa en esta capital del mundo inteligente (1). Fruto de treinta años de laboriosas investigaciones, de perseverantes estudios y de viajes á todos los rincones de España y de Italia en que el arte español ha podido dejar algun rastro de su paso y de sus varias transformaciones, la *Iconografía* del señor Carderera parece destinada á derramar una luz enteramente nueva, tanto sobre la historia, como sobre las costumbres de la edad media, y muy señaladamente sobre los orígenes de la arquitectura española en todos sus ramos. Por lo que de ella conozco, y es casi todo, no dudo asegurar que es el repertorio arqueológico de España mas completo y mas luminoso que pueden consultar los eruditos.

A mas de los dibujos del señor Carderera, comprende la Exposicion los del señor Hortigosa, modelos acabados que han merecido los mas entusiastas elogios de la prensa de París. Realmente son bellísimos : no creo posible aventajar á este dibujante en delicadeza de ejecucion é inteligencia del original. Los dos dibujos que ha expuesto reproducen con admirables pureza y verdad el *Santo Tomás* y el *San Antonio* de Murillo, las dos perlas del gran maestro sevillano.

Basta por hoy de visita á la *Exposicion universal.*

---

(1) Así ha succedido en efecto. Ya van publicadas ocho entregas.

XXXVI.

París, setiembre 1855.

Para escribir un buen *Manual* de París ó de cualquiera gran capital, se necesitaria mucha instruccion y un gran talento, lo cual no impide que por lo comun esta clase de obras entre de lleno en lo que suele llamarse libros de pacotilla. El excelente *Manual de Madrid* de D. Ramon Mesonero y Romanos es una de las pocas excepciones que conozco á esta regla. A mas de las dotes arriba dichas, que seguramente no reconozco en mí, se necesita para el caso otra que tampoco tengo, y es la de una extremada paciencia ó llámese prolijidad; — en suma, una natural aptitud para enterarse menudamente y enterar al lector de todas las particularidades que pueden interesarle, sin repetir lo que se encuentra en cien libros. — Por eso no me decido á escribir un *Manual de París*, ni de *Lóndres*, ni de *Madrid*, aunque me convendria mucho, ni doy por tal estos apuntes, por mas que en ellos se hable largamente de esas tres ciudades y de otras muchas cosas; mas ya que me encuentro en la primera, voy á apuntar rápidamente lo que á cualquier amigo que me consultase sobre el útil empleo de su tiempo en París, durante un mes por ejemplo (muchos no vienen aquí por mas larga temporada), — aconsejaria yo que viese con preferencia; deteniéndose más por supuesto allí donde su aficion ó la índole de sus estudios le hiciese encontrar mayor interés, y tomando de todo sobre el terreno mismo (*sur les lieux*, como aquí se dice) las noticias que se encuentran en los catálogos, si se trata

de bibliotecas, museos, archivos, etc., ó en cualquier *Manual* acreditado, tratándose de otros objetos de estudio ó de mera curiosidad. Lo demás, — esto es, leerse de cabo á rabo una relacion circunstanciada de todo lo bueno que hay en Paris, — es llenarse la cabeza de viento, cuando no de jaqueca : leer una descripcion muy somera, no sirve de nada. Tanto vale una simple lista de cosas notables, — de cosas que ningun extranjero culto puede prescindir de visitar, — y allá va esta por si puede servir de algo.

XXXVII

Naturalmente empiezo por suponer en el lector mis propios gustos. Hay pues que ver lo primero, hoy por hoy, la *Exposicion universal*, negocio de quince dias lo menos ó sea de quince visitas, pero no muy largas, só pena de salir enteramente mareado. A nadie que no lleve un objeto especial de estudio aconsejaré yo que haga allí, ni en ningun establecimiento público, visitas de mas de dos horas, por mucho que tengan qué ver : si ese tiempo no basta, se vuelve otro dia, y otro, y otros. Luego (ó en los mismos dias, pues variando de sitios y de objetos de atencion cesa el peligro del mareo), hay que visitar el *Louvre*, con sus galerías de pintura y escultura, sus museos egipcio, asirio, etrusco, de antigüedades americanas, argelino, de la edad media (coleccion *Sauvageot*), de dibujos originales, de estampas..... un mundo! No para estudiar, sino solo para ver con algun provecho ese tesoro arqueológico y artístico se necesitan de ocho á diez visitas cuando menos. Debe visitarse despues el museo del *Luxemburgo*, des-

tinado á las obras de los artistas franceses que aun viven, adquiridas por el gobierno : en el dia está un poco despojado, por haberse llevado al palacio de la Exposicion una porcion de cuadros contemporáneos,—todos los de M. Ingres, algunos de Horacio Vernet y de Delacroix, joyas de este museo, como tambien los dos, muy hermosos á mi gusto y de colosal tamaño, titulados la *Orgia romana*, de Tomas Couture, y la *Ultima escena del terror*, por Carlos Muller. — De paso que se va al Luxemburgo, seria pecado de omision combinada con pereza y un poco de necedad no alargarse hasta el *Panteon* (iglesia de Santa Genoveva), que es muy grande, ya que no de muy gallarda arquitectura; y más aun, estando ya en la plaza del referido Panteon, no entrar en la nueva *Biblioteca de Santa Genoveva*, edificio-modelo recien construido para este objeto en el solar del antiguo colegio de Montagudo. — Esta biblioteca, puesta hoy á cargo del distinguido escritor M. Fernando Denis, sincero amigo de España y muy conocedor de nuestra literatura y de la portuguesa, es riquísima de preciosos *incunables* del siglo XV, justamente ponderados por Dibdin en su *Viaje bibliográfico ;* posée ademas una numerosa coleccion de Aldos y Elzeviros, multitud de códices adornados con primorosas miniaturas, y como objetos particularmente interesantes para nosotros los españoles, una *Propaladia*, hermoso ejemplar de la edicion de Amberes, sin fecha (1550 segun Brunet) y un *Cancionero* de 1557 perfectamente conservado.

En la plaza del Panteon se tiene delante (esquina á la calle de Clodoveo, *Clovis*) la preciosa iglesia de *Saint-Étienne-du-Mont*, de que ya antes he hablado, y á muy corta distancia la de *San Severino*, una de las mas antiguas

y curiosas de Paris, recien restaurada y decorada con excelentes pinturas de M. Flandrin, discípulo de M. Ingres y uno de los mejores pintores con que hoy se honra esta nacion. Allí además se está en pleno *Barrio latino*, y en él debe visitar el curioso la *Escuela politécnica* (para esta se necesita un permiso del ministerio de la guerra), la de *Puentes y calzadas*, la de *Minas*, las de *Derecho y Medicina* con sus clínicas y museos anatómicos, entre ellos el *horroroso* de Dupuytren; los *Liceos* imperiales, la *Escuela de bellas-artes*, el *Colegio de sordo-mudos;* — el de *Francia*, establecimiento de enseñanza superior independiente de la Universidad, y la célebre *Sorbona*, en que están reunidas las Facultades de teología, ciencias y letras. Aunque casi todos los establecimientos de instruccion pública están aquí concentrados en el Barrio latino, se encuentran y hay que visitar fuera de él, á mas de varios colegios interesantes, como el de *Chaptal* en la calle de este nombre, el *Conservatorio de artes y oficios*, el de *música y declamacion*, la *Escuela normal* central y el *Museo de ciencias naturales*, que forma parte del *Jardin de plantas*. Tambien este hermoso jardin botánico y zoológico reclama una ó varias visitas, que impunemente pueden prolongarse muchas horas, aunque solo se le considere como sitio de recreo.

XXXVIII

A mas de la biblioteca de Santa Genoveva, hay que visitar la *Imperial* de la calle de *Richelieu*, con sus riquísimos gabinetes de estampas y antigüedades. En esta biblioteca está establecida la *Escuela de lenguas orien-*

tales vivas : la llamada de *Chartes* que en un principio estuvo aquí tambien y ha servido de modelo á la nuestra de *Diplomática*, se halla actualmente en el palacio de los Archivos imperiales. La Biblioteca imperial es una de los mas ricas del mundo, tanto en impresos como en manuscritos. De los muchos y muy preciosos españoles que contiene, publiqué en 1844, de órden y á expensas del gobierno del rey Luis Felipe, un voluminoso *Catálogo razonado*, que contiene tambien los de los manuscritos, igualmente españoles, de las otras bibliotecas públicas, á saber, la ya citada de *Santa Genoveva*, la del *Arsenal* y la *Mazarina*, situada en el palacio del Instituto. Todas merecen visitarse.

La Catedral, la Santa Capilla, *Saint-Germain-l'Auxerrois*, las ya citadas de *Saint-Étienne-du-Mont* y San Severino, San Eustaquio, San Sulpicio, y entre las modernas, la Magdalena, Nuestra Señora de Loreto, San Vicente de Paul, Santa Eugenia y Santa Clotilde, son á mi juicio las iglesias que mas interés ofrecen á los amigos de las artes.

XXXIX

En la calle *Mouffetard* nº 254 está la magnífica fábrica de tapices, denominada de los *Gobelinos*, cuya celebridad es europea : sin mas que presentar su pasaporte, cualquier extranjero es admitido á visitarla todos los dias durante dos horas que varian de una á tres en invierno y de dos á cuatro en verano. Deben visitarse tambien la Escuela militar y el cuartel de los Inválidos. No lejos de allí está

el pozo artesiano de *Grenelle*, noble triunfo de la perseverancia unida á la ciencia, y debe visitarse igualmente; y si es posible, deben hacerse además dos excursiones subterráneas, una á las *Catacumbas*, y otra á la gran alcantarilla central, cuya entrada está en la calle *Fléchier* (á lo menos por allí he bajado yo, aunque sin duda habrá otras entradas) al lado de *Nuestra Señora de Loreto*. Es una verdadera obra de romanos por su grandeza y solidez, — un tenebroso remedo de París, surcado en todas sus negras calles por un canal, viva imágen del Leteo, — una vasta *città dolente* á la que no es posible bajar sin que asalten la imaginacion, no obstante lo prosáico de su objeto, poéticos recuerdos de Virgilio y del Dante; tan cierto es que la ciencia y el arte lo engrandecen é idealizan todo! Por aquellas lúgubres y silenciosas calles va uno recorriendo leguas, ya embarcado, ya en una especie de ferro-carril, con fantástica rapidez y sin molestia alguna, ni aun para el olfato mas intolerante. Recomiendo esta visita á nuestros ingenieros, aunque más les convendria á nuestros concejales de Madrid y otras grandes poblaciones, pues bien sé (lo creo á lo menos) que aquellos están á la altura de los de cualquier país, en punto á ciencia. Otra visita que tiene con aquella cierta analogía,—una analogía antitética —recomiendo á nuestros arquitectos, aunque tampoco dudo de su saber : tal es la de las obras del nuevo Mercado (*Halle*) de los Inocentes. Me parecen un excelente modelo en este género de construcciones.

Como honroso ejemplo de lo que un gobierno ilustrado puede y *debe* hacer para el fomento de las letras, la *Imprenta imperial* debe ser visitada muy particularmente por los diputados españoles de paso por aquí, para que

al discutir los presupuestos, no se asusten de lo que gasta nuestra imprenta *Nacional*, considerando que la *Imperial* dispone anualmente de tres millones de francos. Así puede dar á luz para honor de la Francia publicaciones tan magníficas como la *Coleccion oriental*, una de las maravillas de la tipografía moderna.

Es ya muy difícil obtener autorizacion para visitar las Catacumbas, á causa del gran peligro que ofrece la circulacion por aquellas lóbregas é interminables galerías, amagadas de hundimientos en muchos puntos. Canteras inmensas en su orígen, hoy son un inmenso osario. Solo una vez he bajado á ellas y no me han quedado ganas de volver : no es decible la impresion de tristeza que deja en el ánimo la vista de aquella infinidad de despojos humanos, simétricamente hacinados formando larguísimas y revueltas calles, á la pálida luz de las teas que le van á uno alumbrando, en medio de un silencio sepulcral, bajo aquellas húmedas bóvedas que apenas permiten andar derecho, y oprimido el pulmon por una atmósfera densa y fria. Involuntariamente se figura uno allí estar ya segregado del número de los vivos...

El que pueda proporcionarse una carta de presentacion para el tan sabio como atento director del *Observatorio astronómico*, el célebre M. Leverrier, padrino y tocayo de un planeta, tendrá mucho que admirar en el exámen científico, pero muy entretenido, de aquel magnífico establecimiento con que seguramente no dejará de obsequiarle. A esto debe añadir el imaginario amigo á quien me supongo dando consejos para el mejor empleo de su tiempo en esta ciudad durante un mes, la visita á algunos de los diez y seis hospitales civiles y tres mi-

litares, que pueden ser, entre los primeros, el general (*Hôtel-Dieu*), el de la *Charité* y el de *Lariboisière*, y entre los segundos, el del *Val-de-Grâce;* — la de algunos palacios (*hôtels*) particulares, célebres ó por su belleza artística ó por sus recuerdos, como el de *Carnavalet*, el de *Lambert*, en la *Isla* y calle de San Luis; el de *Ormesson;* la casa llamada de *Francisco I°*, joya del renacimiento que parece de encaje y que, traida de Moret, piedra á piedra, se alza hoy en los Campos Eliseos junto al *Cours-la-Reine;* la de Ninon de Lenclos en la calle de *Tournelles*, y por último, la de algunas casas modernas cuyos dueños han tenido el elegante capricho de reproducir en sus fachadas el carácter arquitectónico de otros siglos. Así se ven aquí con frecuencia, en los nuevos barrios *Breda* y *Beaujon* particularmente, que son los mas artísticos, construcciones egipcias, griegas, romanas, góticas y del Renacimiento que datan de ayer. No es decible hasta qué punto esta pintoresca variedad hermosea y poetiza aquellos barrios.

Y si á todo lo dicho añade todavía mi aconsejado unas cuantas excursiones á los sitios imperiales (*Versalles*, hoy museo nacional dedicado á todas las glorias de la Francia; — *Saint-Cloud*, *Saint-Germain*, para no citar mas que estos — y á algunos pueblecitos de estas cercanías particularmente deliciosos, como *Enghien*, *Montmorency*, *Eaux-Bonnes*, *Bougival*, *Saint-Maur* y otros varios, no podrá en verdad decir que conoce bien á París, pero sí que ha aprovechado perfectamente un mes. ¡Cuantos están aquí un año y dos y diez sin ver ni una mínima parte de estas instructivas curiosidades! — Nada he dicho del *Palais-Royal*, ni de los *boulevards*, ni del *bosque de Bolonia*, ni de

las *Tullerías*, ni de los teatros, porque todo esto ya lo ven bastante (no quiero decir demasiado) todos los forasteros. Los mas no salen de esos sitios : á ver eso y las tiendas limitan el empleo de su tiempo en Paris. ¡Qué lástima de tiempo!...

XL

Con tantas demoliciones como aquí se hacen por todas partes desde principios del actual reinado, derribando en un santiamen calles y barriadas enteras y reemplazándolas como por ensalmo con otras mucho mas espaciosas, limpias y ventiladas, Paris presenta en muchos puntos el desconsolador aspecto de una ciudad entrada á saco. Para no afligirse á la vista de tantas ruinas, necesita uno hacerse la reflexion de que aquí, á diferencia de lo que suele suceder en Madrid, la destruccion no es un *fin*, sino un *medio*, necesario para luego reedificar mejorando.— Montones de escombros, rimeros de puertas y ventanas hacinadas para su venta á granel; casas cortadas horizontal ó verticalmente, como las que se representan en los planos de los arquitectos y que, á modo de cadáveres abiertos en un anfiteatro de diseccion, enseñan tristemente al transeunte el profanado interior de sus entrañas; carros que van y vienen, llevándose ó trayendo materiales, pero no carros vulgares como los nuestros, sino muy dignos de estudio por su sabia construccion que varía segun el objeto, pues el acarreo aquí es toda una ciencia, y no se cifra únicamente en redoblar, cuando ocurre un apuro, los reniegos y los latigazos; paredones que se desploman con

sordo estruendo al empuje de millares de operarios entre densas nubes de polvo, hé aquí lo que en estas calles se encuentra á cada paso; así va desapareciendo ó mas bien transformándose por completo el viejo París. Indudablemente gana en el cambio: ya son rarísimas aquí aquellas estrechas, tortuosas y sucias calles que antes serpeaban como negros reptiles al rededor del *Louvre* y de los Mercados y en las alturas del arrabal *Saint-Denis*. En su lugar, como igualmente en una porcion de terrenos antes despoblados, se va levantando á vista de ojos una ciudad nueva, verdaderamente magnífica, que se extiende mas allá del Arco triunfal de la Estrella y que nadie sabe donde parará... ¿Y porqué ha de parar? Dios hizo la buena tierra para ser poblada y esta de Paris no puede ser mejor: nada le falta. Lo singular es que por todas partes no se levantan mas que palacios. No se comprende donde vivirán de aquí á un siglo los pobres. Puede que para entonces no los haya, — á lo menos dentro de París.

XLI

En esta grande obra de transformacion algunos barrios han perdido enteramente y otros van camino de perder su antigua fisonomía. Entre estos el *barrio latino*, perforado en todas direcciones y cubierto de derribos, casi no recuerda ya lo que era en mis alegres tiempos de estudiante; y aunque se me moteje de añadir un comentario más, tan inútil como todos, al *laudator temporis acti* de Horacio, diré que lo lamento de veras. A vueltas de muchas desventajas, comparativamente con su estado actual, tenia

entonces este barrio mas carácter, mas poesía. ¿O tal vez esa poesía retrospectiva que le atribuyo no estaba entonces en él, sino en mis pocos años?... Como quiera, entiendo que no solo en lo material sino en lo moral tambien ha variado y perdido algo en el cambio. Aquella entusiasta y turbulenta juventud que poblaba sus escuelas por los años de 1830 al 35 y daba tanto que hacer á la policía del buen rey Luis Felipe, valia más, me parece, con todos sus defectos, que la actual juventud, tan escéptica, tan desengañada, tan indiferente á la cosa pública, en la apariencia á lo menos, tan desdeñosa de la libertad política, tan dócil al yugo... siquiera el prestigio de la gloria militar y todo linaje de prosperidades materiales le hagan hoy muy llevadero. En cuanto á las costumbres de una y otra juventud, discurro que allá se irán, pero acaso la de mi tiempo ponia mas amor en la poesía y mas poesía en el amor. Habia entonces mas candor, mas fe en la mujer y en el arte, mas ilusiones si se quiere.... — Cierto que no eran nada ejemplares las costumbres estudiantiles de mi tiempo. Los amores fáciles tan alegremente cantados por Béranger; los llamados casamientos en el XIII° distrito (París no cuenta legalmente mas que doce (1)) eran demasiado frecuentes entre estudiantes y grisetas; pero hoy, en medio de iguales desórdenes ó mayores, se me figura que hay menos calor y mas crápula. Hasta el gracioso tipo de la *griseta*, siempre pobre, alegre y enamorada, ha desaparecido ante la brutal invasion

---

(1) En el dia su número se ha elevado á veinte, con la agregacion á París de varios pueblos de las cercanías.

de las *loretas*, las *biches*, las bailarinas del *cancan*, groseramente interesadas, calculadoras y avaras como usureros, insensibles como el mármol, y cuyos grandes atractivos consisten en un lenguaje prodigiosamente cínico, en fumar y beber mas que los hombres y en levantar la punta del pié, cuando bailan, hasta las narices del que las mira, por muy buen mozo que sea.

Para no citar mas que un incidente, antes no se conocian en la orilla izquierda del Sena esos repugnantes *caboulots*, término medio entre la taberna y el lupanar, donde la prostitucion no se disfraza, sino que campea insolente, asociada al comercio de licores, — ¡un veneno asociado á otro veneno! — En una palabra, creo que el barrio de los estudiantes, — el *país latino*, como todavía se le llama, — ganando mucho en aseo, se ha hecho menos simpático al perder su antigua fisonomía. Sus costumbres se van *encanallando* un poco, segun la enérgica expresion francesa.

XLII

Creo tambien que este es el barrio de París donde se encuentran en mayor número jóvenes de ambos sexos emancipados antes de tiempo y viviendo por su propia cuenta en completa libertad. — Por regla general, los vínculos de familia me parecen aquí un poco relajados, comparativamente con lo que pasa en nuestro país, — culpa en parte de los padres, pero mas aun de ese impaciente afan de independencia que devora á la juventud parisiense : esta es la causa de tantas precoces emancipaciones como revela el prodigioso número de *chambres*

garnies y de *appartements de garçon* que se encuentran aquí en todos los barrios y señaladamente en el latino. No creo que en ningun país del mundo haya tantos hijos de familia separados de la suya y campando por su respeto en cuanto les apunta el bozo, ni tantas jóvenes solteras, menores de veinte años, solas ó con una amiga en pobres cuartuchos, viviendo mas ó menos honradamente de su trabajo. Solo entre las *modelas*, industria muy resbaladiza, muy equívoca, se cuentan en este barrio y en el de *Breda*, las muchachas emancipadas de diez y seis años, á centenares. En ninguna parte creo que haya tampoco mayor número que aquí de mujeres casadas (*artistas* en su mayor parte, cómicas, bailarinas, figurantas, maestras de música, pintoras, etc.) que se ganan su vida con su trabajo, separadas de sus maridos, mas que por amor al vicio, por efecto de una irresistible sed de libertad. Por eso en las calles, en los museos y en las bibliotecas, en las fondas, en todas partes se encuentran tantas mujeres *solas*, sin contar las infelices que por su triste oficio están condenadas á ir solas en público, cuando no vergonzosamente acompañadas... ¿Necesito decir cuales son las fatales consecuencias de aquella libertad para las buenas, ó mas bien para las malas costumbres?...

XLIII

Entre los placeres lícitos con que brinda París al extranjero que conoce bien la lengua y las costumbres francesas, considero el mas exquisito el del teatro. Suele decirse que este se halla en decadencia y no tengo reparo en

concederlo : no hay hoy en Francia un Corneille, ni un Molière, ni un Racine : Talma, mademoiselle Mars, yacen en el sepulcro hace mucho tiempo. ¿Quién ha de negar esto? Aun viniendo á glorias mas recientes, es cierto por desgracia que tambien ha pasado á mejor vida el autor de la *Escuela de los viejos*, de *Luis XI* y de *Don Juan de Austria*, Casimiro Delavigne, á quien tuve el gusto de tratar y de quien por cierto recuerdo la particularidad que algunas veces le oí y aun presencié, de que no podia escribir sentado ni componer versos, sino andando por su cuarto. El fecundo Scribe ya no compone ó no publica nada; Victor Hugo, convertido en tribuno republicano y proscrito en la isla de Guernesey, nada escribe para el teatro; el mismo Dumas *padre* empieza á ver eclipsarse su estrella ante el astro rutilante de Dumas *hijo*; y sin embargo, por mas que hoy realmente no salgan á luz obras dramáticas de aquellas que parecen destinadas á pasar á la posteridad, es cierto, ciertísimo que la asistencia al teatro constituye aquí un placer de primer órden. De mí sé decir que me deleita hasta un extremo difícil de explicar. Creo que consiste en la perfeccion con que *trabajan* estos actores, segun el no muy delicado término consagrado en nuestro lenguaje de bastidores, — perfeccion á que se debe el entusiasmo que suelen producir aun las obras mas vulgares. Así se ve que las mismas obras que aquí alcanzan doscientas representaciones, trasladadas á otra lengua y á otra escena, caen miserablemente entre silbidos ó bostezos á la primera. No hay teatro ni teatrillo que no cuente con algun actor de relevante mérito en algun género, con algunas actrices muy lindas y con un personal suficientemente

bueno para que el conjunto de la representacion no ofrezca discordancia alguna chocante, esto es, para que haya lo que llaman aquí *ensemble*. Su falta, casi constante, es el padrastro capital de nuestras representaciones escénicas. ¿Qué puede hacer un buen actor, mal rodeado?....

Debo decir sin embargo, en honor de la verdad, que el teatro en París va resintiéndose cada dia más de un vicio que acabará por desnaturalizar aquí la índole de la literatura dramática, y es el de cifrar todo el interés de los dramas en las cualidades personales de los actores. Se escribe para la Rosa Chéri ó mademoiselle Fargueil, para Lafont, para Dupuis, para Lafontaine ó Laferrière, no para el arte. Esto sucede, sobre todo, en ese género encantador (para mi gusto) del *vaudeville* de costumbres populares : los visajes de Ravel, las prodigiosas narices de Hyacinthe son la musa que inspira á estos fabricantes de *vaudevilles*. Considero tambien desastrosa para el teatro la general costumbre de las *colaboraciones*, que convierten el arte en oficio. Además, ese género de literatura,—de comercio, diria mas bien,—se va igualmente *encanallando* un poco, como las costumbres del barrio latino. Hay en él demasiadas escenas de *cancan;* las situaciones resbaladizas entran con demasiada frecuencia, como elemento preciso de interés : se cuenta, se especula demasiado con los encantos (*les charmes*) de las actrices, muchas de las cuales hacen indecorosa gala de no tener ninguno secreto para el público. Todos estos estimulantes de mala ley, propios solo de viejos gastados, me parecen poco dignos de un pueblo tan inteligente como el de Paris. No sucedia así años atrás, — ó sucedia mucho menos.

XLIV

La *Academia imperial* de música *Grande Opera* subvencionada por el Estado como la *Comedia francesa* y algunos otros teatros sin esto, ni aun aquí podrian sostenerse, ofrece espectáculos magníficos, cuales solo en París pueden verse, — las mejores composiciones líricas de los maestros nacionales y de todos los de Europa, — estas últimas traducidas al francés, — decoraciones bellísimas y bailes estupendos. El baile aquí es un arte, casi una ciencia : los *ballets* son unos verdaderos dramas en que por medio de la pantomima coreográfica se expresan ó se pretende expresar sentimientos, pasiones y hasta ideas abstractas. Sus fanáticos apasionados, que suelen no serlo mas que de las bailarinas guapas, sostienen que *todo puede decirse* con el baile. Esto me recuerda el conocido dicho de nuestro grande actor Guzman. — ¿Cómo diria V. bailando, preguntaba á un famoso bailarin, *el amigo de la cuñada del primo de mi mujer?* Confieso que no comparto la general aficion á los bailes sabios de la *Grande Opera* : aquellos saltos descomunales y aquellos equilibrios, aquel corretear sobre las puntas de los piés, todos aquellos *tours de force* me parecen mucho para baile y poco para volatines. Además, les encuentro poca gracia : no veo un gran sentimiento de la belleza en el acto de girar los hombres como peonzas ó de convertirse las mujeres en lagartijas, arañas ó saltamontes. Cuando las bailarinas no son muy bonitas, la danza académica adolece siempre de una insoportable

monotonía, para mí á lo menos : esto va en gustos. Comparada con nuestros deliciosos bailes andaluces y, en general, con todos los bailes nacionales, tan espontáneos, tan vivos, se me figura cosa de muñecos. Le falta *verdad*, y si alguna vez tiene *belleza*, es ó momentánea ó prestada.....

XLV

En todos los teatros de París, menos en el de la ópera italiana, hay lo que se llama la *claque* ó comision de aplausos. Mis paisanos lo vituperan mucho y se preguntan : — ¿ De qué sirve eso ? ¿ á quien engañan esas palmadas?... Al público no, porque sabe que son pagadas : á los actores menos, porque las pagan ellos.

Y yo respondo que sirven de mucho. Esas palmadas mercenarias, á mas de que algunas veces provocan las del público por espíritu de imitacion, producen cierta atmósfera de calor y ruido, propicia al entusiasmo, que es de suyo eminentemente contagioso : son un estímulo para la inspiracion del artista, un acicate para su amor propio. Yo las comparo á las bandas de música de los regimientos : tambien las paga el soldado, y sin embargo inflaman su valor y le embriagan en medio de las batallas.

Lo propio digo de la costumbre que tienen aquí las administraciones teatrales de prodigar los billetes gratuitos para que los teatros esten siempre llenos. Juzgo excelente esta costumbre, y si no se la aconsejo á nuestras empresas, es porque en Madrid se abusaria de ella indefectiblemente : el uso y el abuso son allí casi siempre amigos in-

separables. No hay cosa para alentar á los actores como un *lleno* completo, aunque sea artificial: el vacío los ahoga como una máquina neumatica al pajarillo metido en ella por desapiadado físico para hacer un experimento. El público mismo se anima y parece que respira con más libertad en una sala donde rebosa la gente.

XLVI

Vaya una rapidísima reseña de los teatros de París, como la que he hecho de los principales establecimientos públicos...

El *Teatro francés*, llamado tambien de la *Comedia francesa*, es el único asilo que todavía conservan aquí los semi-dioses literarios del siglo de Luis XIV: aquel es el templo de Corneille, Racine y Molière, cuyo culto se va perdiendo con la lenta desaparicion de las tradiciones clásicas, cada dia mas raras: así es que ya, y de muchos años á esta parte, aquellos grandes maestros comparten con los vivos el honor de ver representadas sus obras por los primeros cómicos de París, y yo creo que de todo el mundo. Mademoiselle Mars, mademoiselle Mante, la Rachel, la Plessy, Samson, tan excelente actor como afortunado maestro, Regnier, Firmin, Ligier, Beauvallet, Monrose son los últimos astros que, en mi tiempo á lo menos, han derramado sobre aquella escena magníficos resplandores.

El teatro del *Odeon* que por su instituto y su nombre de *segundo teatro francés*, debiera compartir con el primero la honra de vivificar el repertorio antiguo, parece

haber renunciado á ella hace mucho tiempo. Ya solo acostumbra dar producciones contemporáneas y pasa por bastante desgraciado.

En el *Gimnasio*, cuna de los primeros triunfos de M. Scribe, es donde á mi gusto se pasa mas agradablemente la noche; la gracia de buen tono, la elegancia francesa, la perfeccion en el conjunto parecen vinculadas en aquella simpática escena. En ella han reinado largos años la hermosa Leontina Fay y el inimitable Bouffé.

Los teatros de *Variedades*, *Vaudeville* y *Palais-Royal* son los templos de la risa: el que allí no olvide sus penas ya puede decir que está herido de incurable hipocondría.

Desde la *Puerta de San Martin* para abajo, hácia la Bastilla, se extiende la larga hilera de teatros y teatrillos que han valido á aquella parte de París el expresivo nombre de *boulevard del crímen*. En todos ellos pululan los buenos actores de melodrama horripilante. Hay allí sin embargo teatros alegres, como los *Délassements comiques*, y otros dedicados á grandes espectáculos ecuestres.

A mas de la *Academia imperial* de música, este arte encantador cuenta aquí con un excelente teatro italiano, con el de la Opera cómica, equivalente á nuestra *zarzuela*, y con el llamado de los *Bouffes parisiens*, recien fundado por M. Offenbach, en el que este hábil compositor está hay alborotando á París con su deliciosa farsa de *Los dos ciegos*. Este pueblo se despepita por las caricaturas, de todo se rie, empezando por sí mismo, y aunque ninguno como él acierta á ver el lado ridículo de todas las cosas, ninguno tampoco hace hoy en el mundo cosas tan grandes.

XLVII

París, octubre 1855.

Dice Victor Hugo en no recuerdo cuál de sus composiciones poéticas : « ¿Qué sería de la *voz del mundo* el dia en que París se callase? »

> Que deviendrait la voix du monde,
> Le jour où Paris se tairait?

En ese inmenso concierto de voces que alza todos los dias la inteligencia en todos los pueblos civilizados, bajo forma de *libros*, de *periódicos* y de *discursos*, ya políticos, ya académicos, reproducidos por la imprenta y la taquigrafía, y que juntas forman lo que el gran poeta llama elegantemente la *voz del mundo*, es decir, del mundo civilizado, inteligente, París hace, sin duda, el primer papel : á lo menos su voz es la que mas se oye. El dia nefasto en que esa voz enmudeciera de repente, se nos figuraria que el mundo de la inteligencia se habia quedado mudo, y no porque así fuera en realidad, líbreme Dios de imaginarlo! — sino por efecto de una ilusion muy natural, nacida del contraste ó sea de la transicion de un gran ruido á un gran silencio relativo. El concierto universal nos pareceria *el silencio* por la falta repentina de sus mas estrepitosos instrumentos, sino los mejor templados, y de sus voces mas penetrantes, sino las mas afinadas.

No entraré yo (por *incompetencia*, entre otras mil razones) en la árdua cuestion de la mayor ó menor cultura que

alcanzan hoy las primeras naciones de Europa, comparativamente con Francia. He oido y leido sobre esto opiniones muy contradictorias, y por mas que algunas me hayan parecido muy extravagantes, me guardaré muy bien de contradecirlas, porque no podria hacerlo con bastante cocimiento de causa.

Los que dicen, por ejemplo, que el cerebro, el *pensamiento* de Europa no está en Francia sino en Alemania, podrá ser que tengan razon; á mí no me lo parece, pero tampoco lo contradigo porque no conozco bastante aquel país para juzgarle. Tampoco creo que esté en Inglaterra, como aseguran otros, y en este punto ya me atrevo á asegurar á mi vez, que ni en ciencias, ni en artes, ni en letras, ni en armas, lleva hoy en el mundo el pueblo inglés la bandera de la civilizacion, por mas que sea realmente un gran pueblo. Quien la lleva, en mi humilde entender, es el pueblo francés, ó mas bien *París*, que es la cabeza y el corazon de la Francia.

¡Oh tres y cuatro veces venturosos los escritores franceses! Su público es la Europa, ó mejor dicho, el mundo civilizado. Si escriben de ciencias, sus libros sirven de texto en todas las escuelas científicas, como sucede en las nuestras, con raras excepciones (véanse las listas anuales de obras de texto que publica el gobierno). Estudiando en libros publicados en París, ya en el mismo texto francés, ya en traducciones, se forman nuestros ingenieros, nuestros médicos, nuestros hacendistas y hasta nuestros jurisconsultos y nuestros teólogos, por mas que en estos dos últimos grandes ramos del saber no estemos escasos de caudal propio. Dè París vienen casi todos los instrumentos y aparatos con que se enseñan y se practican las ciencias y

las artes en España, si bien es cierto que Alemania nos envia tambien muchos, y muchos vienen tambien de Lóndres, pero ¿á qué negarlo? París es el gran centro y como el depósito universal de donde nos surtimos.

Hé aquí, entre otras, la explicacion de la prosperidad fabulosa que alcanzan aquí las mil industrias relacionadas con la fabricacion y tráfico de todos aquellos instrumentos y aparatos, porque yo tengo para mí que lo propio que en España sucede en la mayor parte de las naciones: todas, por regla general, acuden á París á surtirse de innumerables objetos que les hacen falta, y que aquí encuentran mejores y mas baratos que en ninguna parte.....

XLVIII

Un ramo hay que no sé yo, en la esencia, á qué órden de ideas pertenece, pero que en sus resultados viene á ser pura y simplemente de *industria y comercio*, en el cual París ejerce, no ya la supremacía, sino el monopolio mas absoluto y mas incontestable é incontestado, sobre todo el mundo: hablo del ramo de *modas*. ¿Se ha calculado bien hasta qué punto esa *tiranía de la moda* que ejerce esta ciudad sobre todas las naciones, es para ella una fuente inagotable de importancia y de riqueza? ¿Sabemos bien, nosotros españoles por ejemplo (y lo mismo puede decirse de los demas pueblos), lo que nos cuesta al cabo del año ese insensato vasallaje, puramente oficioso y voluntario en que nos hemos constituido con respecto al genio inventivo de París, en punto á modas? ¡La moda!... Convengamos en que los franceses abusan terriblemente de

ese *filon* que la vanidad y el candor europeos han puesto en sus manos, ó mas bien en sus bolsillos. Con mas formas que Proteo, mas inconstante y versátil que la fortuna, mas efímera que las rosas, esa misteriosa divinidad francesa llamada la *Moda*, tiene en París sus principales templos, á donde acude á tributarle un culto absurdo toda Europa, trayendo las manos llenas de oro y la cabeza llena de viento.

Horroriza, espeluzna considerar el número de millones (¡no se trata de menos!) que se dejan aquí todos los años, en estos suntuosos almacenes de *modas* de la *rue de la Paix*, del *boulevard* Italiano hasta la Magdalena, de la *rue Vivienne*, de la *rue Richelieu* y de otras cien calles, las altivas *ladies* del Támesis, las opulentas princesas rusas, y las italianas, y las suecas, y todas, y muy señaladamente ¡ay! nuestras españolas. Aquellas hermosas tiendas, tan surtidas, tan seductoras, son el ídolo de la mas bella mitad del linaje humano : infinitas señoras hacen cada año un viaje á París únicamente para visitarlas y comprar algo en ellas, por de contado.....

No lo creyera á no haberlo visto ; pero la verdad es que todos los veranos se llena el *boulevard* Italiano de españoles y españolas, y que yo sé de muchos y muchas que viniendo aquí todos los años á pasar dos meses, se vuelven siempre sin apreciar ni aun conocer de París mas que.... las modas. Tentado estoy de creer que tampoco vienen mas que por moda. Digo mal : no lo creo ; lo sé positivamente, de algunos á lo menos.

XLIX

Fuerza es confesar que si semejante flaqueza puede tener disculpa, esta se encuentra en el aspecto verdaderamente mágico de los buenos almacenes de modas, que en prodigiosa abundancia ofrece esta capital. Nada mas sorprendente y deslumbrador, por ejemplo, que los vastos salones del almacen llamado *la ville de Lyon* en el *boulevard des Capucines*, iluminados por torrentes de gas, servidos por elegantes y agraciados jóvenes de ambos sexos, finísimos, amables, complacientes hasta la dulzura, hasta el mimo, capaces de extirparle á una dama, sin dolor, hasta su último billete de mil francos. Siempre tienen la sonrisa en los labios : parecen unos príncipes y unas princesas que le están á uno agasajando en sus palacios, y de ningun modo unos verdugos que le están desollando vivo.....

Como me propongo no decir en estos apuntes nada de lo que sus lectores — (si algun dia llegan á tenerlos..... ¿quién sabe? *¡todo se imprime!* como decia el D. Diego del *Sí de las niñas*), — como me propongo, digo, no consignar en estos apuntes mas que las observaciones que se me van ocurriendo al dia, y de ningun modo los datos y noticias que se hallan en todos los *manuales* y en cien libros, al alcance de todo el mundo, no pienso pasar revista ni aun á los *principales* templos que tiene aquí la moda, por mas que los acate y venere como el paraíso de las damas. Mejor que yo saben ellas, de seguro, donde se encuentran los *chapeaux les*

plus frais, los abrigos mejor confeccionados, las gorras mas aéreas, las novedades mas nuevas; además de que para ilustrarlas en este punto, si lo necesitan, tienen aquí una multitud de periódicos *especiales*, — de los cuales sin embargo, hay que desconfiarse un poco, porque suelen estar pagados para elogiar.... por los mismos elogiados. Esto es aquí muy corriente, y no solo en el ramo de modas. Es muy probable que en todas partes suceda lo mismo, pero de cierto sucede aquí en mayor escala : esta es la tierra, este es el siglo del *puff*, — verdadera antítesis del conocido proverbio de nuestros abuelos :— *el buen paño en el arca se vende.*

L

Otra cosa sucede aquí, mas que en otras partes, á lo que creo, y no estará de mas consignarla por si la noticia puede aprovechar á alguno. —De barrio á barrio, de calle á calle, tal vez de tienda á tienda, suele haber una diferencia enorme en el coste de unos mismos objetos. Dicen las damas, por lo tocante á su especialidad de modas, que esas diferencias en el coste están muy compensadas por la diferencia real y efectiva que hay en los productos comprados, por mas que á ojos poco inteligentes parezcan iguales, — y añaden muy ufanas que jamás una persona de gusto confundirá una capota de madame Laure, ó un abrigo de madame Hervey con otro abrigo ú otra capota, al parecer idénticos, comprados dos tiendas mas abajo ó mas arriba. — Inclino la frente y lo creo como artículo de fé, pero consigno el hecho para que ninguna amiga se exponga á ir vestida de pacotilla por ignorancia ó mal en-

tendida economía. — En cuanto á vestir prendas compradas del *boulevard Saint-Denis* hácia abajo, camino del *Marais*, eso ya seria estolidez ó ignorancia demasiado grosera para que yo pueda atribuirla, ni aun en hipótesis, á ninguna persona culta, — hombre ó mujer, si bajan de sesenta años. Tanto valdria vestirse en Madrid en los portales de la calle Mayor y presumir de elegante!...

El buen gusto nació francés, dicen los franceses, que han convertido en proverbio nacional este hemistiquio de Boileau, si mal no recuerdo : *Le goût naquit français*. Lo creo como lo dicen : en ningun país se disponen las cosas con tan feliz artificio como en París, ni tampoco hay en otro alguno tanta gracia para burlarse con implacable crueldad de lo que *hoy* no es de buen gusto, aunque *ayer* lo era... ¡Cómo! ¿Será posibile que hoy sea ridículo lo que hace un mes era elegante? Lo que hoy nos parece de tan buen gusto lo mismo en trajes que en muebles y ornato), ¿parecerá estrafalario dentro de poco? La razon lo rechaza y la experiencia nos lo confirma todos los dias. En esto, en esto mas que en otra cosa alguna aparece patente hasta qué punto se ha encarnado en nuestra naturaleza el espíritu de sumision absoluta á la tiranía que ejerce Paris sobre toda Europa : á tal punto que si á París se le antojara (y puede que se le antoje el dia menos pensado) variar de gusto y de modas, no ya cada año ó cada mes, sino cada semana ó cada dia, por dias ó por semanas iríamos, como corderos, variando tambien nosotros de gusto y de modas, — y encontrando muy ridícula y muy inservible la prenda de vestir ó la cosa cualquiera que antes nos entusiasmaba. ¡Misterios de

la mente humana, que es un abismo, y que por lo pronto van llenando de dinero este otro abismo llamado Paris, en el que vienen á sepultarse tantos caudales sacrificados alegremente al culto irracional de la moda, tan irracional que hoy ensancha á nuestras damas con inmensos miriñaques, á punto de que parecen campanas, y mañana tal vez nos las dejará escurridas como fundas de paraguas!

Era difícil hablar de París sin hablar de modas; pero salgo mas que á paso de este terreno candente, no sin pedir perdon á las damas por las muchas herejías que sin duda se me habrán escapado al correr de la pluma. Me lo dicen mi confusion, mis remordimientos.....

LI

En el *Palacio Real*, en el piso tercero de la casa en que está situado el excelente restaurador de los *Hermanos Provenzales*, da todas las noches sesiones públicas de magnetismo el baron Du-Potet, gran partidario y propagador de esa ciencia nueva que, si fuera lo que dicen sus adeptos, estaria destinada á renovar la faz del mundo. Tales cosas he visto en casa del citado baron, tales las he leido en la *Revista* que está publicando hace algunos años, que á la verdad no me atrevo á decir si creo ó no creo en los prodigios del magnetismo; lo que sí tengo por cierto es que ni aquel célebre magnetizador ni otros varios á quienes conozco son unos impostores, como creen algunos. Podrán engañarse y engañarnos, pero van de buena fé. Pensar que son pura farándula todos los sorprendentes resultados que

obtienen, me parece obstinacion pueril contra la evidencia misma. Yo he presenciado muchas veces, á punto de no quedarme la menor duda sobre su realidad, el sueño magnético: he visto á los magnetizados sostenerse en posturas contrarias á todas las leyes del equilibrio; — los he visto andar y dirigirse perfectamente entre mil obstáculos, con los ojos perfectamente vendados;—quedar insensibles á toda impresion externa, á punto de dejarse clavar (y de haberles clavado yo mismo) gruesos alfileres en las manos y en la frente, sin que diesen la menor señal de dolor; — obedecer con una especie de docilidad estática á todas las manifestaciones de la voluntad del magnetizador. En punto al dominio absoluto que este puede adquirir sobre el magnetizado, durante su misterioso sueño, declaro á riesgo de pasar por iluso, que creo en él firmemente. Creo tambien en otros fenómenos magnéticos, de que muchas veces he sido testigo, manifestados por lo que puede llamarse transposicion de los sentidos ó mas bien lucidez exterior del sentido interno. El hombre magnetizado *puede* ver sin auxilio de los ojos. Consultado el famoso prestidigitador Roberto Houdin por el marqués de Mirville sobre la posibilidad de explicar con los recursos del arte de la prestidigitacion los asombrosos fenómenos de transposicion de los sentidos que presenta durante el sueño magnético el tan conocido *Alexis*, contestó que *no*: léase su carta original en la curiosísima obra del citado marqués sobre los *espíritus*, uno de los libros mas originales y, en mi sentir, mas interesantes que se han publicado hace mucho tiempo.

Y á propósito de los espíritus, digo lo mismo que del magnetismo: suspendo mi juicio sobre todo aquello en

que no ha fallado ya la infalible autoridad de nuestra Madre la Iglesia. Mas cuando leo las fórmulas que esta emplea para el exorcismo y el bautizo : cuando leo á San Pablo y recuerdo las visiones reales de algunos Santos; cuando la *Civiltà cattólica*, uno de los órganos mas autorizados de la ortodoxia, reprueba las doctrinas y las prácticas del espiritismo, no por falsas, sino solo por peligrosas; cuando veo en fin á muchas personas de cuya buena fé no puedo dudar, y cuyo talento é instruccion son evidentes, asegurar que han *visto* los efectos sobrenaturales de la evocacion de los espíritus, y que han *oido* los golpes con que manifiestan su presencia, francamente lo digo; no me siento con bastante fuerza de incredulidad para reirme de esas cosas. Todo lo que puedo recabar de mí es abstenerme de intentar profundizarlas, persuadido de que todavía no está madura la humanidad para ciertos progresos en el órden espiritual,—y de que, aunque lo estuviera, no seria yo quien la dotara de ellos... Entre tanto, amigo de la luz *quand même*, no veo inconveniente en aconsejar á mis paisanos que cuando tengan por aquí un rato desocupado, vayan á oir al baron Du-Potet y lean el libro del marqués de Mirville. Creo que me agradecerán el consejo.

LII

No se deduzca de lo dicho que soy propenso á acoger patrañas ni que creo, por ejemplo, en las mesas giratorias, con que muchos están hoy embaucados : no creo en eso, no porque eso ni otras cosas aun mas raras me parezcan

absolutamente imposibles (es ya preciso ir pensando en borrar esta palabra del diccionario), sino porque nunca he visto comprobado el hecho de una manera satisfactoria. Lejos de adolecer de un exceso de credulidad, ni de aconsejárselo á nadie, mas bien me inclino á una excesiva desconfianza de todo lo que seduce á primera vista, escamado con tantos desengaños como nos da continuamente lo que me atreveré á llamar la *falsa ciencia.* Ni aun el general asenso me parece suficiente criterio de verdad, tan arraigada está en mí la conviccion de que muchas de las que generalmente pasan por verdades son mentiras, entre ellas una multitud de esas máximas vulgares llamadas refranes, que suelen calificarse de evangelios chicos... En cuanto al testimonio de los sentidos ¿quién ignora que tambien nos engaña muchas veces? Siempre he creido que una de las obras mas curiosas y mas útiles en que pudiera emplearse un grande ingenio seria una *Historia filosófica de los delirios humanos.* Semejante libro, bien escrito, vendria á ser ¡ay! la verdadera historia de nuestra miserable humanidad.

¿Qué delirio hay en efecto que no haya pasado por la cabeza de algun hombre? ¿qué monstruosidad hay, por absurda, por odiosa, por increible que parezca, sin exceptuar ni aun las que más repugnan *naturalmente* á los instintos humanos, que no haya sido practicada por algun pueblo? — Preciso es que el *error* tenga para el hombre atractivos muy inefables, para que ni la luz de la revelacion divina, ni la enseñanza evangélica, ni el temor del castigo en la otra vida, ni los instintos que nos guian en esta, ni el auxilio de la razon, ni los progresos de la cultura, ni nada enfin haya bastado á desarraigar de nues-

tro espíritu rebelde sus funestas semillas. Todavía hoy, en pleno siglo diez y nueve, el mundo está lleno de errores y supersticiones : su número es sin duda incomparablemente menor que lo fué en otros tiempos, pero la *tendencia* á acoger el error y la superstición es siempre la misma. Así se explica la acogida que encuentra todo charlatanismo aun en las sociedades mas cultas. Las costumbres modernas, profundamente modificadas por la civilizacion cristiana, no admiten ya, es cierto, errores tan desastrosos ni preocupaciones tan groseras como los y las que florecieron en la edad media, por ejemplo; pero lo repito, siempre el *error*, siempre la supersticion conservan su antiguo predominio sobre el hombre desde que prestando oidos al eterno enemigo de la verdad, mereció por su culpa ser arrojado del paraíso.

LIII

El número de los errores y de las supersticiones que han subyugado á los hombres es incalculable, aun dejando aparte su mas fecunda rama, que es sin duda la que se levanta sobre el vastísimo campo de las creencias religiosas. No hay objeto en la tierra que algun pueblo iluso no haya convertido en una divinidad : en la India panteista, entre los cultos griegos, entre los poderosos romanos, todo era dios, menos Dios mismo, segun el profundo dicho de Ciceron. Sin remontarme aqui á esas escabrosas materias, voy á pasar revista á algunos errores todavía bastante generalizados para que no sea del todo inútil manifestar su

extravagancia, y á algunas supersticiones que tambien conviene atacar por peligrosas ó por ridículas.

Pero ante todo hay que advertir una cosa importante : no todos los que pasan por errores, lo son ; ni merecen el nombre de verdaderas supersticiones muchas creencias que á primera vista lo parecen. En eso de calificar duramente las opiniones ajenas hay que andarse con piés de plomo. Continuamente estoy oyendo calificar de supersticiones groseras multitud de creencias populares muy arraigadas, y que no es extraño que lo estén, porque son realmente verdades incontestables, fundadas en la observacion, pero cuya causa no descubren todos los observadores y mucho ménos los que no observan, es decir, los superficiales, los petulantes; por lo cual les parece comodísimo negar el hecho y calificar de supersticiosos ó preocupados á los que creen en él. Sin necesidad de entrar para nada en el terreno de las creencias religiosas, vedado á la discusion de los profanos, es facil encontrar innumerables comprobaciones de esta verdad, demasiado patentes para que necesite aquí recordarlas.

LIV

Otra advertencia importante hay que hacer : es preciso no confundir las creaciones poéticas, las fábulas y alegorías inventadas con un objeto útil, en una palabra, las *ficciones filosóficas* con las supersticiones propiamente dichas. Entre esas ficciones merecen particular respeto las que, estrechamente enlazadas con la historia de los orígenes de algun pueblo, son en cierto modo el cimiento de

su grandeza y el estímulo permanente de sus virtudes. En este caso están por regla general todas las grandes tradiciones nacionales : respetarlas aun cuando sean ó parezcan erróneas, es el deber de todo buen ciudadano. ¿Qué se gana con invadir y profanar ese sagrado depósito? Despojando á los pueblos de lo que constituye sus títulos de nobleza, no se los hace ni mas ilustrados ni mejores, sino muy al contrario. ¡Ay de los pueblos que no tienen poesía! ¡Ay de los hombres que no creen mas que en las verdades materiales!

Seguramente que en los últimos siglos de Roma, los romanos instruidos no creian más que nosotros en la loba que amamantó con su leche á Rómulo y Remo, ni en la ninfa Egeria á quien iba á consultar el rey Numa en la soledad de los bosques; sin embargo ningun historiador, incluso el severo Tito Livio, quiso despojar impíamente al pueblo de la fé que tenia en la fabulosa nodriza de la ciudad eterna, y en la ninfa no menos fabulosa que igualmente amamantó en cierta manera al segundo rey de Roma con el tesoro de su inspirada sabiduría. Estos *errores* fundados en grandes resultados, estas *supersticiones* inocentes y hermosas á un mismo tiempo, iluminan los primeros siglos de la historia como admirables símbolos de altísima significacion, aunque tan misteriosa á veces que ni aun la crítica mas sagaz alcanza á penetrarla. La credulidad, innata en el hombre, necesita un pábulo con que saciarse, racional ó absurdo, sano ó dañoso; y todo indica que esos símbolos ó esas tradiciones, testimonio imperecedero del genio que los inventó (si son inventados), deben considerarse como un cebo dado á aquella credulidad imposible de desarraigar del ánimo de los pue-

blos, para convertírsela en un nuevo gérmen de gloria, de virtud y de grandeza. ¿Qué mayor título puede alegarse al respeto de la posteridad? y adviértase que aquí hablo en la hipótesis de que esas tradiciones sean inventadas; si no son erróneas, sino verdaderas en el fondo, aunque tal vez algun tanto desfiguradas en la forma bajo que han llegado á nosotros, ¿cuánta mas razon no habrá para encarecer el respeto que se les debe?

LV

Ya he dicho que no hay que vituperar tampoco cual verdaderas supersticiones las *figuras poéticas* á que una imaginacion exaltada por el entusiasmo ó por el dolor da con frecuencia las formas de la realidad. ¿Se dirá por ejemplo que Virgilio comparte ó fomenta las vanas creencias del vulgo sobre el influjo de los astros, cuando recuerda en estos magníficos versos la muerte de César?

Ille etiam extincto miseratus Cæsare Romam,
Cum caput obscura nitidum ferrugine texit,
Inpiaque æternam timuerunt sæcula noctem.
Tempore quamquam illo tellus quoque et æquora ponti,
Obscœnæque canes, importunæque volucres
Signa dabant...

Aun cuando graves historiadores, como Plinio, Apiano, Dion Casio y Plutarco no confirmasen la opinion general de que multitud de signos extraordinarios en el cielo y en la tierra presagiaron la muerte de César, todavía el poeta hubiera estado en su derecho revistiendo con formas poé-

ticas aquel gran suceso, para herir con él mas profundamente la imaginacion del pueblo é inspirarle horror al crímen, presentando á los dioses y á la naturaleza entera como partícipes de ese mismo horror. Hé aquí la gran leccion que se encierra en ese admirable episodio de la muerte de César con que termina el libro primero de las *Geórgicas.* Esto no es fomentar el error y la supersticion, aunque lo parezca á los ojos de un observador superficial; esto es cumplir la verdadera mision del poeta, que es moralizar é instruir á los hombres.

LVI

Una de las supersticiones mas arraigadas todavía es la de que el *viernes* es un dia nefasto: muchos hacen extensiva la misma fatal influencia al *martes*, de donde viene el conocido refran: *en martes, ni te embarques ni te cases.* Esta segunda supersticion, sin ser menos absurda, se comprende ménos aun que la primera. En efecto, por mas que la razon nos diga, á lo menos á los cristianos, que el dia en que plugo á Dios consumar la redencion del linaje humano, con el sacrificio de su Hijo hecho hombre, deberia ser un dia de bendicion, hay sin embargo en el fondo de nuestra alma algo que se revela contra la idea de que pueda ser un dia como otro cualquiera el que presenció con horror la muerte del Justo. Por lo demás, aunque es seguro que este grande y doloroso recuerdo debe inspirarnos un hondo sentimiento de tristeza y excitarnos doblemente á la humildad y á la mortificacion, no hay motivo alguno racional para que nos abstengamos de

hacer en ese lo mismo que en cualquier otro dia de la semana, incluso el martes, todo aquello que nuestra conciencia nos señale como útil y bueno.

Los *números* son objeto de varias supersticiones, especialmente el *siete* y el *trece* : la supersticion fundada en la fuerza cabalística del primero de estos números, ha dado orígen al error que attribuye influencias perniciosas á los años llamados *climatéricos*, y señaladamente á los septenarios. Son estos por lo comun en las familias un objeto de terror, porque se cree que de siete en siete años el cuerpo experimenta una revolucion que transformando el temperamento de una manera casi completa, debe producir crisis peligrosas para la salud ; pero no hay nada de eso : un estudio detenido ha demostrado que los años climatéricos no son mas temibles que los demás y que nuestra naturaleza en tales épocas no cambia en lo mas mínimo. Lo único que hay de verdad es que de siete en siete años nuestro sér adquiere un nuevo desarrollo; á la edad de siete se caen los primeros dientes, á la de catorce empieza la pubertad y el cuerpo no crece ya mas despues de los veintiuno. Las crisis, en las enfermedades, guardan tambien con mucha frecuencia, períodos septenarios ; pero nada de esto justifica los exagerados temores que inspiran á las personas crédulas y asustadizas los años climatéricos. Está demostrado por repetidos cálculos de proporcion que esos años no han ofrecido nunca un número de defunciones mayor que cualesquiera otros. — En cuanto á la supersticion de que en sentándose *trece* personas á una mesa, una de ellas lo menos ha de morir en el discurso del año, no hay para qué decir hasta qué punto está destituida de todo fundamento racional ; mas como evi-

dentemente emana del horror á Júdas, cuya traicion nos recuerda ese número, que es el que él ocupaba en la Cena, — lo mismo que cualquiera otro de los discípulos, segun por donde se empezara á contar —), se comprende al cabo que tal supersticion exista; no así la otra, incomparablemente mas absurda, si es que en lo absurdo hay gradaciones, que ve presagios funestos en el hecho vulgarísimo de *derramarse la sal* ó el *vino* sobre el mantel; de que *dos cuchillos* se pongan en cruz accidentalmente en la mesa; ó bien en que *aulle un perro* en las altas horas de la noche, ó en encontrarse lo primero, a salir á la calle, un *cerdo negro*, dos *jorobados*, un *cuervo*, una *vieja*, etc., etc. La única explicacion que puede darse de estas supersticiones es que las hemos heredado de los romanos, grandes propagadores de creencias disparatadas. Todo era presagio para ellos, el vuelo de las aves, el aspecto de los astros en un momento dado (constelacion), cualquier encuentro fortuito, un huracan, una centella. A cada paso leemos en Virgilio testimonios de aquella universal supersticion :

Sæpe malum hoc nobis, si mens non læva fuisset,
De cœlo tactas memini prædicere quercus.

dice Melibeo en la primera égloga. En la novena dice Meris :

Quod nisi me quacunque novas incidere lites
Ante sinistra cava monuisset ab ilice cornix,
Nec tuus hic Mœris, nec viveret ipse Menalcas.

LVII

Allá van algunos *errores* y *supersticiones* que se han acreditado sin saberse cómo, y que su misma extravagancia deberia desterrar del mundo sin necesidad de impugnarlos; pero con impugnacion y todo, durarán probablemente mientras los hombres sean crédulos, es decir, miéntras haya hombres. En estos ejemplos se ve patente la diferencia que existe en la práctica entre el *error* y la *supersticion*.

Los que creen que el *camaleon* se mantiene del aire; que el *buitre* digiere el hierro y cualquier otro metal; que nuestro *cuerpo* pesa menos despues que acabamos de comer que antes; que el *agua* es un elemento; que el *laurel* rechaza el rayo; que las *hormigas* hacen provision para el invierno; que cuando hablamos mal de alguno deben zumbarle los *oidos;* que el metal mas pesado es el *plomo* (la platina, el oro, el mercurio lo son mucho mas); que los *topos* son ciegos; que el fenómeno de la ventriloquia se produce en el vientre, etc., etc., incurren pura y simplemente en *errores* vulgarísimos de historia natural, de física ú otras ciencias, disculpables hasta cierto punto. Los que creen en los *duendes*, trasgos y fantasmas; en la facultad de *aojar* ó hacer mal de ojo que poseen algunos séres privilegiados; en los *talismanes* y amuletos; en los presagios mortuorios del vuelo de la *corneja* ó del canto del *buho;* — los que creen que es de malo ó buen agüero entrar en alguna parte ó echar á andar con el *pié* dere-

cho ó con el izquierdo; los que consultan los *naipes* y se hacen decir la *buena ventura* por las rayas que se ven en las palmas de las manos ó por cualesquiera otros signos exteriores, etc., etc., incurren en una flaqueza, creo yo, y se hacen voluntariamente esclavos de una *supersticion*. Para hacer justicia de todas esas vanas *supersticiones* no se necesita ciencia: basta el buen sentido.

Otras preocupaciones hay, dirigidas por otro órden de ideas, no menos desatinadas que aquellas, y mucho mas peligrosas por sus inmediatos efectos sobre la familia y la sociedad; tales son las preocupaciones *nobiliarias* y las del *falso honor*, las mas odiosas de todas, por los desastres que acarrean y por el estado de verdadera barbarie á que tienden á hacernos retroceder en nuestras ideas y en nuestros actos; — pero este tema por sí solo requeriria un libro...

LVIII

París, 2 de noviembre 1855.

Los cementerios de París estarán hoy muy concurridos, como lo estuvieron ayer: la piadosa conmemoracion de los difuntos tiene aquí, como en todos los pueblos cristianos, estos dos dias del año, — el de hoy particularmente, que es el consagrado por la Iglesia católica, — para satisfacer aquella dulce y triste necesidad del alma que nos mueve á convertir alguna vez el pensamiento hácia los que ya no existen entre nosotros, apartándola por un momento de nuestros propios cuidados terrenales... Una sepultura muy querida, muchas veces regada con mis

lágrimas, me llama hoy irresistiblemente al cementerio *Montmartre*. Dos hijas mias duermen allí juntas, bajo una alfombra de yerba y flores, el eterno sueño de la muerte. El dia en que las hice reunir en el mismo sepulcro, — un triste y lluvioso dia del otoño de 1843, que no olvidaré jamás, habiendo aquí perdido entonces á la segunda tres años despues de la otra, — escribí á un amigo estos versos, que tal vez leerán sin enojo los que, como yo, buscan en la poesía ante todo la *verdad*. Más que una produccion literaria, son una carta confidencial; pero hay desahogos del alma que pueden exponerse al público sin rubor, y yo al decidirme hoy por vez primera á exponer este, ruego solo á los que me lean que si nunca han probado crueles amarguras, salten estas páginas... Pero ¿quién puede en este mundo decirse exento de dolor?

UNA MAÑANA

EN EL CEMENTERIO DE MONTMARTRE.

*A mi amigo M. G****

Triste estaba la mañana,
Triste cual mi corazon :
En mi cerrada ventana,
La lluvia y la tramontana
Formaban áspero son.

Solo habia, quebrantado
Por fin tras larga vigilia,
Breve sueño conciliado,
Por recuerdos agitado
De mi Anita y mi Cecilia.

¡Ni un momento, ni un momento
De mi herido pensamiento
Este recuerdo se aparta!
Nunca mi alma se harta
De tan amargo sustento.

De mis hondas amarguras
Para avivar la violencia,
De esas pobres criaturas,
Tú lo sabes, con frecuencia
Visito las sepulturas.

Hoy á este amargo deber
Que cumplir me proponia,
Otro deber se añadia.....
¡Otro cáliz que beber
Mas amargo todavía!

Cuando nuestra Anita hermosa
Dos meses hace, perdimos : —
Dormirá bajo la losa
Donde su hermana reposa,
Su madre y yo nos dijimos.

Iguales en hermosura
Como en temprana razon,
Calmaba nuestra amargura
Verlas en la sepultura
Como en nuestro corazon!

Hoy este voto piadoso
Iba á quedar satisfecho.
Lleno de angustias el pecho,
Despues de un breve reposo,
Al alba salí del lecho.

Triste estaba la mañana,
Triste cual mi corazon :
En mi cerrada ventana,
La lluvia y la tramontana
Formaban áspero son.

Salí : pesada neblina
Sobre las calles desiertas
Caia, en formas inciertas
Velando de la vecina
Barrera (1) las anchas puertas.

Cerca el cementerio estaba :
Cuando pisé sus umbrales,
Mi rostro el llanto bañaba
Y en cada mano llevaba
Tres coronas sepulcrales.....

Dos para mis dos tempranas
Flores que en la tumba están!
Tres, para las tres hermanas (2),
Ramo de plantas lozanas
Que segó un mismo huracan!

Y la otra para el niño,
Pobre mártir! que allí está
De los suyos lejos ya (3)!....
Solo mi tierno cariño
Flores hoy le llevará.

---

(1) La *barriere* Montmartre.

(2) Tres preciosas niñas inglesas, que murieron en Montmorency pocos dias despues que una de las mias.

(3) Un hijo de mi íntimo amigo D. P. de la E***.

Pobre, pobre abandonado,
De tu madre separado!....
¡Ah! ¡cuál mi pecho se parte,
Niño hermoso, al contemplarte
De sus lágrimas privado!

De ese duro lecho eterno,
Como un fecundo rocío
Tal vez ahuyentara el tierno
Copioso llanto materno
Las mustias sombras y el frio.

Ah! tal vez en las miradas
Con que tristes contemplamos
Las sepulturas amadas,
A aquellas negras moradas
Un rayo de luz llevamos!

¿Será un delirio creer
Que sobre ellos al caer
El llanto de nuestros ojos,
Aquellos yertos despojos
Agita un vago placer?

¡No! maldita el alma ó santa,
Cual mal arrancada planta
De hondas raices duras,
Nunca del todo quebranta
Las mortales ligaduras.

Siempre un misterioso lazo,
Cuando su forma desnuda,
Al cuerpo muerto la anuda,
Cual sufre el cortado brazo
Tal vez sensacion aguda.

¿Porqué nadie con desden
Pisa y sin temor tambien
De los muertos el recinto?
Porque nos dice el instinto
Que nos oyen y nos ven!

¡Pobre, pobre abandonado,
De los tuyos separado!.....
¡Ah! ¡cuál mi pecho se parte,
Niño hermoso, al contemplarte
De sus lágrimas privado!

Tambien, como tú, ¿quién sabe?
Quedarán mis hijas solas,
Cuando el vaiven de las olas
Impela mi rota nave
A las costas españolas.

¡Oh del hombre ley severa,
Miserable condicion!
En su mundana carrera,
Va dejando por do quiera
Pedazos del corazon!

Iba, amigo, estas cosas meditando
Con profunda amargura,
Y una corona fúnebre dejando
En cada sepultura.

Fria y menuda lluvia penetraba
En tanto mis vestidos,
Mas no entonces mi cuerpo avasallaba
La ley de los sentidos.

Mi vida toda concentrado habia
En el sentido interno,
Y solo vagamente percibia
Lo material y externo.

Iba así en mi delirio como un hombre
Loco ó desesperado,
Cuando de pronto resonó mi nombre
Junto á mí pronunciado.

Era el sepulturero. — *Venid*, dijo,
Y respondíle : — *Vamos;*
Y siguiendo sus pasos, me dirijo
Entre los secos ramos.

Desfalleció mi alma quebrantada
Cuando de allí á un momento,
Vi á lo lejos de mi hija idolatrada
El blanco monumento,

Caido de su zócalo, las flores
Todas en torno mustias.....
Temblando me acerqué..... mas ¡ ay ! mayores
Aun fueron mis angustias,

Cuando miraron mis llorosos ojos,
De la cavada tierra
Salir el atahud que los despojos
De mi Cecilia encierra !.....

« Que ahí estás, » exclamé, « dulce hija mia,
« Pobre predestinada,
« Inmóvil, solitaria, desde el dia
« Que me fuiste arrancada

« Contigo, angel hermoso, te llevaste
« Todas mis ilusiones,
« Y tan solo el sentido me dejaste
« Para las aflicciones.

« Igual dolor al que probé al perderte
« En aciaga mañana,
« Hora á probar he vuelto con la muerte
« De tu preciosa hermana.....

« Y ella nunca me dió gozo acabado
« Cual tú, Cecilia mia,
« Que estaba ya mi pecho mal llagado
« Y muerto á la alegria!.....

« Deslizarse aquí unidas con dulzura
« Debieron vuestras vidas,
« Angeles!... y en la misma sepultura
« Hoy estareis unidas!... »

No pude proseguir. Mis pensamientos
De tropel se estrellaban
En mi abrasada frente; mis acentos
En ayes se trocaban.

Y de nuevo embargó mis facultades
Un mortal parasismo:
De mi dolor, confusas claridades
Surcaban el abismo.

Ah! si vieras, ¡oh amigo! en aquel punto,
Cuan al vivo en mi mente
Se me representaba en fiel trasunto
Mi Cecilia viviente!

Veíala correr entre las flores,
Linda, serena, pura :
De su rostro avivaba los colores
Su blanca vestidura.

Cansada en mis rodillas se sentaba
A recibir caricias,
Y con las suyas mi ánima inundaba
De inefables delicias.

Todo olvidado entonces lo tenia,
Su enfermedad, su muerte.....
¡ Angel ! ¡ mi vida concentrado había
En el placer de verte !

Despues me parecia que tornando
A tu infantil recreo,
Te ibas entre las flores alejando,
Y yo en mi devaneo

Seguia inquieto tus perpetuos giros,
Mientras entre el ramaje
Tu voz iba tornándose en suspiros,
Y tu blanco ropaje

Poco á poco las formas presentando
De una mortaja iba.....
Lancé un grito de horror..... fuí á ti volando...
Y ya no estabas viva !!!. ..

Salí entonces, el alma traspasada,
De aquel breve delirio,
Para tornar con la razon odiada
Al usado martirio.

Mis acerbas memorias me volvieron
Entonces una á una;
Mis ojos yerta y pálida la vieron
Como estaba en su cuna,

Cuando ya herida de mortal dolencia
Su aliento se apagaba,
Y aun tenaz mi esperanza, á la existencia
Retenerla pensaba.

¡Vano afan! ¡vano afan! Tu que probado
Por el destino impío,
De infinita amargura has apurado
Un cáliz como el mio,

Comprenderás, ¡oh amigo! la agonía
Que desgarró mi pecho,
Cuando muerta abrazaba á la hija mia,
En lágrimas deshecho!

Vieras la desolada madre al cielo
Alzar los turbios ojos,
Sin querer, cual Raquel, hallar consuelo
Ante aquellos despojos!....

Vieras de mis amigos el quebranto,
Y atónitos, dolientes,
Viéralos derramando largo llanto
Doblar las mustias frentes!

Nada en el mundo tanto nos contrista
Ni el corazon nos hiere
Tan dolorosamente cual la vista
De un niño que se muere,

Porque se nos figura al ver segada
Una vida que empieza,
Que rompe, en nuestro daño conjurada,
Su ley naturaleza!...

En vano de estos misterios
Para sondar las honduras,
Consulta en los cementerios
El alma á las sepulturas.

Vanamente la razon
Todas sus alas despliega
En pos de ellos.... ¡La creacion
A responderle se niega!....

Esto pensaba, mirando
El sepulcro donde unidas
Estaban ya descansando
Mis dulces prendas perdidas

Solo quedado me habia
En aquel yerto jardin,
De la pobre Anita mia
Recordando el triste fin,

Y vencido de esta pena
Más viva por más reciente,
Sobre la húmeda arena
Caia mi llanto ardiente.

Tú sabes, querido amigo,
Si en esa niña adoraba,
Pues tantas veces contigo
Mi corazon desahogaba.

Ella mi luz, mi alegría,
De mis pesares la calma
Era, y la esperanza mia,
Y el orgullo de mi alma.

Más ufano que debiera
Con ella estaba tal vez,
Pues castigó tan severa
Tu mano ¡oh Dios! mi altivez....

¡Mísero de mí! cual hoy
Postrado, Señor, me tienes!
¡Cuán desengañado estoy
De los terrenales bienes!....

En mi amargura infinita
Los juzgo á todos inciertos:
La realidad solo habita
Este asilo de los muertos.

Todo lo demás es ruido
Vano, engañosa ilusion,
Piélago desconocido
Do naufraga la razon!

Aquí, hincada la rodilla,
El suelo mis labios besan :
Aquí el corazon se humilla
Y las ilusiones cesan!....

*

Así doliente clamaba
En el suelo arrodillado,
Y á abandonar no acertaba
Aquel monumento amado.

Levantéme en fin : despues
Breve trecho discurrí,
Y en tres tumbas juntas, tres
Amados nombres leí. —

¡Laura hermosa! que ahí estás
Con tus dos lindas hermanas,
Y que no os veré ya más
Que en apariciones vanas!....

Solo á la luz de la luna,
En las praderas herbosas,
Entrelazadas cual una
Corona de blancas rosas,

Os veré lentas pasar
La vista fija en el suelo,
Como una vela en el mar,
Como una nube en el cielo!...

Con mis dulces hijas bellas,
Como aquí en la tierra unidas,
Blancas entre las estrellas,
Siempre ¡oh fantasmas queridas!

En mis nocturnos paseos
¡Ay! os iré contemplando,
Vuestros antiguos recreos
Silenciosas renovando!....

Ahora mismo, en la espesura,
Con las hijas que perdí,
Pienso veros con dulzura
Fijar los ojos en mí.....

¡Cuán triste llanto derramas,
Inocente Anita mia!
¡Cuán triste, oh Laura, me llamas,
Tú tan alegre algun dia!....

Adios, adios!.... — Lentamente
De aquellos sitios salí,
Más inclinada la frente,
Mas triste que cuando fuí.

Momentos, allí, de aquellos,
Querido amigo, pasé
Que encanecen los cabellos,
Y á prueba ponen la Fé,

Que de la Muerte en la idea
Zozobra al fin la razon,
Cuando sobre ella no ondea,
Oh Fé! tu blanco pendon!....

LIX

El cementerio del *Padre Lachaise* es el mayor de París, que cuenta además los de *Montmartre*, *Picpus* y *Mont-Parnasse*. Todos merecen visitarse, porque sobre ser muy hermosos en cuanto es compatible la idea de la hermosura con el fúnebre objeto á que están destinados, ofrecen recuerdos en extremo interesantes y son en particular para nosotros los españoles un testimonio elocuente de la tierna y respetuosa deferencia, por decirlo así, que se debe á los muertos. Aquí los cementerios son unos jardines mas cuidados que los de recreo para los vivos : aquí las sepulturas están, no solo hoy, sino todos los dias del año, cubiertas de coronas de siemprevivas, mudos emblemas de perdurables cariño y dolor..... Todos los dias, á todas horas, se encuentran en aquellas mustias calles, formadas por las regulares hileras de los sepulcros, unos magníficos, otros humildes, decorosos todos, ya familias enteras, ya una madre, ó una viuda, ó un esposo arrodillados delante de una huesa. No es dable expresar la sensacion que produce al entrar aquí en cualquier cementerio el espectáculo de todas esas mudas escenas de dolor junto á las cuales va uno pasando sin ser visto, sin ser notado....

Entre aquellas sepulturas las hay en gran número de relevante mérito artístico, noble lujo de ciertas familias ricas, dignas de serlo. Merece particular mencion en el cementerio del Padre Lachaise, el monumento erigido á la memoria del que fué nuestro opulento compatriota

D. Alejandro Aguado, primer marqués de las Marismas del Guadalquivir. En el mismo cementerio es objeto de una piadosa peregrinacion para los enamorados el sepulcro de Abelardo y Eloisa, elegante resto de arquitectura gótica traido de la antigua iglesia del Paracleto. Bajo otro concepto llaman la atencion los monumentos mortuorios de los mariscales Gouvion Saint-Cyr y Souchet, esculpidos por el ilustre David de Angers, como así mismo el del general Foy, erigido á expensas de una suscripcion nacional. Sobre el sepulcro del escultor Cartelier se alza una estatua bellísima, que representa un genio, obra de Rude, á cuyo cincel se deben los mejores bajo-relieves del Arco triunfal de la *Estrella*, entre ellos el magnífico trofeo *la Partida*, la mas grandiosa página monumental sin duda de la escultura contemporánea en esta nacion. Sobre el sepulcro del poeta aleman Luis Bœrne hay que admirar una hermosa alegoría patriótica del ya citado David de Angers. Los nombres mas célebres de Francia en santidad, letras, ciencias, artes, política y armas se leen allí esculpidos en funerales losas, última expresion de toda grandeza, de toda gloria humana. No siempre los nombres mas gloriosos aparecen escritos al pié de los mas soberbios mausoleos : lo mismo en este cementerio que en los demás, y lo mismo en la vida que en la muerte, no siempre la riqueza es compañera del mérito... ¡La riqueza!... mucho caso hacemos de ella los hombres, pero para conocer cuan en poco la estima Dios, basta considerar á quienes se la da con preferencia!...

LX

Desde las alturas del *Padre Lachaise* se disfruta un magnífico panorama de París y sus contornos. A lo lejos, la vista es hermosísima, pero entristece su primer término la sombría mole de la *Roquette*, depósito provisional de los condenados á cadena perpetua. Todo extranjero curioso debe visitar esta y las demas cárceles principales de París, entre las cuales son las mas importantes, la *Conciergerie*, toda poblada de los sangrientos recuerdos de la Revolucion; *Mazas*, que ha sustituido á *la Force* y que con razon se titula cárcel-modelo, donde el sistema celular tiene á su disposicion nada menos que 1260 celdas ó estancias aisladas para los presos; *Santa Pelagia*, que antes servia de cárcel para los detenidos políticos y para los deudores (hoy lo es para estos últimos la de *Clichy*), — á quienes malamente se confundia con otras clases de delincuentes. La prision militar, situada en la calle de *Cherche-Midi*, nombre raro por cierto, y la de *Saint-Lazare*, exclusivamente para mujeres, son excelentes.... no para habitadas, á lo que imagino, sino como objetos de observacion para el administrador, para el criminalista, para el arquitecto, — ó para el mero aficionado á estos estudios.

LXI

Para dar una idea de lo que era la cárcel de *Santa Pelagia* á los principios del reinado de Luis Felipe, voy á extractar aquí de mi diario de aquella época (marzo de

1834 el apunte de una visita que hice á uno de mis mejores amigos, F***, español y muy jóven entonces como yo, preso en aquella cárcel.... por deudas.

. . . . « Llegué entre once y doce de la mañana á la sombría prision con mi papeleta en el bolsillo; y despues de algunas formalidades indispensables en la puerta principal, entré en un patio donde pregunté á unos hombres que allí andaban paseando, por dónde se entraba al ala del edificio destinada á los deudores? — ¡Por el pasadizo de la deuda!... me respondió uno de ellos con tono enfático. Creí que lo decia por chiste; pero vi que efectivamente estaba este rótulo sobre un pasadizo que atravesé exclamando : « ¡Oh *esprit!* es menester confesar que naciste francés.»—Penetré despues por una puerta en semicírculo guarnecida de barras de hierro, de tres piés de alto, para lo cual hube de agacharme, de doblarme mas bien; y hablo de esta puertecilla enana porque fué el primer objeto que llamó mi atencion como peculiar á esta clase de sitios, que siempre se presentan á nuestra imaginacion con semejantes entradas, no solo, á mi parecer, por lo acostumbrados que estamos á leer descripciones en que siempre van unidas estas dos ideas, sino porque se nos figura que quiere de este modo castigar la sociedad al hombre que la ha ofendido, obligándole á humillar la frente y saludar, por decirlo así, la prision á que le condena su justicia.

« Indicaronme el cuarto número 35, como mansion de mi amigo : subí al piso tercero, y al fin de un largo corredor sucio y oscuro distinguí, no sin dificultad, las dos deseadas cifras : dí un golpecito á la puerta, á que respondio

un sutil y enfermizo *adelante;* hícelo así y mi amigo F***, saltando de una miserable cama en que yacia tendido, se arrojó en mis brazos con toda la efusion del mas sincero cariño.

« Era el cuarto de F*** pequeño, oscuro y de ruin apariencia, aunque á decir verdad, todo en él estaba limpio, gracias sin duda á los cuidados de mi amigo, que es en extremo pulcro, aficionadísimo á toda elegancia, á todo lujo... por eso estaba allí!... por serlo *demasiado.* Además de su cama y de una mesilla coja cubierta de versos y prosas, habia en la estancia otra cama no menos estrecha que la primera, en que estaba tendido su compañero de cuarto, M. C..., jóven periodista de bastante talento y autor de una novela que aquí ha sido celebrada mucho mas de lo que merece. Como no habia mas que una silla, y esa, además de amenazar ruina, estaba ocupada con libros y vestidos, sentéme en la cama de F*** y él á mi lado, donde meneamos la sin hueso muy á nuestro sabor. Contóme todas sus cuitas, y yo le escuché sin pestañear siquiera, haciendo coro á los amables epítetos con que acompañaba los nombres de sus acreedores, á quienes trató de gente soez y prosáica, y yo ni mas ni menos, aunque á ninguno conozco,... ni ganas.

« Al cabo de un buen rato de conversacion salimos á ver el establecimiento, que se reduce (hablo de la parte consagrada á prision por deudas y delitos políticos) á dos patios y tres largos corredores en diferentes pisos, donde están, como las celdas en los conventos, las habitaciones de los presos. Estos, en su gran mayoría, son periodistas de las oposiciones legitimista y republicana. Entramos en algunas de aquellas habitaciones y todas me perecieron en

extremo miserables, aunque generalmente hablando, vi que sus habitantes eran gente fina y acostumbrada á mejor tratamiento. Visitamos los cafés, tabernas, fondas, casas de juego y otros placeres nada platónicos, cuya vista seria bastante para apartar de la senda del vicio aun al pecador mas empedernido; tan repugnante era todo aquello y tan poco seductoras eran las ninfas que por allí andaban prodigando consuelos á los presos... ricos. Esto no obstante, no faltaban pecadores tanto en las tabernas, como en los cafés y mesas de juego, donde se atravesaban por cierto cantidades muy respetables. Una cosa que me llamó mucho la atencion fué que cada cual llevaba los colores distintivos de su partido, y que continuamente veíamos pasar dados del brazo un *gorro-colorado* y una *blusa verde* (un republicano y un legitimista), y los oíamos reir, bromear y aun hablar de política con tanta moderacion como si fueran cartujos. Comuniqué á F*** el motivo de mi admiracion, y me respondió : — No menos que á tí me han dejado atónito los usos y costumbres de esta casa : todo en ella está, sin mas excepciones que este ó el otro desórden sensual, como una balsa de aceite. Carlistas y republicanos comen, beben y se divierten juntos, sin que haya ejemplo de que una disputa ó un desafío hayan nunca turbado el órden público. Celebran sus conciliábulos casi en presencia unos de otros; y en una palabra, ambos partidos, dentro de estas paredes por lo ménos, se estiman recíprocamente, como verás cuando te haya presentado á algunos de sus individuos.

« Luego que hube hablado con algunos de ellos, conocí que aunque realmente estaban muy divididos por sus opiniones, los unia un sentimiento comun, y era el mas

soberano desprecio hácia toda persona que no gasta mas de lo que tiene. F***, que es muy avisado y conoce el mundo, entiende que cualesquiera que sean sus opiniones políticas, su deber, como ciudadano español, se cifra en mostrarse delante de los extranjeros ***buen español***, y confieso que sabe hacerlo con mucha dignidad. Por lo demás, en su calidad de extranjero, se ha abstenido prudentemente de todo distintivo exterior, y goza con su raro talento y amabilidad del aprecio y consideracion de ambos partidos.

« Bajamos en seguida á pasearnos por uno de los patios, donde el primer objeto que llamó mi atencion fué, en medio de un gran número de discípulos de *San Simon*, notables por la extravagancia de sus trajes, muy semejantes á los que se usaban en la edad media, al Padre supremo Enfantin que grave y majestuoso lentamente se paseaba. Pocos hombres he visto mas hermosos y bien plantados que este profeta de nuevo cuño, á lo que contribuia en gran manera la gallardía de su porte y la elegante sencillez de su vestido. Iba como Diana en medio de sus ninfas, levantando la cabeza por cima de las de sus discípulos.

« —Prepárate, me dijo F***, á hallarte en presencia de grandes ***notabilidades***, pues quiero presentarte á algunas de ellas. Aquellos dos que allí vienen de brazero con gorras, cintos, blusas y pantalones verdes son el conde B., escudero de la duquesa de Berry, y M. B., primo del célebre abogado de este nombre. Aquel jóven tan risueño y bullicioso que los sigue sin parar en parte alguna, es un fogoso republicano, íntimo amigo de entrambos, sobrino de la duquesa de A... Viene, como ves, haciendo desapia-

dada burla de un hombrecillo como del codo á la mano, cojo, seco y negro como un zapato, que es un visionario aleman, tipo de su especie, con quien te haré trabar conocimiento y sé que me lo agradecerás. Inventor de una panacea para la extirpacion radical del pauperismo en las sociedades, ahí le tienes preso por deudas y mas pobre que Job! Allí viene M. C..., célebre republicano, y á su lado la inmensa mole de *Meinherr* N..., pariente, segun dice, del príncipe de Metternich : ese coloso compró hace poco por 53,000 francos un soberbio elefante que empeñó por 700 al cabo de algunos dias : es el mayor gloton de la tierra y gasta en satisfacer su gula tanto como casi todos los otros presos juntos. En cuanto á esa multitud que por ahí anda de un lado al otro leyendo, hablando y riendo, es por lo comun gente insignificante, entre la cual hay muchos que se creen grandes hombres porque están presos, y miran con lástima al que tiene la desgracia de no deber nada á nadie; por lo demás, los colores de sus vestidos te indicarán el partido á que pertenecen.

« F*** me presentó á algunos de sus compañeros de prision, y entre ellos al conde de B., que ha estado en España y habla muy bien nuestra lengua, en la cual me hizo numerosas preguntas de que deduje sin dificultad su activa correspondencia con nuestros carlistas. Esta gente no sosiega, pero la policía de Luis Felipe sosiega aun menos. Con caballeresca franqueza dijo en alta voz delante de mí, y aun de algunos republicanos que allí habia, que si como esperaba, se veia pronto libre, pasaria inmediatamente á Italia á recibir órdenes de la *Señora* (la duquesa de Berry); y de allí á España ó á Portugal, segun conviniera al servicio del rey legítimo. Hay en la verdadera con-

viccion y en la lealtad de un hombre que arriesga su vida por defender lo que cree justo, un atractivo tan grande para mí, que desde luego me sentí vivamente interesado en favor de aquel caballero *enriquinquista*, á quien un momento antes no conocia... — Deseas verte libre, dije entre mí, y es ¡ay! muy probable que si vas á Navarra, sea solo para dejar tus ilusiones con la vida en un rincon de aquellas montañas!...

« Separóme de estas reflexiones la voz de F**, que me decia: — Alza la vista á esas rejas del piso principal y verás por entre ellas un individuo en cuya fisonomía podrás estudiar las huellas que deja la mano del crímen en el semblante de los hombres. Vi en efecto un jóven como de 19 á 20 años, que con las manos detrás de la espalda, la cabeza baja y el pelo sobre los ojos, en mangas de camisa, á pasos gigantescos se paseaba. El que haya visto alguna vez en la casa de fieras los movimientos quebrados de la hiena se formará una idea de aquel mónstruo, que entre otras gracias, ha asesinado á su madre con detalles de crueldad tan horribles como la accion misma; y lejos de dar la menor muestra de arrepentimiento, entre las pocas palabras que han podido sacársele desde que cometió su crímen, las que con mas frecuencia repite son estas: « *Por un franco mato á un hombre.* » Es alto, rubio y pudiera pasar por buen mozo, á no ser por la feroz aspereza de sus movimientos y por el invencible horror que inspira á cuantos saben su historia. Imposible me seria decir las sensaciones que recibí al verme en presencia de aquel ser infernal; creo que por nada en el mundo hubiera suscrito á la idea de pasar una noche bajo el mismo techo que él, sobre todo cuando ví la cara que puso y las

miradas sangrientas que echó á los presos del patio, que sin piedad le gritaban y azuzaban como se hace al leon del Retiro. No sé qué *circunstancias atenuantes* habrán libertado á este miserable de ir al patíbulo que, al parecer, tiene tan merecido. Aquí el jurado las encuentra siempre, aunque no las haya, por su justo horror á aplicar la pena de muerte.

« En otra prision poco separada de la suya, y cuyas rejas daban tambien al patio en que yo me hallaba, habia un preso de como hasta 50 años, y cuyo semblante no se hacia notable sino por un color encarnado bastante encendido. Llámase Bertran, y no ha cometido, en lo que lleva de vida, mas que diez y siete asesinatos; verdad es que tampoco empezó su carrera hasta los 12 años, en que cometió el primero bajo los auspicios de un tio suyo, segun ha declarado él mismo. Es cosa que horroriza en verdad oir las atrocidades que se cometen en este país. Bertran se ha escapado dos veces de presidio, y la segunda mató con una piedra, golpeándole la cabeza, á su compañero de fuga, cogiéndole desprevenido. Los últimos cuatro asesinatos que ha cometido en una sola noche y que le han traido á la cárcel, parecen haberle trastornado el juicio, pues se pasa horas enteras rascando con las uñas y con los dientes las rejas de su prision. Asesinó hace poco á un sobrino suyo á quien habia siempre mostrado mucho cariño, y se cree que esto es lo que le ha vuelto loco, pues habla de ello con mucha frecuencia y siempre con tristeza. Dice en los escasos momentos lúcidos que tiene, que él ha tratado á su sobrino mejor que su tio le trató á él, y entonces llora como una Magdalena. Todos estos detalles me los ha referido uno de los espias que suelen meter en las cár-

celes para sonsacar la verdad á los presos y que aquí llaman *moutons*. Excuso añadir que la *circunstancia atenuante* que ha salvado á este infeliz ha sido su presunta demencia, — *la locura homicida*, como se dice en términos de medicina legal.

« Avisó un mozo que la sopa estaba en la mesa, y ví en efecto que así era la verdad, habiendo entrado en el cuarto de F***, donde hallé un concurso muy superior á lo que prometia la capacidad de la estancia. Sentámonos á la mesa M. C., M. B..., F*** y yo, y nos hicieron compañía el escudero de la duquesa de Berry y el filósofo aleman. Dijo este último tantas extravagancias, que si me hubiera yo hallado en otra disposicion de ánimo, no dudo que me hubiera hecho desternillar de risa. Con alguna que otra preguntilla astuta y lisongera, le metí en tanta gana de hablar que me reveló el secreto de su invento para la extirpacion radical del pauperismo y, además, me contó su historia de cabo á rabo, en la cual, hablando de las sensaciones que le agitaron al entrar en Santa Pelagia, me dijo : — Veia yo unas fantasmas que bailaban delante de mí, y unos enanos que me miraban... — Seria que se miraba Vd. á sí mismo ! interrumpió echando una carcajada el sobrino de la duquesa de A., á quien respondió el aleman con una mirada de compasion en que no se divisaba cólera alguna por tamaño desacato. Luego prosiguió diciendo : — Queria llorar, y no podia llorar... mis ojos se partian y me parecia que manaban guijarros encendidos. ¡Oh dolor! ¡oh dolor! mi *yo* se confundia con mi *no yo* y en aquel tenebroso delirio de mis facultades, la necesidad absoluta de extirpar el pauperismo se me representó con nuevos colores !!...

» Con esto se llevó el diablo nuestra formalidad y todos procuramos mudar de conversacion, lográndolo al fin no sin dificultad, porque el filósofo estaba ya algo peneque...

» Tanta fué la confianza que inspiré á aquellos señores durante la comida y el café, que todos ellos me admitieron en el número de sus amigos, iniciándome además en los medios que empleaban para pasar el tiempo, y ponderándome lo mucho que se divertian; pero hallaron en mí la mas obstinada incredulidad, porque al considerar los recursos de que echaban mano para matar los horas años sin duda para ellos, conocí cuánto debian aburrirse en su prision. Bien vi tambien que lo que ellos querian era, no engañarme á mí, sino engañarse á sí mismos; pero conocí que no podian lograrlo, y que la tristeza los devoraba aun en medio de su alegría.

» A pesar de ser la comida excelente y agradable la conversacion de aquellos señores, estaba yo muy lejos de hallarme á mi gusto en semejante sitio. Aquella mezcla de ostentacion y miseria, de abatimiento y licencia que se veia en la comida y el lenguaje; aquel ambiente de orgía y de crímen que respiraba todo aquello (el mozo que nos servia era una especie de Hércules, condenado á reclusion perpetua por haber muerto de un puñetazo á un amigo suyo); todo enfin me entristecia y repugnaba. Cuando el ánimo está dispuesto al desagrado ó al contento, las circunstancias mas indiferentes en cualquiera otro caso producen entonces una gran sensacion, como si las bañara, por decirlo así, con sus colores alegres ó sombríos la disposicion de nuestro espíritu. Habia yo llevado á F*** por la mañana un hermoso ramo de flores, á que es muy aficionado y que él colocó en un jarro de

agua para conservarlas; y por la tarde, al entrar á comer, las hallé marchitas en el suelo y pisoteadas, como para indicarme que no podia existir en aquellos sitios emblema alguno de pureza y hermosura... »

LXII

Otro recuerdo de aquella época, copiado igualmente del natural y muy en caliente, como suele decirse, me encuentro en uno de mis antiguos cuadernos de apuntes, y voy á transcribirle aquí con muy ligeras variantes á que me obliga la discrecion. En él figura otro íntimo amigo mio, á quien llamaré Eduardo : del mismo modo variaré ó suprimiré otros nombres; pero todo lo que aquí digo es verdad, en el fondo : los hechos son ciertos y creo que dan una idea, muy incompleta sin duda, pero exacta, de aquella singularísima época de transicion, llena de nobles cuanto impotentes aspiraciones, — de grandeza y locura. Si hoy parece y con razon (lo mismo me parece á mí) que este relato tiene un colorido algo romántico, considérese que ese era entonces el *colorido local*, colorido en que naturalmente estaba empapado el pintor. Esta es una prenda más de fidelidad. Titularé este fragmento :

UN BAILE EN EL *FAUBOURG SAINT-GERMAIN*.

Paris, febrero 1854.

... Serian las doce poco mas cuando llegamos Eduardo y yo al palacio (*hôtel*) de la princesa de T***, uno de los

mas hermosos de la calle de la Universidad. Tres salones consecutivos, á mas de varias piezas menores, todas decoradas con suma riqueza y gusto exquisito, contenian en su espacioso recinto la flor y nata de los tres mas elegantes arrabales de Paris.—el de San German, el de San Honorato y el de la *Chaussée d'Antin.* El primero es el de la antigua aristocracia indígena; el segundo el de la aristocracia extranjera, especialmente el de las ricas familias inglesas y rusas que en gran número vienen aquí todos los inviernos á dejar rios de oro : el tercero es el de la nueva y poderosa aristocracia del dinero. Aquel representa lo que se llama aquí el antiguo régimen, y en él predominan las opiniones legitimistas : el último es como el cuartel general de la alta banca y de las ilustraciones de la nueva córte. El de San Honorato es un terreno neutral al que acuden gustosos los otros dos á bailar y á comer opíparamente, por mas que medie entre ellos desde la revolucion de julio una sorda lucha de vanidad y de intereses que poco á poco se va desgastando, y que acabará pronto, me parece, á lo menos por lo que toca á la vanidad nobiliaria, necia como todas. Esas luchas no son ya de este tiempo. Creo además que el espíritu aristocrático ha muerto en Francia y que no lleva trazas de resucitar.

Los grandes salones de la princesa estaban destinados al baile : una numerosa orquesta, situada en una alta galería medio cubierta de enramada y flores, derramaba sobre ellos sus raudales de armonía. Las otras salas menores servian para la conversacion, el juego y la lectura : multitud de lindos *keepsakes*, tomos de poesías primorosamente encuadernados, — Byron, Moore, Lamartine, Victor Hugo, Alfredo de Musset, algunos poetas alemanes,

tal cual italiano, ¡ni uno solo español! — esmaltaban los veladores. El incesante vaiven de las bandejas de plata cubiertas de sorbetes, dulces y bebidas de todas clases, hacia muy llevadero el ardor de aquella densa atmósfera, perfumada por tantas flores, magnetizada por el hálito de tantas mujeres hermosas... Allí estaban, particularmente en las salas de conversacion y de juego, las primeras celebridades del dia, en la política, en las artes, en las letras, — el anciano general Lafayette, M. Laffitte, M. Guizot, M. Thiers, el conde Molé, M. Berrier, M. Dupin, los pintores Horacio Vernet y Pablo Delaroche, los hermanos Deveria, Alfredo y Tony Johannot, el filósofo M. Lerminier, la ilustre Jorge Sand, astro que empieza á brillar mucho, — tal vez demasiado, sobre el horizonte literario.

Ocupaban los sillones y las banquetas contiguas á las paredes las señoras mayores, por lo comun vestidas con mas lujo incomparablemente que las jóvenes. Todo se volvia allí aderezos espléndidos de diamantes como avellanas, gruesas perlas y piedras preciosas; cuanto mas entradas en años parecian, mas compuestas, mas ricas estaban, segun la costumbre admitida en el gran mundo: esta costumbre me parece odiosa y absurda. Una vieja muy peripuesta se me figura una mortaja recamada de lentejuelas. Bajo aquellos costosos atavíos, entre aquella nube de encajes, turbantes y penachos de plumas, resaltaban tristemente los rostros estucados de albayalde y de carmin ó rugosos y amarillos como castañas pilongas: espectáculo juntamente vistoso y grotesco. Unas se lanzaban á bailar como niñas de quince años; otras mas sesudas permanecian sentadas, semejantes á una larga fila de cariátiods egipcias, flechando sus gemelos sobre la turba de

jóvenes bailarines que, en pantalon *collant*, zapato y media calada, el *clac* debajo del brazo, y alta corbata de raso blanco, movian de una á otra parte sus patitas de jilguero ó formaban bulliciosos corrillos delante de las damas. Componian aquellas un respetable areopago en el que se discutia sabiamente el mérito de los actuales *leones*, *dandies* y *fashionables*, muy inferior, por supuesto, al de los recien destronados *lechuguinos*, y mas inferior todavía al de los antiguos *currutacos*, *pisaverdes* é *increibles*. Unas lamentaban amargamente la irreparable desaparicion de la coleta, el calzon corto y el espadin atravesado por los riñones: otras, menos antiguas, la de las extravagantes modas del Directorio y del Imperio. — ¡ruinas lamentadas por otras ruinas! — En cuanto al mérito de algunas hermosas jóvenes que apoyadas lánguidamente en el brazo de sus galanes se paseaban lentas y desdeñosas ostentando sobre sus airosos talles de palmera nevados cuellos de cisne, el consejo de las discretas ni aun se tomaba el trabajo de discutirle: todas convenian, *nemine discrepante*, en que eran feas é iban vestidas sin gracia. Lo mismo habian dicho de ellas medio siglo antes sus abuelas: nuestras bellezas contemporáneas dirán ¡ay! lo mismo de sus nietas. — Este es el mundo, ha sido y será...

Acerquéme á saludar á la princesa. — ¿Cómo tan tarde? me dijo. ¿Será verdad que anda Vd. un poco distraido allá por su país latino? — (Yo era en efecto estudiante y vivia en el *país latino*, pero no tenia en él mas distraccion que el estudio.) — Mal hecho, mal hecho, prosiguió. Yo sé quién le echaba á V. aquí muy de menos...

La princesa de T... es una señora muy ilustre y muy rica, viuda de un célebre diplomático, y muy amiga de

los españoles, sobre todo de uno, segun dicen...... Conserva muchos restos de una hermosura de primer órden y pasa por haber sido muy alegre : en el dia no es mas que muy amable, como lo probaban las palabras que tuvo la bondad de dirigirme, sin el menor fundamento, por supuesto, sin darles ella misma ningun crédito y solo por saber que esas cosas suenan siempre bien en los oidos de los jóvenes. Cada hombre, jóven ó viejo, es un abismo de vanidad. Ese arte de decir cosas agradables es innato en las señoras *alegres* : á todos saben dejarlos contentos, haciendo á veces de todos en el fondo el mismo caso, que suele ser *ninguno*, — salva siempre tal cual afortunada excepcion.

Empezaba la música á tocar una contradanza. Despues de haberme provisto de un *vis-à-vis*, fuí á sacar á una de las pocas señoritas solteras que habia en el baile — (aquí las jóvenes de la alta sociedad suelen estar en los colegios ó en los conventos hasta que se casan, y las casadas suelen bailar hasta que tienen biznietos). Pálida y rubia, mi linda pareja, á quien nunca habia visto en lo que aquí se llama *el mundo* — los bailes, los teatros, los paseos — me inspiró desde el primer momento una viva simpatía por su aire precozmente reflexivo, mas bien triste. Varias veces intenté trabar conversacion con ella, pero en vano : su pensamiento estaba en otra parte.

— ¡Mucho calor hace, señorita!

— Sí señor.

— ¡Es muy amable la princesa!...

— ¡Oh! mucho.

— Se me figura que tiene Vd. un poco de acento inglés, — muy gracioso sin duda.

— He estado algunos años en Lóndres...

Y siempre sus ojos se dirigian con angustiosa espresion hácia una señora bastante gruesa y bien parecida, pero ya muy en su otoño, — casi en su invierno, — vestida con el lujo asiático que la edad provecta reserva para sí, so pretexto de que la juventud no lo necesita. Cierto; pero menos lo necesita ella. Parecia la gruesa dama toda embebecida en escuchar á un jóven muy guapo con quien mostraba estar en la mejor inteligencia. No tardé en saber que era la mamá de mi pareja, y que el jóven era una especie de aventurero italiano que atraido por la fama de ricas que ambas gozaban, hacia la córte... á ambas. Esto me esplicó los súbitos estremecimientos de la hermosa niña cada vez que llegaban á nuestros oidos algunas espresiones del galan, que la dama escuchaba con cara de cómplice... ¿Eran zelos? ¿era vergüenza de tener una madre loca? ¡Pobre criatura! momentos hubo en que temí que se iba á desmayar en mis brazos.

Apenas concluyó la contradanza, pedí noticias á Eduardo de la madre y de la hija. — Poco podré satisfacer tu curiosidad, me dijo: tres meses hará que llegaron á París; creo que son de Grenoble. La madre, viuda de un general, dicen que es... muy amable: para estar mas libre, parece que ha criado á su hija, — hija única y muy rica — en un colegio de Inglaterra, donde ha adquirido ese aire melancólico y *fatal*, esos fantásticos rizos pendientes hasta la cintura, todo ese aspecto *osiánico* en fin, que tan interesante la hace á tus ojos de romántico; pero como te digo, estas no son mas que voces del mundo, pues yo apenas las conozco.... Mira, aquí tienes al señor que podrá darte mas amplios informes, pues las conoce á las dos muy á fondo.

añadió con maligna sonrisa, indicándome al jóven italiano que acababa de separarse de la mamá.

—Cuidado, Eduardo, le dije; precávete de la manía de lucir tu ingenio á costa de los demás... de las mujeres sobre todo.

—Bien dices, respondió despues de un momento de reflexion: creo en efecto que no conoce á fondo mas que á la madre, pero te aseguro que está para casarse con la hija. Es cosa muy comun y no del todo mal vista en la buena sociedad.

Reune Eduardo á un nacimiento ilustre una gran vivacidad de ingenio y un corazon excelente; pero habiendo perdido á su padre en la niñez y entregado á la tutela de una madre demasiado bondadosa para ser enteramente buena (en este mundo la extremada bondad causa muchos daños), ha contraido casi todos los defectos propios de los jóvenes que antes de tiempo empiezan, como suele decirse, á campar por su respeto. Es audaz y mal hablado como él solo. Sin ser lo que se llama un fatuo, tiene excelente idea de sí mismo; y un gran número de fáciles conquistas le ha inspirado hácia las mujeres en general una falta de consideracion que suele degenerar en el mas insultante desprecio. Si conservase á los treinta años esos defectos, seria un mal hombre; por fortuna ahora llega á los veinte y se corregirá, porque tiene talento.

El mal humor en un baile es cosa que debe sacudirse á toda costa. Para disipar las ideas que habia excitado en mí la sombría actitud de mi pálida pareja, me acerqué á una mesa de *écarté*, y jugué y perdí algunos luises, contra el jóven italiano de marras. Siempre volvia el rey; siempre tenia mas triunfos que su contrario. Evidentemente

era mas *griego* que italiano y así lo murmuraban por lo bajo mis compañeros de infortunio. Creo, ¡Dios me perdone! que se hacen ya mas trampas en los salones que en los garitos...

Estaba sentada en un confidente junto á la mesa de juego, siguiendo con los ojos sus peripecias, una señora de aspecto meridional, casi moruno, muy ojerosa, flexible y sutil como una culebra, coqueta en grado superlativo, pero de las que lo disimulan ó creen disimularlo afectando un continente reposado, casi desabrido. Estas son las mas hábiles. El solo hecho de verla apartada de todas las demás señoras, sola de su sexo en un sitio muy al paso, junto á una puerta en la que podian pasar y renovarse á cada momento los galanes, hubiera bastado para revelar en ella una coquetería trascendental : las que no tienen esta cualidad, nunca buscan las esquinas ni huyen de las demás mujeres. Tenia además aquella señora en su *toilette*, elegantísima por cierto, un no sé qué de extraordinario, de excéntrico mas bien que la hacia distinguirse de todas : era además muy jóven, y sin ser muy hermosa, lo parecia. Dicen que el rostro es el espejo del alma ; alguna vez lo será, pero el traje lo es siempre, puesto que de este disponemos nosotros y de la cara no : cada uno tiene la que Dios le da, aunque de algunas parece que las ha dado el diablo. El traje de aquella dama descubria pues un carácter excéntrico, como él : naturalmente deseé conocerla, hablar con ella, pero ni sabia su nombre ni acertaba con la embocadura de un diálogo, dificultado por su actitud desdeñosa, reconcentrada, casi fiera. En tal conflicto, recurrí á Eduardo, viva gacetilla de los salones, pero hube de aguardar á que concluyese un eterno vals en que es-

taba empeñado con toda la intrepidez de un colegial. Sea dicho sin ofender á nadie, el placer de bailar supone un alma muy sencilla. El hombre primitivo es esencialmente bailarin : cuando el baile nos fastidia, cuando nos exaspera y humilla ver á nuestros semejantes dar brincos, es señal de que nos vamos alejando del estado de naturaleza. Yo debia estar entonces á cien leguas de ese estado, porque el vals de Eduardo me tenia sobre ascuas : no puedo explicar lo ridículo, lo insensato, lo perjudicial que me parecia verle dar vueltas como un peon. Creo que de aquella noche data la especie de horror que me inspira el baile : solo se lo perdono á las mujeres... jóvenes, y á los hombres... casi niños. Para distraer mi impaciencia, me dí á observar mas á la desdeñosa dama, que entonces cabalmente estaba sola y parecia muy pensativa. Los jugadores, engolfados en su *écarté*, prescindian de ella por completo, y de los varios jóvenes que pasaban por su lado, sin duda ninguno la conocia, ó acaso ninguno queria hablarla. Tenia en la mano un lentecito de oro que de cuando en cuando se aplicaba al ojo derecho, guiñando mucho el izquierdo, como si fuese muy corta de vista; pero no parecia que al flechar su lente buscase á nadie, ni que fuese aquello mas que un acto puramente maquinal. Solo una ó dos veces mostró reparar en la atencion con que yo la observaba, aunque con disimulo, como es natural; pero ella sin ninguno absolutamente, y con una fijeza parecida al desearo, clavó en mí una mirada negra y profunda, que me hizo bajar los ojos confuso y casi asustado. Hay mujeres y hombres así, á quienes no se puede mirar sin sentirse uno como fascinado; misterio de la electricidad, ó del magnetismo, ó de qué sé yo qué.

pero misterio seguramente que nadie sabe explicar.

Acabó por fin el vals y Eduardo vino á buscarme todo despeado y enjugándose la frente con la mas fina de las batistas. Quien le hubiera visto en aquel estado despues de un trabajo útil, como el de cavar la tierra, por ejemplo, le hubiera compadecido profundamente. Cogíle del brazo y habiéndonos sentado juntos en una otomana, casi enfrente del hermoso objeto de mi curiosidad, le pregunté si la conocia.

— ¡Ojalá no la hubiera conocido nunca! me respondió haciendo un gesto de conquistador escarmentado. Mira, hijo, te aconsejo en caridad que huyas de esa peligrosa sirena, si la idea de amar te inspira el saludable terror que á mí y á todo hombre prudente. Has de saber que es irresistible. No hay metal, no hay diamante que no se funda al fuego de sus ojos : cada palabra suya es el eslabon de una cadena que, francamente, no te juzgo capaz de romper...

— Pues tú bien la has roto, á lo que parece.

— ¿Si supieras á qué precio?... Ya sabes que hace un año estuve á la muerte. Por ella fué, ¡y soy de los que han salido mejor librados!... Todavia me resiento alguna vez de la estocada que me hizo administrar en toda regla por su primer sicario... el italianito que te ganó hace un rato diez luises...

— ¡Ya! tú te portarias con ella como sueles y tu sucesor la vengaria, castigándote como mereces.

— ¡Escucha, calla y aprende! Hija de un embajador de Portugal en París, se casó muy niña, dice ella, con un antiguo general del Imperio, que á los pocos meses la dejó viuda y muy rica. Todo el mundo te dirá que el pobre ge-

neral murió envenenado : lo creo una calumnia — ó una *exageracion!* pero es lo cierto que de una manera mas ó menos misteriosa, han muerto igualmente en pocos años los muchos consoladores de su temprana viudez que la opinion pública — esa reina del mundo — la ha atribuido.

— Lo que me estás contando es un libelo ó una novela, plagio infeliz del *Vampiro.*

— Es la pura verdad. Esa mujer tiene no se qué terrible influencia sobre el destino de los hombres que la rodean : su amor es funesto. Todos mueren miserablemente, — unos de zelos, otros de dolor, unos en desafío, otros por el suicidio. Yo he sido, ya te lo he dicho, uno de los mejor librados y aun me resiento de mi herida en el pecho... Ya se la cuentan once víctimas.

— Yo completaré la docena, interrumpí levantándome. ¿Quieres presentarme á ella?

— La verdad es que conmigo somos ya doce los sacrificados...

— Conmigo seremos trece — la docena del fraile. — ¿Quieres presentarme?

— Mira bien lo que haces, me respondió con visible repugnancia. Te lo aviso por tu bien.

— Estoy resuelto. ¿Cómo se llama?

— Su nombre es Laura : su título la condesa de B***. Puesto que estás decidido, vamos allá, prosiguió levantándose á su vez y echando juntos á andar. Ya me parece que hueles á difunto.

Es seguro que la condesa habia adivinado todo nuestro diálogo á juzgar por la expresion de su rostro, cuando me incliné profundamente delante de ella, al presentarme

Eduardo. Este, en cuanto me hubo instalado junto á Laura, se retiró como discreto.

No recuerdo haber encontrado jamás cerca de ninguna mujer una acogida mas verdaderamente seductora : no parecia sino que procuraba desvanecer la mala impresion que me habian hecho formar de ella las palabras de Eduardo. Hablamos de este, que ya estaba bailando otra vez. — Es buen muchacho, me dijo, pero demasiado niño á veces y á veces demasiado viejo para su edad. Parece que le quiere á Vd. mucho, pues hace tiempo que le oigo hablar de Vd. en términos que me hacian desear conocerle. Creo que solo para mí reserva la malevolencia, no se porqué, pues siempre le he querido bien. — Despues de lo que me habia dicho Eduardo, estas palabras, claro indicio de que habia adivinado nuestra conversacion, lo mismo que otras muchas que con la mayor naturalidad fué luego dejando caer, debian anunciarme en ella mucha sagacidad por una parte, y por otra un gran fondo de impudencia; y sin embargo, no sé porqué, me costaba trabajo tomarlas en mala parte, tal era la expresion de dulce tristeza con que las pronunciaba. Un vago presentimiento de que todo lo que me habia contado mi amigo podia muy bien ser falso, atravesó mi mente como un relámpago á poco de empezar á hablarla, y segun casi siempre me sucede, aquel presentimiento no me engañó.

Algun tiempo tardé en adquirir esta conviccion, pero al cabo fué completa; y sin embargo, todo en un principio parecia confirmar las calumnias de que Eduardo se habia hecho eco, en parte por ligereza, en parte por fatuidad, — fatuidad mas comun en el mundo, mas funesta sobre todo de lo que se cree.

Como sucede siempre entre personas que apenas se conocen, al principio solo hablamos de cosas generales, — de la amabilidad de la princesa, de la magnificencia de su baile, de algunas *toilettes* particularmente elegantes ó ridículas; — luego de *poesía y de arte*, medio indirecto para hablar de amor, tema inevitable al lado de una mujer hermosa. Hablamos de Jorge Sand y de sus audaces tentativas de emancipacion mujeril; — de Roger de Beauvoir, que está metiendo mucho ruido con su *Écolier de Cluny;* del *Enrique III* y el *Antony* de Dumas; — de madama Dorval y Bocage, y sobre todo de *Nuestra Señora de París* ¡el gran suceso del dia! La condesa es muy romántica y algo *artista* : ¿quien no lo es hoy? Ha estado en España y me ha hablado mucho de su entusiasmo por Granada y Sevilla : conoce á Lope y Calderon, admira á Velazquez y Murillo. En tratándose de España, estos grandes nombres salen aquí infaliblemente á relucir, con el de Cervantes, pero tambien son los únicos que se citan. No parece sino que de entonces acá, el arte y la poesía no existen entre nosotros. Pasados los Pirineos, el juicio de los extranjeros sobre las cosas modernas de nuestro país se concreta en dos palabras con que á cada paso nos martillan los oidos, á modo de oracion fúnebre : — *¡Pobre España!...* La pregunté si queria dar una vuelta por los salones. — *Con mil amores*, me respondió en buen castellano, apoyando suavemente en el mio su hermoso brazo desnudo.

Por algunos momentos fuimos objeto de una curiosidad que al principio me turbó un poco : hasta los jugadores volvieron la vista hácia nosotros con cierto interés. Eduardo me hizo un guiño muy disimulado, pero muy irónico, y

con sus puntas de compasivo... Aquella especie de provocacion disipó como por encanto la especie de timidez que involuntariamente me habia asaltado al sentir sobre mí, como una nube de flechas, tantas miradas sorprendidas. Dimos varias vueltas por los salones, hicimos una visita al *ambigú*, y no me seria fácil consignar aquí todas las discretas observaciones, todos los rasgos de delicada y punzante crítica que la inspiraron así los trajes, como los caracteres y las caras de las personas que tenian la desgracia de excitar su atencion. Contra la general costumbre, era mas implacable con los hombres que con las señoras. — ¡ El mejor de los hombres vale menos que la peor de las mujeres ! me dijo varias veces; y creo que tenia razon. *Ellas* sin embargo la demostraban al paso un desden que casi rayaba en grosería, al paso que *ellos* solian deshacerse en piruetas y rendimientos... Me atreví á hacerle esta observacion y me respondió con indecible amargura : — Ellas tienen razon porque me creen mala : eso prueba la natural nobleza de su alma. Ellos me creen mala tambien y por eso me adulan : esto prueba su vileza.

— ¿ Segun eso... tambien yo seré vil ?...

— No : Vd. es curioso y quiere estudiarme.

— Y no habrá en el barrio latino estudiante mas aplicado que yo.

— ¡ Triste objeto de estudio ha elegido Vd. !...

— Pero muy hermoso, ó si no, díganlo sus estragos...

— ¿ Cree Vd. de veras que doce hombres han perdido la vida por mí ? dijo mirándome con una sonrisa llena de triste reconvencion.

Aquella prueba de sagacidad, casi de adivinacion, me hizo estremecer involuntariamente.

— Además, prosiguió, yo no soy hermosa.

— El hombre, señora, hace la *hermosura* de... lo que le gusta, lo mismo que la *verdad* de lo que cree. Para mí es Vd. muy hermosa, muy amable, — pero un poco mordaz. Ya ve Vd. que soy franco.

— No hablemos de mí, ni de Vd., hasta que nos conozcamos mejor.

Y con esto seguimos hablando de los demás. Habia allí gentes tan ridículas de suyo y era tal es el entusiasmo con que se burlaba de ellas mi portuguesa, que mas de una vez tuve que apretarla ligeramente el brazo para refrenar los ímpetus de su buen humor. Sobre aquellos cabalmente que mas rendidos se le mostraban y á quienes al parecer acogia con mas agasajo, disparaba ella luego con mas brio las flechas de oro de su ingenio; y yo recibia tanto placer en escucharla que apenas echaba de ver la aguda puntita de acero que llevaban las mas. ¡Es tan grato oir criticar con gracia ridiculeces de que nadie es bastante modesto para creerse poco menos ampliamente provisto que los mas ridículos! Al atravesar un corro de elegantes que acababa de abrirse para dejarnos paso, me dijo Eduardo al oido : — ¡Compasion para aquel mísero!... — indicándome con los ojos un jóven de hermosa figura, alto, muy pálido, con largas melenas, — una cabeza de Cristo sobre el cuerpo de un *Antony*. — Su traje exageradamente romántico, la amarga sonrisa que vagaba sobre sus labios cárdenos convulsivamente apretados, las precoces arrugas de su noble frente, sus ojos negros, profundos, llenos de inteligencia y de pasion, todo en él revelaba una víctima... de algo, — del amor, de la ciencia, de la ambicion, ó simplemente de esa fascinadora literatura que hoy está

en moda, y cuyos aromas son mortales, como los de ciertas plantas hermosísimas, pero venenosas, que nacen en los trópicos. Tenia el codo apoyado en el mármol de una chimenea y reclinada la cabeza en la palma de la mano, mirándonos con ojos tristes, casi desencajados. No sé porqué, su vista me hizo pensar en la graciosa niña con quien habia bailado al principio; y sin embargo en nada se parecian. En él habia algo de sarcástico, y en ella, nada.

— Ese jóven, á lo que entiendo, dije á Laura, nos mira, á Vd. con dolor, á mí con ceño. ¿Estará zeloso de mi privanza momentánea, y por desgracia ¡ay! nada mas que aparente? Le conoce Vd.?

Por mas cuidado que puse en observar la mirada que echó al jóven romántico mi nueva amiga, no pude descubrir en ella mas que un poco de despecho, mezclado á un gran fondo de compasion. Tambien me pareció notar que se ponia un poco pálida.

— ¡Pobre muchacho! exclamó en voz baja y como hablando consigo misma, luego que hubimos pasado á otra pieza. Esa obstinacion es verdaderamente insensata : no se quieren convencer de que mi corazon ya no puede latir... ¿Es culpa mia si en su lugar solo me queda ya un poco de ceniza sobre una llaga?

Soy muy jóven y todavía creo en muchas cosas, — hasta en la sinceridad de las mujeres. He visto ya sin embargo tantas comedias, fuera del teatro; sé que es tan comun afectar ciertos sentimientos novelescos, ciertas situaciones interesantes, misteriosas, excepcionales, que acaso no hubiese creido en las palabras de mi seductora portuguesa, si una lágrima que sorprendí en sus ojos y cierto temblor nervioso que su brazo imprimió á todo mi cuerpo

como un chispazo eléctrico, no me hubiesen revelado que aquello era verdad.

— No me siento buena, prosiguió. ¿Quiere Vd. tener la bondad de decir que arrimen mi coche?...

Pocos momentos despues nos separamos, habiéndome ella dado permiso para ir al dia siguiente á ponerme á sus piés, y dejándome con su ausencia ¿á qué negarlo? desembarazado de un peso juntamente agradable y enojoso, como si metido en una atmósfera muy impregnada de fuertes aromas, hubiese encontrado de pronto el aire que antes me faltaba para respirar. — Empezaba entonces la orquesta un precioso *galop*, y como tenia necesidad de movimiento y agitacion para no acordarme de aquella *furtiva lágrima* que acababa de ver brillar como un vivo destello de poesía en unos hermosos ojos, fuí á ofrecer el brazo á una señorita española, fresca y rosada como una mañana de abril. Estaba toda vestida de blanco : una camelia de nieve realzaba el ébano de sus cabellos. Partimos con la rapidez del relámpago, atrevesando los tres salones consecutivos y rozando en nuestra rápida carrera multitud de faldas, cintas y espaldas desnudas : era aquello un caos, — algo parecido á las fantásticas escenas que se suceden en un kaleidoscopo. Yo no sé si me divertia ó no : apenas podia tenerme de pié; se me iba la cabeza y sin embargo sentia un placer vago, indefinible, semejante al que produce una música lejana en la misteriosa calma de la noche... Mi espíritu estaba á cien leguas del baile de la princesa.

Uno de aquellos diminutos seres barbudos, conocidos con el nombre de enanos, bailaba tambien el *galop* con una dama cuyo codo de nieve y rosa circulaba sin tocarle

sobre el cráneo del hombrecillo. Observa Sterne en su delicioso *Viaje sentimental* que el número de los enanos es muy considerable en Paris, y yo añado que todavia es mayor el de los que tienen la odiosa costumbre de burlarse de ellos. Lo juzgo una necedad cruel; así es que nunca me han hecho gracia esos millares de caricaturas de *M. Mayeux* que hoy inundan esta patria del *esprit*. Creo que mi enano hacia mal en ponerse á bailar y peor aun en elegir, como todos los de su talla, una pareja muy alta; pero burlarse de él, era una indignidad y, mas ó menos, todos lo hacian. No era aquel sin embargo lo que llama nuestro elegante Solis un verdadero *error de la naturaleza*, pero era muy chiquito, tiesecillo por lo demás como un huso, muy prensado en su chaleco blanco de piqué con cuello de terciopelo amaranto, calzados con perfeccion sus piececitos liliputienses, y con cara de pocos amigos. Mirábanle todos con la mas escrupulosa atencion y muchos se comunicaban luego unos á otros sus observaciones casi en alta voz, dándole al parecer con ellas muy poco gusto. Un enorme coloso, principalmente, uno de esos hombres bigotudos y fanfarrones, tipo rezagado de las costumbres soldadescas del Imperio que por fortuna va desapareciendo de este país, parecia complacerse en irritarle con su afectada insolencia. Llegó esta á punto una vez de darle como al descuido un fuerte coscorron en la cabeza con el reverso de la mano, añadiendo en seguida con irónica seriedad: — Usted perdone... no le habia divisado! — Lanzóle el ofendido una mirada terrible. — Y tres noches despues, el enano se reia como un verdadero *Mayeux* oyendo á Odry y á Vernet en *Les Anglaises pour rire*, y el insolente coloso yacia tendido para siempre

bajo los deshojados sauces del *P. Lachaise*. Los desafíos aquí suelen ser cosa muy seria : rara vez concluyen con un almuerzo.

Por un momento me creí á punto de verme comprometido en uno (desafío, no almuerzo) sin poderlo evitar y con mucho disgusto mio, sin embargo. Hé aquí la conversacion que, apoyados uno y otro en el mármol de una chimenea, tuvimos en voz baja el jóven romántico que parecia tan apasionado de la hermosa portuguesa y yo, en una sala en la que ya no quedaba casi nadie (eran las seis de la mañana), habiéndome él rogado cortesmente que le siguiese hasta allí. Estaba aun mas pálido y fatídico que antes; un temblor febril agitaba todo su cuerpo : una vez que puso su mano sobre la mia, se la sentí cubierta de un sudor frio. Despues de un breve silencio, empezó así :

— Voy á decir á Vd. una cosa que le sorprenderá sin duda. Tenemos que batirnos mañana.

— Hoy mas bien, querrá Vd. decir, interrumpí mirando el cuadrante que teníamos al lado, pues veo que ya es de dia.

— Mañana ú hoy, como Vd. quiera; me es indiferente. A las 4 de la tarde, en el *Bosque de Bolonia*, puerta *Maillot*, nos encontraremos si Vd. gusta, cada uno con dos amigos.

— ¿Y podré saber la causa de una provocacion tan inesperada y, — me atreveré á añadir, — tan...

— Tan descabellada, tan poco racional, querrá usted decir?... ¡Ah! no tiene Vd. para qué atenuar el justo rigor de mis expresiones. Bien sé que Vd. no me ha dado motivo ninguno para esta provocacion; bien sé que debo parecerle á Vd. un loco, — un loco furioso, — y acaso lo

estoy. Yo mismo no sé lo que soy ni lo que pasa por mí.

Quedó por algunos momentos con la cabeza caida sobre el pecho y realmente creí que habia perdido el juicio. Luego prosiguió :

— Lo único que sé es que yo no puedo vivir así, — que es preciso acabar de una vez, y que sea de mano de Vd. ó de la de otro, quiero recibir el inmenso beneficio de la muerte.

— ¡La muerte! muy jóven es Vd. sin embargo todavía para no ver mas remedio que la muerte á sus males, cualesquiera que sean. Puede decirse de la muerte, y con mas razon, lo que del desafío dice uno de nuestros grandes poetas españoles :

Todo lo habeis de intentar
Primero que el desafío,
Que empezar es desvarío
Por donde se ha de acabar!

No digo esto para rehusar el que Vd. me propone, añadí movido de un exagerado punto de honra, no queriendo pasar plaza de demasiado prudente, ni aun á los ojos de un loco.

— ¿Qué poeta ha dicho eso? preguntó mirándome con la vaga expresion propia de los dementes y de los desesperados.

— Alarcon, el mas profundo tal vez de nuestros poetas dramáticos, el autor de *la Verdad sospechosa*, traducida por el gran Corneille.

Siguió á esta respuesta mia otro breve silencio, y ya pensaba yo en aprovecharlo para cortar aquella extraña

conversacion y retirarme dejándole mi tarjeta con mis señas, cuando me cogió la mano y me dijo con firme entonacion, casi con solemnidad :

— Estoy resuelto á batirme con Vd. y me batiré : no le hago á Vd. el agravio de suponer que tendré que forzarle á ello, pero si fuera preciso, lo haria. Sé todo lo que ha dicho á Vd..... esa mujer, durante la hora..... ¡ mas de una hora !... que han pasado Vds. juntos. Por el solo movimiento de sus labios adivino yo sus palabras. Excuso pues añadir que sé muy bien, tanto como Vd. mismo, que no le ama á Vd... ¡ Oh ! si Vd. fuera su amante no nos batiríamos... Un crímen me aseguraria su odio eterno, ya que nada, nada en el mundo puede asegurarme su amor. Tal está mi corazon que su odio me pareceria hoy la felicidad suprema. Su indiferencia es mi desesperacion, mi muerte.

Ya me iba cansando el triste espectáculo de tan descabellada pasion, y aunque compadecia de veras á aquel pobre muchacho, cuyo dolor era seguramente muy intenso, no quise prolongar mas la escena, viendo que seria inútil cuanto le dijese en el estado de exaltacion en que se encontraba. Volví pues á mi primer propósito, le entregué mi tarjeta y me despedí de él diciéndole que en cualquiera ocasion me tendria á sus órdenes. Aunque no sentia en mí ni aun asomos de mala voluntad hácia aquel desgraciado, antes bien me inspiraba sincera lástima, no creí que podia ya decorosamente hacer mas para evitar el lance á que tan decidido me parecia : haber hecho menos hubiera sido tambien mostrarme casi tan insensato como él. Mi conciencia pues estaba completamente tranquila. Las últimas palabras que me dijo al retirarme,

fueron estas : —Compadézcame Vd., porque soy muy desgraciado.

Despues de haber contado á Eduardo mi aventura, para que en todo caso me sirviese de testigo, me retiré á mi *hôtel*, llena la cabeza de ideas confusas y oprimido por el vago presentimiento de una desgracia. Desde luego dí por sentado que mi amable portuguesa debia ser muy inconstante en sus afectos cuando tan abandonado y desesperado tenia ya á aquel infeliz, pues ni aun se me pasaba por la imaginacion que este no hubiera sido nunca su amante : su pasion me parecia demasiado vehemente para no haber sido jamás correspondida. Esto despoetizó ya un poco la novelesca imágen que yo me habia formado en mi fantasía y quitó la mayor parte de su prestigio á aquella *furtiva lágrima* que á pesar mio se me habia entrado un poco en el corazon. Una mujer que llora es irresistible. Luego, la idea de mi próximo desafío con una especie de demente me sonreia poco ; así fué que, aunque estaba rendido cuando me acosté, ya muy de dia, apenas pude descansar ni un momento. Cuando empezaba á dormirme, me asaltaban tristes ensueños, fundidos luego todos en una violenta pesadilla. La hermosa jóven con quien hablé al principio del baile, se me representaba con el cabello tendido sobre la espalda, lívida como un espectro, vagando unas veces por un bosque nevado, á la orilla de un estanque, próxima á precipitarse en él : los esfuerzos que yo hacia para contenerla, me despertaban despavorido... Luego creia encontrarme en el coro de una antigua iglesia gótica medio alumbrada con blandones funerales y oia el canto lúgubre del órgano. Fantasmas vestidos de mantos negros rodeaban un catafalco, donde

yacia tendida una vírgen coronada de rosas blancas, envuelta en una pobre mortaja. Cerca allí entre la sombra, indolentemente apoyado de espaldas en un pilar de la nave, un jóven vestido con suma elegancia, cuchicheaba y se reia con una mujer ricamente vestida... Él era el jóven italiano que tan impudentemente me habia ganado, — robado mas bien — mis veinte luises. A la mujer no podia verla bien la cara : — unas veces me parecia la madre de la pobre niña muerta ; — otras la princesa de T*** en cuyo brillante baile habia pasado la noche ; — otras la hermosa Laura.

Cerca ya de las doce entró á despertarme el mozo del *hôtel*, trayéndome una carta concebida en estos términos :

« Pido á Vd. que me perdone el haberle importunado « anoche con mis locas confianzas : mi cabeza hervia con « el fuego de la calentura, mi corazon sufria horrible- « mente y ni aun recuerdo lo que dije á Vd. Creo que le « hablé de batirnos hoy y no sé si nos dimos una cita al « efecto en el bosque de Bolonia... Como quiera, hoy es- « toy mas tranquilo y reconozco la insensatez de aquel « proyecto... ¿ Qué culpa tiene Vd. de que *ella* no tenga « alma ni corazon ?... Adios, pues : no vaya Vd. á espe- « rarme al bosque de Bolonia : me esperaria inútilmente. « — Alfredo de S.. R... — *Calle de la Harpe*, *hôtel del* « *Norte*. »

No sé porqué esta carta tan pacífica y tan juiciosa en el fondo, no obstante lo descosido de sus frases, me pareció de mal agüero. Desde luego decidí no ir, por lo menos aquel dia, á casa de Laura ; y como necesitaba distraerme un poco para no pensar demasiado en este sacrificio y sacudir además la especie de mareo que aun me duraba de

la mala noche pasada en vela, me eché á andar sin objeto por las calles, cubiertas por cierto á la sazon de una de esas nieblas densas y pesadas que filtran la humedad hasta los huesos, y sin sentirlo me encontré en los muelles (*quais*), que fuí siguiendo maquinalmente, entretenido en mirar las grandes barcas del rio pasar cargadas de carbon ó de maderas y dirigidas por un solo remero, como al trasluz de un velo de gasa. Llegado así junto al puente de *San Miguel*, vi mucha gente que entraba en un edificio de pobre aspecto y entré yo tambien. Era la *Morgue*.

Con llevar tantos años de residir en Paris, aun no conocia yo este fúnebre sitio, último asilo de los asesinados y los suicidas desconocidos que la policía recoge en toda la jurisdiccion de Paris y sus contornos, y que se exponen allí á la vista del público á fin de, si es posible, hacer constar su identidad : esa exposicion, por desgracia permanente todo el año, y mas que nunca en estos duros meses de invierno, — tan crueles para la miseria, tan propicios para el crímen, con sus largas y frias noches, malísimas consejeras, — está siempre muy concurrida. No sé qué instinto me movió á traspasar aquellos infaustos umbrales : en ellos me aguardaba un espectáculo horrible. Al otro lado del cancel que separa el espacio destinado al público del que contiene la larga tarima inclinada en que se exponen los cadáveres, ví una fila de cuerpos, desnudos los mas hasta la cintura, unos de hombre, otros de mujer, todos atrozmente desfigurados con las señales recientes de una muerte violenta. Los mas se conocia que salian del agua : sus vestidos, pendientes encima de cada uno de ellos como un manojo de harapos, destilaban sobre sus cabezas negras gotas de agua... Entre aquellos

cadáveres de ahogados reconocí al momento el del infeliz Alfredo de S... R...; sus vestidos (¡un traje de baile!) pendian sobre él, como los demás, empapados todavía. No podria expresar lo que sentí al verle : un frio terror heló mi sangre por un momento. El hombre encargado de velar sobre los muertos, extrañando sin duda mi actitud, me preguntó si conocia á aquel jóven, traido á la *Morgue* hacia pocos momentos, y habiéndole respondido que sí, y mostrádole vivos deseos de saber algunos pormenores de su desgracia, solo pudo decirme que una barca de aduaneros habia visto flotar el cuerpo junto á uno de los pilares del *Puente Nuevo;* que segun dictámen del facultativo que acababa de reconocerle debia haber estado pocas horas debajo del agua, y que en un bolsillo del frac se le habia encontrado una carterita que me enseñó. En ella habia algunos papeles muy confusos que ni aun intenté leer, pues segun me dijo el guarda, ninguna luz arrojaban sobre la identidad del suicida, — un retrato al lápiz en que al momento reconocí, aunque medio borradas por la humedad, las facciones de Laura, y un rizo envuelto en un papel, sobre el cual se leia : *Cabello de mi pobre madre.* Encima y debajo de este renglon se veia una cruz... ¡Qué mezcla, Dios mio, de piadosos sentimientos y de insensata impiedad!!...

Inmediatamente volé á la calle de la *Harpe*, al *hôtel* que Alfredo me habia indicado en su carta, y referí el triste caso á la patrona, que lo sintió mucho porque el desventurado jóven... la debia casi tres meses del alquiler de su cuarto, de su guardilla, mas bien. Quince francos mensuales era su precio, que satisfice en el acto por no oirla; y como con esto quedaba el cuarto por mi cuenta los dias

que aun quedaban para completar el mes, la hice que me acompañase á él y me encendiese una buena lumbre en la chimenea, — muy desacostumbrada al calor del fuego hacia ya mucho tiempo! Todo allí presentaba en efecto el sello de una espantosa miseria, — de una de esas miserias decentes, que son las mas dolorosas : el suelo enladrillado, sin un triste tapiz, aquí que los tienen hasta los porteros en sus covachas; las paredes cubiertas de un mal papel amarillo, desgarrado á trechos; las ventanas sin maderas ni persianas, y solo con unas frias cortinillas de percal : una cama de anacoreta, una mesa, una cómoda casi vacía, dos caballetes, una caja de pinturas al óleo, varios bocetos, — los mas de retratos hechos al parecer de memoria y en varias actitudes, no necesito decir de quien... ¡hé aquí todo el ajuar de aquella estancia de un artista! Por la patrona supe que este desdichado tenia veinte años; que su padre, honrado labrador de un puebleeillo cerca de Angulema, viudo y sin mas hijos varones que él, le habia enviado á París á estudiar la pintura, en la que habia empezado á hacer brillantes progresos, hasta que dió la fatalidad de que se enamorase perdidamente de *¡ una mala mujer*, — *de una condesa*, — *una aristócrata !* (palabras de la patrona) — con lo cual abandonó completamente el estudio y se dió á contraer deudas para hacer figura en el gran mundo.

— Y vea Vd. adonde le ha conducido todo eso, añadió filosóficamente la buena mujer, — á hacer figura en la *Morgue!*

Dominado por una indecible sensacion de tristeza, de lástima y tambien — ¿ á qué negarlo? de ira é indignacion contra Laura, á quien suponia causante voluntaria de aquella catástrofe, me presenté en su casa, cerca ya de

las doce de la noche, olvidando en la confusion propia del caso lo intempestivo de mi visita á aquella hora. Los criados no querian dejarme entrar, pero al fin entré, medio por fuerza. Estaba sola en su gabinete, leyendo junto á la chimenea : al verme entrar se inmutó un poco, y no es extraño, pues debí parecerla un loco escapado de su jaula; despeluznado, lleno de barro, hecho una sopa (á la niebla de la mañana, habia sucedido una lluvia tenaz), el semblante descompuesto aun sin duda con las fuertes impresiones recientes, me planté delante de ella en la actitud de un espectro vengador, y sin saludarla siquiera :

— Doy á Vd. la enhorabuena, la dije con sonrisa sarcástica : ya cuenta Vd. una víctima más en su largo martirologio. ¡ Pobre Alfredo! — Y sin poderlo remediar, se me saltaron las lágrimas.

— ¿ Qué le ha sucedido? exclamó levantándose asustada.

— En la *Morgue* se lo dirán á Vd. Entre tanto vengo á decirla que entre los papeles que se le han encontrado en el bolsillo al sacar su cuerpo del rio, hay un dibujo... un retrato que se parece mucho á Vd. Puede Vd. ir á reclamarle y tambien sus cartas, si algunas hay entre sus papeles, antes de que la policía se haga cargo de aquel miserable cadáver...

La infeliz lanzó un grito y tuve que sostenerla para que no cayese al suelo desmayada...

LXIII

París, noviembre 1855.

Doy aquí punto á este extracto de mi *diario* de aquella época, porque ya está conseguido mi objeto, que es solo el de echar una ojeada retrospectiva á aquellos tiempos de mi primera juventud, — tiempos tan diferentes ya de los actuales. — Tambien he querido presentar una muestra, muy insuficiente sin duda, de los desastrosos efectos que produjo en algunas cabezas juveniles la literatura insalubre de aquellos tumultuosos dias que siguieron á la revolucion de julio. Como tantos otros, Alfredo no fué una víctima del amor, sino de *Teresa*, de *Indiana*, de tantas novelas disolventes, de tantas teorías anárquicas, de tantas religiones nuevas como París veia entonces nacer y morir cada dia, cada hora. En filosofía, en política, en todo, las ideas estaban entonces exaltadas hasta el delirio: hasta el sentimiento de la moral pública parecia á punto de borrarse en la superficie del cuerpo social; un mal instinto de rebelion habia invadido y depravado los ánimos de la juventud. Las inteligencias débiles naufragaban con facilidad en aquel desbordamiento universal de aspiraciones insensatas á un órden de cosas *imposible* en fuerza de empeñarse locamente en ser *mejor*, siempre mejor! — Una languidez enfermiza, un descontento sin causa, el suicidio á veces eran la consecuencia fatal de tales desvaríos, — desvaríos de que esta gran nacion parece hoy curada radicalmente.

El famoso prólogo de *Antony* que acaba con este verso:

Et mon âme... si j'y croyais!

era el evangelio de una gran parte de aquella ardiente juventud de las escuelas, siempre en rebelion abierta contra el paternal gobierno de Luis Felipe. ¡ Cuán cambiada parece hoy, afortunadamente, en este punto á lo menos ! — En otros es muy posible que no valga mas..,

Por lo tocante al doloroso suceso que poco, — muy poco desfigurado en lo sustancial de los hechos recuerda el anterior extracto, unas cuantas líneas sacadas tambien de mi *diario* de 1834, dan la explicacion, — la justificacion mas bien, — de la parte que en él aparecia tener el personaje designado bajo el nombre de Laura. Dicen así, algunas páginas despues de lo que llevo copiado :

« ..... Era ya dia claro cuando salí de casa de la condesa, apesadumbrado de haberla juzgado tan mal, y convencido con las pruebas *que he visto*, de la nobleza de su alma, de la elevacion de sus sentimientos y de la inmaculada pureza de su vida. El mundo, sin embargo, al juzgarla tan duramente como yo al principio, se guiaba por indicios verosímiles, pero falaces ; Eduardo la calumniaba de buena fe, porque en efecto se habia creido amado, tomando por demostraciones de amor los agasajos de una indulgente bondad; su marido habia muerto... de un atracon de trufas en el *Rocher de Cancale*, despues de una francachela con varios de sus compañeros de armas del Grande Ejército; el pobre Alfredo no la habia dirigido la palabra tres veces en su vida. Yo mismo, que paso ya por su amante, no la he dicho todavía una sola palabra de amor. Todo esto me confirma en mi antigua creencia de que hace mucha falta un refran que diga : *Piensa bien y acertarás.* »

LXIV

París, 15 de noviembre 1855.

Con un breve discurso de este Emperador, que de seguro va á tener inmenso eco en toda Europa, ha concluido hoy la Exposicion universal, abierta el 15 de mayo. Al discurso ha seguido la distribucion de los premios señalados á los expositores por el jurado mixto internacional. Terminada es ya pues esta gran fiesta de las artes y la industria, que ha durado seis meses y cuyo recuerdo fecundo sobrevivirá sin duda al de los mas grandes sucesos de este siglo. Los triunfos de la inteligencia, sobre ser los mas hermosos, son tambien los mas duraderos.

Aprovecho este último dia de exposicion para concluir mi reseña de la parte que en ella han tomado España y la América española. Hoy solo atenderé á la industria y la agricultura en sus diferentes ramos.

LXV

En los países atrasados, la industria se limita por lo comun á obrar inmediatamente sobre las materias primeras bajo su forma primitiva y natural; pudiendo decirse que el termómetro verdadero del adelanto industrial de una nacion se encuentra en el número mayor ó menor de preparaciones ó sea de transformaciones que su industria hace experimentar á aquellas materias. Cuanto mayor es ese número, mayor es el adelanto; pero sucede á veces que este no es absoluto, sino relativo, y que los productos.

cuanto mas varios y mas multiplicados, por haber sido sometidas en ellos á mas numerosas transformaciones la materia ó las materias primeras de que se componen, suelen ser mas imperfectos, comparativamente con los que proceden de una elaboracion inmediata y manual de esas mismas materias, debida á industrias mas atrasadas. De esta verdad nos ofrecen un ejemplo insigne algunos de los productos semi-primitivos de España y de América, como por ejemplo ciertos tejidos de paja y pita, ciertas labores de cuero y de madera, cuya perfeccion se deja muy atrás los mas acabados productos similares de la fabricacion inglesa, la mas adelantada del mundo. ¿Qué mas? labores de manos he visto, hechas por simples pastores de la Suiza, y hasta por los indios casi salvajes de Filipinas y de varios países de América, sin mas herramienta que una mala navaja ó una espina de pescado, que han asombrado en París y en Lóndres, no solo como prodigios de paciencia y maña, sino por su mérito real y positivo, mérito que no siempre logran alcanzar los productos de las máquinas con sus complicadísimos recursos mecánicos. Regla general : cuando falta la aplicacion inmediata de la mano del hombre, parece como que falta siempre el sello de la vida, algo de ese *quid divinum* que ilumina nuestras almas y que destella constantemente su misteriosa vitalidad en todas las obras de la inteligencia humana.

Cierto que la maquinaria es una gran cosa, una admirable conquista y un inmenso beneficio para la humanidad, en cuanto multiplica y abarata los productos elaborados hasta un extremo fabuloso. En tiempo de Felipe II, solo los monarcas y los grandes señores podian usar medias de seda é ir en coche; hoy disfrutan esta comodidad

y aquel lujo hasta los lacayos. Que esto es un bien ¿quién lo duda? pero cierto, ciertísimo es tambien que á fuerza de vulgarizarse y de materializarse, por decirlo así, los productos de la industria, el arte se va bastardeando y el ingenio humano parece como que se bastardea y se materializa tambien, lo cual es sin duda un mal. Desde que hay máquinas y aparatos químicos para hacer estatuas y retratos, por ejemplo, se hacen incomparablemente mas estatuas y mas retratos que ántes, pero se hacen peor. Bien mirado ¿es esto un adelanto? todos los productos juntos de la máquina *Colas* y de la fotografía ¿valdrán nunca un bajo relieve de Fidias ó un cuadro de Velazquez?

LXVI

Afortunada ó desgraciadamente — ¿quién sabe? — estas reflexiones sobre el exceso de los adelantos industriales no son todavía aplicables á España ni á América, ni lo serán en mucho tiempo : aun estamos muy distantes unos y otros de los peligros de una cultura industrial demasiado refinada. Con raras excepciones, la exposicion española, lo mismo que la americana, solo ofrece de notable, ó bien frutos y productos naturales debidos á la feracidad de un suelo privilegiado, ó bien lo que llamé ántes transformaciones inmediatas de las materias primeras.

La minería, la agricultura y el llamado *arte forestal* figuran en primera línea en la exposicion española. La numerosa coleccion de muestras perfectamente escogidas de maderas, carbones, corchos, resinas, espartos, etc., enviada por la escuela de montes de Villaviciosa ha llamado mu-

cho la atencion de los inteligentes, no menos que la idea feliz de haber acompañado á los productos del arte los instrumentos empleados para obtenerlos, todos de fabricacion española y varios de ellos preferibles, segun he oido á algunos prácticos, á los que se emplean en los grandes establecimientos forestales de Francia y Alemania. Las hachas *picadera* y *cuadradera*, el *destral*, el hacha de *apeo y labra* á la vez, y el *trinquival* de Santander, empleado para la extraccion de las maderas de los montes, han parecido generalmente inmejorables. El real Patrimonio es nuestro expositor mas rico en el ramo de montes : la multitud de muestras de maderas que ha presentado de los bosques reales de Aranjuez, el Pardo, Balsain, el Escorial, y para decirlo de una vez, de casi todas nuestras provincias, prueba los inmensos recursos que en este punto posee nuestro país y que beneficiados oportunamente podrian ser uno de sus primeros elementos de riqueza.

Las provincias de Jaen, Soria, Guadalajara, Huesca, Segovia y Búrgos han presentado resinas excelentes, y esta última varios productos resinosos elaborados en la fábrica de los señores Meceta y compañía, establecida en Ontoria del Pinar. La Junta de Agricultura de la provincia de Córdoba ha remitido cincuenta y cuatro muestras de maderas de construccion y de ebanistería del país. Los señores Cañizares (de San Vicente, en la provincia de Badajoz) y Carrero, de Gerona, han expuesto corchos en bruto y elaborados para tapones.

LXVII

Las ciento catorce muestras de carbon de piedra, procedente en su mayor parte de las minas de Asturias; el crecidísimo número de muestras de hierros, calamina, plomo, cobre, zinc, galena, manganesa y plata de nuestras innumerables minas y especialmente de los criaderos de Murcia y Hiendelaencina; el estaño de la mina de Zamora; el cinabrio de la compañía minera asturiana, son riquezas minerales que justifican la antigua fama de nuestra nacion en este punto, tan decantada en los escritores romanos y árabes.

La abundancia de minas de ulla ó carbon de piedra en Asturias y su calidad no reconocen ventaja en ningun otro país: solo los distritos de Langreo y de Siero contienen 36 grandes criaderos, comprendidos en un espacio de sobre 300 kilómetros de Este á Oeste por unos 20 de Norte á Sur. El grueso de las capas rara vez llega á tres metros; comunmente es de uno. Segun los informes remitidos á los comisarios de la exposicion por el inspector de aquel distrito minero, las ullas de Asturias dan de 48 á 77 por ciento de coke y 60 por término medio. Su potencia calorífica es de 6246 calorias (1). El coke que producen es de buena calidad, duro y compacto, y sus cenizas suelen ser un poco

---

(1) Lo mismo que *unidades de calor*, medida adoptada para calcular la potencia calorífica de los combustibles por medio del instrumento llamado *calorimetro*. La caloria ó unidad es la suma de calor suficiente para elevar la temperatura de un kilógramo de agua de cero á 1 grado.

ferruginosas. Las capas combustibles no se extienden uniformemente sobre toda la extension que he señalado, ántes bien presentan en general mucho declive y con frecuencia aparecen enteramente verticales, pudiéndose seguir sus bordes por las vertientes de los valles, algunos de los cuales llegan á una profundidad de 300 á 400 metros. El coste neto del carbon extraido es hasta ahora de sobre 24 maravedis el quintal, coste muy inferior al del que se obtiene en las principales minas de Europa, pero la suma dificultad que ofrece la construccion económica de caminos en un país tan montuoso ha sido siempre y continúa siendo un grande obstáculo para que el laboreo de estos magníficos criaderos adquiera todo el desarrollo de que es capaz, y que adquirirá sin duda cuando el gobierno y los capitalistas se convenzan de las ventajas que han de resultarles de vencer esos obstáculos, que al cabo no son insuperables. La extraccion se verifica y podrá verificarse todavía por mucho tiempo sin auxilio de máquinas, por medio de galerías abiertas en el fondo de los valles, lo cual, unido al bajo precio de los jornales en un país pobre y muy poblado, explica la baratura de estos productos.

Para concluir con lo relativo á las minas de esta provincia, réstame mencionar las diferentes muestras de hierros y aceros de Truvia que ha presentado el cuerpo de artillería, y los cobres de los criaderos *Monasterio* y *Padron*, en el concejo de Cabrales. La excelente carta geográfica de Asturias por el ingeniero señor Schultz que he visto en la Exposicion, da una idea cabal de las condiciones topográficas de esta provincia, una de las mas importantes de España bajo el punto de vista minero.

LXVIII

Las provincias de Palencia, Córdoba, Gerona, Sevilla, Soria, Cuenca, Guipúzcoa, Teruel, Zaragoza, Murcia, Alicante, Castellon, Madrid, Leon, Zamora y Vizcaya figuran en la Exposicion por las ullas de sus minas, entre las cuales las hay riquísimas: solo citaré algunas. La de *Barruelo de Santillan*, que beneficia la sociedad Collantes hermanos (Palencia), forma un depósito de 30 kilómetros de Sur á Norte sobre 12 de Este á Oeste, compuesto de dos grupos diferentes con diez capas en descubierto, de las cuales solo cinco están en laboreo: este depósito forma parte probablemente de la formacion carbonífera asturiana. La potencia general de las capas es de 1 metro 50 centímetros, á veces mas, pero sin pasar nunca de 4. Dista del puerto de Santánder 85 kilómetros. Su exportacion anual viene á ser de 85,000 hectólitros de ulla para la produccion del gas del alumbrado de Madrid, y 3,000 quintales métricos de coke para el ferro carril de Aranjuez. El criadero de *Belmez* (Córdoba) que beneficia la sociedad *Los Santos*, reconocido ya en una extension de 40 kilómetros de largo sobre 2 de ancho, presenta diez y seis capas de una potencia media de 4 á 5 metros, pero que llega á veces á la enorme cifra de 30, como en la mina denominada *Terrible*, á la que pertenece la muestra presentada por la sociedad concesionaria. Es notable este carbon por la poca ceniza que contiene, la cual es además sumamente blanca.

El depósito carbonífero de *San Juan de las Abadesas*, en la provincia de Gerona, cuya muestra lleva en el catálogo el número 66, es otro de los buenos de España, por su

gran potencia calorífica, superior á la de las ullas de Langreo, pues es de 7009 2 calorias. Su carbon de mejor calidad da 72 por ciento de coke, 24 de gas y 4 de cenizas. La potencia de sus capas varía desde 1 hasta 17 metros : catorce se han puesto ya en descubierto sobre una extension de 20 kilómetros, de los cuales solo 3 se benefician hasta el presente. Su laboreo sin embargo debe tomar en breve grande extension, pues este depósito solo dista 14 leguas del puerto de Rosas y 17 de Barcelona, que es sin duda el primer centro industrial de la península.

Entre las muchas muestras de lignita presentadas en la Exposicion parece la mas importante, la que proviene de la mina *Divina Pastora*, en Alcoy (Alicante), uno de los criaderos mas ricos de España. La cantidad extraida anualmente no baja de 2,000 toneladas métricas : es casi el único combustible que se emplea en las grandes fábricas de paños y papel de Alcoy. Poco menos ricos y de productos no inferiores en calidad son varios criaderos de Teruel y Zaragoza, entre otros el de *Utrillas* (mina *Proserpina*) en la primera provincia, y el de *Torrelapaja* (mina *S. Antonio*) en la segunda ; de ambos he visto productos curiosos en la Exposicion.

Me he detenido un poco en este ramo de industria minera, porque le creo destinado á ser una de las mayores fuentes de riqueza de nuestro país.

Conocida es la excelencia de nuestros hierros de Vizcaya y Asturias ; pero no lo es tanto su baratura respectivamente á los de otros países. El señor Arza, dueño de la fábrica de Cegama, ha tenido la oportuna idea de enviar al jurado de la Exposicion los precios de sus productos que copio aquí para recuerdo :

Láminas de hierro de 3 pulgadas de ancho por 5 líneas de grueso.	18	rs. la arroba.
Id. de 3 pulgadas cuadradas. . .	20	*Id.*
Id. de 2 id. de ancho y 12 líneas de grueso.	20	*Id.*
Llantas de 4 pulgadas de ancho y 14 líneas de grueso. . . .	19	*Id.*
Chapas de hierro para fusiles. . . .	25	*Id.*
Id. — para escopetas. . .	22	*Id.*
Id. — para carabinas. . .	22	*Id.*
Barras de acero para baquetas. . .	50	*Id.*
Id. — de 4 líneas cuadradas. .	30	*Id.*
Id. — de 6 *id.*	28	*Id.*
Id. — de 12 *id.*	26	*Id.*

LXIX

Tengo tambien que llamar la atencion sobre los productos enviados por los señores D. Luis de la Riva y Cª, de Sargadeles (Galicia, provincia de Lugo), y los señores Ibarra, Villalonga y Cª de Santander. En las fraguas de estos fabricantes se ha adoptado el nuevo método de M. Genoux, que consiste en hacer la reduccion del hierro por el óxido de carbono, y en soldar luego la *esponja* que resulta de esta reduccion con el auxilio combinado del calentamiento y de la presion, ya con el mazo, ya con cilindros. El calentamiento se efectua por medio de disolventes para formar las escorias que la presion hacina debajo del mazo, con lo cual se consigue una gran economía de carbon de leña, y el hierro que resulta es excelente

para producir el acero : este se obtiene siguiendo el proceder indicado por un nuevo método de cimentacion en frio, metiendo en aceite los pedazos de hierro que se quiere acerar. El carbono del aceite, combinado con el hierro así preparado, forma el acero.

Una parte de las muestras remitidas por los señores Ibarra y Arza provienen del magnífico criadero de *Somorostro* (Vizcaya), uno de los mejores que se conocen : su extension descubierta es de 2,000 metros. Su mineral de primera clase, único que se laborea, contiene de 50 á 60 °/ₒ de hierro. La cantidad que se obtiene de este criadero asciende á 30,000 toneladas por año. Dista del mar 4 kilómetros.

LXX

Todavía es mayor la riqueza en minas de plomo argentífero que revela el considerabilísimo número de nuestras enviadas á la Exposicion por las provincias de Tarragona, Castellon, Murcia, Córdoba, Jaen, Extremadura y Santander ; pero en lo que realmente nuestro territorio no tiene igual en Europa es en la abundancia y calidad de sus minas de azogue, cobre y plata, cuyos productos llaman aquí grandemente la atencion, como la llamaron hace cuatro años en Lóndres. No hay para qué hablar de las admirables minas de Almaden (azogue) y de Rio-Tinto (cobre), pues son célebres en todo el mundo, señaladamente las primeras, que aseguran á España en este punto un monopolio natural semejante al que disfrutan Jerez con sus vinos y la Habana con sus tabacos. Lo notable de nuestros productos mineros es que están reconocidos por

ser tan excelentes en calidad como en cantidad, cualidades que no solo en materia de minas, sino en todas las cosas de este mundo, suelen estar en razon inversa. Así, por ejemplo, el criadero de *Pozo-ancho*, en Linares (Jaen), ha producido desde 1850, 14,000 toneladas de galena: la profundidad mayor de los trabajos de esta mina es de 160 metros. Cincuenta por ciento de plomo y de 5 á 7 onzas de plata por quintal de galena argentífera da la mina *Afortunada* de Montemolin (Badajoz). El mineral de la *Preciosa*, en Paimogo (Huelva), da 25 por ciento de cobre y 26 onzas de plata por tonelada. Del famoso criadero de *Hiendelaencina* (Guadalajara) baste decir que su produccion anual es de 18,000 kilógramos de plata, en una extension de 1,200 metros y en una profundidad de 209. El señor Hernandez, concesionario de la mina *Oriental*, en Ricomalillo (Toledo), ha remitido exquisitas muestras de minerales de oro.

LXXI

El azufre de Murcia, la sal mineral de Cardona y los mármoles de Segovia y Granada merecen particular mencion. Las principales muestras del primero que han venido á Paris (cristalizado y fundido), provienen de la conocida fábrica del señor Frias, la mas importante que tenemos en España. En cuanto á las magníficas muestras de sal mineral de Cardona, que el público ha admirado en la galería superior de la *anexa*, indudablemente son de los objetos mas notables de la Exposicion. El criadero de donde provienen es un inmenso depósito á flor de tierra

que forma una montaña de 150 metros de elevacion. Este depósito se halla en terreno cretáceo, pero debe ser independiente de esta formacion. La parte que se beneficia es de 108 metros de ancho sobre 216 de largo : hay descubiertas ocho capas diferentes, cuya sal es purísima, con una potencia media de 15 metros. Cuantos ingenieros han visitado los célebres depósitos de Wiliska y Northwich convienen en conceder sobre ellos al de Cardona una indisputable superioridad.

A las muestras de Cardona acompañan las de Minglanilla (Cuenca) y las de sal comun de Torrevieja (Alicante), poco menos importantes que aquellas. Para dar una idea de la extension del criadero de *Minglanilla*, baste decir que hay en él antiguas galerías de laboreo de 800 metros de longitud, y que las que hoy se abren tienen 10 metros de ancho sobre 14 y medio de altura. En cuanto á las salinas de Torrevieja, cuya extraccion anual es de 361,344 hectólitros de sal, forman un lago de 21,217 metros de circunferencia sobre una profundidad de 1 metro. Para llevar á él las aguas del mar, se ha abierto recientemente un canal de 1,406 metros de longitud.

Cincuenta y una muestras de mármoles ha enviado la provincia de Segovia, todas notables por su calidad exquisita y por la hermosura de sus colores. La riqueza de nuestro suelo en jaspes y alabastros es ya un hecho fuera de duda : resta que nuestra industria sepa hacerla valer, perfeccionando el laboreo y, sobre todo, facilitando la extraccion. El mármol serpentino de Granada que se ve en la Exposicion no tiene superior en país alguno, segun he oido á personas muy entendidas.

LXXII

Entre nuestros expositores agrícolas, D. Enrique Alvear, de Montilla (Córdoba), es uno de los que han presentado mejores y mas variados productos. Voy á extractar de una extensa *Memoria* presentada por el mismo señor Alvear á la comision calificadora, y que acabo de leer con mucho gusto, algunas noticias sobre aquellos productos, empezando por las cuatro variedades de trigo que comprende el contingente de este expositor, y que creo sean, con los candeales, todas las que se cultivan en el mediodía de España.

1ª Cañivano (*triticum hibernicum* de Lineo). Es este trigo duro, y tiene las espigas y las cañas blancas. Su altura en los años medianos es de cuatro piés, y en los abundantes y buenos pasa de seis. Las espigas suelen tener unos 40 granos en los años regulares, pero en los abundantes pasan de 70, á veces con grande exceso. Se cultiva en grande en toda la Andalucía, en la Extremadura y en gran parte de las Castillas, y su recoleccion es una de las primeras. Esta variedad se cultiva con preferencia á las otras, por dos razones: primera, porque da una paja muy tierna y excelente para los ganados durante las labores de los meses de otoño é invierno; y segunda, porque se produce perfectamente aun en las tierras poco sustanciosas y con escaso cultivo, teniendo además la circunstancia esencialísima de dar un pan de muy regular calidad y alimento para la gente de campo.

2ª Trigo azul ó negro, que con ambos nombres es vulgarmente conocido en Andalucía : adquiere el color *azul*

al tiempo de madurar las espigas, y se le llama *negro*, porque sus granos lo son relativamente al anterior y mas aun al candeal y al *blanquillo* de Castilla. En otras provincias se le denomina *sarraceno*, sin duda porque los árabes lo introdujeron ó lo cultivaban con preferencia á otras variedades. Este trigo es de los mas resistentes á los rigores del clima y se cria muy bien en tierras de poca sustancia. Produce mas que la variedad anterior y que los candeales, pues las espigas en los años regulares suelen tener unos 50 granos y en los abundantes pasan de 80. Da un pan moreno, pero muy nutritivo y sabroso.

3ª Trigo *racimal* ó ramoso, así llamado porque cada caña, además de la espiga principal, tiene anexas otras varias mas pequeñas. Llámase tambien *filipino*, porque de las islas del archipiélago de aquel nombre se trajeron sus primeras semillas, cuya introduccion en Andalucía data del 1838. Es menos moreno y mas blando que los anteriores : su paja es algo mas dura y no de tan buen alimento para el ganado ; en cambio da excelente pan. Dos ventajas lleva esta variedad á las anteriores, segun los ensayos hechos por el señor Alvear : primera, que por cada fanega de harina da 8 panes mas : y segunda, que requiere para sembrarse mucho ménos cantidad de semilla, debiéndose sembrar muy claro, por manera que si para una fanega de tierra hay que arrojar fanega y media ó dos del trigo cañivano ó del negro, basta con una del racimal para recoger una buena cosecha. En cambio de estas ventajas, tiene una contra, si tal puede llamarse (pues algunos labradores no la estiman tal), cual es que necesita segarse ántes que todos los demás, y cuando todavía no ha llegado á su cumplida madurez, por

la razon de que las espiguitas que, segun queda dicho mas arriba, tiene adjuntas á la principal, suelen desgranarse prematuramente si la planta permanece en tierra, y se pierde una tercera parte de la semilla, lo cual no sucede dejando la planta ya segada y tendida en el suelo hasta su completa sazon.

4ª Escaña (*triticum monococum*, de Lineo). Es este trigo muy pequeño: tiene las espigas y la paja de color blanco y muy delgadas aquellas. La altura suele ser de 3 piés en los años regulares y mucho mayor en los abundantes, pero sin llegar nunca á la extremada elevacion de las variedades anteriores. Cada grano echa muchas cañas con sus correspondientes espigas: de aquí el cogerse en grandísima cantidad (doble ó triple del racimal en proporcion con poca semilla. Sin embargo, esta variedad no se cultiva en Andalucía mas que para alimento del ganado menor, por considerarse mas nutritivo y menos ardiente que la cebada. La paja se emplea para cubrir los techos de las chozas y de los cortijos, en razon á quedar entera en la trilla y mas larga que otras. Por su extremada abundancia, es el grano que se vende mas barato; en los años regulares, á cada fanega de tierra se le sacan 80 ó 90 de grano, y en los abundantes, 130 á 140. En estos, su precio, en la provincia de Córdoba, es de 5 á 6 reales, y de 18 á 20 en los escasos.

LXXIII

Al inteligente cosechero de quien voy hablando debe la provincia de Córdoba una nueva preparacion de dos de

sus productos mas abundantes, que por esto mismo pueden llegar á ser dos importantes artículos de comercio. Hablo de sus exquisitos higos blancos y de las ciruelas pasas, cuyas muestras, que he visto y catado, compiten con las afamadas de Tours y Agen. Este producto, entonces apenas conocido aun en España, obtuvo un premio en la Exposicion universal de Lóndres. Desde entonces se ha generalizado su preparacion en toda Andalucía, y ya este artículo se exporta en gran cantidad no solo para Madrid, mas para las Antillas y para Inglaterra. Su precio corriente es 100 reales la arroba en Lóndres y 50 en Madrid.

LXXIV

En vinos y aceites, la exposicion española presenta una gran riqueza que explican muy bien la bondad de nuestro suelo y lo privilegiado de nuestro clima, pero que hace lamentar doblemente la falta de buenos métodos de cultivo y de elaboracion que avalorarian mucho nuestros productos. Ningun aceite del mundo podria competir en los mercados extranjeros con el de Andalucía, si, en vez de elaborarle hoy lo mismo que hace trescientos años, se hiciesen en la recoleccion de la aceituna y en la molienda las mejoras que reclama el buen gusto, en la acepcion material de esta palabra. Suelen contestar á esto nuestros labradores y cosecheros, para defender las viejas rutinas á que son apegadísimos, que en España, donde las cosechas son colosales, no se puede descender á las menudencias y perfiles que se usan en otros países ménos feraces, por-

que todo el tiempo se iria en lo accesorio, que es mejorar, y no quedaria para lo principal, que es producir; en lo cual tienen razon, pero nada mas que *hasta cierto punto.* Veamos sino lo que sucede. Una de las causas del detestable sabor á lana y del mal color de nuestros aceites andaluces consiste en que al varear los olivos para derribar el fruto, este permanece en la tierra el tiempo suficiente para que cuando se lleva al molino, en el que se suele echar con capacho y todo para despachar ántes, llegue ya en gran parte empezado á podrir. La rutinera costumbre de guardar el aceite, como el vino, en pellejos para el acarreo, acaba de corromper su gusto, haciéndole inservible para el uso de las personas de paladar algo delicado, que tienen que surtirse de aceites valencianos ó de Marsella. Cierto que no es fácil, en cortijos de veinte ó treinta mil piés de olivo, recolectar el fruto con mucho primor, escogiendo la aceituna *una á una*, como en las labores relativamente pequeñas de la Provenza y de nuestras provincias de Aragon y Cataluña : los jornales absorberian todo el producto; pero tampoco es dudoso, por lo que dejo dicho, que hay mucho que mejorar en nuestros métodos de elaboracion y conservacion de aceites, por ejemplo : lo mismo pudiera decirse de la mayor parte de nuestros productos agrícolas. A las mejoras introducidas de dos siglos á esta parte en la elaboracion de nuestros vinos de Jerez, Málaga y Montilla, para no citar mas que estos tres, se debe el grande incremento que va tomando todos los años su exportacion y el crédito cada dia mayor que disfrutan en todos los mercados del mundo.

Los mejores aceites de España enviados á la Exposicion son, en sentir de los inteligentes, los del señor conde de Ri-

palda (Valencia) y los de los señores Vidal y duque de Solferino (Barcelona).

En punto á vinos, no hay para qué decir que son muchos los que han venido á París y que si hubiera de elogiarlos en proporcion de su buena fama, solo tendria, como dicen aquí, *l'embarras du choix* : no será injusto sin embargo dar la primacía á las celebradas bodegas de los señores Domecq y Gordon, de Jerez.

Para concluir con lo relativo á la agricultura, pues no he de engolfarme en el enmarañado laberinto de linos de Zamora, cáñamos de Orihuela, garbanzos, habas, avellanas, almendras, arroces, etc., etc., y en suma, todo linaje de vegetales textiles y alimenticios enviados á la Exposicion, cuyo exámen me obligaria á escribir un libro poco divertido, aunque muy útil, diré que generalmente han parecido notabilísimas la coleccion de productos remitida por el Instituto agrícola de Barcelona, y las lanas de raza sajona y merinas leonesas de los rebaños del Real Patrimonio. Ninguna de nuestras provincias serícolas ha enviado productos á la Exposicion, y es lástima, porque en este ramo de industria, Valencia, Murcia y una parte de Aragon hubieran podido brillar mucho en París, como brillaron en Lóndres en 1851. Las sedas de Torrente de Cinca, del señor Monfort, son conocidas por de primera línea en todos los mercados de Europa.

LXXV

Los productos mas importantes de las islas de Cuba y Puerto Rico consisten en maderas indígenas de construc-

cion, ebanistería y tinte, tejidos de paja, azúcares y sobre todo en tabacos, los primeros del mundo.

La primera ha obtenido una *gran medalla de honor.*

Entre los Estados hispano-americanos, el que ha presentado una exposicion mas lucida es el de Méjico. En medio de las continuas revueltas de que hace treinta años está siendo víctima este hermoso país, sus esfuerzos por ponerse á la altura de la civilizacion europea, son cada vez mas evidentes, y de ello da testimonio el vivo interés con que parece haber mirado la Exposicion actual. Una preciosa coleccion de minerales, enviada por la Escuela de minas; los añiles y las sedas de Chiapas y los algodones de Veracruz que, sea dicho de paso, pudieran llegar á ser para el país una fuente inagotable de riqueza, como lo son para la Luisiana; diferentes especies de cacao, café y canela; varios aceites y multitud de maderas indígenas de tinte y de construccion, son los principales productos que ha presentado la república mejicana. Los mas notables son sin duda los de sus minas. Estas, las mas ricas del mundo, dan anualmente 537.000 kilógramos de plata, ó sea cerca de 600 millones de reales. El oro abunda menos: sus criaderos no producen arriba de unos 20 millones. El país tiene además en abundancia hierro, carbon, cobre y mercurio. La feracidad del suelo y la privilegiada variedad de temperaturas que disfruta, le hacen apto para todos los cultivos. ¿Qué falta pues á Méjico para ser una de las primeras naciones del mundo? Una sola palabra lo compendia todo. Le falta *paz*: la paz dará útil empleo á los capitales que ahora están ociosos, ó emigran, ó se malgastan en estériles revoluciones; con la paz se multiplicará la poblacion; con el aumento de poblacion desaparecerá natu-

ralmente la falta de caminos que hoy tiene paralizado el comercio, que coarta cuando no imposibilita la accion del gobierno y que, al decir de todos los viajeros ilustrados, es la gran plaga que devora á aquel país. ¿Y cómo puede ser de otro modo, si á mas de los innumerables inconvenientes que esa alta acarrea, sucede por necesidad que una buena parte de la escasísima poblacion mejicana se emplea únicamente en la arriería?

Los productos fabricados no tienen por lo comun un carácter peculiar, ni son mas que imitaciones mas ó menos felices de las fábricas europeas. Solo en el ramo de alfarería y en el de jaeces y sillas de montar, se ve el sello nacional unido á un lujo extremado que recuerda el de los pueblos orientales. Algunos libros impresos por los señores Cumplido y Decaen, de Méjico, indicarian que el arte tipográfico prospera en aquel país, si no pareciese evidente en ellos la procedencia inglesa del papel y de los caractéres.

LXXVI

Lo mismo que en el mapa, la república de Guatemala está colocada en la Exposicion al lado de Méjico; pero su escaso contingente, por haber llegado tarde, no figura en el catálogo. Igual desgracia han tenido las exposiciones de Costa-Rica, Nueva-Granada, Buenos-Aires y el Uruguay: ninguna de ellas figura en el catálogo; y como sin el auxilio de este, es materialmente imposible hacerse cargo de todo en el inmenso local del palacio de la Industria, no seria extraño que á pesar de mi diligencia, se me hayan

escapado algunos productos importantes de aquellos Estados. No es probable despues de los prolijos informes que he procurado reunir. Volviendo á la exposicion de Guatemala, lo mas interesante que contiene es una coleccion de su fauna alada, conjunto de encantadores matices que parecen de flores vivas, mas ricas aun que las que esmaltan la riquísima vegetacion tropical. Varias muestras de maices, palos de tinte, tabaco, algunas telas y hamacas completan el envío de aquel pequeño Estado.

Azúcares, cafés y palos de tinte son los productos que ha enviado la república de Costa-Rica, la cual, á pesar del escaso número de sus expositores, ha alcanzado *tres* premios. Despues de Méjico que ha obtenido *catorce*, es el Estado de América mas favorecido por el jurado internacional en la reciente distribucion de recompensas.

La república de Nueva Granada ha enviado numerosas muestras de materias primeras, entre las que llaman la atencion diferentes especies de conchas, nácar, quina, vainilla y café, á mas de varios minerales de galena y cobre. Entre los objetos fabricados, hay que mencionar sus primorosos tejidos de paja, célebres en toda Europa, petacas, sombreros, esterillas, etc., á que solo falta una condicion muy esencial, que es la baratura. El alto precio á que llegan á nuestros mercados, aleja de ellos el consumo, que les aseguraria infaliblemente en otro caso su incontestable superioridad sobre los productos similares de la industria europea.

Bolivia, el Perú y Chile se han abstenido completamente de enviar productos á la Exposicion. Buenos-Aires no ha remitido mas que una selecta coleccion de minerales que ha sido premiada. Igualmente lo ha sido un ex-

positor de Montevideo, el señor Bernes, por tres hermosos cuadros caligráficos que ha presentado.

LXXVII

Entre los productos químicos presentados por los expositores españoles, merecen mencionarse las excelentes bugías esteáricas de la *Estrella*, fabricadas en Madrid y en Gijon, al precio de 12 reales el kilógramo; los jabones de los señores Jimenez y Cª de Sevilla; los cueros comunes del señor Rodriguez Abella, de Santiago, y muy especialmente los tafiletes del señor Roig, de Madrid, cuyos precios y calidad, lo mismo que los de las cabritillas y guantería de Dubost, de Madrid, aventajan á los productos de la industria francesa en calidad y baratura.

En el ramo de alfarería y arte cerámica, los azulejos de Valencia y las lozas y baldosas de Granada son lo mas importante que ha enviado España. Es de sentir que no hayan venido muestras de nuestros barros de Andújar y algunas de aquellas alcarrazas que tanto encantan á los extranjeros que viajan por España, y cuyas formas originales, porosidad suma y delicado olor recuerdan los inimitables búcaros antiguos.

LXXVIII

Ya he indicado que ni en maquinaria, ni en instrumentos de ciencias y artes de precision, ni en suma, para decirlo todo de una vez, en productos de una industria muy complicada, es rica la exposicion española; pero justo es

añadir que tampoco carece absolutamente de objetos dignos de estudio y que prueban nuestro adelanto respectivo en los principales ramos del saber. Así por ejemplo, el señor Balcells, profesor de física en la Escuela industrial de Barcelona, ha presentado una brújula de su invencion, que denomina *compleja*, y que segun sus propias observaciones, presenta sobre la comun las siguientes ventajas:

1ª Recibe el movimiento de 16 láminas de acero magnetizadas, encerradas en una vaina de laton muy sutil, con lo cual debe naturalmente tener mas fuerza que la brújula simple de una lámina;

2ª Esta reunion de láminas magnetizadas se halla preservada de la accion de la humedad del aire que muchas veces influye para la diminucion de la fuerza magnética en las brújulas simples;

3ª Para hacer todavía mas constante la fuerza magnética de la brújula compleja, los hacecitos de las láminas magnetizadas se montan en una chapa de hierro que abraza sus extremidades y mantiene estable la polarizacion, lo que no puede hacerse con las sencillas. Además la brújula compleja va acompañada por necesidad del *gnomon* ó aguja, sólidamente fijada en la vaina de laton, á diferencia del gnomon comun que, en las brújulas simples, está sostenido de una manera muy voluble por un carton.

Diferentes aparatos ortopédicos del señor Clausolles de Madrid, merecen particular elogio por su ingeniosa sencillez y su baratura, cualidad tan atendible en industria que, por mi parte, si hubiéra podido influir en el arreglo de la exposicion, hubiera exigido que á cada artículo

de comercio presentado, hubiese ido unida la tarifa de su precio en venta. Muchos de nuestros expositores han satisfecho espontáneamente á esta justa exigencia de cuantos van á ver las exposiciones, no ya solo para recreo, sino para su útil instruccion. ¿De qué sirve que se fabriquen productos excelentes, si su exagerado precio los pone fuera del alcance del consumidor? Mas debe estimarse en mi sentir y mayor recompensa merece del gobierno un producto regular y barato que otro mucho mejor, pero caro. Entiendo que en el comercio se debe producir para el consumo mas que para el lucimiento.

LXXIX

Todos los periódicos de Paris y cuantas publicaciones se han ocupado en dar cuenta de nuestros productos expuestos, están acordes en conceder la palma sobre sus competidores de todos países á los señores Zuloaga, padre é hijo, por sus magníficas armas de fuego y otros objetos de metal, como tambien por todo lo relativo al arte del cincelado en hierro y de la ataujía. Sus mejores obras son unas escopetas de caza superiormente cinceladas, propias de S. M. el rey, unas pistolas morunas que pertenecen al señor general Narvaez, y un cuchillo de monte con primorosas esculturas.

Entre los objetos clasificados bajo el nombre general de *platería, joyería é industria de bronces artísticos*, llama ventajosamente la atencion una elegante cama de acero y bronce, con adornos cincelados, obra del señor Miguel, de Madrid, de quien he visto tambien una hermosa

butaca de hierro barnizado. De no menos mérito, en otro género, son las esculturas en plata que han presentado los señores Moratilla y Ramirez de Arellano, de Madrid, y Rosell, Carreras é Isaura de Barcelona. Sin embargo, no siempre en las obras de estos artífices campea un gusto muy correcto, ántes suelen pecar de pesadas ó como vulgarmente se dice de *mazacotas*, pues en cuanto á lo de *pesar* mucho, hay gentes bastante materiales para no considerarlo un defecto en artefactos de plata y oro.

LXXX

Los inteligentes en el arte militar reconocen un gran mérito en el cañon de á 32 fundido en la fábrica nacional de Truvia, que ha enviado el cuerpo de Artillería, júntamente con una terrible provision de balas, cañones de fusil y otros objetos mortíferos, á que acompañan además varias muestras de aceros y limas, y una máquina para construir, por medio de la presion, balas para las carabinas rayadas. El señor Biera, acreditado armero de Madrid, ha presentado varias escopetas, un *rifle* y un fusil con bayoneta del sistema que lleva su nombre.

Sabido es que la industria algodonera está siendo en España, hace muchos años, una cuestion política; pero como ahora no trato de mirarla por ese lado, me limitaré á observar que todos nuestros expositores en este ramo son catalanes, y que sus productos, caros ó baratos (que de esto nada aclaran las noticias remitidas), son en general muy buenos. Apurado me veria para dar la preferencia á los de los señores Bonaplata, Bruguera y Codina.

por ejemplo, sobre los de los señores Fábregas, Martorell y Ricart, todos de Barcelona. Todos estos productos parecen y realmente son hermanos. Catalanas son tambien en su casi totalidad las muestras que he visto de nuestra industria lanera, de la de sedería y de los tejidos de linos y cáñamos. Exceptuo, sin embargo, las mantas de Palencia, las hermosas sedas labradas de Murcia. Talavera y Sevilla, los driles y lienzos comunes de Cádiz y las mantelerías del señor Pineda, de Sevilla.

En el ramo de blondas y encajes, la industria catalana raya muy alto, y si á las hermosas muestras de los productos de sus fábricas que han presentado los señores Cabañeras, Fiter y Margarit acompañasen las tarifas de sus precios corrientes, se veria hasta qué punto dichos fabricantes han logrado conciliar la bondad del género con su baratura.

LXXXI

Una papelera ó *secrétaire*, de maderas embutidas, obra de un trabajo exquisito y de una prolijidad asombrosa, ejecutada por el señor Jimenez, de Madrid, es entre los muebles de fabricacion española el que mas ha llamado la atencion en el palacio de la Industria. Merecen tambien mencionarse una mesa de billar, con todos sus accesorios, remitida por el señor Amorós, de Barcelona, y las imitaciones de *Boule*, del señor Darde, de la misma poblacion.

Uno de nuestros actores dramáticos, el señor Capo, ha presentado muestras de un arte ó industria, ó como

quiera llamarse, que algunos cultivan por entretenimiento pero en que de seguro pocos le aventajan. Sus obras son un *tour de force*. Llevado de una viva aficion, el señor Capo hace de papel comun recortado con unas tijeras, sin previo dibujo, ni patron, ni mas guia que su ingenio, toda clase de países, figurillas y hasta representaciones de los objetos mas tenues y delicados; — cosa bonita y curiosa sin duda, pero que no me parece muy en su lugar en una exposicion universal de productos industriales.

Las litografías de los principales cuadros del Museo de Madrid, estampadas en el establecimiento del señor Martinez, y las fotografías en papel del señor Albiñana pueden competir, á mi juicio, con lo bueno que en ambos ramos se produce en Francia ó en Inglaterra. ¡Ojalá pudiera decir lo mismo de todo lo demás que comprende la exposicion de nuestra industria!

LXXXII

Paris, 1º de enero de 1856.

El 1º de enero, el dia del año (*le jour de l'an*), como aquí se dice, presenta esta gran ciudad el aspecto mas animado que puede imaginarse. Hoy todo el mundo da y recibe aguinaldo (*étrennes*); en el solo dia de hoy se reconcentran aquí toda la alegría, todas las fiestas, todos los agasajos que nosotros solemos distribuir entre todos los que transcurren desde el de Nochebuena hasta el de Reyes. Las pascuas de Navidad, tan festejadas en nuestro país y en Inglaterra, son aquí unos dias como otros cualesquiera; solo la Iglesia las celebra: pero en la vida exterior y apa-

rente de este pueblo, nada absolutamente transpira que recuerde aquella gran festividad cristiana. El dia de Reyes no trae consigo mas novedad que las grandes recepciones oficiales de la córte, con su acompañamiento obligado de discursos políticos, y en el seno de las familias, el gasto de la tradicional torta llamada *gâteau des rois.* En toda reunion casera, desde las mas altas hasta las mas humildes, se sirve por la noche con el té ó sin él, ó simplemente á los postres, una de esas tortas (las hay colosales, como ruedas de molino, y por lo comun poco menos duras y desabridas); cada una encierra en sus recónditas entrañas una *haba.* Distribuida la torta en pedacitos entre todos los concurrentes, aquel á quien le toca el haba, hace de rey por aquella noche. Sobre el orígen y significacion de esta antiquísima costumbre, podria decir aquí las cosas mas eruditas con solo consultar unos cuantos libros que andan en manos de todo el mundo, ó simplemente con copiar el inevitable articulito que sobre el particular traerán los periódicos este año, como todos, el 6 del actual, así como hoy nos hablan largamente del orígen romano y de las peripecias por que ha pasado en el mundo la universal costumbre de los aguinaldos ó estrenas; — pero no quiero echarla de sabio á tan poca costa. La erudicion fácil se me figura que produce en los escritos el mismo efecto que el colorete en el rostro.

El consumo de dulces que hoy se hace en París no tiene límites; el regalo mas comun, mas popular, el acompañante obligado, además, de todo aguinaldo modesto, en metálico, á porteros, criados, aguadores, etc., etc., es una caja de almendras. Es admirable la aficion de este pueblo á aquella indigesta golosina; no solo las confi-

terías, más aun que las confiterías, están hoy atestadas de cajas de almendras, forradas de papel blanco y atadas con una bonita cinta de seda (*faveur*), las innumerables tiendas de los llamados *especieros*, que corresponden á las de nuestros ultramarinos. Pero no se crea que aquí, como en nuestra tierra, los aguinaldos se limitan á dulces y otros comestibles mas sustanciosos; lejos de eso, jamás he visto que aquí se le regalen á nadie pavos, ni capones, ni embuchados, ni ningun otro manjar, fuera de los dulces, — ya sean las susodichas almendras puramente populares y casi *canallescas* (permítaseme la expresion), — ya los exquisitos y carísimos productos de *Marquis*, *Boissier*, *Millelot* y otros cien confiteros trascendentales, que en tal dia como hoy es de rigor ofrecer á las damas. Los aguinaldos, entre la gente culta (sin contar los juguetes para los niños), consisten generalmente en libros ricamente encuadernados, en muebles de escritorio ó de *toilette*, y sobre todo (y esto es lo mas elegante y delicado), en lo que aquí se llama *objetos de arte*, bronces, estatuas pequeñas, cuadritos, *albums*, aguadas de los primeros artistas..... ¿No vale esto incomparablemente más que nuestros regalos de pavos y chorizos?

LXXXIII

El que visita hoy por primera vez los famosos almacenes de *Susse*, *Giroux*, *Bisson* (1) y tantos otros, cree encon-

(1) Este ya no existe: estaba situado en el *boulevard des Capucines*, esquina á la *rue Neuve-Saint-Augustin*.

trarse en un palacio encantado. ¡ Qué primores! ¡ qué riqueza ! y sobre todo ¡ qué gusto tan exquisito ! ¡Allí sí que se ve confirmado aquello de que el buen gusto nació francés ! Verdad es que todo el año, las tiendas, numerosísimas por cierto, de objetos de arte, son aquí unos preciosos museos de curiosidades, delicias de la gente culta ; pero tambien lo es que en este gran dia (¡el dia del año!), parece como que se transforman y lucen el doble, como una mujer hermosa cuando se reviste de todas sus galas. En proporcion, á todas las tiendas les sucede hoy lo mismo, unido lo cual á la mayor afluencia de gente por las calles, á la mayor alegría y animacion de los semblantes, á la algazara de los chiquillos, á la superabundancia de coches que vuelan en todas direcciones, da á París una fisonomía singular, única en el año, pues ni se parece á la que presenta en los dias de grandes festividades nacionales, ni en los de Carnaval, ni en otro alguno ; es, ya lo he dicho, una fisonomía *única*, y de que solo viéndola se puede formar idea.

LXXXIV

Otra peculiaridad propia de este dia y de los inmediatos siguientes, ofrecen aquí los teatros, — y es la de dar, bajo forma dramática pero muy poco literaria, *revistas* crítico-burlescas del año recien hundido en la eternidad. Esta es una de las pocas cosas de París que todavía no hemos imitado en Madrid, y que probablemente no imitaremos nunca. Hay para ello muchas razones : la principal es, á mi juicio, que nuestro *carácter* y el *giro de nuestras ideas*

rechazan á una la *gran tolerancia* que suponen y requieren tales espectáculos. Ni lo critico, ni lo elogio: me limito á consignar un *hecho*, que me parece evidente; — o si no, juzgue el lector.

En todas las *revistas* cómicas á que he asistido este año (y lo mismo en las de todos los anteriores), se alude continuamente, para ponerlos en caricatura con indecible sal, á los hombres *mas eminentes* en ciencias, en industria, en artes, en letras, que han figurado de algun modo notable en el transcurso del año. Antes se hacia lo mismo con las eminencias políticas; ya no se hace, pero téngase muy en cuenta que es porque este emperador no lo consiente, no porque las costumbres lo repugnen ó porque ofrezca inconvenientes en la práctica. El dia en que varíe la legislacion en este punto, volverá á hacerse,— y los hombres mas eminentes (téngase tambien esto muy en cuenta), — *solo los hombres eminentes*, ó á lo menos los que tienen el raro privilegio de llamar particularmente la atencion pública y sobresalir entre los demás, — y los hombres, digo, mas eminentes *en política*, los Guizot, los Dupin, los Thiers, los Lamartine volverán á hacer el gasto en los teatrillos burlones, y el público lo aplaudirá á rabiar, y ellos mismas serán los primeros en reirse de sus saladísimas caricaturas, y se alegrarán mucho, en su interior, de que se las hagan, porque verán en ellas un medio más de acrecentar su popularidad ó de darse á conocer hasta entre las ínfimas clases del pueblo, — y porque eso les probará que, en opinion de sus contemporáneos, no son unos entes vulgares, como los muchos de quienes nadie se acuerda ni aun para reirse de ellos; — y por consiguiente no resultarán de esa exhibicion burlesca de sus personas ni

denuncias, ni provocaciones, ni desafíos, sino al contrario, alegría y provecho para todos. Tampoco ahora elogio, ni critico; no hago mas que narrar sencillamente, consignar otro hecho que juzgo innegable. Hoy por hoy hacen el gasto como objetos de la pública hilaridad en estas *revistas* retrospectivas, el sabio M. Coste y su admirable y utilísimo descubrimiento ó perfeccionamiento de la *piscicultura;* el otro sabio M. Flourens, secretario perpétuo, nada menos, de la Academia de Ciencias, por su curioso libro recien publicado de *La vie humaine*, en que intenta probar que á los cincuenta años empieza para el hombre una segunda juventud, — grande extravagancia sin duda, que se presta grandemente al ridículo (y Dios sabe si aquí se lo han encontrado estos inagotables caricaturistas *Daumier* y *Cham*), pero que al cabo es la extravagancia de un sabio y está explanada en un libro notabilísimo, como estudio fisiológico. Sirve tambien de diversion al público nada menos que el *fisco* (¡una parte del gobierno!), por la reciente contribucion impuesta sobre los perros de lujo. ¿Qué mas? estas gentes se rien en sus teatros y en sus periódicos satíricos hasta de las maravillas con que ahora mismo está asombrando al mundo y honrando á la Francia muy especialmente la *Exposicion universal.* En cuanto á los grandes artistas y literatos contemporáneos, sabido es que esos hacen el gasto de la burla y de la caricatura todo el año. Este pueblo, que los cubre de oro, se indemniza cubriéndolos tambien de ridículo, á la manera que el pueblo romano hacia llenar de injurias á sus generales vencedores, durante su marcha triunfal al Capitolio.

Si fueran á contarse las caricaturas que se han hecho aquí de Alejandro Dumas, por ejemplo, su número alcan-

zaria proporciones fabulosas. Dia por dia, hora por hora, su vida pública y hasta su vida privada han sido y siguen siendo objeto de millares de relaciones grotescas de que todo el mundo se ha reido millares de veces, y él el primero. El público sabe así todas sus aventuras, todos sus dichos. — Resultado de esto es que el público, esto es, todo el mundo en Francia, chicos y grandes, conoce el nombre de Dumas, está en cierto modo familiarizado con él, y como es consiguiente, devora sus producciones. Otro resultado de todo esto es que Dumas lleva ganados á estas horas con su pluma algunos millones de reales... Poco mas, poco menos, lo mismo puede decirse de Jorge Sand, de Balzac (cuando vivia; ahora todo se vuelve elogios y apoteosis de aquel raro ingenio tan duramente tratado en vida!), de Scribe, de Musset, de Julio Sandeau, el mas delicado y profundo de los novelistas franceses, á mi gusto, de Victor Hugo, de Lamartine, — nombres que tienen hoy tanto eco en toda Francia como pueden tenerlo aquí y en todas partes los de los soberanos reinantes. Y la razon es, á mi juicio, que este pueblo inteligente por excelencia acata en ellos, como en los de sus grandes artistas y sabios, la soberanía de la inteligencia.

LXXXV

París, febrero de 1856.

Sin sentirlo he pasado á hablar de lo que puede llamarse la *vida literaria y artística* en esta gran ciudad. Mis relaciones de amistad con varios literatos y artistas, mis relaciones de negocios con algunos libreros, me han dado

ocasion de asomarme un poco, por decirlo así, á aquella vida particular, tan diferente de la vida comun (llamada aquí *bourgeoise*), y voy á recordar algunas de las impresiones que me ha dejado.

Hay aquí muchos salones puramente literarios y artísticos, porque es de advertir que las letras y las artes, — (*la poesía* y *el arte*, como ahora se dice), — van estrechamente unidas y forman aquí un mundo aparte : generalmente se le denomina *la Bohemia.* Entre las artes se cuenta, como es natural, el arte escénica ó sea la profesion del actor, que es tambien un *artista*, como el compositor músico y el arquitecto. De los pintores y escultores nada hay que decir : estos son los artistas por excelencia. Los libreros, los editores de música y de estampas, los directores de teatros, los periodistas, lo son por aficion. Cierta clase de usureros elegantes, ciertos ricachos generosos, *protectores* natos de cómicas y bailarinas, son tambien algo artistas... por afinidad. Todos estos tienen por lo menos un pié en la Bohemia. *Quien con lobos anda.....* Excusado parece decir que en esta denominacion de *Bohemia* que se suele dar al mundo de los literatos y de los artistas, va envuelta la idea algo prosáica (*bourgeoise*) de una reprobacion satírica de sus costumbres algo libres, algo desarregladas, muy excéntricas en general, muy distintas de las del comun de los mortales..... ¿Son por eso peores? hay de todo. Las antiguas tradiciones del desórden y la desastrada vida propia de poetas, cómicos y artistas, están muy perdidas en la realidad : los hombres que cultivan el campo de la imaginacion y viven de sus frutos ó sea del gran placer que con ellos nos proporcionan, no son lo que se imagina el vulgo. En nada ó en muy poco se pa-

recen á lo que fueron. Ya no habitan en las guardillas ni mueren en los hospitales; lejos de eso. El lujo, las comodidades, todo lo que reluce, todo lo que deleita y embriaga los sentidos es para ellos una *necesidad*. — « El artista ha sido creado para ser rico, muy rico! » exclama Balzac, en no recuerdo cuantos pasajes de sus obras. Así lo comprende tambien la sociedad moderna y ya no escatima á los alumnos del arte ni los aplausos ni el oro. Todos los que tienen verdadero mérito, en Francia (lo mismo sucede en Inglaterra), y no son demasiado calaveras, disfrutan grandes rentas además de vivir como príncipes, y lo que es más, como príncipes ilustrados, que es la mejor vida que puede imaginarse. El palacio de *Monte-Cristo* que Alejandro Dumas se construyó en San German, y que desgraciadamente no tardó en pasar á manos de sus numerosos acreedores, era una residencia no ya de príncipes, sino de hadas y genios. Los *hoteles* de mademoiselle Mars y mademoiselle Rachel en el barrio llamado de *Breda* (la *Nueva Atenas*), la casa de campo de esta última en Montmorency; — las habitaciones de M. de Lamartine, de los dos Dumas padre é hijo, de M. Ingres, Horacio Vernet, Decamps y Paul Delaroche, para no citar las de otros cien, son verdaderos palacios dignos de unos banqueros.... ¡No puede hoy ponderarse más! Y es de advertir que hoy falta de aquí el escritor que descollaba sobre todos por su lujo oriental y por sus hábitos aristocráticos, á saber el célebre Eugenio Sue, actualmente proscripto en Suiza por demócrata!....

LXXXVI

En uno de mis antiguos cuadernos de apuntes, correspondiente al año 1841, me encuentro una nota relativa á aquel escritor con el cual tuve por entonces y despues bastante trato. En aquella época estaba escribiendo M. Sue su *Historia universal* de la Marina, y puesto yo en relaciones con él por nuestro comun é íntimo amigo M. Viardot, uno de los mas nobles caractéres que he conocido, me encargó para ella varios trabajos referentes á cosas de España : esto me obligó á verle con frecuencia. Hé aquí la nota que escribí una mañana en mi libro de memorias, al volver de su casa á la mia : — « Eugenio Sue parece hombre de unos treinta años ; es alto, muy moreno, fisonomía española ; pero tiene los ojos de un color gris muy claro. Es extremadamente laborioso : á las ocho de la mañana, que es la hora á que suelo ir á verle —(esto pasaba en invierno)—ya lleva dos ó tres, segun me dice, de estar trabajando. Su casa, situada *rue de la Pepinière, núm.* 81, es un prodigio de lujo y de elegancia : su despacho es un pequeño museo lleno de primores. Siempre le encuentro sentado delante de su mesa, escribiendo muy de prisa, rodeado de libros: escribe con guantes blancos, y su traje casero y matinal se compone de un pantalon de pié, color de grana, y una especie de levitin blanco abrochado hasta el cuello con grandes botones de plata : lleva unas soberbias babuchas recamadas de oro, como un sultan. Para llegar á su casa, que es verdaderamente *suya* propia y la habita él solo con su servidumbre, se atra-

viesa un pequeño jardin, lleno de plantas exóticas que ahora no tienen vista (ya he dicho que escribia esto en el rigor del invierno), pero cuyas galas primaverales y veraniegas me ha encarecido su dueño, que parece muy aficionado y muy inteligente. Él mismo pretende haber traido de remotas tierras las mas raras en sus largos viajes, pues ha sido marino..... Del mismo modo tiene las paredes de su alfombrada escalera y de varias salas materialmente cubiertas de trofeos de armas singularísimas, de todas las tribus y naciones. Con aquellas panoplias se mezclan multitud de objetos extraños, y algunos muy preciosos, — como sillas de montar, frenos, bandas, gorros turcos y persas, puñales malayos, lanzas patagónicas, — un verdadero museo de curiosidades, no todas extranjeras, pues á ellas se mezclan los productos mas delicados del arte indígena.

« El dueño de todas estas maravillas es un hombre finísimo en su trato, algo frio y reservado en sus maneras, muy apasionado, segun me asegura, de las cosas de nuestro país... Dicen que ha sido exageradamente derrochador, y que en su primera juventud disipó la pingüe herencia que le dejó su padre, por manera que el no menos pingüe caudal que hoy disfruta se lo ha ganado él con su pluma en pocos años. Ahora pasa por hombre de órden... en sus gastos, no en sus doctrinas políticas, desgraciadamente. »

LXXXVII

Por aquella época tuve que ver algunas veces, tambien por motivos literarios, á otro escritor no menos célebre y

de una celebridad menos borrascosa, menos contestada, como que no entraba en ella mezcla alguna del elemento político, que hoy lo malea todo... Hablo de Federico Soulié, el autor de *Las Memorias del Diablo*, de la *Confesion general*, de *Romeo y Julieta* y de una infinidad de novelas y dramas que sobrenadarán, me parece, en el grande y próximo naufragio que aguarda á tantas otras producciones novelescas y dramáticas de este siglo. Esto escribia yo entonces de Soulié, al poco rato de haber tenido con él una larga conversacion :

... « Es de estatura regular, grueso, muy bigotudo. Mas bien que poeta y hombre de letras parece por su traza un hombre de negocios. Es brusco y debe ser muy descontentadizo cuando tan descontento parece estar con su suerte, que realmente es más para envidiada que para compadecida ; pero él todo lo ve de color sombrío. Se queja de que es pobre, á lo menos de que no está *à son aise* (que viene á significar que no tiene lo suficiente para vivir con holgura)... Me ha dicho que el *Journal des Débats*, en el cual reemplaza ahora á Julio Janin que está viajando por Italia, le paga *quinientos francos* por cada folletin semanal : yo veo que sus novelas andan en manos de todo el mundo, lo cual prueba que se venden y que por consiguiente sus editores se las pagan bien. Todos sus dramas son muy aplaudidos y deben reportarle crecidos derechos de autor..... ¿Cómo diablos no estará este hombre *à son aise?* Picado por el aguijon de la curiosidad y valido de la franqueza que hay siempre aquí para hablar de cosas de dinero, que es la conversacion casi universal entre hombres, como en nuestro país lo es la de cosas de política, me decidí á preguntarle qué entendia él por estar *à son*

aise. — Yo llamo estar *à son aise*, tener uno 300,000 francos suyos, me respondió : 300,000 francos ahorrados *mis de côté* . — Poco menos que la mitad de esa suma debe Vd. ganar cada año, le repliqué, apoyado en los mismos datos que él me habia suministrado de sus ingresos anuales, y me parece que ahorrando algo todos los años, que no es difícil sobre ese presupuesto..... — ¿Qué he de ahorrar, exclamó con una cara muy lúgubre, si apenas gano para vivir?.....

« Federico Soulié es soltero y no veo gran lujo en su casa ; pero.....» lo que sigue en mi antiguo libro de memorias pertenece ya á la vida privada y no hay para qué publicarlo.

LXXXVIII

Yo no sé si estos recuerdos literarios serán del agrado de mis lectores; lo que es á mí, confieso que me causa vivo placer encontrar en mis apuntes íntimos la impresion reciente y, en cierto modo, espontánea que me ha dejado la vista de algunas personas que, por cualquier concepto, meten ruido en el mundo, es decir, son célebres..... Porque ¿qué es la celebridad ? Ruido, — nada mas que un poco ó un mucho de *ruido*.

Cuando yo vine aquí la tercera vez, en 1837, que fué la mas larga *estada* que he hecho en país etranjero (seis años duró aquella : ¿quién sabe cuánto durará esta?), la celebridad de Victor Hugo habia llegado á su apogeo. Apaciguadas ya las tempestades de la empeñada lucha entre clásicos y románticos, durante la cual las exageraciones propias del espíritu de partido habian desfigurado com-

pletamente la significacion de aquel escritor, levantándole unos muy por cima de Homero y el Dante y rebajándole otros al nivel de los idiotas, el verdadero crédito á que *verdaderamente* es acreedor el autor de ***Nuestra Señora de París***, de las ***Orientales***, de ***María Tudor***, y de tantas otras joyas poéticas pasaba ya, digámoslo así, en autoridad de cosa juzgada. La Academia se disponia á abrirle sus puertas : todos le hacian justicia, salvo algunos recalcitrantes clasiquistas que aun perseveraban en sus invectivas contra el estilo poético de las ***Odas*** y ***Baladas*** (la poesía lírica mas bella, sin embargo, que ha producido la musa francesa, en mi opinion) — y repetian á cada paso en son de befa estos ***pedregosos*** versos, llenos de chiste, sin duda, pero de injusticia tambien :

> Où, ô Hugo! huchera-t-on ton nom?
> Justice enfin rendu que ne t'a-t-on,
> Quand donc au corps qu'académique on nomme,
> Grimperas-tu de roc en roc, rare homme?

Es de advertir que estas cacofonias y estos juegos de palabras son facilísimos en francés. Ahí va ese que recuerdo ahora :

> Ton thé t'a-t-il ôté ta toux?

Y este otro no menos extravagante :

> Étant sorti sans parapluie,
> Il m'eût plus plu qu'il plût plus tôt!

Allá ván otros dos que pueden arder en un candil, y que cito únicamente para que se vea el escaso valor que tienen

(aun considerados como meros pasatiempos del ingenio, aquel y otros *desahogos* de los detractores de Victor Hugo, supuesto que, como he dicho antes, en francés escribe cualquiera tales desatinos :

J'ai vu cinq Saints sains ceints du seing du Saint-Père!

lo cual quiere ser un verso y lo consigue, aunque resultando ser un verso muy malo, — tan malo como este otro :

Ces cyprès sont si loin, qu'on ne sait s'ils en sont.

Yo no conocia entonces personalmente á Victor Hugo y, como es natural, deseaba conocerle, habiendo tenido el gusto de ser el primero en dar á conocer en España sus escritos con mis traducciones, muy leidas por cierto en su tiempo, de *Nuestra Señora de París*, sus demás novelas y el *Hernani*. Un amigo comun, el excelente pintor Mr. Dauzats, me llevó una noche á su casa. En estos términos encuentro consignada en mi *diario* aquella visita .

LXXXIX

«......Un padre rodeado de sus hijos, un monarca rodeado de su córte, no reciben mas señales, aquel de cariño, este de respeto, que Victor Hugo en medio de sus habituales tertulianos, la mayor parte discípulos suyos, imitadores de sus *formas* literarias, exageradores de sus extravíos, fanáticos de su gloria. Es para ellos mas que un maestro : le miran como á un profeta, casi como á un dios. Aquí está, compacta y resuelta á cubrirse cien veces de fama y de chichones, la jóven falange romántica que ha sostenido verda-

deras batallas á trompis y garrotazos en los estrenos del *Hernani*, de *Lucrecia Borja*, de *Angelo*, contra los *claqueurs* (palmoteadores de oficio), pagados por la bandería de los clásicos, para silbar á todo trance en los patios del *Teatro francés* y de la *Puerta de San Martin*. No tenemos idea en Madrid del calor con que aquí se toman las cuestiones literarias y artísticas, y menos aun del interés que despiertan en el público. Una primera representacion, la publicacion de un libro de autor conocido, la exposicion de un cuadro de M. Ingres ó de Eugenio Delacroix, son aquí sucesos magnos á que solo los especieros ó los que merecen serlo permanecen indiferentes. ¿Qué mas? un artículo de periódico de alguna trascendencia, un juicio crítico notable dan que hablar á todo París. — Y no vale decir : — No he asistido á ese drama, no conozco ese libro, no he leido ese artículo, — porque decir esto es acreditarse de..... no : es desacreditarse. Tanto valdria entre nosotros decir :—No conozco á Calderon : no he leido el *Quijote*. Convengo en que puede haber en esto algun exceso, pero diré sobre ello lo que decia de unos *besos* excesivos, cierto poeta en un drama inédito cuyas excentricidades adquirieron gran celebridad hace algunos años en el café del Príncipe :

Si son excesos esos,
Son del amor excesos!...

y valen mas que el exceso contrario en que notoriamente incurrimos en Madrid, donde la indiferencia pública mata las letras — si no son de cambio.

» A pesar mio, siempre la imaginacion me lleva á nuestro país, á nuestras cosas. Volvamos á Victor Hugo y á sus tertulianos.

« Pendientes de sus labios, cada vez que se digna abrirlos, escuchan con religiosa atencion y recogen y comentan sus raras cuanto lacónicas sentencias, pues á lo que he observado, el gran poeta es poco locuaz. Engolfado en sus hondos pensamientos, inclinada la frente sobre el pecho como bajo el peso excesivo de una frente muy abultada y de un cerebro verdaderamente enorme para su estatura, que no pasa de regular, suele permanecer noches enteras inmóvil y ensimismado en su sillon, al lado de la chimenea, fijos los ojos en la lumbre, ó atizándola maquinalmente para producir vivas llamaradas, cosa que le gusta mucho. Otras veces es mas social y muy amable, como lo ha sido esta noche. Situada á un extremo de París, en la solitaria *Plaza Real*, tan célebre en los tiempos de Enrique IV y Luis XIII por las grandes justas con que se celebraron en ella las bodas de este monarca con Doña Ana de Austria, y teatro durante siglo y medio de las mas dramáticas aventuras de la *Liga*, y de todas las intrigas y bullicios de la córte, — hoy lugar abandonado á la gente mas pacífica y callada de esta capital —, la casa que habita Victor Hugo (el antiguo *Hotel Guemenée*), lo mismo que todas las demás de la plaza, es un verdadero caseron por el estilo de los que aun se conservan en Madrid hácia la calle de Segovia y en Puerta de Moros. Las cuatro fachadas simétricas de esta plaza, en las que el ladrillo y la piedra alternan con severa regularidad, y cuyos soportales corridos la dan cierto carácter monástico, recuerda algo el de algunas *plazas mayores* de nuestras capitales de provincia. Sus casas son de aquellas de que solemos decir que en sus salas *pueden correr caballos*. La sala en que todas las noches recibe el poeta á sus amigos (pues, á diferencia de lo que aquí se

acostumbra, no tiene dia fijo para recibir), está decorada con elegante sencillez y en el estilo de la edad media, mezclado con el del renacimiento. Grandes sillones de baqueta, arcas y aparadores de roble tallado (*vieux chêne*), tapices antiguos, dagas de Toledo, guadameciles de Córdoba, algunos muebles de ébano, todo allí á primera vista presenta cierto aspecto de celda abacial, enriquecida con despojos bélicos y artísticos de los siglos feudales.

» Confieso que no sin cierta emocion he dirigido mi primer saludo al inspirado autor de *Nuestra Señora de París*, y apretado la mano que me ha tendido afectuosamente al oir mi nombre, tratándome desde luego como á un amigo, como *á un hermano en poesía y en arte*..... Aunque conozco todo lo inmerecido de esta expresion, la repito porque es suya. Entre otras cosas lisonjeras (y cito esta, porque lo es para mi país más que para mí), me ha dicho que en ninguna otra lengua extranjera deseaba tanto verse impreso como en la de Lope y Calderon, no solo por *haberse formado en el estudio de estos genios inmortales* (son sus propias palabras), cuanto por el dulce recuerdo que conserva de los años de su niñez que pasó en Madrid, en el colegio de pages del rey José, situado entonces en la calle de San Bernardino, donde hoy está el cuartel de marina. — Le hablé del antiguo director espiritual de aquel colegio, el respetable eclesiástico D. Eustoquio Sedano, actualmente canónigo en la iglesia de Málaga, á quien acababa yo de tener por compañero en la redaccion de la *Gaceta de Madrid*, y de quien se acordaba perfectamente. — Yo me considero casi tan español como francés, me dijo repetidas veces. Besanzon, mi ciudad natal, es una ciudad mas española que francesa, como otras muchas del Franco-

Condado.—Por supuesto que yo no tomé aquellas palabras mas que como una galantería nacional, tanto mas de agradecer cuanto mas decaida ve uno su nacionalidad en tierra extranjera;—y Dios sabe si la nuestra lo está ¡ay! más de lo que conviene á nuestro decoro,—mas de lo justo tambien. Por lo demás, el poeta de las *Odas y Baladas* es muy buen francés. Todas sus obras respiran el noble y santo amor de la patria.—Me ha presentado á su señora, que por cierto es muy hermosa, y de quien se cuenta que le mira con una especie de idolatría. Entre otras anécdotas curiosas que he oido contar sobre esto, recuerdo un dicho que se le atribuye, y lo confirma. Un jóven, cuyo nombre no hace al caso, trató recientemente de captarse de mala manera la voluntad de esta bella cuanto honrada señora, insinuándole la especie, cierta ó falsa, que tampoco esto hace al caso, de que su marido tenia devaneos en otra parte. — Sentiria que eso fuese verdad, respondió impasible madama Hugo, pero no lo extrañaria ni me quejaria. El gran rey Luis XIV tenia queridas y la reina su esposa se resignaba: mi marido es mas grande que Luis XIV, y si las tiene, me resignaré tambien. — No hay para qué decir que el jóven chismoso se quedó con un palmo de narices. Una de las señoritas de la casa, Leopoldina, á quien obsequia un jóven de mucho talento y muy rico, M. Cárlos Vacquerie, me ha parecido preciosa: su padre está loco con ella. La verdad es que, á pesar de todo lo que se cuenta de los *devaneos* del gran poeta, esta casa, esta familia, esta reunion de amigos íntimos, todo aquí tiene un aspecto patriarcal. Todos convienen en que la señora es un modelo de esposas y de madres: en cuanto á Victor Hugo, su mayor delicia es pasarse las horas muertas contando a sus hijos cuentos

fantásticos, inventados por él, ó conversando con sus amigos sobre puntos de poesía y arte. Me ha dicho que en invierno nunca trabaja, nunca compone un verso ni escribe un renglon, pero que lee y piensa mucho para escribir mucho tambien durante los tres ó cuatro meses que todos los veranos pasa en el campo. *Ir al campo* en verano es para los parisienses una necesidad. — Aunque poco expansivo con los extraños y nada locuaz de suyo, como ya he dicho, conversa admirablemente, y su elocucion está siempre salpicada de imágenes vivas y expresiones llenas de colorido y originalidad. — Le gustan las paradojas, las antítesis, y (la verdad antes que todo) no aborrece los equívocos, los *calembourgs*, los *rebus*, de los cuales ha inventado algunos ingeniosísimos, aunque en este punto cede la palma al gran maestro del género, su íntimo amigo y rival en fama literaria, Alejandro Dumas.

XC

« Noches pasadas, en una de las concurridas *soirées* que tiene este los miércoles en su elegante habitacion de la *Rue de Rivoli*, donde todas las celebridades, ó por lo menos las primeras celebridades de la Bohemia parisiense de ambos sexos, se pasan unas cuantas horas haciendo y diciendo verdaderas tonterías (*des bêtises*, como dicen aquí), vi á Dumas improvisar un *rebus*, que por lo extravagante se me ha quedado impreso en la memoria. Da la casualidad de que significa lo mismo en francés que en castellano, por manera que este ejemplo da una idea exacta del grado de *perfeccion* á que esta gente ha llevado el género de que se

trata,—humilde, pero entretenido. Sabido es que el *rebus* es una especie de jeroglífico, que se diferencia de este en que las figuras en él alternan con las palabras ó con las letras aisladas, para expresar una sentencia cualquiera. El improvisado por Dumas se reducia á lo siguiente: — dibujó en un papel un pájaro entre llamas que queria ser un *ave-fenix*, y á continuacion escribió una *a* minúscula, seguida de un punto final. — Léanme Vds. esto, añadió dirigiéndose á un grupo de curiosos, entre los que distinguí á mademoiselle Mars, al pintor Luis Boulanger, á M. Bixio, á madame Dudevant (Jorge Sand), al célebre pianista Listz y á otros muchos hijos mimados de la poesía y del arte que con curiosidad pueril rodeaban el velador en que acababa de consumarse la gran creacion! Allí estaba yo tambien, preguntándome á mí mismo con asombro, si eran aquellos en efecto los mismos personajes cuyos nombres conoce toda la Europa culta. Aquello me parecia un juego mas propio de colegialas y de cadetes que de personas formales, pero la verdad es que, por mas que lo procuraba, no podia acertar con la significacion del maldito *rebus*. Al cabo de poco rato, le descifró madame Dorval, actriz incomparable en los papeles de pasion volcánica, como la Adela del *Antony* y otros que van pasando de moda, pero que volverán á enloquecer al público, como vuelven todas las modas, aun las mas absurdas..... pero variando el nombre. ¿No han vuelto los tontillos de nuestras abuelas, rejuvenecidos bajo los interesantes nombres de jaulas y miriñaques?.... El *rebus* de Alejandro Dumas significaba (en francés como en castellano, por una rara coincidencia lingüística):

El Fénix perecerá sin perecer.

« Y en efecto (aquí es preciso adelgazar un poco el ingenio so pena de quedarse á oscuras de la explicacion), para que con la letra *a* se forme el vocablo *perecerá* (prescindamos del acento que en francés no hace falta y en castellano sí), solo falta que se le antepongan las siete letras que juntas forman la palabra *perecer;* por manera que allí donde un lector vulgar solo ve una *a*, un iniciado en los misterios del *rebus* verá, no una simple vocal, sino lo que queda de *perecerá* en quitándole *perecer*, ó lo que es lo mismo, *sin perecer*. Convengamos en que comparados con tan sutiles combinaciones, los jeroglíficos de nuestro *Semanario pintoresco* y demás periódicos *ilustrados* son la infancia del arte.

« ¿Quién duda que estos pasatiempos son una tontería, — *une bêtise*, como dicen aquí y en Madrid los hombres serios? Los mismos que se entretienen con ellos lo confiesan sin dificultad. Y aquí se me ocurre preguntar: ¿en qué consiste que esas y otras *tonterías* divierten mucho á las personas de talento, y nunca á los tontos? Los tontos, los verdaderamente tontos de capirote, son siempre graves y muy severos; son además muy difíciles de divertir; al paso que un buen talento se divierte con cualquier cosa. De todas saca partido. Estas reflexiones, unidas al *hecho* positivo de que, á pesar de todos mis esfuerzos, rarísima vez he acertado á descifrar un *rebus* ni á componer un mediano soneto de piés forzados, ni á hacer otras *tonterías*, en las que veo que descuellan aquí Victor Hugo, Dumas, Jorge Sand, Rossini (el gran Rossini cultiva el *calembourg*, y los ha hecho muy buenos.....) — y, entre nosotros, hombres de tan indisputable superioridad como Gallego, Breton, el duque de Rivas, Vega, Escosura, Segovia, el marqués de

Molins, Pacheco, Larra en su tiempo, autores todos de felicísimos sonetos de piés forzados, de acertijos preciosos, — me han hecho, lo confieso, mirar con cierto respeto esas supuestas tonterías, que no pueden hacerse bien sin tener mucho talento.

XCI

« Otro juego del ingenio,—otra *tontería* muy de moda en estos salones, es la de narrar con mucha formalidad historias desatinadas de sucesos imposibles, en lenguaje anfibológico, lleno de equívocos y cacofonías. Es difícil dar una idea del chiste peculiar á este género de farsas, que empiezan por parecer frias, y acaban por provocar una risa homérica. En ellas ha llegado á adquirirse cierta celebridad el pintor M. Dauzats. Esta noche, á ruego de Victor Hugo, que es muy aficionado á estas extravagancias, ha contado su famosa *Histoire du prince Henri*, *né* sous *les degrés du trône!* Era de ver la delicia con que escuchaban al discreto narrador y autor todos los concurrentes, entre ellos el venerable y sabio Cárlos Nodier, Pablo Feval, Hipólito Lucas, Octavio Feuillet, Teófilo Gauthier, Arsenio Houssaye, jóvenes poetas y novelistas en la aurora de una brillante reputacion... Concluida la historia, Victor Hugo ha *cometido* el siguiente equivoquillo que no me parece del mejor gusto : despues de cortar las hojas de un bonito volúmen de poesías, dedicadas á él, recien salido de la prensa, obra harto mediana en verdad de un principiante lleno de ilusiones, el inspirado vate, sin tomarse mas trabajo que el de recorrer con la vista algunas páginas, ha tirado el

libro á la lumbre. Avivada la llama con el desusado y nuevo pábulo, ha tomado un incremento que en cualquiera chimenea moderna hubiera sido alarmante para la seguridad de la casa. Una viva luz ha inundado de pronto la sala, desde el foco en que ardia la obra del poeta novel: — « ¡Hé ahí un libro qûe esparce mucho resplandor! (*qui répand beaucoup d'éclat*) » ha exclamado en son de mofa el autor de los *Cantos del crepúsculo*.

« Siento haberle oido estas crueles palabras. Estoy seguro de que las poesías serian muy malas, pero la crueldad me parece propia nada mas que de los débiles... »

XCII

París, 5 de febrero de 1856.

Hoy martes de carnaval — *mardi-gras*, que dice esta gente, — parece París una gran jaula de locos; por lo demás, la única particularidad que trae aquí consigo este dia y le diferencia de lo que se ve el mismo dia en Madrid, es la marcha procesional del *buey gordo*, reliquia evidentemente de las antiguas fiestas paganas, y á que están tan apegados los parisienses como lo están nuestros madrileños á su tradicional *entierro de la sardina* el miércoles de ceniza. La procesion del buey gordo es la gran solemnidad de los carniceros. Estos robustos ciudadanos, acompañados de sus no menos robustas esposas y prole, hacen en ella el papel principal..... despues del buey, ó mas bien de los bueyes, pues son varios los que figuran en la comitiva, todos de extraordinario tamaño. Resultado de un concurso anual abierto entre todos los ganaderos de Francia,

es el triunfo del coronado héroe de la funcion, verdadero coloso que el ayuntamiento de París compra con objeto de pasearlo por las calles cubierto de cintas y flores. Rodeado de un brillante séquito de dioses y diosas de la gentilidad, unos á caballo, otros en una soberbia carroza cuyo principal ornamento es siempre alguna hermosa carnicera vestida, — desnuda mas bien — como una Vénus, llevando sobre su regazo un mofletudo Cupidillo, rubio como unas candelas, va lentamente el cornudo animal, triste y pensativo bajo el peso de su triunfo, cual si comprendiera ¡infeliz! que en este miserable mundo, el camino de la gloria lleva en derechura á los hombres al martirio, y á los bueyes al matadero. Al matadero, en efecto, camina el héroe, víctima de su gordura, entre los aplausos de una muchedumbre alborozada, impaciente por comer *con* él ó *de* él! — Un piquete de municipales á pié abre la marcha y la cierra otro de caballería : así recorre la procesion casi todo París, siguiendo un itinerario previamente señalado por el prefecto de policía, y sin dejar nunca de pasar por delante del *Louvre* para saludar al jefe del Estado, ya sea emperador ó rey, cónsul ó presidente. El buey gordo no es de ningun partido, no tiene opinion política : acepta todas las formas de gobierno y bajo todas engorda, semejante en esto á muchos hombres de su país... y del mio.

XCIII

Salvo este episodio, el martes, como los demás dias de carnaval, no se diferencia aquí de los nuestros sino en el

mas ó el menos de la broma y las diversiones. Estas son muchas, muy bulliciosas, poco modestas, por no decir otra cosa; pero se me figura que ya no son lo que eran allá en mis tiempos de estudiante (1830-1834!) y que, aquí como en Madrid, las máscaras van de capa caida... ¿Será tal vez esta creencia mia efecto de que entonces cultivaba yo á fondo esta materia y ahora no la conozco mas que en teoría? al ponderar lo pasado á expensas de lo presente, ¿seré otra vez sin conocerlo el *laudator temporis acti* de Horacio? La verdad es que en aquel tiempo habia aquí en todas las clases un verdadero furor, que hoy no veo, por los bailes y los disfraces de carnaval —, y que las bacanales de la *Grande Opera* y la famosa *descente de la Courtille* con sus grotescos accidentes que alborotaban á todo París, han pasado... para mí á lo menos, y segun oigo decir, para todos tambien: ya no son mas que una sombra de lo que fueron. Por lo demás, entonces como ahora, la inmensa extension de los *boulevards* era á todas horas, durante los cuatro dias referidos, — y volvia y vuelve á serlo en el dia de la *mi-carême* (á mitad de la cuaresma, — teatro vistosísimo de comparsas á caballo, que se cruzan con infinidad de carruajes descubiertos llenos de máscaras, entre un diluvio de peatones, unos con disfraz, otros sin él, muchos con unas enormes narices de carton. A ciertas horas, cuesta mucho trabajo atravesar de una á otra calle de árboles laterales en todo el espacio que media desde la Magdalena hasta el antiguo solar de la Bastilla, donde se alza la columna de julio con su *Genio de la Libertad* por remate, que no parece sino que está haciendo burla al moderno París imperial. Los disfraces mas comunes aquí entre la gente del bronce son los de *débardeur*, *postillon*

y *titi*, populares todos y todos epicenos; — quiero decir, que aunque de carácter masculino, sirven para los dos géneros indistintamente, y aun añadiré que el primero y el último son todavía mas usados por las mujeres que por los hombres, y que á las que son de suyo lindas, ágiles y un tanto cuanto desvergonzadas les caen admirablemente. Otro disfraz muy comun entre las jóvenes del pueblo, únicas que se disfrazan por las calles, es el de *cantinera*. Los hombres adoptan, por lo general, á mas de los tres disfraces arriba dichos, los de *pierrot*, *arlequin*, *purchinela* y *jocrisse*. Estos son, con los de algunas provincias, especialmente el de las *cauchoises*, notable por su extravagante cofia tamaña como una gorra granadera, los trajes peculiares y por decirlo así, *característicos* del carnaval parisiense; luego vienen otros cien disfraces mas ó menos parecidos á los que se usan en nuestro país, — algunos *moritos*, no pocos *majos*, y por último las infinitas variedades híbridas, improvisadas por el genio de la locura dominante en tales dias. A los que conocen las deliciosas caricaturas de Gavarni tituladas el *Carnaval de París* nada tengo que decirles de aquellos tipos prodigiosos, fantásticos, desesperacion de la policía, que suelen bailar el *cancan* y la *tulipe orageuse* en *Mabille*, en el *Prado* (1), en la *Closerie des lilas*, en el *Château-des-fleurs*, tales como los *Chicard*, los *Nini-Moulin*, las *Rosa-Pompon*, etc., etc. A los que no las conocen, seria absolutamente imposible darles una idea clara de tan absurdas enormidades.

---

(1) Este baile público ya no existe: ha sido una de las innumerables víctimas causadas por los derribos necesarios para la apertura de nuevos *boulevards*.

XCIV

Paris, 28 de febrero de 1856.

Con la *mi-carême* que este año ha caido en el dia de hoy 28, coincide la fiesta popular llamada *de las Lavanderas*, que hoy por primera vez he visto celebrar con toda su pompa tradicional, gracias al hermoso tiempo que nos favorece, cosa aquí rarísima en esta época del año y en todas.

A pesar de la extincion oficial de los antiguos gremios (*corps des métiers*), las costumbres, muy superiores á las leyes, han conservado algo de la antigua organizacion que durante muchos siglos, tuvieron aquí como en todos los países de Europa, los varios oficios, las diferentes clases de la sociedad; y estoy por decir que estos vestigios de lo pasado son aquí mas visibles que en parte alguna, por efecto del extraordinario apego de los franceses á sus tradiciones, á sus rutinas. ¡Cosa singular! este pueblo que pasa por tan voltario, y que lo es sin duda, tan fanático de novedades, tan amigo de ensayarlo todo, conserva no obstante con religiosa veneracion, al través de los grandes sacudimientos con que se ha conmovido á sí mismo y ha conmovido al mundo, ideas y ceremonias que datan de la edad media y recuerdan y casi resucitan en medio de la actual civilizacion un órden de cosas completamente abolido hace muchos años. Tales son, entre otras, la ya citada *Fiesta de las Lavanderas*, en que estas eligen su *reina* por un año; tal la organizacion en cuerpo de las llamadas *Dames de la Halle*, que todavía son aquí una potencia. Esas *Damas* son

las que tienen puesto fijo en el gran mercado (*la Halle*): las hay riquísimas, y que llevan nombres célebres ya en el comercio de comestibles hace tres siglos. Como gremio han figurado mucho en la historia de París, señaladamente durante las revueltas de la *Liga* y en los sangrientos dias de la primera revolucion. Por lo que hace á la *Fiesta de las Lavanderas*, la cual se celebra con bailes y festines á la orilla del Sena entre las islas de la *Cité* y de *San Luis*, solo diré que se parece á la procesion del buey gordo en que ostenta tambien su gran carro triunfal, lleno de divinidades paganas, y se diferencia de ella en que una parte de las danzas que la hermosean se celebra en unas barcas elegantemente empavesadas junto al antiguo puente de *la Tournelle*. Esto es de rigor, segun informes que he recogido entre los indígenas de aquellos barrios extraviados

XCV

Porque es de advertir que en tantos años como llevo de residir aquí en varias épocas y en muy distintas situaciones, yo no tenia la menor idea de semejante fiesta, y estoy seguro de que muchísimos parisienses no la conocen. Esta ciudad es tan grande, que de extremo á extremo las ideas, los intereses y hasta las costumbres de sus moradores ofrecen diferencias muy notables á los ojos del observador. Por una casualidad he tropezado con esta fiesta al entrar en la isla de San Luis, con objeto de hacer una visita á la jóven y bella princesa Czartoriska, hija de S. M. la reina madre, en su histórico *hôtel Lambert* que, sea dicho de paso, es una de las mil curiosidades de este París,

donde no se puede andar media hora por las calles sin encontrarse alguna, cuando menos se piensa. Visto por fuera, el *hôtel Lambert*, situado en una de las extremidades de la larga y solitaria calle de *San Luis* que cruza la isla de punta á punta, no tiene nada de particular, ó por mejor decir, no es posible verle por fuera, pues es de los situados, como aquí se dice, *entre cour et jardin* (entre el patio y el jardin); pero á mas de su elegante fachada, ofrece en su interior una multitud de riquezas artísticas que pocos extranjeros conocen, con excepcion de los polacos, por la circunstancia de habitar aquel palacio hace muchos años la noble familia de Czartoriski, verdadera providencia y paño de lágrimas de los proscritos de aquella nacion. Obra del arquitecto Levau, á quien se deben los pabellones de *Flora* y de *Marsan* en el palacio de las Tullerías, conserva varios frescos de Lebrun y de Lesueur, célebres pintores del siglo de Luis XIV, en especial el segundo, que comparte con el Pusino la gloria de que le denominen sus paisanos el *Rafael francés*.

Otro *hôtel* célebre de la misma época, y que debe visitar todo forastero amigo de las artes y las letras, es el llamado *Carnavalet*, situado á pocos pasos de la *Plaza Real* en la esquina de la calle *Culture Sainte Catherine*. A su bella construccion reune la circunstancia de haberlo habitado la célebre marquesa de *Sevigné*, de quien dicen los franceses, y nadie debe saberlo mejor que ellos, que aventaja á todos sus escritores en el arte de bien decir. « Creadora del mas puro lenguaje francés » la llama Julio Janin. Así como nosotros decimos *la lengua de Cervantes* hablando de la nuestra, dicen ellos hablando de la suya *la lengua de madama de Sevigné*. Prescindiendo del mérito de la diccion,

de que los extranjeros no somos jueces competentes, confieso que las *Cartas* de aquella señora, única produccion suya que se conoce, me parecen, en cuanto al fondo de las ideas, algo inferiores á su fama. Como modelos del género epistolar, prefiero con mucho las de Santa Teresa de Jesus, y mas aun las de Antonio Perez.

XCVI

A, provechando el hermoso tiempo que hoy se disfruta, cosa rara en esta ciudad de las lluvias y de los lodos, á que debió ya en tiempo de los romanos su nombre de *Lutecia*, he regresado á mi casa á pié, *flanant* por los muelles. *Flaner* es un vocablo eminentemente parisiense que no tiene traduccion exacta al castellano, por lo que algunos audaces innovadores han adoptado para expresarle el neologismo *flanear*, y me alegraré de que lleguen á darle carta de naturaleza, como la han obtenido, á despecho de los puristas, tantos otros que no conocieron fray Luis de Granada ni Cervantes. — Pocos placeres conozco, en lo lícito, mayores que el de *flaner*, lo cual no significa *callejear*, como dicen los diccionarios, ni *andar despacio*, ni *perder el tiempo*, ni *ir pensando en las musarañas*. Es una idea compleja, en que entra un poco de cada una de esas cosas, y de otras muchas más, pero en que domina siempre la condicion de *ir observando*, *reflexionando* mucho, aunque no tanto que llegue á cansar. El *flaneur* no va embobado, ni distraido, sino por el contrario muy despierto, muy ocupado en *flanear*. Nada escapa á sus observaciones, porque las va haciendo sin prisa, con la cabeza

muy despejada. Solo así, — á lo menos, de ningun modo tanto como así, — es delicioso y útil un paseo por los muelles, verbi-gracia, donde hay tanto que observar, ya en el rio, ya en ambas riberas. Entre otras cosas, puede uno tener el gusto de ir manoseando, hojeando y regateando durante horas infinidad de libros viejos, gran placer para los aficionados!... De ellos (quiero decir, de libros viejos y tambien de aficionados), están cubiertos los parapetos de los muelles; allí se ven en grandes cajas cuadradas con un rótulo que indica el precio general de los contenidos en cada una, siguiendo toda la orilla izquierda del Sena desde los últimos puentes de la *Cité* hasta el *Real*, que hace frente al jardin de las Tullerías, y en que remata el muelle *Voltaire*, todo lleno de librerías, estamperías y tiendas de las llamadas de *bric à brac*, especies de prenderías, pero en que solo se ven objetos raros de artes y ciencias, un verdadero *pandemonium!* Balzac describe una admirablemente en su *Peau de chagrin* (la Piel de zapa), y conocida aquella descripcion, conocidas todas las tiendas de *bric à brac.* Los libros viejos se llaman aquí *bouquins*, y *bouquinistes* los que los venden, de donde se ha formado el verbo *bouquiner*, que vale tanto como recorrer esa clase de baratillos, á caza de gangas. Estas se encuentran á cada paso; es aquí tan prodigiosa la abundancia de bibliotecas particulares, se imprime tanto, son tan frecuentes las ventas y cambios de libros, y afluyen tan copiosamente de todos los puntos del globo los productos de la librería, que el que no encuentre por poquísimo dinero entre los *bouquinistes* lo que desea en punto á *bouquins*, de seguro es porque no sabe buscar. En último apuro, queda el recurso de acudir á M. Janet, de la *Rue des Bons enfants*,

núm. 28, ó á los hermanos Dauvin y Fontaine, del pasaje de los *Panoramas*, y si se trata de alguna preciosidad mas rara, al inteligente M. Techener, de la *Rue de l'Arbre Sec*, núm. 52. — A las inmediaciones del palacio del Instituto, frente al puente de las Artes, el comercio de libros viejos se convierte en comercio de estampas viejas, y en este ramo encuentran tambien allí los aficionados cosas muy buenas á precios ínfimos. — Diez sueldos (unos dos reales) me ha costado hoy un ejemplar completo en castellano, regularmente conservado, de las obras de nuestro Cristóbal de Mesa (Madrid, 1618), traductor excelente de las *Eglogas* y las *Geórgicas* de Virgilio. Para que nadie la menosprecie, no quiero decir lo que me ha costado una bella estampa de Edelinck que hoy he adquirido tambien durante mi larga y fecunda *flanerie* á lo largo de los muelles...

Los que rodean á la *isla de San Luis* son muy solitarios, pero desde ellos se disfruta una vista encantadora. En frente, la montaña de Santa Genoveva, coronada por la enorme mole del Panteon : á un lado las torres cuadradas de la catedral, y la sutil aguja, recien dorada, de la *Santa Capilla;* entre uno y otro templo el *Hôtel-Dieu* (el hospital general) cuya leprosa fachada revela con demasiada elocuencia que aquel es un sitio de dolor : á lo lejos, las densas arboledas del *Jardin de Plantas* (jardin botánico y zoológico, que forma uno de los mas deliciosos paseos de París). Bajando por el muelle *de Orleans*, he cruzado la *Cité*, no sin echar al paso una mirada (mala costumbre mia, siempre que paso por allí) al lúgubre edificio de la *Morgue*, lugar maldito donde recoge la policía los cadáveres desconocidos que se encuentran en las calles ó arras-

tra la corriente del Sena hasta la especie de presa llamada *les filets* (las redes) de *Saint-Cloud*. Debo añadir que nunca he visto esta presa, y aun he oido negar su existencia. Desde que saliendo de la *Cité* se entra en el muelle de los *Agustinos* por el ya viejísimo *Puente Nuevo*, decorado con la estatua ecuestre de Enrique IV, — el mas popular de los reyes de Francia, cuyo mayor afan era que nunca faltase á toda familia francesa *una gallina en el puchero*, — empieza á desarrollarse, sin interrupcion, á ambos lados del rio, el mas variado panorama. Este empieza en el centro de la *Cité* misma, y en él descuellan sucesivamente el Palacio de Justicia, cuya imponente gravedad templa y perfuma el inmediato *Mercado de las Flores*, — la Casa de la Moneda, el Tribunal de Cuentas, el palacio del Consejo de Estado, el de la Legion de Honor, el Louvre, las Tullerías, el palacio del Cuerpo legislativo, el del ministerio de negocios extranjeros; panorama que á veces, cuando el cielo está sereno, como hoy, ve uno reflejarse *volcado* (techo abajo y base arriba) en las turbias aguas del Sena.

XCVII

París, febrero 1856.

Una de las cosas que mas molestan aquí á nuestras paisanas en esta estacion de las lluvias y los lodos, en que tan cumplidamente justifica París su antiguo nombre romano de *Lutecia*, es la imposibilidad en que se ven de andar á pié por las calles sin llenarse de barro hasta las narices. Lo que más las desatina es el sentimiento de su inferioridad en este punto con respecto á las francesas, y señalada-

mente á las parisienses, cuya habilidad, hija de la costumbre, para atravesar sin mancharse los *bajos* esas especies de pantanos en que suelen convertir á las calles la lluvia y el *mac-adam*, es verdaderamente prodigiosa. Son dignas de estudio la agilidad y, á veces, la gracia con que las jóvenes parisienses se lanzan intrépidas de una á otra acera de las calles ó de una á otra banda del *boulevard*, por en medio de una multitud de carruajes, entre un fuego graneado de salpicaduras *éclaboussures* y de miradas indiscretas, con su paraguas en una mano, recogidas con otra las voluminosas faldas, pisando de puntillas sin coger al paso ni una mancha en la blanca y bien estirada media. Parecen pajaritas de nieves: otras en cambio, las feas y las viejas, parecen soldados de caballería, pero de estas debe prescindir el observador, y prescinde en efecto. Nuestras paisanas por lo comun, no acostumbradas en su país á tales habilidades é irritadas de no poder hacer otro tanto,—unas par falta de maña, otras por natural recato, —envuelven á todas las parisienses en un comun anatema. — ¿Cómo se componen esas malditas, suelen exclamar con despecho, para no ensuciarse las enaguas, cuando yo me las pongo que no hay por donde cogerlas, en cuanto salgo de casa?—Y á esta pregunta ó exclamacion, rara vez dejan de seguir algunos poco caritativos comentarios sobre la poca aprension con que *estas francesotas* descubren hasta las ligas,—y sobre el escaso mérito de lo que enseñan... Su frase favorita en tales casos es esta: — Vaya, vaya! para lucir aquellas patazas!... Convengo sin dificultad en lo de la poca aprension, pero en lo de *las patazas* no estoy conforme. Hay de todo. Sin duda que el lindo pié de nuestras andaluzas, célebre ya en tiempo de

los romanos, no tiene rival en el mundo ; mas no por eso una crítica imparcial ha de negar su mérito á los de las graciosas parisienses, por lo comun de una forma elegantísima, algo largos, estrechos y combados (*cambrés*), y calzados además con suma coquetería, á veces con primor, no al uso de los países en que las mujeres suelen pasar la vida indolentemente tendidas en una hamaca, sino en cuanto es compatible con la actividad suma á que aquí están acostumbradas. Ni el zapatito de seda ni la media calada son aquí posibles : buenos se pondrian con estos lodos y estas distancias! Por regla general, aquí los piés sirven para andar ; y aunque algo menos diminutos que los de las nuestras, no dejan los de estas damas, cuando son jóvenes y hermosas, de tener tambien sus aficionados. La exhibicion forzosa que de ellos y algo mas impone al sexo débil, en los dias de lluvia, la sustitucion del *mac-adam* al antiguo empedrado de las calles, parece á muchos de ellos compensacion bastante de los mil inconvenientes que ofrece este diabólico invento, adoptado sin duda por los gobiernos en odio á las barricadas, como preservativo contra la facilidad de formarlas en los dias de jarana. ¡ Válganos Dios par *mac-adam* ! Será muy conservador en política, no lo niego ; pero es sucio como él solo y ocasionadillo á la inmoralidad. Él tiene la culpa de que, apenas empieza á caer un chaparron, se echen á la calle, lente en ristre, una multitud de observadores, viva antítesis de los astrónomos, pues así como estos miran siempre hácia arriba, ellos miran constantemente hácia abajo.

XCVIII

Dos escenas he presenciado hoy cuya moralidad puede concretarse en los dos siguientes aforismos :

1° Uno de los mayores defectos del hombre en sociedad es tener poco dinero.

2° Vale más abstenerse de hablar una lengua extranjera que hablarla mal.

No puedo entrar en pormenores sobre las escenas á que sirven de corolario uno y otro aforismo. Además ¿ á qué fin ? lo esencial, es que estos sean verdaderos, y yo aseguro, despues de maduras observaciones y en vista de numerosos experimentos, de los cuales es uno la escena arriba indicada, que en todas partes, pero muy señaladamente en París , la verdad del primero es evidente. Digo mas : se cae de su peso.

Y sobre esto se me ocurre una observacion : la falta y aun la escasez de dinero, tan funesta en la vida, no siempre es un accidente ; á veces es una cualidad intrínseca, y en cierto modo ingénita, consubstancial en el individuo, contra la cual se estrellan todos los esfuerzos humanos. Se nace pobre, como se nace poeta, ó se nace feo, y de la propia suerte se vive y se muere. ¡ Es una ley fatal ! A la manera que hay hombres tan felizmente dotados por la próvida naturaleza que *hacen dinero* como las abejas hacen miel, sin esfuerzo, sin mérito de su parte y por un efecto necesario de su organismo, así hay hombres que lo *deshacen* instintivamente, sin poderlo remediar, y que son, por decirlo así, orgánicamente pobres,

pobres de nacimiento. Los primeros sacarán oro de una piedra : cien veces se les *castrará* la caja, como se castra una colmena, y cien veces la volverán á llenar; los segundos convertirán en piedras las onzas de oro. Estos no deben venir á París, donde *Clichy*, la prision por deudas, es una amarga verdad.

En cuanto al segundo aforismo, solo diré que le recomiendo mucho á mis paisanos poco versados en la difícil pronunciacion francesa, para que no se expongan á decir, cuando tengan la desgracia de perder á su esposa, que se han quedado *bueyes*, en vez de *viudos* (*bœufs*, en vez de *veufs*) — ó á obsequiar á una señorita diciéndola que parece un *jamelgo*, en vez de una *rosa* (*une rosse*, en vez de *une rose*). Hay que andarse sobre todo con mucho tiento en eso de traducir literalmente al francés nuestros refranes y modismos familiares, para no exponerse á decir desdeñosamente como cierta señora en una tienda, despues de haber revuelto una infinidad de cortes de vestido, sin contentarse con ninguno : — *Cela ne finit pas de me remplir!* traduccion literal, pero funesta, de nuestro expresivo : *No me acaba de llenar*. El idioma francés es muy ocasionado á estos deslices.

No lo es menos nuestra lengua. Recuerdo que durante la última guerra civil, una señora francesa decia á unas amigas suyas, precisadas á pasar á Francia : — No vayan VVs. por Cataluña, porque hay allí mucha tropa y van VVs. á tener embarazos (*des embarras*). — A centenares se cuentan los peligros que acarrea el afan de hablar una lengua que no se sabe bien. En tales casos, lo mejor es callar ó hablar muy poco, — lo estrictamente necesario.

XCIX

Una costumbre hay aquí que no me explico en un pueblo tan culto como el francés, y es la de asistir á los funerales y entierros los parientes mas cercanos del difunto, — esto es, los hijos á los de sus padres, los esposos á los de sus mujeres, — en traje de ceremonia, los hombres de frac y corbata blanca, como se va á un baile ó á una boda. Me parece una costumbre bárbara : juzgo mucho mas puesto en razon lo que se hace en España, que es recibir el duelo en la casa mortuoria, sin dar al público de las calles el triste y á veces ridículo espectáculo (ridículo para los indiferentes) de una afliccion que no siempre acierta á contenerse en los límites de la prudencia..... Hoy he asistido á un funeral, cuyos accidentes me han dado ocasion para hacer sobre esto observaciones y reflexiones que, por respetos fáciles de comprender, no me atrevo á consignar aquí : baste indicarlas. Creo evidente que las personas probadas por un grande y reciente dolor están mejor en su casa que en la calle...... ¿Cómo no se comprende así en Francia, donde la perspicacia es cosa tan comun, que *l'esprit court les rues*, segun la frase admitida? — ¡Tiranía de la costumbre! Mas difícil es destruir una costumbre, por mala que sea, que derribar un trono, aunque sea muy bueno, — por lo menos en esta tierra.

Mucho me sorprendió la primera vez en Lisboa ver á los hombres de luto con *camisa negra*; pero todavía me

parece mas sorprendente esta otra costumbre francesa de seguir los hijos, por ejemplo, hasta el cementerio, el féretro de sus padres.

C

Los viudos y viudas sin hijos, los solterones de ambos sexos, con tal de que lleguen á la razonable edad de sesenta años, no padezcan enfermedad alguna repugnante ó contagiosa y posean ó un modesto capital ó una renta de 600 francos, cuentan aquí con un establecimiento excelente donde pasar de la manera mas apacible esos últimos años de la vida, tan llenos de tristeza, de soledad y de desengaños para los que no tienen una familia que se los endulce con su amoroso desvelo, ó un gran caudal que, cual talisman irresistible, atraiga al *mundo* á sus piés, obsequioso, reverente y sumiso como el mas vil de los esclavos. Que esos piés se hayan manchado y sigan manchándose en el fango de todas las impurezas, nada importa : el mundo irá á besarlos, á lamerlos mas bien, no ya como un esclavo, sino como un perro. Las damas arrastrarán ante ellos, aunque viejos y gotosos, sus mas amables sonrisas y sus mas vistosas *toilettes* : los hombres *serios* sus corbatas blancas, sus títulos y sus bandas. ¡Miseria! Para las personas mayores, sin familia ni medios de dar buenas comidas, bailes ó diversiones, y que no quieran, con su escasa renta, vivir en desconsolada soledad, hay aquí el curioso establecimiento arriba citado, conocido con el nombre de *Institucion Sainte-Périne,* sito en la apartada calle de *Chaillot*, nº 99. Sin ser propiamente

hablando una casa de beneficencia, bien que regida por la administracion de los hospicios, no es tampoco un objeto de especulacion : en realidad participa de ambos caracteres. Para ser admitido en esa institucion hay que pagar, como ya he dicho, 600 francos anuales ó entregar á la entrada un capital que, reducido á renta vitalicia, varia naturalmente segun la edad del entrante. En ningun caso ese capital excede de 5,500 francos ni baja de 850. El numero de pensionistas, siempre completo, pues son muchos los pretendientes á las vacantes y á veces tienen que aguardar años y años para encontrar cabida, es de 193. Allí viven en comunidad, ó separadamente los que así lo prefieren; disfrutan una buena mesa, un espacioso jardin, una escogida biblioteca y varios salones de reunion : en suma viven perfectamente. Entre los muchos establecimientos que bajo los nombres de hospicios y *asilos* de todas clases hay aquí, este me parece el mas original ; y por eso, y como por no ser muy conocido de los españoles, he querido llamar la atencion sobre él.

CI

En lo alto del *faubourg Saint-Jacques*, pasado el hospital del *Val-de-Grâce* y cerca ya de la barrera del *Infierno*, por donde se entraba antiguamente en París viniendo de España, en aquellos tiempos ya remotos en que se viajaba aquí en diligencia ó en correo, hay varios conventos de frailes y de monjas. Entre aquellos hay uno de PP. capuchinos — especie de yermo, de una extension vastísima, cuya vista transporta la imaginacion á mil leguas y á algunos siglos

del actual París. Ayer pasé allí parte del dia visitando á un respetable religioso español, recien llegado de la Tierra Santa. En la calle de *Sèvres* está el convento ó casa de los PP. Lazaristas en el que por muchos años he tratado con tanto respeto como cariño á otro virtuoso sacerdote español, el P. Cerdá, teólogo eminente : lo mismo en estas dos casas de religiosos que en todas las demás que he tenido ocasion de visitar hay muchos españoles, casi todos distinguidos por su virtud y saber. Ya creo haber dicho que el número de los conventos es aquí muy considerable : solo en el barrio latino se cuentan catorce de hombres. Las comunidades religiosas de mujeres son, á lo que he oido, en número de treinta y cuatro, en todo París. Así es tan comun encontrarse en estas calles hábitos de todas las órdenes, — y así tambien es aquí tan grande lo que me atreveré á llamar el movimiento religioso, representado por tantas cofradías militantes, tantas misiones, tantos periódicos, sin contar las numerosísimas *conferencias* de la admirable sociedad de san Vicente de Paul, difundida ya por toda España, por todo el orbe católico. Lo singular es que todo esto se hace aquí en nombre de la libertad. La libertad de usar un hábito de lana burda y unas alpargatas y de ir por las calles con unas barbas muy largas, libertad que no tienen en Madrid nuestros frailes capuchinos, por ejemplo, en París la encuentran y por eso se vienen á París. Vean pues los que, queriendo á los frailes, hacen triste alarde de no querer la libertad , cómo para algo es buena sin embargo; y vean tambien los que, amándola (dicen ellos), son al mismo tiempo tan enemigos de los frailes que ni aun les permiten serlo, cómo esa singular manera de comprender

la libertad puede llegar á ser, en la práctica, la mas absurda de las tiranías.

CII

París, febrero 1856.

De dos á cuatro de la tarde, en esta estacion, es la hora á que mas concurrido está y mas brillante el jardin de las Tullerías. *Le beau monde* (la gente elegante) suele dar una vuelta á pié por sus frondosas alamedas de tilos y de castaños colosales, antes ó despues del habitual paseo á los Campos Elíseos y al Bosque de Bolonia, á donde necesariamente se va á caballo ó en coche, porque está algo lejos. Salvo en algunas hermosas mañanas de mayo, cuando los naranjos recien sacados de sus estufas embalsaman el ambiente con las suaves emanaciones del azahar, y el deleitoso jardin se puebla de innumerables bandadas de niños primorosamente vestidos que, vistos á lo lejos entre los árboles, unas veces semejan flores vivas y otras veces bulliciosos pajarillos de los trópicos; salvo tambien en algunas tardes calurosas de verano, cuando las brisas del rio convidan á disfrutar del fresco en la terraza del muelle, no observo que las gentes gusten de estarse aquí, como nosotros en nuestro polvoroso Prado, dando vueltas y vueltas como en una noria. — Tampoco observo que les guste en esta estacion pasear á la caida de la tarde, entre dos luces, cuando el frio enrojece las narices y paraliza las yemas de los dedos. Aquí, puesto el sol, cada cual se retira á su casa ó á las ajenas. Recuerdo que así sucedia en Madrid años atrás y que, de dos á cuatro, en los her-

mosos dias de invierno, nuestro Prado estaba brillantísimo. Ahora no solemos *bajar* al Prado hasta las cinco, hora en que el relente afea aun á las mas hermosas, que en cambio tienen la ventaja de exponerse á coger una pulmonía.

CIII

El paseo de las Tullerías presenta un aspecto particularmente aristocrático, en razon á que los centinelas de sus verjas no dejan entrar en él á nadie con gorra ó blusa, ¡el traje del pueblo! Por regla general, aquí las clases se confunden menos unas con otras que en nuestro país, el mas democrático del mundo, á lo que creo. Otra particularidad de este y de los demás jardines públicos de París, con respecto á los nuestros, es que no solo sirven para pasear sino para leer y para comer. No creo que haya país en el mundo donde mas se atienda á satisfacer las necesidades del espíritu y del estómago, y sin embargo, por regla general, los franceses no son comilones. Segun una expresion suya, difícil de traducir, no son *gourmands*, pero son *gourmets*, — lo que viene á significar que no son tragones, pero que les gustan las golosinas ó mas bien los *apetites*, vocablo gastronómico de nuestros abuelos que hemos dejado anticuarse, no sé por qué. Esta gente está siempre dispuesta á tomar un pastelito, á beber una copita de Burdeos; así es aquí tan prodigioso el número de pastelerías y de fondas. Igualmente necesitan estar siempre con un periódico, un folleto ó un libro en la mano, y así no se puede dar un paso sin encontrarse un gabinete de lectura ó un simple puesto de periódicos y novedades literarias. En el jardin

de las Tullerías hay varios, y nada es mas comun que encontrarse en lo mas sombrío de las arboledas ó en la linda floresta llamada *la petite Provence*, una multitud de damas paseando románticamente con un libro en la mano, como no sea ver á esas mismas damas ó á otras y á otros acercarse á la excelente fonda contigua á la terraza que mira á la calle de *Rívoli*, y tomar en ella un tente-en-pié. — No una fonda sola, sino treinta ó cuarenta habrá de seguro en los Campos Elíseos y en el Bosque de Bolonia, sin contar los cafés, y siempre estos establecimientos están cuajados de consumidores. En las noches de verano, estos cafés dan grandes conciertos al aire libre y toman el nombre de *Cafés-cantantes*. Para particular diversion de los niños, las niñeras y los soldados, — que aquí en lo general son unos inocentones, en especial los de infantería, van con la gorra muy echada atrás y se los designa con el apodo de *piou-pious*, nada de lo cual impide que, en llegando la ocasion, sean bravos como leones, — hay en toda la extension de los Campos-Elíseos multitud de teatrillos de muñecos (*marionnettes*), que representan farsas tradicionales cuyo orígen, segun dicen, viene de Italia. Hay además una infinidad de juegos de sortija, barcos, columpios, etc., y por último un hermosísimo *jardin de invierno*, cuya entrada cuesta una peseta (1).

A la derecha de los Campos-Elíseos, yendo hácia el arco de triunfo de la *Estrella*, se extienden los jardines del Elíseo y á la izquierda el magnífico palacio de la Exposicion, del que nada diré, porque ¿quién no le conoce por las

(1) Este jardin ya no existe.

innumerables descripciones que de él se han hecho? Al mismo lado y poco despues se encuentra el elegante *hôtel* Lauriston, que habita la señora condesa de Montijo cuando viene á visitar á sus augustos hijos.

De todos los paseos públicos de París, el mas alegre es los Campos Elíseos; el mas elegante las Tullerías. Uno y otro, sobre todo el segundo, son como el paraíso de los niños, que á todas horas del dia, cuando no llueve, pueblan en innumerable muchedumbre sus frondosas arboledas, correteando con sus aros y sus pelotas de viento entre las estatuas de mármol, algunas de mucho mérito, que decoran aquel encantado jardin, ó bien botando al agua toda clase de barquitos en sus espaciosos estanques. Un jardin sin estanques, sin estatuas y sobre todo sin niños, me parece un baile sin señoras, una jaula sin pájaros, una primavera sin flores.

CIV

Y ahora viene á punto decir que los niños, y particularmente los niños hermosos, son aquí objeto de una especie de idolatría que (lo creo de buena fé) es una de las cosas que mas honor hacen al carácter de este pueblo. Nada prueba mas, á mi juicio, la bondad nativa de esta gente, que esa especie de ternura con que todo el mundo trata aquí á los niños. No se puede ir por las calles con uno de ellos de la mano, por poco bonito que sea, sin que hasta los mas toscos jornaleros se queden mirándolos y les cedan la acera, y les digan alguna palabra cariñosa, como se acostumbra en Madrid con las buenas mozas; aquí, en cambio,

se guardan muy bien de requebrar á estas, como no sean de su clase, y aun eso, únicamente cuando no van acompañadas de algun hombre... A las mujeres, sobre todo, se les van los ojos tras de los niños. Para recreo exclusivo de estos pequeños ciudadanos se escriben aquí multitud de libros, se sostienen varios teatros; — y sin embargo, como los hombres son siempre y en todas partes, un abismo de contradicciones, aquí las madres no suelen criar á sus hijos, los envian al campo durante la lactancia y hay casas, muchas casas que no puede uno tomar sin someterse á la dura condicion que le impone el casero de no tener en ellas niños ni perros! A eso llaman aquí una casa *bien tenue*, vocablo tambien de significacion compleja que expresa á la vez las ideas de aseo, perfecto órden, cierta elegancia y que sé yo cuantas otras más.

CV

Uno de los mayores atractivos del jardin de las Tullerías es la hermosa vista que desde su centro se disfruta, volviendo la espalda al palacio. En primer término, la soberbia *Plaza de la Concordia* con su obelisco egipcio rodeado de estatuas colosales que representan las principales ciudades de Francia. A la izquierda el palacio Borbon, precedido del puente de la *Concordia*, que antes estaba flanqueado tambien de dos hileras de estatuas modernas de franceses célebres. Trasladadas en tiempo de Luis Felipe al gran patio del palacio de Versalles, hoy las reemplazan unos grandes candelabros. Y entre paréntesis diré que una de las cosas que mas dan idea de la grandeza de París

es el número de sus puentes, que no bajan de *veintidos* (1). Algunos están decorados con estatuas y grandes grupos de bronce ó piedra. Este pueblo, como el de Lóndres, puede aprender la historia de su país paseándose por las calles. En Madrid, fuera de las de algunos reyes, tenemos la estatua de Cervantes y muchas gracias! — En el fondo, tambien á la izquierda, se ve á lo lejos la cúpula del inmenso cuartel de los Inválidos, honor de Luis XIV. — A la derecha se alzan el ministerio de Marina y el Guarda-muebles de la corona, edificios gemelos que forman la entrada de la grandiosa calle *Real*, cuyo fondo ocupa la fachada de la Magdalena, templo griego disfrazado de iglesia, — iglesia monumental que hace muchos años se honra con un cura tan monumental como ella misma, el señor presbítero Deguerry, predicador eminente, cuya alta estatura, presencia erguida, abundosa cabellera y siempre majestuosa actitud están en cabal armonía con la noble grandeza de aquel recinto sagrado — : luego se extiende la vista por los Campos Elíseos hasta el Arco de la Estrella, obra de gigantes. Torciendo á la izquierda de dicho arco se entra en la nueva *Avenida Eugenia*, obsequio imperial, augusta galantería hecha por Napoleon III á su hermosa consorte, y digno ingreso á las recientes maravillas del Bosque de Bolonia; — recientes, digo, porque el actual emperador las ha hecho brotar del suelo en brevísimo tiempo, como por arte mágica. Allí ha *creado* rios, islas, grutas, selvas, lindos *chalets* suizos : — no parece sino que este gran monarca posee una *varita de virtudes*, con la

---

(1) Ya hay uno mas, el de *Solferino*, entre el de la *Concordia* y el *Real*.

cual se dice que va á convertir á París en puerto de mar!... Broma parece, pero si S. M. se empeña, lo hará, como ha concluido el *Louvre*, y la calle de *Rivoli* y los nuevos *boulevards*, empresas que durante siglos se habian considerado como quiméricas.

CVI

Y á propósito del *Louvre*, no puedo menos de consignar aquí una observacion que me parece muy instructiva para nosotros los españoles. Las preciosas obras de artesonado hechas nuevamente en las salas de este palacio destinadas á *Museo* de Bellas Artes, llevan la cifra R. F. que son como la firma que ha puesto en ellas la República francesa... Es decir, que aun durante los aciagos dias transcurridos desde febrero de 1848 hasta diciembre de 1851, cuando los *rojos* ponian diariamente con sus delirios á esta sociedad á dos dedos de su ruina; cuando se daban en las calles batallas tan tremendas como la que el general Cavaignac ganó á los insurrectos de junio, las obras públicas,— no ya las de primera necesidad, sino las de ornato y alta cultura, continuaban aquí como si tal cosa. Es decir tambien que una asamblea republicana, presa de las mas ardientes pasiones políticas, votaba entre los aplausos del pueblo, cuantiosos créditos para decorar la antigua mansion de los reyes. Es decir, por último, que el gobierno semi-absoluto que siguió al de la revolucion, respetó la gloria nacional ganada por su antecesor, dejando subsistir en las obras hechas en su tiempo la cifra republicana, que hoy alterna en las fachadas, como en las decoraciones

de lo interior, con las N coronadas de los Napoleones I y III y con las lises y las *H* de los Enriques (*Henri*) de la casa de Valois; *tolerancia* no siempre usada antes en este país, pero que es ya una gran conquista de la civilizacion, un hermoso progreso en las costumbres públicas. De estos *progresos*, ¿quién no ha de ser amigo? Réstame añadir que el actual emperador ha dado fin glorioso á la obra del *Louvre* y á las demás que inmortalizarán su nombre en la historia de las artes (á esto me limito, pues ni aun me acuerdo ahora de la política)— entre los grandes cuidados de su afanosa presidencia, de su golpe de Estado y de su terrible guerra de Oriente, verdadera guerra de Titanes.

Al pensar en estas cosas, no sé por qué me asalta un importuno recuerdo de la *Puerta del Sol*. ¿Será verdad, como leo en los periódicos de Madrid, que todavía continúa en el mismo ser y estado en que la encontró la revolucion de julio, va para dos años?...

Consecuencia y moralidad de todo lo dicho; — que aquí la *administracion* sigue su marcha fecunda con entera independencia de los vaivenes de la *política*; que al dia siguiente de una revolucion, por mas violenta que sea, los negocios, los grandes intereses permanentes en que se libran la gloria y la riqueza de la Francia, *continúan lo mismo que antes*. Las tradiciones no se rompen, los principios eternos del derecho se respetan siempre, por manera que la agitacion no pasa de la superficie. Se cambian los colores del revoque, pero el edificio social permanece incólume. La bandera es otra, pero la Francia continúa siendo la misma.

CVII

París, febrero 1856.

No menos que las artes ocupan las letras á este emperador. Por decreto de 16 del actual acaba de acordar la publicacion de todos los *antiguos poetas franceses*, hecha á expensas del Estado. Todo está previsto en el decreto, trabajo concebido con madurez y en un espíritu eminentemente liberal y patriótico. La coleccion constará de 40 volúmenes de 60,000 versos cada uno. Contendrá la primera serie los poemas nacionales en que están consignados los recuerdos caballerescos de la Francia y de la Inglaterra, « asociados en la imaginacion de nuestros padres como en las proezas de nuestro tiempo, » dice políticamente el preámbulo ; — es decir, el ciclo de Carlo-Magno y del rey Artús. A ella seguirán los poemas de la antigüedad sagrada y profana, que comprenden los grandes episodios de la Biblia y las épocas mas importantes de la historia griega y romana, desde Hércules hasta Alejandro y desde César hasta Atila : luego vendrán los libros de caballerías y aventuras, concluyendo con los mas celebrados poemas satíricos y alegóricos de los tiempos medios. Otras dos series se destinarán, una á las composiciones cortas y otra á los poetas dramáticos. Ya tienen trabajo y provecho asegurados por algun tiempo los literatos eruditos, clase de productores intelectuales á quienes los libreros suelen dar muy poco ó nada que ganar, porque el resultado de sus trabajos, aunque muy glorioso y muy útil sin duda, es poco ameno, y el público á su vez lo paga mal ó no lo paga ;

clase, por consiguiente, de aquellas que, *siendo necesarias en el Estado*, no pueden, sin embargo, subsistir si no las sostiene un gobierno bastante ilustrado,—bastante racional, diria mas bien, para conocer que no solo de pan vive el hombre; porque ¿quién ha de sostenerlas, si él las abandona? Esto es lo que no comprenderán nunca ciertos economistas miopes de la antipática escuela de los llamados *utilitarios*, casi extinguida ya aquí y en Inglaterra, pero muy floreciente todavía por desgracia en nuestro país. Cuando declaman contra los gastos que suelen hacer los gobiernos sin mas objeto que el de fomentar ciertos ramos de las artes y de las letras, poco ó nada productivos de suyo, esos menguados no ven mas allá de sus narices. Creen de buena fé atacar un *abuso*, y no conocen que lo que atacan realmente es la cultura y el honor de su nacion.

CVIII

Boulogne-sur-Mer, 24 de marzo 1856.

En poco mas de seis horas, con dos solas breves detenciones, una en Amiens, otra en Abbeville, he llegado á este lindo puerto de mar desde París, de donde salí á la una de la tarde. Aquí se viaja como en otras partes se pasea, sin fatiga, sin molestia alguna, sin necesidad de mas preparativos que proveerse de fondos y de pasaporte; este último es todavía un resto de lo que me atreveré á llamar la antigua *barbarie*. En Inglaterra, adonde me llama un negocio de familia, se desconoce esa traba puesta en el continente á la libertad individual: traba tan molesta como inútil. Los ferro-carriles y el telégrafo

eléctrico acabarán con ella, como los adelantos de la agricultura y las mejoras de la policía, en el sentido recto de esta palabra, han acabado con las hambres y las pestes periódicas que infestaban á Europa en la edad media. Dentro de dos horas podria, si quisiera, desembarcar en las blancas playas de Albion cruzando el canal con rumbo á Folkstone, que es desde aquí la traversía mas corta; cruzándole desde Calais á Dovers, que es el viaje que hace el correo, basta una hora, razon por la cual aconsejo este camino á los que tienen la desgracia de marearse, cosa que en estas aguas tan estrechamente encajonadas entre las dos costas rivales en todo tiempo, pero hoy amigas, sucede con frecuencia aun á los viejos marinos, por poco revuelta que esté la mar. — Aunque hoy lo está bastante, voy sin embargo á tomar el rumbo mas largo, pero el mas pintoresco, segun me dicen, y además uno de los que no conozco; me embarcaré esta noche á las once en el hermoso vapor *la Pantera*, que hace la travesía por el Támesis, — y mañana, si Dios quiere, á las doce horas de navegacion, llegaré á Lóndres.

LONDRES



LONDRES

I

Lóndres, 26 de marzo 1856.

El viajero que, no conociendo á Lóndres, quiera formarse cabal idea de la grandeza y magnificencia incomparables de esta llamada ciudad, que seria la primera del mundo si fuera realmente una *ciudad* (luego explicaré esta especie de enigma), debe procurar, si le es posible, verificar su entrada en ella por el Támesis, en un hermoso dia de primavera; á la hora en que disipadas ya algun tanto las perpetuas y densas nieblas de la mañana, puede abarcar la vista atónita el asombroso espectáculo que ya desde Gravesend presentan las dos riberas. Faltan las palabras para expresar dignamente la impresion que pro-

ducen en el ánimo tantas maravillas juntas; — aquella infinidad de naves, — la hermosura de aquellas campiñas, sin duda las mejor cultivadas del mundo, — la actividad incesante de las pequeñas poblaciones por delante de las cuales va uno deslizándose como una flecha, — *Woolwich* primeramente, con sus arsenales, sus astilleros y su famoso hospital militar; luego *Greenwich* con su celebérrimo observatorio, su grandioso palacio de la reina Isabel y su magnífico parque. Allí se ofrece un recuerdo muy triste para nosotros los españoles : casi enfrente de Greenwich, desarbolado y al ancla en mitad del rio, uno de nuestros soberbios navíos de tres puentes, el *Trinidad*, á lo que aquí he oido, — aunque no lo creo, pues recuerdo haber leido en las *Memorias del Príncipe de la Paz*, que este navío y otros se les fueron á pique á los ingleses poco despues del combate —, el *Trinidad*, pues, ó tal vez el *San Ildefonso*, apresado como tantos otros en la desastrosa batalla de Trafalgar, está sirviendo de hospital *para los marineros de todas las naciones*, — hermosa inscripcion que recuerda las que se leen sobre las puertas de las *Casas de Misericordia* de Zaragoza, Toledo y otras ciudades de España : *Urbi et Orbi*. — Saludemos con respeto á ese mudo testigo de nuestra antigua gloria y de nuestra presente desgracia, y sigamos contemplando en las amenas riberas el pueblecito de *Deptford*, á cuyos afamados talleres fué en 1698 Pedro el Grande á perfeccionarse en el arte de la construccion naval : luego *Southwark*, que ya es un barrio de Lóndres; *Blackwall* y la isla de los *Docks* ó muelles. Momentos despues, el barco que á uno le lleva, aun cuando sea un vapor de dos mil toneladas ó un navío de guerra, pasa *por encima* del singular puente deno-

minado el *Tunnel*, — otra maravilla de que la imaginacion acierta á duras penas á darse cuenta, pues lo natural es que los barcos pasen por *debajo* de los puentes, y *un puente* y no otra cosa es el *Tunnel* en resumidas cuentas, solo que en vez de ser *super* es *sub-fluvial*. Ya entónces ha llegado el viajero al término de su viaje; ya le faltan pocos minutos para pisar el suelo de Lóndres, despues de desembarcar junto al colosal puente nuevo de este nombre, enfrente de la Aduana (*Common-House*) y en el corazon mismo de aquella parte de la capital que por antonomasia se llama la ciudad (*the City*). Es realmente la única que merece este nombre.

II

Y aquí viene bien la prometida explicacion de las palabras que poco ha califiqué de una especie de enigma, pero que bien consideradas encierran una verdad palmaria. Lóndres no es una ciudad, en el sentido que damos en el continente á esta palabra. O sino, dígaseme, ¿dónde empieza, dónde acaba Lóndres? Una vasta extension de terreno mas ó ménos poblado, sin límites conocidos, sin principio ni fin, á la que unos atribuyen cincuenta millas de circuito, otros mucho mas y otros mucho ménos, no realiza de manera alguna la idea que los europeos nos formamos de una ciudad, ó sea de un terreno circunscrito por algo, ya este algo se llame murallas, puertas, barreras ó siquiera campos ó monte ó tierras de pan llevar. Nada de eso hay en Lóndres: aglomeracion inmensa de casas, interrumpida con frecuencia por extensos terrenos no poblados á que dan el nombre de *parques* y que suelen

dejar entre una casa y la inmediata siguiente una distancia de media legua, será todo lo que se quiera, una *metrópoli* poderosa de un poderoso reino, un *emporio* de riqueza y civilizacion, una gran *poblacion* cual de seguro no hay otra en la tierra, pero no es una ciudad en el sentido recto y legítimo de este vocablo.

III

No es esta la única inversion ó subversion de las ideas generalmente admitidas en el resto de Europa que el viajero debe esperarse á encontrar en Lóndres y mas aun, en otros pueblos de Inglaterra, menos *europizados* (permítaseme la expresion) por su menor roce con gentes de otros países. Los ingleses, sea dicho sin ofenderlos, son los chinos del Occidente: todo lo ven, todo lo hacen de distinta manera que los demás europeos. ¿Son ellos los que ven y hacen las cosas *al revés* ó somos nosotros? Cuestion es esta que no me atreveré á resolver, pues si por una parte parece que la razon debe estar del lado de los mas, por otra la experiencia nos prueba que los menos, que en esta cuestion son los ingleses, no solo se hallan muy bien con su modo original de ver y obrar, sino que aducen argumentos muy sólidos para demostrar su excelencia relativa. Es incalculable el número de cosas que en Inglaterra pasan de distinto modo que en todas partes; á veces no es solo de distinto modo, sino enteramente á la inversa. Al principio, esas singularidades británicas chocan al viajero lo que no es decible y le irritan y le exasperan hasta el punto de parecerle absurdas, irracionales, odiosas. Algunos, exagerada-

mente apegados á los hábitos de su tierra, perseveran en esta injusta opinion toda su vida, y para ellos ya se sabe que Inglaterra es un país inhabitable,—la moderna Cartago,—y Lóndres un pueblo de bárbaros ó de locos; el viajero bastante culto para ser tolerante, y de suficiente criterio para conocer que nada de lo que hacen los pueblos, ni aun lo que mas extravagante parece á primera vista, deja de tener su razon, lo que hace es disimular buenamente los primeros dias la extrañeza que le causan las cosas y las costumbres que ve y no se explica, resignarse á las pequeñas incomodidades que le acarrean, y luego estudiarlas y esforzarse por desentrañar la razon de lo que le choca, que de seguro la hallará si es discreto y observador.—En todas partes este consejo es bueno de seguir; en Inglaterra, mas que en ninguna, por muchas causas facilísimas de comprender, y sobre todo porque Inglaterra es el país que mejor justifica con su ejemplo la bondad, aunque oculta á primera vista, de las ideas y de las costumbres que á tanta altura la han levantado sobre el nivel comun de las naciones continentales.

IV

En los primeros dias de su residencia en Lóndres, el forastero no hace mas que caminar de sorpresa en sorpresa; sobre todo, si tiene la desgracia de no conocer la lengua del país, y no va recomendado á algun indígena ó á algun compatriota, ya práctico, que lo guie en aquel intrincado laberinto, su suerte es verdaderamente digna de lástima. Lóndres no es una residencia simpática al extran-

jero, acomodaticia y hospitalaria, como París y todas las grandes ciudades de Francia; nada atrae en ella, nada seduce á primera vista: todo, inclusa la satisfaccion de las primeras necesidades de la vida, se presenta erizado de dificultades. Al que no se explica en un inglés muy correcto y sin el menor acento extranjero, nadie le entiende; es difícil formarse idea de la rudeza de los ingleses en este punto. Muchos creen que no es rudeza sino intolerancia y mala voluntad lo que los mueve á contestar con un seco *I do not understand* (no entiendo) á toda frase en que haya la mas pequeña infraccion del increible conjunto, no de reglas, sino de excepciones y anomalías que constituyen esa cosa que se llama la lengua inglesa. Yo creo en efecto que hay algo de intolerancia y de orgullo nacional (muy legítimo por cierto) en la pretension que tienen los ingleses de que todo el mundo hable como ellos, so pena de que no le entiendan; pero imaginarse, como se imaginan muchos extranjeros, que afectan no entender por pura malevolencia, es una necedad: la verdad es que realmente no entienden mas que al que habla con suma propiedad su lengua, porque esta es de suyo tan revesada, de sonidos tan vagos y dudosos, de una construccion tan caprichosa y original, que ellos mismos suelen no entenderse unos á otros; esto se ve con mucha frecuencia de una manera palmaria en ciertos apellidos que cada cual pronuncia y escribe como Dios le da á entender, lo cual suele producir complicaciones tan graciosas como trascendentales. Sabido es que hasta hace pocos años no se ha descubierto la verdadera ortografía de uno de los mas grandes nombres de Inglaterra, el del eminente poeta Guillermo *Shakspeare*. Por mucho tiempo se estuvo escribiendo con

una *e* despues de la *k*: el hallazgo de una de las raras firmas autógrafas que existen del insigne autor de *Otelo* y de *Enrique VIII*, la cual se conserva como una reliquia de inestimable valor en un escaparate del Museo británico, ha venido á excluir á esa *e* parásita del puesto que tenia audazmente usurpado sin hacer allí maldita de Dios la falta, pues lo mismo suena el nombre con ella que sin ella. Verdad es que eso mismo sucede á la otra *e* final, que tampoco suena para nada, y que tal vez sea otra intrusa, así como es seguro que bien se podrian eliminar ó sustituir con otras, hasta tres ó cuatro de las letras que entran en la composicion de ese apellido, sin que por ello se alterase notablemente su naturaleza eufónica: siempre sonaria lo mismo; siempre resultaria un sonido eminentemente *indeterminado*. Este es el carácter esencial de las desinencias inglesas y el orígen de la inmensa dificultad que nos ofrece su pronunciacion á los que hemos mamado con la leche el hábito de articular bien, concretando, digámoslo así, en sonidos tersos, limpios y fijos, los privilegiados idiomas de las razas latinas. Claro es pues que esto se aplica sobre todo á los españoles y á los italianos, que poseemos las dos lenguas mas pura y directamente derivadas de la lengua del Lacio, tanto que bien puede decirse que el español es el *hijo* y el italiano la *hija* del latin. Las otras lenguas de igual procedencia no son mas que sobrinas ó nietas de la que hablaban Ciceron y Virgilio.

V

Pero supongamos que el forastero recien llegado á Lón-

dres, ó posee corrientemente el inglés ó tiene quien le allane las mil dificultades que acarrea su no posesion; todavía le aguardan muchos sinsabores en los primeros dias de su residencia entre las nieblas del Támesis. Con esto acabo de nombrar uno de los mayores inconvenientes de esta ciudad para el recien llegado: hasta que uno se aclimata en esta densa atmósfera, las *nieblas* (agravadas por las perpetuas emanaciones del carbon de piedra, único combustible usado aquí, con una profusion que hacen necesaria el rigor del clima, por una parte, y por otra las exigencias de una industria fabril activísima), son la pesadilla y el tormento del pobre forastero. Todo se impregna en el fétido olor de la niebla y del humo del carbon de piedra: el agua huele á humo, el pan sabe á carbon; á cada momento tiene uno que estarse lavando las manos y mudándose de ropa blanca, porque si no el sabor, toman el olor y sobre todo el *color* de este fósil, muy útil, pero muy sucio. Otro grande inconveniente de Lóndres, para el que no está acostumbrado, es la enormidad de las distancias, la cual está fuera de toda proporcion con lo que se ve en cualquier otra parte. Empieza por sorprender y acaba por encolerizar al mas paciente el ver que anda uno millas y millas y todavía está muy lejos de la casa adonde va de visita ó del establecimiento adonde le llaman sus negocios ó la curiosidad: el dia se pierde en *ir*, siempre *ir*, y luego apenas queda tiempo para *estar* y *ver*. Cierto que hay para estas caminatas el recurso de abundantes carruajes, que encuentra uno á cada paso, *ómnibus*, *cabs* (coches), *han-sons* (cabriolés de dos asientos que guia un cochero sentado en un alto pescante desde la trasera); hay tambien infinidad de barcos que, á manera de *ómni-*

bus, surcan el rio á todas horas transportando pasajeros á todos los puntos de las orillas por un penique ó por medio; hay, por último (casi es excusado decirlo), excelentes carruajes que se alquilan por temporada á precios convencionales, y ¡qué precios!.... pero todos estos medios de locomocion tienen sus inconvenientes particulares. En los *ómnibus* y en los barcos, que son baratos, se pierde mucho tiempo, porque á cada instante se paran para recoger ó dejar pasajeros; los *cabs* y los *han-sons* son caros en la práctica, aunque la tarifa por que deben regirse los cocheros es muy racional, pues prescribe que se paguen 2 chelines (unos 10 reales) por hora, y si se toman por distancias, solamente 6 peniques (algo mas de 2 reales) por milla; pero como los cocheros mismos son los que calculan el número de millas recorrido, resulta que siempre hay que andar en disputas con ellos por la mala fé con que multiplican indebidamente las millas, exigiéndole á uno cuatro cuando en realidad no ha andado mas que dos. En tales casos, no hay mas remedio que pagar, andar á trompis con el cochero ó apelar á un agente de policía (*policeman*), árbitro supremo en esta y en toda clase de litigios de menor cuantía. El *policeman* es la providencia del forastero en Lóndres, y una de las mas excelentes instituciones inglesas, por la manera admirable con que funciona *exclusivamente para el bien*, sin causar nunca la mas pequeña vejacion ni aun la incomodidad mas insignificante, en lo cual se diferencia esencialmente de sus *colegas* del resto de Europa, que parecen creados exprofeso para molestar á las personas inofensivas, siendo con harta frecuencia inútiles para prevenir ó castigar el mal. Representacion viva de la ley, el *policeman* obtiene aquí un respeto de

que, solo viéndolo, es dado formarse idea; y ese respeto que en él se tributa á las instituciones del país, al gobierno, en una palabra, á la LEY, de la que es en cierto modo el último escalon, y como ya he dicho, una especie de representacion material puesta al alcance del pueblo, es el verdadero orígen de la grandeza y de la prosperidad prodigiosas de la nacion inglesa.

No se puede dar cien pasos en Lóndres sin encontrarse con un *policeman.* Vestidos con pantalon y frac de paño azul con boton de plata, sombrero redondo con copa de hule, corbatin y guantes de hilo blanco, sin mas armas que el prestigio de su nombre, véselos pasear grave y pausadamente por los distritos que les están asignados, serios, muy espetados, sin meterse con nadie, pero prontos siempre á acudir con la velocidad del rayo adonde quiera que su intervencion puede ser útil. Si ocurre una riña, un atropello, un accidente cualquiera, en el acto se reunen como por encanto diez, quince, ciento, todos los que se necesiten para que *triunfe la ley.*

Regla general : la ley triunfa siempre en Inglaterra.

VI

Lóndres, abril 1856.

Hay aquí infinidad de posadas, que llaman *hotels*, y todavía en mayor número casas de huéspedes ó pensiones (*boarding-houses*), donde el forastero puede hallar cómodo aposento á precios que varian desde los mas subidos hasta los mas modestos, segun el lujo de la habitacion, y sobre todo segun el barrio en que está situada, pues acaso no

hay pais en el mundo donde las divisiones de clases esten marcadas por líneas mas decididas que en Inglaterra. Hay barrios nobles en los que, si la libertad política de que disfruta la nacion permite vivir al plebeyo lo mismo que al lord, las preocupaciones sociales quieren que nadie se trate con el primero si va á habitarlos, considerándosele como un invasor de territorio ajeno; hay barrios plebeyos en que ni de balde querria vivir un noble: temeria deshonrarse. La ausencia de tiendas es el signo exterior é infalible de la aristocracia de las calles. El duque de Northumberland, cuyo magnífico palacio está situado en la plaza de Trafalgar, á dos pasos del *Strand*, uno de los grandes focos de la actividad mercantil de Lóndres, es una excepcion que la alta nobleza inglesa califica poco menos que de un escándalo: todo lord que se respete debe vivir por las majestuosas inmediaciones de *Regent's Park*, ó bien en el nuevo y soberbio barrio de *Belgravia*, lo mas lejos posible del bullicio y confusion inseparables del tráfico. La tintura aristocrática que da el vivir en un barrio noble, se paga muy cara: así es que una casa en *Portland-Place*, por ejemplo, cuesta el doble que otra igual en un barrio plebeyo, exceptuando sin embargo aquellos en que, como en algunos puntos de la *City*, la aglomeracion del comercio da á los terrenos un valor fabuloso. Por regla general, las habitaciones son muy caras en Lóndres: un forastero no puede alojarse decentemente en una casa de huéspedes á menos de dos libras (unos 200 reales) por semana, que es la manera ordinaria de hacer aquí esta clase de ajustes, advirtiendo que las mil cosillas que tiene que pagar aparte, como servicio, limpieza de ropa, luces, chimeneas (las hay en todos los cuar

tos, etc., etc., hacen subir este precio casi á una mitad mas. En cambio está uno tratado perfectamente : en ninguna parte se entiende el bienestar interior tan bien como en Inglaterra. La palabra inglesa (*comfort*), con que se expresa ese perfecto bienestar, no tiene equivalente en ningun país, y no es extraño, porque en ninguno tampoco existe *la cosa* que con ella se representa.

VII

No hay, pues, molestia para el forastero en Lóndres, por lo tocante á la habitacion; pero en el punto esencialísimo de la comida, pocos serán aquellos cuyo privilegiado estómago no se rebele en los primeros dias contra el sistema usual de la alimentacion inglesa; y no en verdad porque ella en sí sea mala, sino por su singularidad. En esto, como en otras muchas cosas, hay que renunciar á seguir las ideas admitidas en nuestros países, desde que uno pisa el suelo inglés. Es entre nosotros frase corriente para expresar que la comida está lista, decir que la *sopa está en la mesa;* las ideas de sopa y de comida son inseparables entre nosotros. Pues bien : en la comida inglesa no hay sopa, ó mas bien lo que aquí se bautiza con este nombre es una *cosa* que si con algo de lo que nosotros usamos tiene analogía, no es con ninguno de nuestros alimentos, sino con los sinapismos. La llamada de *rabo de buey* (*ox-tail*) es una de las mas comunes; consta de pedazos de la susodicha excrescencia nadando en una especie de salsa espesa que de todo tiene menos de caldo, pues segun lo que pica debe componerse de mostaza, guindilla y puntas de agujas; es un verdadero

guisote extremeño, que suele tomarse entre comidas á modo de *refresco*, y que se despacha en los cafés y en las pastelerías!! Al vino, que por su gran carestía está reservado á los ricos (el país no lo produce), reemplaza la cerveza (*porter*), bebida que al principio suele repugnar mucho y á que algunos no logran acostumbrarse nunca, por mas que la haya exquisita, sobre todo la llamada *pale-ale*: los verdaderos aficionados prefieren la fuerte (*stout*), que es negra como la pez y muy espesa. Una comida regular se compone de un plato de pescado cocido, un gran trozo de vaca ó carnero asado, todo ello interpolado con patatas y alguna otra verdura cocida simplemente con agua, y un pedazo de queso de Chester. Hay dos ó tres salsas, generalmente muy picantes, que alternan con la mostaza en el aderezo de estos manjares, siempre los mismos, y hé aquí lo que se ve todos los dias en todas las mesas, salvo en las grandes comidas. Por mi parte, confieso que siempre me ha ido muy bien con este régimen y que lo creo tan bueno como otro cualquiera; pero conozco á infinidad de españoles y americanos que no se hartan de renegar contra la cocina inglesa. La cerveza les revuelve el estómago, la carne asada se les antoja cruda, el *pudding* y los *pies* (que se pronuncia *páis* y significa pasteles) les parecen invenciones diabólicas. Entre estos últimos, los de *ruibarbo* son á su juicio mas bien jaropes de botica que manjares propios de cristianos. Convengo sin dificultad en que un gastrónomo que quiera pasarlo bien, no es ciertamente á Lóndres á donde debe dirigir su apetito, sino á París; pero estoy muy lejos de conceder que la cocina inglesa sea, como pretenden aquellos malcontentos, una digna rival de la de las brujas de Macbeth. En ninguna parte he

carnes mas delicadas ni se asan con igual perfeccion los *chops* (chuletas de carnero).

VIII

On mange partout, on ne dîne qu'en France, es frase corriente entre los franceses que han viajado mucho. Tan aplicable es esa verdad á nuestra España que al ir á verter dicha máxima al castellano, me encuentro con que ni siquiera tenemos vocablos con que espresar esa diferencia científico-culinaria entre *manger* y *dîner* que constituye su profunda intencion. En España expresamos las dos ideas con el verbo *comer*, que es la traduccion literal de la primera palabra (*manger*); para expresar la segunda, tenemos que valernos de un rodeo. Sucede aquí lo mismo que en punto al *comfort*, segun dije antes; no tenemos la palabra propia para expresar la idea que con ella se representa, porque no tenemos la *cosa* á que se aplica esa *idea*: las lenguas son el reflejo exacto de las costumbres de una nacion. La lengua inglesa tiene voces propias, como el francés, para expresar la diferencia que hay entre comer (*to eat*) en el sentido de satisfacer la necesidad de nutrirnos que nos es comun con los irracionales, y *to dine* (en francés *dîner*), que significa *comer á la mesa*, con los refinamientos que la cultura social ha añadido al acto material de matar el hambre. Pero la verdad es que si los ingleses tienen la palabra que expresa esta *idea*, no tienen la *cosa*, y en este punto están todavía mas atrasados que nosotros. Su cocina es incomparablemente mas sencilla, mas primitiva que la nuestra. No han adelantado un paso

desde el siglo XII acá: comen como comian sus antepasados los sajones y los normandos del tiempo de la conquista, en calidad y en cantidad. Excusado parece añadir que si no han degenerado en la robustez de su apetito, tampoco han venido á menos en su aficion á empinar el codo, — los ricos con nuestro exquisito Jerez, verdadero rey de los vinos, que liban con una especie de beatitud parecida á la devocion, — los pobres con *porter* que, segun el ritual inglés, debe beberse en el mismo jarro en que se sirve, — otra reliquia de las tradiciones sajonas, si ya no es que se remonta á la época dinamarquesa ó al tiempo de los romanos. Inglaterra es el país del respeto á los antiguos usos.

El lector sobrio me perdonará estos pormenores materialistas, á que sin embargo era preciso descender para completar el cuadro de la vida en Lóndres: por mucho que queramos espiritualizarnos, siempre el comer y el beber han de ser necesidades fatales con que es preciso contar; no hay remedio. Pero paso á mas ameno asunto, aunque de menos sustancia. *Paulo majora canamus.*

IX

Lóndres, abril 1856.

Dominado el primer aturdimiento que la grandeza, el ruido y la actividad de esta poblacion producen siempre en el recien llegado á ella (aun cuando ya la conozca de antiguo), y apenas logra uno prescindir un poco del conjunto para descender á los pormenores, cinco cosas llaman desde luego la atencion en las calles de Lóndres, á

saber : la hermosura incomparable de muchas mujeres y de casi todos los niños, el aspecto lúgubre de las casas, la seriedad de los hombres, el tamaño enorme de los caballos y la fealdad horrible de las viejas. Decia lord Byron que la raza inglesa es la aristocracia del género humano; no se quién ha dicho (Shakspeare si mal no recuerdo) que la Inglaterra es como un nido de cisnes en medio de los mares; y es por último opinion corriente entre los etimologistas y anticuarios que su nombre actual viene á significar la *isla de los ángeles*; pero téngase por cierto que ninguna de estas doctas explicaciones, ó si se quiere, graciosas figuras retóricas, habla con las viejas del país, que parecen verdaderas furias, sobre todo cuando les da por escotarse y hacerse las entusiastas. Sin merecer la patriótica hipérbole de lord Byron, la raza inglesa es sin duda hermosa. Altos, robustos, aunque bastante desgarbados, los hombres tienen en general un aspecto grave y noble, á que contribuye mucho lo muy derechos que se tienen y el sumo aseo con que visten : en toda su persona respira además un vivo sentimiento de la propia dignidad que (sea dicho sin ofender á nadie) solo en Inglaterra se encuentra, á lo menos en tan alto grado. Pasan por muy bruscos, por poco amigos de los extranjeros y por muy estrafalarios; creo que en efecto merecen estas tres calificaciones, pero aun prescindiendo de lo mucho que se exagera en este punto, estoy muy lejos de tomarlas en mala parte, como generalmente se toman. Cada uno habla de la feria como le va en ella : yo de mí sé decir que he tratado á muchos ingleses, y que no he visto en ellos hostilidad ni aun desvío; al contrario, los he encontrado afables, obsequiosos, serviciales. En un país en que hay un refran

que dice *the time is money* (el tiempo es dinero) y en que este refran es verdad, la amabilidad de los hombres no puede revestir las mismas formas *holgazanas* que en el nuestro, por ejemplo, donde la frase característica de *vamos á matar el tiempo*, demuestra que este no vale nada en la opinion comun, y que antes bien se le mira como á un enemigo : así un inglés no le hará á uno visitas de dos horas, ni le acompañará á paseo todas las tardes; pero en cambio, cuando empeña una palabra, puede contarse con ella : cuando hace una oferta, se puede estar seguro de que es cordial. Yo creo que esta es la verdadera amabilidad. La amabilidad, como generalmente se entiende, es la *moneda falsa* de la bondad. Se dice tambien generalmente que las casas inglesas son fortalezas inexpugnables para el forastero; que las familias viven en un aislamiento absoluto, y que hay un rigorismo absurdo en la etiqueta; en todo esto hay algo de verdad, pero muy poco. Por lo mismo que en general los ingleses son muy formales, no prodigan su confianza á la ligera, y de aquí el que no admitan en el interior de su hogar doméstico mas que á las personas á quienes conocen muy bien; pero una vez conocidas, las admiten con la mayor benevolencia. Lo de que las familias viven en el mayor aislamiento carece de toda verdad; y eso que llamamos rigorismo de la etiqueta no es mas, bien mirado, que una muestra del mutuo respeto que se tienen las gentes, consecuencia natural del que á sí mismas se profesan, y sin el cual no puede haber *dignidad*, y hasta es muy difícil que pueda haber *virtud*.

X

Todos convienen en que las familias inglesas, señaladamente en las clases medias, son acabados modelos de buenas costumbres. Una de las peculiaridades de estas es la extremada libertad de que gozan las mujeres solteras y que no alcanza á las casadas, á diferencia de lo que se practica en nuestros países, no sé si con mejor ó peor consejo; me inclino á esto último. Basta el buen sentido para conocer que mas natural es que disfrute del mundo (en los límites de lo lícito, por de contado) una mujer exenta de obligaciones, que no la que ha aceptado al pié de los altares el sagrado depósito del honor y la felicidad de una familia. Responden á esto algunos que nuestro *clima* no consiente que se dé libertad á las mujeres solteras, pero yo creo que si esa razon valiera, seria igualmente aplicable, y con mayor motivo, á las casadas. Mas dejo esta materia sobrado resbaladiza y me limito á consignar el hecho de que las costumbres inglesas, muy puras en las clases medias, no lo son tanto en las bajas, y lo son todavía menos en las altas. Tal es á lo menos la opinion que, á lo que he observado, predomina en el país. Justo es sin embargo añadir que en la aristocracia de la sangre, en las grandes familias de la nobleza antigua, radican, entre otras muchas virtudes hereditarias, un patriotismo y una ilustracion que hacen de esa *clase privilegiada* el mas firme baluarte de las libertades públicas.

XI

En el excelente *Manual del viajero español* publicado en 1851 por el señor Segovia, libro lleno de ingeniosas observaciones y de advertencias utilísimas para todo el que viaja, sea cual fuere su país, encuentro (pág. 207) una apreciacion del pueblo inglés, — esto es, de lo que generalmente se llama el pueblo bajo ó plebe (*common people*), que me parece exacta. Dice así: « El verdadero pueblo inglés, el legítimo *John Bull* es inferior en talento natural al español y al francés, no es nada bondadoso, sino al contrario, áspero y brusco de carácter; aborrece de muerte y desprecia injustamente á los extranjeros á quienes apellida, confundiéndolos todos en un mismo apodo, *french dog*, perro francés; no es nada sensible á los encantos de las bellas-artes, ni tiene disposicion para ellas, pero sí mucha para las artes mecánicas; propende en gran manera á la intemperancia, y á otros gustos de los pueblos salvajes; es feroz en la guerra y poco generoso con los vencidos. Es mas duro que valiente, soldado de resistencia mas que de ímpetu para acometer, fácil de desmoralizar en la derrota, excelente para obrar con él en grandes masas, mientras está indecisa la victoria; incomparable marinero, porque la naturaleza y el arte, la necesidad y la política, han conspirado siempre á ese fin. Sus aficiones y sus odios toman siempre el carácter de un sombrío fanatismo, y por eso se diferencia tanto su patriotismo ciego, que casi es vicio en él, del patriotismo ilustrado, que es en la alta clase virtud noblemente ejer-

cida. Una cualidad le distingue además de ese amor idólatra de su país, ó por mejor decir ambos vienen á ser una misma cosa : su profundo respeto á la ley. Las palabras *law*, *right* (ley, derecho) tienen en Inglaterra mas energía, y representan objetos de mayor veneracion que en parte alguna. ¡Poderoso resorte para regir las naciones y elevarlas á un alto grado de esplendor!

« Todavía se nos olvidaba otro rasgo del carácter inglés, comun á todas las clases de la sociedad, y que les da gran superioridad sobre otros pueblos, á saber : la preferencia que dan á todo lo sólido, real y positivo, sobre lo meramente brillante; al fondo sobre la forma. Por eso los artefactos ingleses llevan ese sello de perfeccion bajo el punto de vista de utilidad, y son de mayor solidez y duracion que iguales artículos en otras naciones, generalmente hablando. »

XII

Con muy contadas excepciones, cada familia ocupa en Lóndres una casa entera. Estas, construidas con arreglo á un tipo casi universal, se componen de tres pisos sobre el nivel de la calle, y otro subterráneo ocupado por la cocina y sus dependencias. En el piso bajo se encuentran el comedor y una pequeña sala llamada *parlour* : el principal está ocupado por las piezas de recibo; en el segundo están los cuartos de dormir de los amos, en los que jamás pone los piés persona alguna extraña á la familia, ni aun las de mayor confianza; y en el tercero están los cuartos de los criados y el departamento especialmente consagrado á los

niños pequeños, á que se da el nombre de *nursery*. Un estrecho foso, rodeado de una verja de hierro, separa la casa de la calle : la puerta que da á esta, angosta, no muy alta y de una madera bien pulimentada, permanece constantemente cerrada, salvo cuando se abre para dar paso á las personas que entran ó salen; por manera que el portal ó zaguan, y la escalera, depósito frecuentemente en nuestras casas de toda clase de suciedades, son en las de Lóndres, como los hermosos patios de Andalucía, verdaderas piezas de paso; en las casas de los ricos están elegantemente decoradas con estatuas y flores, de que hay aquí maravillosa abundancia. Muy raras son las que no están alfombradas desde la puerta misma de la calle hasta las guardillas, cosa que en nuestras casas de vecindad, donde el zaguan y la escalera son un terreno neutro, abierto á todo el mundo, no es posible. Ya en París, sin embargo, se va generalizando la costumbre de alfombrar las escaleras, aun en las casas de muchos vecinos, lujo en verdad poco racional : tanto valdria alfombrar las aceras de las calles.

XIII

Otra cosa llama grandemente la atencion en estas, y es la uniformidad de traje entre pobres y ricos de ambos sexos, anomalía chocante y que no me explico en un pueblo dotado de tan buen sentido como el inglés. Ver á una mujer barriendo las calles con sombrero de plumas, chal y vestido de baile; ver á un mendigo pedirle á uno limosna con frac negro, y á un carnicero llevar al hombro un enorme tasajo de vaca cruda, con levita y som-

brero de copa alta, son espectáculos á que es difícil acostumbrarse. Falta en la sociedad inglesa, á lo menos en las ciudades, un traje popular; los pobres se visten aquí con los despojos de los ricos, y es en verdad cosa risible y aflictiva al mismo tiempo el contraste entre unas clases y otras, aunque todas vestidas con los mismos trajes, solo que limpios y nuevos en la gente acomodada, viejísimos, llenos de girones y de los mas extravagantes solecismos de *toilette*, en la gente pobre. No es raro encontrarse dando tumbos por delante de las ricas tiendas de *Oxford street*, alguna ninfa borracha con vestido de seda y sin zapatos : — por supuesto que el tal vestido ha sido evidentemente pescado con un gancho en algun basurero, despues de haber figurado meses antes en los salones del palacio real de Buckingham ó de Windsor.

XIV

Para completar el bosquejo (nada mas que el pálido bosquejo) de la fisonomía moral de Lóndres, que es lo que me propongo en estos apuntes, réstame recordar un rasgo muy característico de la sociedad inglesa, y es el aspecto singular que adquieren todas sus poblaciones, en especial Lóndres, los domingos. El puritanismo inglés ha tomado al pié de la letra el precepto del reposo dominical, y esta ciudad en tales dias parece un cementerio : todas las tiendas están herméticamente cerradas, cesa casi por completo el movimiento de carruajes y de transeuntes por las calles, y ni es lícito tocar un piano ni reirse de una manera bulliciosa. El pueblo inglés, siempre de suyo muy

taciturno, lo es doblemente los domingos : cada vecino de Lóndres se convierte por veinticuatro horas en fraile trapense ó en viva imágen del *Convidado de piedra.*

XV

Comparados con los de París y con los nuestros, los teatros de Lóndres valen poco : si se exceptúa el llamado *de la Reina*, destinado á la ópera italiana, que aquí (para que todo sea á la inversa de lo que pasa en otras partes) se abre en los meses de verano, llamados por excelencia la estacion (*the season*), no corresponden á la magnificencia de esta gran capital. Tienen los ingleses excelentes actores, sobre todo en el género trágico; el mas afamado hoy es Cárlos Kean, digno heredero de la gloria artística de su ilustre padre, cuya vida llena de tempestades da asunto á uno de los mas interesantes dramas de Alejandro Dumas (*Kean ó Genio y desórden*). Lo mismo que el nuestro, y que la mayor parte de los teatros de Europa, el inglés vive hoy casi exclusivamente de traducciones de la escena francesa.

XVI

Otra singularidad inglesa recuerdo ahora : los periódicos aquí no tienen suscritores, como en todas partes, sino compradores ó mas bien alquiladores. Mediante la retribucion de uno ó dos peniques, se alquila el que se quiere por unas cuantas horas. Este raro método de publicacion no obsta para que los periódicos de Lóndres sean los mas

leidos del mundo. La tirada diaria del *Times* es de sobre 50,000 ejemplares, y como las dimensiones de este periódico son las de una pequeña sábana, por lo que puede decirse que equivale, cuando menos, á seis de los nuestros, resulta que entre todos los que se publican en España no gastan ni la mitad de papel ni la cuarta parte de letra que el *Times* solo.

En cuanto á su influencia sobre la cosa pública, comparativamente con la que alcanzan los nuestros y, en general, todos los del continente, la diferencia es todavía mayor. Aquí la prensa, como todo, *es verdad* : los periódicos son real y verdaderamente el cuarto poder del Estado. No solo influyen poderosamente en la política, sino en los negocios mercantiles y sobre las costumbres públicas. Cada empresa periodística representa las doctrinas de un gran partido, ó los intereses de una gran sociedad ó las ideas de una grande inteligencia, rara vez ó nunca, mas bien, las pretensiones particulares de tal cual individualidad oscura. De aquí, no menos que de lo muy generalizada que está en este país la aficion á leer, proviene la numerosísima clientela que alcanzan los más de estos periódicos políticos, generalmente caros, y con mas razon aun los literarios, en particular los que se publican *ilustrados* con estampas, cuya baratura es fabulosa.

XVII

A personas muy versadas en el enmarañado laberinto de la legislacion inglesa, he oido asegurar que la que rige el ejercicio de la libertad de imprenta es aquí sumamente

rigorosa, — esto es, que arma al poder ejecutivo de facultades formidables para la represion y el castigo de los delitos á que aquel ejercicio puede dar orígen. Lo creo como si lo viera : en un país tan eminentemente práctico y sesudo como este, no es posible que la sociedad se entregue desarmada al primer loco ó al primer malvado á quien se le antoje predicar en un periódico ó un libro la subversion del órden público ó la guerra civil. *The common law*, — esa ley *no escrita*, ese derecho tradicional y consuetudinario que aquí suple con inmensa ventaja á nuestras pomposas constituciones, solo escritas ¡ay! en el papel, — *the common law*, digo, aplicada por los jueces de la Corona á los delitos de imprenta con el elevado espíritu de justicia y patriotismo que perpetua en este país privilegiado las antiguas instituciones, depurándolas de dia en dia y amoldándolas á las necesidades modernas, es la salvaguardia juntamente de la sociedad y del precioso derecho de emitir cada cual libremente su pensamiento. Con todo su terrible arsenal de leyes represivas, este país goza de una completa libertad de imprenta : creo que solo aquí es *verdadera y completa*, en el sentido de que solo aquí puede hacer mucho bien, sin peligro para la sociedad. Entre nosotros, con leyes ó mas bien, con *decretos* sobre la materia comparativamente muy blandos (cada partido tiene el suyo, todos encaminados al mismo piadoso fin de poner una mordaza á sus adversarios), la libertad de imprenta es un mito, menos que una ilusion, pues ni aun siquiera cree nadie en ella, salvo los muy.... inocentes. Pero digo mal : en España hay mas libertad de imprenta, para ciertas cosas, que en parte alguna. A la inversa de lo que sucede aquí, por

ejemplo, y á despecho del texto literal de la ley, que suele ser excelente — (por regla general todas las leyes son *buenas* : su aplicacion es la que suele ser *mala* —), en España tenemos la suficiente libertad para minar con la pluma las bases fundamentales de nuestra constitucion social; pero ¡líbrenos Dios de atacar cualquier abusillo! Para tales ataques suelen reservar *nuestros encargados* de aplicar la ley, no *nuestra ley* misma, las multas y las recogidas; no parece sino que para esos encargados es mayor delito poner en duda, por ejemplo, la capacidad del ministro que los ha nombrado, que negar la divinidad de Jesucristo. Rayan en lo increible muchas cosas que yo he visto, — que hemos visto todos en Madrid —, pero en que allí pocos reparan, porque la fuerza de la costumbre acaba por familiarizar al hombre hasta con los espectáculos mas extraños ó mas repugnantes. No quiero personalizarme con nadie, ni seria justo, en la imposibilidad de citar todos los escándalos que recuerdo en este punto, citar unos, y otros no : solo diré que no ha muchos años, y en momentos por cierto en que la represion de la imprenta se llevaba á un extremo ridículo, he visto en un periódico de Madrid, so pretexto de *historia*, tratada nuestra familia real como no se permitiria seguramente tratar á la de ningun ministro... en activo servicio.

XVIII

Ya lo he dicho : aquí pasan las cosas enteramente á la inversa. Aquí la ley, inexorable con el que osa atacar las bases en que estriba la sociedad , deja el campo enteramente libre á la censura, justa ó injusta, seria ó festiva.

de los actos del gobierno. La causa radical del descrédito y de la impotencia en que vegetan estérilmente nuestros periódicos, es la fundadísima falta de fe que todos tenemos en la libertad de que gozan : todos sabemos perfectamente que no son libres, y que no dicen mas que lo que les deja decir el partido que manda. No son libres, ni pueden llegar á serlo, mientras no se modifique profundamente la idea que solemos formarnos, muy exagerada en mi sentir, de lo que se llama el respeto debido al santuario de la vida privada : por temor de penetrar en ese santuario, nos vedamos el exámen de una infinidad de cuestiones que interesan grandemente al pro comunal. Vista la rara interpretacion que se les da en la práctica, nuestros decretos de imprenta parecen hechos exprofeso para amparar y proteger al malo en el ejercicio pacífico de su maldad. Todo está previsto con maternal desvelo para que nadie le perturbe : si alguno osa hacerlo, la cuchilla de la ley desciende terrible, no sobre el malo, sino sobre el que ha demostrado que lo es. Demostrarlo es un delito, porque es penetrar en el consabido santuario!... El interés público nos importa poco : lo esencial es que nadie pueda ni aun remotamente herir en lo mas mínimo el interés privado, por mas ilícito que sea, ni aun mortificar un poco el amor propio de los que mandan. En cambio, cuando están caidos, no hay inconveniente en sentarles la mano de firme. Ya no hay santuario para ellos, pues aunque la ley no hace distinciones, las hacen sus agentes, mas poderosos que ella, y la opinion pública, única que pudiera remediar ese y otros males, los desaprueba sin duda, pero se calla, y *Dios sobre todo!* — Esta es la cuenta que cada cual se hace entre nosotros :—

cuenta piadosa en la forma, funesta en sus aplicaciones, por cuanto nos reduce á una especie de fatalismo práctico, combinado en muchos casos con esta máxima egoista : — *Mientras no vaya conmigo!...*

XIX

No se piensa así en este país : aquí la suerte de cada uno interesa á todos. Un atentado cualquiera, cometido contra el último ciudadano, sea cual fuere el partido á que pertenezca, pone en sincera conmocion á todos los ciudadanos de todos los partidos. Estoy por esto : aun considerado bajo el estrecho punto de vista del egoismo, lo creo muy preferible á la indiferencia con que en España solemos jactarnos de mirar lo que *personal é inmediatamente* no nos interesa (eso *cae por fuera* es nuestra frase en tales casos), como si no fuera evidente que rota la valla de la ley para uno, rota para todos! — Estoy tambien por la libertad de imprenta como se comprende aquí, y por la publicidad llevada al punto á que aquí se lleva : tiene inconvenientes sin duda, pero, todo bien considerado, juzgo mayores sus ventajas. Algo bueno tendrá la libertad de imprenta, cuando tanto la aborrecen y la temen ciertas gentes. Acaso no haya medio de salvacion mas eficaz para las sociedades corrompidas que el miedo á la publicidad y al escándalo ; acaso sea este el único freno eficaz para hombres que se rien de la religion, que se rien del honor, que se rien aun mas de las leyes, porque saben que estas no se han hecho para ellos, hábiles en el arte de eludirlas, y con favor bastante en todo caso para despreciar sus

rigores. Obsérvese que en lo general la publicidad es aborrecida por los males que impide, no por los que ocasiona; obsérvese tambien que si la libertad de la prensa es mala, suelen ser peores sus enemigos.

Mala es ciertamente para los que tienen interés en que un discreto silencio proteja sus actos, á la manera que es malo el alumbrado de las calles por la noche para los que necesitan como el pan que cierta misteriosa oscuridad encubra sus pasos. Obsérvese por último que el resultado final, no diré el objeto, de todas las leyes restrictivas de la libertad de imprenta, es asegurar la impunidad de los delitos políticos, cometidos por los agentes del poder, imposibilitando la defensa del infeliz atropellado. El *væ victis* de los Romanos se hizo para la España de nuestros tiempos; y los vencidos en España somos todos, — hoy unos, — mañana otros, — de donde deduzco que el mayor castigo que Dios impone á los pueblos indiferentes á la libertad, es privarlos de ella. En el pecado llevan la penitencia.

XX

Lóndres, abril 1856.

Por lo general, á lo que yo entiendo, las personas que viajan, y no por obligacion de su estado ú oficio, como los correos y los capitanes de barco, pertenecen necesariamente á una de estas tres clases de gentes, á saber; la de las que emprenden viajes para determinados asuntos; la de las que viajan por recreo, y la de las que en sus excursiones, se llevan ó aciertan á combinar ambos objetos á la vez; — bien sea que teniendo precision de ir á un país cual-

quiera por algun asunto, aprovechen la ocasion y saquen de su viaje el mayor recreo posible, bien sea que viajando por recreo, aprovechen igualmente la oportunidad para proporcionarse en el país que visitan algunos negocios. Hay además lo que puede llamarse viajeros de vocacion, que en interés de la ciencia ó llevados de un irresistible instinto de movimiento y curiosidad, viven siempre en la mar, ó metidos en el wagon de un ferro-carril, ó cruzando á pié, ó á caballo, ó sobre el lomo de un camello, las asperezas de los Andes, las pampas de Buenos Aires ó el desierto de Zahara. Esta raza de hombres de hierro escasea hoy en nuestro país, pero aquí es muy comun : tan comun como lo era entre nosotros allá en los tiempos felices en que un Cortés, un Pizarro, un Vasco Nuñez de Balboa y otros cien heróicos aventureros, no tenian que hacer mas que echar una ojeada por encima del hombro, anunciando en sitio público algun proyectado viaje á las Indias, al Catai ó á los cuernos de la luna, para que cual moscas á la miel, acudiesen á ofrecérseles á porfía hombres de buena voluntad y de mejor espada, prontos á seguirlos al fin del mundo.

XXI

Esto me recuerda una noticia juntamente útil y curiosa para los forasteros en esta ciudad, pues de seguro la sabrán muy pocos. Héla aquí. Los que quieran disfrutar la doble ventaja de comer muy bien por muy poco dinero (un chelin y algunos peniques, baratura fabulosa en esta tierra), — y en compañía de lo mas genuino que encierra Lóndres en punto á viajeros de profesion, acuda todos los

dias á las dos ó á las cuatro de la tarde al piso 2º de una modesta casa, sita en una esquina del gran mercado ó plaza del Pescado (*Billingsgate fish market*), núm. 42, á pocos pasos del Támesis. Allí se reunen alrededor de las enormes mesas cuadrilongas que se sirven á las expresadas horas, compuestas de toda clase de pescado y un *joint* (asado de carne), casi todos los capitanes y patrones de los buques mercantes recien arribados á Lóndres de largas navegaciones, ó prontos á zarpar para lejanas tierras. Es aquella casa una *especialidad*, como aquí se dice, para esa clase de marinos; no hay dia que no se vean allí reunidos alrededor de una gran ponchera de *grog*, contándose mútuamente sus aventuras y acabando por entonar en coro un magnífico *Rule Britannia*, seguido del inevitable *God save the Queen* (Dios salve á la Reina), los tipos mas originales, mas curtidos por el sol y las borrascas de todas las latitudes. Una feliz casualidad me ha hecho descubrir este hospitalario asilo al que, aunque profano al noble ejercicio de la marina, acudo con frecuencia, mas bien que como á una fonda excelente y barata, á un teatro de costumbres para mí desconocidas, y sobre toda ponderacion interesantes. Al cabo he descubierto el secreto de la increible baratura de estas comidas: en primer lugar, el fondista es uno de los mas ricos pescaderos del mercado (ya he dicho que de pescado se componen casi exclusivamente), y á ellas destina con maravillosa profusion todos los sobrantes de su despacho matinal. Luego, si algo puede perder en la comida, como yo creo, pues aquellas mesas son un trasunto de las bodas de Camacho, el fondista se desquita ámpliamente con sus ganancias sobre los vinos y los licores que los mas de los parroquianos consumen de sobremesa; su

especulacion, en suma, es muy buena. Dejaria el fondista de ser inglés si así no fuera. Otra dificultad se me ocurria la primera vez que acudí á esta opípara mesa. ¿Cómo no acude á ella mucha mas gente, siendo tan barata? Tambien esto tiene su explicacion, la cual se encierra metafóricamente en esta sentencia : *No hay rosa sin espinas.* En efecto, *Billingsgate-fish market* está á una distancia enorme de todo razonable punto de residencia en esta ciudad, primer inconveniente para que concurran muchos parroquianos; en segundo lugar, aquella sociedad de marinos fuma como una legion de piratas, y la atmósfera en que come y bebe y vocea se puede en ciertos momentos *trinchar* como un *roastbeef*, cosa que para muchos es un grave inconveniente, no para mí, sábelo Dios. Sin embargo, rara vez he salido de aquella casa sin un mediano dolor de cabeza, sea dicho en honor de la verdad.

XXII

Mas volviendo á mi empezada enumeracion de las distintas clases de viajeros, que me ha hecho interrumpir este pequeño episodio gastronómico, diré que la primera de dichas clases (la de los que viajan por sus asuntos), es la mas numerosa, pero á mi juicio, la menos interesante, por lo mismo que es la mas interesada. Casi toda ella se compone de comerciantes : estos suelen ir veinte, treinta, cien veces á un país extranjero y volverse la última á su tierra, tan en ayunas como la primera, de los usos, lengua y costumbres del país ; — de su literatura, de su historia, de sus monumentos, — de todo lo que no atañe inmediatamente al

ramo de comercio ó de industria á que se dedican. En este punto he visto fenómenos monstruosos, á lo menos para mí, que rayando tal vez en el exceso contrario al del indiferentismo absurdo que aquí consigno y vitupero, jamás llego por primera vez á pueblo alguno, sin empezar por recorrerle y escudriñarle y procurar enterarme de todas sus curiosidades aun antes de sacudirme el polvo del camino. Y con este motivo, vaya otro episodio, ó sea la historia, que jamás olvidaré, de lo que me pasó hace años, con cierto comerciante de una de nuestras mas atrasadas capitales de provincia que me llegó á París recomendado por un amigo comun para que le dirigiese en ciertas compras que iba á hacer, único objeto que le llevaba á la ciudad del Sena. Desde luego me anunció que no queria detenerse allí ni un dia, ni una hora mas de lo necesario para hacer sus compras, por lo que sin tomarse tiempo ni aun para trocar su estrafalario equipo de viaje por un atavío mas europeo, echamos incontinenti á andar, ya en coche, ya á pié, él muy embozado en su capa, y yo algo corrido de ir en tan rara compañía, buscando las mejores fábricas conducentes á su objeto; pero figurándome yo buenamente que mi hombre, ó sea mi comerciante, el cual nunca habia salido de su pueblo (y qué pueblo!) —y que dentro de un par de dias iba á tomar la vuelta para acabar en él su mísera existencia de molusco, tendria gusto en llevarse siquiera algunos recuerdos, algunas fugitivas impresiones de su estancia en París, cada vez que pasábamos por delante de algun sitio notable, ya como objeto histórico, ya como monumento artístico, interrumpia un instante nuestra fastidiosa conversacion mercantil para decirle: —Ese es el Louvre, esa es la catedral; aquel es el Panteon...

— ¡Déjese Vd. de eso, hombre, déjese Vd. de eso! exclamaba impaciente, apretando el paso y encasquetándose hasta las cejas su ridícula gorra de pieles con visera de á cuarta para no caer en la mala tentacion de ver, aunque de paso, el hermoso edificio que yo procuraba enseñarle.

— Pero considere Vd. que ya regularmente no volveremos á pasar por aquí, y que esa joya del Renacimiento merece verse....

— ¡Déjese Vd. de eso, hombre, déjese Vd. de eso! — Y tirándome del brazo y haciendo un gesto de compasion, me obligaba á seguirle en su precipitada fuga.

XXIII

Estupefacto me dejó aquel hombre, lo confieso; era la primera vez que yo veia en toda su prosáica desnudez el tipo acabado del viajero-ostra, variedad curiosa del género que Larra denomina donosamente el hombre-patata. Luego me ha enseñado la experiencia que esa clase de viajeros es muy numerosa, y no se compone solo de comerciantes, de los cuales he conocido muchos, justo es decirlo, que no se parecen nada al que dejo bosquejado, hombre de aquellos de quienes suele decirse que entran en un país, pero que el país no entra en ellos.

Para esta clase de viajeros, si son españoles, se han hecho principalmente las casas de huéspedes españolas de París y la del señor Tejada y otras que hay aquí; en ellas por lo menos es donde florecen en mayor número y en mas supina ignorancia de todo lo que no es *su tierra*.

XXIV

La segunda clase,—la de los que viajan por recreo,—es la menos numerosa, por la razon sencilla de que para pertenecer á ella es preciso ser muy rico ó estar subyugado por la noble curiosidad que ha inmortalizado los nombres de Marco Polo, Colon, Vasco de Gama, Sebastian Elcano, Bartolomé Diaz, Mungo-Park, los capitanes Cook, Parry y Ross, los desgraciados La Pérouse y Franklin, y tantos otros insignes viajeros á cuya activa intrepidez debemos el conocimiento cabal del planeta que habitamos. En cambio la clase tercera, ó sea la de los que procuran conciliar en sus viajes el desempeño de alguno ó algunos asuntos con el estudio y un lícito recreo es numerosísima, y de mí sé decir que en mis pocos viajes, siempre he pertenecido á ella Jamás he ido á parte alguna sino movido por la necesidad; pero tampoco he desaprovechado nunca la ocasion de conocer el país que me veia precisado á visitar, por mucho ó por poco tiempo, ni dejado de consignar por escrito mis observaciones referentes á lo que en él veia ú observaba digno de atencion. Dígolo porque siempre me ha ido bien con esta costumbre, y porque creo que muchos españoles harian bien en adoptarla. Podria ser útil para los demas, y de seguro seria agradable para ellos.

XXV

Suponiendo que á esta clase de viajeros, ó á la segunda y de ningun modo á la primera, pertenezca el lector que

la suerte depare á estos informes apuntes, seguro estoy de que interpreto fielmente su pensamiento diciendo que, si alguna vez llega á esta capital, ya sea que la visite por primera vez de su vida, ya la conozca de antiguo, tan luego como haya despachado sus asuntos mas urgentes adoptará uno de estos itinerarios: — si es literato, naturalista ó anticuario, dirigirá sus pasos con impaciente anhelo al *British museum*, museo británico, (*Great Russell street*, *Bloomsbury*) juntamente biblioteca riquísima y no menos rico gabinete de historia natural y de antigüedades, especialmente griegas y asirias. Si es poeta, se irá flechado á la abadía de Westminster, reliquia preciosa del arte gótico, á saludar los sepulcros del inmortal autor de *Hamlet*, de Milton, de Addison, de Pope, y la preciosa capilla de Eduardo *el Confesor*: — si es artista, le faltará tiempo para volar á la *National gallery*, museo de pintura y escultura, harto pobre, en verdad, para la soberbia córte de la Gran Bretaña. Varios lores, los duques de Northumberland y Devonshire, los duques de Carlisle y de Normanton entre otros, poseen galerías de cuadros muy superiores á los de aquel museo. — Yo he conocido, sin embargo, algunos poetas y artistas particularmente entusiastas, y á otros que sin ser artistas ni poetas traian la imaginacion tan excitada con los terribles recuerdos que la Historia y la Poesía han asociado al nombre de la *Torre de Lóndres*, que al pisar por primera vez el suelo de esta capital, se han dirigido desde el mismo muelle del Támesis ó desde el anden del ferro-carril á aquella torre famosa (*London Tower*), en busca de las manchas de sangre que conserva todavía (así dicen, pero yo no las he visto), eternos estigmas de sus malditas lo-

sas, dejados allí por los feroces Ricardo III y Enrique VIII, por la reina María *la Sangrienta* (*the Bloody Queen*), digna esposa de nuestro don Felipe *el Prudente*, y por aquella otra reina Isabel, su terrible hermana, de quien dijo un gran poeta español con un vigor de pensamiento y un cinismo de diccion á lo Juvenal, raros en nuestra lírica (1):

> Muger de muchos y de muchos nuera...
> ¡Oh reina torpe, reina no, mas loba
> Libidinosa y fiera,
> *Fiamma dal ciel su le tue treccie piova!*

Pero la verdad es que el que busque hoy en la Torre de Lóndres lo que promete su lúgubre historia, se quedará mas que medianamente chasqueado : hoy es un cuartel, una armería, un museo de curiosidades y un archivo. El pintoresco traje de los porteros y guardas que enseñan el edificio, traje del siglo XV, muy parecido al que saca en nuestros teatros el actor encargado del papel de *Tyrrel* en el conocido drama de *Los Hijos de Eduardo*, con más una inofensiva alabarda, no basta á reanimar la ilusion : — decididamente el siglo del vapor y de las luces ha estampado su apacible colorido en aquella sombría necrópolis de los tiempos feudales, encubridora de tantos crímenes.

XXVI

Este edificio, situado á la orilla izquierda del Tá-

---

(1) Góngora, en su *Cancion* al armamento de Felipe II contra Inglaterra.

mesis, á corta distancia de *London Bridge* (el puente de Lóndres), entre este y el famoso *Tunnel*, es una enorme fortaleza cuadrada, con trece torres, algunas ya medio derruidas, y flanqueada por cuatro torreones, cuya construccion data del siglo XII, bajo el reinado de Guillermo *el Conquistador*. Sucesivamente palacio de los reyes y prision de Estado, sirve hoy, como he dicho, de cuartel de infantería, de armería y arsenal marítimo ó mas bien museo militar, de archivo histórico del parlamento (*records office*), y de guarda-joyas de la corona (*jewel office*). El archivo contiene solo escrituras antiguas, referentes á la primera época parlamentaria en Inglaterra, desde la promulgacion de la *Carta magna*, arrancada á Juan *Sin Tierra* por sus barones sublevados en 1215, hasta el reinado de Ricardo III. Mediante una retribucion de diez chelines y medio se obtiene licencia para examinar durante un año aquellos preciosos papeles. — Obsérvese que aquí todo cuesta dinero, — y sea esto dicho una vez para todas. No vaya á creer el lector que la Torre se visita de balde. En este punto nuestros gobiernos son mucho mas liberales, mas hospitalarios : á ninguno se le ha ocurrido jamás llevar dinero por permitir la entrada en el archivo de Simancas, por ejemplo. Bien sé que no es el gobierno inglés el que impone tales exacciones al público, pero las tolera y juzgo que hace mal : de ahí nace la mala idea que suelen llevarse de este país los extranjeros, esquilmados, exprimidos como un limon, por las insaciables exigencias de todos los que enseñan cualquier objeto *público*, de esos que en todas partes se enseñan gratis.

XXVII

Las joyas de la corona ocupan varias salas en la llamada *Torre Martin* : su valor se estima en unos dos millones de libras esterlinas,— sobre doscientos millones de reales, — valor puramente nominal, á lo que entiendo : puestos en venta aquellos objetos, acaso no producirian la quinta parte. Hay allí varias coronas y cetros de oro, una gran pila bautismal de plata que se emplea en el bautizo de los príncipes, una soberbia vajilla de oro, un águila del mismo metal, en que se guardan los santos óleos para ungir á los reyes en la ceremonia de su coronacion y otra multitud de preciosidades. Tal nombre merecen tambien muchas de las armas y otros arreos bélicos que se custodian en la sala llamada de la Reina Isabel, como la armadura de Bayaceto, y la espada, el yelmo y tahalí del valeroso príncipe indio Tipoo-Saib, último nabab de Misora que tanto dió que hacer á los generales de la poderosa Compañía Oriental á fines del siglo pasado. En la misma sala se enseña el hacha con que fué degollado el conde de Essex y la que prestó el mismo *servicio* á Ana Bolena.

XXVIII

Pero lo mas interesante para nosotros los españoles que encierran las salas de la Torre destinadas á depósito de armas, planos y modelos de plazas fuertes (entre estos modelos hay uno excelente de Gibraltar, que no se enseña al público), armaduras completas de hombres y caba-

llos, etc., es la seccion denominada *The spanish armury* (la armería española), compuesta de despojos de nuestra famosa armada *Invencible*, vencida empero y rota, mas no por los hombres sino por las tempestades del mar. Con razon pudo decir Felipe II, despues del desastre de su expedicion : *Yo envié mis naves á luchar con los hombres, no contra los elementos.*

XXIX

En la torre llamada de *Colham*, inmediata á la de la Campana (*Bell-Tower*), que es la primera que se encuentra á la izquierda pasando por la *Puerta de los Traidores*, y que es fama sirvió de cárcel á la reina Isabel cuando aun no era mas que princesa, bajo el dulce reinado de su hermana María, es donde mas vestigios se encuentran del destino que tuvo en lo antiguo este edificio : como lo indica el melodramático nombre de la citada puerta, allí entraban por ella los reos de Estado : — entraban, pero no salian, ni aun sin cabeza, pues en la capilla de dicha torre, que por cierto es bien modesta, recibian sepultura sus cadáveres. Ya allí, á la vista de los terribles testimonios que por todas partes le rodean á uno, se vienen involuntariamente á la imaginacion aquellas tan conocidas palabras de Voltaire : *La historia de Inglaterra deberia estar escrita por el verdugo.* Allí recibieron la muerte de su mano sin formalidad ni aparato alguno, ni mas razon que el capricho brutal de un déspota, las hermosas Ana Bolena y Juana Gray, el conde Warwick, llamado en su tiempo el *hacedor de reyes*, el de Arundel —, y entre otros cien,

de la misma y de otras épocas que pudiera añadir, el desgraciado duque de Clarence, de báquica memoría, que autorizado por su hermano Eduardo IV para elegir el género de muerte que habia de recibir en pena de haber solicitado sin su anuencia la mano de una princesa extranjera, optó por morir y murió efectivamente ahogado en un tonel de malvasía. No se puede llevar mas allá la aficion á este buen vino, ni pudo tampoco el otro hermano dar al mundo una prueba mas patética de su fraternal complacencia!...

Es opinion comun que el sitio en que se consumó el asesinato horrendo de los hijos de este *complaciente* monarca (el jóven Eduardo V y su hermano el duque de York), por órden del bárbaro Glocester, fué la torre que aun conserva su dictado de sangrienta (*the Bloody Tower*); así como en la llamada de *Wakefield* se enseña una sala ochavada en la que es fama que fué asesinado Enrique VI, en cuyo tiempo tuvieron principio las célebres banderias de *las dos rosas*, la *blanca* de York, la *roja* de Lancastre. En este período de la historia inglesa, los crímenes se enlazan unos con otros al rededor del trono, estrechándole como la hiedra al olmo: las crónicas de ambas familias rivales destilan sangre. A aquel desgraciado Enrique sucedió Eduardo IV, padre de los dos príncipes niños cuya trágica muerte ha popularizado en nuestra escena el bello drama de Casimiro Delavigne, tan superiormente traducido por el señor Breton de los Herreros.

XXX

Entre los muchos sepulcros de personajes célebres que se ven en la capilla de que ya he hablado, llaman la atencion los del gran canciller Tomás Moro, el de Catalina Howard, *quinta* esposa de Enrique VIII, y no la última, el del conde de Essex, favorito de la reina Isabel *la Virgen!* (*the Maid Queen*). Bajo el aspecto arqueológico, mucho mas curiosa que esta capilla es la llamada *de César*, situada en el piso segundo de la torre Blanca (*the White Tower*), hermoso resto de la arquitectura normanda. Merecen sobre todo verse las esculturas de los capiteles de las columnas que sostienen la bóveda. Recomiendo por último á los inteligentes en el arte de la talla, como una muestra de la perfeccion á que llegó en la edad media, una techumbre de bellísimo artesonado que hay en uno de los pisos superiores de esta torre.

XXXI

Lóndres, abril 1856.

Uno de los espectáculos mas grandiosos y baratos que puede proporcionarse aquí el forastero, es el que disfrutará si gusta, mediante seis peniques (unos dos reales), subiéndose en una mañana despejada de nieblas á lo alto del Monumento (*the Monument*), colosal columna de piedra erigida en *Fish street hill*, despues del terrible incendio de 1666 que redujo á pavesas la mayor parte de esta ciudad, para perpetuar la memoria de aquella gran catástrofe. Esta

columna, la mas alta que conozco, bastante mas que la de la plaza *Vendôme* en París, ofrece al espectador, colocado en el balcon que corona su capitel, el mas admirable punto de vista que puede imaginarse, y el único capaz de dar una idea un tanto aproximada de la grandeza verdaderamente asombrosa de Lóndres y de la magnificencia de sus cercanías. Desde allí se descubren, á vista de pájaro, muchas millas de terreno, se sigue en sus varios circúitos la corriente del Támesis, se abarca en su conjunto y en sus principales lineamentos, la gran ciudad tendida sobre sus dos riberas, y se domina en todas direcciones mucha parte de la hermosísima campiña que la circunda. Hoy cabalmente he verificado esta árdua ascension, la cual recomiendo á todo forastero de buena voluntad y mejores piernas, que tenga además confianza en sus pulmones, *é si non, non*, como diz que decian á sus reyes nuestros antiguos aragoneses (aunque en un libro escrito *ad hoc* lo niega el señor conde de Quinto); — pues se trata nada menos que de subir por una estrecha escalera de caracol la friolera de trescientos cuarenta y cinco escalones, lo cual merece pensarse despacio. Aseguro que antes de acercarse á los últimos, empieza á faltarle el resuello aun al mas pintado. Y supuesto que aun conservo frescas las impresiones que me ha dejado en el ánimo la ascension referida, y que no me siento dispuesto á mas activo ejercicio, voy á bosquejar ligeramente el panorama que desde aquella respetable altura se ha desarrollado á mi vista embelesada.

XXXII

Fish street hill, que, como ya he dicho, es la calle ó mas bien plaza en que se levanta el *Monumento*, está situada en el corazon de la *City*, en la orilla izquierda y á muy corta distancia del Támesis, que visto desde aquella altura semeja un enorme reptil cubierto á manera de escamas, de innumerables barcos, y listado á trechos por una multitud de puentes. Con largas ondulaciones va serpeando desde uno á otro horizonte, de ocaso á oriente, sutil como una cinta de plata por la parte hácia donde nace (el sud-oeste), ancho y majestuoso rio, verdadero brazo de mar por la parte opuesta, hácia la punta de Gravesend, desde donde cada vez mas caudaloso corre á desembocar en las aguas del canal de la Mancha. Los londonenses están tan prendados de su magnífico Támesis, —su *rio* (*the river*) como suelen llamarle por antonomasia, que no se comprende en realidad por qué no le han ceñido con muelles ó malecones á su paso por Lóndres, privando así á esta ciudad de una de las mas bellas y útiles obras con que se honra París, cuyos *quais* son otras tantas hermosas calles. Aquí las orillas del rio, frecuentemente desbordado hasta el mismo pié de las casas contiguas, casi todas de irregular y feo aspecto, forman una serie de barrios tan sucios como insalubres. Estos barrios, en ambas riberas, son lo peor de Lóndres.

XXXIII

En su paso por esta ciudad, el Támesis forma varias curvas semicirculares, una junto á los *docks* (dársenas) de Surrey; otra frente á *Seven-Islands* (las siete islas); la tercera entre los puentes de Waterloo y de Hungerford, y la última en el puente de Vauxhall: estas son las principales en lo que puede llamarse el término de la poblacion, pues aunque esta continua extendiéndose mucho todavía por terrenos en que el rio sigue tambien formando varios circúitos, ya toda aquella parte no puede razonablemente denominarse *Lóndres*: de otra suerte, esta ciudad vendria á ocupar todo el condado de Middlesex. La tortuosa corriente del rio divide á esta poblacion en dos partes notoriamente desiguales. La que se extiende sobre la orilla izquierda y contiene todos los nuevos barrios comprendidos en la denominacion general de *West-End*, y los más hermosos parques, ocupa una extension de terreno mucho mayor que la de la de la otra márgen, y la vista no alcanza á abarcarla toda, no ya en sus pormenores, mas ni aun en su conjunto, — inmensa Babel surcada de innumerables calles que se cruzan irregularmente en todas direcciones formando una enmarañada madeja. La planta de Lóndres es incomparablemente mas irregular que la de París, lo que unido á su extension, dos ó tres veces mayor, dificulta hasta lo sumo para el forastero lo que me atreveré á llamar su *posesion* topográfica. Cualquier cabeza medianamente organizada se posesiona del plano de Madrid á las pocas semanas de estudio práctico; conocer bien á París me parece fácil, al cabo de algun tiempo;

juzgo imposible que haya cerebro capaz de asimilarse la topografía de Lóndres. Faltan aquí aquellas grandes líneas, verdaderas arterias de una poblacion, que la cruzan de uno á otro extremo, como los *boulevards* de París, conocidas las cuales es fácil orientarse aproximadamente en cualquier punto en que uno se encuentre. Aquí el rio, por la tortuosidad de su curso, es un guia muy inseguro. Las dos grandes divisiones del *West-End* y la *City* (la cual comprende los barrios traficantes por excelencia) son mas bien nominales que efectivas. Esta empieza en el *Strand*, en *Temple-Bar*, pero no se sabe donde concluye. ¿Qué es el *West-End?* pregunta uno á estas gentes; y le contestan con mucha formalidad : — «Todo lo que no es la *City.*» — ¿Pero qué es la *City?* vuelve uno á preguntar; y vuelven á contestarle : — «Todo lo que no es el *West-End*;» con lo cual queda uno poco menos enterado que antes. Lo único positivo es que el riñon de la *City*, ó mas bien lo que en el lenguaje comun se denomina la *City* á secas, y tambien el *Borough* (burgo ó pueblo pequeño), comprende todo el barrio que rodea á London-Bridge, y en su centro cabalmente está enclavado el *Monumento*, en cuyo capitel supongo colocado al espectador; es decir, que su punto de vista viene á estar casi encima del centro mismo de Lóndres.

XXXIV

Lo primero que experimentará aquel espectador imaginario al desembocar desde la oscura escalera en este mirador de nueva especie, será un aturdimiento parecido al

mareo; luego verá... que no ve nada, mas que un confuso hacinamiento de bultos negros, grises y verdes, confundidos al través de una espesa neblina. Asusta y parece como que le anonada á uno la idea de que tiene debajo de sus piés una poblacion de mas de dos millones de habitantes, esparcida en unas quince mil calles, sobre las cuales humean próximamente unas doscientas mil chimeneas! De aquí y de las emanaciones del rio, el denso velo de vapor que constantemente ondea como una nube sobre esta ciudad. Luego van poco á poco destacándose, lo primero, de aquel confuso tropel, grandes masas de verdura: aquellos son los parques. Luego, muy á lo lejos, y en todas direcciones, se descubren unas rayas rectas ó ligeramente curvas por las que se deslizan con fantástica rapidez unos puntos negros coronados de un penacho de humo: aquellas son las líneas de ferro-carriles. Luego parece como que se vienen encima las altas cúpulas y los grandes tejados de los edificios que tiene uno mas inmediatos; y penetrando despues la vista con mas lucidez una extension cada vez mayor, acaba por distinguir tambien los mas distantes. Entonces aparecen en todo su relieve mil pequeños accidentes del terreno y de las casas; vénse estas en muchas calles angostas de la *City*, en que no entran carruajes, cruzarse en largas líneas regulares, como las casillas de un tablero de damas, enlosadas como los claustros de un convento. Aquellas casas todas iguales, hechas de ladrillo ennegrecido por el humo, parecen herméticamente cerradas. Por último, familiarizado ya uno con su *alta posicion*, acaba por descubrir en las calles unos puntos negros, unas especies de insectos que se mueven muy á prisa: aquellos son los hombres, los autores

el *almá* de la gigantesca ciudad. Desde una altura dos ó tres veces mayor, la ciudad se veria aun, pero seria de todo punto imposible distinguir á la simple vista los hombres que la han hecho ; veríamos, pues, la obra, no su hacedor; el cuerpo, no el alma. Y si la altura á que nos elevásemos fuese tan grande que no ya con nuestros ojos, mas ni aun con ayuda de nuestros mas perfectos aparatos ópticos pudiésemos divisar al hombre sobre la superficie de la tierra, ¿quién sabe? tal vez negaríamos su existencia, por no confesar que somos cortos de vista. Por eso niegan los astrónomos que haya habitantes en la luna. La naturaleza humana es tan díscola de suyo que siempre tiene necesidad de negar algo, y si no se niega á sí misma es porque se ve y se palpa. Cuando el filósofo se dice muy ufano : *Ego cogito, ergo sum*, se prueba á sí propio que *él* existe, pues que discurre; pero la existencia de los demas, tan evidente, por lo menos, como la suya, ¿ de qué modo la prueba independientemente de la fé? con el testimonio de sus sentidos, casi siempre insuficiente ó falaz, supuesto que nos descubre muchas cosas que no existen mas que en nuestra imaginacion, y nos oculta otras muchas que existen en realidad, como la multitud de hombres que seguramente se estaban paseando por las frondosas arboledas de Hyde Park, aunque yo no los veia esta mañana desde lo alto del *Monumento*,— como el alma y como Dios, que seguramente existen tambien aunque nadie los ve desde ninguna parte.

Abandono estas reflexiones, propias tal vez de la *altura* en que se me ocurrieron , pero estemporáneas para escritas al nivel de la tierra, junto á una buena chimenea, entre una taza de te y una pirámide de *sand-*

wichs (que en Madrid llamamos *emparedados*) y prosigo mi narracion.

XXXV

Dirigiendo la vista hácia el oriente, el espectador que supongo colocado en el capitel del Monumento, ve á su derecha los soberbios *docks* llamados del Comercio, los ferro-carriles de Brighton y de Greenwich, el canal de Surrey y entre una dilatadísima extension de manzanas de casas, la ancha calla *Old Kent Road*, teatro de una prodigiosa actividad industrial, como todos aquellos contornos. En ellos llama la atencion el vasto Hospital situado en *White-Chapel-Road*. A la izquierda hay mas que ver y admirar; á muy corta distancia, la casa de Moneda (*Royal mint*), la Torre de Lóndres, la colosal iglesia de San Pablo, que recuerda, aunque en menores proporciones, el San Pedro de Roma, así como la recuerda á ella, algo mas en pequeño, el Panteon de París. Poco mas allá la Bolsa (*the Royal exchange*) delante de cuya fachada griega se levanta la estatua ecuestre del duque de Wellington; y esparcidos por allí cerca el Banco, la Casa de correos, la de Ayuntamiento (*Guild-Hall*), edificio curioso por reunir en su construccion todos los géneros de arquitectura conocidos y algunos mas; *Mansion-house* (habitacion del *Lord mayor*), que es un magnífico palacio; el de la Compañía de las Indias Orientales, mas magnífico todavía, especie de templo greco-romano, lleno de bajo-relieves y estatuas alegóricas. Estos grandes edificios y otros muchos que sería prolijo enumerar, dan á esta parte de Lóndres un carácter grandemente monumental. A lo lejos, siempre hácia

la izquierda, se ven verdear las arboledas y los hermosos prados de *Victoria Park*. La verdura de los prados ingleses creo que no tiene igual en el mundo : el menudo césped que los cubre (*grass*) conserva aquí en toda estacion los tonos vivos de la esmeralda, que en otras partes solo se conocen durante los fugaces dias de la primavera. No hay extranjero que no haga la misma observacion en cuanto se interna un poco por estas deliciosas campiñas ó se asoma siquiera á cualquiera de estos parques. Casi siempre el *campo* aquí, y aun en Francia, me recuerda los jardines de Aranjuez : no encuentro en mis recuerdos de la patria otro término de comparacion con lo que por aquí se ve en todas partes, y atribuyo, entre otras causas, á que aquí no se conoce el absurdo horror á los árboles que yerma y empobrece nuestras provincias.

XXXVI

Dejo este triste objeto de reflexiones para mejor ocasion, y añado que despues de cruzar con la vista las tortuosas líneas de *Commercial-Road*, *Mile-End-Road*, *Islington-City-Road*, y las de los ferro-carriles de los condados del Este y de Birmingham que se extienden en la misma direccion (esto es, á la izquierda, ó sea al nordeste), hará bien el espectador en dar media vuelta hácia el ocaso para disfrutar un espectáculo todavía mas grandioso y animado. Siguiendo con los ojos la larga calle (*Fleet-street*) que arranca de San Pablo, á cuya espalda verá alzarse en la plaza llamada *Cheapside* la estatua recien erigida á Sir Roberto Peel, una de las glorias económicas y políticas de esta

nacion tan agradecida á sus hombres ilustres, que toda exageracion le parece poca para enriquecerlos en vida y honrarlos en muerte; siguiendo, digo, la línea de *Fleet-street*, llegará á *Temple-Bar*, entrará en el *Strand*, y pasando por *Charring Cross*, desembocará en la magnífica plaza de Trafalgar (*Trafalgar-Square*) la mas espaciosa de Lóndres, y una de las pocas en que recuerdo haber visto fuentes: — aquí hay dos muy hermosas. Si el espectador de que voy hablando es español y si alguna vez han hecho latir su corazon los varoniles acentos de Quintana, de seguro exclamará conmovido al ver sobre la gigantesca columna de granito que ocupa el centro de la plaza, alzarse en la arrogante actitud de un semi-dios, la noble figura de un general rodeado de emblemas marítimos:

¡Tambien Nelson allí!... Terrible sombra,
No esperes, no, cuando mi voz te nombra,
Que vil insulte á tu postrer suspiro:
Inglés te aborrecí, héroe te admiro (1).

XXXVII

Allí, en efecto, la estatua de Nelson; la estatua de Nelson tambien en la iglesia de San Pablo; la memoria de Nelson en el nombre de esta soberbia plaza, en los de qué sé yo cuántas calles, y lo que vale más que todo eso, en la cabeza y en el corazon de todo inglés, porque fué un buen soldado, que sacó airoso en muchas batallas el pabellon de la vieja Inglaterra (*old England*), como dice esta gente con

(1) Oda al combate de Trafalgar.

noble orgullo, y porque murió al fin peleando valerosamente por su patria. De la misma manera, si no estoy trascordado, murieron en aquella misma desastrosa batalla de Trafalgar, nuestros intrépidos marinos Gravina, Churruca, Alcalá Galiano, Alcedo, Moina, Castaños. El nombre de una nueva calle de Madrid nos recuerda el del primero, lo cual siempre es algo, — ¿qué digo? es mucho para lo que se acostumbra entre nosotros; — pero de los demás, pero de tantos otros ilustres españoles, antiguos y modernos, honor de nuestra historia, ¿qué monumentos públicos tenemos que perpetúen su fama en la memoria de nuestros pueblos? Es preciso en España ser algo erudito para saber siquiera que existieron. Aquí los niños, aun antes de ir á la escuela, van aprendiendo insensiblemente por las calles y las plazas los grandes nombres y los grandes hechos de la historia de su nacion, y familiarizándose con la idea fecunda de que cuando un buen marino, por ejemplo, lidia por su patria y muere por ella, esa patria le tributa honores inmortales. No extrañemos, no, que los ingleses tengan mucho espíritu nacional: con la leche maman ellos el amor á su nacion, y lo que me atrevo á llamar el *culto racional* de la patria. *Rationabile sit obsequium vestrum*, decia San Pablo á los primeros cristianos. Pues si *racional* ha de ser hasta el culto que damos á Dios, ¿por qué no ha de ser tambien racional el patriotismo?

XXXVIII

En derredor de la alta columna consagrada á Nelson, abarca la vista en la plaza de Trafalgar, á un lado el pa-

lacio de los duques de Northumberland, coronado por un enorme leon de piedra, empresa de la noble familia de Percy, representado tan al vivo en actitud de andar, que los papamoscas de Lóndres (raza que aquí abunda mucho como en todas las capitales), cuando le ven destacarse de perfil sobre un cielo despejado, se extasian contemplando su fiera catadura, y nunca falta entre ellos quien sostenga que menea la cola!.. Frente á este palacio se alza sobre una gran escalinata la *National gallery*, pobre cosa por dentro como por fuera. Al rededor de la plaza todo es palacios ó casas tan hermosas que lo parecen : allí se ven la iglesia de San Martin, la escuela de Medicina y el club de la *Union*. Un poco á la izquierda se ve resaltar sobre el color gris algo azulado del firmamento, la estatua del duque de York encima de su alta columna erigida en medio de la inmediata plaza de *Waterloo*. A la izquierda, siguiendo la orilla del Támesis, tropieza la vista en el grandioso y elegante palacio de *Somerset*, que baña sus cimientos en las aguas del rio; mas allá están los puentes de Waterloo, de Hungerford y de Westminster, y entre ellos, en la larga calle del Parlamento, el palacio de *White-hall*, digno de visitarse, entre otras razones, porque tiene un soberbio techo pintado por Rubens, que representa la apoteosis de Jacobo I, rey que en verdad no merecia tanta honra. Delante de este palacio se levantó el cadalso para el infeliz Cárlos I, que tampoco mereció tanta afrenta. Una estatua ecuestre en bronce del rey mártir se levanta delante de *Charring-Cross* (el camino de la Cruz). Cuando los reyes de Inglaterra van á recibir la corona en Westminster, pasan por muy cerca de este camino y tienen á la vista el sitio que regó hace dos siglos la sangre de uno

de sus antepasados. ¡Vaivenes de la fortuna! — En el jardin de Whitehall, decorado con una estatua de Jacobo II, murió hace pocos meses de una caida de caballo Sir Roberto Peel, que como antes dije, tiene ya su estatua en *Cheapside*. — Cerca de este palacio se ve el del Almirantazgo, y poco despues, antes de llegar al puente de Westminster, la mole colosal del nuevo edificio del Parlamento (*House of Parliament*), una de las mas sorprendentes obras modernas de esta capital, por su belleza artística. A primera vista parece obra de otros tiempos y de varios siglos : en su aspecto, que es el de una gran catedral, predomina el gusto elegante y rico de la época del Renacimiento, que revela entre otras cosas su primorosa cantería. — Mas allá eleva su fachada puramente gótica, flanqueada por dos torres cuadradas, la célebre abadía de Westminster, en cuyo precioso coro se celebra la coronacion de los reyes de Inglaterra, y en cuyas bóvedas y numerosas capillas alternan los sepulcros de los soberanos y de los príncipes con los de los grandes políticos y guerreros, los grandes sabios, los grandes poetas y los grandes actores. Allí los restos mortales de Eduardo *el Confesor* y de los Enriques III y V, los de María Estuardo y los dos Cárlos I y II, descansan bajo el mismo techo que los de Shakspeare y el ingeniero James Watt : los de los célebres ministros Pitt y Canning se ven al lado de los célebres trágicos Garrick y Kemble. Si los ingleses observan con rigor las distinciones sociales en vida, reconocen á lo menos la igualdad de todas las grandezas en el seno de la muerte.

XXXIX

El primer puente que se encuentra en seguida es el de *Vauxhall*, y poco antes, en *Millbank*, la vasta cárcel-modelo (*Penitentiary*), cuya planta en forma de estrella de seis radios permite que se aplique allí con holgura el sistema celular á cerca de mil presos de ambos sexos. Mas adelante se divisa apenas el hospital de inválidos de *Chelsea*, que ya puede considerarse fuera de Lóndres. En la orilla opuesta del rio (la derecha), casi frente á Westminster, se extienden los hermosos jardines y el singularísimo palacio de *Lambeth*, muestrario de todos los géneros de arquitectura imaginables : su construccion data del siglo XII, y desde entonces residen en él los primados de Inglaterra. Como extensas masas de verdura y muy confusamente por la gran distancia, se descubren en aquella direccion los jardines de *Vauxhall* y los zoológicos de *Surrey*, entre una infinidad de casas todas uniformemente bañadas de un color de pizarra rojiza. Las mismas tintas generales, interrumpidas á trechos por la verdura de los parques, dominan en el caserío de la otra orilla ; solo que allí la mayor abundancia de monumentos públicos, el mayor número de *squares* (plazas generalmente con un jardinillo en medio), y la mayor anchura de muchas calles, dan al conjunto, visto desde lo alto, un aspecto menos sombrío. Retrocediendo hasta la plaza de Trafalgar, se ve claramente arrancar de ella hácia el Noroeste las calles, todas espaciosas y magníficas, que conducen á Pall-Mall y á *Regent's street*, una de las mejores de Lóndres, que vienen á cortar casi en ángulo recto *Oxford-*

Street y *Piccadilly.* A este nombre exótico, que es el de una de las grandes vias arteriales de esta poblacion, he oido atribuir una etimología española, suponiendo que viene de *pegadillo*, — tocado de las damas españolas en tiempo de Felipe II, muy al uso, como se decia entonces, muy de moda, como se dice hoy, — que introdujo aquí la reina María cuando vino á casarse con ella aquel monarca. Admito la conversion de pegadillo en *piccadilly*, supuesta la fantástica pronunciacion de los ingleses; pero no me parece claro, como dicen, que se diese á la calle aquel nombre, porque en ella vivia por entonces una mujer, extremada en la habilidad para armar tales prendas femeniles. Por lo demás, decir que aquella mujer vivia en esta calle, vale tanto como decir que vivia en Lóndres, pues *Piccadilly*, aunque se sabe dónde principia, que es en *Hay-Market*, uno de los puntos de reunion de los *sportmen* (aficionados á las carreras de caballos), no se sabe dónde acaba : despues de extenderse mas de una milla bajo aquella denominacion, va á perderse en una serie de prolongaciones denominadas de distintas maneras, pero que todas juntas vienen á constituir una sola y misma eterna calle. Esta inacabable via de comunicacion va dejando en su carrera, á la derecha á *Hyde-Park*, el mas grande si no el mas hermoso parque de Lóndres, con su palacio de cristal y su *serpentine river*, á que siguen los otros magníficos jardines de *Kensington;* á la izquierda, *Green-Park* (el parque verde), el de *Saint James* y los del palacio de *Buckingham*, residencia habitual de la reina Victoria. Esta calle larguísima y esta serie de parques siguen casi paralelamente la direccion del rio. A su izquierda se extienden las aristocráticas soledades (relati-

vamente al bullicio de otros barrios, *soledades* son aquellas), de *Kings-Road*, *Brompton*, *Eaton-Square*, que es como la capital del nuevo barrio denominado Belgravia; y á la derecha, en la misma direccion, y siempre con las mismas exageradas proporciones de longitud y anchura, *Oxford-Street* y *New-Road Paddington*, que luego trueca su nombre por el de *Islington*. En el punto en que viene á desembocar en esta gran calle la del *Regente*, ó mas bien su magnífica prolongacion llamada *Portland-Place*, está la principal entrada de *Regent's Park*. Estos continuos cambios de nombres de una misma calle, exigidos por la fabulosa longitud de muchas de ellas, son la desesperacion del forastero en Lóndres. Otros tres grandes motivos de confusion hay aquí para él, y son: 1° la cansada repeticion de unos mismos nombres dados á distintas calles, de donde viene la costumbre, cuando se escriben unas señas, de añadir al nombre de la calle el del barrio en que está situada, y á veces alguna otra circunstancia mas, ya por ser el barrio demasiado extenso, ya por haber en él varias calles del mismo nombre; 2° el pésimo sistema de numeracion de las casas, que es todavía el antiguo que se usaba en Madrid hace muchos años, de empezar por un lado la serie de los números de uno en uno, para continuarla en el otro. Esto, que en nuestras ciudades tenia pocos inconvenientes por la reducida extension de sus calles en general, es aquí intolerable en calles de tres ó cuatro millas, en las que frente al núm. 1 suele encontrarse el núm. 300. ¿Quién es capaz de discurrir hácia dónde caerá el 200 ó cualquiera de los otros intermedios? El sistema mucho mas racional de numeracion por pares á la derecha y nones á la izquierda, solo se ha establecido

aquí en *Regent's street* y alguna otra calle de las nuevas; 3° y muy principal: la variedad de nombres con que se expresa lo que entendemos por calle, — que aquí unas veces se llama *street* (y este es su nombre propio), otras *place*, otras *road*, otras *lane*, otros *gore*, etc., etc. Cierto que estos vocablos tienen todos en teoría distintos significados, pero en la práctica todos significan lo mismo. *Portland-Place* es una calle, *tan calle* como la del Regente, que se dice *Regent's street;* ó *mas*, porque es mas ancha, aunque mas corta. *King's Road* es otra calle, como *Drury-Lane* y *Kensington-Gore.* Estas anomalías tienen su explicacion en el hecho de haber las calles que hoy llevan esos nombres conservado en su nuevo destino los de los sitios que ocupan: así han cambiado de destino, aunque no de nombre, los sitios que antes eran ó *place* (una explanada), ó *lane* (un callejon), ó *road* (una carretera), etc. El respeto á la tradicion y á la *propiedad* es una de las buenas cualidades que caracterizan á este pueblo, apegado mas que otro alguno á sus usos antiguos; pero aplicado este respeto hasta á los nombres antiguos de los sitios que hoy tienen otros destinos, suele causar algunos apuros al pobre forastero.

XL

Lo que dejo apuntado no es ni la centésima parte de las cosas dignas de verse muy despacio que verá muy por encima el espectador encaramado en el capitel del *Monumento;* pero es muy posible que su vista real y efectiva no le produzca ni la mitad del cansancio, — mejor diria del mareo — que me causa á mí este tropel de recuerdos

que voy consignando en mi diario. Déjolo, pues, así por esta razon, como porque juzgo imposible, para mí á lo menos, abarcar en un solo cuadro el conjunto de Lóndres, y me ciño modestamente á recordar algunos de sus pormenores.

XLI

Lóndres, abril 1856.

En la rápida excursion por Lóndres que acabo de hacer á vista de pájaro, he nombrado muchos sitios que bien merecen una visita más detenida, y otros de que es preciso decir algo más para dar siquiera una idea algo aproximada de su carácter y fisonomía.

Uno de estos sitios es la *City* : ya he dicho que se da este nombre con particularidad al populoso barrio que rodea á la Bolsa, centro de la alta banca y foco activísimo de la prodigiosa vida mercantil é industrial que anima á esta ciudad. Allí se hacen los grandes negocios, allí tienen sus escritorios todos los banqueros, allí están las oficinas (*offices* de todas las grandes compañías industriales : allí, en fin, están el Banco y las principales dependencias del gobierno en el ramo de Hacienda. Una peculiaridad de este barrio es que siendo el mas populoso de Lóndres á ciertas horas del dia, — desde las diez de la mañana hasta las cinco de la tarde, — viene á quedar casi desierto antes y despues de esas horas. La razon es que allí en realidad vive muy poca gente : los banqueros, todos los hombres de negocios que tienen allí sus escritorios, sus oficinas, y la muchedumbre que acude á estos establecimientos por mil motivos, habitan en otros barrios, ó en

el campo, tal vez á 15 ó 20 millas de Lóndres. Aquí la distancia no es obstáculo para nada, pues no hay punto por donde no pase, ó muy cerca, algun ferro-carril que le lleve á uno adonde necesite ir. Banqueros opulentos que habitan soberbios palacios en sitios los más distantes de la *City*— en los jardines de Kensington, por ejemplo, como nuestro apreciable compatriota el señor Murrieta, — los Rothschild, los Hope, todos los gigantes de la Bolsa ante quienes los reyes y los pueblos se inclinan en sus apuros, y de cuyas arcas, nuevas cajas de Pandora, salen la paz y la guerra, las repúblicas y las dinastías, acuden infaliblemente todas las mañanas, en los dias no festivos, á sus respectivos escritorios, llevándose cada cual en pos de sí centenares de intereses, representados por millares de individuos. Cada cual es como un sol que arrastra en su luminosa órbita innumerables planetas y planetículos. Solo en la *City* consienten que se les hable de negocios; pasadas las cinco de la tarde, de vuelta en sus magníficos salones, ya no son banqueros, sino príncipes. Así es que á aquellas horas, todo este barrio fermenta y trabaja como el interior de una colmena : cada calle es un hormiguero de gentes que vuelan en todas direcciones tras de un mismo fin, el dinero! No todos logran proporcionarse aquí locales espaciosos ni aun decentes para sus oficinas : yo las he visto poco *mas* modestas que algunos de nuestros puestos de memorialistas, en que se hacen, sin embargo, diariamente negocios por millones de libras esterlinas, cosa muy seria. Obsérvese que la unidad monetaria adoptada en cada país suele dar la medida proporcional de su riqueza respectiva : en Inglaterra se cuenta por *libras esterlinas*, en Francia por *francos*, en España por *reales* y en

Portugal por *reis!*..... No me atrevo á calcular cuántos miles de *reis* se necesitan para hacer una libra esterlina, pero deben ser muchos. — Cierto que no hay exactitud, ni aun casi aproximacion á ella, en los términos de esta escala descendente. El salto de Inglaterra á Francia, sobre todo, es muy violento; pero basta á mi propósito que esa progresion exista; y que existe en efecto ¿quién lo duda? — En aquellas oficinas por lo general no circula moneda alguna; los pagos se hacen por medio de bonos ó de talones, con los cuales se va á cobrar á alguno de los bancos que pululan alrededor de la Bolsa, y en los que todo negociante y casi todos los particulares algo acomodados tienen su cuenta corriente. — El departamento conocido con el nombre de *caja*, que forma parte integrante de nuestras casas de comercio, es desconocido en Lóndres, por lo menos á lo que yo he visto: aquí no hay mas cajas reales y efectivas, es decir, cajas con metálico sonante en grande escala, que las de los bancos. Es preciso visitar uno de estos establecimientos á las horas de los pagos para formarse idea de lo que puede abultar el dinero! Otra idea menos material despiertan estos sitios, y es la de la grandeza de los negocios que abarca el comercio inglés, y la de los enormes caudales que pone aquí en movimiento la palanca del crédito. Es aquello un verdadero Pactolo, sin metáfora poética: el oro fluye á raudales por aquellos anchos mostradores, manejado con palas, pesado á granel con la misma aparente indiferencia con que nuestros cosecheros manejan y pesan sus sacos de trigo. Y este es un espectáculo que puede disfrutar cualquiera: aquellos bancos están abiertos á todo el mundo, sin enrejados, sin aparato alguno de fuerza armada: no se ve un soldado

por todas aquellas cercanías. Allí se entra á cobrar lo mismo un *check* (talon) de cien mil libras que de dos, y con la misma *serenidad* se paga el uno que el otro. Es tal la confianza de estos banqueros en la probidad pública, ó si se quiere, en la exquisita vigilancia de la policía, que nunca se los ve tomar ni aun las precauciones mas vulgares contra las malas tentaciones que naturalmente debe excitar el cebo de tantas riquezas en los pobres de Lóndres, los mas *pobres* de la tierra. Este es el país de los contrastes : así como en ninguno, á lo que creo, hay gente tan rica como en este, así es preciso venir aquí para formarse idea del extremo de pobreza á que puede llegar el hombre. Comparados con estos pobres, nuestros mendigos son unos sujetos bastante acomodados.

XLII

Todo esto me parece característico y peculiar de la *City*. En París, con ser un pueblo tan rico, no he visto nada que se parezca ni á esta abundancia de metálico, ni á estas admirables *indiferencia* en los que lo dan y *confianza* en los que lo reciben. Ambas cosas tienen su explicacion natural : la abundancia del dinero, causa y efecto al mismo tiempo de que este sea el mercado mas rico del mundo y en el que se hacen negocios mas en grande, produce esa indiferencia en los que pagan, hija de la costumbre diaria de manejar grandes sumas. La confianza por parte de los que las reciben prueba no solo que en este comercio la buena fé es cosa corriente, sino tambien que la moneda circulante aquí es de buena ley, lo cual honra al

gobierno del país. Aquí en efecto no veo que circulen, como en otros países que yo me sé, monedas roñosas, faltas de peso, rellenas, agujereadas, indecentes, que hay que ir examinando una á una, y sobre las cuales puede sostenerse una discusion de media hora sobre si valen tanto ó cuanto, ó no valen nada. Aquí las libras esterlinas (*pounds*), todas iguales entre sí, relucen como estrellas en un limpio cielo de enero; las coronas de plata (*crowns*) valen sus cinco chelines como un ochavo; los chelines (*shillings*) son verdad, y hasta los modestos peniques de cobre (*pence*) tienen su mérito. Aunque buen español, declaro que prefiero esto resueltamente á las variedades y peripecias curiosas de nuestro extravagante sistema monetario, con sus napoleones exóticos de 19 rs. que diz que valen 17 y pico; con sus pesetas de 32 cuartos, de 34 y columnarias de 42 1/2, — y con su fétida calderilla vieja que ensucia y envenena los dedos que la tocan. Si á lo menos al dar cuartos de vuelta en las tiendas se los diesen á uno envueltos en una carterita de papel, como aquí se usa!.... pero ni aun eso.

XLIII

San Pablo, la iglesia catedral de Lóndres, es el mas grandioso monumento artístico de esta capital. Obra del arquitecto Cristóbal Wren, cuyo nombre va unido á la historia de casi todos los grandes edificios fabricados despues del desastroso incendio de 1666, que segun creo haber dicho antes, devoró una buena parte de esta ciudad, empezó á construirse en 1675, y costó hasta su con-

clusion en 1710 la respetable suma de ocho millones de duros, obtenidos mediante un pequeño aumento en el impuesto sobre el carbon. Ya he indicado que esta iglesia es una imitacion del San Pedro de Roma; pero si vista por fuera recuerda en efecto la soberbia basílica vaticana, vista por dentro parece... cualquier cosa, menos una iglesia. La planta del edificio tiene la forma de una cruz: en el punto de interseccion de sus dos brazos estriba la cúpula, que es altísima. Helado se queda uno al entrar en aquella inmensa nave, desnuda de todo ornato, con sus paredes blancas sin carácter alguno, y como aguardando á que se la destine al objeto para que ha debido ser construida, pues no se concibe que se haya labrado toda aquella piedra y se hayan gastado todos aquellos caudales para hacer un gigantesco salon y dejarlo así. Este es, en lo humano, uno de los mas tristes efectos del culto adoptado, mejor diria abolido por las sectas protestantes: so pretexto de rechazar toda idolatría, como dicen sus *ministros*, generalmente buenos maridos y excelentes padres de familia, lo que rechazan de sus templos es toda belleza, toda poesía, todo lo que puede exaltar la imaginacion y elevar el alma. Una Biblia en lengua vulgar, unos cuantos bancos y un púlpito de madera, hé aquí todo el aparato que requiere el culto anglicano. Como es difícil llenar con esto un área de sobre 2,500 piés, el templo de San Pablo viene á ser tambien una especie de panteon y un conato de museo de escultura. A veces se le da además un destino político. Aquellas altas bóvedas, revestidas todo el año de una majestad glacial, suelen animarse en ciertos dias con los clamores profanos de algun *meeting* ó con las luchas electorales de los *hustings*.

XLIV

Sucursal de la abadía de Westminster en el concepto de panteon consagrado á todas las glorias nacionales, San Pablo contiene multitud de monumentos de hombres ilustres en todas las carreras. Entre ellos llama la atencion uno muy magnífico, obra del célebre Flaxman, dedicado á Nelson.

¡Tambien Nelson allí!...

Sus despojos mortales yacen en una bóveda, debajo del coro, junto á los del arquitecto Wren y los de los ilustres pintores Reynolds y Lawrence. Obra de Flaxman es tambien el sepulcro monumental del almirante Howe, enterrado igualmento en esta iglesia.

XLV

Para ver bien los frescos de la cúpula, que representan varias escenas de la vida de San Pablo, es preciso subir á la galería llamada de los ecos (*whispering gallery*), lo cual cuesta la módica suma de seis peniques. Y á propósito, no basta advertir, como dije al hablar de la Torre de Lóndres, que aquí no se ve nada de balde, pues pudiera creerse que todo se reduce á pagar la entrada cuando se va á visitar algun edificio público, lo cual es ya algo duro, pero tolerable al cabo. La broma es mas pesada: pagar la entrada es lo de menos; lo peor es que luego hay que volver á pagar á cada nuevo punto del edificio que uno vi-

sita, por manera que hay que ir siempre con el bolsillo en la mano, — ó con la mano en el bolsillo, como se quiera. — En San Pablo, lo mismo que en todas partes, los precios están sujetos á tarifa : tanto por visitar las capillas; tanto por bajar á las bóvedas; tanto por subir á la torre; un poco mas por ver el reloj; todavía mas por encaramarse con peligro de la vida hasta el interior de la misma bola con que remata el edificio, que tiene seis piés de diámetro, y desde donde se disfruta tambien un admirable panorama de Lóndres.

XLVI

Las pinturas de la cúpula son obra de James Thornhill, á quien los ingleses llaman su mejor pintor de historia; algunos añaden que no es solo el *mejor*, sino el *único* que tienen, ó mas bien tuvieron, pues pertenece al último tercio del siglo XVII. Thornhill recuerda la grandiosa manera de Rubens y su valiente colorido : los frescos del hospicio de Greenwich pasan por sus mejores obras. Recuerdo haber leido en una biografía de este pintor una anécdota curiosa que se refiere á estas pinturas de San Pablo. Thornhill las ejecutaba subido en un andamio, sobre el cual, segun costumbre, se le habia dispuesto un gran tablado sin barandilla. Un dia, para juzgar del efecto á cierta distancia, de una figura que acababa de pintar, iba como suelen los artistas, mirándola y andando hácia atrás al mismo tiempo, todo embebecido en su contemplacion y olvidado de la citada ausencia de barandilla. Ya llegaba al mismo borde del tablado é iba á poner un pié en el vacío, cuando un su

amigo que estaba allí con él y lo advirtió de pronto, juzgando con rara serenidad que todo aviso seria ya inútil ó serviria solo tal vez para precipitar la catástrofe, asió una brocha llena de color, y precipitándose sobre la pintura fresca todavía, deshizo con un chafarrinon la cabeza de San Pablo.

— ¿Qué haces? exclamó Thornhill fuera de sí, arrojándose como un leon sobre su amigo.

— ¡Salvarte la vida! respondió este con la majestad de un antiguo romano.

Desgraciadamente para la autenticidad de esta anécdota, la misma exactamente se cuenta de otros muchos pintores célebres colocados en iguales circunstancias; de donde deduzco que el referido suceso, como tantos otros, *se non è vero, è ben trovato.*

XLVII

Alrededor del templo, circundado por una gran verja, se extiende un terreno cubierto de yerba, entre la cual brillan de trecho en trecho algunas losas sepulcrales. Aquel espacio es un cementerio. Aquí los hay en todas las parroquias; peculiaridad tambien de este pueblo, que solo he visto en Inglaterra, la de enterrar á los muertos en medio de los vivos. En todas partes pasa esta costumbre, universal en Europa hasta fines del siglo pasado, por contraria á la salubridad pública, y en tal concepto está abolida, á lo que creo, en todo el continente; aquí se conserva como tantas otras reliquias de la edad media, en medio de la admirable civilizacion moderna, y nunca he

oido decir que produzca inconveniente alguno. Consistirá acaso en el clima, ó puede que realmente baste depositar los cadáveres á cierta profundidad en el seno de la madre comun, para que no haya peligro de que inficionen la atmósfera con miasmas deletéreos. Dado que esto sea así, y aquí lo es sin duda, paréceme que una de las libertades lícitas deberia ser la de poder uno irse á vivir, si tal es su voluntad, al lado de un cementerio, por manera que con solo asomarse á la ventana ó salir á la calle, tenga á la vista el sepulcro querido de un padre, de un hermano, de un amigo. Aquí los que habitan alrededor de las iglesias parroquiales tienen por vecinos á los muertos á quienes amaron en la tierra. — De esta comunicacion diaria con los que nos han precedido en el camino de la eternidad, dado que no perjudique al cuerpo, ¿puede resultar algun mal? no lo creo, antes bien la juzgo provechosa. Una de las cosas mas necesarias en la vida, es acordarse con frecuencia de la muerte. No hay práctica mas eficaz para comprender bien y aprovechar estas admirables palabras del divino código de la *Imitacion de Jesucristo* (cáp. XXIII) :

« Oh dureza estúpida del humano corazon que solo « mira á lo presente y no se acuerda de lo venidero, cuan-« do por el contrario deberíamos comportarnos en todos « nuestros actos y pensamientos cual si hubiéramos de « morir hoy! »

Y en efecto, al *ver* una sepultura, es difícil no acordarse de que todos hemos de pasar por ese angosto camino, dentro de algunos años, de algunos meses, mañana tal vez, acaso hoy... ¿Quién sabe?

XLVIII

He hablado poco antes del club de la *Union*. Bueno será decir algo sobre esta clase de establecimientos.

Los *clubs* son una verdadera institucion inglesa, encarnada ya en los costumbres de este pueblo, y que en nada se parece á lo que con el mismo nombre se designa en otros paises. En todos, menos aquí, á esa palabra va unida cierta idea de conciliábulo secreto, de conspiracion tenebrosa, de donde nace el terror que inspira á las gentes pacíficas, acostumbradas á leer en los periódicos ministeriales frases por este estilo : *Los trabajos subterráneos de los clubs..... Una juventud extraviada por las doctrinas anárquicas de los clubs..... Corren siniestros rumores de que los clubs están prontos á echarse á la calle...*

Aquí estas frases, tan vulgares todavía en el continente, carecen de sentido; y no porque los *clubs* esten privados de toda significacion política, lejos de eso! ni dejen de influir grandemente en la cosa pública, sino porque lo hacen de una manera ostensible, cual corresponde á los pueblos libres, sin la clandestinidad humillante, aunque necesaria, que corrompe y degrada todos los actos de las naciones sometidas al despotismo. En ellas los clubs, sinónimos de las sociedades secretas, — espectro tantas veces evocado en defensa del órden público cuando nada amenaza perturbarle, y puñal siempre aguzado en la sombra contra ese mismo órden público cuando suele creerse mas seguro, peligro en suma siempre suspendido sobre la cabeza de los gobiernos opresores —, los clubs ó sea las sociedades secretas, digo, en los pueblos sometidos

al despotismo, son una *necesidad.* Las conspiraciones han sido en todos tiempos el fruto natural é inevitable de la opresion. Siempre que no hay libertad, se conspira en secreto, — ó por mejor decir, solo entonces *se conspira* : y hay casos en que obrar así es cumplir con un deber de buen ciudadano, á diferencia de lo que sucede en los países regidos por instituciones libres, donde la conspiracion es siempre un crímen. Aquí nadie conspira, al paso que otros países están infestados de sociedades secretas y de todo linaje de conspiraciones. Todo se malea con la opresion : el inofensivo *club* de los ingleses se convierte con ella en las *terroríficas* juntas secretas de donde han salido tantos fanáticos, ora verdugos, ora mártires, en Francia, en Italia, en Alemania y en nuestra España.

XLIX

¿Es posible concluir con las sociedades secretas, nidos de conspiraciones? de una manera absoluta, entiendo que no; pero se puede, y es fácil, reducirlas á ser en la vida social una rarísima excepcion. Ya lo son en España, gracias á Dios : desaparecerán del todo el dia en que lleguen á ser del todo inútiles, es decir cuando, completamente arraigados en nuestro suelo los nobles hábitos de la libertad, las conspiraciones solo conduzcan á la cárcel y al descrédito, nunca á las riquezas ni al poder, y aun todavía menos al aprecio de las gentes : enfin, cuando el gobierno y el país esten hasta tal punto animados de un mismo espíritu, que conspirar contra el primero sea lo mismo que conspirar contra el segundo. Como se ve, el

plazo va largo, pero él llegará. A la manera que la esclavitud, reliquia de los tiempos bárbaros, va desapareciendo en América, allí donde la adopcion de nuevos y mejores métodos de cultivo la va haciendo inútil, así las conspiraciones desaparecerán del mundo en razon de su inutilidad, con la introduccion de mejores prácticas de gobierno. Cada progreso en el órden material trae necesariamente otro en el órden moral.

L

Bajo el reinado de Isabel tuvieron orígen los clubs en Inglaterra : los primeros fueron meramente literarios. El mas antiguo de que hay memoria se reunia en una *taberna* (fonda ó bodegon) de ***Friday-street*** y es fama que su fundador fué Sir Walter Raleigh y que de él fueron individuos, entre otros célebres ingenios, Shakspeare, Ben Johnson y Fletcher. Otros muchos siguieron el ejemplo, pero todas aquellas alegres reuniones cesaron en tiempo de Cromwell, como incompatibles con el austero puritanismo de aquellos tiempos; y no volvieron á florecer hasta el reinado de Cárlos II. Los ilustres nombres de Dryden, Addison, Samuel Johnson, Pope suenan en la historia de los mas afamados clubs de Lóndres, desde aquella época hasta fines del pasado, — historia que nos han conservado las cartas de Sir Horacio Walpole y los curiosos artículos del *Spectator*, del *Tattler*, del *Guardian*, primeros ensayos del periodismo, cuyos creadores fueron Addison, Steele y Congreve, y que tanto ha cundido por el mundo hasta llegar á ser en algunos países (no en Es-

paña) un poder del Estado. El club literario mas célebre del siglo pasado fué el que fundó Johnson en 1764 en la taberna de la Cabeza del Turco (*Turk's Head*), en *Gerard-Street*, *Soho*: á él pertenecieron los primeros escritores de aquella época fecunda, Sheridan, Swift, Goldsmith, Burke, Gibbon, y tambien el célebre pintor Reynolds y el *Roscio inglés*, — como llaman al eminente actor Garrick sus paisanos.

LI

Los clubs políticos datan del reinado de Cárlos II. Su influencia sobre el gobierno del país ha sido grandísima en ocasiones, y de uno de ellos, el famoso *Kit-Cat-club*, decia Horacio Walpole que sus individuos, aunque pasaban no mas que por unos alegres bebedores, eran en resumidas cuentas los verdaderos patriotas que habian salvado á la Gran Bretaña. A él pertenecieron los ilustres Daniel de Foe y Bolingbroke. Por lo demás, no hay para qué decir que la excentricidad característica del pueblo inglés se descubre en la extravagante constitucion de algunos antiguos clubs, de que ya no queda mas que el nombre: así han existido hasta hace poco tiempo, segun multitud de testimonios, el club de los *Gotosos*, — el de los *Melancólicos*, — el de los *Flacos*, — el de los *Gordos*, — el de los *Jorobados*, — el de los *Usureros*, — el de los *Feos* (*Ugly-club*), — el de los *Desnarigados* (*No-nose-club*), — el de los *Enanos*, — el de los *Altos*, — el de los *Espadachines*, etc., etc. Uno de los mas originales es el que todavía existe, segun he oido asegurar, *de los Poetas silbados* (*The Unsuccessful-club.*). Si la silba no ha sido

incontestable y completa, la admision del candidato encuentra serias dificultades; pero si le han silbado con furor, si el público no ha dejado concluir la obra ó ha tirado las lunetas á la escena, se le recibe por aclamacion, con entusiasmo. El presidente lleva como distintivo de la sociedad un silbato de plata en el ojal de la levita. Me inclino á creer que todo esto es broma, aunque lo he oido contar con mucha formalidad á personas que aseguran *haberlo visto;* solo que aquí, como en todas partes, hay muchas gentes que se dedican á lo que D. Alberto Lista llamaba el *género histórico*,—esto es, á no decir la verdad. Lo que sí creo es que realmente existió en tiempo de la reina Ana el llamado *Mohock-club*, asociacion de calaveras de la peor especie, cuyas fechurías han dejado fama en Lóndres, y que debia tener alguna analogía con nuestra antigua *compañía del Trueno* que tambien se distinguió por sus diabluras en los últimos años del rey Fernando.

LII

Todo esto ha desaparecido. En el dia hay dos clases de clubs; unos, resto de la primitiva institucion, fundados por un empresario particular, y que vienen á ser unas especies de casas de juego disimuladas (*subscription-clubs*) (de estos quedan ya muy pocos); y otros, en crecidísimo aumento, cada dia mayor, que son el producto de la asociacion de un cierto número de personas unidas por aficiones ó intereses comunes (*club-houses*). Nuestros casinos son una imitacion de estos establecimientos, pero muy desfigurada, muy inferior al original. En nuestros casi-

nos, por lo comun, no se hace mas que fumar, jugar y perder el tiempo : en los clubs ingleses se hace tambien todo eso sin duda, — pero no es *eso* lo principal, sino lo muy accesorio y acaso la excepcion. Algunos de esos clubs son magníficos palacios, donde por un precio relativamente módico, los socios viven como príncipes : creo que el mejor es *Carlton-club*, en Pall-Mall. Siguen en órden de riqueza y elegancia, no solo en lo interior sino en lo exterior de los edificios (elegancia y riqueza de que es difícil formarse idea no habiéndolo visto), el *Arms and Navy club-house*, el de la *Reforma*, fundado en 1840, — el de los *Viajeros*, — el de la *Universidad*, — el *Ateneo*, — el de la *Union*, — el *Arturo* y el *Oriental*. Es rara aquí la persona acomodada que no pertenece á algun club ; así es tan considerable su número en Lóndres y en todas las grandes poblaciones, en las que suplen, creo que con ventaja, á las fondas y á los cafés tan abundantes en las ciudades del continente y aquí tan escasos. Digo que los suplen con ventaja, porque ofrecen mas recursos, una sociedad mucho mas escogida y mayor órden, mas compostura y silencio. El que reina en estos clubs suele ser profundo : aquí cada cual respeta el silencio de los demás y quiere que respeten el suyo ; rasgo esencial del carácter británico, amigo de la justicia y apasionado del órden. Por eso el inglés es el mas *clubbable* de los hombres, segun la expresion de Johnson.

Creo que solo aquí se conoce el tipo del *club-man*, producto de las costumbres modernas, — esto es, del hombre que pasa su vida en su club, y para quien este es la casa, la patria, el mundo. En este caso están muchos solterones. La verdad es que salvo la amable presencia del sexo her-

moso, vedada en todo club, nada falta en estos establecimientos para hacer llevadero el celibato aun al hombre mas descontentadizo. Todo está admirablemente calculado para el *comfort* de la vida, — un poco ó un mucho egoista.

LIII

Réstame solo, para dar una sucinta idea, de lo que he llamado una institucion inglesa, pues en efecto aquí nació y de aquí ha cundido mas ó menos por toda Europa, recordar el *debating-club*, muy usado en Inglaterra entre los jóvenes que se dedican á la carrera parlamentaria ó al foro, y que equivale próximamente á nuestras academias de ejercicios, ya de oratoria, ya de poesia; — y añadir que hay tambien otros clubs que tienen por instituto la publicacion de obras útiles ú otros objetos científicos. Es notable entre ellos el *Alpine-club*, que tambien se llama *Climbing-club* (club de los Trepadores), porque sus individuos rivalizan en intrepidez para trepar á las cumbres de los Alpes con el fin de recoger en ellas pedruscos desconocidos y plantas raras. Este es uno de los innumerables casos en que la llamada originalidad inglesa no es otra cosa mas que la capa con que se viste el hermoso amor de la ciencia, — el noble anhelo de ver, de descubrir, de dominar.....

LIV

Southampton, abril 1856.

EN LA ORILLA DEL MAR.

En los paseos que á solas
Doy del mar por la ribera,

Entre el rumor de las olas
Oigo una voz lastimera.

¿Qué dice ese sordo acento
Que de la mar se levanta?
¿Es un himno ó un lamento?
¿Es voz que llora ó que canta?

Acaso la mar se alegra
Cuando al llegar á la orilla,
Cada ola verdinegra
Se lleva alguna arenilla,

Y la arenilla arrastrada
Que de la costa se aleja,
Al canto de la oleada,
Mezcla su doliente queja,

Cual forma triste concierto
Del tigre con los rugidos,
Apresada en el desierto
La gacela con gemidos.

Acaso tambien la mar
Con rabia impotente grita
Cuando algun rayo solar
Alguna gota le quita,

Cual montesino zagal
Que una res de su manada
Ve del águila caudal
En las garras remontada,

O cual caudillo indignado
Que de su hueste las alas
Ve de enemigo emboscado
Ir cayendo entre las balas.

¡Ah! ¡quién pudiera entender
De las cosas el lenguaje
Con que al Infinito Ser
Tributan pleito-homenaje!...

¡Oh mar! oh mar! cuando gimes
So el peso de algun dolor,
¡Qué lamentcs tan sublimes
Le alzará tu gran clamor!...

¡En cuán delicioso idioma
Deben decirte sus penas,
Señor, la blanca paloma
Y las blancas azucenas!

Mas brillante á tu presencia
Que su luz, llega sin duda
Del sol la inmensa elocuencia
¡Ay! para nosotros muda.

¿Quién sabe cuánta enseñanza
De ciencia y de poësía,
Cuánta fe, cuánta esperanza
I dulce filosofía,

Los humanos encontraran
Si las lenguas misteriosas
A descifrar alcanzaran
De todas, todas las cosas?

Lo que acarreando el grano
Van diciendo las hormigas;
Lo que el aura en el verano
Dice á las rubias espigas;

Del trueno el hórrido estruendo,
La voz de los vendabales,
La de la lluvia cayendo
En las losas sepulcrales,

De la tórtola el arrullo,
De la serpiente el silbido,
Del arroyuelo el murmullo
Y de la mar el bramido,

Triste, alegre, ronco ó suave,
Del cielo, el agua ó la tierra
Cualquiera rumor ¿quién sabe
Cuántos misterios encierra?...

*

Tú acaso sabes, ¡oh mar!
Ese misterio profundo,
Tú que á Dios viste formar
Las maravillas del mundo.

Ya la luz recien creada
Solo existíais los dos:
Aun iba sobre la nada
El espíritu de Dios:

¡Oh mar! del orbe en la infancia
Sin duda que en todo habia
Como una dulce fragancia
Y una inefable armonía,

Que de la divinidad
En cada espléndido acto,
Cual flor de virginidad
Dejó el reciente contacto.

Tu infancia, ¡oh mar! alcanzó
Aquella edad inocente
En que Dios se complació
En las obras de su mente.

Los campos, las flores bellas,
¡Oh mar! tú viste nacer,
Y la Luna y las estrellas
Y al hombre y á la mujer.

Acaso un recuerdo aun tienes
De aquellos tiempos felices,
Y su hermosura y sus bienes
En tu murmullo nos dices!

Ese recuerdo que aun dura
En tu hondo pensamiento
Es el que da esa dulzura
Tan misteriosa á tu acento,

Y por eso algunas veces
Con tu lánguida armonía,

Nuestras penas adormeces
Y exaltas la fantasía.

¿Dónde hay placer como estar,
En una noche serena,
A tus orillas, ¡oh mar!
Tendido sobre la arena,

Tu inmensidad contemplando
O con religioso anhelo
Las pláticas escuchando
Del aire, el agua y el cielo?

Todo á tu lado es delicia
Para quien tu encanto siente;
Como materna caricia
Pasa el aura por su frente.

Los destellos de la Luna
Que en tu espejo se retrata
Van tus olas una á una
Trocando en líquida plata.

Del éter vago, insondable,
Las esplendorosas luces,
En tu superficie instable
Sin término reproduces.

Dulce, involuntario llanto
Humedece la mejilla,
Y exclama el ánima en tanto:
Maravilla! Maravilla!...

Yo á lo menos que he sabido
Siempre tu encanto sentir;
Yo que en tu márgen nacido
Quisiera en ella morir,

Cuando en la noche contemplo
La inmensa escena marina,
Santo y magnífico templo
De la majestad divina,

Extático alzarme creo
De los climas terrenales,
Y de luz radiantes veo
De otro mundo los umbrales...

Hasta que de la resaca
El rumor con el del viento,
Quebrantado al fin me saca
De mi dulce arrobamiento,

Y entonce á una senda nueva
Otra ilusion mas sombría,
Esclavizada se lleva
Mi movible fantasía....

*

Tal vez el ronco fragor
Que de tus olas sonoras,
¡Oh mar! con frio terror
Oigo en las nocturnas horas,

Es el quejido que apagan
Los clamores con que atruenas,
De los náufragos que vagan
Por tus profundas arenas.

Lívidos, desencajados,
En mi ilusion me imagino
Verlos huir acosados
Por algun monstruo marino,

Y oigo sus largos lamentos,
Y los contemplo otras veces
Siendo sus miembros sangrientos
Pasto de voraces peces.

¡Míseros! ¿porqué clamais
La voz dirigiendo á mí:
Los que en los muertos pensais
Volved los ojos aquí!!!?...

¡Míseros! mas ah! ¿qué digo?
Insensato devaneo!...
Con tristes ojos los sigo
Y socorrerlos deseo...

Así cerrando el oido
A la severa razon,
Va mi espíritu perdido
De ilusion en ilusion.

*

¡Oh creacion soberana,
Mar, de la mente suprema!
De la condicion humana
Grande y misterioso emblema!

Esa eterna agitacion
A que vives condenado
Es de nuestro corazon
Tambien el continuo estado.

Tambien los hombres tenemos
Bonanzas y tempestades
Y mal grado obedecemos
Superiores voluntades.

Tambien queremos romper
Alguna vez la barrera
Que puso el Supremo Ser
A nuestra mente altanera,

Como tú quieres ¡oh mar!
Cuando tu cárcel te irrita,
El arena traspasar
Que tus términos limita.

Igual es nuestra locura,
Igual nuestro atrevimiento:
La pena en ambos segura
Nunca engendra el escarmiento.

¡Delirio y vana osadía!
Tú al firmamento te lanzas,

Y á tí el hombre te confía
Su vida y sus esperanzas.

Sus veleras naves hienden,
¡Oh mar! tus brillantes olas
Y al aura vaga se tienden
Sus gallardas banderolas.

Ufanas y alegres van
Soñando prosperidades...
Mas ¡ay! que ya el huracan
Amenaza tempestades.

Ya á bordo de los navíos
Se oyen plegarias dolientes,
Se ven los rostros sombríos,
Se oyen rechinar los dientes...

Ya ¡oh mar! por tus aguas flota
¡Cuánto tesoro arrojado!
Luego ¡cuánta nave rota!
Cuánto marinero ahogado!!...

¡Horror! ¿quién podrá contar
La infinita multitud
De los que han ido á encontrar
En tí un inmenso ataud?...

No fuera mas vano anhelo
El que contaros quisiera,
Fúlgidos astros del cielo,
Flores de la primavera!

¡Oh mar! con ese vaiven
Que hace un tan triste concierto,
¡Cuántas ciudades tambien
So tus aguas has cubierto!

¿Qué se ha hecho, dó se esconde
Tiro la soberbia? Ya
¿Qué es la gran Cartago? En dónde
La antigua Atlántide está?

Tú lo sabes, mar profundo,
En cuyo centro se encierra
Un desconocido mundo
Que fué algun dia *la tierra!...*

¡Ah! cuál un tiempo halagabas
A esas ciudades que fueron!...
Cuán falaz les ocultabas
El destino que tuvieron!...

Arrullaban sus grandezas
Tus puras ondas canoras;
Las colmabas de riquezas,
Las llamaste tus señoras,

Y luego con furia impía
Las devorastes!... ¿Y quién,
Quién sabe ¡oh mar! si algun dia
Nos devorarás tambien?...

Como el tiempo irresistible,
Y como Dios insondable,
A veces tan bonancible,
A veces tan implacable,

¡Oh mar, que unidas presentas
Belleza é inmensidad,
Y tu poderío ostentas
Como una divinidad!...

Yo inclino ante tí la frente
Y acaso te adoraría,
Si ya al Ser Omnipotente
No adorase el alma mia.

Solo Él, mas que tú, se lleva
Tras sí mi imaginacion:
Solo la suya me eleva
Mas que tu contemplacion.

Mas ¡oh Señor! nunca admiro
Tanto tu inmenso poder,
Como cuando absorto miro
El mar á que diste ser...

El mar aquí, y en los cielos
El sol, porque entrambos son,
Cual dos gigantes gemelos,
Los reyes de la creacion.

LV

Southampton, 23 de abril 1856.

EXTRACTO DE UNAS CARTAS A UN AMIGO.

..... « Hoy he disfrutado un espectáculo que ciertamente en muchos años no volverán á ver los nacidos y del que en vano me esforzaria por darte cabal idea, careciendo como carezco de los conocimientos especiales que requeriria su fiel descripcion, y no sintiéndome con fuerzas para levantar mi humilde estilo á la poética altura desde donde deberia contemplarse tan grandioso cuadro : hablo de la gran revista naval que acaba de pasar la reina Victoria, en *Spithead*, entre Portsmouth y la isla de Wight, á la escuadra que estaba dispuesta para la próxima campaña del Báltico, y que ya, á Dios gracias, no tiene objeto. Figúrate, en un dia hermosísimo, digno de nuestro Madrid, un espacio de ocho millas de mar surcado por mas de 600 naves de todas clases y portes, modelos acabados de buena construccion y de esa admirable disciplina inglesa á bordo, gloria y legítimo orgullo de esta nacion, en lo cual entiendo que se aventaja á todas : figúrate en las costas, en el muelle de esta bonita ciudad y en multitud de barcos alrededor de la escuadra, sobre 300,000 espectadores, el estruendo de mas de 3,000 piezas de artillería, los *hurras* de millares de marineros simétricamente formados en las vergas y destacándose como hileras de puntos negros sobre el limpio azul del firmamento ; y en medio de aquellas largas filas de naves, colocadas con perfecta ordenanza

como los batallones en un campo raso momentos antes de empezar la batalla, el precioso yacht real *Victoria-Alberto* en que iba la reina con su familia, circulando entre unas y otras líneas con la compasada regularidad del trote de un corcel. Una elegante flotilla le seguia formando su estado mayor. La alegría, el entusiasmo brillaban en todos los semblantes, alegría muy natural, entusiasmo fácil de comprender en los dueños de aquel prodigioso aparato bélico que les asegura el respeto del mundo, reservado solo á los *fuertes* hoy lo mismo que en todos tiempos: á pesar de los decantados progresos de la ciencia del derecho, la fuerza es siempre en la práctica el mejor derecho y el mas generalmente respetado. — Excuso decirte cuan tristes reflexiones nos inspiraba aquel espectáculo á los pocos españoles que nos hallábamos allí desde por la mañana disfrutando á bordo del magnífico vapor el *Alma*, de 2,500 toneladas, la espléndida hospitalidad de los directores de la *Compañía peninsular y oriental*, dueños de aquel y de otros muchos buques, contratados aquel dia por el gobierno para el servicio de la revista. Ang.... y yo habíamos sido convidados por uno de los directores de la Compañía, hijo del fundador de esta, nuestro compatriota y excelente amigo el señor Zulueta, conde de Torre Diaz. Con él salimos ayer de Lóndres y nunca podria encarecerte bastante los obsequios y atenciones que le estamos debiendo.....

« El señor Zulueta, padre de nuestro anfitrion, era como nosotros, un emigrado, un liberal del año 1823, un hombre de mucha inteligencia y gran probidad, que habiendo encontrado en Inglaterra el refugio que le negaba su patria, se fijó en Lóndres, y entre otras empresas vastísimas

que han dado á esta nacion honra y provecho (la suya estaba muy sobrada de uno y otro, y por eso sin duda le arrojó de su seno con desden!), fundó la ya referida compañía peninsular y oriental que ha prosperado admirablemente y hoy posee una marina muy superior á la de algunas naciones. — Luego — ¿á qué negarlo? — la vista de aquel órden tan perfecto, de aquella disciplina tan severa me traia á la memoria dolorosos recuerdos de nuestra tierra, recuerdos de cosas que en ella son posibles y aun frecuentes, y que aquí ni siquiera se comprenden : esta gente se queda con la boca abierta cuando las oye contar ó las lee en nuestros periódicos. A uno de los españoles que estábamos allí, se le ocurrió decir por broma á un inglés amigo de todos nosotros : — ¡Qué bueno fuera que al almirante que manda este simulacro (el del ataque de una fortaleza por las fuerzas sutiles con que ha concluido la funcion) le diese en un rapto de patriotismo la ventolera de pronunciarse con su gente y de obligar á la reina á cambiar el ministerio ó á jurar esto ó lo otro!...— Despues de mucho afan para explicar á nuestro isleño lo que queríamos significar con eso de *pronunciarse* un jefe militar en un acto del servicio, y de haber él exclamado varias veces con indignacion :— *¡Oh shame! ¡shame!* (¡qué vergüenza!), nos respondió con una reflexion muy exacta : — Eso que Vds. suponen, *no puede* suceder aquí, y la prueba de que no puede suceder es que *tenemos esa escuadra.* ¿Cómo la habíamos de tener si no fuéramos una gran nacion? ¿y cómo habíamos de serlo, si *eso pudiera* suceder aquí? Lo somos, porque eso no puede suceder; el dia en que pudiera, dejaríamos de serlo, y de tener escuadras como esa...

« ¿No te parece que mi inglés discurria muy atinadamente? Por mi parte, lo digo sin acordarme de ningun caso determinado, sin acusar á nadie, sin ira, sin resentimiento alguno (tú sabes que mi corazon no lo abriga) : — creo firmemente que en aquellas palabras está la verdadera clave de nuestra decadencia nacional. Si tan desairado papel hacemos en el mundo como nacion de *segundo* órden, con un territorio casi dos veces mayor que el de Prusia, que lo es de primero, con *cuatrocientas ochenta y seis* leguas de costas en dos mares y con tantos dones naturales como nos ha prodigado la Providencia, lo debemos en gran manera á que siempre es posible entre nosotros la disolvente hipótesis sentada esta mañana por mi amigo...

« En un rapto de *patriotismo* suponia este que se hubiera pronunciado el jefe de la escuadra ; y ya aquí, al explicar á nuestro inglés la intencion irónica del vocablo que dejo subrayado, todos nuestros esfuerzos para hacérsela comprender fueron perdidos : no podia entrar en su cerebro que á las hermosas palabras *patriota*, *patriotismo*, que en esta tierra significan cosas de todos veneradas, casi santas, pudiese en la nuestra ir aneja una idea sarcástica, una especie de vituperio. — Todo esto le parecia una profanacion absurda y odiosa de los sentimientos mas sagrados, y te aseguro que, á mí, sin ser inglés, me parece lo mismo cuando lo pienso á sangre fria. La verdad es que se necesita padecer una rara aberracion de espíritu para haber hecho del nombre de patriota un dicterio de partido.

« Muchas veces te he dicho que esta gente suele discurrir de un modo que en nuesta tierra pareceria muy particular. Así como ellos no comprenden siquiera cosas que á

nosotros nos parecen muy naturales y muy corrientes, así ellos á su vez tienen originalidades que á nosotros nos cuesta trabajo comprender. Una de ellas es su confianza en la ley: otra el profundo sentimiento que tienen de su libertad. Hablo del inglés rancio y genuino, del que nunca ha salido de su isla. Estos hombres se desternillan de risa, ó se indignan, segun los genios, cuando nos oyen decir que en el continente se necesita para hacer un viaje cualquiera, obtener de la policía un papel que se llama pasaporte, el cual tiene uno que ir enseñando cada vez que se lo piden. Nuestro amigo P..... contaba un dia delante de mí á uno de estos ingleses á macha martillo, *de como* una órden ministerial ó como nosotros decimos, una *real órden*, le habia obligado á expatriarse. Ya supondrás que la cosa no me sorprendió ni poco ni mucho; lo que sí me dejó estupefacto fué oir á mi inglés preguntarle muy serio:

— «¿Por qué no acudió Vd. á un magistrado?

«¡Oh sencillez digna del siglo de oro! ¡Acudir á un magistrado!... Despues de explicar muy á duras penas á nuestro hombre lo improcedente de su pregunta y la perfecta inutilidad de semejante recurso, se me ocurrió decirle: — ¿Y qué haria Vd. si le sucediese una cosa así?

— «Es imposible.

— «Pero en fin, si sucediera, si viniese un delegado del ministro y le echase á Vd. mano, ¿qué haria Vd.?

— «*To knock him down*, me replicó haciendo el expresivo ademan de derribar á un hombre al suelo de un puñetazo.

«Hé aquí una de las cosas que juzgo difíciles de comprender y que aquí comprende y hace cualquiera: —¡un

puñetazo dado á un agente de la autoridad por respeto á la autoridad, ó mejor dicho, por amor á la ley!—La ley es aquí tan respetable y santa, que nadie consiente que sea atropellada en los otros ni en sí mismo. Todo ciudadano inglés se considera un defensor obligado de las leyes; pero ya supondrás que aquí no se consideran leyes los antojos de un ministro, de un gobernador, de un comisario de policía: nada menos que eso. — ¡Son tan originales estos ingleses!....

« El objeto de la revista de que te iba hablando ha sido satisfacer en algun modo el orgullo nacional, herido de una paz que, como ya te dije en mi última, no es popular en Inglaterra. Esta gran nacion ha querido demostrar al mundo que si ha ajustado la paz, no ha sido porque le faltasen medios para guerrear, y sacrificando á este sentimiento de amor propio grandes intereses pecuniarios, ha llevado adelante sus aprestos bélicos, aun despues de saberse ya oficialmente que eran innecesarios, lo mismo en todo y por todo que si hubiera de haberse entrado en campaña esta primavera. Hasta el último momento se ha estado trabajando en los arsenales dia y noche, aun los *domingos*, desacato grave en Inglaterra y que ha provocado interpelaciones puritanas en el parlamento. — Lo que mas ha llamado la atencion en la revista ha sido las nuevas baterías flotantes destinadas al ataque de Cronstadt, y cuya invencion se atribuye al emperador de los franceses. Segun me han dicho A... y N..., distinguidos marinos de nuestra armada que han asistido conmigo á la funcion á bordo del *Alma*, se calcula que esas baterías podrian lanzar á una plaza 418,000 proyectiles de sol á sol.

« Gracias á la divina Providencia, ya ha quedado apla-

zada para... ¿quién sabe cuando? la accion asoladora de este invento napoleónico : otra satisfaccion mas dulce que la de ver *funcionar* las nuevas baterías flotantes, disfruta el emperador en estos momentos. ¡Oh monarca verdaderamente afortunado! Su hermosa consorte, la elegida de su corazon, no la casi desconocida esposa que la fria *razon de Estado* suele llevar al tálamo de los príncipes, le da descendencia cuando ya apenas la esperaba, y esa descendencia es un varon, y ese varon tan deseado, viene al mundo casi en los momentos de firmarse la paz! ¿Querrás creer que aquí, entre estos hijos de Albion tan frios y tan graves, el feliz alumbramiento de la emperatriz Eugenia ha excitado poco menos entusiasmo que en París? Durante muchos dias no se ha hablado de otra cosa.

« No tan bien acogida como el nacimiento del príncipe imperial ha sido aquí la paz, firmada, como sabes, en París el 30 del pasado, y que una salva de cañonazos nos anunció en Lóndres aquella misma noche á las diez en punto. Excuso decirte que todo el mundo sabia ya el suceso y, francamente, la alegría no podia ser *menos general* : desde que la paz empezó á ser una cosa probable y mas aun desde que es un hecho consumado, no se ven por aquellas calles y por estas mas que caras largas y gentes encogiéndose de hombros con desden. Parece destino fatal de la noble nacion inglesa hacer un papel desairado en todo lo relativo á esa gran guerra de Oriente, cuya terminacion es sin duda uno de los mas felices sucesos con que Dios ha podido favorecer á Europa ; y cierto que el mal humor que manifiesta la Inglaterra sola en medio del alborozo universal, es un espectáculo triste y poco digno de ella.... Tan desgraciada me parece esta nacion en su modo de

acoger el fin de la guerra como lo ha sido en la guerra misma : acaso en este hecho se encuentra la explicacion de su actual conducta. John Bull , en efecto, está como humillado del triste papel que ha hecho en el Báltico : deseaba tomar una revancha en la próxima campaña, para ello habia acopiado inmensos recursos, y le duele, como es natural, ver inutilizados esos recursos y no muy bien parado su orgullo en vista de la inferioridad manifiesta en que ha quedado con respecto á los franceses en la Crimea. Ahí tienes, en mi sentir, la explicacion del sordo coraje con que la Gran Bretaña se retira hoy de la lucha contra Rusia, de que ha sacado además fuertes descalabros asombra el número de familias *de luto* que cuenta aquí la alta sociedad desde que empezó la guerra). Cuando considero la actitud de este pueblo en la cuestion presente, se me figura estar viendo un buen perro de presa que despues de haber recibido del toro algunos revolcones, tiene que soltar de mala gana la oreja en que acababa de hincar el diente y sale de la plaza volviendo atrás la cabeza y gruñendo, y casi á rastras, — pero sale al fin, porque así lo dispone el amo. El *amo* aquí, mal que le pese á la altivez británica, es Luis Napoleon : él ha hecho la paz, porque le convenia. Inglaterra se ha conformado porque no podia pasar por otro punto : nuevo motivo y no pequeño para acrecentar el mal humor de John Bull. Es triste tener que resignarse á hacer el segundo papel en el mundo cuando se ha estado haciendo el primero por mucho tiempo. Es evidente que la paz se ha ajustado hoy porque así le conviene á la Francia. Yo no sé si convenia tambien á Inglaterra ; creo que sí, como á todos ; pero de seguro no la deseaba. Ahora se consuelan sus periódicos

diciendo que esa paz es una *tregua* de pocos años y que al cabo la escuadra rusa del Báltico irá á pique ó arderá como la del mar Negro, pues ya te harás cargo de que esta es la gran cuestion, y de que el interés de la pobre Turquía entra por poco ó nada en el ardor belicoso de estos excelentes calculadores. El dia, ó mejor dicho, la noche en que se anunció en Lóndres la paz, á cañonazos (modo singular por cierto de anunciarla), pasé un rato delicioso en el *club* á que asisto, oyendo los comentarios que hacian sobre ella mis compañeros, casi todos hombres de negocios, y sin embargo, hoy mas batalladores que el Cid. Lo intempestivo de la hora á que sonó el anuncio (las diez de la noche, como ya te he dicho) y hasta la circunstancia de haber sido en domingo, dia que estos herejes santifican algo mejor que nosotros, todo contribuyó á aumentar el mal humor general. Esa coincidencia de firmarse la paz en domingo, y de *Quasimodo* nada menos, buscada sin duda en París como una oportunidad mas, ha sugerido á algunos chuscos, pues tambien aquí los hay, la idea de que esa paz no es válida *porque se ha firmado en domingo*, lo cual es verdad segun la legislacion inglesa, — pero la ocurrencia no pasa de ser uno de esos chistes algo frios con que, haciendo de tripas corazon, como suele decirse, echamos á risa algun contratiempo inevitable. — Un motivo muy sólido de consuelo tiene por su parte este pueblo, supuesto que los duelos con pan son menos, — y es la reciente incorporacion del vasto y rico reino de Ouda á las ya inmensas posesiones que domina en Oriente la Compañía de las Indias. Así á la chita callando ha absorbido Inglaterra un Estado de cuatro millones de súbditos, ha desposeido á un rey, muy malo segun dicen, pero muy le-

gítimo, dándole una pension para que se vaya á comérsela donde le acomode, con tal de que no sea en su reino, y todo esto se ha hecho sin que nadie haya tenido la menor cosa que objetar... Por mucho menos, si lo hubiese hecho una nacion mas débil, se habria armado en Europa la de Dios es Cristo. »

LVI

Southampton, 24 abril 1856.

2° Extracto.

..... « Nada te he dicho aun de esta ciudad, tan llena para mí de gratos y al mismo tiempo tristes recuerdos — (bien sabes que estas dos cosas no son incompatibles, aunque á primera vista lo parecen). Las penas y las alegrías andan tan mezcladas y confundidas en esta vida, que así como hay en ella alegrías tristes, hay tambien tristezas dulces. Recordando la ocasion que me trajo por primera vez á este pueblo, ya hace tiempo, despues de una penosa navegacion desde Lisboa, y lo bien que en él me fué, en este mismo *Radley-Hotel* desde donde te escribo, experimento ahora mismo aquella mezcla de sensaciones encontradas.—Southampton dista de Lóndres unos cuatro *cigarros* próximamente, segun el cómputo ordinario de las distancias, adoptado por nuestro amigo E.—; esto es, unas cuatro horas, de ferro-carril por de contado. Es uno de los puertos de mar mas frecuentados por los bañistas de Londres; pero no reune ni con mucho una sociedad tan elegante como Brighton. Al venir aquí se deja á la derecha

la pequeña ciudad de Chertsey, antigua córte de los reyes sajones y por la cual es fama que atravesó César el Támesis con su ejército; luego se pasa por Winchester, que es un pueblecito lindísimo al que acostumbran venir á veranear muchas familias de la capital, pertenecientes á la clase media, única que aquí veranea, pues ya creo haberte dicho que por lo general los grandes señores lo que hacen en el campo, es *invernar* : pasan en efecto los inviernos y los otoños en sus estados, y solo durante los meses de calor residen en Lóndres.

«En Southampton, fuera del espectáculo del mar, siempre nuevo y entretenido para los que habitamos tierra adentro, hay realmente poco que ver : aunque es ciudad antigua, carece de antigüedades artísticas. Antigua parece, pero no lo es, á pesar de su aspecto gótico y de sus vidrieras de colores, la primorosa capilla en que hoy hemos oido misa, única que hay aquí destinada á nuestro culto. No puedes figurarte la solemnidad, el aparato, la lentitud, sobre todo, con que en esta tierra, y en general, en todos los países protestantes, el clero católico celebra las fiestas y guarda los ritos de la Iglesia, no obstante los escasos recursos con que cuenta y que suple á fuerza de fervor. La necesidad constante de dar ejemplo y de competir con los otros cultos explican este hecho, del que suelen sacarse consecuencias que yo no saco ni apruebo : — no las saco, porque no las creo legítimas, y no las apruebo, porque las juzgo peligrosas...

« Visitados los astilleros, la hermosa calle llamada *High street*, la iglesia de San Miguel, la puerta de *Bar street*, la nueva capilla católica y, extra-muros, el hospital militar, que recuerda bastante el de Chelsea, ya poco impor-

tante queda por ver en Southampton. Internándose un poco en la bahía, como nos internamos ayer para ver de cerca la revista, se llega al frente de Portsmouth y se ve á la derecha la pintoresca y deliciosa isla de Wight, donde tiene la reina Victoria su residencia favorita de verano. »

LVII

3er Extracto.

« El espacio de mar comprendido entre las playas del Hampshire en que se alza Portsmouth y la isla de Wight, es lo que se llama *Spithead*, espaciosa bahía, primer teatro algun tiempo del gran desastre de nuestra armada *Invencible*, de la cual una buena parte fué luego á perecer miserablemente en las costas de Irlanda. Allí dirigió su primer ataque el almirante español, duque de Medinasidonia; allí por primera vez, dice un escritor inglés, los españoles huyeron delante de sus enemigos.

« El rio *Medina* cruza la isla de Wight, tan pequeña que en una jornada se puede dar la vuelta á toda ella; tiene, sin embargo, dos puertos (Ryde y South-Yarmouth), muchas quintas y algunas aldeas. El nombre español de aquel riachuelo ¿será un recuerdo sarcástico del malaventurado almirante de la *Invencible?*.....

« Triste es sin duda este recuerdo para un español, pero te confieso que otros mas tristes todavía me asaltan cuando considero la frondosidad de esta isla, que es un vergel, lo mismo que cuando veo la hermosura de las campiñas que á ambos lados del camino se extienden hasta donde

alcanza la vista, siempre que uno viaja por Inglaterra, y la comparo en mi mente con lo que se ve por lo general en nuestros caminos!... Este contraste es mi pesadilla: no acierto á resignarme con la idea de que estos países del Norte parezcan una Arcadia, y nuestras meridionales Castillas una Tebaida. Me parece imposible que eso sea cosa *natural*: lo creo un *mal* producido por errores fatales, y no desespero del remedio; así acojo con avidez todo lo que considero que puede conducir á él. Por eso estoy muy tentado de poner en castellano un librito que me he traido para leerlo por el camino y entretener aquí mis ocios, librito que te recomiendo mucho: es el que acaba de publicar en Paris M. Michelet, el ilustre historiador de la revolucion francesa, digno rival de M. Thiers, bajo el sencillo título de *l'Oiseau* (el Pájaro). — Yo no sé si les pasará á todos lo que á mí: por mi parte, debo tener tan desarrollado el órgano de la *amatividad patria*, como dicen los frenólogos, — y no me atrevo á decir del *patriotismo*, porque no lo tomes en mala parte, — que no puedo leer un buen libro ni contemplar un adelanto cualquiera sin aplicar mentalmente á España este adelanto, ó las ideas de aquel libro, cuando me parecen útiles y fecundas: todo lo que veo, todo lo que leo, penetra en mi entendimiento, impregnado en este órden de ideas como al trasluz de un prisma. Ahora bien: cabalmente el libro de que te hablo parece escrito exprofeso para combatir la triste y ruinosa preocupacion de nuestro país á que atribuyo aquella cosa mala y no natural de que te hablaba antes, preocupacion arraigada hace siglos, no solo en el vulgo, sino entre gentes que pasan por ilustradas: ya habrás conocido que aludo á la creencia de que los pájaros son nocivos á la

agricultura. De aquí la guerra de exterminio que se les hace, privándolos de sus naturales guaridas, los árboles; de aquí por consiguiente la despoblacion vandálica de nuestros montes, la insalubre sequedad de nuestra atmósfera, la pérdida periódica de ciertas cosechas y todos los males producidos por efecto de la falta de lluvias. Privados nuestros rios y nuestros arroyos de los naturales diques de verdura y raices que no pueden oponerles nuestros terrenos tan irracionalmente desmontados, se truecan en asoladores torrentes á la menor avenida; y el agua misma, destinada por la próvida naturaleza á llevar la vida á los campos, se convierte por la funesta ignorancia del hombre en gérmen de muerte y orígen de incalculables estragos.

« Nuestros labradores hacen este raciocinio : — Los pájaros se nos comen el trigo : para que no se lo coman hay que ahuyentarlos, y para ahuyentarlos, el mejor medio es cortar los árboles en que anidan y se reproducen. — No discurre mucho peor el indio cuando corta por el pié la planta cuyo fruto se quiere comer; uno y otro sacrifican á la satisfaccion de la necesidad presente la de sus necesidades futuras. Pocas preocupaciones habrán hecho mas daño que esa á nuestra España : ella es la causa principal de que terrenos algun dia feracísimos estén convertidos hoy en abrasados eriales. Mucho tiempo y muchos afanes ha de costar á nuestros publicistas desarraigar tan erróneas ideas, y acaso para conseguir este resultado, como tantos otros, los medios indirectos sean los mas eficaces. Si estuviera en mi mano, yo emplearia gustoso para ello el de la propagacion entre nuestras clases agricultoras, de este elocuente libro de M. Michelet, inspirado por un

sentimiento profundo de los beneficios sin cuento que debe nuestra flaca humanidad á esas aladas falanges que pueblan la region del aire, y sin las cuales seria para nosotros inhabitable la tierra. Las razas mortíferas de los insectos y de los reptiles, á cuya incesante destruccion parecen aquellas destinadas en la impenetrable economía del universo, nos devorarian á todos en una hora, acaso en un instante. Las aves purifican nuestra atmósfera de los miasmas deletéreos con que la saturaria en un plazo brevísimo la descomposicion de los cuerpos muertos que, sirviéndoles ahora de alimento, van por su conducto á renovar en nuestro planeta los raudales de la vida. Oye al autor discurrir sobre esto en el magnífico capítulo que titula *Purificacion:* — «Por la mañana, no á la aurora, sino cuando el sol está ya encima del horizonte, á la hora justamente en que se entreabren las hojas del coco, posados en las ramas de este árbol por bandadas de cuarenta y cincuenta, los *urubús* (1) abren sus hermosos ojos de rubí. La faena del dia los reclama. En la perezosa África, cien aldeas de negros los llaman; en la soñolienta América, al Sud del Panamá ó de Caracas, deben, rápidos purificadores, barrer, limpiar la ciudad antes de que el español deje el lecho, antes de que el abrasante sol haya puesto en fermentacion los cadáveres....... Si faltasen un solo dia, el país quedaria desierto. — Cuando es de noche en América, cuando el urubú, concluida su jornada, vuelve á posarse en las ramas del coco, los alminares del Asia empiezan á teñirse de púrpura y nácar á los prime-

(1) Buitres de una especie algo menor que la comun.

ros destellos de la aurora. Desde sus balcones, no menos puntuales que sus hermanos americanos, los buitres, las cornejas, las cigüeñas, los ibis, salen á sus diversas faenas : unos van á los campos á destruir los insectos y las serpientes; otros cayendo sobre las calles de Alejandría ó del Cairo, despachan en un momento sus tareas de expurgo municipal. Si se tomasen un solo dia de vacaciones, pronto la peste seria el único habitante de la comarca. — De esta suerte, en los dos hemisferios, se efectúa el gran trabajo de la salubridad pública con una regularidad maravillosa y solemne. Si el sol acude con exactitud á fecundar la vida, aquellos purificadores de la naturaleza no son menos exactos en apartar de sus miradas el repugnante espectáculo de la muerte. »

« El libro de M. Michelet no es un tratado de ornitología, ni de administracion, ni de agricultura, ni un poema, ni una novela, ni menos una historia. Es todo eso á la vez y ademas una joya poética y un ramillete de flores cogidas en el ameno jardin de la filosofía; — es por último una rara muestra, un curioso *specimen*, como dicen aquí, de esa increible habilidad que alcanzan los franceses en el arte difícil de *hacer libros*, lo cual ya sabes que no es enteramente lo mismo que escribirlos; aquella expresion se aplica á la disposicion general, al ingenioso artificio con que se disponen los elementos de un libro, por manera que parezcan muchos siendo pocos, verdaderos siendo sofísticos, sustanciosos y graves siendo indiferentes ó frívolos. Nuestros eruditos de los siglos XVI y XVII, diciendo excelentes cosas, hacian libros que se caen de las manos, por falta de arte; con cuatro ideillas saben hacer los franceses un libro entretenido : son como los cocineros de

su tierra, hábiles tambien en disponer una mesa seductora con cualquier friolera.... ¡ Ese es el arte!

« ¡*L'Oiseau!* el Pájaro! con las reflexiones que le sugiere esta palabra, llena M. Michelet 328 páginas de un libro que, una vez empezado, hay que devorarlo hasta el fin con delicia; así á lo menos lo he devorado yo: — de un libro que interesa como una novela, que dice muchas cosas nuevas y de que sin embargo me es difícil darte cuenta, porque en realidad carece de todo plan. Si tuviera que escribir sobre él uno de mis antiguos folletines para la *España*, no sabria por donde tomar la embocadura. Semejante á un tomo de poesías líricas, puede empezarse á leer por el principio, por el medio ó por el fin, indistintamente: siempre está uno seguro de encontrar en él sabrosa lectura, honesto recreo. El autor empieza por explicar *cómo fué conducido al estudio de la naturaleza*. Para reposar su espíritu del áspero ejercicio de escribir la historia de los hombres (*durum genus*, dice Virgilio), se dió á observar las costumbres de las aves, hácia las que le llamaba una dulce simpatía: el delicioso canto del ruiseñor, el prodigioso vuelo de la golondrina, la alegría de la alondra, la tristeza majestuosa de la garza', *símbolo de la melancolía*, dice, *que va arrastrando en su presente decadencia un luto semi-regio* (pág. 58), fueron poco á poco interesándole y cada vez más á medida que más los iba conociendo. El hombre se aficiona insensiblemente á todo aquello en que se ocupa; mas no ya simple aficion, sino verdadero amor y exaltada ternura fué lo que acabaron por inspirarle las aves, luego que se engolfó en la *observacion* filosófica de sus costumbres, no en su *estudio* á la manera de los sabios que, para conocerlas bien, empiezan

por martirizarlas y acaban por quitarles la vida. Este es uno de los temas que inspiran al autor mas hermosas, mas sentidas páginas; pero justo es decir tambien que algunas veces le ciega la pasion con que ama á sus protegidas *hijas del cielo*, las que él llama *avecillas inocentes*, y por amor de ellas incurre en sofismas, ingeniosos sin duda, pero sofismas al fin. Toda la poesía de los sentimientos no basta á disimular las contradicciones de su discurso. El autor se desata en elocuentes diatribas contra las aves de rapiña : instrumentos del dolor, ministros de la muerte, se indigna de que el hombre, en su ciega ininteligencia de los grandes designios de la naturaleza, haya adjudicado la monarquía del firmamento al águila rapaz, fea y estúpida, desconociendo la superioridad moral de los pajarillos menores. — « Verdaderamente, dice, cuando contemplo en el museo de historia natural la siniestra asamblea de las aves de rapiña nocturnas y diurnas, no me pesa de que se vayan destruyendo esas especies. Por mucho placer con que nuestros personales instintos de violencia, nuestra admiracion de la fuerza, nos hagan mirar á esos bandoleros alados, es imposible desconocer en sus fúnebres semblantes la inferioridad de su naturaleza. Sus cráneos tristemente deprimidos revelan claramente que favorecidísimos en punto á las alas, al pico y á las garras, no tienen la menor necesidad de emplear la inteligencia. Su constitucion, que los ha hecho los mas veloces entre los veloces, los mas fuertes entre los fuertes, los ha dispensado de toda destreza, de toda astucia, de toda táctica. En cuanto al valor que se les suele atribuir, ¿qué ocasion tienen de desplegarlo, no encontrando mas que enemigos siempre inferiores?..... ¿Enemigos?..... no, víctimas.

Cuando, en la estacion rigurosa, el hambre impulsa á los pequeños á la emigracion, lleva en innumerable muchedumbre al pico de esos tiranos estúpidos, á aquellos inocentes, muy superiores en todos conceptos á sus matadores : prodiga los pájaros artistas, cantores, arquitectos hábiles para pasto de aquellos vulgares asesinos. ! Al águila, al milano brinda festines de ruiseñores!

« La depresion del cráneo es el signo degradante de esos verdugos, signo que encuentro aun en los mas ponderados y adulados, y hasta en el noble halcon ; noble, es verdad menos que á otros le disputo este título, porque á diferencia del águila y de las demás razas martirizadoras, sabe dar la muerte de un picotazo, y se desdeña de atormentar á su presa. — Esas aves voraces, de poco cerebro, forman un contraste singular con tantas especies amables, visiblemente inteligentes, que se encuentran entre los pajarillos menores. La cabeza de los primeros no es mas que un pico ; la de los pequeños tiene una cara.. ¿Qué comparacion cabe entre aquellos gigantes idiotas y el gracioso jilguerillo, pajarito verdaderamente humano que en este momento revolotea por encima de mis hombros y sobre el papel en que estoy escribiendo, y mira lo que escribo y se calienta á mi lumbre, ó curioso va á la ventana á observar si llegará pronto la primavera?... » —

« En esta forma seductora está redactado todo el libro. En él abunda una alta razon, y al mismo tiempo no parece sino que ilumina y calienta á la vez todas sus páginas un tierno sentimiento de todas las poéticas armonías de la naturaleza relacionadas con su asunto. Se ve que el autor está perdidamente enamorado.... de las aves, sobre todo de las pequeñas y bonitas. Por eso sin duda se olvida

de que tambien estas *perlas vivas*, estas *aladas cantoras*. estas *amorosísimas madres*, — el ruiseñor, la golondrina, el colibrí, el primoroso pajarito-mosca, son, ¡ay! rapaces como el halcon, crueles como el águila, solo que lo son en pequeño: sus víctimas son, lo mismo que las de las grandes aves de rapiña, unas *criaturas de Dios*, solo que tan pequeñas, que ni oimos sus voces ni vemos su hermosura, obras de la creacion acaso mas perfectas que el canto del ruiseñor y los colores del colibrí. Los insectillos microscópicos de que este se alimenta ¿son por ventura menos bellos, menos dignos de lástima que el colibrí mismo, devorado por el milano? — La diferencia entre el verdugo y la víctima es que aquel es grande y esta es pequeña; por lo demás, ambos son cuando llega el caso... verdugos.

« M. Michelet no lo ignora, pero arrastrado por el estro poético, lo olvida á veces y de aquí las contradicciones y sofismas que te he señalado en su libro: esto no impide que le considere obra de primer órden. Entre los muchos pensamientos nuevos, y á mi juicio verdaderos, que el autor deduce de sus meditaciones sobre el asunto de que escribe, voy á citarte uno tan exacto como consolador. Fundándose en la visible diminucion de las razas destructoras sobre la tierra, destruccion evidentemente originada de que la destruccion va siendo cada vez menos necesaria, dice así (página 107): — « La naturaleza, pues, va gravitando hácia un órden menos violento. ¿Será que por eso la muerte pueda disminuir algun dia? — La muerte, no; pero el dolor, sí. — El dolor es acaso el mas terrible misterio de esta vida. La muerte al cabo se comprende; nuestras almas contienen en sí bastante fé y esperanza para

aceptarla como un tránsito necesario, como un grado de iniciacion, como una puerta para pasar á otra vida. Pero el dolor, ¡ay! cosa horrible y cruel, el dolor, que llena el mundo de lágrimas y gemidos, ¿no pudiera excusarse? ¿tan útil, tan necesario era por ventura prodigarlo de la manera que lo vemos prodigado por todas partes?... » — La contestacion que da el autor á estas preguntas que todos nos hemos hecho muchas veces en nuestras horas de desaliento, es acaso el trozo mas elocuente de su obra. Leela, ó mas bien lee la obra entera, que te enviaré en cuanto vuelva á Lóndres : leela, porque te repito que es *buena y bella*, lo cual ya sabes que es el mejor elogio de una obra, como de una mujer.

« Por mi parte, la consecuencia práctica, con aplicacion á nuestro país, que saco de este libro es que los pajarillos del cielo, inclusos los voraces gorriones, piratas de los sembrados y de los huertos, á vueltas de pequeños daños traen grandes bienes al labrador, aunque no sea mas que por el infinito número de insectos, mas voraces que ellos, á quienes dan incesante caza; que es, por consiguiente, una crueldad inútil ó nociva perseguirlos de muerte, destruyendo sus naturales guaridas, los árboles, — esos amigos del hombre que le dan sombra en verano, leña en invierno, maderas para sus construcciones y una atmósfera salubre. ¿No vale todo esto la pena de mantener á unos cuantos gorriones parásitos? Compasion, pues, para los pajarillos del cielo, por amor á los árboles, y compasion para los árboles por amor á los pajarillos, que tambien lo merecen! »

LVIII

Londres, 1° de mayo 1856.

Entre las muchas maneras agradables de pasar la mañana que ofrece esta ciudad al hombre estudioso, ninguna me lo parece tanto como la de irse á visitar despacio el *Museo Británico*. Encerrarse en una biblioteca y estarse allí las horas muertas revolviendo libros raros, sobre todo si son muy viejos ó manuscritos desconocidos, y tomando apuntes, es sin duda un placer de primer órden, cuya sola idea hace palpitar de gozo el corazon de los aficionados á los estudios literarios. El naturalista verdaderamente apasionado de tal ó cual ramo de la ciencia universal, conjunto inmenso de las ciencias naturales, no trocaria por todas las delicias de la antigua Capua, la delicia incomprensible para los profanos, de estarse un dia, una semana, un mes entero, toda la vida, si posible fuera, haciendo análisis químicos, estudiando en sus mas menudos filamentos tal ó cual planta exótica, recomponiendo como Cuvier con el solo *dato* de una falange ó de un diente la estructura y hasta la fisiologia completa de tal ó cual familia antediluviana, de tal ó cual monstruo contemporáneo de los primeros dias de la creacion. ¿Quién es capaz de calcular la suma de gozo íntimo que invade el alma de un geólogo digno de este nombre, cuando en el pedrusco descubierto por él y sobre el cual han pasado con desden generaciones enteras de sabios, descubre ya la espina fósil de un pez desconocido, ya una concha misteriosa, ya la huella ó el rastro de alguno de aquellos colosales reptiles que nos han

precedido por siglos de siglos en el dominio de la tierra? No hay para qué decir lo que á su vez goza el artista ó simplemente el que ha debido al cielo el *sentimiento* de las artes, cuando se encuentra en medio de un museo, como el de nuestro Madrid por ejemplo; pero de todos estos placeres, por mas vivos que sean, puede decirse que, cuando van aislados, llevan siempre consigo una parte de *trabajo*, exigen un esfuerzo de *atencion* sostenida, y son en cierto modo un verdadero estudio; el que los está disfrutando, no está ocioso: está en realidad trabajando. No así el que, como yo aquí, casi todas las mañanas, se va á pasar unas cuantas horas dulcemente entretenido en recorrer ya esta, ya la otra sala del *Museo Británico*, receptáculo inmenso de tesoros en todos los ramos de las letras, de las artes y de las ciencias. En esto no hay trabajo ni fatiga alguna; entre esto y el verdadero estudio, que tambien es un placer, pero menos vivo, hay la misma diferencia que media entre ir subiendo á pié una cuesta en medio de un campo hermoso, lleno de flores y de frescura, lo cual es sin duda agradable cuando se tienen buenas piernas, ó recorrer ese mismo campo florido, muellemente reclinado en los cogines de un *landó*, al rápido trote de dos arrogantes caballos, lo cual es mucho mas agradable todavía; — entre ir remando uno mismo en el barco que le lleva por un sereno lago, ó ir deslizándose por ese mismo lago en una góndola, mientras reman otros...

LIX

Para dar una idea completa del *Museo Británico* seria

preciso escribir una obra muy voluminosa: solo el gabinete... ¿qué digo *el gabinete?* los gabinetes y los salones de historia natural requeririan un tomo, aunque no fuese mas que para copiar el simple catálogo de sus innumerables riquezas. — pues lo que es yo, confieso con rubor que lo más que podria hacer es *copiarle*. En punto á despojos antediluvianos, á toda casta de bichos raros, ó como decimos los profanos, en materia de *avechuchos*, aquello es una verdadera arca de Noé; mas como ni sobre estos, ni sobre las colecciones de mineralogia, conquiliologia, botánica, etc., se me ocurre nada nuevo que *opinar*, me limito á decir con el Dante:

¡Non ragionam di lor, ma guarda e passa!

Sin que esto obste para que, cuando me encuentro por allí (y estoy seguro de que lo mismo hará todo viajero aficionado á las ciencias naturales, aunque no entienda ó entienda poco de ellas, como me sucede á mí), contemple con singular deleite aquellos preciosos objetos, haga sobre ellos infinidad de reflexiones que inéditas guardo para mi uso particular, y no pase de largo, sino antes bien me quede allí á veces profundamente embebecido la mañana entera, como un sabio. Esto se explica por aquello de que

Cada uno tiene
señora mia,
Sus aprensiones
Y sus manías.

LX

Si embargan profundamente á veces en el *Museo* la atencion de los aficionados al estudio, los innumerables objetos de historia natural que contiene, pertenecientes muchos de ellos á épocas anteriores al hombre, más la embargan todavía tantas y tantas reliquias como guarda de pueblos y civilizaciones que solo merced á ellas no se han perdido para nosotros en la noche de los tiempos... ¿Qué sabríamos de la historia y de las costumbres de la antigua Licia, qué de la cronología de los reyes asirios, qué de los primitivos tiempos de Egipto, sin la luz que nos dan esas reliquias venerandas, comparativamente con las cuales los monumentos escritos son de ayer?... Esas monstruosas estatuas de granito con cuerpo de hombre y cabeza de toro ó *vice versa*, esos sepulcros de basalto, esas pinturas murales que representan ya las tremendas batallas y los pomposos triunfos de los Faraones, ya los ritos, los sacrificios y hasta las costumbres de unos pueblos que han desaparecido para siempre, contienen la verdadera historia que nos queda de aquellas misteriosas civilizaciones que la imaginacion se complace en recomponer á la vista de sus raros despojos, salvados por la Providencia en el gran naufragio de los siglos, como para hacernos medir mejor el camino que ha andado la humanidad en su peregrinacion por el mundo, y bendecir la dicha que nos ha cabido á los presentes con haber venido á él en tiempos incomparablemente menos duros que los pasados. Todos estos colosales monumentos de las edades antiguas son el

producto natural de una institucion horrible, *la esclavitud.* Guerras de exterminio; naciones enteras pasadas á cuchillo ó arrastradas como rebaños á un implacable cautiverio; una ciega *fatalidad*, sustituida en la creencia de los hombres á las nociones salvadoras de la bondad de Dios y del libre albedrío; los grandes reyes y los grandes conquistadores adorados como divinidades en la tierra; religiones absurdas y feroces, llenas de misterios sangrientos; ni aun la sombra de un derecho para el débil, ni aun la apariencia de un deber para el fuerte, he aquí la síntesis de esa tan decantada *antigüedad* en que tantos entusiastas poco estudiosos se imaginan ver el siglo de oro!....

El estado de las artes entre aquellos pueblos de Asia y de Africa, era lo que no podia menos de ser allí donde no existe la nocion de la libertad — no de la libertad política, como hoy la entendemos; hablo solo de la libertad moral, del libre albedrío. — Donde el hombre es un autómata, un esclavo, el arte no puede ser mas que una rutina; las pirámides de Egipto, las gigantescas ruinas de Nínive y Palmira, los misteriosos hipogeos de Tebas, todos esos restos de una grandeza inmensa, son otros tantos testimonios de una inmensa barbarie. Baste una sola consideracion : todos los adelantos de aquellos pueblos en las artes del dibujo no llegaron á darles ni aun la idea de la perspectiva. Todas sus figuras ademas están de perfil : los colosos de Memfis, que tienen de perfil los cuerpos, — cuerpos de cuadrúpedos monstruosos con alas, — presentan faces humanas de frente. Aquí, como en todo, la verdad del arte se ve groseramente sacrificada á la inflexible ley del símbolo religioso; y sin embargo, ¡cosa singular!

tambien aquel arte bárbaro tiene sus libertades, ó como decimos hoy, sus *convenciones*. Aquellas largas barbas rizadas y trenzadas que ostentan los ídolos, los reyes y los guerreros en el museo asirio, son verdaderos caprichos del artista; parece cosa probada que semejante ornato, imposible, á lo menos en las exageradas proporciones en que nos le ha trasmitido la escultura, jamás existió en la realidad.

LXI

En las salas de *lord Elgin*, otro de los inapreciables tesoros con que se honra el *Museo Británico*, encontramos ya el rastro visible de otras razas, de otras civilizaciones; ya allí la imaginacion puede engolfarse en otro órden de ideas mas nobles y consoladoras. Estamos en Grecia, en pleno siglo de Pericles, y no parece sino que á la vista de aquellos encantadores bajo-relieves del Partenon, restos sublimes de un arte jamás igualado, respiramos el aire puro de la libertad... — ¿Necesito añadir que tampoco aquí hablo de la libertad como hoy la entendemos, y como *no podia* entenderse entonces?... — La esclavitud, cuya existencia es incompatible con la nocion de la verdadera libertad, así como esta no se concibe siquiera sin la nocion del cristianismo, que es la única libertad verdadera, la esclavitud, digo, existia aun en la sabia Atenas, porque Atenas era pagana y desconocia la ley santa de la igualdad; pero el pueblo ya no era esclavo, ó por mejor decir, ya allí habia *un pueblo;* en Asia y en África, aun en los tiempos de sus mas magníficas civilizaciones, no habia realmente pueblos, sino manadas de hombres. Ya allí el arte era pe-

sible, porque el espíritu era libre. La filosofía de Platon es la luz que colora y explica el arte de Fidias.

LXII

Lord Elgin, á quien debe Inglaterra la posesion de tantas riquezas artísticas traidas de Atenas con mas que dudoso derecho, aunque escarnecido por lord Byron con los mas denigrantes dicterios, aunque tratado por él de digno descendiente de Roberto Bruce, aunque tan maldecido por todos los imitadores del impetuoso cantor de *Child-Harold*, se me figura que ha merecido bien, no solo de su patria, sino de todo el mundo civilizado, salvando de la destruccion y colocando en lugar seguro los inmortales frisos del Partenon. Cierto que no los cinceló el divino Fidias para entretener los ocios ó satisfacer mas bien la vanidad de los vecinos de Lóndres; cierto que aquellos blancos mármoles de Paros parece como que se encogen y tiritan de frio entre las nieblas húmedas del Támesis; pero á lo menos allí se conservan como reliquias para el estudio y la admiracion de los inteligentes, al paso que si se hubieran quedado en Grecia, ó el cañon de los Turcos los habria reducido á polvo, ó la incuria de los naturales, junta con la rapacidad de los especuladores y con el furor *coleccionista* de los arqueólogos vulgares, los habria dispersado por el mundo. Todo bien considerado, vale mas que estén aquí, al alcance de los que no *tenemos* necesidad, medios ó ganas de ir á Atenas, empresa no exenta de peligros á juzgar por lo que cuenta M. Edmond About en su famoso libro sobre la Grecia moderna.

Sospecho que en esta opinion mia ha de haber algo de ese egoismo que dicen que es inseparable de todo juicio humano. Temo en efecto haberme dejado arrastrar por las sugestiones del *yo satánicò*, de que hablaba nuestro Donoso Cortés, al tratar con tanta indulgencia las depredaciones de lord Elgin; y hé aquí, entre otras mil, una prueba de la razon con que cierto amigo mio, poco filósofo, pero muy aficionado á empinar el codo, declara y sostiene que entre el *yo* y el *no-yo*, optará siempre por el *noyó*, sobre todo si es de uno muy esquisito que suele recibir de cuando en cuando M. Lhardy..... Si llega á leer esto Campoamor, de seguro no me vuelve á saludar en su vida por haber osado andarme en bromas con cosas tan serias.

LXIII

La biblioteca del *Museo Británico*, riquísima y admirablemente ordenada, no es pública rigorosamente hablando como las de Madrid y París, supuesto que no se puede disfrutar de ella sin un permiso, ó sea sin una papeletita (*ticket*) dada por el jefe del establecimiento : esas papeletas, que es preciso presentar á los encargados de dar los libros, sirven para un tiempo determinado. No hay para qué añadir que se obtienen y se renuevan con suma facilidad; pero esto no obsta para que la biblioteca, segun he dicho, *no sea pública*, ó lo que es lo mismo, para que tambien en esto se diferencie lo que se ve aquí de lo que se ve en otras partes. Por lo demás, nadie menos que yo tendria derecho para quejarse de la hospitalidad inglesa en este punto, pues acogido con la mas afectuosa atencion

por sir Enrique Ellis, dignísimo bibliotecario mayor, y recomendado por él á los jefes de los distintos ramos en que se divide la seccion de libros (impresos, manuscritos, orientales, autógrafos, etc., etc.), siempre he encontrado en la casa, no solo cuantas comodidades podia apetecer, sino aun inmerecidos obsequios.

Como no hay bibliógrafo que no conozca al dedillo, siquiera no sea mas que por los catálogos, las riquezas que contiene esta biblioteca, y como á los no aficionados á libros les interesaria muy poco cuanto pudiera decirles sobre esto, me limitaré á indicar que entre los muchos preciosos códices españoles que aquí se custodian, existen casi todos los originales del famoso *Cancionero de burlas* que publicó en esta ciudad años atrás un curioso erudito, las poesías del *Cartujano* y multitud de interesantes autógrafos de nuestros antiguos escritores, señaladamente de Lope de Vega.

Uno de estos dias quedará concluido y abierto al público un nuevo salon de lectura, de colosales dimensiones, como todo en este edificio, uno de los mas espaciosos de Lóndres. Las letras y las ciencias no deben estar descontentas del hospedaje que aquí se les da: su palacio, mejor diria su templo, tiene la grandeza y la magnificencia que en otros paises se reservan para los cuarteles. — Un inmenso fronton, de no gran mérito artístico á lo que entiendo, y una extensa columnata jónica decoran la fachada principal de este edificio, cuyo aspecto es verdaderamente espléndido...

LXIV

Desde los esplendores del *Museo Británico* se pasa á veces, casi sin transicion, dirigiéndose hácia el *Strand* por Oxford-Street, á uno de los mas tristes y miserables barrios de esta ciudad, que como todas, y mas que todas, tiene tambien en el rostro sus verrugas y sus úlceras. No sé cuantas veces habré dicho ya, pero de seguro habrán sido muchas, que este es el país de los contrastes, porque esta en efecto es la idea que de continuo asalta aquí al observador : á cada paso se encuentra un contraste, pero no como en otras partes, sino en las proporciones mas exageradas y de la manera mas impensada, sin preparacion ni medias tintas. Es cosa que á veces produce un efecto horrible. Esta mañana, por ejemplo, salia yo del *Museo* y bajaba hácia *Holborn*, cuando me encontré de pronto sin advertirlo en la especie de colonia que tienen formada en una de aquellas encrucijadas las familias pobres irlandesas establecidas en esta capital, — especie de tribu maldita que aunque ya no es, segun dicen, ni sombra de lo que fué hace medio siglo, es todavía una verdadera afrenta de la civilizacion. Allí habitan los parias de esta ciudad ; nada mas desarrapado y hambriento, nada mas corrompido y degradado que aquellas infelices víctimas de una política que debe ser muy *mala*, cuando tan malos resultados produce, á lo menos para la desgraciada Irlanda. Pensar, como sostienen los publicistas ingleses, que la ruina, la despoblacion creciente y el abatimiento profundo de la Irlanda existen por culpa de los irlande-

ses, me parece un despropósito y un sarcasmo: la culpa evidentemente es de Inglaterra. Parte el corazon ver por estas calles bandadas de niños medio desnudos implorando la caridad pública á despecho de la policía, ó devorando en los basureros algunos restos de alimentos inmundos que disputan á los perros: esos niños son de seguro irlandeses. De cada cien desgraciadas de las que á millares inundan al caer la tarde los barrios mas sospechosos de la ciudad, las tres cuartas partes seguramente son irlandesas. Irlandeses son, á no dudarlo, los nueve décimos de los vagos, de los borrachos, de los rateros que los *policemen* conducen todas las noches *to the station* (que corresponde á lo que en Madrid llamamos *el cajon*); y sin embargo, la raza irlandesa presenta todos los caracteres de la inteligencia, unida á la fuerza y á la hermosura. Hay un no sé qué de desesperado en la degradacion patente del pueblo irlandés, el cual no parece sino que se ha resuelto á buscar en las emociones del vicio el *olvido* de sus males, y en el olvido de sus deberes una especie de *venganza* de la abyeccion en que vive...

LXV

Acabo de citar una de las cosas mas tristes de Lóndres, que es el espectáculo frecuente de la miseria irlandesa: ahora citaré una de las que mas prueban á mi juicio el buen sentido y la verdadera cultura de este pueblo. Para distraer el ánimo de la desagradable impresion que me habia dejado mi visita improvisada al barrio irlandés, me dirigí á *Leicester-Square*, y entré en uno de los numerosos

establecimientos que hay en esta ciudad, destinados bajo distintas denominaciones, al mismo objeto de difundir la instruccion de un modo agradable ó sea á enseñar recreando. El establecimiento en que entré es el llamado *Panopticon*, uno de los mas completos en su género : allí, mediante un chelin que se paga á la entrada, se puede estar disfrutando durante algunas horas toda clase de espectáculos instructivos y entretenidos, ilustrados con explicaciones ó, mas bien, verdaderas *lecciones* orales que aqui llaman *lectures*, y á que este pueblo eminentemente sesudo es en extremo aficionado. No puedo expresar la sorpresa que causa generalmente á los extranjeros, y que me causó á mi la primera vez, ver reunidos en una gran sala dispuesta en forma de anfiteatro, alrededor de una mesa cubierta de aparatos científicos absolutamente lo mismo que en una cátedra, un gran concurso de gentes que de todo tienen traza menos de estudiantes : por lo comun son padres de familia, rodeados de sus hijos. Generalmente y lo propio sucede en todas partes abundan tambien aqui las *miss* ó señoritas solteras, que solas, ó cuando mas, acompañadas de algun hermanito menor, suelen irse á las *lectures* como á un honesto y útil pasatiempo : y allí se están, pendientes de los labios del profesor como unas estatuas : lo mismo los niños, lo mismo las personas al parecer mas ordinarias. La compostura en los sitios públicos, la cual no es mas que un testimonio de respeto á los demas y á sí mismo, me parece una de las buenas cualidades del caracter ingles. No hablo de esa compostura material que consiste en no hacer ó decir groserías mayores, pues en ellas no incurre jamas ninguna persona bien educada aqui ni en ninguna parte

hablo, si, de la que resulta de no empeñarse neciamente en llamar la atencion, en distinguirse de los demas en un teatro, en una reunion cualquiera, defecto que me atreveré á llámar de carácter, por mas que casi siempre proceda de una mala educacion, y en el que me parecen los franceses *mas* propensos que otros á caer, y los ingleses *menos*. Entre unos y otros se me figura que venimos á estar los españoles. El defecto contrario al mérito que elogio aquí en los ingleses en general tiene su raiz en la *vanidad*, que de ningun modo debe confundirse con el *orgullo* : este puede ser muy noble : aquella es siempre ridícula. La vanidad de creerse uno mucho mas interesante que los demás, es la que nos mueve, verbi-gracia, á hablar alto en el teatro, durante una representacion de verso, para que nos oigan los que están en las butacas inmediatas, ó si estamos en una ópera, á tararear *sotto-voce* el aria misma que está cantando la prima-donna, á fin de que todo el mundo se convenza de que somos muy músicos : el orgullo bien entendido es el que nos aconseja que no incomodemos á los demás para que ellos no se tomen la libertad de incomodarnos á nosotros. Un inglés que no esté borracho rara vez incurrirá en aquella vanidad : en París es uno víctima de ella con mucha frecuencia, y en Madrid..... algunas veces. Sobre esto contaba D. Alberto Lista una anécdota que, aunque muy conocida, voy á recordar en obsequio de los que no la hayan oido. Estaba un caballero en su luneta (asi se llamaban entonces las butacas de teatro) oyendo á la famosa Albini en la *Semíramis* y dando vivas señales de impaciencia porque un mentecato que tenia al lado no cesaba en sus desentonados trinos y gorjeos durante toda la

ópera. — ¿Qué tiene Vd., caballero? le preguntó este al fin, como compadecido de la desazon que mostraba. — ¿Qué he de tener? replicó el paciente; ¡que esa maldita Albini no me deja oirle á Vd...!

LXVI

Estas lecciones o *lectures* giran comunmente sobre puntos de física ó química recreativa, y con ellas se estrenan ó se acreditan algunos jóvenes aspirantes a la noble carrera del profesorado. Sabido es que la enseñanza es libre en Inglaterra : cualquiera es dueño de abrir una cátedra donde lo tiene por conveniente ; el público le paga si esta contento, ó de lo contrario, le silba : la administracion no tiene en esto mas parte que la de cuidar de que se conserve el órden público y de que no se viertan doctrinas inmorales ó subversivas ; y aun sobre este punto hay una tolerancia prodigiosa : el buen sentido de la nacion suple con mucha ventaja á las precauciones que pudiera tomar el gobierno. Las lecciones á que hoy he asistido giraban sobre materias poco amenas : una se redujo á experimentos sobre la transmision de la luz y de los sonidos ; otra no trató mas que de economía política, y, sin embargo, el auditorio escuchaba sin pestañear siquiera. Vinieron luego otros experimentos mas entretenidos, para los cuales hubo de quedarse el antiteatro mas de una vez completamente á oscuras, y siempre observé el mismo órden perfecto en aquel concurso de todas edades y sexos. Entonces vimos un espectáculo curiosísimo, y fué la reproduccion muy en grande, por medio de la cámara oscura, de la in-

finidad de bichos microscópicos que absorbe la poblacion de Lóndres en cada una de las gotas de agua del Támesis que se echa al cuerpo. Horror da considerar con qué especie de *monstruos* se refresca este pueblo, pues es de advertir que los *infusorios* que se crian en este rio son, por causas puramente locales, de lo mas abundante y espantoso que se puede figurar la imaginacion mas desenfrenada. Hay entre ellos unas especies de *medusas* que solo se encuentran aquí, á las inmediaciones de los puentes que ocupan la parte mas céntrica de la ciudad y donde el agua por consiguiente está mas corrompida : hay sitios en que parece tinta. Reproducidos en la gran cortina blanca del fondo, hemos contemplado ya con terror, ya con risa, los combates y aun los amores de los microscópicos habitantes de una gota de agua cogida junto al puente de Hungerford ; y por cierto que la segunda parte de este espectáculo ha hecho abandonar su sitio á mas de una *miss* ruborizada y confusa. En verdad que el lance no era para menos ; yo mismo me sentia inclinado á exclamar como un inglés de pura raza : '*Shocking.*'

LXVII

Otra de las lecciones curiosas á que aquí he asistido muchas veces es la que enseña el secreto de los mas difíciles juegos de manos. Sabido es que hay en esta tierra prestidigitadores asombrosos, que han elevado á *ciencia* el arte de los Boscos y los Macallister : ahora mismo está el famoso Hamilton dejando á todo el mundo con la boca abierta aquí y en Paris á fuerza de habilidades ; — pero es el

caso que no bien ha ejecutado alguna en un teatro ó en un salon, cuando sale uno de estos profesores improvisados y la ejecuta y explica con sus pelos y señales en una *lectura* pública, con lo cual desaparece el prestigio, y nuestro jugador de manos no tiene mas remedio que discurrir otra treta para que se la descubran tambien y se la vulgaricen al dia siguiente. Esto que, aplicado á los juegos de manos, no pasa de ser un *juego*, se convierte en una cosa muy seria y muy útil cuando se aplica á los procedimientos de la industria y á todos los secretos de las artes : así es que aquí no hay realmente *secretos* en eso ni en nada de cuanto interesa al público. La libertad de la prensa y de la tribuna por una parte, la de la enseñanza por otra, y sobre todo el espíritu profundamente investigador y *práctico* de este pueblo han desterrado de la vida pública todo misterio : nuestra frase tan comun *á cencerros tapados* no tiene aquí aplicacion posible. Las *lecturas* de que voy hablando han contribuido y contribuyen mucho á este resultado, que juzgo excelente. Creen algunos de buena fé que es un *mal* que la instruccion descienda á todas las clases del pueblo y que convendria mas tener á algunas de ellas en una saludable ignorancia : yo creo todo lo contrario. Lejos de juzgarla *saludable*, la ignorancia me parece el origen de todos los males *adquiridos* y de una grandísima parte de los llamados *naturales* que afligen á la humanidad. De la ignorancia provienen las mas de las enfermedades ; por ignorancia se pierden las mas de las cosechas : la ignorancia trae los malos gobiernos, que á su vez traen las revoluciones : todos los vicios, en fin, reconocen por madre á la ignorancia. La instruccion á medias es un gran mal sin duda ; pero no porque se

acerca á la instruccion entera, sino porque *no se aleja* bastante de la entera ignorancia, que es el mayor de los males.

LXVIII

Desde el *Panopticon* á los jardines de *Cremorne*, donde he concluido hoy el dia, media una distancia de algunas millas; pero esta distancia material es nada en comparacion de la distancia moral que separa á uno y otro establecimiento. Tanto como es aquel característico de este pueblo, tanto me parece el otro contrario á su índole y costumbres. Importacion evidentemente francesa, *Cremorne* y sus jardines, con sus danzas y sus *loretas* de contrabando, no son mas que una triste parodia de los bailes de *Mabille* y de *Asnières* y de tantos otros como hay en París ó en sus contornos, tan ricos en esta clase de diversiones bulliciosas. El carácter de ambos pueblos se retrata perfectamente en el *colorido* que da en ellos el público á tales sitios. En París, con ser tan numerosos, están todos animados con una alegría chispeante como el vino de Champagne: en Lóndres, con no haber mas que uno, que yo sepa, á más de que apenas puede sostenerse como especulacion, lo cual demuestra por sí solo cuan poco concurrido debe estar, ofrece siempre un aspecto fastidioso y casi lúgubre. Los esfuerzos de unos cuantos *dandys* que en vano procuran echarla de parisienses, no bastan á romper la compostura glacial del verdadero y escaso público que, allí como á todas partes, lleva la sensatez de sus ideas y la dignidad de su talante. Apenas algun calaverilla de uno ú otro sexo, emulando las glorias coreográficas de las heroinas de *Mabille*,

intenta descarrilarse en lo mas mínimo, un enérgico *shocking* pronunciado en coro por la mayoría indignada siega en flor el conato de *cacnan* ó la broma demasiado libre, sin necesidad de que el inevitable *policeman* aplique allí su intervencion moralizadora.

LXIX

No es esto decir nada menos que eso que los ingleses sean insensibles á los placeres del campo. El disfavor de que *disfrutan* los jardines de *Cremorne* consiste en la clase de diversiones que ofrecen, poco simpáticas al carácter inglés : por lo demás, este pueblo idolatra el campo y ya creo haber dicho que lo posee deliciosísimo. Los domingos especialmente, todo Lóndres se esparce por la campiña circunvecina. El punto mas concurrido me parece que es *Greenwich*, no solo por su encantadora situacion, por sus parques y por la facilidad y extremada baratura del viaje que se hace por el rio, y cuesta un par de peniques, sino porque es moda, que data de los tiempos de Shakspeare aquí las *modas* son eternas, ir á aquel pueblo á comer unos pescadillos blancos muy chiquitos y muy sabrosos, que llaman *uaitbaits*, y que solo allí saben bien. Dicen algunos que solo allí se conocen, pero esto no es verdad, pues yo los he comido muchas veces en Lóndres, aunque lo que sí creo cierto es que solo en el Támesis y aun en determinados puntos se pescan. Otra cosa que doy por mas cierta todavía es que son bocado exquisito, especialmente cuando les dan cierto aderezo que los convierte en *devils* diablos, nombre terrible debido sin duda al color

encendido de la guindilla en polvo que los cubre como un manto de escarlata. — Ni en Extremadura se guisa cosa mas picante.

LXX

Lóndres, julio 1856.

Otra de las expediciones campestres mas populares aquí, y que aconsejo á todo forastero, es la siguiente : puede hacerse muy bien en un dia, ida y vuelta, quedando tiempo para verlo todo muy despacio. Se toma por la mañana el omnibus en *Charring Cross*, para los jardines de *Kew*, célebres en toda Inglaterra por sus gigantescas estufas de plantas exóticas; y como todo el país inmediato es un verdadero jardin encantador, se puede y debe, cuando hay buenas piernas, seguir á pié hasta *Richmond*, donde si además de buenas piernas, se tiene buen apetito y buena bolsa, se podrá almorzar portentosamente en *Star and Carter*, una de las mejores fondas del mundo civilizado (y del incivilizado con mas razon), despues de haber tenido el gusto ó el disgusto, segun las opiniones políticas de cada uno, de haber contemplado en la escalera un gran cuadro al óleo que representa la visita que en aquella misma fonda hizo la reina Victoria acompañada de su esposo é hijos, en febrero de 1848, al destronado rey Luis Felipe, acompañado igualmente de la suya. La escena reproduce el momento en que las dos familias reales se encuentran y abrazan cariñosamente en el mismo sitio de la escalera en que está colocado el cuadro. De mí sé decir que no pude mirarle sin profunda tristeza, no solo porque me recordó la inmerecida desgracia de aquel vir-

tuoso monarca con quien tan ingrata ha sido la Francia, y á quien debí, sin merecerlo, en una emigracion, favores que nunca podria olvidar sin ser tambien muy ingrato, sino porque además la pintura es mala de ganas. *Richmond*, donde tiene la reina Victoria uno de sus mas elegantes palacios, ofrece puntos de vista admirables: desde su famosa *terraza*, rival de la de *Saint-Germain* junto á París, se domina un extenso valle que riega el Támesis formando varios graciosos recodos y reducido ya, visto desde aquella altura, á las dimensiones de una ancha cinta de plata.

LXXI

De *Richmond* á *Hampton-Court* la distancia es muy corta; en cosa de una hora la recorren los innumerables omnibus que de cinco en cinco minutos salen de uno para otro punto los dias festivos, llenos siempre de gente hasta por cima de la cubierta: mas personas llevan los coches encima que dentro. Hombres y mujeres suelen llevar en aquellas rápidas excursiones al aire libre unos velillos verdes prendidos del sombrero, como nuestras amazonas. En las damas este preservativo contra el sol y el polvo está bien; pero en los varones me parece siempre cosa ridícula. Durante este viajecillo, ó mas bien paseo, lo mismo que desde que se sale de Lóndres, despues de atravesar el barrio extremo de *Hammersmith*, donde hay dos conventos católicos, los *cottages* ó quintas se succeden sin interrupcion á ambos lados del camino, á cual mas hermosos: por lo general tienen escrito con grandes letras sobre la verja del jardin el nombre de su

dueño. Detrás de ellos la vista se extiende sobre deliciosas praderas que parecen inmensas alfombras de terciopelo color de esmeralda salpicadas de flores y de ganados. En un claro dia de verano, es aquello una viva imágen del paraíso. Cuando le enseñan á uno á la derecha del camino la quinta que fué del célebre Pope, se comprende que este afortunado traductor de Homero compusiese *allí* tan buenos versos.....

LXXII

El palacio real de *Hampton-Court*, obra del cardenal Volseo (*Wolsey*), célebre privado de Enrique VIII, cuya ruidosa caida da asunto á la comedia de nuestro Calderon titulada *El cisma de Ingalaterra*, presenta un aspecto mágico, visto desde el camino de Richmond. No ya vulgares rebaños, sino manadas de ciervos, corzos y gamos, vagan en libertad por las dilatadas praderas que rodean sus jardines. Es cosa que sorprende á todos los extranjeros, y sobretodo á nosotros los españoles, que en nuestra tierra vemos todo lo contrario, la especie de íntima familiaridad en que viven aquí los hombres con los animales. Destruidas hace siglos las razas mas dañinas de alimañas, como los lobos, de que no queda, dicen, ni rastro en Inglaterra desde los tiempos de Alfredo el Grande, y acostumbradas las gentes, no sé si por humanidad ó por cálculo ó porque hay *leyes* protectoras de los animales, que aquí se obedecen como todas, á no hostigarlos ni hacerles daño inútilmente, es lo cierto que son sin comparacion alguna menos huraños, y mucho mas sociales que

en nuestro país. Pasa uno por junto á los toros y no le embisten, junto á los perros y no le muerden, junto á los pájaros y no huyen. Entre nosotros, hasta el corderillo que acaba de nacer, topa como una fiera al niño que se le acerca; bien es verdad que el niño, como un Cúchares en miniatura, apenas le ve, le presenta el estoque y la muleta. Así en vez de amansar, parece que nos complacemos en recrudecer la índole bravía de nuestras razas, inclusa la humana. *¡El hombre ha de ser atroz!* es uno de los axiomas corrientes entre nuestras clases del pueblo, ¡como si la crueldad probase valor! ¡como si la moderacion no fuese el mas noble timbre de la fuerza!

Predicar en desierto, demasiado lo sé. ¡Y gracias si no se juzga mal de mis intenciones!

LXXIII

Lo mas precioso que hay que ver en *Hampton-Court* es la coleccion de los siete cartones originales de Rafael, cuya historia y vicisitudes conocen todos los aficionados, y por consiguiente excuso repetir. Las figuras, poco mayores que el natural, están ligeramente iluminadas: pasan por lo mas bello y puro del gran maestro de Urbino. Es tambien preciosa la coleccion que allí se conserva de retratos de Holbein. El de nuestro ilustre español San Ignacio de Loyola, ejecutado por el Tiziano, que he visto en una de las salas del palacio, todas adornadas con cuadros, es una obra maestra.

Un gran salon gótico (*the great hall*), y una parra mons-

truosa que se enseña en los jardines, son las dos particularidades culminantes que van á visitar allí los viajeros vulgares : los que dan algo mas á la imaginacion que á los sentidos, gustan de evocar en aquellos sitios históricos los mil recuerdos interesantes de que están poblados. Allí nació Enrique VI y murió Juana Seymour, llorada y no degollada (¡rara excepcion!) por su esposo el tigre Enrique VIII. Allí pasaron la luna de miel dos dulces esposos, dignos uno de otro, nuestro don Felipe II y la reina doña María. Allí en tiempo de Jacobo I se celebraron las famosas conferencias entre católicos y presbiterianos, que tanta sangre costaron á Inglaterra y á Europa.

LXXIV

Despues de visitar á *Hampton-Court*, aun queda tiempo para ir á Windsor, ver allí los mas hermosos árboles de Inglaterra, el mejor palacio de los soberanos de esta nacion, varias preciosas colecciones de cuadros, en particular de retratos de Lawrence, y volverse á Lóndres por el ferro-carril. La distancia es de unas veinte millas. — Digo de la descripcion de Windsor lo que dije de la del *Museo británico* : daria materia para un libro. En punto á recuerdos históricos y poéticos es un santuario : su propia historia compendia y resume los anales del reino. Edificio de dimensiones colosales, su aspecto es el de una fortaleza de la edad media : como la *Torre de Lóndres*, es, á mas de fortaléza y ciudadela, palacio, abadía, museo, cárcel, cuartel de inválidos, todo!... Es preciosísimo el claustro gótico que aun subsiste íntegro del tiempo de Eduardo III,

y curiosa en extremo por su magnitud la Torre redonda (*donjon*), que unos creen romana y otros normanda. En el coro de la capilla de San Jorge, que es tambien una joya del arte gótico, celebra sus juntas la órden de la Liga ó *Jarretera*. No conozco sitio alguno mas suntuoso, mas feudal, mas *heráldico* que aquel coro, con sus altas sillas ogivales primorosamente labradas, sus altas vidrieras de colores y sus mil pendones cuadrados cubiertos de raras empresas. Está uno allí en pleno siglo de las Cruzadas.

En el centro del pavimento se ve una losa negra con una argolla en medio. Dícese que allí yacen los restos mortales del infeliz Cárlos I, pero es muy dudoso. Cuando una revolucion envia á un rey al patíbulo, nadie se cuida de recoger aquellos despojos augustos, como cuando el matador es otro rey, que conoce el *respeto* debido á las testas coronadas... Isabel de Inglaterra hizo honrar y conservar *piadosamente* el cuerpo decapitado por ella de María Estuarda, pero los cuerpos de Cárlos I y Luis XVI no se sabe realmente dónde paran...

LXXV

He indicado la expedicion campestre mas variada é instructiva que se puede hacer en un dia, sin alejarse mucho de Lóndres. Mas descansado para todos y mas agradable para algunos será irse á *Sydenham*, donde está el Palacio de cristal con sus cinco partes del mundo concretadas en la representacion material de los objetos mas notables de cada una, — con sus monumentos artísticos de todos los pueblos y edades — (allí comí yo dias pasados en el *patio*

de los Leones de la Alhambra, despues de haber almorzado en la *casa del poeta*, de Pompeya, y en ambos sitios la ilusion era perfecta), y por último, con su ***mundo antediluviano***, maravilla que por sí sola merece un viaje á este palacio mágico, cuyas tintas ligeramente azuladas, extendidas sobre los cristales y las barras de hierro, únicos materiales de que se compone, le dan á lo lejos un carácter fantástico y unas dimensiones ideales...

LXXVI

Lóndres, setiembre 1856.

Un juicio comparativo, bien hecho, de la *novela moderna* en Inglaterra y en Francia, aun prescindiendo del gran maestro Walter Scott y de su inteligente continuador y rival americano Fenimore Cooper, entiendo yo que concluiria por dar la preferencia con gran ventaja á Inglaterra. Es este país de suyo, aunque tan positivo en lo que me atreveré á llamar las materialidades de la vida, eminentemente novelesco : lo es desde luego su historia; lo es el carácter de sus naturales, exaltado hasta el fanatismo, y reconcentrado al mismo tiempo hasta la hipocondría, hasta el *spleen :* lo es aquí la naturaleza, risueña á veces, á veces terrible y adusta como en las regiones polares : lo son sobre todo las *costumbres*, verdadero arsenal del novelista moderno. Juzgo su pintura mas interesante que la de las *pasiones*, y por de contado, mas propia de la novela. El legítimo campo de la pintura de las pasiones entiendo yo que es el *drama*, — el *teatro*. Así parecen haberlo comprendido los novelistas ingleses, los cuales, dejando á sus rivales de París el monopolio de las pasiones,

y sobre todo de las pasiones violentas, despeluznadas, *torrentuosas* (como allí se dice), y por lo comun ilícitas, se han reservado la jurisdiccion del hogar doméstico, la vida en familia, los desvelos de la paternidad amenizados por las formales distracciones del *club*, las aventuras de viajes, las escenas campestres y los castos amores que se desenlazan al pié de un altar ó simplemente delante de un hombre que lleva una Biblia en la mano y se llama *pastor* de cualquier secta. El adulterio, base fundamental y necesaria de la novela francesa, no es en la inglesa mas que un raro y triste incidente: hablo en regla general, y salvando honrosas excepciones, entre las cuales pongo en primera línea algunas preciosas y muy morales novelas de M. Julio Sandeau, — excelente pintor tambien de la vida doméstica.

LXXVII

No es decible el encanto que tienen para mí esas apacibles pinturas de la *familia inglesa*, con sus honradas pasiones, pues tambien allí las hay, pero muy lícitas, muy simpáticas, y mas interesantes que las malas cuando están bien descritas,— que nos presentan las obras de miss Edgeworth, de Cárlos Dickens, de Thackeray, de Bulwer y de algunos otros pocos, pues lo bueno escasea en todas partes, — especialmente despues de haber leido las febriles escenas de pasion bastarda en que son consumados maestros los novelistas franceses. Estos interesan, excitan mas bien la curiosidad, acaso más que aquellos, pero entiendo que lo hacen de mala manera, — á la manera que estimulan el paladar la mostaza y el ron.

LXXVIII

Un escritor tenemos en España, que puede dar alguna idea de lo que es la moderna novela inglesa á los que no la conozcan : ese escritor es Fernan Caballero, — personalidad misteriosa que buscando con su obstinado seudónimo la sombra como otros buscan la luz, se ha llegado á poner en una evidencia que ya alcanza las proporciones de una grande y merecida celebridad. Unico entre los de nuestros pocos novelistas modernos, este nombre ha traspasado los Pirineos y llegado hasta Alemania : aquí no se le conoce todavía, que yo sepa, y sin embargo estoy seguro de que las novelas de Fernan Caballero, aunque concebidas en un espíritu muy anti-inglés, gustarian mucho en este país ; — á lo menos gustarian, literariamente consideradas. Yo miro como una honra haber sido de los primeros en llamar la atencion del público español sobre las obras de este eminente pintor de nuestras costumbres, y no tengo ya para qué ocultar que es mia la carta (atribuida á varios, á mí entre ellos) que años atrás publicó un periódico de Madrid (el *Heraldo*) juzgando varias de aquellas obras de un modo que, ahora que lo leo tan desapasionadamente como si en realidad el escrito fuera de otro, me parece bastante exacto. Por si su lectura puede agradar á alguno, aquí la copio, advirtiendo (advertencia que seria inútil si solo me dirigiese á los que ya conocen las novelas de que aquí se trata) que Fernan Caballero suele en estas dirigir la palabra, como por via de episodio ó descanso de la narracion principal, á un ima-

ginario *lector*, que supone residente en las *Batuecas*, y que simboliza en su idea lo que hoy se llama el *sentido comun*, y antes se llamaba el buen sentido, — expresion algo mas exacta por cierto, pues nada es menos *comun* en el mundo que ese sentido *bueno*.

LXXIX

CARTA DEL LECTOR DE LAS BATUECAS Á FERNAN CABALLERO.

Valle de las Batuecas, á 28 de mayo de 1850.

Mi desconocido y con todas veras apreciado amigo : la amabilidad suma con que en varios párrafos de tu preciosa novela titulada *Lágrimas* te diriges á mí en particular, como á tu lector predilecto, me impulsa á escribirte esta carta; la ignorancia en que estoy de tu paradero, ó sea del pueblo de tu residencia, me precisa á valerme, para que llegue con seguridad á tus manos, del periódico mismo por cuyo conducto me has comunicado lo que tenias que decirme (1); la llaneza con que me tratas me autoriza á corresponderte con la misma y á tutearte, pues me tuteas; la benevolencia, en fin, con que me honras, me obliga como bueno á pagarte en la misma moneda. No dirás que en este humilde valle somos descorteses ó desagradecidos. Una queja, sin embargo, tengo que darte, no por mí, sino por esta tierra que habito, y que amo ya

---

(1) La primera novela de Fernan Caballero, *la Gaviota*, se publicó en el *Heraldo*.

como á una segunda patria. Tan atrasada la juzgas, ó tan indiferente á las letras, que supones, dirigiéndote *á mí solo*, que soy aquí tu único lector, y no es así, Fernan. Injusto eres en esa suposicion contigo mismo y con los pocos, no lo niego, muy pocos que aquí vivimos en santa paz y compaña, separados materialmente del resto del mundo, es decir, de sus agitaciones, de sus afanes y de sus luchas, pero unidos á él moralmente por el interés fraternal con que seguimos, en esos anales diurnos que vosotros llamais *periódicos*, la marcha de sus acciones y de sus ideas. Nuestra reducida colonia no se compone de egoistas, sino de escarmentados. Yo, como el mas jóven y el último de los convertidos, hago comunmente de lector y secretario, y por eso llevo hoy la pluma para escribirte á nombre de todos.

¡Si vieras, amigo, cuan contentos y felices vivimos en esta nueva Tebaida, rodeada de verdes montañas, tapizada de fresca yerba, protegida, como por una avanzada de gigantes, por los altos picos de la *Sierra de Francia!* Aquí tenemos todos los climas, todas las zonas del universo; pueblecitos sombríos y ateridos que no visita el sol durante meses enteros, como en las desoladas regiones de los polos, y otros tan pintorescos y soleados que parecen un paisaje de la Arcadia, y casi casi un recuerdo de los trópicos. Nuestras intrincadas Jurdes son una pequeña Suiza; nuestra *Peña del Castillo*, un Gibraltar en miniatura. Por todas partes estamos cercados de fortalezas y de santuarios, lo mismo que lo estaba España entera en tiempo de nuestros mayores. Es preciso, Fernan, que vengas este verano á pasar un mes con nosotros; no tienes mejores amigos en toda España. He leido no sé

donde que « un buen libro es una carta dirigida á una multitud de amigos desconocidos » : eso les sucede á tus libros con respecto á nosotros, como les sucederá, no lo dudo, con respecto á muchísimos mas de quienes tú no tienes noticia, como no la tenias de mis compañeros de soledad, tan apasionados de tus escritos. Estoy seguro de que en todos los rincones de la Península tienes lectores de buena fé, sinceros y desprevenidos, verdaderos *lectores de las Batuecas* como nosotros, y que, como nosotros tambien, te brindarian de buena gana con su amistad y con su hogar. Sin embargo, créeme; danos la preferencia, porque aunque la buena voluntad sea en todos la misma, aquí podemos ofrecerte lo que no hallarias en otras partes : una paz profunda, un silencio solo interrumpido por la armoniosa voz de los vientos y de las aguas, y por las campanillas de los ganados, que ya empiezan á reemplazar en nuestras laderas la nieve del invierno con la de sus vellones. Tu alma poética y profundamente religiosa descubrirá en esta naturaleza primitiva tesoros de poesía que no sospechan siquiera los que viven en el bullicio de las ciudades, nuevos motivos y sensaciones nuevas de amor y gratitud al divino Autor de todo lo criado.

Bien quisiera que solo tú leyeras esta carta; pero, ¿cómo? No has adoptado la buena costumbre establecida por los novelistas célebres de firmar tus composiciones con fecha y data, como letras de cambio, y no puedo por consiguiente dirigirte esta á tu pueblo. ¿Qué te hubiera costado poner al pié de *Lágrimas* tu nombre y apellido, y luego *en tal pueblo*, á tantos de *tal* mes y de *tal* año? Pero mejor que el nombre de un pueblo, es poner el de alguna *finca* rústica propia del autor y su habitual resi-

dencia. ¿No tienes ni un mal cortijo de donde datar tus obras, como datan las suyas, Lamartine, por ejemplo, de *Saint-Point*; Balzac, *aux Jardies*; Jorge Sand, *á Nohant;* Eugenio Sue, *aux Bordes?* ¡Mira tú si esto es útil para el que necesite escribirles! Así debieran hacer todos los escritores que no tienen la celebridad de Fontenelle, de quien cuentan que le escribió un amigo desde América sin mas señas que estas : « A M. de Fontenelle, en Europa » ; y la carta le llegó puntualmente. Digo que desearia que solo tú leyeras lo que escribo, porque estoy seguro de que voy á pasar por *preocupado* hablando de amor y gratitud á Dios, como una beata; por *retrógrado*, diciendo que vivo feliz fuera de Madrid, como un paleto; y por *clásico,* que es lo peor, ponderando las delicias del campo, como un *Nemoroso.* Lo sentiré en verdad, no por mí, que ya estoy curado de espantos, sino por este pobre valle de las Batuecas, mi amada patria adoptiva, que ya tenia fama de muy atrasado en la senda de la civilizacion, y que ahora, cuando se sepa que cobija gentes de tales opiniones (pues ya te he dicho que las de mis compañeros son las mias, y que te hablo en su nombre), va á cobrarla de absolutamente bárbaro. ¿Y qué no será cuando te diga que la razon principal del unánime aprecio que hacemos aquí de tus novelas, es la moral purísima que respiran todas ellas, es ese vivo sentimiento religioso de que están impregnadas y las esmalta y perfuma como un aroma de otros tiempos? Para valerme de una expresion vulgar muy usada en nuestros lugares, diré que tus escritos huelen á *limpios*, como las ropas blancas tendidas al sol sobre matas de tomillo y de romero. Aquí tenemos el mal gusto de preferir este olor campestre y sano á todas las punzantes fragancias de vues-

tros perfumistas de moda. — ¡Oh! ¡Esa es ya mucha barbarie para este siglo! exclamarán sin duda al leer esto los que no se surten mas que en las tiendas de Jorge Sand, y de Eugenio Sue, y de ese pobre Paul de Kock, á quien en Madrid hacen la traicion de leerle en las salas y en los gabinetes, cuando en su país dicen que solo se le lee en las cocinas y las porterías. Y no creas que á esto solo nos limitamos, Fernan; somos todavía mas bárbaros, mas Omares y mas Torquemadas; no nos contentamos con maldecir de las producciones malas, por indecentes ó subversivas, sino que renovando el sistema de aquel vándalo de Cervantes (¡acuérdate de su famoso *escrutinio!*) las condenamos y reducimos ¡estremécete! al horrible suplicio del fuego.

Noches pasadas reunimos en un momento al pié de cien novelas y de otros tantos folletos, y sobre doble número de dramas entre originales y traducidos, y cubriendo de retamas todo aquel veneno impreso, y aplicándole la clásica pajuela, hicimos con él una magnífica fogata, cuyo resplandor vivísimo llenó todo el ámbito de nuestro valle, é hizo abrir bocas tamañas como espuertas á los pastores de las vecinas majadas. ¡Si vieras!... Habia un no sé qué de fantástico y de terrible en aquellos insólitos fulgores, alzándose de repente en medio de la noche, bajo la inmensa bóveda celeste, toda tachonada de estrellas. — « Parece una aurora boreal, » exclamé. — « No, respondió uno de mis compañeros, noble anciano, casi centenario, cuya historia te escribiré algun dia para que, contada luego por tí, sea una interesantísima novela; — no es eso: no es mas que una hoguera encendida con malos libros, pero pudiera y debiera ser la aurora de un dia

sereno para la humanidad, que hoy está enferma y delira.... »

¿Qué te parece, Fernan, la pretension de nuestro amigo? ¡Las Batuecas dando la voz de alarma al mundo civilizado! ¡Encendiendo el faro de salvacion en la deshecha borrasca que estais corriendo los que vivis en el mundo!... Ríete si quieres, pero yo no me rio, y suspendo mi juicio. ¿Quién sabe? Dios se ha valido muchas veces de los humildes y de los pequeños para sus grandes fines. El pueblecito de *Belen* salvó al mundo antiguo: ¿porqué el valle de las Batuecas no habia de salvar al mundo moderno, que está loco?

Pero volvamos á tus novelas, que es el objeto de esta carta. Despues de su pura moral, lo que mas nos deleita en ellas, es su puro y caliente españolismo, otro indicio de nuestro atraso, por no decir otra prueba de nuestra barbarie. Preciso es venir á este rincon de España para encontrar gentes capaces, como nosotros, de confesar sin rubor que prefieren infinitamente tus producciones morales y españolas á aquellas otras novelas de allende los montes, en que la impiedad, el adulterio, la rebelion y los mas execrables crímenes, hacen un papel tan *interesante*, y que añaden á esta *ventaja* la de venir de fuera. Pero, ¿qué quieres? Así somos en este valle: españoles con todo nuestro corazon, las cosas buenas de España nos gustan el doble que las cosas buenas de otras partes. Figúrate hasta qué punto nos gustarán mas que las malas! Te confieso ingenuamente que tus novelas nos deleitarian menos si no tuvieran la recomendacion, poderosísima para nosotros, de ser españolas. Aquí creemos que cada país debe mirar por sí y Dios por todos: celebremos nosotros lo

bueno que tenemos, cuando lo merezca, y cuiden los demás de celebrar lo suyo. Tú, que sabes tantos cuentos populares, y que los dices con tanto donaire, oye este, que aunque muy conocido, viene á pelo. En tiempo de la guerra de la independencia, iba un ciego por las calles de Madrid pregonando á voz en grito el parte de una reciente batalla, en que habian muerto *cuarenta mil franceses.* — Asombrado de tal mortandad, acercósele un vecino honrado y le dijo: — Oiga, hermano, ¿y cuántos españoles murieron en esa batalla? — Eso vaya V. á preguntárselo á los ciegos de París, respondió el de los cuarenta mil franceses, y prosiguió su camino y su griteria.

Nosotros, Fernan, somos de la misma opinion que el ciego; por eso te decimos:—Sigue defendiendo en tus populares y graciosas composiciones lo mucho bueno que todavía queda en nuestro pueblo; sigue impugnando con tu delicada sátira la invasion del mal espíritu *extranjerado*, peor que la del cólera; sigue poniendo en relieve con ese envidiable y raro arte que posees de *dar vida* á tus personajes, los nobles rasgos que constituyen la fisonomía de nuestro carácter nacional. Cuéntanos en lisa prosa castellana, con ese estilo, que no diré ahora si es bueno ó malo, pero que es *tuyo*, y por eso nos gusta (luego te explicaré lo que entiendo por esto), cuéntanos, digo, lo que realmente sucede en *nuestros* pueblos de España, lo que piensan y hacen *nuestros* paisanos de las diferentes clases de *nuestra* sociedad, aunque á vueltas de figuras tan bellas como *la tia María, D. Modesto Guerrero, fray Gabriel, Doña Isabel Orrea, D. Benigno Cordero, la marquesa de Alocar, D. Domingo Osorio*, tipos todos eminentemente españoles y verdaderos, nos des de vez en cuando bichos tan antipáticos

como un *D. Narciso Delgado*, un absurdo *Tiburcio* ó un odioso *D. Roque la Piedra*. Sin eso, no estaria completa tu excelente galería de cuadros españoles. Vemos con placer que no te olvidas de los vicios nuevos, y que no bien ha asomado por nuestra tierra el pico de su gorro colorado la demagogia socialista, allí acudes tú con tus sutiles flechas.... ¡Bien, Fernan! Eso vale mas que un buen escrito, porque es una buena accion. Desgraciada ó felizmente (no sé), este suelo fecundo de España produce de todo con profusion, lirios y abrojos, ángeles y diablos; — pero en cierto género, en el género político de que antes hablamos, diablos tan *pobres diablos* como *Tiburcio*; impotentes para el mal, ridículos mas de lo lícito, caricaturas de Proudhon, monos de Considérant, que creen tener un ojo en la punta de una cola imaginaria para ver lo pasado, y que no tienen siquiera dos ojos encima de las narices, como los demás humanos, para ver lo presente. Bien los conoces, Fernan; bien pintas en *Tiburcio*, su feliz personificacion, á esa raza holgazana, díscola, presuntuosa é inútil, — inútil sobre todo, inútil por excelencia: bien sorprendes y pones en claro sus instintos de improbidad, su característica aficion al bien ajeno. Tú haces con Tiburcio lo que, segun leemos en los periódicos, hace la gente en España con los que se le parecen: le escarneces y le desprecias, pero no te ensañas con él. No sé, Fernan, si obras en esto prudentemente, no sé si bastará esa podadera para una planta en otros paises tan tenaz y tan dañina. Puede ser que la gente y tú tengais razon. La risa mata como las espadas.

Atrevimiento te pareceria que un lector de las Batuecas se metiese a examinar tus obras bajo su aspecto pura-

mente literario, aunque fuese para elogiarlas. No entraré, pues, en tales honduras, limitándome á decirte lisa y llanamente que nos deleita su lectura. Es en realidad cuanto podemos decir de ellas; el *por qué* de esto, lo ignoramos, como ignoramos por qué nos deleitan estas hermosas mañanas de mayo, con su frescura confortante, y por qué nos regalan con tan delicada fragancia esas florecillas blancas y azules que se mecen en las márgenes de nuestros arroyos. Los literatos te demostrarán que tus obras *deben* ó *no deben* agradar: lo mismo da para el caso; cuando hay que demonstrar estas cosas, mala señal. Es como cuando un general *demuestra* que debió ganar una batalla; es como cuando un médico *demuestra* que debió curar á un enfermo: señal de que la batalla se ha perdido, de que el enfermo se ha muerto. Ya te he dicho que tu estilo nos gusta, no tanto por bueno, como por tuyo y solo tuyo. Esto parece lisonja, y no lo es. Como aquí no somos literatos, ni vivimos con el siglo, tenemos en punto á estilo, como en punto á otras muchas cosas, ideas que en Madrid, y acaso en tu pueblo, parecerán muy raras. Creemos que, en materia de estilo, lo esencial para un escritor es tener uno suyo propio, espontáneo, que no se confunda con ningun otro, que viva por sí. Creemos que sin esto, ningun escritor merece el nombre de tal; literariamente es como si no existiera. Recuerdo haber oido hablar de un hombre que tenia una cara tan vulgar, tan sin carácter determinado, que se parecia á todo el mundo; sus mejores amigos se le encontraban en la calle y pasaban de largo sin saludarle, como si no le conocieran; personas que en su vida le habian visto, le abrazaban con efusion, tomandole en el primer

momento por un antiguo amigo, y despidiéndole en seguida confusos con un glacial *V. perdone.* Lo mismo les sucede, Fernan, á los desgraciados escritores que no tienen estilo propio. ¿No te parece que esto es todavía mas triste que tenerlo malo? Por mi parte, prefiero ser feo á no ser. No es esto decir que tu estilo (que yo definiria llamándole la fisonomía de tu ingenio) sea feo, no; es solo decir que aunque lo fuera, todavía preferiria tu lenguaje animado por él, á esos lenguajes incoloros, aunque correctos, figuras sin vida, medallas borradas, lienzos sin pintura, que porque no infringen ningun precepto gramatical, ni emplean mas que vocablos castizos, se decoran pomposamente con el dictado de *académicos.* El célebre dicho de Buffon, *le style c'est l'homme*, significa á mi juicio (ó no significa nada) que donde no hay estilo, no hay vida literaria, no hay *hombre.* Observa que no hablo del *lenguaje*, sino del estilo, dos cosas muy distintas, aunque nuestros críticos suelen confundirlas, y cuyas cualidades solo he visto bien deslindadas en un libro que aquí tenemos en mucha estima: tal es el *Arte de hablar en prosa y verso*, obra de aquel pobre Hermosilla, coco de los jacobinos, que se fué al otro mundo con la ilusion de que para hablar y escribir es preciso estudiar. ¡Hombre sin *alcance* y sin *genio!* Así es que su libro, aunque de excelente doctrina, ya no se lee mas que en las Batuecas. En suma, Fernan, tu estilo, en nuestro sentir, es lo mismo que tu ingenio, naturalmente noble, graciosamente sencillo; tu lenguaje pudiera ser mas correcto, pero no mas natural ni mas adecuado á los asuntos modernos de que tratas; no diré que escribes como se habla, pero sí (salvo algunos descuidos) como *debiera* hablarse

hoy. Ya supondrás, Fernan, que no incluimos entre aquellos descuidos las muchas erratas y faltas de sentido con que salen impresas tus novelas. Nos preciamos de discernir tus culpas de las ajenas; pero como no todos tus lectores serán tan benévolos, ni estarán tan desocupados como nosotros para andarse en esos discernimientos, te aconsejamos por tu bien que andes mas listo en la correccion de pruebas.

¿Quieres que te diga ahora lo que pensamos de las cinco novelas que llevas publicadas? (sabemos que has dado algunas muy cortas en varios periódicos pintorescos, pero no las hemos recibido). Todas nos han gustado mucho; la *Gaviota*, como un lindo *poema*; *Elia*, como un delicioso *idilio*; *De una en otra*, como una serie escogida de cuadritos de costumbres; *Lágrimas*, como una ternísima *elegía*; la *Familia Alvareda*, como una verdadera y excelente *novela*. Parécenos que esta es la única que interesa mas por su *accion* que por sus *accidentes*, y por eso se nos figura *mas* novela que las otras, como se dice del que tiene mas fuerzas, mas valor, mas prendas varoniles que otro, que es *mas hombre* que él. Este hermoso modismo no está en la gramática, pero está en boca del pueblo, que en punto á lengua sabe mas que Nebrija.

Sin embargo de lo dicho, tu última composicion *Lágrimas* es la que aquí preferimos, no sé si por mas reciente, ó por mas variada, ó por mejor escrita. Desde luego es muy superior á las demás por su *desenlace*: no debo ocultarte que este es el lado por donde á nuestro juicio flaquean las otras, sobre todo la *Gaviota*. Acaso tambien la preferimos porque es la primera en que expresamente te diriges á uno de nosotros, lo cual nos lisonjea, aunque ya sos-

pechábamos ¡oh amigo! desde tus primeras producciones que para nosotros escribias y nuestras simpatías buscabas con preferencia á las del *vulgo lector* de las ciudades, cuyo gusto han depravado tan tristemente las traducciones perversas de perversos originales. Bien conocias, Fernan, que tus morales, españolas y bellas fábulas no habian de agradar mucho á los que se rien de la moral como de una vejez, á los que no conocen de España ni aun la lengua, ni á aquellos en quienes el culto de la moda ha matado el sentimiento de la belleza. Estos, sobre todo, deben mirarte muy por encima del hombro. Tu encantadora historia de *Lágrimas*, que aquí nos ha conmovido y nos ha interesado como las mas tiernas escenas de Schiller, debe causarles un tedio insoportable; con un ejemplo te diré por qué. Yo conocí cuando vivia en el *mundo* una dama tan fatua, que para ella el tipo de la belleza varonil no estaba en el Apolo de *Belvedere*, ni en el Apolino, ni en el Antinoo, ni en el Gladiador, ni en ninguno de esos dechados inmortales que nos ha legado la antigüedad: estaba ¿dónde dirás? ¡pásmate! en el *último figurin*, con su carita barnizada, sus piés de lanceta y su cintura imposible. Tal es el público de que te hablaba antes, Fernan. Nunca escribas para él, si no quieres *desprestigiarte* con tus buenos amigos los lectores de las Batuecas.

Te doy gracias, y te las dan conmigo mis compañeros de destierro voluntario, por la bondad que tienes de explicarnos el significado de algunas palabras exóticas que pones en boca de tus personajes, y que por lo visto son ahora muy usadas en España. ¿Es posible, Dios mio, que eso pase en la patria de Cervantes, de Mendoza y de los dos

Luises ? ¡ Que así se desfigure, profane y asesine esa majestuosa lengua que parecia á Cárlos V la mas digna de llegar al trono de Dios !... Esto no es pregunta, Fernan : esto es condolerme contigo de un vicio que tú censuras con tanta gracia y quieres atajar con tanto brio y tanto patriotismo. Digo que no es pregunta, porque sin jactancia ¡ harto nos pesa! bien sabemos aquí por experiencia que se han ingerido en nuestro hermoso idioma castellano, cual viles parásitos, muchos vocablos tan inútiles como ridículos que alguna vez, aun en medio de este selvático retiro, vienen á zumbar en nuestros oidos. Ninguna de tus explicaciones nos coge de nuevo. Ya has visto que sabemos usar á tiempo la bonita palabra *desprestigiar*. Oye ahora lo que me sucedió dias pasados. Llevaban preso dos guardias civiles á un pobre diablo al vecino pueblo de la Alberca, y habiendo yo preguntado á uno de ellos la causa de tal prision, me respondió que era « porque le habian cogido *indocumentado*. » ¡ Indocumentado ! ¿ Qué te parece la palabrilla ? Puede correr parejas con la que oí anteayer á un concejal de uno de estos pueblos, que hablando del coste que podria tener una obra de riego, dijo muy grave : *se presupuestará*. Otro observó : « Con arreglo á lo que *dictaminen* los peritos. » « Y hasta donde alcancen nuestras *finanzas*, » añadió el alcalde. ¿ Querrás creer que hay en estos lugares gente que *se permite* tener *aspiraciones* ambiciosas, y *spleen*, y *amar el comfort*, ni mas ni menos que Tiburciño ? Al paso que vamos, pronto se podrá decir *ya no hay Batuecas*, como Luis XIV decia *ya no hay Pirineos*. Y á propósito de vocablos ridículos, ¿ es verdad, como nos han escrito, que en una de las principales calles de Madrid se lee en letras

tamañas como borregos: un rótulo que dice *Bisutería?* ¿Es verdad que en otra tan principal como aquella está escrito que se venden *pitisús?* Si has de decirme que sí, no me contestes. Preferimos dudar que sean hay voces corrientes en Castilla esas y otras que continuamente leemos, como si tuviéramos la lengua mas pobre del mundo, cuando aquí vivimos en la persuasion de que si no es la mas rica, es ciertamente la mas hermosa, la mas noble, y por consiguiente la mas severa y mas indócil para la admision de vocablos pegadizos. Quédese eso para el idioma inglés, verdadero puerto franco donde se admite á todo el mundo sin preguntarle de donde viene ni adonde va....

¡Adios, Fernan! Mis compañeros me encargan que te salude afectuosamente en su nombre, y te diga que quedan aguardando con impaciencia alguna nueva produccion tuya con que consolarse de lo mucho malo que nos trae en su balija el veredero dos veces por semana. Tal es ello, que ya nos vamos disponiendo á celebrar un segundo auto de fé. Pásalo bien, y manda cuanto gustes á tu apasionado, que mucho te aprecia, aunque no te conoce, por lo cual no besa tu mano,

El Lector de las Batuecas.

LXXX

No solo entre nuestros novelistas modernos ocupa Fernan Caballero, á mi juicio, el primer lugar: creo que lo ocupa tambien entre los antiguos, exceptuando por supuesto al inmortal Cervantes, la mas alta gloria literaria de España, y una de las mas eminentes del mundo.

Cervantes por lo demás, no es propiamente hablando un novelista: es mucho mas que eso; es un gran filósofo y un gran poeta. El *Quijote* es un admirable poema en prosa. Considerado únicamente como novela, en el sentido que hoy tiene esta palabra, el *Quijote* mismo valdria poco: ¿qué no sucederá con esa infinidad de libros viejos que solemos bautizar con este nombre?

LXXXI

Rica hasta la profusion en varios ramos de amena literatura, España, fuerza es reconocerlo, es muy pobre en el designado con el nombre genérico de *novela*, ya la consideremos en una ó en otra de las cuatro especies en que generalmente se divide dicho ramo, de novela fantástica, heróica ó caballeresca, novela pastoril, novela histórica y novela de costumbres. No faltará quien vea en esta proposicion una especie de herejía literaria, mas aun, un delito de leso patriotismo, ó cuando menos, una prueba de ignorancia. ¡Como! dirán (y ya se me figura que zumban en mi oido sus furiosos clamores), ¡cómo! motejar de pobre en el florido ramo de la literatura novelesca á la nacion madre del gran Cervantes, á la patria de la ingeniosa Doña María de Zayas, del dulcísimo Gil Polo, del punzante Quevedo, del fecundo Francisco Santos, etc., etc., etc...! ¿No ha visto par ventura ese procaz las largas hileras de antiguas novelas, forradas de pergamino, que hacen doblarse bajo su peso los estantes de tantas librerías, especialmente curiosas por su gran copia de novelas castellanas, como hay en España y otra

partes, y señaladamente la que perteneció al erudito D. Benito Maestre, y hoy se halla en la biblioteca nacional de Madrid, y la de D. Vicente Salvá en París? ¿No ha leido siquiera alguno de aquellos largos catálogos que el librero Pedro de Padilla solia poner al fin de sus reimpresiones de obras viejas, y en que se contienen los títulos de tantas y tantas novelas?

Y sin embargo, me afirmo en lo dicho: la literatura española es pobre, pobrísima de novelas, tan pobre que acaso ninguna otra, entre las modernas, lo es mas ni aun tanto, si, como es regular, se atiende á la calidad del género, y no á su cantidad. En efecto muchas novelas tenemos, á lo menos así se llaman, pero malísimas, en tanto grado que las mas se caen de las manos; y aun las que por su castizo lenguaje, ó por los versos que intercalados con la prosa contienen alguna vez, ó por tal cual carácter regularmente bosquejado, ó, en fin, por cualquier circunstancia incidental, *tienen mérito* á los ojos de los inteligentes, son á los de la mayoría de los lectores tan soberanamente insípidas, tan inverosímiles en su argumento (cuando alguno tienen, que no es lo comun), y sobre todo tan *pesadas*, como suele decirse, que no hay paciencia que alcance á llevar adelante su lectura mas allá de las diez primeras páginas. Esto, dígase lo que se quiera, es lo general. ¿Necesito añadir que hay algunas excepciones? Las hay ciertamente, pero muy raras.

LXXXII

No parece sino que el ingenio español, naturalmente

claro y fecundo, pero comprimido en todos tiempos por lastimosas trabas, ha reservado toda su afluencia para dos grandes géneros de literatura, por los que, cual por dos anchos raudales, se le ve fluir con admirable abundancia y lozanía durante los dos siglos de nuestra preponderancia política y literaria, los siglos XVI y XVII : esos dos géneros, cosa extraña, son cabalmente los mas opuestos entre sí : la literatura mística, la literatura dramática. En ambas, nuestros ingenios han rayado muy alto y, sin rebozo puedo decirlo, han llevado la delantera á los de todos los paises modernos. ¿Por qué no ha sucedido lo mismo con ese otro genéro de literatura, tan aplaudido y general y felizmente cultivado en la actualidad, y que tantos puntos de analogía presenta con el segundo de los dos antecitados? Porque, en efecto, el drama, si bien se mira, no es mas que una especie de pequeña novela dialogada; ó lo que es lo mismo, la novela, en cierto modo, no es mas que un drama narrado, desleido en uno ó mas volúmenes, y enriquecido por consiguiente con todos los pormenores y todo el desarrollo, digámoslo así, de que, por su poca extension y por su misma naturaleza, no es este susceptible. Varias razones ocurren para ello, pero estas razones mismas necesitan una breve explicacion.

LXXXIII

La primera que á cualquiera se le alcanza y esta explica igualmente por qué en todas las naciones modernas el género novelesco fué tan tardío relativamente á otros de amena literatura, es la escasez, ó mas bien dicho, la falta

de modelos en que en este género nos dejó la antigüedad, gran maestra y fuente fecunda de nobles inspiraciones en todo linaje de artes de imitacion. La antigüedad clásica, ninguna novela propiamente tal nos ha dejado, pues no puede darse este nombre ni á las *Sátiras Varronianas*, aunque compuestas en prosa y verso, añadidas por el poeta Marco Varron á las inventadas por el filósofo Menipo, ni al *Satyricon* de Petronio, ni á otras fábulas análogas, que por su poca extension, falta de un plan seguido y suficientemente desarrollado y por otras circunstancias, no llenan ninguna de las condiciones de lo que generalmente entendemos por novela. Las antiguas de que tenemos noticia, sobre estar muy distantes de poderse presentar como modelos, pertenecen ya á épocas de decadencia. Tales son el *Dafnis y Cloe*, de Longo, lectura muy peligrosa para la juventud, que la excelente version de Amyot al francés antiguo, ha propagado mas de lo que seria de desear; los *Amores de Teágenes y Cariclea*, ó sea la *Historia etiópica*, de Heliodoro, de la que es una imitacion hecha con miras de competencia, segun confesion de su mismo autor (1), el *Persiles y Segismunda* de Cervantes; la *Luciada ó los Metamorfóseos del Asno*, libro licencioso escrito en griego por Lucio de Patras, y la conocida imitacion de esta obra hecha por Apuleyo con el título *El Asno de oro*; tal es en fin *La Eubea ó el Cazador*, de Dion Crisóstomo. De nuevo lo digo: ¡pobres modelos en verdad! pero considérese tambien que no podia ser de otro modo. La novela es un género de literatura esencialmente

(1) Prologo de las novelas.

moderno, si me es lícito expresarme así, un género que no hubiera podido desarrollarse y prosperar sin el auxilio de la imprenta. Esto podrá parecer una paradoja, pero á poco que se reflexione en ello, se verá que es exactísimo. Hablo de la novela en prosa, téngase presente : nada de lo dicho hasta ahora habla con la novela en verso. La *novela en verso*, lo mismo que el *poema*, con el que tiene aquella tantos puntos de contacto que verdaderamente se confunden, se halla en condiciones totalmente distintas de su hermana prosáica ; lo que se diga del poema es aplicable á ella. El poema pudo fácilmente trasmitirse á la posteridad por medio de la tradicion oral : el encanto de la armonía, la cadencia del ritmo se prestaban á ello, aun prescindiendo del interés religioso, histórico y aun político anejo á tales producciones, segun las comprendian los antiguos ; sin este interés hubiera podido pues trasmitirse á la posteridad la novela en verso ; ¿mas cómo podia conseguirse igual resultado con la humilde prosa? Y aun no es esto todo ; réstame explicar por qué tampoco la novela en verso, entendiendo por tal la que se aparta bastante del poema para no confundirse con él, pudo llegar á la posteridad, aun dado que se hubiese conocido y cultivado entre los antiguos, lo que estoy muy distante de creer. Ese hecho se explica por la falta de *utilidad* del ramo de literatura que nos ocupa. Obsérvese en efecto que, en todas las cosas, por tésis general, solo lo verdaderamente *útil* de algun modo tiene condiciones de vida y duracion, y tantas mas cuanto es la utilidad mayor ; y esto, que ahora mismo, como siempre, es cierto, debia serlo *mucho mas*, digámosle así, ó aparecer con mas evidencia y realce en los tiempos en que eran

mas escasos é imperfectos que en el dia, los medios materiales de dar vida, y sobre todo, duracion á los productos del entendimiento. La experiencia, conforme con la teoría, confirma esta verdad. Así vemos que la religion, la historia, las ciencias, la poesía lírica, la tragedia y la comedia tradicionales y escritas de los antiguos han llegado hasta nuestros dias. De la religion como de las ciencias nada diré, porque no ya su *utilidad*, sino su *necesidad* es evidente. La historia, por sus grandes enseñanzas; la poesía lírica, por su alta influencia sobre las inteligencias y los afectos, ya ensalce los atributos de la divinidad, ya cante las armonías de la naturaleza, ora inflame el valor de los guerreros, ya celebre las virtudes públicas y privadas de los ciudadanos, y por este medio moralice á los pueblos; el drama, por idénticos ó muy análogos motivos, son géneros de literatura conocidamente útiles en la sociedad; no así la novela, á lo menos no así en tan alto grado. Esto basta para explicar su no-existencia en las sociedades antiguas, como en iguales circunstancias la explicaria en las sociedades modernas: resta además la gran dificultad de su transmision, que ya he apuntado. La memoria de los pueblos no podia aceptar cargas inútiles, teniendo ya que sobrellevar tantas otras útiles ó indispensables, cuáles eran las tradiciones religiosas y los anales históricos y políticos.

LXXXIV

En cierta manera, todo lo dicho es aplicable á los diferentes ramos de la literatura, hasta la época de la inven-

cion de la imprenta: el método de transmision de las ideas, esencialmente lento y costoso, por medio de los copistas manuales, solo bastaba para lo estrictamente necesario: no admitia el lujo, y la novela es un puro lujo en la literatura. Su reinado debia empezar y empezó realmente con la invencion de la imprenta. Ya á los pocos años de verificado este gran paso de la humanidad hácia su tan suspirada cuanto imposible perfeccion, no bastan los ramos de literatura conocidos á satisfacer la insaciable voracidad de las prensas: entonces nace la *novela* bajo la forma de libro de caballerías (1), que debió imprimirle necesariamente la sociedad que le sirvió de cuna; el nuevo producto tomó la forma de la turquesa en que se habia vaciado. De aquella sociedad caballeresca y anárquica son hijos legítimos el *Rey Artus*, *Tristan* y *Lanzarote del Lago*, con toda la demás *gran compaña de andantes caballeros* de la tabla Redonda, cuyos tormentos cuenta Petrarca en su *Triunfo de Amor* (2), y que Dante coloca en su *Infierno*; lo son tambien, mas modernos, Amadis de Gaula y su numerosa progenie de Esplandianes, Tirantes, Palmerines, Belianises, y tantos otros héroes de encrucijada, fantásticos unos, históricos otros, imposibles todos, delicia de nuestros mayores, y por nosotros completamente olvidados ó desconocidos.

---

(1) Algunos se escribieron antes de la invencion de la imprenta. Ya en el siglo XII clamaba el docto Pedro Blesense contra Galeoto, autor de *Lanzarote del Lago*, por el pernicioso ejemplo que presentan los amores libertinos de Tristan y la reina Iseo, de Lanzarote y la reina Ginebra; pero hasta el descubrimiento de la imprenta no puede decirse propiamente que existiese este género de literatura.

(2) Traduccion de Hernando de Hoces.

LXXXV

En la novela de este género, que es la que he llamado heróica, fantástica ó caballeresca, somos ricos los españoles; mas por desgracia este ramo de literatura, cortado en su primer verdor, no llegó á dar sazonados frutos; y como la mano del leñador era hábil y robusta, ni retoñó el ramo, ni retoñará ya nunca probablemente. El libro de caballerías, nacido en un siglo bárbaro, naufragó como tantos otros engendros de la barbarie, entre las tinieblas de los tiempos medios. Ya he dicho que en este ramo de literatura, nuestro país es rico. Los mas y los mejores libros de caballerías son debidos á ingenios peninsulares: el primero de todos, no por su antigüedad, sino por su mérito, es obra de un portugues, Vasco de Lobeyra: hablo del *Amadis de Gaula*. Este género de literatura, como tan adecuado á la índole caballeresca y exaltada de nuestra nacion, debia florecer y floreció efectivamente en ella con raro éxito por algun tiempo. En España nos pagamos mucho de todo lo grande, singular y portentoso: las estupendas aventuras de los caballeros andantes eran manjar muy apetitoso para el paladar de nuestros abuelos, y á no haber mediado oportuna ó inoportunamente, no sé, la implacable sátira de Cervantes, cual otra varita del doctor Pedro Recio de Tirteafuera, acaso tambien nosotros nos estaríamos regalando con él.

LXXXVI

¿Hizo bien, hizo mal Cervantes en matar la novela fan-

tástica y caballeresca? Segun se considere la cuestion, tal debe ser la respuesta. Considerada en concreto, es decir, con aplicacion solamente á las muestras del género que existian en su tiempo, la afirmativa se cae por su propio peso : en aquellas muestras, la religion, la moral, el buen gusto y hasta el comun sentido se ven igualmente conculcados; la razon ultrajada reclamaba el fin de tales escándalos, y Cervantes fué el digno ejecutor de tan conveniente sacrificio. Considerada la cuestion en abstracto, bajo un punto de vista general, y sobre todo bajo el aspecto puramente literario, estoy por la negativa. Yo creo que en literatura no hay ningun género *malo* en su esencia, ninguno que por efecto de una necesidad fatal se halle fuera de las leyes eternas de la moral y del buen gusto; creo que cuando alguno se sale de ellas accidental ó sistemáticamente, la culpa no es del género en sí, sino de los autores que lo manejan. Para mí, como para el gran crítico francés :

Tous les genres sont bons, hors le genre ennuyeux!

y consiguiente á este principio, creo que no hay género alguno del que no pueda sacar gran partido un talento privilegiado. Véase, si no, la *novela* misma en general ¿Qué ramo de literatura ha recibido mas injurias, cuál ha sido mas despreciado y escarnecido? ¿De qué *cosa* han hablado con mas insultante desden los eruditos y los moralistas que de la novela? Y sin embargo, muy romo de entendimiento ó muy rutinero ha de ser quien participe todavía sinceramente de esa vulgar preocupacion, el que no respete cual se debe el género que han cultivado y ennoblecido Cervantes, Lesage, Fielding, Richardson, ma-

dame de Staël, Rousseau, y sobre todo el grande apóstol moderno de este ramo de la literatura, el incomparable Sir Walter Scott. Porque es muy de notar la diferencia en este punto entre el célebre novelista escocés y sus predecesores. Walter Scott creó, ó si se quiere acreditó un género, la novela histórica : sus antecesores nada crearon. no formaron escuela, no lograron, presentando seguros modelos, dar carta de naturaleza, digámoslo así, en la república literaria, á un género nuevo, aceptable, bello ; unos escribieron novelas heróicas, otros novelas pastoriles, otros novelas de costumbres, pero ninguno de ellos, si se exceptúa á Cervantes (y aun este, como ya he dicho, se halla en una categoría aparte), alcanzó la gloria de constituirse en maestro, apóstol ó fundador del género á que pertenecian sus obras. Lo que Sir Walter Scott hizo con la novela histórica en medio del universal aplauso de su nacion y de las extranjeras, otro ingenio igualmente elevado hubiera podido hacerlo con la novela heróica ó libro de caballerías, y la literatura contaria con este género *mas*, con este campo *mas* en el que podrian hacer vistoso alarde de sus esfuerzos las inteligencias ricas y cultivadas. Cervantes con su *Don Quijote*, imposibilitó ó alejó á lo ménos por mucho tiempo la realizacion de esta hermosa quimera. La inmensa copia de *ridículo* que derramó sobre las creaciones caballerescas con su felicísima sátira, no solo desacreditó el género, mas retrajo de su cultivo necesariamente á todos los escritores. Este ramo del arte, pues, murió de muerte violenta y en su infancia infecunda, sin haber dado sazonados frutos. Si era ó no capaz de darlos, es cuestion ociosa y de difícil solucion además. Mi opinion está por la afirmativa, pero otras muy

respetables disienten de ella. *Rien n'est beau que le vrai*, ha dicho el ilustre legislador moderno del buen gusto; pero en la sana inteligencia de lo que ha de entenderse por *verdadero* en literatura, estriba la dificultad. Entendida materialmente, al pié de la letra, esa proposicion, ciertísima en el fondo, no seria bella la *Iliada*, no seria bella la *Eneida*, no serian bellos el *Aminta* ni el *Telémaco*, porque falsos son estos, falsas son aquellas, tan falsas como las aventuras de Florismarte de Hircania ó del caballero Platir: segun yo la entiendo, no se opone á que sea cosa asequible escribir buenos libros de caballerías, con todas las condiciones de tales, es decir, con sus elementos necesarios de gigantes, endriagos y hechicerías; creo que el ingenio puede dar *verdad*, — verdad literaria por de contado, — á todas estas cosas imposibles. ¿No se la dió Camoens á su gigante *Adamastor*? ¿No se la dió Lucano á sus brujas de Tesalia? Igual grado de verdad hubiera impreso la humilde prosa en estas felices creaciones. ¿No es verdadera, no es bellísima, la *Dama blanca de Avenel* en el *Monasterio* de Walter Scott? Creo pues que pueden escribirse buenos libros de caballerías, es decir, composiciones de este género, que á la mas sana moral y al mas bello lenguaje unan todo el interés de una novela de Eugenio Sue; pero sea de esta opinion lo que se quiera, es lo cierto que no la confirma ningun ejemplo, y que ni en España ni en otra nacion existe un solo libro bueno de caballerías. Unicamente como objeto de curiosidad ó por manera de estudio pueden leerse algunos en el dia: por recreo no es creible.

LXXXVII

Despues de los libros de caballerías, hay que considerar, siguiendo el órden de los tiempos, las novelas pastoriles. Tambien en este género somos ricos los españoles, si atendemos á la cantidad, prescindiendo de la calidad. Hay cosas que todos sienten y que muy pocos se determinan á decir; mas aun, que casi todos niegan obstinadamente, temerosos de pasar por hombres de gusto poco delicado: nada mas comun que afectar que se recibe gran placer con lo que realmente fastidia. Así sucede con las novelas pastoriles que pasan por *buenas*. ¿Hay lectura mas empalagosa, mas insoportable que la de las mejores de entre ellas? No lo creo. Las *Dianas* de Montemayor y de Gil Polo, la *Galatea* de Cervantes, el *Pastor de Iberia* del canónigo D. Bernardo de la Vega, el *Pastor de Fílida* de Luis Gonzalez de Montalvo, son obras muy bien escritas, muy apreciables si se quiere, pero que, francamente hablando, se caen de las manos, la última sobre todo, por mas que haya merecido al erudito D. Gregorio Mayans los honores de una reimpresion (1792). Tampoco aquí me parece que el mal está en el género, sino en el modo de cultivarle. Aunque ménos susceptible de elevacion, novedad y riqueza que el fantástico caballeresco, el género pastoril se presta admirablemente á la pintura de los afectos dulces y delicados, de las escenas risueñas y apacibles propias de la vida del campo, y es acaso el que mas convida á lucir las galas de una elocucion encantadora. Nada de esto han hecho nuestros escritores de

novelas pastoriles, incluso el gran Cervantes en su *Galatea*, incluso Gil Polo en su *Diana :* costumbres convencionales, pormenores falsos é impertinentes, un sentimentalismo alambicado, un lenguaje fluido y castizo seguramente, pero afectado é impropio de los personajes que lo emplean, y sobre todo, y esto es lo peor, falta absoluta de interes, hé aquí lo que una crítica imparcial notará siempre en esas novelas; y adviértase que cito las mejores.

LXXXVIII

Despues de la novela heróica y de la novela pastoril, vienen la novela histórica, de que no poseemos mas que un bello ejemplar (las *Guerras civiles de Granada*), y la novela de costumbres, variedad la mas rica, la mas importante del género *novela*. El primero de nuestros escritores en esta línea es Cervantes, y el primero tambien entre los de todas las naciones. El *Quijote* es la mejor novela conocida; sobre él está ya dicho todo, y su reconocida excelencia le pone fuera de toda discusion, como le pone tambien fuera de toda comparacion la circunstancia de ser libro único en su especie, á tal punto que hasta se puede dudar si debe calificarse de novela (su mismo autor no le llamó así) ó dársele otro nombre mas *respetable*. Los que desprecian por sistema á la *novela*, deben hacerlo así para ser consecuentes consigo mismos. Para mí, el *Quijote* no es mas que una novela de costumbres, como el *Gil Blas* ó el *Tom Jones*, una graciosa fábula instructiva y moral, desleida en varios tomos; pero todavía parece, esto no obstante, que hay en el *Quijote* algo que le

coloca en una esfera superior, bien sea por la elevacion y utilidad práctica de su objeto, ya por la importancia social del mismo y su ambiciosa universalidad (*deshacer la autoridad y cabida que en el* MUNDO *y en el vulgo tienen los libros de caballerías* (1), ya por las preciosas enseñanzas que contiene, ya tambien por efecto de esa especie de supersticiosa veneracion con que desde la niñez nos acostumbran á mirarle nuestros preceptores, al mismo tiempo que con tanto afan procuran inspirarnos aversion y desden á las *novelas*. ¡Rara contradiccion! no hay muchacho á quien no digan las personas graves que huya de las novelas como de una lectura perniciosa, y apenas hay uno tampoco en nuestro país que no se suelte á leer de corrido, por consejo de esas mismas personas graves, en el *Quijote*, en una *novela!*

LXXXIX

He dicho que el *Quijote* es la primera de todas; ahora añadiré que en España no poseemos ninguna otra de costumbres completamente buena. Innumerables son las que han dado á luz nuestros escritores del siglo XVII; por la lectura de las mejores puede juzgarse cuán escaso debe ser el mérito de las demás. Lo es en efecto sobre todo encarecimiento. Pobreza de invencion, desaliño en el lenguaje, y sobre todo, ausencia de interés, son sus caracteres distintivos y generales. No se alcanza cómo podian tener paciencia nuestros mayores para leer tan insulsas

(1) Prólogo de la parte segunda.

producciones. En el dia solo son apreciables algunas de ellas, muy pocas, como pinturas mas ó menos fieles de los tiempos á que pertenecen, y aun bajo este aspecto poco ó nada añaden á lo que nos enseña nuestro precioso repertorio dramático. En nuestras novelas se observa un fenómeno singular: al mismo tiempo que, á consecuencia de la rígida censura política y religiosa de la época, sus autores nunca remontan el vuelo á altas consideraciones sociales ó filosóficas, ni sacan de estas preciosas fuentes de interés aplicacion alguna á los asuntos imaginarios de que escriben; en una palabra, al mismo tiempo que no tienen libertad para discurrir con independencia y enseñar verdades útiles ó agradables bajo la forma novelesca, tan apta para popularizarlas, la tienen para distinguirse por un exceso de cinismo material y grosero que en nuestros novelistas del dia, con toda su tan decantada inmoralidad, seria intolerable. A primera vista sorprende este hecho; un poco de reflexion le hace parecer natural y aun necesario. En primer lugar, se deduce precisamente de las costumbres asaz libres de la época, muy distante aun de la cultura y delicadeza actuales: muchas pinturas que ahora nos ofenden eran entonces muy aceptables, como lo son en el dia otras que repugnarán á nuestros nietos, mas cultos y moralizados que nosotros. Es un error manifiesto (así lo creo firmemente), suponer que las costumbres se van corrompiendo, que la sociedad se va desmoralizando: la sociedad, por el contrario, se moraliza por dias, y en la misma proporcion van perdiendo las costumbres su impureza primitiva. Pero no es esto todo: el análisis de los sentimientos y afectos, la crítica moral, digámoslo así, de los movimientos íntimos del alma, eran

entónces, como lo han sido hasta nuestros dias, una ciencia, si no desconocida, á lo menos muy poco practicada: ahora bien, sin ese análisis, sin esa crítica, sin copia de ingeniosos estudios psicológicos, sin una diseccion bien hecha del hombre moral, ¿ qué es la novela? una entretenida linterna mágica, un kaleidoscopo deslumbrador, un verdadero *tutilimundi* que puede recrear un momento la curiosidad, pero que nada dice al alma, ni interesa mas que mientras está delante; aun así, al poco rato fastidia necesariamente á todo el que tenga algo mas de seso que un cadete tonto ó que un bibliófilo que no es mas que bibliófilo. En este caso están casi todas nuestras novelas antiguas; gustan á los que se satisfacen con una larga serie de períodos vacíos, en que se refieren superficialmente estas ó las otras insulsas ocurrencias, verdaderas relaciones de ciego; y tambien á los bibliófilos que las ponen sobre las niñas de sus ojos, porque son *muy raras*. Otros las aprecian, manía aun mas comun, porque tienen en su lenguaje un sabor antiguo, el propio de la época en que se escribieron. ¡Gran mérito por cierto! ¡como si pudieran dejar de tenerle! Reducidos por ignorancia ó por prudencia á no profundizar las materias de sus novelas, á no pasar de la superficie de las cosas, y á relatar secamente, natural era que nuestros autores procurasen reavivar con algun estimulante la amortiguada atencion del lector, animando con algun sainetillo la monótona insulsez de sus relaciones; de aquí ese espolvoreo de situaciones licenciosas, de expresiones equívocas, todo ese cínico baño de sensualismo que advertimos en la mayor parte de las novelas antiguas: así á lo menos lo explico yo, sin dejar por eso de tomar tambien en cuenta la

mayor libertad de costumbres de aquella época, como ya ántes dije.

XC

Estas dos circunstancias, consecuencia una de otra, si no me engaño, — la excesiva licencia del lenguaje y la falta de profundidad, ó sea la superficialidad del discurso —, forman el carácter distintivo de las novelas antiguas, y son las causas esenciales del poco placer que nos ocasiona su lectura. Esos dos rasgos constituyen tambien su diferencia esencial de las novelas modernas buenas. Las novelas del siglo XVII, y me fijo en estas porque forman la gran mayoría de las que ya podemos llamar antiguas, son propiamente relaciones de aventuras ó hechos varios que se suceden en el discurso del autor con mas ó menos ilacion y rapidez, pero sin que veamos nunca ó rarísima vez á la *accion* desarrollarse por sí misma á nuestra vista, como una consecuencia necesaria del choque de los varios elementos que entran en ella, como un producto natural de las circunstancias reunidas por el ingenio del autor para formarla: no la *vemos* pasar, la *oimos* referir. En tales novelas, por efecto de su escaso artificio, hay muy poco para el entendimiento, menos aun para el corazon. Si algo enseñan es « á precaverse de las malas artes y seducciones de las mujercillas, tahures y otra gente *non sancta* ». En esto se cifra toda su moralidad. ¡ Campo bien estrecho por cierto! En ellas la gracia degenera frecuentemente en chocarrería, los retratos suelen ser caricaturas; cuando les da por lo serio, son insoportables su pesadez y pedantería.

Este fallo parecerá severo á los que no se hayan tomado el trabajo de examinar por sí mismos la cuestion, y entran en ella con una opinion ya formada por lo que han oido decir; yo les rogaria que suspendiesen su juicio hasta leer siquiera una docena de novelas, y no de las peores, del siglo XVII. Si tienen paciencia para llegar al cabo, seguramente me darán la razon.

XCI

Claro está que lo que digo no se aplica á las cuatro ó cinco novelas sobresalientes, de una celebridad reconocida, que posee nuestra literatura. Desde luego hay que excluir las novelas de Cervantes, no solo el *Quijote*, su obra maestra, sino tambien las demás. Pasa entre los puristas por la mas perfecta, como modelo de lenguaje, el *Persiles*, la produccion favorita de su autor, como suelen serlo de todos los padres los últimos hijos habidos en su vejez; pero esta opinion, que se explica en Cervantes, no es sostenible. El lenguaje afectadamente sentencioso del *Persiles* es sin duda bello y grandilocuente, — *sed hic non erat his locus*, — pero es altamente ajeno de la novela; lejos de presentarlo como modelo, me parece el mas inoportuno para el caso. De la fábula en sí, nada diré; le falta interés, y el olvido en que ha caido es justo. En idéntico caso está la *Galatea*; solo por ser de Cervantes, y por el consiguiente mérito de su estilo, se lee en el dia. No es grande el interés que presenta la accion de sus *Novelas ejemplares*; pero las imponderables originalidad y perfeccion de su estilo, la gracia sin igual de su elocucion, la

verdad de los caracteres, la admirable variedad de sus incidentes y los innumerables chistes de que están salpicadas, las constituyen en una de las mas sabrosas lecturas de que es dado disfrutar en nuestra lengua.

XCII

Si estuviera probado que el *Gil Blas* es produccion española, seguramente su autor ocuparia el puesto inmediato al de Cervantes; pero no lo está, á pesar de las doctas investigaciones de Llorente, y á despecho de las groseras invectivas del P. Isla contra su verdadero autor Lesage. El episodio de los aventuras del escudero Márcos de Obregon, traducido de la novela española de este nombre, y algun otro menos importante, traducido ó imitado de nuestra lengua, no bastan á quitar al conjunto de tan excelente obra el mérito de la originalidad. Despojado de los impertinentes pormenores que hacen tan lenta la marcha de su accion y tan pesada su lectura, el *Guzman de Alfarache*, de Mateo Aleman, seria una bellísima novela de costumbres, tan bella como la primera parte del *Lazarillo de Tormes*, de Hurtado de Mendoza. Por falta de plan y, como es consiguiente, de ilacion en los sucesos ó sea de unidad de accion, el *Gran Tacaño* de Quevedo no es mas que una graciosísima caricatura, un monstruo sin piés ni cabeza, pero que hace reir. ¡Lástima grande que tantos chistes, tantos felices pormenores y tantas pinturas originalísimas estén malogrados en una composicion tan floja!

XCIII

Dos novelas de muy distintos géneros, pero muy notables ambas (aunque no sé hasta qué punto puede aplicárseles la calificacion de novelas), las *Guerras civiles de Granada*, por Gines Perez de Hita, y la *Celestina* por Fernando de Rojas y un anónimo (Rodrigo Cota segun unos, Juan de Mena en sentir de otros) completan con las ya citadas, la flor y nata de nuestro repertorio novelesco. ¿Habremos de incluir en este repertorio el *Conde Lucanor* del sabio infante D. Juan Manuel? Si esta antigua joya de nuestra literatura fuese una novela, seria no solo la mas antigua, sino tambien una de las mejores, por su lenguaje, admirable para su tiempo, y por las preciosas máximas de que abunda; pero llamar novela á una obra puramente doctrinal, á una coleccion de ingeniosos ejemplos ó cuentos, si se quiere, muy bien discurridos, pero sin trabazon entre sí, seria abusar singularmente del significado de las palabras. No así la obra de Perez de Hita. Las *Guerras civiles de Granada*, con pretensiones de historia, no son mas que una novela muy entretenida por la variedad de sus incidentes, por la lozanía de su lenguaje, la nobleza de sus caracteres y la novedad de las costumbres que describe. Tuvo en su tiempo grandísima celebrídad, siendo en efecto, como dice su editor de 1833, «el «embeleso de nuestros mayores, que aprendian de memo«ria los bellísimos romances que contiene; ha dado ma«teria y argumento á varias composiciones dramáticas «antiguas y modernas, y servido de modelo para escribir

« otras obras análogas, principalmente á la del caballero « Florian, intitulada *Gonzalo de Córdoba* » ; pero no es cierto, como dice poco ántes, que « su lectura deleita « tanto que quien una vez toma el libro en sus manos, no « puede soltarle hasta la conclusion ». Al contrario, es lectura algo cansada, aunque en general, muy apacible, sobre todo la primera parte. Mayor interés ofrece, en mi concepto, la de la novela dramática *Celestina*. Es obra de gran mérito, como pintura de costumbres y de caracteres, y tambien por su excelente lenguaje. La *Pícara Justina*, salvas alguna prolijidad y lo trivial de su argumento, es tambien una buena novela de costumbres, que obtuvo mucho aplauso en su tiempo, y que nadie lee en la actualidad ; el género á que pertenece pasó, afortunadamente para el buen gusto.

XCIV

Resumiendo lo dicho, resulta que, en mi sentir, España, al paso que tiene la gloria de haber producido el autor de la mejor y mas célebre novela conocida, es muy pobre en este género de literatura ; que aunque cuenta muchas novelas originales, ninguna de ellas, fuera de las de Cervantes, se deja leer con agrado en el dia, despues de lo mucho que han adelantado en este ramo de literatura los modernos ingleses y franceses. A los españoles modernos, fuerza es reconocerlo, nada les debe, nada absolutamente; no hemos hecho mas que seguir muy de lejos las pisadas de los extranjeros. Nuestra literatura novelesca del último siglo, descartadas las innumerables traducciones é imitaciones del francés y del inglés que le dan una apa-

riencia de riqueza, se resume en el *Eusebio* de Montengon y en el *Fray Gerundio* del P. Isla, libros ambos notables por su estilo y buena composicion, pero insulsos considerados como novelas, en especial el primero. A nuestros novelistas que hoy viven, cuyo mérito soy el primero en reconocer, los juzgará la historia. Solo de Fernan Caballero he leido bastantes producciones para atreverme á decir que le considero al nivel de los primeros novelistas con que hoy se honran Inglaterra y Francia.

XCV

Londres, octubre 1856.

Visto á la pálida luz de la luna, el *Palacio de cristal* presenta un aspecto mágico. Nada puede dar una idea del carácter realmente fantástico que ofrece aquella parte de los vastos jardines que le rodean, destinada á ser un pequeño trasunto, — un *specimen*, como aquí se dice —, del mundo antediluviano, con su monstruosa fauna de piedra, sus ictiosauros y sus pleurosauros, sus pájaros giganteseos, sus reptiles y sus dragones alados, especie de horribles murciélagos, sus mastodontes y sus megaterios colosales, comparados con los cuales nuestros rinocerontes y nuestros elefantes son unos pigmeos —, y con sus rocas y sus saltos de agua en que se ha procurado remedar con científica precision las formas y los accidentes de las varias épocas geológicas. Visto todo esto á la misteriosa claridad de una de estas hermosas y claras noches de otoño, hiere profundamente la imaginacion, y por poco que uno conozca el célebre discurso de Cuvier

sobre las *Revoluciones del globo*, el precioso libro de Zimmermann titulado *La Tierra antes de la aparicion del hombre*, las obras de Marcel de Serres, de d'Orbigny, de Maury, el *Cosmos* del baron de Humboldt ó cualquiera otro de los grandes trabajos sobre los orígenes de la tierra, con que se honra nuestro siglo, basta para disfrutar uno de los mas elevados placeres que la meditacion puede proporcionar al hombre estudioso.

XCVI

En cualquier pais seria mas profunda, mas poética esa impresion recibida á la luz de la luna que á la luz del dia, pero aquí lo es doblemente, en razon de la particular hermosura con que se reviste en este clima (y creo que lo mismo sucede en todos los del Norte) el melancólico astro de la noche. Aquí la claridad de la luna (*moon-light*) es mayor, mas blanca, viva y serena que en nuestro pais: hay noches en que rivaliza con la del dia, tanto que permite leer sin dificultad: — ¡cuántas veces esa deleitosa luz habrá servido de lámpara á los poetas y á los amantes de estas nebulosas orillas del Támesis! Es aquí la luna objeto de cien poéticas leyendas, de las cuales es la mas popular, y se ve reproducida en cantares, en aleluyas, y hasta en las muestras de muchas tiendas, la de *The man in the moon* (el hombre en la luna), relacion de un imaginario viaje á las vastas soledades de nuestro satélite.

Rara vez me sorprenden las noches de luna en cualquiera de estos hermosos parques sin que invada mi espíritu un sentimiento de vaga y dulce melancolía, muy

diferente de la fria tristeza, principio y acaso gérmen de lo que aquí se llama el *spleen* y tantos estragos causa entre esta gente, que me infunden casi siempre las nieblas húmedas y densas de la mañana, particularmente en las cercanías del rio. Es observacion que he hecho muchas veces y que me ha dado mucho que reflexionar sobre las diferentes *ocasiones* y *caracteres* de la tristeza. Triste estaba yo sin duda, triste á punto de pensar con placer en la muerte, pero sin embargo dominado por una tristeza dulce, cuando escribí una noche estos versos en mi libro de apuntes, á la luz de la luna :

Ya las nocturnas sombras se deslizan
Por las verdes laderas, semejantes
A la severa, rozagante falda
De enlutada matrona : allá en los valles
El aura entre los árboles susurra,
Baten sus alas con amor las aves.
Del astro rey el disco refulgente,
Cercano al horizonte, los cristales
Del atlántico piélago reflejan
En columna de fuego, mientras abre
Una invisible mano la áurea tumba
Do á tu pesar ¡ oh sol ! temblando caes.
¡Oh ! ¿cuál mágica cítara podria
Tus encantos decir, hermosa tarde,
Los aromas, las vagas armonías
Que en tus alas circulan por los aires ?
¿ Cuál , tu serenidad ? Leves vapores
Por cima de los árboles gigantes,
Como evocados por adusta maga
Alzanse los espectros sepulcrales,
En insensible gradacion se elevan

Y la esfera oscurecen : rutilantes,
Cual florecillas de oro, las estrellas
Súbito brotan : su serena imágen
Lentamente la luna levantando
Va del cerúleo espejo de los mares,
Tan pálida y tan triste, que parece
Del mundo muerto el lívido semblante.
¡Oh Luna! tus purísimos destellos
Me inundan de deleites inefables;
Mil recuerdos, mil dulces pensamientos
Me asaltan de tropel al contemplarte,
Y aun pienso que de un gozo misterioso
Palpitará en la tierra mi cadáver,
Cuando sobre la losa de mi tumba,
Cual ora sobre mí, tu luz resbale.

XCVII

He hablado antes del *spleen.*

¿Qué es el *spleen?* Yo creo que solo puede definirse diciendo en términos generales que es una de las infinitas variedades de la *tristeza*, una forma particular de la *melancolía*, de la hipocondría mas bien; y concretando mas la idea, me atreveria á decir que es el primer período de esa terrible enfermedad del ánimo (el cual tiene tambien ¿quién lo duda? sus enfermedades y sus heridas, como el cuerpo) que nos impele á aborrecer la existencia y que desde muy antiguo se designa con el nombre de *tædium vitæ*, — hastío de la vida. Una vez posesionada del espíritu esa fatal dolencia, sus progresos son rápidos cuanto seguros, y el resultado casi siempre ine-

vitable es arrastrar á sus víctimas al negro y misterioso abismo del suicidio. Por el *spleen* se entra en ese espantoso camino : su maléfica influencia relaja todas las fibras, quebranta todos los resortes de la voluntad, mata el libre albedrío y convierte al hombre en un miserable autómata. La propia destruccion es su *idea fija :* de todas las formas de la locura, esta, — la locura suicida, — es la mas horrible. Creo sin dificultad que una funesta predisposicion nativa, ciertas influencias hereditarias y aun algunas enfermedades pueden producir fatalmente en cierta manera esa lamentable enfermedad del alma, pero considero indisputable que en la mayor parte de los casos, es producto de la propia incuria y de una falta de energía de voluntad que consiste en dejarse *ir insensiblemente* invadiendo por el mal, hasta que llega á hacerse invencible, en vez de sacudírsele de encima, por medio de un vigoroso empuje á los principios, cuando todavía es tiempo de vencerle. Sucede con esto, en mayor escala, lo mismo que con el sueño, que tambien acaba infaliblemente por señorearse del que no resiste con decision sus primeros halagos. Halagos son tambien los de la tristeza en sus principios, cuando aun no pasa de ser lo que solemos llamar una dulce melancolía. ¡ Ay del infeliz que no se harta de esa dulzura, que la aspira con todas las facultades de su ser y que acaba por asimilársela como una segunda naturaleza ! Cuando la melancolía llega á hacerse crónica, la locura es casi siempre inevitable, el suicidio casi siempre seguro.

XCVIII

Recuerdo la sorpresa con que leí la primera vez en la *Relacion* del famoso auto de fe de Valladolid 1559 y luego en varias otras, al expresarse las causas porque eran condenados los reos, no en verdad á la última pena, sino á la de salir encorozados, que muchos tenian por solo delito el de ser *melancólicos*. Acaso lo que bajo esta denominacion penaba el *santo* tribunal en ellos era la tendencia manifiesta á la desesperacion y al suicidio; y aquel castigo, relativamente suave, era una simple medida preventiva, — una especie de medicamento... inquisitorial.

XCIX

Inglaterra pasa, con razon ó sin ella, por el país clásico del suicidio: lo que no admite duda es que es la patria del *spleen*. Estas continuas nieblas le *crian*, como nuestro hermoso cielo meridional cria el donaire y el *qué se me da á mí* de nuestros andaluces. Desde que el canciller Tomas Moro hizo en su célebre *Utopia* la apologia del suicidio, renovando las peligrosas doctrinas panteistas, empezó á cundir por Europa la opinion, acreditada por Voltaire y Montesquieu, de que los ingleses están, mas que los otros pueblos, sujetos á esa espantosa dolencia: pero yo creo que las estadísticas no confirman esta opinion. Entre tantos clubs extravagantes como ha habido aquí, nunca he oido decir que haya existido el de *los suicidas*, al paso que segun testimonio de M. Schaen, autor de la *Estadística general*

y razonada de la civilizacion en Europa, existieron clubs con esa denominacion y ese horrible objeto, en París y en Berlin, durante las guerras del Consulado y el Imperio. Un artículo de los estatutos disponia que cada año se habia de sortear á quien le tocaria por turno dar á los demás el ejemplo de quitarse la vida. ¡Bonito ejemplo!

C

Tal vez haya contribuido á generalizar aquella idea el *hecho* de que este es el país en que hay mas ricos, — y por consiguiente mayor número de hastiados, pues sabido es que el hastío de los bienes de esta vida hace mas víctimas voluntarias que las privaciones y la miseria. El hastío es la mas fecunda fuente del *spleen*. El hombre aguijoneado por la desgracia rara vez tiene ocasion de dar cabida en su alma al desaliento y al tedio, salvo cuando la desgracia llega á hacerse crónica en la vida y acaba por quebrantar todos los resortes de la voluntad, todas las fuerzas del cuerpo. ¡ Hay tantas y tales miserias en este mundo! la condicion de algunos seres es ¡ay! tan amarga, que verdaderamente se comprende en muchos casos la desesperacion, — mejor diria yo *la desesperanza*. Lo que yo llamo la desesperanza es esa postracion absoluta á que conducen les padecimientos morales, — esa especie de noche profunda que se forma al rededor de todas nuestras facultades y que no nos deja ver salida ninguna, por ninguna parte, al abismo en cuyo fondo insondable creemos encontrarnos,— á diferencia de la *desesperacion*, que siempre supone un arrebato violento, un estado de fuerza,

aunque momentánea y depravada. La desesperacion se quita la vida : la desesperanza se deja morir, que es otra manera de suicidio como aquella, mas triste y mas dolorosa, porque es mas lenta. La especie de epidemia suicida que diezmaba los claustros en los siglos IV y V bajo los nombres de *athumia* y *acedia*, segun el testimonio de graves escritores eclesiásticos, y que San Juan Crisostomo y San Jerónimo describen admirablemente, era una verdadera desesperanza : lo que arrastraba al suicidio á los romanos de la decadencia, segun leemos en Suetonio, bajo la odiosa tiranía de los emperadores malos, era la desesperacion. ¿Quién no ha sentido alguna vez las agudas punzadas de esta, la influencia enervante de aquella? Horroriza y aterra considerar el número de suicidios consignados desde los orígenes de la historia hasta nuestros dias.

CI

Esas dos terribles dolencias morales, la *desesperacion* y la *desesperanza*, triste privilegio de la humanidad, — y su harto frecuente consecuencia, mas terrible todavía, el *suicidio*, han sido en todos tiempos y creo que seguirán siendo siempre los mas tristes y los mas oscuros problemas en que puede ejercitarse la razon del hombre. Hay sin embargo ciertos hechos, enlazados con este órden de fenómenos, que juzgo de toda evidencia. En los padecimientos físicos, por mas agudos que sean (y Dios sabe si el dolor físico es ingenioso é inagotable en sus atroces combinaciones!...), rara vez y acaso nunca abandona al hombre la *esperanza*. Mas ó menos tenue, un destello de

su hermosa luz le ilumina siempre el alma : por eso tambien muy rara vez esa clase de padecimientos nos arrastra á la destruccion voluntaria, como no sea en un rapto de exaltacion momentánea, ó de verdadera demencia. En los padecimientos morales llevados á su apogeo, la esperanza desaparece enteramente. La idea y el *amor* de la muerte invaden el alma, y la propia destruccion es entonces razonada : solo entonces es verdaderamente *voluntaria*. El hombre es el único ser animado, capaz de recibir este género de muerte. Aquí veo yo uno de los caracteres esenciales de la humanidad, que nos distingue absolutamente de las demas especies animadas. El don de la palabra, el *os sublime*, la facultad de comer sin hambre y de beber sin sed, y tantos otros caracteres que algunos naturalistas han creido descubrir en el hombre exclusivamente y con los cuales le han distinguido de las demás especies animales, nos son en realidad comunes, en mayor ó menor grado, con muchas de ellas. La inteligencia misma no podemos decir que nos pertenezca exclusivamente, pues ¿quién se atreverá á negar la inteligencia del perro, del caballo, de las abejas, de muchas aves?... Claro es que no hablo aquí del *alma inmortal*, únicamente dada á la noble criatura hecha á imágen y semejanza del sumo Hacedor, sino del intelecto propiamente dicho, ó sea de la facultad de discurrir. Al ver cómo esta facultad va descendiendo desde el hombre hasta los últimos grados de la escala animal, sin que sea dable deslindar bien la linea que definitivamente la separa de lo que llamamos el *instinto*, á la manera que este, en los últimos límites de su escala descendente, tampoco se puede deslindar bien de los movimientos espontáneos de muchos seres de la crea-

cion que consideramos desprovistos de todo discurso y de todo instinto, naturalmente se pregunta uno á sí mismo con cierta angustia : — ¿ Dónde empieza, dónde acaba el discurso ? ¿dónde la razon ? Dónde empieza, dónde acaba el instinto ?— Cuando un buen perro de caza *se decide* á seguir una senda, despues de haber titubeado entre varias, y aquella senda es la buena, ¿ obedece á un discurso ó á un instinto ? Cuando ciertas plantas buscan la luz del sol, que necesitan para vivir, ¿ obedecen á un mecanismo espontáneo ó á un instinto, acaso á un discurso ?... Difícil me parece demostrar que en los diferentes grados de una misma facultad — por ejemplo, la de *atender á la propia conservacion*, — que suponen, tanto la razonada medida que toma el hombre para preservarse de un peligro, como la espontánea contraccion del zoófito con que tambien se preserva de otro peligro, por mas que desde el primer grado hasta el último, la distancia sea inmensa, verdaderamente incalculable, — difícil me parece, digo, demostrar que entre estos dos grados medie una diferencia esencial. La cuestion es aquí, creo yo, solamente de *mas* ó de *menos*. Luz da el sol y luz da un candil, y supuesto que los dos *dan luz*, la diferencia entre ambos bajo este concepto, tampoco es otra cosa que una cuestion de poco ó mucho, de mas ó menos. No así cuando entre las facultades y los objetos, las diferencias son esenciales. Los naturalistas que forman con el hombre un *reino* aparte en la naturaleza (el reino *humano*), como forman otro con el conjunto de los cuerpos celestes (el reino *sideral*), por no acertar á encajarlos, digámoslo así, en los tres reinos conocidos de antiguo con las denominaciones de *animal*, *vegetal* y *mineral*, atribuyen al primero dos cualidades propias, esen-

ciales y verdaderamente exclusivas, que solo él posee, á saber, la *moralidad* y la *religiosidad*. ¿No pudiera á estas dos cualidades añadirse otra, igualmente esencial, igualmente privativa del hombre, que *solo* él posee, con exclusion de todos los demás seres animados, que es la de destruirse á sí mismo voluntaria y razonadamente, ó para hablar el lenguaje de los frenólogos, la de la propia *destructividad voluntaria?* — De esta funesta facultad no creo yo que exista ni aun rastro en las demás especies vivientes.

Yo me atreveria, pues, á proponer esta definicion, como complemento de las demás que la ciencia tiene ya admitidas : — El hombre es un animal racional *capaz de suicidarse.*

CII

Para vergüenza y dolor de nuestra miserable humanidad, el suicidio no ha sido nunca en el mundo un accidente muy extraordinario : cuando no el *hecho*, el *deseo* á lo menos de la propia destruccion ha dominado siempre y domina todavía en un crecidísimo número de nuestros semejantes. A cualquier gran dolor, á cualquiera contrariedad grande, si nos abandona un instante la luz de la religion ó no nos sostiene el sentimiento profundo del deber, deseamos la muerte ; y sabido es que del deseo al hecho, cuando la satisfaccion de ese deseo está en nuestra mano, suele no haber mas que un paso. Tal vez lo que voy á decir parecerá una cavilosidad ó una paradoja ; pero yo creo que muchos, muchísimos actos que solemos calificar de imprudencias y que acarrean la muerte, no son mas

que suicidios disimulados. Suicidios son tambien las mas de las que llamamos heroicidades. Ya lo he dicho antes: espanta considerar el número de suicidas ilustres que consignan los anales de la humanidad, desde los primeros tiempos del mundo. Particularmente en las sociedades panteistas, — antiguas y modernas, pues el panteismo es el error que más ha cundido sobre la tierra, — la doctrina de la unidad y de la identidad de Dios, del alma y de la materia, — el alma universal, — no viendo en la muerte mas que un simple cambio de forma, — una metempsícosis, — convierte el suicidio en una accion indiferente y casi meritoria. Así es que los suicidios en la India son colectivos, y en algunas partes, legales y hasta religiosos. En este caso estan los de las viudas, para quienes son allí un deber sagrado. Platon nos ofrece un poético y sentido testimonio de la antigüedad del suicidio y de una de sus causas frecuentes en las sociedades paganas, cuando dice por boca de Sócrates en este pasaje del *Fedon*: « Muchos hombres hay que por haber perdido sus « mujeres, sus hijos ó sus amigos, bajan voluntariamente « al Averno, conducidos por la esperanza de que allí verán « á aquellos á quienes aman y vivirán con ellos. »

Horacio, Juvenal, Séneca sobre todo nos dan una completa idea de la naturaleza y de los estragos del suicidio en la sociedad romana. *Mori licet cui vivere non placuit*, era allí el terrible dogma de los estóicos. Un dogma era tambien entre los bárbaros del Norte la muerte voluntaria, camino el mas seguro para llegar al paraíso de Odin, divinidad suicida de la mitologia escandinava. La vida era de tan poco valer para aquellos pueblos que, al decir de Valerio Máximo, acostumbraban solemnizar con llan-

los los dias de nacimiento y con cantos y festines los de muerte. Aun subsiste la segunda parte de esta costumbre en Escocia, de que da testimonio Walter Scott en su preciosa *Bride of Lammermoor*. No bastó el cristianismo á desarraigar de las nuevas sociedades regeneradas el gérmen de la destruccion voluntaria, y los mas grandes doctores de la Iglesia, San Jerónimo, San Agustin, hubieron de esgrimir mas de una vez contra ella las armas de su sagrada elocuencia.

CIII

Lo repito : es tan grande la suma de los dolores físicos y morales distribuida entre los hombres por la inescrutable voluntad de la Providencia ; son tan tristes ¡ ay ! las desigualdades, sin duda aparentes, que en esa distribucion repugnan á nuestros limitados instintos de equidad, á nuestras imperfectas nociones de justicia, que no es en verdad de admirar, aunque sí muy de reprobar y lamentar profundamente, que el *deseo* y aun el *amor* de la muerte constituya uno de nuestros mas poderosos instintos. He hablado de los dolores físicos. Ah! realmente la naturaleza es una ingeniosa y sabia martirizadora. Desde la punta del cabello hasta las uñas de los piés, no hay una sola parte de nuestro cuerpo que no pueda ser y sea con frecuencia el centro de atroces dolores. Muy poderoso debe ser ese instinto cuando tantos y tan inútiles afanes ha costado en todos tiempos refrenarle, y cuando con tanta frecuencia se sobrepone al otro instinto de la propia conservacion, que es el mas poderoso en todas las especies animadas. A pesar de la fuerza

conservadora de este ¡ay del infeliz, dejado por un momento de la mano de Dios, que entregado nada mas que á la luz de su propia razon, se pone á sí mismo el amargo dilema de Hamlet : *Be or not to be*!.. No sucumbirá tal vez al impulso destructor que seguramente hará oir en el fondo de su alma una voz llena de sofismas seductores, pero la lucha será terrible... ¿Quién no ha deseado alguna vez el descanso del sepulcro? Y ese mismo *deseo* ¿no es ya un suicidio intencional, á la manera que desear la muerte de otro es una especie de asesinato moral, un crímen de intencion? Muy contados serán los hombres que no hayan prorumpido alguna vez en estas desesperadas palabras de Job, palabras á que desde el principio del mundo están sirviendo de paráfrasis los eternos lamentos de la humanidad doliente : « ¿Porqué fue dada la luz á los desgra« ciados y la vida á los que yacen en la amargura del « corazon, y esperan la muerte sin que llegue, semejan« tes á los que cavan la tierra en busca de un tesoro y « se estremecen de alegría cuando han encontrado la se« pultura? »

CIV

Chateaubriand, en sus *Memorias de Ultratumba*, cuenta la tentativa varias veces repetida y siempre afortunadamente frustrada que hizo en su juventud para quitarse la vida y concluye su relato con estas palabras : «Si entonces « me hubiera matado, todo lo que he sido se sepultaba « conmigo : nada se habria sabido de la historia que me « condujera á aquella catástrofe; hubiera ido á aumentar « el número de los desgraciados sin nombre, y no me ha-

« bria hecho seguir por el rastro de mis amarguras como « se sigue á un herido por el rastro de su sangre. »

Si todos los hombres escribieran con sinceridad las memorias de su vida, ¡ cuántas confesiones como esta vendrian á probarnos que ni la luz de una elevada inteligencia, ni aun la fé misma bastan siempre para sojuzgar el poderoso deseo,— cuando no el terrible hecho—de la propia destruccion, que la pasion, el dolor y mas comunmente el tedio suelen despertar en las almas! He citado las propias palabras de Chateaubriand porque son las de un católico eminente. Lamartine en muchas de sus obras, señaladamente en *Rafael*, nos revela iguales desfallecimientos. Casi todos los hombres ilustres, cuya vida nos es bien conocida, han pasado por las mismas luchas : de Rousseau, de Goethe, del gran Napoleon, de otros cien, se sabe con evidencia.

Y sin embargo el suicidio es la mas grande ofensa que el hombre puede hacer á Dios, — la única que no comporta reparacion ni aun propósito de la enmienda. — De cualquier manera que se considere, es el mayor de los crímenes.

CV

Lóndres, noviembre 1856.

Las opacas nieblas que hoy cubren las calles como una mortaja me han sugerido estas misantrópicas reflexiones sobre el suicidio y el *spleen*. Son las 3 de la tarde y ya hace una hora que escribo á la luz de una lámpara, la misma que por necesidad he tenido encendida hasta mas de medio dia. La circulacion de los carruajes está casi del todo

interrumpida: las gentes van por las calles con siniestra lentitud, semejantes á espectros. Este tiempo es muy comun aquí en esta estacion: es el que debia hacer el dia en que lord Castlereagh se degolló con una navaja de afeitar, siendo primer ministro de esta gran nacion en 1822. En medio de sus grandezas, de sus triunfos parlamentarios le devoraba el *spleen*: acaso en el mismo instante, muchos verdaderos infelices, privados de todo recurso humano, presa de los mas atroces padecimientos físicos, oscuros, desconocidos, escuchaban resignados en su lecho de amargura las piadosas exortaciones de un sacerdote ó entregaban su alma al Criador, llenos de paz y confianza en la divina misericordia. Resignarse á vivir es muchas veces ¿quién lo duda? un grande acto de fortaleza; quitarse la vida, una muestra de debilidad, — no de falta de valor, como quieren hacer creer los que para acreditarse de valientes, dan por única prueba el hecho de que no se matan. Pero si no arguye, en mi sentir, ni mucho menos, falta de valor, el acto de quitarse la vida es, como ya dije antes, hasta en lo humano y considerado meramente á la luz de la razon natural, un gran crímen: aun prescindiendo de que es un acto de rebelion contra la voluntad de Dios, todavía debemos considerarle como una indigna desercion, como un cobarde abandono de los deberes terrenales. Ni los poéticos nombres modernos de Chatterton, Werther, René, Jacopo Ortis, ni aun los gloriosos nombres antiguos de Mitridates, Aníbal, Caton, Marco Bruto, Lucrecio, el poeta español Silio Italico y tantos otros bastan á cubrir con una aureola de interés el crímen del suicidio, deshonrado por Cain y Judas. Cosa singular! El primer hijo de Adan fué el primer suicida.

CVI

No es dudoso que la vista de objetos tristes despierta en el alma ideas melancólicas y el recuerdo, sino el vago deseo de la muerte; tampoco lo es que una atmósfera fria y húmeda, — las nieblas sobre todo —, nos predisponen á la hipocondría, al *spleen*. De aquí el carácter generalmente lúgubre y sombrío de la poesia inglesa, cuya exageracion, — casi me atreveré á decir cuya caricatura —, se ve en las *Noches* de Young. El escocés Macpherson, en sus célebres cantos de *Ossian*, simboliza mejor, á mi juicio, el carácter austero y algo triste, natural á la poesía propia de los pueblos del Norte. Y sin embargo obsérvese tambien que aun en los pueblos dotados de un clima delicioso y en los que más parece que la naturaleza se sonrie y nos brinda al placer, la poesía y la música son eminentemente melancólicas. ¿Dónde hay melodías mas tristes que las *modinhas* portuguesas, que nuestras *tiranas* y nuestras *playeras*, nuestras *rondeñas*, y nuestras *cañas* y en general todos nuestros cantares andaluces, reminiscencias, dicen, de la música popular de los árabes? La poesía oriental me parece tambien, á lo que puedo juzgar por las traducciones que he leido, marcada con un decidido carácter de tristeza, — ¡tan natural es este sentimiento en el hombre! A veces, en efecto, la vista de los mas hermosos objetos de la naturaleza, en vez de regocijarnos, como pareceria natural, nos infunde un sentimiento de vaga melancolía que, no por ser dulce, deja de ser triste: el llanto asoma involuntariamente á nuestros ojos y no sé

qué misteriosa voz parece que preludia en el fondo de nuestra alma un himno de muerte. — Esa voz, á la larga, es la que engendra el *spleen;* así se explica cómo esta cruel dolencia hace sus mas crueles estragos, segun antes dije, en los que pasan por mas felices, en los ricos, en los hastiados. Los pobres, los que necesitan trabajar para vivir, rara vez le conocen : no tienen tiempo para escuchar los cantos de aquella peligrosa sirena...... ¿Por qué misteriosas vias conduce la posesion de todo al hastío de todo, y el hastío á la desesperanza, y la desesperanza á la muerte?

CVII

Recuerdo que la primera vez que visité el valle de Panticosa, en las montañas del Alto Aragon, que creo sea uno de los mas bellos y grandiosos espectáculos que ofrece la naturaleza en Europa, experimenté de pronto una indecible sensacion de amargura á la vista de aquellas enhiestas cumbres, coronadas de eterna nieve, que van á perderse en las nubes, y de aquellos insondables abismos. Una especie de asombro, de mareo mas bien, dulce y triste al mismo tiempo, — triste sobre todo, — se apoderó de mi al encontrarme en medio de aquella multitud de cascadas que, como corceles desbocados, se precipitan por las ásperas vertientes, parecidas por su fragosidad á otras tantas selvas vírgenes, erizadas las crines de blanca espuma y atronando el espacio con sus furiosos relinchos. Era en una clara mañana de agosto, fria como lo son allí todas las del año : al desembocar en el valle, frente al estable-

cimiento de baños, por el camino ó mas bien peligroso sendero que por entre verdaderos precipicios arranca de Biescas, me quedé como estático durante algunos momentos. Jamás habia yo visto cosa semejante : era aquello una sensacion parecida á la que nos produce por primera vez el aspecto del mar, una especie de estupefaccion mezclada de tristeza, — de terror mas bien. A la vista de los grandes espectáculos de la naturaleza, el hombre se siente involuntariamente dominado por la idea triste de su pequeñez, de su miseria, y quisiera huir y naturalmente se acuerda de su último y supremo refugio, — la paz del sepulcro. Fué tan vehemente en mí esta sensacion que apenas me hube apeado de mi caballo, (— en aquella época (1846) solo así ó á pié se podia ir desde Ayerbe á Panticosa, pasando por Jaca, terreno de algunas leguas cuya mayor parte se puede ya recorrer en carruaje), — que apenas, digo, me hube apeado de mi caballo, entré en el cuarto que me estaba dispuesto en la casa de baños y, sin descansar ni un momento ni aun quitarme el polvo del camino, escribí estos versos al correr de la pluma, para desahogar así mi espíritu del peso que le oprimia :

Con pavoroso estruendo
Descienden por las breñas,
Rompiéndose entre peñas
Y el valle ensordeciendo,
Cien hermosas cascadas
De las aéreas cumbres desatadas

No es mas blanca la nieve
Que esos largos raudales :
Por estrechas canales,

Ya anchurosa, ya breve,
Cada corriente baja
Y con su empuje los peñascos raja.

¿Adónde corre, adónde
En su furia insensata
La corriente de plata?
— A descansar, responde
Su voz, cual la del trueno,
A descansar en el ibon (1) sereno!

*

A esta solemne voz de las montañas
Que percibir mi mente se figura,
Un pensamiento lleno de amargura
Conmueve mis entrañas!
Y al ver cuán impacientes y afanosas
Por llegar pronto al anchuroso lago,
Lánzanse las cascadas espumosas
Entre fragor y estrago
Por las ásperas faldas de la sierra,
Exclamo : Así en la tierra
Nos trabaja el destino á los mortales!
Y ¡ah! ninguno tal vez de esos raudales,
Ni aun el que de mas alto se derrumba,
Al ibon deseado
Llega tan quebrantado
Cual nosotros los hombres á la tumba!

(1) Llámanse así en el Alto Aragon los grandes lagos que se forman al pié de las sierras con el caudal de las nieves derretidas y de los innumerables manantiales que nacen en sus vertientes.

CVIII

Es seguro que al improvisar estos versos en aquella soledad, para mí solo, sin pensamiento ni aun remoto de que nadie mas que yo pudiera llegar á leerlos, expresé en ellos lo que realmente sentia; ¿porqué pues aquel magnífico espectáculo me trajo involuntariamente al pensamiento la idea de la muerte? ¿Porqué la vista de aquella terrible agitacion de la naturaleza me hizo pensar con melancólica dulzura en el descanso eterno del sepulcro? No sé si todos pensarán en este punto como yo, pero para mí es evidente que sin la esperanza de ese descanso, esperanza ó seguridad mas bien que nunca nos abandona, faro siempre encendido en las tinieblas del porvenir, la existencia nos seria absolutamente insoportable en este valle de lágrimas. Este solo nombre lo dice todo: ¿cuál otro merece esta tierra cubierta para nosotros de emboscadas, regida por inexorables leyes cuya razon de ser no comprenderemos jamás, donde la vida es una incesante lucha contra la naturaleza entera, contra las cosas y los hombres y contra nosotros mismos, que es lo peor, — contra nuestras propias dudas, nuestros deseos, nuestras pasiones? Y de esa lucha nadie está exento: ni á los buenos ni á los malos perdona la desgracia comun, mas cruel aun con los primeros. Sin duda se encierra una profunda y severa leccion en el hecho de que el mas antiguo de los libros sagrados, — el libro de *Job*, en opinion de los mas doctos expositores, — sea la historia de un justo perseguido por todas las miserias de la vida, al mismo tiempo

que una admirable exortacion práctica á la conformidad, á la paciencia, que seria la primera de las virtudes, si no fuera la mayor de las necesidades.

CIX

¡Tierra llena de emboscadas! Todo en efecto encierra aquí para el hombre algun peligro oculto, cuando no un peligro manifiesto: las mas seductoras apariencias son una *emboscada* mejor tendida que las otras. Esas verdes florestas, tan galanas al alba con sus mil florecillas aljofaradas de menudas gotas de rocío, con las mil armonías del agua que serpea por entre guijuelas de oro, de las aves y de los insectos, relucientes como piedras preciosas, que a su modo saludan al despertarse la vivificadora luz del sol, nos atraen á su amable recinto para filtrar en nuestros huesos el frio de la fiebre ó los punzantes dolores del reuma: ese sol tan hermoso nos da cada tabardillo pintado que canta el credo. Esas bonitas bayas de mil colores que esmaltan los arbustos y los setos vivos, á que los pobres niños inocentes se abalanzan con ansioso afan y á que nosotros mismos nos abalanzaríamos de la propia manera si no hubiéramos escarmentado en cabeza propia ó ajena —siempre ¡ay! por una dolorosa experiencia, nunca por maternal aviso preventivo de la naturaleza muda y como complacida en sus crueles emboscadas, — encierran un activo veneno. Ese mar tan magnífico nos brinda con mansas olas para alzarse luego en furiosas tempestades. El fuego que nos da grato calor nos da tambien al mas leve descuido horribles incendios y nos lacera el cuerpo con

atroces quemaduras. Nunca puedo ver los arduos afanes que suele costar el acto de *encender lumbre* cuando absolutamente hace falta, sin considerar con amargura la facilidad extremada con que una chispa, una punta de cigarro tirada inadvertidamente al suelo producen espantosos á veces desastres. ¡Tanta facilidad para el mal, Dios mio, y tanta lentitud, tantos trabajos ímprobos para producir el menor bien! ¡Tantos órganos en nuestros miserable cuerpo para el dolor, — todos! —, y tan pocos para el placer...!

CX

Maternal aviso preventivo, decia yo antes. Todo lo contrario: allí donde el peligro es mayor, allí ha puesto la amable madre Naturaleza, — *alma mater,* — el mayor atractivo, el mas irresistible cebo. Hay en el camino de Madrid á la Granja una fuente cuyo nombre me parece un atroz sarcasmo. Fresca, abundante, atrae con su canoro murmullo á los pobres gallegos que todos los años, por el tiempo de la siega, cruzan la sierra de Guadarrama en busca de trabajo, á pié, rendidos de cansancio y de calor: los infelices van á beber de aquellas traidoras aguas y mueren miserablemente. La emboscada surte su efecto: aquella ¿no es la fuente de *Mata-Gallegos?* Pudiera creer algun misántropo que, á cada nueva víctima que cae en el astuto cebo, la *alma mater* se frota las manos de gusto, celebrando el chiste, pero no: ni aun eso. Mientras la víctima sucumbe entre dolorosas convulsiones, lejos de sus verdes montañas nativas, triste y desesperado, la augusta y rubia matrona se sonrie y piensa en otra cosa.

CXI

Ira y lástima da leer en las descripciones de poetas embusteros, de esos que escriben de las cosas del campo muy bien acomodados en su butaca, al calor de una buena chimenea, los mil encantos que atribuyen á la madre Naturaleza, —madrastra para muchos! —, quiero decir, á la naturaleza vírgen, tal cual se nos presenta antes de que el hombre la haya regado con el sudor de su frente. Dicen en sus monótonos versos que es una delicia vivir en el campo, lejos de las ciudades, y que allí todo es hermoso, sereno y puro. ¡Mentira! Yo he hecho muchas veces la prueba en pequeño: muchas veces me he ido con un libro en la mano á disfrutar de la bella naturaleza, en busca de esa serenidad tan decantada, y me he tendido á la sombra de un árbol, lo mas lejos que he podido de toda huella humana, ya, cuando estaba en España, en lo que allí llamamos *el monte*, á dos ó tres leguas de algun pueblo, ya aquí en los extensos prados incultos de *Mary-vale*, que creo es lo mas despoblado de estas cercanías. Nunca mi probatura ha podido pasar de media hora; la dureza y las desigualdades del suelo, aunque alfombrado de *muelle yerba*, — las picaduras de los insectos — el frio, ó el sol, ó el polvo —, mil y mil pequeñas molestias, á cual mas irritantes, me obligaban á abandonar mas que á paso mi *dulce soledad*, y á refugiarme en alguna *obra de los hombres* —, casa ó mero cenador de enramada y flores de un jardin ó de un parque, esto es, á huir de la naturaleza primitiva, inhospitalaria, dura y cruel para los míseros humanos. Y si esto sucede hoy, al

cabo de seis mil años de lucha incesante, de gigantescos esfuerzos para domarla y destruir ó contrarestar sus *emboscadas*, ¿qué no sucederia allá en aquellos remotos tiempos primitivos en que el hombre, inocente ó si se quiere ignorante como el niño, era una presa siempre dispuesta á dejarse coger en ellas? Pueblos infelices hay todavía en Asia y en Africa donde se cuentan por millares todos los años las víctimas de los tigres y de las serpientes. — Estas y otras emboscadas no existen ya para la culta Europa, pero aun quedan en algunos de nuestros países osos y lobos, sin contar las víboras y los tábanos y toda la odiosa é inutil polilla de los insectos dañinos. De los osos se encuentran todavía algunos *ejemplares* en los Alpes, en las montañas de Asturias y en todas las cordilleras del Norte, señaladamente en las playas árticas, y los lobos abundan bastante en muchas de nuestras sierras: la mismo en Francia y creo que en casi todo el continente. Aquí, á lo que he oido, no queda ni rastro de esa mala raza desde los tiempos de Alfredo el Grande.

CXII

Somerstown, uno de los mas apartados y pobres barrios de Lóndres, antes pequeño lugar ya absorbido, como tantos otros, por esta inmensa capital, está lleno de recuerdos de la emigracion española del año 1823. Tristes recuerdos!... casi todos los que evoca para mí son de personas queridas que ya no existen. Allí pasaron los mas alegres dias de su juventud dos ilustres ingenios, Espronceda y Villalta; de allí salieron para encontrar en

las playas de su patria un desastrado fin los intrepidos Torrijos, Manzanares, Flores Calderon y tantos otros mártires de una idea que los egoistas suelen calificar de *prematura*, no atreviéndose á negarle su carácter de generosa.

Generosa es siempre la idea de la libertad para esta noble nacion inglesa, protectora natural de todos los proscritos y que, por su parte, no proscribe á nadie. — ¡doble gloria á que ojalá lleguen algun dia todas las naciones! Para todas la deseo, pero séame licito, como español, desearla ante todo para España.....



MADRID

MADRID

I

Madrid, diciembre 1856.

Al llegar á este punto de mis relaciones, quisiera, sábelo Dios, no hacer otra cosa mas que elogiar: así me acreditaria con unos de muy patriota y con otros de muy embustero, y tal vez de mal español, pues cada cual entiende el patriotismo á su manera. El mio consiste en amar con todo mi corazon este noble país en que he nacido, en que nacieron mis padres, y que es la *patria de mis hijos*, segun la hermosa expresion de D. Ventura de la Vega en su *Hombre de mundo;* consiste además en lamentar sus males y desear su bien, como mios propios. En esto creo que todos los buenos españoles estamos de

acuerdo, solo que á muchos se les figura que conviene atenuar, ocultar y negar mas bien las cosas malas de nuestro país, ensalzando desmedidamente las buenas. Yo entiendo que debemos, sí, ensalzar estas, como un estímulo para perseverar en ellas y mejorarlas, y tambien como una legítima satisfaccion de nuestro orgullo nacional; pero en cuanto á ocultar las malas, digo con el divino Virgilio:

¡Alitur vitium, vivitque tegendo!

Los males ocultos son los peores; los que creen, con ocultarlos, conseguir que no existan, se parecen al insensato que cierra los ojos para que no le vean.

II

Voy á manifestar francamente mi primera impresion al volver á Madrid después de una larga ausencia. Regla general: cuando uno va por las calles de París, la expresion de las caras que encuentra en la calle y le miran al paso (hablo de las caras desconocidas) es, por lo comun, benévola; en Lóndres, es indiferente; en Madrid es hostil. Con este motivo un amigo mio muy discreto, hombre de gran cachaza, que como yo, y otros mil sin duda, ha hecho la misma observacion, suele decir que cuando algun desconocido, persona decente, le mira al paso en la calle con torvo ceño, cual si se lo quisiera tragar, le dan ganas de pararle con mucha cortesía y preguntarle: — « Pero dígame Vd., caballero, ¿qué le he hecho yo á Vd. para que me mire así? » — Esta impresion no se experi-

menta en toda su desagradable aspereza sino durante los primeros dias que pasa uno en Madrid, después de una ausencia algo prolongada: luego nos acostumbramos á mirarnos asi mutuamente de reojo, y creo que todos, unos más, otros menos, luego que estamos aclimatados, contribuimos en algun modo á esa expresion general de malevolencia que anubla las fisonomías madrileñas: la tez morena, las facciones muy marcadas, casi duras, de esas fisonomías, el uso y aun el abuso de la capa, tan favorable al desaseo, y un cierto aire sombrío y maton (*aire crúo*), que casi todos tenemos ó afectamos, como un patrimonio nacional, todo contribuye, se me figura, á agravar aquella expresion enojada de que hablaba antes, y que, por mi parte, veria con mucho gusto sustituida por otra más bondadosa, á lo menos en lo que generalmente se llama las personas decentes. Ya pasó el tiempo por fortuna en que estas hacian gala de vestir y comportarse como los chisperos y los picadores; pero aun nos queda un resabio de aquellas antiguas costumbres, y es, sobre todo, muy comun formarse una idea equivocada de lo que se llama la *sal española*, confundiéndola lastimosamente con la grosería, la insolencia, y, mas aun, con la mala voluntad hácia los demás.

III

Aun prescindiendo de este error harto comun, todavía entiendo yo que debe haber otros motivos para esa especie de enfado universal que se pinta en los modernos semblantes españoles; y discurriendo sobre ello, creo

haber dado con uno esencialísimo, cuyo fundamento y explicacion se encuentran en el conocido refran que dice: *Donde no hay harina, todo es mohina.* Porque en efecto, casi todos los portadores de esas caras ceñudas, que le miran á uno con tan poca benevolencia, son ó han sido *cesantes;* están ó han estado *impurificados;* se llaman ó se han llamado *indefinidos;* han sido insultados, perseguidos, apaleados por *blancos*, ó por *negros*, ó por *progresistas*, ó por *moderados*, ó por cualquiera de las mil calificaciones odiosas con que de medio siglo á esta parte nos estamos los españoles amargando unos á otros la vida, como si para esto solo nos hubiera puesto Dios en el mundo. Rarísimo será entre nosotros el que no se haya encontrado alguna vez ó se encuentre hoy en alguna de esas situaciones penosas, irritantes, vejatorias, desconocidas ya en todos los países cultos, que hemos inventado á porfía todos los partidos para martirizar á nuestros contrarios, á nuestros hermanos!... Yo que esto escribo, vuelvo ahora de un destierro absurdo, cuya razon es todavía un misterio para mí; pero yo soy como Dios me hizo, y no traigo ni hiel en el corazon, ni ceño en el rostro. En este punto me considero una excepcion, como habrá muchas sin duda; solo digo lo que sucede por regla general, — y la regla general es que las persecuciones, la injusticia ajena, los padecimientos, todo ello agravado y como encrudecido por la vehemencia característica de nuestra sangre meridional, han pesado harto frecuentemente sobre nosotros, como una corona de plomo cuajada de espinas, y que el odio, la ira, el natural deseo de venganza se han encarnado en nuestros corazones y formádonos como una segunda naturaleza. Esa adusta, esa desabrida expresion con que mutua-

mente solemos mirarnos, no es ¡ay! mas que un destello de aquellos malos afectos que se nos asoman al rostro. ¡Triste, tristísima verdad! ¿á qué ocultarla? ¿á qué negarla? ¿dejará por eso de ser verdad? Con la suma de bilis atesorada hoy en los temperamentos españoles, habria para surtir á toda Europa. Si esto sigue, y aumenta, como es natural que vaya aumentando, mientras no se arranquen de raiz las causas que lo han producido y lo siguen produciendo, nuestra nacion llegará á estar poblada por una nueva raza de Atridas... Continuamente se oye murmurar en los retazos de conversacion que recoge uno por las calles, al paso, sin querer: — « Ese pillo, ese tunante, ese... tal, ese... cual. » — Hay que taparse los oidos.

IV

Inglaterra asombró al mundo con los horrores de sus guerras civiles y religiosas en el siglo XVII, pero como si hubiera ahogado en aquellos rios de sangre el gérmen de sus odios, hoy las gentes viven allí en santa paz al parecer. Todos caben en su país, aunque este es mas chico que el nuestro, y ellos son mas que nosotros; nó se persiguen, no se destierran entre sí á cada triqui-traque. Tampoco se miran unos á otros con aire tremebundo. Francia tuvo tambien en 1793 su período de fiebre aguda, durante el cual los franceses se degollaban unos á otros con delicia; pero aquella exaltacion pasó, vencida por su propio exceso, y á ella sucedieron y aun continuan con breves y casi inofensivos intervalos, la tolerancia, la benevolencia mas bien. El primer acto de la revolucion

de 1848, en plena república, fué abolir la pena de muerte para los delitos políticos. — ¡Valiera mas, Dios me perdone, que nosotros tambien desfogáramos de una vez nuestros mútuos rencores en una rabiosa orgía, si luego habíamos de quedar *amigos*, como los muchachos despues de haberse administrado una buena cachetina, que no que estemos así años y años, sin tregua ni misericordia, hoy só pretexto de libertad, mañana en beneficio del órden, haciéndonos á la sordina y en pequeño unos á otros todo el daño que podemos!...

Quisiera no haber escrito estas líneas y ahora no quiero borrarlas. Iba á hacerlo por parecerme duras é inconvenientes, leidas de sangre fria, cuando me cayeron en las manos dos periódicos, uno de oposicion, otro ministerial. Al ver cómo se tratan uno á otro los partidos que ambos representan, creo que todavía me he quedado corto...

V

Nada es mas fácil que señalar un mal; nada es mas difícil que señalar con acierto su remedio. Creen muchos de buena fé que esto es la cosa mas sencilla del mundo; una reflexion muy obvia bastaria para desengañarlos de su error, y para que esa reflexion se les ocurriera naturalmente, por poco seso que de suyo tuvieran, bastaria que aplicasen á su raciocinio un poco de benevolencia; es decir, bastaria que partiesen del supuesto de que *todos* desean el remedio del mal existente. — « Ahora bien, se dirian á sí mismos, siendo así que todos desean el remedio de ese mal, y que ese mal subsiste sin embargo, claro

está que es muy difícil, casi imposible encontrarle.»
Por desgracia, pocas personas discurren de este modo en nuestra tierra; lo comun es dar por sentado que los demás, particularmente si son adversarios políticos, *no desean* el bien ó son tan ineptos que no saben remover el mal, no obstante ser esto cosa tan fácil! De aquí esa acusacion vulgar de *malos españoles*, que con tanta frecuencia nos arrojamos á la cara unos á otros apenas disentimos en algo. No acierto yo á explicar hasta qué punto me parece odiosa y necia al mismo tiempo esa acusacion, tan prodigada por todos nuestros partidos. Lo propio digo de la tendencia funestísima que hay en España á ver siempre en el *gobierno*, sea el que fuere, un enemigo natural, á desconfiarse de él, á atribuirle malas intenciones y á embarazar maliciosamente su accion, siquiera sea, como lo es casi siempre, eminentemente protectora. Imaginarse que un gobierno obra el mal por el placer de obrar el mal, me parece el colmo de la insensatez. Los gobiernos pueden equivocarse y se equivocan con mucha frecuencia, aunque no con tanta como sus habituales detractores; pero por regla general se equivocan de bonísima fé, con el mejor deseo del mundo, y á veces por exceso de patriotismo ó sea de confianza en el buen sentido nacional, que no siempre responde á sus laudables esfuerzos en favor del bien, — bien que (no me cansaré de repetirlo), todos los gobiernos desean por regla general. ¿Y no han de desearlo? por ventura, los ministros, los altos empleados ¿son de otra raza que nosotros? ¿No son españoles como los demas? ¿No tienen que mirar, como todos, por el decoro de su nombre, que es el de sus padres españoles, que será el de sus hijos, españoles tam-

bien? Que puede haber gobiernos muy malos, ¿quién lo duda? pero tampoco me parece dudoso que el dia en que desapareciese radicalmente de nuestro país esa fatal predisposicion que hoy tiene, y data ya de muy antiguo, á mirar con mala voluntad al ente moral llamado *gobierno*, nuestro país habria adelantado mucho en el camino de la verdadera civilizacion.

VI

Mucho adelantaríamos tambien despojándonos cristianamente de la tendencia que tenemos á pensar mal unos de otros y sobre todo á achacarnos mutuamente el negro baldon de enemigos de la patria. No veo yo que en Inglaterra se les haya ocurrido jamás á los *whigs* calificar á los *tories* de *malos ingleses*; tampoco pasan por *malos franceses* entre sus compatriotas los legitimistas, ni los republicanos, ni los amigos del Imperio; la opinion comun en aquellos países, y esta es la cierta, es que cada partido desea y busca el bien de la patria por distinto camino. Yo creo que lo mismo absolutamente sucede en España, y sin desconocer que habrá sin duda algunos malos españoles, niego de una manera rotunda que lo sean los que se entusiasman con estas ó las otras doctrinas políticas y las defienden por las vias legales. Aun saliéndose de la legalidad, serán sin duda malos ciudadanos, ilusos y aun criminales, pero no por eso serán necesariamente *malos españoles*. ¡Cuántos de nuestros rebeldes de todos los partidos han ido al patíbulo gritando de todo corazon: *Viva España!*

VII

No se me oculta que todo esto que voy diciendo más es señalar males, cosa fácil, que indicar su remedio, cosa difícil; pero algo se adelanta para este con solo señalar aquellos. La primera condicion para curar una enfermedad es conocerla bien. Yo creo que el remedio de los males que aquejan á nuestro país solo puede alcanzarse rectificando *las ideas torcidas* que por él circulan como moneda corriente. Pidan otros con mucha formalidad sabias leyes que nos hagan felices; yo que no creo en su eficacia, porque tengo por artículo de fé el profundo dicho de Ciceron : *Quid leges sine moribus?....* aprecio en más cualquier esfuerzo encaminado á dirigir bien el *espíritu nacional*, á formar una robusta y sana *opinion pública*, verdadera y única salvaguardia de las leyes, que las leyes mismas. Tales son, me parece, las *costumbres* de que nos habla el gran filósofo romano; así debe entenderse su tan manoseado texto. — Porque en efecto ¿ de qué valen las mejores leyes, si no se cumplen ? ¿ y cómo han de cumplirse, si no existen en el pueblo á que se aplican la inteligencia, el respeto y aun el culto de la ley ? ¿ acaso por la fuerza ? No hay que esperarlo ; las leyes se cumplirán en su letra, no en su espíritu. Así sucede en los países en que falta ó es débil la opinion pública. *La ley* en esos países es lo que era la religion pagana en los últimos tiempos del imperio romano; tenia altares y templos suntuosos, se le daba soberbio culto, pero nadie creia en ella. Los augures, al encontrarse en la calle, se miraban uno á otro con aire socarron y no podian conte-

ner la risa..... ¿No les sucederá esto mismo alguna vez á nuestros legisladores?..

VIII

Entre los demás vicios y defectos que nos son comunes con todo el resto de la mísera humanidad, tenemos muy particularmente desarrolladas, creo yo, los españoles en general dos malas cualidades: la intolerancia y la envidia. Efecto natural la primera de nuestra historia é instituciones durante siglos, en nada amengua la virtud nativa de nuestro carácter nacional; la segunda, segun la respetable opinion del señor marqués de Miraflores, formulada en uno de sus discursos al Senado, si mal no recuerdo, es producto de no sé qué rara mezcla de sangres que diz que corre por nuestras venas. Sin desdeñar yo esta explicacion fisiológica, juzgo que tambien esa segunda cualidad es natural efecto de las instituciones que nos han regido durante largos siglos. Como quiera, si analizamos bien los males que afligen á nuestra amada patria é inquirimos sin pasion las causas de esos males, tal vez las encontraremos mas ó menos estrechamente enlazadas con esos dos defectos capitales de nuestro carácter. De aquí deduzco yo la necesidad urgente, imperiosísima de hacer una guerra de exterminio á esos dos defectos, por aquello de muerto el perro, muerta la rabia. El hombre que hiciese con ellos lo que hizo Cervantes con el espíritu quijotesco de nuestros mayores, seria el primer ciudadano de su siglo, el salvador de España.

IX

De Madrid al cielo y en el cielo una ventanita para ver á Madrid! es frase muy corriente...... en Madrid. No veo razon para tal entusiasmo: francamente, Madrid me parece un pueblo bastante feo, sin que por eso sea yo de los que dicen ni piense que es un *corral de vacas*, frase antipatriótica é injusta que habré oido unas mil veces en mi vida y siempre con verdadero disgusto. Salvo que es exagerada y absurdamente caro (pues nada justifica su creciente carestía); salvo que su clima, lleno de contrastes violentos, hoy frio como Lóndres, mañana caluroso como Sevilla, es poco apacible, aunque muy saludable, al decir de los inteligentes y á despecho del conocido adagio: *aire de Madrid mata á un hombre y no apaga un candil;* salvo que aquí nada habla á la imaginacion ni por los recuerdos históricos, ni por el aspecto artístico, ni por las bellezas naturales del campo que nos rodea, el mas árido y ridículo de España, Madrid es un pueblo en que vive bien el que tiene mucho dinero y buenas relaciones, porque en efecto con mucho dinero es hoy fácil proporcionarse aquí grandes comodidades, y el trato de la gente culta es de todo punto inmejorable. A extranjeros muy discretos, que han recorrido toda Europa, he oido decir que no han encontrado en parte alguna sociedad mas agradable, ni trato mas ameno, franco y cordial al mismo tiempo, que el de los españoles bien educados. Excuso añadir que por mi parte pienso lo mismo, aunque claro está que mi voto, como interesado, no vale en esta cuestion. Tampoco

le juzgo válido en otras muchas cosas nuestras, que me parecen las mejores del mundo; y si me abstengo de insistir en ellas, no es porque las desconozca ni mucho menos porque me enoje recordarlas, sino porque me parece que nunca suena bien la propia alabanza. Cuando alguno pondera mucho las cosas de su país, dan ganas de aplicarle aquello de *¿quién elogia á la novia?* Por lo mismo que nos fastidian tanto algunos escritores franceses, por ejemplo, cuando elogian su tierra tan sin ton ni son, entiendo yo que debemos ser muy parcos en hacer de la nuestra elogios que á nada conducen, al paso que censurando sin acrimonia, pero con sinceridad, lo que hay de malo en ella, tal vez contribuyamos á su remedio. Sin esta esperanza, aunque tan tenue y fugitiva, ¿quién habia de resolverse á censurar nada en su propio país, siempre querido?.... Más verdadero cariño suele haber en las reprensiones de un amigo que en sus lisonjas.

X

Una observacion voy á apuntar aquí, para concluir de una vez con este delicado tema: no recuerdo si ya la he apuntado en el discurso de estas notas. Generalmente los elogios desmedidos y extemporáneos que algunos hacen de su país no son mas que un medio indirecto que adoptan para elogiarse á sí propios. No atreviéndose á decir: — « Yo soy muy valiente, muy hermoso, tengo mucho talento; » dicen: — « Todos los españoles, ó todos los franceses, ó todos los turcos son muy valientes, muy hermosos, tienen mucho talento. » Y mentalmente completan el

silogismo añadiendo : « Yo soy español, francés ó turco, luego..... saquen ustedes la consecuencia. » Manera embozada, pero segura, para echarse uno á sí propio mil piropos sin pecar de inmodesto.

XI

Que lo que se llama el trato de gentes es por lo general agradabilísimo en Madrid, me parece fuera de toda duda : pero hay en nuestras tertulias de confianza, las mas agradables de todas, y en la mayor parte de nuestras reuniones, tres cosas que yo desterraria de ellas, si pudiera, con lo cual me parece que ganarian mucho, y son el cigarro, la política y los gritos : — el cigarro, enemigo de todo aseo y terror de las damas ; la política, comidilla envenenada que casi siempre acaba por indigestarse ; los gritos..... Con estos no capitulo, sobre todo si van acompañados, como es uso y costumbre, de ademanes descompuestos á fuerza de querer ser expresivos. El abuso, el insoportable abuso que suele hacerse entre nosotros de estos tres elementos disolventes me mueve á desear que se proscriba hasta su uso, el cual, encerrado dentro de razonables límites, no ofreceria inconveniente alguno y aun seria motivo para hacer mas gratas las reuniones; pero hay hombres que parece que no pueden vivir sino están echando humo por la boca y las narices, con lo que comunican su propia fetidez á todo lo que los rodea; otros que no saben hablar absolutamente de otra cosa mas que de si el ministerio cae ó no cae, y de lo que opina el periódico A ó el diputado B, lo cual suele constituir uno de los temas de conver-

sacion mas fastidiosos ó mas irritantes que imaginarse pueden; hay otros en fin que no saben decirle á uno que han dormido bien la noche antes ó que han visto en el Prado á Fulana de Tal, sin entusiasmarse y lanzar un grito. Esa funesta propension al entusiasmo es la causa de que la mas insignificante discusion con tales hombres degenere al momento en disputa : defecto de educacion muy comun entre nosotros.

XII

Y á propósito de *Fulana de Tal*, tambien me parece otro defecto de educacion muy general en Madrid esa familiaridad casi insolente con que designamos á las señoras, por poca y á veces por ninguna confianza que tengamos con ellas. « —Allí va Paca, —allí va Inés, » —son frases que á cada momento se oyen en nuestros paseos públicos, —y con que señalan tal vez á damas de la mas alta jerarquía sugetos que ni remotamente tienen el honor de ser sus parientes ó sus amigos íntimos : basta para tratarlas con esa llaneza conocerlas..... de vista. Otros dicen muy espetados : « Aquella es *la de Tal* ó *la de Cual* (el apellido del padre ó del marido), ó simplemente *la Tal.....* » ¿No seria mas cortés y mas decente decir *la señorita* ó *la señora de Tal*, y lo mismo si se las designa por su nombre de pila? Bien veo que en tal caso es terrible anteponer el feo y anticuado vocablo *doña* á un gracioso nombre de mujer, sobre todo si es linda y soltera. ¿Qué señora consiente hoy, si baja de cincuenta años, que la llamen Doña Ana ó Doña Mencía, como las damas de Calderon? Y aun por esto sin

duda se lamentaba una compatriota nuestra, emigrada en Lóndres, de que no tengamos un tratamiento particular para las jóvenes solteras, como lo tienen los ingleses, diciendo elegantemente *miss Arabela*, *miss Julia*, etc. Lo cual oido por uno de esos españoles rancios, que no pueden aguantar elogio alguno de cosa extranjera, le movió á replicar entre indignado y triunfante :—¡Toma! tambien en España decimos *mis* narices, *mis*.... (Histórico).

XIII

Cuando, viniendo de París ó de Lóndres, se llega á Madrid, Madrid parece muy chico : es natural. Algunos le vituperan por esto, motejándole de lugaron. Yo pienso de muy distinto modo : creo que lo mejor que tiene Madrid es su tamaño, y que no es demasiado chico, ni demasiado grande, sino como debe ser una ciudad capital. Por consiguiente, no hay para qué añadir que París, y más aun Lóndres, me parecen demasiado grandes. No veo la ventaja y sí los inconvenientes de que un pueblo tenga unas dimensiones tan disparatadas que para cruzarle de extremo á extremo, cosa que con frecuencia ocurre por necesidad, haya que perder todo un dia : juzgo muy preferible, mucho mas racional el tamaño de Madrid, bastante grande para contener todo lo que necesita una capital, y bastante reducido tambien para que en cierto modo lo tenga uno todo á la mano. Probablemente pocos serán de esta opinion que no recuerdo haber oido sostener á nadie : al contrario, siempre estoy oyendo clamar porque Madrid se ensanche ; mas valdria, me parece, antes de pensar en

ensancharnos, procurar que la poblacion se vaya distribuyendo mejor entre sus distintos barrios, para que cese ó disminuya la anomalía de estar unos recargadísimos de gente, como los alrededores de la Puerta del Sol, y otros casi desiertos. Ensanchar hoy á Madrid estando aun despoblada una parte de su recinto, valdria tanto como lanzarnos á la conquista de lejanas tierras, teniendo como tenemos en el riñon de la Mancha, en el Maestrazgo y en las sierras de Andalucía tanto terreno por conquistar.

XIV

Una de las pocas razones porque desearia yo que Madrid fuese mas grande, es porque, si lo fuera, se establecerian en su interior los *omnibus*, que me parecen cosa excelente : en las grandes ciudades son los amigos, la providencia del pobre, y además unos poderosos agentes de la civilizacion, como todo lo que contribuye á acercarnos á nuestros semejantes. Ellos facilitan las comunicaciones entre unos y otros barrios de una misma poblacion, estrechan las distancias, ponen en contacto á las gentes, y de este contacto frecuente nacen mil necesidades mutuas que solo pueden satisfacerse por medio de mutuas atenciones, con que á la larga se desgastan las asperezas de los caracteres y se adquieren hábitos de urbanidad, que tanta falta hacen en nuestro pueblo. No es la instruccion, sino la educacion, lo que mayor atraso ofrece en España, — y sin embargo, á la primera se atiende mucho y á la segunda poco ó nada.

Hace algun tiempo se estableció en Madrid una linea

de *omnibus*, muy cómoda por cierto, desde Recoletos hasta Palacio, pasando por la puerta del Sol: empresa que no pudo sostenerse, porque realmente en Madrid no hace gran falta. Quise probarla un dia, y nunca se me olvidarán la cara y el ademan con que el conductor, un manolillo de calañé sobre la oreja, muy canijo y muy feucho, con su papelillo pendiente del labio para el cigarro que estaba picando, nos dijo cuando llegó el momento de pagar: — ¡ **Ea, señores, vamos soltando la mosca!**

Todos llevamos nuestra cruz en este miserable mundo: tal es el triste privilegio de los hombres. Las demás especies animadas, hasta las *cosas* mismas no llevan cruz, pero todas tienen su enemigo natural, su plaga. Los corderos tienen el *lobo*, las palomas el *milano*, los metales el *orin*, las vides el *oidium* (—así podria continuar indefinidamente—), y los omnibus el *gordo*. El hombre gordo, la mujer gorda son la plaga natural de esa amable y útil institucion, ó por mejor decir, de los que se aprovechan de ella. Calculados el espacio y el número de los asientos para gentes regulares, en llegando uno ó dos gordos, se rompe todo equilibrio, concluye toda comodidad. Aquellas se estrechan, ceden un poco de su derecho para no molestar á los vecinos, se doblegan gustosas á todas las fáciles exigencias de la asociacion: los gordos nunca, antes bien se instalan muy á sus anchas, se acomodan y esponjan como si estuvieran en su coche propio, prescindiendo absolutamente de los demás. Hay excepciones honrosas, pero raras. Se les figura que el mundo se ha hecho para ellos solos: acaso por eso están gordos!

Lo propio se observa en todos los carruajes públicos, — diligencias, correos, etc. ¿Porqué no habia de esta-

blecerse en ellos una tarifa de precios ajustada á la obesidad de los viajeros, para que siempre exista la debida proporcion entre el continente y el contenido? ¿Porqué cada gordo no habia de pagar dos ó tres, — ó más asientos?.....

XV

El primer inconveniente que desde luego salta á la vista de que los pueblos sean demasiado grandes, es la mayor dificultad que resulta de una excesiva aglomeracion de gentes, para que se ejerza en ellos una buena policía urbana. Y con esto he señalado la mayor calamidad de Madrid. Lo que más contribuye á perpetuar la inferioridad radical en que este pueblo se encuentra con respecto á París y Lóndres, es su atraso lamentable en punto á policía urbana : entiendo por policía urbana la que no es política ni tiene nada que ver con ella ; — en suma, la que, fiel á su orígen etimológico, solo atiende á la *limpieza*, — limpieza en el órden físico y en el moral. No lo ha hecho todo la policía con barrer y alumbrar las calles : es preciso además que las limpie de malhechores y de toda clase de espectáculos peligrosos ó repugnantes.

XVI

Uno de los errores mas funestamente trascendentales en España, á mi juicio, es la idea equivocadísima que se tiene por lo comun de la índole y objeto de la policía. ¡Fatalidad de todas nuestras cosas! de una de las institu-

ciones mas útiles, mas hermosas y que debieran ser mas simpáticas á todas las personas honradas, hemos hecho una especie de espantajo que á todo el mundo repugna y ahuyenta, excepto á los malos, casi siempre seguros de eludir su accion, merced al horror que inspira á los buenos, convertidos así en protectores indirectos de aquellos. La causa de esto es que esa institucion, viciada entre nosotros desde su orígen, se vió convertida en arma de partido, con aplicacion exclusiva á la política, esto es, al espionaje y á la persecucion : de aquí su descrédito ó mas bien la odiosidad justísima que pesó sobre ella desde un principio, y que dura y desgraciadamente durará todavía mucho tiempo. Algo se va rectificando la opinion en este punto, lo observo con vivísimo contento ; pero aun nos falta mucho camino por andar. De aquí tambien que la verdadera policía sea poco menos que imposible entre nosotros : su triste atraso es lo que más desagradablemente hiere la atencion de todo extranjero recien llegado á Madrid. Esto no es culpa del actual gobierno, ni lo fué del pasado, ni lo será del que le siga, dado que la falta continúe, como continuará, no hay que dudarlo : la culpa es del público, cuyas ideas en esto, como en otras mil cosas, se me figura que están muy torcidas. Aun cuando resucitáran exprofeso para volver á ser ministros Jimenez de Cisneros, el secretario Antonio Perez, el marqués de la Ensenada, Floridablanca, Jovellanos, don Luis Lopez Ballesteros y don Javier de Búrgos — (con tanto rebuscar en nuestra historia antigua y moderna, apenas he logrado completar un gabinete de lumbreras en política y administracion) —, siempre sucederia lo mismo, ínterin no se desarraigue de nuestro pueblo la errada nocion que tiene

de lo que es ó debe ser la policía. Cuando yo era periodista, recuerdo haber escrito sobre esto cosas muy buenas; y no titubeo en calificarlas así, porque en realidad no eran mias; eran el *a b c* de la ciencia; eran lo que sabe toda persona medianamente instruida, pero que tal vez no habré yo acertado á expresar bien, pues no ha aprovechado para maldita de Dios la cosa. Lo propio sucederá con lo que aquí diga, lo sé como si lo viera. Una de las ventajas mas positivas de que disfruta en España todo el que escribe con la mira puesta en el bien público es la de que nadie le haga caso; para que á uno le oigan es preciso tocar otras teclas. Digo que no es culpa del gobierno presente ni lo fué del pasado, ni lo será del que venga el hecho de que la policía urbana esté tan atrasada en Madrid, porque en efecto, ¿qué puede hacer el gobierno qué puede hacer la administracion si los ciudadanos, en vez de coadyuvar á sus esfuerzos, como debieran, ó permanecen inertes ó los contrarían? Muchas veces he escrito para el público una verdad (tal la creo), que muchos de mis lectores, si llego á tenerlos, calificarán de paradoja; tal es que « la policía se hace imposible allí donde cada « ciudadano honrado no se impone á sí mismo y cumple « la obligacion de ser, en caso de necesidad, uno de sus « agentes. » Repito que esta doctrina no es mia, es la corriente en toda Europa; y en nuestra misma España se ha escrito y publicado esto hace muchos años, en términos elocuentísimos. Oigamos discurrir sobre ello al ilustre Melendez Valdés, á principios de este siglo, en su excelente alegacion fiscal contra los asesinos de D. Francisco Castillo.

« *Cada ciudadano*, Señor, es una *centinela continua*

« contra el crimen y la actividad incansable que agita á « los malvados : *la seguridad de todos se libra en la fideli-« dad de cada uno*; de su activa vigilancia se fabrica y « compone la comun tranquilidad y en ella reposan con-« fiadas la inerme virtud y la pacífica inocencia. »

¡Qué robustez en el pensamiento! ¡qué magnificencia en el decir! Mentira parece que en un país donde estas palabras andan impresas hace medio siglo, haya todavía personas, y muy ilustradas, que se escandalicen, como se me han escandalizado á mí algunas, al oirme decir lo mismo en sustancia que dijo Melendez Valdés, á saber, que *todos estamos obligados*, cuando es preciso, á ser agentes de policía. Algunos, echándolo á broma y exagerando maliciosamente las consecuencias de mi proposicion, me atribuian el pensamiento ridículo de que todos fuéramos *guindillas*, y llevásemos tricornio y sable...

XVII

Nada de eso; sin sable y sin tricornio podemos y creo que debemos todos los que aspiramos al hermoso dictado de buenos ciudadanos ser unos auxiliares natos de la ***autoridad***, unos defensores voluntarios de la *ley* y unos eficaces y decididos custodios de la *decencia pública*. Para esto no se necesita ser guindilla ni estar á soldada del gobernador de Madrid; basta tener un poco de corazon y de amor patrio; basta ser un *buen ciudadano*, lo cual no se consigue solo con palabras; se necesitan tambien las obras. Si no temiera ofender á los que puedan pensar de distinto modo que yo, diria que basta tener sentido comun

y conocer uno sus propios intereses; y voy á probarlo. Todos estamos interesados, primero: en que la poblacion en que vivimos ofrezca el mejor aspecto posible; segundo: en que nada desdiga en ella de lo que corresponde á un pueblo culto; tercero: en que los gastos públicos se reduzcan hasta donde sea dable. ¿Quién duda que para conseguir esto se necesita que ayudemos *todos*? He hablado de los gastos públicos; los que la policía ocasiona hoy, dando un resultado mínimo, se reducirian de la noche á la mañana á una mitad ó una cuarta parte, dando un resultado mucho mayor, el dia en que la idea que voy defendiendo penetrase en la cabeza de todos los hombres de bien. Más diré: la policía seria perfecta el dia en que no fuese necesario sostenerla oficialmente. Este sería el bello ideal; mas como lo ideal es siempre inadmisible, porque la perfeccion no corresponde á ninguna obra humana, lo que debemos procurar es acercarnos á ella lo más posible. Dicho se está que la perfeccion aquí consiste en sustituir la policía *oficial* con la policía *oficiosa*.

XVIII

¿Y lo hacemos así en España? ¿Nos vamos acercando siquiera á ese resultado? Nada menos que eso. Todo lo fiamos á la intervencion protectora de las autoridades; nos entregamos á ellas en un todo y nada queremos hacer por nuestra propia cuenta; parecemos menores de édad. No puedo yo explicar la mezcla de sensaciones, todas á cual mas desagradable, con que casi todos los dias leo en nuestros periódicos *gacetillas* cortadas por este patron:

« ¿VIVIMOS ENTRE CAFRES? — Ayer presenciamos una « escena verdaderamente repugnante en la Plazuela de. . « Un moceton como una torre estuvo por espacio de mas « de media hora maltratando, primero de palabra con « los términos mas soeces, y luego apaleando sin piedad « á una pobre mujer que llevaba una criatura en brazos, « y que por mas señas parecia embarazada. *La multitud « de personas* que con nosotros presenciaban aquel acto « de salvaje brutalidad, *apenas podian contener su indi- « gnacion.* Cansado sin duda de su gloriosa hazaña, el « bárbaro se retiró tranquilamente, dejando á su víctima « medio muerta, por en medio de los espectadores, á *cuya « prudencia* se debió que no ocurriese una desgracia, pues « el susodicho bárbaro ostentaba con aire provocativo su « descomunal garrote y parecia resuelto á todo. Excusado « es añadir que en todo aquel tiempo no pareció por allí ni « un solo municipal, etc. »

A esto suelen añadir unas cuantas reflexiones tan graciosas y sobre todo tan patrióticas como la pregunta del epígrafe, muchos insultos y amenazas al *bárbaro* apaleador, que hubieran venido mucho mas á cuento cuando estaba apaleando á su víctima, y por último una lechigada de sarcasmos que aspiran á ser muy chistosos contra la policía y sus agentes. Yo no sé si habrá alguno á quien efectivamente hagan gracia tales gacetillas; de mí sé decir que al leerlas se me cubre la cara de rubor, considerando que puede leerlas tambien algun extranjero, no porque me humille la idead e que haya entre nosotros un bárbaro que apalée á una pobre mujer, pues que de estos casos están por desgracia llenas las historias, sino porque haya en Madrid espectadores que en presencia de tales espectá-

culos puedan *contener su indignacion*, y periodistas que nos lo cuenten como una cosa muy natural. ¿Qué idea tendrán del público los que tales cosas escriben? ¿Y qué idea tendrá de la policía el público en medio del cual pasan estas ó semejantes escenas?

XIX

Lo que mas me exaspera en tales gacetillas, es la desatinada lógica del gacetillero cuando dice que solo la *prudencia* del público pudo *evitar una desgracia*. Llama *prudencia* á la culpable neutralidad de los espectadores de tales lances; y no le parece *desgracia* que un bestia se esté media hora apaleando á una pobre mujer cargada con un chiquillo y la deje medio muerta.

Lo mismo discurria un centinela que colocado en una esquina de la Puerta del Sol un dia de alarma, mató de un tiro á un pobre aguador que pasaba tranquilamente con su cuba al hombro hácia la calle de la Montera. Reconvenido por aquella barbaridad contestó muy serio: — Yo cumplo con mi obligacion; á mí me han puesto aquí para *evitar desgracias*.

Este centinela debia ser el mismo que, en otro dia de alarma, allá cuando las alarmas eran en Madrid el pan cuotidiano, dijo á un amigo mio muy obeso que embozado en su capa se habia parado en una acera de la Puerta del Sol: — *Disuélvase Vd.*

Al verle tan gordo le habia tomado por un grupo.

Lo que yo he visto en todas partes (y en Madrid tambien muchas veces, dicho sea en honor de la verdad), es que

cuando ocurre alguna riña ú otro accidente de poca monta, cualquier sujeto decente intervenia en el acto á falta de un agente oficial, y aunque fuese á riesgo de su persona, lo cual me parece muy laudable. Si no bastaba su intervencion personal, se apresuraba á reclamar la de la fuerza armada. Tambien he visto que cuando algun malhechor iba huyendo, cualquier caballero se honraba de echarle mano y entregarle á la justicia, en vez de protegerle ó de dificultar su captura con subterfugios, como el del fraile que decia de un fugitivo á quien habia visto pasar : *¡ Por aquí no ha pasado!* y designaba con disimulo su ancha manga.

Todo esto tiene su explicacion, que en nada desdora la nobleza de nuestro carácter nacional. El horror de que en España suele ser objeto *la Justicia* (al gritar *¡ la Justicia!* todo el mundo huye en los sainetes), nace de que la Temis española, con su odiosa secuela de escribanos embrollones y alguaciles satánicos, con sus eternos procedimientos, con su manía de meter á todo el mundo en la cárcel y de dejarle *podrirse* en ella, ha sido mucho tiempo realmente una cosa horrible. Merced á las nuevas leyes, ya no es lo mismo, y con las causas desaparecerán los efectos. ¡ Para esto sí que sirven las buenas leyes!

XX

Es muy comun entre nosotros echar la culpa de la mala policía al *mal gobierno.* ¡ Error! Aun cuando el gobierno pusiese un agente en cada esquina, y aunque cada uno de esos agentes fuese un Argos, todavía no tendríamos en

Madrid una buena policía : se gastaria el doble, el triple, veinte veces mas que hoy en este ramo, y estaríamos poco menos mal que hoy. Siempre continuaria vigente la necesidad oprobiosa de reforzar por las noches las ventanas con barras de hierro y de tener en las puertas de las habitaciones esas *rejillas* que son la ignominia de Madrid, rejillas al través de las cuales suelen mediar á la luz del dia entre un inculto maruso ó una indómita fregatriz y el mas inofensivo, decente y caballeroso sugeto que va de visita á una casa, diálogos por este estilo :

La criada (*con notable aspereza.*) — ¿ Quién es Vd. ?

El caballero.—Abra Vd.

Ella (*con suma desconfianza*).—¿ Qué se le ofrece á Vd. ?

Él.—Vengo á ver al señor de..... ó á la señora.

Ella.—¿ De parte de quién viene Vd.?

Él (*empezando á impacientarse*). De la mia : abra Vd., si está en casa.

Ella (*con desconfianza y aspereza crecientes*). — Pero ¿ quién es Vd. ?

Él (*encolorizado*). — ¿ Tengo yo trazas de ladron? Abrame Vd.

Ella (*cerrando estrepitosamente la rejilla*). — Dígame usted quién es, y sino, no le abro. ¡ Ginojo!.....

El (*empezando á echarlo á risa y á conocer la necesidad de capitular con aquella fiera*). — Señora, soy un amigo de la casa, Fulano de Tal, y vengo....

Ante estas ó parecidas explicaciones, y sobre todo ante el irresistible cebo de la palabra *señora*, que viene á ser como la torta de miel con que Teseo y Eneas y otros grandes diplomáticos de la antigüedad amansaron al Cancerbero, abre la Maritornes de par en par la puerta, y se

entra muy contenta gritando : — Señor...., ó señora, ¡aquí está *Fulano!*; pues como uno, modestamente, no se ha dado á sí mismo el *don* que sin duda tiene, como lo tenemos ya todos los españoles, ni ha dicho : — Yo soy el señor Fulano, — ella no cree tampoco necesario usar de mayor cortesía, y reduce al mas encopetado montañés á la mísera condicion de plebeyo, en pago de haberla llamado señora!!...

XXI

No me cansaré de repetirlo : una buena policía tiene que ser por necesidad la obra de todos. El dia en que *todos* ayudemos al gobierno, ó mejor dicho á la administracion, para una obra que á todos nos interesa, cesarán las rejas y las rejillas, preservativo insuficiente contra los robos domésticos, reliquias de otros tiempos que ya nó se conocen mas que en Madrid (en Lóndres y en París ni aun siquiera hay *maderas* en las mas de las ventanas, lo cual es por cierto muy incómodo, porque la luz entra en las habitaciones desde el amanecer, pero prueba á lo menos la honrosa confianza y la completa seguridad en que viven aquellos vecinos) : cesarán tambien el escándalo y la vergüenza de que las tapias de nuestras casas estén atestadas de letreros tontos ú obscenos ; de que á cada paso se tropiece en nuestras calles con escenas por el estilo de la descrita en la *gacetilla* antes citada, no como un caso verdadero, sino como un tipo, un *por ejemplo:* de que menudeen tanto en los sitios públicos las riñas, á veces sangrientas, de pobres muchachos, en que se complacen

tantos desalmados, azuzándolos como á perros de presa, —desalmados que generalmente son muy cobardes y muy poco amigos de reñir por su propia cuenta, dado que casi siempre van juntas la crueldad y la cobardía; y por último (para no cansarme en aglomerar censuras), de que á cada instante en esas mismas calles estemos oyendo las palabras mas soeces y las impiedades mas absurdas. Cabalmente en ninguna parte la accion preventiva, propia de la policía ejercida por todos, es tan necesaria como en Madrid, cuyo pueblo bajo, aunque muy heróico, es eminentemente mal hablado, y que tanto se distingue además por sus instintos dañinos, no diré contra las personas, pero sí contra las cosas. El amor á la destruccion, el placer de ensuciar, el horror á lo bello llegan en él hasta la monomanía. En cuanto ve una fachada algo limpia, ya le falta tiempo para echarla un chafarrinon de.... cualquier cosa: en cuanto ve algo nuevo, elegante, rico, se deleita en estropearlo, por el solo placer de estropearlo. El que lo dude, que se dé una vueltecilla por las calles de Madrid.

XXII

Pero volvamos á la cuestion mas grave de las *malas palabras*. En este punto el abuso ha llegado en Madrid (y en toda España) á un exceso tan intolerable, que dudo se haya conocido jamás en ningun pueblo culto. Desde que se toma la diligencia en Irun viniendo de Francia, en Badajoz viniendo de Portugal, ó se desembarca en cualquiera de nuestros puertos, empieza toda persona de instintos medianamente delicados á escandalizarse y afligirse

en vista del repugnante *olvido de lo que debemos á Dios y nos debemos á nosotros mismos y á los demás* que supone la fea costumbre de estar siempre jurando y blasfemando : considero esto una verdadera degradacion. Rubor causa decirlo, pero á ella contribuyen en gran manera personas que pasan por muy decentes, y que lo serán sin duda, pero que seguramente no lo parecen, segun se explican. En todas partes la cólera ó la impaciencia suelen arrancar á los hombres vivos de genio y aun á las mujeres fácilmente sulfurables, ciertas expresiones mal sonantes y aun tal cual blasfemia de menor cuantía, lo cual siempre prueba ó un muy violento arrebato ó una muy mala educacion : solo en España, y muy señaladamente en Madrid he visto ú oido echar venablos por la boca sin el menor enfado, sin sombra alguna de alteracion en el ánimo hasta con risa y donaire. Mentira parece. Hombre conozco yo, noble, acaudalado y de alta posicion, que no sabe dar los buenos dias ni pedir un cigarro á un amigo sin echar cuando menos un par de ajos muy redondos. Ponderar la belleza ó la fealdad de una dama, el mérito ó la ridiculez de un libro, la excelencia ó la extravagancia de cualquier cosa, sin echar otro par de ellos, le es tan imposible como coger la luna con los dientes. Efecto de la costumbre, lo se. ¡pero qué mala costumbre!

XXIII

Ya he dicho que Madrid no me parece chico, absolutamente hablando, aunque lo sea relativamente á otras capitales de Europa, que juzgo demasiado grandes. Lo que fal-

ta á Madrid no es grandor, en el sentido de tamaño ó *espacio* suficiente para desarrollarse en sus condiciones de ciudad capital de una vasta monarquía, sino grandeza ó *grandiosidad* mas bien, lo cual es muy distinto y cosa en un todo independiente del tamaño; objetos muy pequeños pueden ser grandiosos, y objetos muy grandes pueden ser mezquinos; esto depende del carácter mas ó menos noble y armonioso del conjunto. El cuartel de San Gil, el antiguo de Guardias de Corps, la casa de Medinaceli, la aduana, son edificios grandes y no tienen nada de grandiosos; la elegante fachada del hospital de la Latina tiene cierta grandiosidad en medio de su pequeñez. Lo que le falta, pues, á Madrid, es cierto sello de grandeza, cierto carácter monumental que parece debieran ser inseparables de la ciudad que ha estado siendo durante cuatro siglos la córte de dos mundos: así es que al llegar á ella y verla tan pobre de edificios, tan raquítica en sus formas y conjunto, los extranjeros se quedan estupefactos. Parece una modesta capital de provincia. ¿Dónde están, en qué se han gastado los inmensos tesoros que aquí han afluido de los mas remotos confines de Asia y América? Nadie diria que por Madrid han pasado aquellos raudales de oro, pues ningun rastro han dejado aquí de su tránsito, en otras partes tan fecundo. Las casas de nuestros grandes, verdaderos caserones de yeso y ladrillo por lo comun, sin fisonomía ni carácter alguno, ni aun remotamente recuerdan el esplendor correspondiente al glorioso orígen y cuantiosas rentas de sus nobles poseedores. Si se exceptua el bonito palacio italiano de los duques de Alba, el de los duques de Villa-hermosa, obra de Villanueva, y acaso alguno que otro que no recuerdo, los demas no pasan de ser unas

casas particulares, algo mayores pero no mas bellas que las otras. Aun los mismos edificios del Estado, con muy contadas excepciones, son de lo mas trivial que puede imaginarse. Ocurre además una cosa muy singular en nuestro Madrid; todo lo que vale algo se queda á medio hacer. El palacio de nuestros reyes no está concluido; sin concluir está el Museo; inconclusos están tambien San Francisco el Grande, San Jerónimo y qué se yo cuantos otros edificios públicos. Hasta el nuevo palacio del Congreso de los diputados conserva todavía su fronton y sus leones de yeso, por falta de fondos. Parece que siempre andamos á la cuarta pregunta, y por desgracia parece bien. Otra cosa mas triste, mas *deshonrible*, me atreveré á decir, sucede entre nosotros, y es que carecemos de edificios propios aun para los mas importantes servicios del Estado. Gracias á los antiguos conventos, viudos de sus comunidades religiosas, algunas de nuestras oficinas tienen ya casa propia; pero otras muchas viven de prestado, pagando sus alquileres á un casero como cualquiera hijo de vecino. En este caso está *¡proh pudor!* la Biblioteca nacional. ¿Es esto conveniente ni decoroso? ¿Lo es tampoco que nuestros ministros, nuestros altos funcionarios vivan como unos simples particulares, cuál en una modesta casa de vecindad, cuál en una fonda? Creo que esto no sucede ya en ningun país de Europa mas que en España: en todas partes se considera que es cuestion de decoro para la nacion y que es muy conducente al necesario prestigio de la autoridad, señaladamente en las monarquías, rodear de cierto aparato exterior, reflejo del que corresponde y nadie disputa al trono, la vida oficial de los altos empleados, no en obsequio á sus personas.

sino por consideracion al puesto que ocupan y al principio de autoridad que representan. Limitándonos á los ministros, jefes superiores de la administracion del reino, no sé yo por qué el Estado no habia de darles á mas de un sueldo menos ruin que el que hoy les dá, casa *decente* y *fija* para que no se viese la ridiculez de que hoy viva el jefe de la magistratura ó el del ejército ó el de la diplomacia en una mala calle, y mañana en un tercer piso, y esotro dia en una casa de huéspedes, cosa ridícula y que, dígase lo que se quiera, siempre amengua algo á los ojos del público la idea del *poder*. ¿ Respetaríamos mucho á una *autoridad* que viviese en una guardilla?

Bien sé yo que la pompa externa es lo de menos, y el mérito personal es lo de mas; he leido mucho de lo que han escrito sobre esto los filósofos, pero aun despues de leido y meditado, sostengo que hacemos muy mal en España en estar siempre pensando en escatimar sueldos, en rebajar la importancia y representacion de los altos cargos públicos;—y añado que este es uno de los mas tristes efectos de aquella *envidia* ingénita que segun graves autores, constituye una de las dos bases en que estriba nuestro carácter moderno, tal cual nos le han formado las fatales circunstancias por que hemos corrido...

XXIV

Tristeza del bien ajeno, es la mejor definicion que dán de la envidia los moralistas; pero este feo vicio se oculta bajo cien disfraces, y uno de los que mas comunmente adopta entre nosotros es el del interes por el bien público.

So color de pedir economías para el Estado, lo que pedimos en realidad es que á Pedro ó á Juan se le cercene la racion : no parece sino que lo que él come se nos indigesta á nosotros. Otro de los disfraces mas frecuentes de aquel ruin afecto es el encomio exagerado de los que *no hacen nada*, para deprimir así indirectamente á los *que hacen algo*. Esto se ve, sobre todo, con evidencia en el terreno de las envidias literarias y artísticas. Así es que solo en Madrid son posibles y aun frecuentes los diálogos por este estilo :

—¿Conoce vd. á don Fulano de Tal?

—Nunca he oido ese nombre.

—¡Es un sábio!

—¿En qué ramo?

—En todos.

—¡Cáspita!

—¡Sí señor! Es mucho lo que vale ese hombre : ni en Francia ni en Inglaterra hay otro como él. Él de química, él de historia natural (*contando por los dedos*), él de astronomía, él de literatura, él de.....

—No he leido ninguna obra suya.

—En su vida ha escrito una cuartilla de papel. ¡Es tan flojote!

—Pero habrá pronunciado discursos ó dado lecciones.

—Jamás ha abierto la boca en público. ¡Es tan modesto!

—¿Pues en qué diablos se le conoce la sabiduría?

—Ahí verá Vd. Es un pozo de ciencia. ¡Y tan sencillo! ¡tan raro! Parece un aleman.

En Madrid solemos tener una alta idea de los alemanes, por dos razones : la primera, porque generalmente hablando, no sabemos una jota de aleman ; la segunda, porque se

nos figura que así cachifollamos á los ingleses y á los franceses. ¡Qué ilusion!)

XXV

Hay realmente entre nosotros hombres que nunca han hecho nada para el público en letras ni en ciencias, y que sin embargo *valen mucho*, como el imaginario héroe del anterior diálogo. Yo conozco algunos ante quienes se inclinaria con respeto la Europa sabia, segun la expresion consagrada, si se decidieran á consignar en un libro el fruto de sus estudios. Pero á vueltas de estos verdaderos sabios inéditos, que naturalmente son contadísimos, pululan en Madrid los *pozos de ciencia*, bien llamados así porque en efecto su ciencia está metida en un pozo tan hondo que nadie la alcanza; hombres cuyo único mérito consiste en no hacer ni haber hecho nunca nada, y que no dando por consiguiente motivo alguno de crítica, realizan con esto una de las condiciones de la *perfeccion*, al paso que como no inspiran envidia á nadie, los envidiosos se sirven de ellos admirablemente como de un látigo para azotar sin piedad las reputaciones laboriosamente adquiridas, ó para deprimirlas con apreciaciones tímidamente laudatorias. No es raro oir entre nosotros que Donoso Cortés *no era tonto*, y que Balmes era *bastante despejado.* De Hartzenbusch, de Rubí, de Eguilaz, de otros por este estilo, he solido yo oir que *tienen disposicion;* y alguno me ha dicho que Breton de los Herreros es *mozo que promete.*

—*¡No pinta mal!* exclamaba cierto inteligente, hablando de Federico de Madrazo, delante de su precioso cuadro de

las Marías. Aquel hombre creia de buena fé hacer una gran concesion; pero no tan grande como la que hizo otro inteligente al juzgar con estas palabras el soberbio grupo de Alvarez: — *¡ Es bonito !*

Los exagerados encomios del que no hace nada, el vituperio ó la tibia alabanza del que hace algo, constituyen todo un sistema comodísimo, sistema que en Madrid solemos practicar en grande escala. Todo el que trabaja para el público, á mas de pasar en opinion de ciertas gentes por algo *farolon*, incurre por necesidad inherente á nuestra flaca naturaleza, en algun motivo justo de crítica; ¡ pero vaya Vd. á criticar algo en el que no ha hêcho nada ! Desafio á todos los Aristarcos del mundo á que encuentren el mas pequeño lunar en los poemas que no he escrito ó en los cuadros que no he pintado. ¿Seré por eso un gran poeta ó un gran pintor? Verdaderamente no basta en Madrid *abstenerse* de trabajar para el público ó, como decia D. Alberto Lista, *callar muy buenas cosas*, para pasar plaza de grande hombre; pero con eso se tiene ya mucho adelantado para ello, y con tal de ser además un poco estrafalario, de asistir con puntualidad á algun café muy malo donde se reunan habitualmente media docena de hombres graves, de soltar allí de cuando en cuando unas cuantas paradojas con ademan pausado y voz campanuda, con ir siempre hecho un puerco, y sobre todo (esto es lo mas esencial) con adquirirse la fama de muy holgazan. La holgazanería es entre nosotros objeto de una especie de culto : amamos y veneramos á los holgazanes como á unos semidioses. El profundo pensamiento persa : *La palabra es plata, el silencio es oro*, se hizo para nosotros. Adquirir fama de muy holgazan, practicar una holgazanería proverbial en Madrid,

es una viña. Decimos con mucha formalidad : — Fulano no publica nada, porque *no quiere*, porque es muy flojo, muy holgazan; y no se nos ocurre que acaso sea porque *no puede*, porque no tiene nada que decir, porque es muy ignorante y muy nulo, á pesar de su gran prosopopeya : no se nos ocurre, en suma, que por lo comun la holgazanería sistemática no es *causa* de una tenaz abstinencia de producir, sino *efecto* de una completa incapacidad de hacerlo. Esta es la pura verdad.

Pero verdad es tambien que en ninguna parte tienen tanta disculpa como en España los que por otros motivos renuncian á lo que generalmente se llama trabajar para el público, en el órden literario, científico y artístico, únicos de que voy tratando. Y al llegar á este punto se me ocurre preguntar, lo primero : — Para los literatos, para los artistas, para los hombres que cultivan las ciencias ¿hay realmente *un público* en España? Uno hay sin duda en cada teatro, mas ó menos numeroso; otro en la plaza de toros, siempre numerosísimo; otro en la tribuna de las Córtes, el cual nunca pasa de seis personas cuando por extraordinario se discute algun proyecto útil; pero el público en general, ese múltiple, inteligente y supremo juez de las obras de la inteligencia que se llama EL PUBLICO ¿existe entre nosotros?

XXVI

Cuando yo conocí, allá por los años de 1828, al sabio D. Juan A. Cean Bermudez, autor, entre otras varias obras, del excelente *Diccionario de los arquitectos españo-*

les, y una de nuestras *ilustraciones*, como hoy se dice, del siglo pasado, recuerdo perfectamente que era ya un señor muy anciano, que andaba muy encorvadito, que meneaba mucho con una expresion entre dulce y maliciosa su venerable cabeza coronada de largos caballos mas blancos que la nieve, y que todos le escuchaban como á un oráculo. Yo, sobre todo, que era á la sazon muy jóven, casi un niño, me quedaba pendiente de sus labios cada vez que los abria, y nunca se me olvidará la *muletilla* con que aquel excelente español, encanecido en el trato de los hombres y de las cosas de nuestro país, sazonaba todos sus discursos, todos sus recuerdos, hasta sus mas sencillas reflexiones sobre lo que en él habia visto y veia entonces. Su eterna muletilla era esta : *¡ Como aquí todo es mentira !*

Muchos de mis contemporáneos recordarán haberle oido estas palabras.

Entonces no comprendia yo bien la intencion profunda, la verdad admirable de esta observacion, fruto de ochenta años de experiencia, condensado en cinco palabras. Luego he reflexionado mucho sobre ellas, he procurado estudiar desapasionadamente nuestro estado social, las costumbres y mas aun las ideas de mi país : y no solo he encontrado perfectamente confirmada por este estudio la exactitud de aquel dicho, sino que en él he creido ver la clave de nuestra decadencia presente, de la esterilidad de nuestros esfuerzos para levantarnos á una situacion mejor, y de ese terrible malestar que nos aqueja como una pesadilla bajo todas las formas de gobierno, en todas las situaciones de la vida.

XXVII

Ni escribo ni escribiré ya nunca probablemente sobre política,—(otra gran mentira por cierto, y de las mayores que corren por España, pues nada se parece menos á ella que esa miserable lucha de miserables intereses personales que impudentemente solemos bautizar con aquel nombre); pero sin entrar en aquel terreno vedado, bien creo poder decir con toda verdad, que lo mismo en el órden político que en los demás, la mayor parte de nuestros males vienen de que nos imaginamos ó aparentamos imaginarnos que tenemos muchas cosas de que en realidad carecemos. Cuando oigo á ciertas personas lamentar de muy buena fé los inconvenientes prácticos del *gobierno representativo* y del régimen de *libertad*, aplicados á nuestro país, no puedo menos de preguntarme á mí mismo:—¿Si creerá este buen señor que ha sido *libre* alguna vez? ¿Si creerá que vive bajo un verdadero gobierno representativo? Al ver que los ministerios ganan *siempre* las elecciones, que se legisla y se destierra de real órden lo mismo poco mas ó menos que en tiempo de los reyes absolutos, y que el último alcalde del último villorio es hombre, si se le atufan las narices, para soplar en la cárcel al lucero del alba, ¿cómo no conoce que el gobierno representativo y la libertad son entre nosotros dos mentiras?

Digo de la libertad lo que dije de la policía: es la obra de todos. La libertad no está en las leyes, sino en las costumbres. De nada sirve conceder derechos á quien no quie-

re usar de ellos, ni imponer deberes á quien está resuelto á no cumplirlos. Mientras los electores vayan á votar como borregos al candidato que les imponga la autoridad, no tendremos verdadero gobierno representativo; y de esa manera votarán y no de otra alguna, en su inmensa mayoría, mientras crean, con razon ó sin ella, que de no hacerlo así puede resultarles algun daño inmediato. Como se ve, el remedio va muy largo.

XXVIII

Pero vuelvo mas que á paso al tema del público, ó sea de la *publicidad* aplicada á los productos de la inteligencia en el órden literario, en el científico y en el artístico, publicidad cuya existencia entre nosotros me he atrevido á poner en duda. A par del alma sentiria que se me acusase por ello de exageracion, y más aun, de malevolencia; pero no lo creo. El hecho es demasiado evidente para que no haya saltado á los ojos de todos, como á los mios. Por de pronto, ahí va una autoridad que nadie recusará por incompetente: es de uno de los mas sagaces y profundos observadores de nuestros tiempos, el malogrado Larra. En uno de sus preciosos artículos, dedicado por cierto á una modesta publicacion mia, estampa estas amargas cuanto exactísimas palabras: « Escribir y crear en el centro de la civilizacion y de la publicidad, como Hugo y Lherminier, es escribir, porque la palabra escrita necesita retumbar, y como la piedra lanzada en medio del estanque quiere llegar repelida de onda en onda hasta el confin de la superficie; necesita irradiarse, como la luz,

« del centro á la circunferencia. Escribir como Château-
« briand y Lamartine en la capital del mundo moderno,
« es escribir para la humanidad; digno y noble fin de la
« palabra del hombre, que es dicha para ser oida. Escri-
« bir como escribimos en Madrid, es *tomar una apunta-
« cion*, es *escribir en un libro de memorias*, es realizar un
« *monólogo desesperante y triste para uno solo*..... Porque
« no escribe uno siquiera para los suyos..... ¿quiénes son
« los suyos? ¿quién oye aquí?..... »

Esta era la idea fija de Larra; así es que á cada momento despunta en sus artículos como el quejido del infeliz que se ahoga por falta de aire para respirar. El que busca entre nosotros la publicidad, rema y bracea en seco; pero si en alguno de sus escritos se le escapa el menor desliz, bien puede tener por seguro que de ese desliz hablará todo el mundo. Ciega y muda para la alabanza, tiene en Madrid la pequeña falange literaria ojos de lince para descubrir faltas, y lenguas de hierro para cacarearlas. Un disparate populariza á un hombre.

XXIX

Y sin embargo, es un hecho que hoy en España *se lee* mucho, puesto que es mucho lo que se imprime. Pasma ver el número de imprentas que hay en Madrid, entre buenas y malas y pésimas; y nuestro comercio interior de libros creo yo que se ha quintuplicado, por lo menos, de treinta años á esta parte. En Barcelona especialmente ha adquirido un desarrollo extraordinario. Estamos, pues, en via de progreso, lo cual ya es algo; resta solo que pro-

curemos progresar por buen camino, y no por malo. Desde luego considero un gran mal, de incalculable trascendencia, que la inmensa mayoría de los libros que hoy se imprímen en España sean traducciones del francés, y generalmente hablando, detestables. Entre otros inconvenientes, acarrean tres muy graves : — desvirtúan la genuina índole de nuestro carácter nacional, ó, si se me permite decirlo así, *desnacionalizan* las ideas ; — corrompen la lengua ; — depravan el gusto.

Sí : ante todo y sobre todo, *depravan el gusto*. Esos libracos mal impresos, mal encuadernados, peor escritos, feos y sucios por fuera, más feos y más sucios por dentro, familiarizan á nuestro pueblo con una literatura de pacotilla á que insensiblemente se aficiona, incapacitándole de saborear los encantos de otros libros mejores y necesariamente mas caros. A fuerza de abaratar el género, hemos llegado en punto á libros á los últimos límites de lo malo Es la cuestion de las monteras de Sancho, bajo otra forma : es tambien el caso, que ahora recuerdo haber oido referir, de un sujeto que solia surtirse de chocolate á ocho reales en una tienda, y que figurándose que el tendero ganaba así demasiado, le preguntó si podria darle otro chocolate á siete. — Sí señor, respondió el tendero, y se lo dió en efecto á este precio. — ¿Y no podria Vd. darme alguno de á seis? volvió á preguntarle pocos dias despues. — ¿Por qué no? replicó el otro, y se lo dió tambien. Engolosinado el comprador con aquellas rebajas sucesivas, bajó todavía un real y fué servido ; mas al pedir que se lo dieran de á cuatro reales, contestó el fabricante : — No es posible ; *peor* que de á cinco no se elabora en esta casa.

XXX

Peores libros que los que en nuestro país se dan muy baratos (hablo de los recien publicados), no es posible hacerlos. Todo se escatima para su *elaboracion* : se busca el papel mas barato y por consiguiente el mas malo; el impresor y el encuadernador mas baratos, de suerte que lo impreso apenas se puede leer de pura errata, y cada hoja se va por su lado : esto en cuanto á lo material del libro. Pero aun es peor en cuanto á lo moral ó literario, pues como tambien se ha buscado el traductor mas barato, naturalmente se ha dado con el peor, de donde resulta un producto que es, como el chocolate de á cinco, el último límite de lo malo. Creo, pues, sinceramente que nuestro comercio de librería va andando, sí, pero por mal camino ; malo para él y peor para el público. Su error estriba en un mal cálculo; nuestros libreros quieren competir con los franceses en punto á baratura, sin considerar que les falta la base en que estos fundan sus especulaciones, que es un gran público, un público-verdad, — en suma, un inmenso número de lectores. Por mínima que sea la ganancia que deje cada uno, el librero que especula contando con ese público, hace una excelente especulacion. En España no puede serlo sino á condicion de que la ganancia obtenida sobre cada comprador sea más que regular, porque su número es siempre muy reducido : por consiguiente, para darle un producto *muy barato*, es preciso que sea *rematadamente malo.* Lo es en efecto de cada cien veces las noventa y nueve.

Barato y malo no tiene gracia, aunque siempre es mejor que malo y caro: el gran problema comercial es dar bueno y barato; pero yo juzgo imposible de resolver este problema con aplicacion al comercio de libros en nuestro país, no solo porque nos falta el numerosísimo público de compradores que se necesitaria para resolverle, sino tambien porque nos faltan otras muchas cosas indispensables para que nuestro comercio de libros sea *verdad*. Lo primero que nos falta es que lo sea tambien la literatura, de cuyos productos se alimenta aquel. Ahora bien; de nada con mas razon que de la literatura puede decirse que entre nosotros es mentira.

XXXI

Entendámonos: *mentira* como profesion, como manera de vivir. Yo llamo profesion-verdad á la que no solo mantiene con decencia al que la ejerce honradamente y con general aplauso, sino que además le deja algunos ahorros para su vejez. La literatura no da este resultado en Madrid; luego la literatura, como profesion, es en Madrid una mentira. Todos nuestros literatos son además otra cosa, á menos de que hayan nacido ricos; solo el ejercicio de la literatura dramática, de algunos años á esta parte, rinde regulares productos á los autores, merced á la ley protectora de sus derechos (10 de junio 1847); los demás ramos de literatura son cosa perdida, con la sola excepcion de los libros de texto, productivos como todo monopolio. Tambien hay que exceptuar algunos buenos libros de devocion, que se venden mucho: no hablo de los

malos, ni de la infinidad de novelas traducidas del francés, que tambien se venden enormemente, porque nada de esto pertenece á la literatura. Si en algun capítulo del arancel pueden encajarse esos productos, será en el de drogas y artículos venenosos......

XXXII

Lejos de mí la idea absurda de pretender que los productos de la inteligencia en los tres órdenes de que voy hablando (literarios, científicos, artísticos) obtengan en España la retribucion magnífica que obtienen en Inglaterra, por ejemplo, país incomparablemente mas rico que el nuestro; tampoco pretendo que se dé á sus autores, á mas de una cuantiosa remuneracion metálica, la grandísima consideracion que les dan los ingleses, y sobre todo los franceses, no solo mas ricos, sino mas adelantados que nosotros; siento decirlo. Un escritor, un sabio, un artista eminente, son allí considerados como príncipes. Su retrato se ve en todas las calles: su nombre anda en todas las bocas: no hay popularidad comparable con la suya. En España, todavía les pagamos menos en gloria que en dinero. Y sin embargo, yo creo que sin llegar á las cinco mil libras (sobre medio millon de reales) que vale por término medio á Cárlos Dickens cada una de sus novelas, ni á los doscientos mil francos que recibe M. Thiers por cada uno de los tomos de su *Historia del Consulado y del Imperio*, no seria ningun escándalo que el que escribe en España algunos buenos libros, ganase con ellos lo suficiente, ya que no para ir en coche, á lo menos para mantenerse sin necesi-

dad de recurrir á la proteccion del Gobierno ó de la casa Real.....

XXXIII

¡ Proteccion ! ¡ proteccion ! siempre estamos clamando en España por proteccion, y yo creo que la proteccion tiene perdida á España. Vuelvo á decir sobre esto lo que dije de la policía; parecemos unos menores de edad: para todo contamos con el Gobierno y para nada con nosotros mismos, que es cabalmente lo contrario de lo que deberíamos hacer. En el órden literario y artístico un poco elevado, la casa Real comparte con el Gobierno el honor de esa proteccion universal por la que siempre estamos piando. Si en España se publican todavía algunas obras importantes, costosas, de esas que hacen honor á un país, es solo porque contamos con las suscriciones del Gobierno y de la casa Real : las del público son una mera eventualidad, un accesorio : la base de la operacion estriba en aquellas. Si entre nosotros se pinta algun cuadro ó se labra alguna estatua, de seguro que al Gobierno ó á la casa Real presentará su cuenta el artista : ningun particular, ninguna corporacion, desde que no tenemos conventos, encarga jamás tales obras. Podrá haber alguna excepcion, pero ¡ cuan rara!..... Una recuerdo porque es de las mas conocidas : la constituye el generoso y rico banquero don José de Salamanca.

De aquí nace que la literatura y las bella-sartes obtienen entre nosotros lo que me atreveré á llamar una vida artificial. Tambien ellas *son mentira.*

XXXIV

Nos quejamos á veces, yo el primero, de que hombres verdaderamente sabios no escriban, no publiquen nada, y se resignen á pasar su vida en la oscuridad, llevándose al sepulcro el fruto precioso de sus estudios y de sus observaciones: los acusamos de egoismo, de holgazanería, de ineptitud tal vez..... ¡Qué injusticia, á lo menos en algunos casos que todos podríamos citar! ¿Se ha calculado bien el extremo de abnegacion que se necesita en España para publicar lo que generalmente se llama un *libro serio?* Lo de menos es perder el tiempo y el dinero;—el tiempo, porque nadie lo lee; el dinero, porque nadie lo compra. Lo peor es que tambien el pobre autor suele perder el crédito de *hombre de provecho* que tal vez tenia antes de haberlo publicado. Pensar que un editor vaya á ofrecerle por su manuscrito un solo real, es pensar en lo excusado. ¡Gracias si se lo imprime de balde! así son tan raras las obras sérias que llegan á imprimirse. Y este mal data ya de antiguo entre nosotros. Pasma el número de escritos importantes, sobre todo de *memorias históricas*, que han quetado inéditos entre nosotros. Llenos están de ellos nuestros archivos: de aquí la oscuridad que aun existe en algunos puntos esenciales de nuestra historia nacional. Todo son extremos en el mundo: en Francia hay la manía de publicarlo todo; hasta el mas insignificante apunte dejado por el mas insignificante ministro antiguo ó moderno, con tal de que tenga una pequeña sombra siquiera de interés político, ó histórico, ó literario, vé la luz pública: entre

nosotros duermen bajo el polvo de los siglos en los archivos de Simancas, de Aragon y Valencia, en la Biblioteca Colombina y en otras cien, interesantísimos documentos, luz de nuestra historia, y gracias á la *proteccion del Gobierno*, — gracias sobre todo al ilustrado patriotismo de los Bofarull, Salvá, Baranda, Muñoz y otros pocos, no pasamos por el desdoro de que necesiten venir los extranjeros á enseñarnos lo que tenemos en casa.

¿A quién no humilla y aflige ver los folletines de todos nuestros periódicos, exclusivamente ocupados por traducciones del francés? ¿y casi lo mismo los anuncios de nuestros teatros? ¿y lo mismo tambien las listas de nuestras obras de texto en letras y ciencias?

XXXV

Una brillante excepcion, muy honrosa para España, tengo que consignar aquí, antes de dejar este triste tema del trabajo intelectual, poco ó mal retribuido en gloria y en dinero. Constituyen esa excepcion las obras de Balmes, muy leidas, muy compradas en España. Todo es excepcional en esas obras inmortales : aunque españolas, dieron á su autor fama y provecho en su patria ; aunque españolas tambien, han traspasado nuestras fronteras, y son celebradas, y están traducidas en casi todos los paises de Europa. Entre nuestros escritores contemporáneos solo recuerdo que hayan obtenido este honor, á mas de Balmes, el conde de Toreno y Donoso Cortés.

XXXVI

Madrid, diciembre 1856.

¡Que salga el autor! ¡que salga el autor!

Estas palabras que resuenan en casi todos los estrenos de piezas nuevas, son una confirmacion más de que tambien en nuestros teatros, *todo es mentira*, y por cierto que esta mentira me parece una de las mas repugnantes, porque de ella se hace cómplice todo el público con una docilidad ovejuna. De esta suerte, á fuerza de prodigar sin discernimiento las distinciones mas lisonjeras, llegamos á quitarles todo su valor y *toda su verdad.*

XXXVII

Veinte años há se estrenó en el teatro del Príncipe el interesante drama *El Trovador*, de don Antonio García Gutierrez. El entusiasmo que produjo aquella primera produccion de un jóven, entonces desconocido en la república literaria, fué tan grande como merecido: todo el público á una, electrizado por aquel inesperado triunfo, pidió que *saliera el autor*, y el autor salió, pálido, conmovido hasta lo sumo, agobiado por decirlo así bajo el peso de aquel desusado honor: era la primera vez que semejante distincion se dispensaba en nuestros teatros. Yo que era á la sazon muy jóven y acababa de regresar de París, donde la habia visto dispensada tambien por primera vez en el teatro de la *Porte Saint-Martin* á los jóvenes autores de *Farruk*

el Moro, Victor Escousse y Augusto Lebras, que por cierto acabaron poco despues su existencia desastrosamente con un suicidio, contribuí en gran manera á aquella magnífica ovacion, estimulando á los tibios, acalorando aun más á los exaltados, y multiplicándome por decirlo así en todos los ángulos del teatro para gritar desde todos : *¡Que salga el autor!* Añadiré que el carácter que yo tenia entonces de director de un periódico literario muy influyente, *El Artista*, daba no poca autoridad á mi mediacion personal en el asunto..... Perdóneseme este recuerdo y no se tome á jactancia : á falta de glorias propias, no creo que se me pueda negar sin injusticia el mérito, sí alguno hay en esto, de haber celebrado con sincero entusiasmo las de los demás. Así empezó, repito, en nuestros teatros la costumbre que hoy ha llegado á ser lo que todos vemos : una irrision, casi una vergüenza. El mas chapucero autor, ¿qué digo? traductor de cualquier piececilla en mala prosa, cuenta en su vida literaria veinte triunfos como el del señor García Gutierrez : al mas insignificante *arreglo* que ve estrenar en la escena, grita el público maquinalmente : *¡Que salga el autor!* — y el *autor* sale como un bendito, lleno de *emocion*..... Presumo que en la mayor parte de los casos, aquella emocion debe ser tambien mentira.

XXXVIII

El *Diario de Avisos* es el gran receptáculo de mentiras que debe estudiar á fondo el que quiera conocer bien las costumbres de Madrid. Uno de los rasgos característicos de estas costumbres es el de que, por regla general, nadie

aquí quiere parecer lo que es, y nadie quiere ser lo que parece. Raro es el dia en que no publica el susodicho *Diario*, no uno, sino muchos anuncios vaciados en este molde:
— « Una señora sola, *ó bien* un matrimonio sin hijos que
« ocupa una hermosa habitacion en uno de los parajes
« mas céntricos de la córte, cederá una sala y dos gabi-
« netes (*ó tres ó cuatro, ó una docena, segun y conforme*)
« con asistencia ó sin ella.

« Se advierte que NO es casa de huéspedes. »

Y yo pregunto: si esa no es una casa de huéspedes, ¿qué es? Si esa señora sola no es una patrona de huéspedes, una pupilera, como dicen en Andalucia; si ese matrimonio sin hijos no se dedica á la muy lícita y muy honrada industria de hospedar forasteros mediante una retribucion convenida, ¿qué es aquella señora *sola* y á qué se dedica este matrimonio infecundo?

Y sigo preguntando: ¿Qué significa eso de *ceder* una sala y dos gabinetes ó tres? ¿Se ceden de balde ó por dinero? Si de balde, como parece indicarlo el tono protector y caballeresco del anuncio, me parece generosidad muy intempestiva, y que nadie irá á aceptar á menos de ser muy descarado: si es por dinero, eso no se llama en castellano *ceder*, sino arrendar ó alquilar.

Por último, ¿á qué no expresar claramente la calle, el número y el piso de la casa cuyas piezas se ceden? ¿por qué no decir la verdad? ¿por qué decir la mentira?.....

Considerados á la ligera, tales anuncios solo descubren su lado ridículo: estudiados á fondo, como he solido estudiarlos yo, dan ocasion á reflexiones muy dolorosas, porque revelan una de las mas horribles llagas de nuestra desvencijada máquina social. Es tal hoy en España, para

desgracia y oprobio de la actual generacion, la instabilidad de todas las posiciones oficiales, que no es raro encontrar en aquella señora sola, reducida á ejercer de una manera vergonzante la profesion de patrona de huéspedes, á la viuda ó á la hija de un hombre á quien esta ó la otra combinacion política valió, en un momento dado, tratamiento de excelencia y bandas y coche. En aquel matrimonio sin hijos ó con ellos que tambien ejerce de la propia manera la misma industria, ocultándolo al público por una especie de pudor muy respetable sin duda y de que seria muy cruel burlarse, se encuentra acaso, reducido á la condicion de *cesante*, un antiguo y probo servidor del Estado, que habiendo tal vez manejado enormes caudales, tuvo la *imprevision* de no quedarse con ellos para el dia en que el capricho de un ministro absoluto, como lo son los nuestros desde que somos libres (antes lo eran los reyes), en pago de su probidad y de sus servicios le dejase en la calle!....

XXXIX

¡ Le dejase en la calle ! hé aquí una frase que tambien merece estudiarse : los modismos familiares de un país suelen ser un excelente comentario y como un vivo reflejo de sus ideas y costumbres. La expresion corriente en España para significar que á un empleado público le han quitado el empleo, es decir que le han *dejado en la calle :* no parece sino que *la calle* es ya la única morada, el solo refugio que queda en el mundo al que no tiene empleo. No hay escape : ó empleado ó vago, disyuntiva que seria

una cosa muy ridícula, si no fuese muchas veces una verdad muy triste;—y sino, que lo diga la Puerta del Sol, toda llena de vagos que han sido empleados, y de empleados que han sido y pronto volverán (de seguro) á ser vagos. Algunos añaden á la significativa frase que voy comentando la de *le han dado un puntapié*, para significar gráficamente la cortesía con que se acostumbra dejar en la calle á los pobres expulsos de alguna posicion oficial. No sé por qué me disuena tambien la otra frase vulgar con que, para expresar que á uno le han dado un empleo ó destino, se dice que *le han colocado*, lo cual parece argüir que antes andaba errante, fuera de su sitio *y de todo sitio*, como cosa perdida. Tampoco me parece feliz la sinonimia de empleo y destino. ¡El Destino! *¡Fatum!* ¡una idea tan grande aplicada á una cosa tan pequeña! Traducido literalmente este vocablo á otra lengua con la acepcion que nosotros le damos, resalta con evidencia esa especie de profanacion; así lo prueba la famosa despedida proverbial en nuestros fastos diplómaticos :

M..... *prend congé pour son* DESTIN.

Algunos añaden al nombre de M..... (apellido español traducido literalmente al francés) *attaché* DANS *la cour de....*, como un perro; pero lo creo adorno gratuito, *fioritura*. Por último, la expresion de *cesante* me parece tan ignominiosa para la filosofía de nuestra lengua como para la moralidad de nuestra administracion. No parece sino que, en el mero hecho de dejar de estar empleado, el hombre *cesa*..... cesa de un modo absoluto y no hace ya en este mundo otra cosa mas que *cesar*.

XL

Pero no quiero echar á broma lo que considero el principal orígen de casi todos los males que afligen á nuestra nacion : hablo de la inseguridad en las posiciones oficiales..... ¿qué digo *inseguridad?* de la completa seguridad de perderlas al menor vaiven de la política activa, en que viven con rarísimas excepciones todos los que las ocupan. Es una mala vergüenza lo que pasa entre nosotros en este punto : en ningun país del mundo se comprende siquiera tan repugnante escándalo. En esto, como en otras muchas cosas, hemos pasado de un extremo á otro : antes los empleos se heredaban de padres á hijos, como los apellidos. Habia algunos que venian á ser patrimonio de determinadas familias, como el de archivero de Simancas, vinculado desde el reinado de Felipe II, si mal no recuerdo, en la de los Ayalas, verdadera dinastía de archiveros. Un empleo era una propiedad tan sagrada como otra cualquiera. No necesito decir lo que hoy sucede. Juzgan algunos que esto es efecto de las revoluciones por que hemos atravesado, pero no lo creo. Inglaterra, Francia y otros países han pasado por revoluciones espantosas, de las cuales no han sido las nuestras mas que un pálido remedo y, ya lo he dicho, ni aun idea se tiene hoy allí, ni se tuvo aun en medio del mayor ardor de la fiebre revolucionaria, de ese insolente desprecio de los derechos adquiridos, de ese insensato olvido de los intereses públicos, de esa fria crueldad que supone en nuestros partidos todos la costumbre general de inaugurar su efímera dominacion con un inmenso

número de destituciones. La ruina de millares de familias es la consecuencia inmediata de cada cambio ministerial: de aquí ¡cuántos odios! ¡cuántos desórdenes y cuántas semillas de inmoralidad! ¿Se ha calculado bien la perturbacion profunda que traen al Estado esas continuas perturbaciones parciales introducidas violentamente en el seno de tantas familias, siendo como es, inmenso por desgracia en España, el personal de empleados?... Decia yo que esto supone un insensato olvido de los *intereses públicos*, porque en efecto, téngase bien entendido que en esas destituciones en masa, baldon de nuestros partidos, el servicio público es el que mas padece: el erario público es el mas sacrificado. Decia tambien que suponen una *fria crueldad*, porque realmente se necesita tener el alma muy atravesada para sumir de un golpe en la miseria y exponer á sus harto frecuentes consecuencias, no ya á un hombre, ni á dos, ni á ciento ó mil, sino á las familias que de ellos dependen, á los padres ancianos, á los niños inocentes. Entrañas de tigre deben tener los ministros que, sin razon muy justificada, hacen tan cruel uso de su poder ilimitado en este punto y en tantos otros. Crueles llamamos á Danton y á Marat porque mataban con el hierro. ¿Lo serán menos los que matan con el hambre?....

Pero la mayor parte de nuestros ministros no obran por malicia. O incapaces de hacer otra cosa, *hacen vacantes*, para que no los acusen de que no hacen nada; ó las hacen (y esto es lo mas comun) para colocar en ellas al pariente ó al amigo..... y vamos viviendo.

XLI

No hablo de hoy : esta es España de medio siglo á esta parte. Nos hemos acostumbrado á llegar *al límite* de todos los derechos, y porque los ministros tienen el de remover empleados, creen de buena fé que no hacen mas que usar de él cuando en realidad *abusan* odiosa y neciamente. Esta es la verdad.

Todos lamentan ese indigno abuso y claman porque se le ponga remedio con una buena *ley de empleados*. Lo juzgo una gran simpleza. Nada remediará una ley, por buena que sea, nada absolutamente. Digo de esto lo que dije de la policía, lo que dije de la libertad : ó la opinion pública ha de remediar el mal, ó el mal no tiene remedio entre nosotros; en cuyo caso, sépase que caminamos derechos á una disolucion social : ni mas ni menos. El dia en que toda persona decente desprecie cual se merece al ministro tonto ó malo que abuse del poder que tienen y *tendrán siempre los ministros* (porque esto es de esencia en toda buena administracion) de nombrar y separar á sus empleados, desaparecerá el escándalo : mientras este siga pareciendo cosa muy natural y aun obtenga el aplauso de muchos, es excusado que el Consejo Real se moleste en preparar y las Córtes en discutir cortapisas á la arbitrariedad ministerial. Esas cortapisas serán un estímulo más para el abuso. ¿No es adagio entre nosotros que *hecha la ley, hecha la trampa?*

Nada prueba mejor que este dicho el extravío de ciertas ideas en nuestro país. En vez de amar y venerar la ley,

nuestro pensamiento fijo es discurrir el mejor medio de eludirla. Vale más que no haya ley de empleados : con ella el abuso seria mayor y doble el escándalo, pues además se infringiria una ley. Lo digo como lo siento.

XLII

A proporcion hay mas lujo en Madrid que en Paris y en Lóndres;—lujo exterior, se entiende, de ese que se ve y se luce por fuera, no del otro lujo interior y *comfortable*, cuyo centro es Lóndres y que á mí me parece el verdadero. Solo en Madrid he visto por las calles y á pié, señoras vestidas con ricos trajes y caballeros con guantes color de caña : en nuestros bailes, en nuestras grandes reuniones, asombra la riqueza, si no el buen gusto, de algunas *toilettes* : por último, en nuestros paseos públicos, el número de los hermosos y elegantes carruajes que se ven, no me parece que guarda proporcion con el estado general de lo que hoy se llama las *fortunas* y siempre se ha llamado los *caudales* particulares. En una palabra, creo que en Madrid, por lo comun, se gasta mas de lo que se debiera en lucirlo, y no se atiende bastante ni á ciertos gastos siempre honrosos, y aun obligatorios en ciertas posiciones elevadas, ni lo que es todavía mas importante, á la obligacion que tienen todas las familias de ahorrar ó capitalizar algo para los que vengan detrás. La máxima vulgar que enseña *el que venga atrás, que arrée*, se me figura demasiado practicada entre nosotros. Habiendo vivido muchos años en el extranjero, he tenido ocasiones frecuentes de saber lo que nuestros paisanos, y sobre todo nuestras paisanas

gastan en objetos de mero lujo, traidos de fuera : — en los grandes almacenes de París (de modas, por supuesto) tenemos *fama* los españoles, ¡triste fama en mi opinion!... En cambio se nos conoce poco en las librerías, nada entre los *marchands* de lo que allí se llama *objetos de arte*, esto es, antigüedades curiosas, buenos cuadros, porcelanas, bronces y estatuas que no son *de pacotilla;* y sin embargo, la posesion de esta clase de objetos me parece á mí que constituye el lujo mas racional, por el buen gusto que revela, y el mas verdadero, porque es el mas caro.

Convengo en que cada uno es dueño de gastar su dinero como mejor le parezca, pero permítaseme lamentarme de que en Madrid se gaste tanto, sin provecho alguno para el país, pues casi todo ese dinero se vá á Francia, sin compensacion alguna, mas que la de satisfacer una estéril vanidad. Y este mal es muy grave, no solo bajo el aspecto económico, sino bajo otros mil.

XLIII

¿A dónde va á parar nuestra sociedad con esa moderna plaga del lujo que se ha desarrollado en su seno como una lepra, y que si no se le pone coto pronto, pronto, pronto, amenaza nada menos que disolver sus vínculos mas sagrados con el virus de una espantosa desmoralizacion? Acaso á primera vista parecerán exageradas estas palabras: yo creo sinceramente que expresan la pura verdad, y que una de las mas urgentes atenciones de la prensa deberia ser ser hoy, en Madrid, como en toda Europa, atacar de frente en su ya peligrosísimo progreso esa locura del

lujo, que no se destruirá con leyes (*leyes suntuarias*, que dicen los doctos), sino con las armas del sarcasmo y sobre todo de la razon, la cual siempre acaba *por tener razon.*

Que el lujo moderno amenaza ya de un modo serio á la sociedad ¿quién puede dudarlo? Existen hoy dos clases de lujo igualmente generalizadas, igualmente ruinosas y que en realidad son inseparables una de otra; el lujo en las personas, el lujo en las cosas: ahora bien, se necesita ser ciego para no ver que ambos lujos han llegado en Madrid (y creo que lo mismo en todas partes) á un grado de exageracion, por no decir de desenfreno, que no guarda ya proporcion alguna con los recursos ordinarios de la clase media, la mas importante en las sociedades modernas. Divídese esta clase en dos grandes secciones: la de las familias que viven de sus rentas, y la de las que viven del trabajo retribuido de alguno de sus individuos: muchas participan de estos dos recursos á la vez, perteneciendo de hecho á ambas secciones. Las primeras, en su inmensa mayoría, disfrutan una renta corta: desde el momento en que esa renta es cuantiosa, ya la familia sale de lo que se llama la *clase media*, pasando de un salto, sin necesidad de pruebas ni mas ejecutoria que su dinero, á la clase *alta*, es decir, á la aristocracia. Hasta cierto punto, lo mismo puede decirse de las familias que viven del trabajo retribuido de alguno ó algunos de sus individuos (profesion científica, industrial ó mercantil, empleo público ó siquiera simple oficio manual): si esa retribucion es muy reducida, la familia que de ella vive corresponde al *pueblo;* pero si es muy cuantiosa, cáteme Vd. una familia encaramada á la aristocracia, siquiera el caudal que la sostiene se haya adquirido vendiendo embuchado debajo de los portales de

Santa Cruz, ó prestando á ciento por diez. En este punto lo propio sucede en Francia y aun en mayor escala: no así en Inglaterra, donde todavía hay algo que no se adquiere con dinero. Para mi propósito de encarecer los peligros del lujo, tengo que prescindir de la clase baja y de la muy alta, — es decir, de la muy pobre y de la muy rica: de aquella, porque necesariamente está todavía muy lejos del abuso; de la segunda, porque al cabo puede costearle, aunque yo creo que hace mal en dar esa estéril y poco honrosa direccion á sus caudales. Solo hablaré de la verdadera clase media, compuesta en España, como en todas partes, de posiciones modestas, debidas á caudales medianos. ¡Pues bien! en esas posiciones modestas, en las que el órden y la economía son, ó mas bien deberian ser tanto como una virtud, una necesidad, aun el observador mas superficial descubre á primera vista la manía del lujo, producto infecundo de la vanidad y de la tontería adunadas en maridaje nefando.....

XLIV

Siento decirlo, pero creo que el sexo hermoso, al que todos los hombres debemos especiales respeto y cariño, aunque no sea mas que porque á él pertenecen nuestras madres, es el que mas alta lleva la bandera del extravío que voy lamentando. Las mujeres son las grandes sacerdotisas del abominable culto tributado hoy en el mundo al Becerro de oro! ellas son las que por satisfacer su sed de lujo, impelen á los hombres en general, y á sus maridos en particular, á posponerlo todo á la primera y peren-

toria necesidad de ganar mucho dinero. Si los hombres hacen las leyes, las mujeres hacen las costumbres: sobre las mujeres cae, pues, la mayor responsabilidad de todo lo que tienen de materialista, de interesado y de repugnante á toda alma un poco levantada las costumbres modernas. Y obsérvese una cosa muy singular, tanto que parece que contraría hasta las leyes de la naturaleza: — en todas las especies de séres animados, los individuos de cada sexo hacen lo posible por agradar á los del otro. Nosotros, los hombres, por ejemplo, es seguro que si nos componemos y acicalamos, es principalmente por parecer bien á las mujeres; lo propio hacen á su modo, los leones con respecto á las leonas, lo mismo las tortolillas con respecto á sus melancólicos galanes. Y es lo natural; solo las mujeres se desviven, se arruinan y nos arruinan y pierden la chaveta por parecer bien... á las mujeres! De los hombres no se les importa un bledo. Saben que para nosotros siempre están bien, si son bonitas (¿cuál no cree serlo?),—y cuanto menos vestidas, mejor. Entiéndase *vestidas*, no en contraposicion á *desnudas*, sino en el sentido de muy peripuestas. *¡No estoy vestida!* dice muy formal una señora, cuando está en modesto traje de casa, esto es, cuando no va medio desnuda, ó lo que es lo mismo, en trage de baile. ¡Confusion de las ideas! No se citará (salvo honrosas cuanto raras excepciones) el caso de una esclava de la moda que haya hecho el sacrificio de añadir una rosa á su peinado ni una cinta del valor de dos cuartos á su falda, por parecer bien á su marido, si es casada, á su amante, si es soltera, — y se citarán ¡ay! muchos casos de damas elegantes que han sacrificado, unas hasta el pan de sus hijos, otras hasta el honor de

sus padres, por el placer absurdo de ir barriendo con los encajes de sus volantes los barros de las calles, no á fin de parecer mas hermosas á los hombres (no llega su insensatez á tanto), sino para que la amiga ó la rival exclamen al verlas: — *¡ Qué bien puesta vá !....*

XLV

¿ Es deseo de agradar ó de mortificar á sus prójimas en lo mas íntimo de su vanidad y de su envidia? indudablemente es lo segundo, pero para el caso es lo mismo, y por cierto que la ruindad de su orígen en nada atenúa, antes muy al contrario, la fealdad de ese sentimiento. Con doble motivo, no teniendo como no tiene por objeto ese desatinado lujo personal de las mujeres cautivar la voluntad de los hombres, no puede alegar por excusa el natural instinto mujeril á que los franceses dan el nombre de *coquetería* en su buen sentido, esto es, en el de agradar al otro sexo: no es pues mas que un mal sentimiento de loca vanidad el que las arrastra, no á parecer mas hermosas, sino mas ricas á los ojos de los que las miran.

XLVI

Y esto que digo es de una evidencia palmaria. ¿ Cómo han de figurarse, por ejemplo, que aumenta su hermosura un vestido que arrastra? Bien saben que lejos de aumentarla, la disminuye ó la oculta; pero dan por bien empleado este sacrificio á trueque de establecer, á favor de esa

moda extravagante, la *necesidad* de pisar alfombras y de salir siempre en coche; medida económica seguramente, pues lo que se ahorraria yendo á pié, no equivale á lo que se gasta arrastrando una falda por la calle. Todo está calculado para que no se pueda excusar el coche, *por economía!* A fin de que no tenga el diablo por donde dejarle, el lujo moderno es hasta hipócrita. Su cualidad dominante es sin embargo la de *envidioso*. Porque las señoras de alta esfera nacidas y criadas en la opulencia, adoptan un modo de vestir adecuado á sus grandes recursos y á su género de vida, es preciso de toda precision que las que no tienen esos recursos ni pueden hacer la misma vida, adopten el mismo modo de vestir; no hay remedio: así lo exige la moda, esa veleidosa tirana del sexo débil. Y por consiguiente la mujer del pobre diablo que gana á duras penas un mezquino sueldo, ha de plantificarse el mismo estrafalario sombrerete de qué sé yo qué y cintajos (precio, una onza) que usa la opulenta banquera, para *no cubrirse* con él la cabeza y tener que tirarlo al basurero en cuanto le dé un poco el aire ó pase la moda. ¿Qué mas? hasta la linda tendera que pasa el dia midiendo varas de *moiré antique* (cuando no son hombres barbudos los que se emplean en tan varonil faena.... — ¡oh mengua de nuestro sexo!) — y aun la doncella de labor condenada por el hado adverso á vivir cosiendo para otras, han de usar precisamente las mismas mangas irritantes que han puesto hoy (1) en moda el lujo y la holgazanería juntos, y cuya descripcion por escrito es imposible. Es preciso ver-

(1) Esto se escribia á fines de 1856. — Véanse los figurines de la época.

las de cerca para creer en ellas : ni son mangas, ni dejan de serlo ; ni cubren el brazo ni lo dejan descubierto : como el contenido de las calderas puestas á la lumbre por las brujas de Macbeth, son una *cosa sin nombre*, — ó bien un *nombre sin cosa*... ¿Si querrán tambien persuadirnos las damas que esas dichosas mangas realzan su belleza? harto saben que sus únicos méritos son costar muy caras por la infinidad de perifollos de que constan, —exigir una renovacion incesante, — é imposibilitar cualquier ejercicio, porque se enganchan en todas partes; moda muy elegante tal vez para una emperatriz, muy irracional para cualquier señora de la clase media.

XLVII

Pero aun queda por recordar lo mejor, y es esa magnífica redondez que se dan las damas, de la cintura para abajo, convirtiendo esa parte de su cuerpo en una campana de catedral, en un globo, en una pollera, — en cualquier cosa, en fin, que no sea la graciosa y delicada forma de un cuerpo mujeril. Ventajas de esos vestidos son : 1ª desfigurar completamente á la persona que los lleva, igualando á la vieja con la jóven, á la flaca con la gorda, á la bien con la mal conformada ; 2ª ser extraordinariamente incómodos para la persona que los usa y para todos los que la rodean ; 3ª consumir un incalculable número de varas de tela ; 4ª imposibilitar el paso por toda puerta regular ; 5ª exigir un coche entero para cada dama que va á un baile y quiere llegar *bien hueca* (el marido, el padre ó el hermano pueden subirse al pescante, ó á la trasera, ó

irse á pié, como gusten); 6ª....., pero ¿á qué cansarme? Seria el cuento de nunca acabar ir enumerando todas las *ventajas* de tamaño dislate.

Suponen algunos maldicientes que las viejas y las contrahechas son las *autoras* de esa moda monstruosa de los miriñaques, renovada sin ningun criterio de los tontillos de nuestras abuelas, lo mismo que la de las faldas que arrastran, y en suma, de todas las que tienen por objeto aparente ocultar las deformidades naturales ó disimular los estragos que suele hacer el tiempo,—ya en la cabeza, despojándola cruelmente de su natural corona de oro ó de azabache — (*el pelo*, para decirlo sin perífrasis), de donde proceden las gorras, los moños empingorotados y demás *coiffures* estrepitosas;—ya en otras partes del cuerpo menos expuestas á las miradas indiscretas, á lo cual en todo tiempo se ha procurado proveer por medios secretos, con disimulo: hoy se hace con cinismo. Recuerdo que cuando yo era muchacho, una pobre señora pasó gran bochorno en el Prado y la fué corriendo la gente porque se la cayó el..... creo que entonces se llamaba *polisson* (picaruelo). Hoy las jóvenes y las hermosas apelan públicamente á los artificios del tocado, inútiles para ellas, con el mismo entusiasmo que las que los necesitan. ¿No es esto una verdadera locura?

Lo mismo hacen las inglesas y las francesas, dirán algunos. — Cierto que sí, pero entonces, ¿por qué estamos siempre ponderando los españoles nuestra *característica sensatez*?

XLVIII

Hasta aquí no he examinado más que algunos accidentes grotescos del lujo personal de las mujeres : hasta aquí la cosa no pasa de ser meramente ridícula : lo serio, lo terrible está en sus consecuencias inmediatas. En primer lugar, como todo en este mundo tiende á equilibrarse, y cada antecedente trae por necesidad su consecuente, cada gasto supérfluo en el vestido, por ejemplo, trae consigo la inevitable secuela de otros cien, enlazados unos con otros de una manera insensible : la suma de estos gastos representa al cabo de un año, ó de dos, ó de diez (es cuestion de tiempo), la ruina ó el deshonor de muchas familias. Poco á poco se va contrayendo el hábito de gastar más de lo que se tiene. Empeñado ya el amor propio en sostener una posicion superior á los recursos con que lícitamente se cuenta, hay que apelar á *medidas extraordinarias;* de aquí, en unos, esa fiebre de lucro inmediato que ahoga todos los buenos sentimientos y todas las nobles inspiraciones; de aquí, en otros, mas osados y mas impacientes todavía, esos grandes escándalos que con tanta frecuencia vienen á afligir á la sociedad, y que en el lenguaje corriente, se llaman apostasías políticas, — disturbios matrimoniales, — quiebras más ó ménos fraudulentas, etc., — Unos venden su conciencia; otros trafican con su honra; —aquellos roban, no á mano armada, lo cual seria menos villano, sino con abuso de confianza, la hacienda pública ó la privada. En todos estos desórdenes, bien puede asegurarse que la desenfrenada pasion del lujo entra como

causa determinante de cada cien casos en los noventa y nueve.

XLIX

Pero sin remontarnos tan alto, veamos otra consecuencia de esa plaga y demos por terminado este enojoso asunto. En lo que voy á decir, y lo juzgo exactísimo, si las mujeres tienen la principal culpa, tambien son ellas las que principalmente la pagan. El resultado necesario del excesivo lujo que hoy gastan las mujeres es retraer á los hombres de casarse : el número de las jóvenes condenadas á lo que vulgarmente se llama vestir imágenes, es hoy excesivo en la clase media, y *lo será cada dia mas.* No hay remedio : es de todo punto imposible que un hombre que no sea muy rico ó esté ciego de amor (cosas ambas rarísimas) se decida á cargar con las obligaciones del matrimonio, tales cuales las ha forjado fatalmente el lujo moderno. Dicen las mujeres que los jóvenes del dia se han vuelto muy interesados, y que al informarse de una soltera núbil, nunca preguntan : —*¿Es virtuosa? ¿Es linda? ¿Tiene talento?* sino : — *¿Es rica?* Pero dígase de buena fé : ¿ Pueden hacer otra cosa? ¡ Son tan contadas las mujeres que tienen virtud y talento bastantes para contentarse con la hermosura que Dios les dió, sin aspirar locamente á realzarla, — á perderla mas bien, con ruinosos aliños !....

No estoy porque se den leyes para reformar las costumbres ; pero creo que habia de surtir buen efecto una ley que prohibiese esos aliños á toda mujer *que no fuese vieja*

y fea. Ninguna volveria á usarlos de seguro hasta los sesenta inclusive.

L

Las damas tendrán la bondad de perdonarme si las ofende lo que he dicho : tengan por cierto que el más sincero interés por su bien guia mi pluma. Conociendo la inmensa cuanto legítima influencia que ejercen sobre la sociedad, á la que moral y materialmente dan la vida, á ellas ante todo me he dirigido. Bien se me alcanza que tambien los hombres solemos dejarnos llevar de una vanidad pueril, empleando en el atavío de nuestras barbudas y poco graciosas personas casi tanto esmero y lujo como las damas. Lo confieso con rubor. Hay sin duda hombres muy maricas, muy presumidillos; los hay que creen estar muy interesantes con un chaleco *traido de París*, ó pasándose por la frente un pañuelo *bordado*, despues de las emociones de un wals; pero á lo menos estos extravíos tienen un objeto laudable : el de agradar á las mujeres. Igual fin se llevan todas las locuras de nuestro sexo, que no son pocas. ¿No seria justo que en debida compensacion procurasen lo mismo las mujeres? pues á fé que el medio seguro de conseguirlo seria renunciar á un lujo que evidentemente las afea, ser modestas y muy sencillas en su porte, pegar fuego á todo miriñaque, y fiar sus triunfos, no en la habilidad de un peluquero ó de una modista, sino en el irresistible encanto de sus gracias naturales y adquiridas con una buena educacion. Este seria un gran paso dado para que la sociedad empezase á en-

trar en caja, recobrando el juicio que parece haber perdido : á lo menos no me parece dudoso que con solo eso, el lujo en las personas, cimiento y raiz del lujo en las cosas, llegaria en breve á no pasar de los justos límites en que la razon y el interés público aconsejan que esté encerrado.

A todo esto dirán tal vez las señoras lo que contestaba á su marido una amiga mia : *Tú tendrás razon, pero á mí la razon no me convence !.....*

Haya lujo en buen hora, pero no sea *tanto* ni *tonto* como el que hoy se usa. Lo que las mujeres decidan, eso se hará : los hombres bailan siempre al son que ellas les tocan. Los hombres dan la ley á la sociedad, pero las mujeres se la dan á los hombres. Y aun va mas alto su poder, si hemos de atenernos al dicho, graciosamente impío, que corre como proverbio en Francia : — « Lo que quiere la mujer, lo quiere Dios, y hace bien, porque aunque no lo quisiera seria lo mismo. »

LI

Es prodigioso, — digo mal, es escandaloso el número de calvos que hay en Madrid. Cuando uno contempla á vista de pájaro desde un palco la ondulante superficie de tantas cabezas juntas, alineadas en las butacas como alfileres en un acerico, no descubre mas que calvas. ¡Y qué calvas! Unas, parecen calaveras, otras calabazas; estas parecen platos : las hay que recuerdan otras cosas. Desde las calvas mas venerables hasta las mas innobles; desde las que semejan una plaza de toros despues del des-

pejo hasta las que pueden compararse á un solo medio desmontado, hay allí para todos los gustos, — sin contar la muchedumbre de masas de cabello que por su visible falta de jugo natural, su sospechosa exuberancia y otros indicios funestos, revelan evidentemente que son... pelucas!...

Pero señor ¿qué es esto? ¿qué se ha hecho, por dónde anda el pelo? ¿Habrá emigrado á otros climas? Aquí nadie lo tiene; yo mismo que algun dia rivalicé con Espronceda y Zorrilla, si no en genio poético, á lo menos en

« ... flotante cabellera
« Esparcida por el viento,
. . . .
« De su gloria venidera
« Simbólico monumento, »

advierto cada dia con terror nuevas *entradas* en lo que aun me queda de lo que fué mi cabellera, y ¡oh instabilidad de las cosas humanas! pronto acabaré por ser calvo. como todos.....

LII

No al exceso del trabajo ó de los placeres, no á las penas del corazon, sino á las agitaciones continuas de estos revueltos tiempos que alcanzamos, entiendo yo que deben atribuirse tantas calvicies precoces como reverberan en Madrid la luz del sol á medio dia y la del gas en los teatros y en los escaños de las Córtes. Que no es el exceso del trabajo parece demostrado con la existencia de tantos cafés, siempre llenos de una muchedumbre ociosa, y por el in-

calculable tiempo que se pierde en esa Puerta del Sol, en el Prado, en el Casino, en todas partes : ya se sabe que *matar el tiempo* es una de nuestras ocupaciones favoritas. Hombres conozco yo en Madrid, y muy ilustrados por cierto, que no acertarian á irse á la cama si antes no hubiesen pasado tres, ó cuatro ó cinco de las altas horas de la noche — (de esas lentas y apacibles horas *negras*, tan propicias para el sueño ó para los profundos trabajos mentales) — dando cabezadas ó diciendo simplezas en un corro de amigos, alrededor de la mesa de un café. ¡Qué lástima de tiempo perdido! ¡qué capital tan mal disipado! Sin recurrir á estos ejemplos extremos, aunque harto comunes, bien puede decirse que Madrid es uno de los pueblos en que las gentes se acuestan mas tarde y en que por consiguiente se levantan menos temprano y *trabajan menos*, que es otra consecuencia igualmente indeclinable. Salvas muy raras excepciones, *el que no madruga no trabaja*. Para mí este es un axioma mas verdadero que el otro de *el que no trabaja, no come;* pues veo á infinitos zánganos comer sin trabajar y no conozco una sola persona laboriosa que no madrugue, si su salud se lo permite ó circunstancias forzosas no se lo impiden. Tan malo me parece acostarse muy tarde como levantarse *idem;* no hay órden posible en las casas, chicas ó grandes, con semejante método de vida : hasta la salud debe resentirse de esa absurda inversion de las horas que la próvida naturaleza parece haber destinado alternativamente al sueño y á la vigilia. Dormir de dia, velar de noche es rebelarse contra la voluntad de Dios, lo cual nunca hace el hombre impunemente. Todo empieza tarde en Madrid : nuestras funciones teatrales son las que empiezan y concluyen mas

tarde en toda Europa; nuestros bailes y saraos principian á la hora á que deberian acabar, y esto no solo en Madrid, sino tambien en los pueblos de provincia, señaladamente en las capitales, donde es muy comun exagerar las ridiculeces de la córte. Nuestros abuelos comian á las doce, que me parece la hora mas racional, por cuanto supone que se ha almorzado á las siete ó á las ocho: nuestros padres, ya algo extraviados, comian de dos á tres de la tarde; nosotros, completamente fuera de quicio, comemos de noche, cuando no *al dia siguiente*, como solia decir muy enfadado D. Juan Nicasio Gallego. — Supongo que Vd. no será de los que comen *mañana?*, preguntaba frunciendo el ceño cada vez que alguno le convidaba á comer.

LIII

Se han atribuido á D. Juan Nicasio Gallego tantas cosas — (este ilustre poeta era de los que entre nosotros alcanzan la fortuna de *tener cosas*, y de quienes se dice con paternal benevolencia *cosas de Fulano*) — que no estará de más asegurar que el dicho que aquí le atribuyo es auténtico: se lo he oido muchas veces. No así una infinidad de ellos, la mayor parte insulsos, chocarreros ó cosa peor, que se le atribuyen generalmente, y que juzgo incompatibles con el privilegiado talento y sólida cuanto ilustrada piedad que tanto le distinguian. De la propia manera se atribuyen á Quevedo una infinidad de necedades que de seguro no se le ocurrieron jamás á aquel portentoso ingenio. Lo que indudablemente habia en el autor de la *Elegía al Dos de Mayo* era un gran fondo de originalidad

en las ideas junto con una vigorosa aversion á todas las extravagancias, aversion que á veces tomaba en su lenguaje, siempre animado y pintoresco, las formas de una intolerancia regañona. En él se veian mezclados y como fundidos en uno solo los dos excelentes caractéres del *don Antonio* y el *don Pedro* del Café de Moratin : era á la vez zumbon y agudo como el primero, áspero y mordaz como el segundo : bueno como los dos. A un jóven poeta que acababa de leerle unos versos muy oscuros, preguntó con mucha seriedad : — ¿Qué ha querido Vd. decir ahí?

— Tal cosa, respondió el poeta.

— ¿Pues por qué no lo ha dicho Vd.? exclamó entre colérico y risueño.

La leccion era excelente, pero dada bajo una forma demasiado dura. No podia aguantar que se ponderasen más de lo justo los adelantos modernos, sobre todo si venian de fuera. Cierto elegante, algo fatuo, le enumeraba una vez con cansada prolijidad la multitud de cosas raras que contenia un *nécessaire* de su pertenencia, recien traido de París, á saber, — un telescopio, una caja de pinturas, un paraguas de estoque, un par de espolines, varios medicamentos, etc., etc. Don Juan Nicasio, muy amostazado, le interrumpió diciéndole : — Yo he visto otro *nécessaire* que contenia todo eso que Vd. dice, y además *capellan y agua de pié!*

Suyo es tambien el dicho célebre de que los gobiernos representativos son excelentes, una vez pasados *los primeros quinientos años;* lo cual podrá ser un chiste, pero no me parece justo.

A un sujeto que se decia tocayo suyo, porque se llamaba *Gállego*, le dijo : — Usted no es tocayo mio: cuando más

será Vd. *mi tócayo.* Advertiré de paso que D. Juan Nicasio detestaba, como toda persona de buen gusto, esa extravagante cuanto general manía moderna de hacer esdrújulas una porcion de voces que nunca lo han sido en castellano. Ya hablaré de esto en otra ocasion.

Para encarecer la mucha edad de un hombre, que se la echaba de jóven, me dijo un dia : — ¡ Si es mas viejo que *nadie !*.....

Tales eran los dichos habituales de aquel hombre excelente, escritor elegante y de los mas correctos, poeta de primer órden, aunque por desgracia poco fecundo, crítico segurísimo y amigo á toda prueba. No quisiera yo que otros dichos de muy distinta índole se acreditasen como suyos en la opinion del vulgo para empañar su memoria, justamente respetada y querida por cuantos le conocimos bien.....

LIV

Si me dejase llevar del placer de ir evocando aquí antiguos y recientes recuerdos literarios, Dios sabe adonde llegarian estos apuntes. Solo esos recuerdos me darian materia abundante para escribir un libro, el cual no renuncio á publicar algun dia, pues por lo que hace á escribirle, escrito le tengo ya en su mayor parte y se me figura (¿será ilusion mia?) que ha de ser lectura entretenida para los presentes y útil para los venideros. En nuestra literatura escasean las *memorias contemporáneas*, que cuando se escriben con verdad y sin pasion, como procuro yo escribir sobre las cosas de mi tiempo, son arsenales preciosos de datos para la Historia. Renuncio, pues, por el momento á

continuar en ese terreno; mas ya que en él he puesto el pié, no quiero dejarlo sin consignar aquí todavía otro recuerdo literario, gratísimo para mí y que lo será tambien para muchos de los que lean estas páginas. Será además para todos un justo motivo de orgullo nacional; y un hermoso ejemplo que seguir, un noble modelo que imitar para los que cultivan las letras. — Cuando llegó á Madrid la triste noticia de la muerte de D. Alberto Lista, ocurrida en Sevilla el 5 de octubre de 1848, dediqué á aquel hombre eminente, en un diario oficial de que á la sazon era yo director, un artículo reproducido entonces en casi todos los periódicos de España y hoy completamente olvidado, como es natural; artículo del que voy á copiar aquí algunos párrafos, nueva especie de plagio, — copiarme á mí mismo, —que disculpa en esta ocasion el deseo de presentar á mis lectores aquel *hermoso ejemplo, aquel noble modelo* de que hablaba antes, no el vano afan de recordar un escrito que nada vale en sí, pero que dictado por el corazon, traza con exactitud y calor los principales rasgos de una de las mas simpáticas figuras que ofrece nuestra moderna historia literaria. Creo que en estas líneas reconocerán la verdadera fisonomía moral de Lista los que le conocieron, como yo, en toda la fuerza de su edad viril; y que con ellas tambien, satisfarán su natural curiosidad los que no han alcanzado esta dicha, — ó esta desgracia, que desgracia es, á fé, verse ya definitivamente fuera de ese eden que se llama *la juventud*.....

LV

« Trece años de edad contaba D. Alberto Lista cuando abrazó públicamente la honrosa carrera del magisterio, fenómeno de aplicacion y precocidad único en los anales del entendimiento humano. El don de la enseñanza era, puede decirse, ingénito en Lista : como habia nacido poeta, habia nacido maestro; naturaleza eminentemente expansiva y amorosa, nunca era mas feliz que cuando, en medio de su cátedra, veia en torno suyo un numeroso auditorio de muchachos pendientes de sus palabras. Cátedras eran para él cualesquiera sitios en que tuviese oyentes, pues su conversacion, siempre instructiva y amena, florida y sustanciosa al mismo tiempo, rica de recuerdos clásicos y de sólida doctrina, era como un curso continuado, ya de alta moral, ya de filosofía, ó de historia, ó de literatura. Era en verdad una escena hermosa, y en la que habia algo de la sencillez patriarcal de otros tiempos, la que presentaba el sabio anciano, seguido en sus largas excursiones campestres, de la inteligente y fiel falange de sus discípulos mas queridos. Nuevo Sócrates (con cuyo perfil tradicional presentaba por cierto el suyo una viva semejanza), reproducia entre nosotros el majestuoso espectáculo de los pórticos de Aténas. Unas veces, en las claras noches de verano, nos llevaba á las alturas que rodean á Madrid, y nos iba explicando, sorprendiéndolas, por decirlo así, en la bóveda estrellada, las leyes del mecanismo celeste y las maravillas de la creacion : otras veces, engolfándose en las cuestiones literarias, su tema favorito, desplegaba en ellas toda la

frescura de una imaginacion de veinte años, y á la par que nos instruia en los preceptos del arte, nos embelesaba con su elocuencia de oro. Frecuentemente, con el candor de la verdadera superioridad, citaba como ejemplo y autoridad sus propios versos. Como un rasgo característico de aquellas doctas conferencias, añadiré que le gustaba alternarlas con festivos episodios. En tales ocasiones, desaparecia el maestro y quedaba solo el compañero, el hermano; pero revestido siempre de la autoridad de un padre. Desde las primeras lecciones nos tuteaba á todos : no parecia sino que, en su mente, el ejercicio de la enseñanza debia establecer por necesidad entre el maestro y sus alumnos una especie de parentesco intelectual, al que él por su parte nunca fué infiel : y en este sentido solia decir donosamente á uno de sus mejores discípulos de matemáticas, D. Alejandro Bengoechea, hoy catedrático de esta asignatura en la universidad de Madrid : — Tus discípulos son *mis nietos*. Su memoria era prodigiosa : muy rara vez, al analizar en sus lecciones los clásicos antiguos ó los poetas modernos, ó al recordar en la conversacion algun pasaje de cualquiera de ellos, en especial de los dramáticos, necesitaba consultar el texto. Era particularmente apasionado de Virgilio entre los latinos, de Rioja y Calderon entre los españoles. « *Pensar* como Rioja y *decir* como Calderon » era su divisa poética, la fórmula en que cifraba la perfeccion del arte. ¡ Cuántos sin duda, al leer estas líneas, recordarán con tristeza aquellos dias de su juventud estudiosa, en que, como á mí, les era dado disfrutar del trato íntimo y familiar de su inolvidable maestro, y darian testimonio, si preciso fuera, de la verdad de estos pormenores !

« Lista es el hombre que ha ejercido mayor y mas salu-

dable influjo sobre nuestra época en España: este es acaso su título mas glorioso. Como matemático, como publicista, como literato, tiene rivales que le disputan la palma: como hombre de prestigio y de influencia sobre sus contemporáneos, como autoridad, no los tiene. Bajo este concepto, sobre todo, creo que le está reservado un puesto muy alto en la historia de nuestros dias. Ella dirá la parte que corresponde á Lista en el mérito de nuestros estadistas y de nuestros escritores de este siglo, todos ó casi todos formados por él, y amoldados á sus máximas, á sus opiniones y á su gusto. Opuesto por temperamento y por conviccion á todo linaje de violencia y de intolerancia, lo mismo en literatura que en filosofía y en política, siempre enseñó á sus alumnos doctrinas ajustadas á una libertad racional, las mismas que brillan en todos sus escritos. En literatura, era tan contrario al rigorismo exclusivo de los preceptistas del siglo XVIII, como á la desenfrenada licencia de los modernos románticos franceses. Tolerante con todas las opiniones sensatas, liberal en política, solo era inexorable con la irreligion y la anarquía. En toda clase de materias, el órden era su ídolo. De aquí su pasion por las matemáticas, que él llamaba la *ciencia del órden*, y que en este concepto, valiéndose de un paralogismo ingenioso, asimilaba casi con la poesía, que es la ciencia de la belleza, la cual en último análisis no es mas que la armonía suprema, el órden por excelencia. No es dudoso que estas opiniones del maestro ejercieron una influencia decisiva en el ánimo dócil de sus jóvenes alumnos: á mi juicio, no tienen otro orígen esas ideas de órden que por lo general hemos visto predominar en las cabezas de aquellos jóvenes que ya son hombres, y de los cuales hay muchos

que han ocupado y ocupan en el dia los primeros puestos del Estado. Por eso creo que cuando se escriba con sana crítica la historia filosófica de nuestra época, se tomará muy en cuenta el influjo que sobre ella ha ejercido D. Alberto Lista: un historiador sagaz verá en él, mas que un poeta excelente, un director de ideas. Por lo tocante á nuestra historia literaria, Lista será en ella lo que seria en la historia de las artes un hombre que uniese á los timbres del Peruggino los laureles de Rafael.

« Arrastrado por la corriente de nuestras revueltas públicas; precisado como todos los hombres notables de su tiempo, á tomar una parte activa en nuestras tristes luchas de partido; alistado por fin algunas veces, aunque siempre á su pesar, bajo las banderas de la política militante, Lista ha descendido al sepulcro, á la edad de setenta y tres años, sin contar un solo enemigo; privilegio inaudito en este siglo de volubles pasiones y de largos cuanto injustos rencores! Esos rencores que no han respetado á otros nombres igualmente insignes en virtud y en letras, y que todavía velan sobre las recientes sepulturas de algunos célebres varones, lumbreras de nuestra época, se ven desarmados ante el nombre tan puro y ante la sepultura veneranda de D. Alberto Lista, protegidos uno y otra por el amor de toda una generacion agradecida. Lista no tenia ni podia tener enemigos, porque no sabia hacer daño, ni era capaz de aborrecer: alma sin hiel, ni aun en el duro ejercicio de la polémica periodística olvidaba un solo instante su mansedumbre nativa. Gustábanle empero las luchas de la dialéctica en todos los terrenos, pero solo como un noble ejercicio de la inteligencia: era fogoso y diestro en el ataque, pero nunca se valia mas que de armas corteses;

nunca en las justas políticas á que mas de una vez le llevaron la conviccion y la necesidad, hizo uso de aquellas flechas mortales que llevan empapada en veneno la acerada punta. Lo mismo en las lides literarias que en las políticas, jamás mojó su pluma en el fango de las pasiones ruines. Digno y benévolo juntamente, sabia juzgar con severa rectitud, censurar sin acrimonia, aconsejar sin pedantismo dogmático, y sobre todo, elogiar con efusion Sus alabanzas eran poderosos estímulos; estímulos eran tambien sus críticas, porque no humillaban, no desalentaban al que era objeto de ellas. A este arte tan difícil y por desgracia tan raro, pero que en él no era un estudio sino un efecto natural de su apacible condicion, debió el verse constantemente fuera de esas rencillas y de esos bandos en que con harta frecuencia suele estar dividido el que ya en los tiempos de Augusto denominaba Horacio *genus irritabile vatum*, raza por cierto no menos quisquillosa é iracunda en nuestros dias que en los pasados. Todos los literatos célebres de su tiempo fueron sus amigos. Él lloró con sinceras lágrimas la muerte de Melendez, de Cienfuegos, de Moratin, de Hermosilla, de Clemencin, de Reinoso, de Miñano, de Búrgos, como hoy le llorarian ellos á él si vivieran, como le lloran los pocos émulos y compañeros de sus glorias que todavía le sobreviven.

« Objeto preferente de entrañable cariño y de una especie de culto, fué para él toda su vida el sabio autor del *Exámen de los delitos de infidelidad á la patria*, el dulcísimo cantor de la *Inocencia perdida*, D. Félix José Reinoso, hombre eminente para quien no ha empezado todavía (¡ tal es nuestra injusticia !) el juicio imparcial de la posteridad. Fué Reinoso su compañero de estudios ; las mis-

mas vicisitudes corrieron en sus mocedades y en sus viriles años; la misma holgada suerte les cupo en su ancianidad; solo que Lista, mas feliz todavía que Reinoso, ha cerrado sus ojos á la luz, como los patriarcas de la Biblia, *lleno de dias*, honrado y querido en su modesta medianía, dorada por la mano de un Gobierno, justo apreciador del mérito. Sus despojos mortales descansan junto á las mismas hermosas márgenes del Guadalquivir que le vieron nacer. ¡Cuántas veces, al verse por fin de nuevo en aquellos sitios amados, despues de tantas borrascas, contemplaria con delicia el venerable anciano, en sus últimos años, realizado para él en parte aquel poético deseo que expresa en uno de sus mas bellos romances! (1)

« Unióle tambien desde la juventud una estrechísima amistad, nunca alterada, con el doctor D. Sebastian de Miñano, cuya celebridad como escritor satírico y consumado hablista, adivinó años antes de que hubiese publicado escrito alguno, y aun la anunció positivamente en una carta dirigida al mismo desde Pamplona en junio de 1817 (2), que original guardo como un objeto precioso. Asociado con él y con el sabio helenista y seguro crítico D. José Gomez Hermosilla, publicó desde agosto de 1820 hasta julio de 1822 los diez y siete tomos del *Censor*, uno

---

(1) ¡Feliz el que nunca ha visto
Mas rio que el de su patria,
Y duerme anciano á la sombra
Do pequeñuelo jugaba!

(2) En esta carta, interesante por muchos conceptos, dice que por entónces se ocupaba en escribir una tragedia con el título de *Galileo*; es la única noticia que tengo de ella.

de los periódicos mas importantes y mejor redactados que han existido en España. Entre los literatos de su tiempo, estos fueron, con los señores D. Juan Nicasio Gallego, D. Juan Goalberto Gonzalez y D. José Blanco, luego pastor protestante en Inglaterra, y olvidado del país y hasta de la lengua de Cervantes, sus mas íntimos amigos. Si se me preguntase ahora quiénes eran sus discípulos predilectos, no sabria en verdad qué responder : solo diria que muchas veces le oi recordar con entusiasmo y con cierta especie de legítimo orgullo al malogrado Espronceda, á D. Felipe Pardo, ya hace años establecido en el Perú, su patria, y á D. Ventura de la Vega, á quien en punto á gala y pureza en la diccion, ponia encima de todos sus jóvenes compañeros y al nivel de nuestros antiguos clásicos..... »

LVI

Pero sin detenerme más en el terreno de lo que he llamado los *recuerdos literarios*, bien puedo sin salirme del marco que me he trazado en estos apuntes, decir algo de lo que se me alcanza sobre nuestra literatura contemporánea, y señaladamente sobre nuestra poesía. Peca hoy esta, en mi pobre sentir, del mismo vicio que más ó menos la ha deslucido en todos tiempos, — esto es, de hinchazon y palabrería. En España nos pagamos mucho generalmente de las formas literarias, y muy poco del fondo de las ideas; con tal de que los versos suenen bien, poco se nos importa que expresen bien ó mal los pensamientos ó que no los expresen ni bien ni mal ; es decir, que no haya tales pensamientos. Lo considero una desgracia, un verda-

dero defecto de nuestra organizacion. Algunos creen que esto es un primor, una perfeccion más que Dios nos ha dispensado; y de paso diré que es muy comun entre nosotros jactarnos de cosas que en vez de orgullo deberian mas bien, me parece, inspirarnos una saludable humildad, principio de la enmienda. Por eso y solo por eso se perpetúan entre nosotros tantas cosas malas; ¿no han de perpetuarse si todos ó los más damos en la flor de decir que son muy buenas, por mas que sean evidentemente detestables? Citaré un ejemplo, entre mil : la diversion nacional de los toros. ¿Qué persona de mediano juicio negará que esa es una diversion completamente bárbara, repugnante y hasta monótona por demás, cuando no es feroz? Pues todavía hay gentes en España que creen ó á lo menos dicen que nos hace mucho honor, por cuanto prueba que somos muy valientes, como cantaba en magníficos versos, pero llenos de desatinos, Moratin el padre en su célebre oda al toreador Pedro Romero :

....« ¿Cuál rey que ciñe áurea corona
Entre hijos de Belona
Podrá mandar á sus vasallos fieros,
Como el dueño feliz de las Españas,
Hacer tales hazañas?..... »

Esas hazañas son plantar un par de banderillas ó estoquear á un toro!..... Dígaseme si no es extraviar deliberadamente la opinion del vulgo hacerle creer, en prosa ó verso, que no hay en el mundo valor comparable al de los toreros. Y aquí vuelvo á mi tema de la poesía hinchada y palabrera. Ese despropósito de Moratin, dicho en prosa, hubiera tal vez sublevado á sus lectores; dicho en verso,

los entusiasmó en su tiempo, y aun hoy todavía la composicion á Pedro Romero pasa por una obra maestra; — y lo es realmente bajo cierto punto de vista, esto es, si se atiende solo á la lozanía de las formas. Fuera de las poesías de fray Luis de Leon, Rioja y el bachiller Francisco de la Torre, pocas son en nuestro Parnaso las que no adolecen de los mismos vicios de pensamiento, sin igualarla en el nervio y elegancia de la diccion. Hablo solo de nuestra lírica: en cuanto á nuestros romanceros y á nuestra poesía dramática, convengo en que encierran joyas de inestimable valor, legítimo orgullo de nuestra nacion que pueden envidiarnos todas.

LVII

He dicho que en general, tratándose de poesía (y ahora añadiré de *elocuencia* y de *todo*, en el terreno literario), nos pagamos mucho del ruido y poco de la sustancia. Lo creo evidente; se lo he oido decir, en el seno de la confianza, á muchísimos españoles tan amantes de su país como yo, que lo soy mucho; mas por si esto pareciese á algunos crítica injusta, quiero aducir una prueba, que juzgo decisiva. Siento que recaiga en un amigo, pero *amicus Plato*, etc.; esta prueba además dará la medida de la verdad con que he dicho muchas veces (lo observo todos los dias), que en España solemos tener una manera de discurrir contraria á lo que en todas partes se llama y son las leyes del buen sentido. Mi ejemplo va á ser el popular poeta Zorrilla. Nadie sospechará de mí, conociéndome, que intento deprimir en lo mas mínimo la gloria legítima

de este antiguo amigo, cuyas altas dotes de ingenio he elogiado tantas veces de palabra y por escrito; mas á todo evento, no será mia la parte de crítica que aquí le toque; mia será solo la alabanza. Voy al caso. Todos los que están algo al corriente de nuestra moderna historia literaria, saben que la gran fama poética de Zorrilla *brotó*, digámoslo así, en un instante, sobre la sepultura recien abierta del malogrado Larra (uno de los más profundos *pensadores*, como hoy se dice, que ha producido en estos tiempos nuestra nacion). El mismo Zorrilla lo ha dicho en dos versos célebres que nunca puedo leer sin dolor, porque son muy crueles, ó mas bien, muy injustos.

« Broté como una yerba corrompida
Al borde de la tumba de un... »

Ahora bien; lo que muy pocos saben, lo que casi todos ignoran mas bien, es que cuando Zorrilla improvisó en el cementerio de la Puerta de Fuencarral, sobre la huesa de Larra, aquella composicion famosa que toda nuestra juventud sabe de memoria, que el señor Pastor Diaz elevó á las nubes en el prólogo á las poesías de aquel autor, y que en suma, fué la que le sacó súbitamente de la oscuridad mas completa para levantarle á una celebridad que no ha alcanzado ninguno de sus contemporáneos, Zorrilla habia escrito y *publicado ya* un gran número de composiciones, no diré superiores á aquella, porque esto seria no decir nada, siendo aquella composicion una *cosa*..... de que luego hablaré; pero sí verdaderamente muy bellas y muy dignas de la celebridad que luego obtuvo, *mas no por ellas*, como ya he dicho. En el *Artista* están : allí puede buscarlas el curioso lector : para mi propósito basta consignar

que siendo á la sazon aquel periódico literario el mas leido y celebrado en España, nadie ó casi nadie reparó en las poesías de Zorrilla, flores delicadas y fragantes de su primera juventud, sobre las cuales vanamente procurábamos llamar la atencion unos cuantos admiradores de aquel genio poético todavía ignorado. Fué preciso que escribiese la composicion *A la memoria desgraciada del jóven literato D. Mariano J. de Larra*, para que el público reparase en él y le aclamase gran poeta!.....

LVIII

Ahora bien, vuelvo á decir; para saber lo que es aquella composicion, no hay mas que leerla con un poco de criterio. En seguida, toda crítica, todo análisis es inútil. Lo que queda en el ánimo despues de esa lectura, es una inexplicable mezcla de sorpresa y de desaliento al considerar que tales versos hayan podido dar tanta fama; á esos afectos se añade un poco de ira cuando se considera tambien que composiciones muy bellas del mismo autor no habian logrado en muchos meses despertar el menor eco en Madrid! Por ventura, Zorrilla, que ya habia escrito mucho y publicado bastante, cuyas composiciones manuscritas corrian de mano en mano por el *Parnasillo* de la calle del Príncipe, desde antes que viniera á Madrid (varias suyas leí yo allí, muy hermosas por cierto), ¿no empezó á tener talento hasta que murió Larra? ¿ó fué acaso tan sobresaliente lo que improvisó con la triste ocasion de aquella muerte que pudiese eclipsar todas sus anteriores inspiraciones?.....

No seré yo quien analice aquella composicion : analizada está magistralmente en un libro español que me encontré en París hace poco, publicado allí en 1854 por el señor Villergas, libro en que por cierto me maltrata cruelmente, atribuyéndome por equivocacion sin duda pecados literarios que no he cometido (Dios se lo perdone como se lo perdono yo!) Esta circunstancia, sin embargo, no me hará desconocer ni el raro ingenio, frecuentemente mal empleado, del señor Villergas, ni el mérito grande de la mayor parte de las apreciaciones que contiene su libro, cuyo título es *Juicio crítico de los poetas españoles contemporáneos*. Tampoco tengo para qué repetir aqui los reparos justísimos que pone el señor Villergas á la composicion de que se trata; pero necesito decir, para justificar mi asombro de que el público de 1837 se entusiasmase con aquellos versos, que en sentir del referido crítico y en el mio, la poesía, la moral y hasta la gramática salen de ellos igualmente lastimadas.

LIX

Bien sabe Dios que no hubiera tocado este punto si no necesitase demostrar palpablemente, aun á los mas recalcitrantes, una de las cosas á que yo doy mas importancia, en mi ardiente deseo del bien ; — á saber, que en España es muy comun discurrir en abierta oposicion con las leyes del buen sentido. Contrario al buen sentido me parece celebrar disparates, entre los cuales no es flojo el de poner en duda la *otra vida*, como se hace en una de aquellas estrofas. Disculpan esta ligereza la corta edad y la *emocion*

del poeta; pero que la aplaudiese un público cristiano, es cosa que no tiene disculpa ni explicacion racional. Contrario me parece tambien al buen sentido no caer en la cuenta de que lo bueno *es bueno* (hablo de los primeros versos del señor Zorrilla). Para que resaltase mejor esta idea, he necesitado poner un ejemplo insigne: por eso he elegido á aquel poeta. ¿Necesito añadir que en verso y prosa podria aquí aglomerar innumerables ejemplos de infracciones manifiestas de las leyes del buen sentido, sacadas de composiciones antiguas y modernas, sobre todo modernas, que el público acepta como cosa corriente? Los versos que cité mas arriba:

« Tu flotante cabellera,
Esparcida por el viento,
. . . .
De tu gloria venidera
Simbólico monumento.... »

que son de un hombre de grande ingenio y que gustaron mucho en su tiempo, ¿dicen algo por ventura? ¿No son un sonoro despropósito, un armonioso desatino?.....

LX

De intento me ciño aquí á ejemplos literarios: ocasion vendrá en que los saque de otros órdenes de ideas. En filosofía, en administracion, en política, en todo, no se disparata menos, ni con menos aplauso entre nosotros que en literatura, y sin embargo, es un hecho que vamos progresando, y no hácia atrás, como opinan algunos.....

Yo creo que adelantamos en efecto, pero que en vez de ir constantemente hácia adelante, vamos haciendo eses, y que en muchas cosas, sobre todo en el arte de discurrir, nos echamos por andurriales y derrumbaderos que el diablo que nos siga..... Pero vuelvo á mi pacífico terreno literario.

Cuando Zorrilla dice en una descripcion de Toledo :

« Tiene un templo sumido en una hondura,
Dos puentes, y entre ruinas y blasones
Un alcázar sentado en una altura,
Y *un pueblo imbécil* que vegeta al pié, »

dice una cosa que solo en España es posible decir con formalidad, porque en cualquier parte se sublevarian por ello hasta las piedras. Por supuesto que aun entre nosotros, solo en verso es lícito desbarrar así y de cualquier otra manera; dicho en prosa, eso nos pareceria á todos una atrocidad, como me lo parece á mí, aunque esté en verso retumbante. ¿Por qué razon es *imbécil* el pueblo de Toledo? En otra ocasion le llama *inválido* (1), como hubiera podido llamarle *atlántico*, ó *númida*, ó *pérsico*, segun le hubiera venido bien para la cadencia, seguro de que sus lectores, por regla general, habian de prescindir completamente del significado de las palabras, atentos solo al sonsonete. Lo repito : esto me parece una desgracia de nuestra organizacion ó tal vez de nuestra educacion ; y añado que es peculiar de nuestro país, porque no lo he visto ni veo que exista en parte alguna, salvo en algunos

(1) « A quien un pueblo inválido rodea. »

pueblos orientales, donde dicen que sucede lo mismo, aunque yo no lo creo. Esto explica la prodigiosa cantidad de composiciones absolutamente vacías de sentido, que infestan nuestro Parnaso antiguo y moderno : y sin embargo, todavía hay muchos que se extasían con ellas, repitiendo que esa es *la verdadera poesía.* En vano se les arguye que sometan esas composiciones sonoras y vacías á la prueba decisiva de traducirlas á otra lengua, ó de reducirlas á prosa, y verán lo que les queda de ellas : á esto contestan que *así debe ser.* Tendrán razon ; pero yo digo que no doy un maravedí por la poesía que no dice nada.

LXI

Nuestra lengua, tal cual hoy se habla, armoniosa y rica sin duda, (aunque rica de mala manera, á mi modo de ver, esto es, rica de muchas cosas que no la hacen falta, y escasa de otras que la vendrian muy bien :) nuestra lengua, digo, rebelde como una yegua indómita á los esfuerzos del que quiere amoldarla al severo y positivo lenguaje de las ciencias exactas y de la filosofía, se doblega con pérfida docilidad á las pueriles combinaciones del ritmo, de donde nace esa plaga de versificadores que hemos tenido en todo tiempo y tenemos todavía. Esto unido á la cucaña de que no es necesario expresar ideas cuando se escribe en verso. convierte en poeta á todo coplero. Lo mismo enjaretan algunos octavas, quintillas, décimas y cuartetas que si ensartaran cuentas de vidrio : ¡ así sale ello ! Claro está que la culpa no es de la lengua. supuesto que en ella escriben los verdaderos poetas bellísimas

composiciones; pero convengamos en que ella se hace algo cómplice de la esterilidad intelectual de muchos versificadores, no menos que de la fatal tolerancia del público....

LXII

Entiendo por *mala riqueza* de nuestra lengua la superabundancia de voces que tenemos para expresar una misma idea, sobre todo cuando esta idea es algo trivial, al paso que con frecuencia nos escasean para expresar otras, útiles ó elevadas. Sucede en esto una cosa parecida á lo que se observa en punto á los consonantes: nuestra lengua es riquísima de ellos; pero entiendo que lo es de mala manera, ó, en otros términos, que esa riqueza está mal distribuida, pues al paso que tenemos inumerables rimas en *ido* y en *ado*, por ejemplo, nos escasean de una manera lastimosa en una multitud de desinencias menos vulgares, sin contar la infinidad de voces que no riman con ninguna otra y que por consiguiente hay que excluir de toda terminacion de verso, que no sea blanco. De aquí resulta que en viendo que alguno termina con *templo*, ya nos empieza á zumbar en el oido el *ejemplo* ó el *contemplo* que vendrán infaliblemente poco despues: si la rima es en *alma*, de seguro que no andan lejos la *calma* ó la *palma*. Si un verso acaba en *tumba*, primero faltará el sol que un *retumba* ó un valle de *Otumba* al verso siguiente; lo cual á la larga produce un efecto sumamente desapacible. ¿Nos cegará el amor patrio hasta el punto de desconocer que esto es un mal? ¿No seria muy preferible que hubiese menos rimas en *ido*, en *ado*, en *ente*, etc.,

y algunas más en *adre*, verbigracia, para que siempre que un poeta nos hable en fin de verso de un *padre* ó de una *madre*, no tengamos la absoluta seguridad de que ha de haber en seguida algo que *le cuadre* ó *no le cuadre?*... Esta y otras rimas son verdaderos piés forzados.

LXIII

Lo mismo digo en punto á nuestra asombrosa riqueza de vocablos vulgares y chabacanos, y de esas innumerables gradaciones de la burla y el desprecio á que se prestan las terminaciones de los adjetivos en *illo*, *uelo*, *ico*, *aco*, etc., etc. ¿De qué sirve que podamos de cien maneras motejar á un hombre de pequeño, llamándole *chico*, *chiquito*, *chiquitin*, *chiquirritin*, *chiquituelo*, *chiquirrituelo*, *hombrecillo*, *hominicaco*, *hominicaquillo* y así hasta la consumacion de los siglos? Convengo en que esto podrá ser cómodo para escribir en el género festivo; pero en el elevado, no sirve para maldita de Dios la cosa. Tenemos todas esas maneras y otras cien de llamar á un hombre *pequeño*, y no tenemos mas que una de llamarle *alto*, por manera que en este punto, toda nuestra riqueza lingüística se nos va en desvergüenzas. Tampoco veo gran ventaja en que tengamos lo menos diez términos para designar al *asno*, y otros tantos para nombrar al *cerdo* (con perdon de Vds.), al paso que no solo nos andamos con piés de plomo en admitir las voces nuevas, que nos hacen falta para expresar ideas *nuevas*, sino que estamos dejando anticuarse lastimosamente una multitud de vocablos excelentes de los siglos XV y XVI, sin contar los muchos tambien que por una intempestiva malicia vamos ex-

cluyendo del lenguaje noble, por dárseles hoy un sentido torpe ó trivial que nunca tuvieron, ni deberian tener. En vez de ganar, nuestro idioma va perdiendo mucho, si no me engaño, no solo en copia de voces, sino en la elegancia y valentía de la frase. ¿ Quién se atreveria á decir hoy con San Juan de la Cruz? — «Amas tú, Señor mio, la dis-« crecion, amas el amor sobre todas las demás operacio-« nes del ánima : y así estas sentencias y máximas darán « discrecion al caminante , le alumbrarán en su camino « y le proverán de motivos de amor para su viaje. Apár-« tese pues de aqui la retórica del mundo, quédense lejos « la parlería y elocuencia seca de la humana sabiduría, « flaca y engañosa, que nunca habeis aprobado. Hable-« mos palabras al corazon, bañadas en dulzor y amor, de « que tú bien gustas.....»

Ni aun en el valiente lenguaje propio de la elocuencia mística, tesoro imponderable de nuestra literatura antigua, diria hoy nadie con el V. Maestro Juan de Avila : « Dios, graciosísimo perdonador y piadosísimo levantador « de nuestras caidas y velador nunca dormido!..... » Escrita parece en una lengua distinta de la actual esta admirable pintura que hace de *la muerte* el Maestro Fernan Perez de Oliva á principios del siglo XVI en su *Diálogo de la dignidad del hombre* : — « Luego viene la vejez dó en « el hombre comienzan á hacerse los aparejos de la « múerte. Entonces el calor se resfria, las fuerzas lo de-« samparan, los dientes se le caen como poco necesarios. « la carne se le enjuga, y las otras cosas se van parando « tales, cuales han de estar en la sepultura, hasta que el « fin viene volando con alas á quitarle de sus dulces mise-« rias; y aun allí en la despedida lo afligen nuevos males

«y tormentos. Allí vienen los dolores crueles, allí turba-
«ciones; allí le vienen sospiros con que mira la lumbre
«del cielo, que va ya dejando, y con ella los amigos y pa-
«rientes y otras cosas que amaba, acordándose del eterno
«apartamiento que de ellas ha de tener, hasta que los
«ojos entran en tinieblas perdurables, en que el alma los
«deja retraida á despedirse del seso y el corazon, y las
«otras partes principales dó en secreto solia ella tomar
«sus placeres. Entonces muestra bien el sentimiento que
«hace por su despedida, estremeciendo el cuerpo y á
«veces poniéndolo en rigor con gestos espantables en la
«cara, dó se representan las crudas agonías en que dentro
«anda entre el amor de la vida y el temor del infierno,
«hasta que la muerte con su cruel mano la desase de las
«entrañas. Así fenece el miserable hombre.»

LXIV

Cuando uno lee á Santa Teresa de Jesus comprende con cuánta razon decia el gran emperador Cárlos V, segun cuentan, que el *inglés* es bueno para hablar con los pájaros, el *aleman* con los caballos, el *francés* con los hombres, el *italiano* con las mujeres y el *español* con Dios. Por lo que respecta á nuestra lengua, así era en su tiempo: de seguro no lo diria hoy.

Hoy aquellos escritores elegantísimos que he citado, y D. Diego Hurtado de Mendoza, los dos Luises, el P. Malon de Chaide, Antonio Perez, Mariana, el mismo Cervantes pasarian por *afectados*, y sin embargo en sus escritos inmortales es en donde brilla nuestra lengua con

todas sus hermosas dotes de vigor y flexibilidad al mismo tiempo, de claridad y lozanía. Hoy á fuerza de empeñarnos en depurarla, la hemos enervado por una parte y empobrecido por otra, dejándole solo su robustez y riqueza antiguas para lo picaresco y lo vulgar. Así se advierte en ella, por ejemplo, una desproporcion marcada entre el número de voces que tenemos para el vituperio y las de que podemos disponer para la alabanza, como ya he indicado con un ejemplo: por regla general, tenemos incomparablemente mas recursos para expresar ideas bajas, que para expresar ideas nobles, conceptos graciosos y delicados, sencillos y poéticos al mismo tiempo. En esto se me figura que el francés, el inglés y más aun el italiano nos aventajan mucho *hoy*, así como en punto á locuciones picarescas y donaires de escalera abajo somos prodigiosamente ricos, — ¡riqueza funesta! Funesta la llamo, porque me parece que destiñe un poco sobre nuestras ideas, imprimiendo en ellas, lo mismo que en el lenguaje comun, cierto sello de vulgaridad, nacido acaso de los términos vulgares tambien que con tentadora profusion nos ofrece el idioma. Así se explica, por ejemplo, que sean tan feos y tan chabacanos la mayor parte de los nombres con que están señaladas las calles de Madrid, — la calle del *Perro*, la del *Gato*, la de la *Sarten*, la del *Candil*, la de *Carretas*, la del *Carbon*, la del *Burro*, y por este estilo otras cien; así que sean tan antipoéticos y á veces tan sucios los nombres de casi todas las fuentes, en la mayor parte de nuestros pueblos: — la fuente de la *Teja*, la del *Piojo*, la del *Berro*..... De aquí tambien esos grotescos nombres populares de muchas plantas, de muchas aves, de muchos pueblos, y tantos apodos ignominiosos como se oyen en

nuestros barrios bajos y en nuestros lugares..... Pero basta sobre esto : el discreto lector suplirá lo que aquí no puedo decir.....

LXV

Dos grandes escollos de nuestra lengua, difíciles de evitar, son, 1° : los versos que involuntariamente resultan cuando se va escribiendo en prosa; y 2° : — el frecuentísimo choque de asonantes en los finales de períodos inmediatos unos á otros. Basta recordar que toda combinacion de ocho sílabas produce necesariamente un verso octosílabo, bueno ó malo, para comprender el sumo cuidado con que es preciso escribir, si no se quiere dar en esa especie de emboscada que la métrica tiende á la humilde prosa. El mismo Cervantes cae muy á menudo en ella.

En un lugar de la Mancha
De cuyo nombre no quiero
Acordarme, no ha mucho
Tiempo que. . . . . .

El segundo escollo es todavía mas peligroso. Un oido delicado encuentra siempre asonancias enojosas hasta en nuestros mejores hablistas. Aquí presento un *ejemplo* de este *defecto*, el cual *aconsejo* que *evitemos* con *esmero*. Y por si este no basta, vaya otro :

« El que *siempre atiende* á lo *presente* y no *piensa* en la *existencia eterna*, olvida como un *insensato* que *estamos obligados* á *comportarnos* en todos nuestros *actos* como *cristianos*. »

Con esta cansada repeticion de asonancias caerán en la cuenta del grave defecto que aquí señalo los que no son muy sensibles á esa especie de martilleo, cuando ocurre rara vez; pero ¿no es una fatalidad que á las muchas dificultades que ofrece el escribir correctamente en castellano, la exagerada delicadeza de nuestro oido, ó la costumbre mas bien, añada esa otra, no conocida en ninguna lengua moderna, á lo que entiendo, por lo menos en tan alto grado?

Otra observacion tengo que hacer. Para la rapidez del diálogo considero embarazoso el uso del *usted*, abreviatura poco feliz del antiguo *vuestra* ó *vuesa merced*. El tratamiento en tercera persona imprime al lenguaje un no sé qué de estirado y ceremonioso, muy adecuado sin duda á las fórmulas del respeto, pero muy impropio del tono de la pasion ó de la familiaridad. Por eso nuestros poetas dramáticos, señaladamente los antiguos, lo reemplazan con el tratamiento impersonal ó con el pedestre *tú*, mas impropio todavía, cuando se dirige á personas elevadas. Todos nuestros antiguos graciosos *tutean* á sus amos.

Ya sé que sin pretension
Viniste á este galanteo
Por lucir la bizarría
De tus heróicos blasones,
Y que en todas las acciones
Siempre te has llevado el dia,

dice Polilla á D. Cárlos en *El desden con el desden*.

En el lenguaje moderno, sobre todo en el diálogo dramático y novelesco, seria mas elegante, mas fluido y preferible en suma, á mi juicio, por mil razones, el uso del

vos, equivalente al *ve* ó *vi* italiano, al *vous* francés y al *you* de los ingleses.

LXVI

Otro mal grave veo, no diré en nuestra lengua, que de ello como de otras mil cosas no tiene la culpa, sino en el uso indiscreto que hacemos de ciertos preceptos retóricos, buenos en el fondo, pero exagerados en la práctica, me parece, hasta por nuestros mejores hablistas modernos: hablo de esa severa é intolerante division que hemos establecido entre lo que se llama voces *nobles* y voces *bajas*, en virtud de la cual hay que excluir desapiadadamente de todo escrito serio, sobre todo en verso, una infinidad de vocablos, que no sé por qué se han de calificar de bajos, y que sin embargo pasan por tales. Recuerdo que el mismo Lista, y eso que en esto, como en todo lo tocante á libertad literaria, era de los mas despreocupados, contaba como uno de sus mayores triunfos poéticos el haber acertado á describir en verso la operacion de *echar yescas*, sin nombrar la *yesca*, ni la *chispa*, ni el *eslabon*, y que casi le parecia una temeridad haber nombrado el *pedernal*, en esta bella estrofa, feliz imitacion de Virgilio, en el libro I° de la *Eneida*:

« Así del vivo sol destello puro
En *tímida centella* transformado,
Entre sus densas láminas trabado
Encierra el pedernal inerte y duro.
    Mas si activo *el acero*
Fuerza á mostrarse la encubierta llama,
    Con ímpetu ligero

Sobre *el pábulo breve* se derrama,
Y crece, y es hoguera,
Y al Alpe y á Pirene consumiera.»

No sé qué ventaja lleva el *pábulo breve* á la yesca, ni en qué se diferencia el *acero* del eslabon en este caso, salvo en expresar la misma idea con ménos claridad. En cuanto á la *tímida centella* en lugar de chispa, es seguramente una belleza poética; pero obsérvese que el mismo Virgilio, tan severo y tan puro, no titubeó en decir: *Silici scintillam excudit Achates.*

LXVII

Tal cual le han constituido nuestros rígidos preceptistas, lo que llamamos el *lenguaje poético* me parece que puede compararse á una grande y poderosa princesa, muy hermosa además, que se nos presentase siempre sentada en un soberbio trono, vestida de ricas telas y cubierta de diamantes: — estaria muy vistosa sin duda, nos inspiraria gran respeto, pero nada nos diria al corazon. Nos conmoveria muy poco y nos interesaria ménos, porque la consideraríamos á demasiada altura sobre nosotros. Una bella dama de nuestra clase, vestida con decorosa elegancia y que pensase y se expresase como nosotros, ¿no es verdad que nos hablaria más al alma? Algo va desapareciendo este antiguo abuso nobiliario de nuestra poesía, con la imitacion cada vez mas general de los modernos poetas ingleses y franceses (Byron, Moore, Lamartine, Victor Hugo, Béranger), — y merced tambien á la invasion del romanticismo, que algo bueno habia de traer.

como lo traen al fin todas las revoluciones, entre algunos males pasajeros; pero aun queda bastante que hacer. Por lo demás, casi parece excusado añadir que en todos tiempos nuestros grandes ingenios han solido saltar por cima de las preocupaciones admitidas en ese como en otros muchos puntos; solo que su ejemplo, en vez de considerarse como digno de imitacion, se nos ha presentado siempre en las escuelas como una herejía. Cuando fray Luis de Leon, en su paráfrasis del salmo *Benedic anima mea*, exclama :

« ..... Tú nos das la noche escura
En que salen las fieras;
El tigre, que *racion* con hambre dura
Te pide..... »

esa palabra *racion*, tan expresiva, tan propia, tan *bíblica*, permítaseme la expresion, esa palabra que para mí, en ese sitio, tiene un encanto indecible, no es *noble!* Un poeta nutrido de las máximas tradicionales en nuestra lírica se abstendria de usarla por baja, — porque recuerda la racion de los soldados y de los colegiales...

Cuando Calderon nos presenta *la cruz* bajo la magnífica imágen de

« El *madero* soberano,
Iris de paz, que se puso
Entre las iras del cielo
Y los delitos del mundo! »

emplea una voz poco noble (madero); y sin embargo de que es la más propia, y de que la ha sancionado el uso

constante de nuestros místicos, estoy seguro de que un preceptista rutinero la reprobaria por *baja*...

LXVIII

¿Quién duda que hay voces *bajas* en todas las lenguas, y por desgracia en la nuestra más que en otra alguna, voces que todo escritor delicado debe abstenerse de usar en los asuntos serios?... Y no solo lo son algunas por la idea baja ó torpe que expresan, sino por su sonido y á veces por motivos que no se explican fácilmente : es cuestion de gusto en que no siempre es posible fijar reglas. El verbo francés *écraser* es hermoso y noble : sus equivalentes castellanos *aplastar* y *despachurrar*, que significan absolutamente lo mismo, son ignominiosos. ¿Por qué? porque suenan mal. Por la misma razon está bien que se diga en poesía un *águila*, y no se puede decir un *aguilucho*, que no es mas que el pollo del águila, al paso que un poeta francés no tendrá reparo en decir *aiglon*, que significa lo mismo. Pero decimos poéticamente la *podadera*, el *arado* (la agricultura es un arte *noble* en poesía), y no podemos decir el *escoplo*, el *tornillo*, aunque estas voces suenan bien. ¿Por qué? no lo sé. El buen gusto lo reprueba, con razon ó sin ella; mas dado que tenga razon, contra el uso comun de otros países, y hecha la parte de esa gran delicadeza de oido que tenemos en general los españoles, superior, creo yo, á la de los demás pueblos (á que se debe que nosotros solos en Europa seamos sensibles á la cadencia *asonante*, gran primor de nuestra métrica), todavía se me figura que sacrificamos demasiado á los exigencias de

la eufonía, y que hacemos mal en excluir del lenguaje poético una multitud de voces, particularmente las que pertenecen al tecnicismo de las artes y oficios, las cuales, empleadas con discrecion (lo mismo que otras muchas tomadas de los actos usuales de la vida, de nuestras dolencias, de nuestras diversiones lícitas, etc.), entiendo que darian mayor *interés* á nuestra poesía, acercándola algo más á las condiciones generales del lenguaje corriente y de lo que me atreveré á llamar la realidad ó la *verdad de las cosas*.

Temo que esta opinion alcance pocos prosélitos : temo tambien que me valga los dictados de *prosáico* y *afrancesado*, por parte de los que todavía repiten muy serios : — Los franceses *no tienen poesía*, se lo impide *su lengua!* Otros, más severos, añaden : — Lo propio les pasa á los *ingleses;* pero nunca he oido hacer extensivo este anatema á los *alemanes*, cuya lengua es, sin embargo, mas revesada que aquellas dos... ¿Por qué? ¡lógica nuestra! — como no sea por la razon que dí páginas atrás, á saber, — porque los alemanes no son franceses ni ingleses.

LXIX

Los teatros de Madrid tienen sobre los de Paris y Lóndres la ventaja : 1° de que son mas baratos ; 2° de que se está en ellos con mucha más comodidad ; 3° de que todos sus asientos están numerados, por manera que cada espectador puede contar con la seguridad de que nadie vendrá á quitarle ni aun á disputarle el que ha pagado en el despacho, cosa que no sucede en aquellos. En cambio se

representa en los nuestros bastante mal, dan casi siempre pésimas traducciones del francés y suelen estar poco menos que desiertos. El personal de actores, cortísimo especialmente en punto á damas jóvenes, se renueva muy de tarde en tarde. Se oye demasiado al apuntador. Suele haber poquísima limpieza y á veces un hedor insoportable en los pasillos; pero lo peor de todo, porque es la causa de *todo* lo dicho, menos lo del mal olor, es que el público no asiste á ellos : — hablo de los teatros de verso. Creo tambien que su número es excesivo, para las verdaderas necesidades de Madrid, pueblo poco literario de suyo, y que el presupuesto del Estado deberia acudir en auxilio de algunos de ellos, como sucede en todas partes, por evidentísimas razones de conveniencia pública y hasta de decoro nacional, que no repetiré aquí porque estoy harto de haberlas especificado vanamente en innumerables folletines de la *España*, y porque además todo el mundo está de acuerdo en que así deberia ser, pero nadie lo hace. — ¿Cómo ha de sostener varios teatros de verso una poblacion que se renueva muy poco, y cuyo público por consiguiente es siempre el mismo, como sucede en Madrid? Así es que aun las mejores obras solo alcanzan á dar un corto número de representaciones, y que los infelices actores, so pena de representar en el vacío, tienen que variar á cada instante las funciones, sometiéndose á un trabajo ímprobo, superior á las fuerzas humanas. Resultado inevitable; que precisados á estudiar qué sé yo cuantos papeles nuevos en cada temporada, no saben ninguno bien : de aquí la necesidad de que tenga robustos pulmones el apuntador, plaga de nuestros teatros. Un actor de París se aprende un par de papeles, á lo sumo,

cada año, y no necesita que nadie le apunte : aquel público, incesantemente renovado con extranjeros de todas naciones, asiste ochenta, cien noches seguidas á una funcion, por poco que valga. Otra calamidad para nuestros teatros, y señaladamente para el *Real*, centro de nuestra aristocracia, es la particular composicion del público de Madrid, una parte del cual, la menos numerosa sin duda, pero la que lleva la voz y da el tono, es tan culta y tan exigente como el público de París ó de Lóndres, porque conoce muy bien estas capitales, se ha acostumbrado en ellas á *lo mejor* en punto á espectáculos escénicos y quiere que le den tambien *lo mejor* en Madrid, pero por poco dinero. Es imposible. Hombre que ha pagado sin murmurar diez francos por una *stalle* en la Grande Opera de París, dice que es cara una butaca por la mitad en el teatro Real. Quieren oir á los primeros cantantes, ver á las primeras bailarinas de Europa, y en eso les alabo el gusto; pero no quieren pagar á proporcion de lo que exigen, y en eso veo yo uno de los vicios de raciocinio que tan frecuentes son en nuestro país.

LXX

Si el teatro Real es ya una necesidad en Madrid, como yo creo por muchas razones, el Gobierno deberia coadyuvar á su sostenimiento, pero francamente, sin tapujos, como quien cumple una obligacion del Estado : lo mismo digo con respecto á un teatro nacional de verso. *Sin tapujos*, repito, porque nada hay mas fatal en materia de gastos públicos ; es preciso, creo yo, señalar á ciertos tea-

tros una subvencion en el presupuesto, á la luz del dia, y prescindiendo por esta vez del antiguo aforismo, ¡tan triste, tan exacto! de que *en España hay que hacer el bien como en otras partes se hace el mal*, — á escondidas.

LXXI

Hay en nuestro país una porcion de *dichos* por este estilo, que todo el mundo repite y que por desgracia son verdad. Algunos datan ya de muy antiguo, prueba de que los desórdenes que todos lamentamos no son solo de ahora; y prueba tambien de que en todo tiempo el sano criterio nacional, sobreponiéndose á las preocupaciones vulgares y á los estímulos de un mal entendido patriotismo, ha sentido profundamente nuestras desgracias y nuestros desaciertos, y ha acertado á condensar, digámoslo así, ese sentimiento en sentencias elocuentes, llenas de amargura y de verdad. Hay, entre otras, una de esas sentencias que, analizada á fondo, se me figura que podria dar materia para un tratado precioso de *filosofía de la Historia*: tal es la siguiente, que aun hoy se oye con frecuencia en boca de nuestro pueblo: ¡Bah! por mucho que hagamos, *nunca ha de faltarnos papa que nos descomulgue, ni rey que nos ahorque.*

¡Ayúdeme Vd. á sentir! Entre las sublimes facultades del papado, entre las altas atribuciones de la corona, esa sabia sentencia no nos asegura á los españoles mas que la constante é infalible aplicacion de dos, á saber, la excomunion y la horca! Y cuenta que siempre hemos sido y

somos muy católicos y muy monárquicos... ¿Qué seria si no lo fuéramos?...

No conozco frase mas *desengañada*, ninguna que pruebe mejor el desaliento, la indiferencia absoluta, casi estoy por decir el hastío de la vida que produce en los pueblos la sucesion constante de malos gobiernos. La verdad es que España ha sido durante los últimos tres siglos, con muy raros intervalos, uno de los pueblos peor gobernados del mundo. No diré que haya sido de los mas infelices en su condicion social, lejos de eso; pero creo, sí, que ha sido de los menos atendidos en la legítima satisfaccion de sus necesidades intelectuales y de los mas atropellados en sus legítimos derechos. ¡Derechos! ¿á quién no hace sonreir aun hoy esta palabra en España?

LXXII

Y no solo del *papa* y del *rey* se desconfia, digámoslo asi, nuestro escamado pueblo, á punto de no esperar con seguridad de uno y otro poder más *beneficios* que los arriba dichos, sino hasta del mismo cielo, como lo demuestra la conocida expresion, verdaderamente inconcebible en un país tan religioso como el nuestro: *¡Fíate en la Vírgen y no corras!*.... Todavía me parece mas chocante la coplilla popular que dice:

« Vinieron los sarracenos
Y nos molieron á palos,
Que Dios protege á los malos
Cuando son más que los buenos. »

Pase al cabo la primera expresion, pues en efecto la

doctrina nos enseña que debemos ayudarnos para que nos ayude Dios; pero la coplilla me parece decididamente impía y no me la explico sino en virtud de esa rara disposicion que tenemos los españoles á poner en completo desacuerdo nuestros actos con nuestra razon y *vice versá*. Cosas que en todas partes parecen contradictorias, no lo son entre nosotros. Cuando decimos por ejemplo (y esta es otra de nuestras expresiones *desengañadas* de que hablaba antes) que en España *dos y dos no son cuatro*, ¿qué hacemos mas que formular eso mismo en otros términos?.... Tomada al pié de la letra, esa sentencia es un absurdo: considerada en su espíritu, encierra una triste verdad.

LXXIII

De esa conviccion íntima en que hemos vivido durante siglos, de que no tenemos derecho ni opcion á nada si no, cuando mas, á ser descomulgados y ahorcados, nace en mi sentir la especie de apatía que se advierte en una gran parte de nuestro pueblo, fuera de las grandes ciudades, y señaladamente en las Castillas. Todo el que haya viajado por ellas habrá notado que las fisonomías de aquellas gentes, cuando uno les dirige la palabra, permanecen indiferentes, mudas, impenetrables como las de los ídolos, á punto de que no sabe uno si aquella expresion tan rara con que le miran revela estupidez ó profundidad. De mí sé decir que me inspiran cierto terror, como todos los misterios. Cuando en nuestros lugares pequeños se ve los dias de fiesta, muy embozados en sus capas pardas aunque haga un sol de justicia, á toda la poblacion masculina, pasarse

las horas muertas apoyados en las tapias de la plaza ó pasear lentamente por delante de la iglesia, la imaginacion se figura ver en cada uno de aquellos paletos una esfinge. ¿Vegetan ó están meditando?... ¡Arcano profundo! Yo creo que meditan y que sus pensamientos no son de color de rosa. Algo echan de menos..... La habitual oscuridad de su lenguaje, el laconismo de sus respuestas, cuando se dignan darlas, todo indica que están engolfados en honda meditacion... ¿Pues y qué diré de aquellas mujeres? taciturnas tambien y bravías, abroqueladas bajo su densa coraza de paño burdo con la agreste castidad que caracteriza á la hembra del jabalí, siempre parecen dispuestas á echar un sofion. Al mas sencillo cumplimiento, contestan : *¡Jinojo!* y al mas inocente requiebro : *¡Cochino!* Aun así, todavía me parecen mas avisadas y comunicativas que ellos, lo cual se observa igualmente en todas las poblaciones rurales, y creo que en ninguna parte tanto como en las cercanías de París. Allí los lugareños (*paysans*) casi no parecen hombres, ¡tal es su rusticidad! al paso que ellas son bastante listas, y en punto á *amabilidad*, todo lo contrario de las nuestras, al decir de los inteligentes.

LXXIV

Lo original en nuestros palurdos es que, sin ser lerdos, ni mucho menos, procuran parecerlo y lo consiguen, dando así un mentís al profundo dicho de Quevedo, de que todos los que parecen tontos lo son, y la mitad de los que no lo parecen, tambien. Yo creo que consiste en que,

á mas de la natural desconfianza con que miran á la gente de las ciudades, tienen ellos allá una manera particular de ver las cosas y unas explicaderas que no entendemos.

Iba yo un dia por una de las desempedradas calles de un pueblo inmediato á Madrid, buscando el número de una casa que no podia encontrar, porque la numeracion de los edificios carece allí de todo método, de toda regularidad. Ignorante de esta circunstancia pregunté muy cortesmente á un indígena, que por su traje y apostura parecia uno de los mayores contribuyentes, — y que de pié, reclinado en el dintel de su puerta, y muy embozado en su capa por supuesto (esto pasaba en agosto) observaba impasible mis idas y venidas, — si en aquel pueblo habia alguna regla para dar fácilmente con los números de las casas. — Me miró y calló. Juzgando yo que no me habria entendido, le volví á preguntar de qué lado estaban los numeros pares, y volvió á guardar un silencio mortuorio. Por fin le dije : — Oiga Vd., buen amigo, ¿hácia donde cae el número 14 de esta calle?.... Su respuesta fué la siguiente : — *No les tiene!*

¿ Qué querria decir aquel hombre?....

Vaya otro *sucedido*, no á mí, sino á un amigo mio. Teniendo un dia que buscar en un lugar cerca de Madrid á un tal *Tio Lucas* á quien no conocia personalmente, eligió para su excursion un domingo, y llegado á la plaza del pueblo, se acercó á un corro de mozos que estaban á la puerta de una taberna, y preguntó á uno de ellos dónde podria encontrar á aquel sugeto. — Allí está en aquel corro, contestó el paleto, señalando un grupo en el extremo opuesto de la plaza. — Pues hágame el favor de llamarle,

contestó mi amigo; con lo que poniéndose el interpelado las dos manos ahuecadas á manera de bocina al rededor de la boca, empezó á gritar desaforadamente : — ¡Florencio! ¡Florencio!!..

— No es eso, hombre, no es eso, interrumpió mi amigo. El que yo busco se llama Lucas.

— Deje Vd., señor, prosiguió el otro. ¡Florencio! ¡Florencio!!..

— Pero si yo no busco á Florencio, hombre de Dios, sino á Lucas. Me parece que bien claro me explico.

Llegaba ya en esto él llamado con aquellas voces, y como mi amigo opusiese todavía algunas objeciones sobre su identidad con el hombre á quién buscaba, las atajó el paleto con esta magnífica razon : — Él sí señor que se llama Lucas, pero nosotros le *dicimos* Florencio.

LXXV

He dicho mas arriba que el Gobierno deberia mirar como una *obligacion del Estado* el sostenimiento público de algunos teatros. Si para no hacerlo así se alegasen únicamente las habituales penurias de nuestro erario, nada habria que replicar, pues en efecto, lo que no se puede hacer, no se hace; pero no es así. Aun entre personas muy ilustradas, es opinion bastante comun en nuestro país que el Estado y por consiguiente el Gobierno, que es su representante oficial, no debe acudir á esos y otros gastos semejantes, cuales son el fomento de las bellas-artes y el de las letras en general. Esta cuestion de derecho administrativo me parece bastante importante para tratarla á

fondo. Yo lo hice, años ha, lo mejor que pude, en un periódico, y aquel trabajo está hoy ya olvidado y perdido como todos los que no se publican mas que en los periódicos. Por si estos apuntes llegan á formar un *libro*, voy á copiar aquí lo mas sustancial de lo que escribí entonces bajo el título : *¿Cuáles son las obligaciones del Gobierno con respecto á las bellas artes?* — Lo que de estas digo es igualmente aplicable á las letras y á los espectáculos escénicos, por su estrecha relacion con unas y otras.

LXXVI

. . . .

«Lo primero que hay que examinar en esta cuestion es si está bien presentada, es decir, si es ó no cuestionable el punto que encierra, ó en otros términos, si el Gobierno tiene en efecto *obligaciones* que cumplir con respecto á las bellas-artes. Para mí este punto no es dudoso; creo que *las tiene*, y sin que se me oculte que esta opinion es la mas general, no considero, sin embargo, inoportuno justificarla de algun modo, tanto porque aun entre los mismos que la profesan hay muchos que tal vez no se dan bien cuenta á sí mismos de los motivos legítimos en que debe fundarse para ser una opinion razonada, cuanto porque hay tambien bastantes que no participan de ella, creyendo de muy buena fé que no existen tales obligaciones, y que cuanto hace y puede hacer el Gobierno en favor de las bellas-artes, es puramente gratuito; meritorio y laudable en buen hora, pero de ninguna manera obligatorio. Al plantear la cuestion en este terreno, lo primero

que hay que rebatir es el conjunto de exigencias exageradas y de opiniones absurdas que, por desgracia, es lo que suele predominar en las controversias á que con frecuencia da márgen el exámen de aquella cuestion entre los mas inmediatamente interesados en ella. Hay, para que así suceda, varias razones; basta que con esa cuestion se roce la palabra *Gobierno*, para que desde luego ofrezca ya su exámen ancho campo á las pasiones y al espíritu de partido: su estrecha relacion con el interés individual, y sobre todo la falta de reglas fijas á qué atenerse en la mayor parte de los casos para juzgar con acierto, son además sobrado motivo para que, ofuscada la luz del buen juicio, prevalezcan en su discusion las opiniones mas descabelladas. Así hay unos que anteponen á todo la proteccion debida á las bellas-artes, como el timbre que mas gloria da á las naciones y mas ilustra á los gobiernos, y otros que la consideran, no ya solamente inútil, mas nociva á los pueblos y vituperable en los gobernantes. De estas exageraciones extremas, igualmente distantes de la verdad, suelen hacerse especiosas y aun deslumbradoras apologías. Alegan en efecto los primeros en su abono los grandes nombres y las grandes épocas de Pericles, Augusto, Julio II, los Médicis, Leon X, nuestros tres Felipes, Luis XIV; encarecen el poderoso influjo de las bellas-artes sobre las costumbres, y rara vez dejan de sacar á plaza la antigua alegoría de Orfeo amansando á las fieras, y de Anfion moviendo hasta á las mismas piedras con los acentos mágicos de su lira. Los segundos, encastillados en una austera filantropía, hasta se indignan de que se piense en distraer una mínima parte de los caudales públicos en objetos que desdeñosamente califican de bri-

llantes superfluidades. Las bellas-artes, dicen, son para las naciones un lujo, y un lujo funesto, porque enervan el esfuerzo y distraen los ánimos de las tareas útiles y de las empresas fecundas. Aquellos, en sus risueñas cuanto simpáticas ilusiones, no sueñan mas que con espléndidos monumentos y sublimes artistas; estos, en su inexorable positivismo, no hablan mas que de caminos y de hospitales, de ejércitos y armadas para la seguridad del Estado; atentos exclusivamente á las cosas materiales, olvidan el principalísimo papel que está reservado á las necesidades del espíritu en la organizacion del hombre.

Yo diria á los primeros : — Esas grandes épocas y esos grandes nombres que representan la gloria de las bellas-artes en su mas alto grado de esplendor, tambien hacen palpitar de entusiasmo mi corazon y exaltan mi fantasía; pero al mismo tiempo considero que hay otras atenciones mas importantes, mas sagradas para los jefes de los Estados, que las de dar impulso á aquellas encantadoras *hijas del cielo*, como las llamais en vuestro poético lenguaje. Hijas son tambien del cielo la *justicia*, que para reinar sobre la tierra, para dar á cada uno lo que es suyo, y ampararnos á todos en el pacífico goce de nuestra posesion, necesita revestirse, no ya de la simbólica balanza de los felices tiempos de Astrea, sino de una formidable falanje de costosísimos auxiliares : la *caridad*, que reclama un hospital para el enfermo, una inclusa para el inocente párvulo abandonado. ¿ Necesitaré probaros que estas y otras mil obligaciones de los gobiernos deben anteponerse en la mente de los gobernantes á esas otras que tan inconsideradamente colocais vosotros en primera línea ?... á esas otras obligaciones que existen ciertamente, pero que sa-

cais del lugar que les corresponde en la escala gradual de los cuidados de una buena administracion, perjudicando así á vuestra propia causa; de una buena *administracion*, digo, porque sin duda habeis olvidado que en esas épocas que nos presentais como tipo envidiable de imitacion, no existia esta ciencia nueva, que es el alma de las naciones modernas, y que esos nombres que os entusiasman, simbolizan tambien el *mando absoluto* de uno solo, llevado hasta sus últimas consecuencias.

Y diria despues á los segundos : — No, no es tan indiferente como pensais la suerte de las bellas-artes en un Estado bien constituido, ni son un lujo supérfluo, ni es una carga estéril para el erario lo que le cuesta su fomento y proteccion. Procuraré demostrarlo en el terreno mismo de vuestras ideas positivas. Prescindiré, pues, para discutir con vosotros, de la gloria que resulta para las naciones de producir y poseer grandes obras artísticas : os hablaré el lenguaje de los utilitarios, que es el vuestro. Por de pronto no negareis la influencia de las bellas-artes sobre las costumbres públicas, su importancia en la sociedad como elemento de moralidad y órden; pero por si este giro de ideas os parece todavía demasiado alto, pasaré á otro mas prosáico y mas positivo. Es una necesidad para los pueblos cultos el goce de los adelantos que va trayendo consigo el irresistible influjo de la civilizacion. Cuéntase entre ellos la facilidad cada vez mayor de adquirir objetos puramente artísticos : de aquí la aficion, tambien cada vez mayor y más general, á disfrutar del deleite moral que proporcionan : necesitamos estatuas, necesitamos cuadros, necesitamos bellos edificios, por la razon suprema de que somos una nacion civilizada; casi bastaria decir que

necesitamos esas cosas, porque somos hombres; pues es opinion sostenida por filósofos eminentes, que el culto de las artes, ya activo, ya pasivo, es inherente á la especie humana. Mas como quiera, real ó ficticia, bien sea natural, bien sea un refinamiento de la civilizacion, esa *necesidad*, toda vez que existe (y este es un hecho que no podeis negar), debe ser atendida por una administracion inteligente, en la parte que le corresponde. Luego procuraré determinar cuál es esa parte. Además, la produccion y la posesion de las obras artísticas, valores convencionales ciertamente, pero que tienen curso en las plazas como cualesquiera otros, son para los pueblos como *un capital puesto á rédito, que produce ciento por uno.* La Italia nos ofrece un ejemplo insigne de esta verdad. Si pudieran sumarse los caudales invertidos por sus príncipes en edificios y museos, por una parte, y por otra los que ha importado á aquella tierra privilegiada la afluencia de extranjeros atraidos á ella de cuatro siglos á esta parte por la inmensa cuanto merecida fama de sus maravillas artísticas, se veria que no he exagerado las ventajas de aquella imposicion de capitales. En doce mil se calcula el número de viajeros ricos de otros países, señaladamente ingleses y rusos, que todos los años van á Roma; no será mucho aventurar si suponemos que dos tercios de ellos, cuando menos, llevan por principal objeto ver y admirar su espléndido Vaticano, sus *loggie* de Rafael, sus galerías Doria, Borghese, Corsini y Colonna, la soberbia *Farnesina* y el *Moisés* de Miguel Angel. Calculad ahora lo que deben producir á la ciudad eterna esas visitas anuales de tantos viajeros, casi todos opulentos, muchos acompañados de sus familias. Hé aquí un resultado bien positivo, una uti-

lidad líquida, clara y mercantilmente demostrada. Hasta pueril seria insistir en un punto de tan notoria evidencia. No son, pues, las bellas artes una cosa supérflua ni absolutamente improductiva en las naciones.

LXXVII

« Sentado, pues, que las bellas-artes influyen de algun modo y entran por algo en el mecanismo social, dicho se está que el Gobierno, ó mas bien la administracion, no debe ni puede prescindir de influir á su vez mas ó menos directamente en su direccion y fomento. De aquí lo que he llamado sus *obligaciones* con respecto á las bellas-artes. Veamos ahora si acierto á determinar cuáles son esas obligaciones, dónde empiezan y dónde acaban; cuál es su naturaleza esencial, en qué se diferencian de las que le impone el fomento de los demás intereses sociales, sometidos tambien, como aquellas, á su benéfica tutela.

Todo aquello que es necesario para la existencia próspera de las bellas-artes en un país, y no puede hacerse por los esfuerzos particulares, debe hacerse por la administracion. Tal es, en mi sentir, la fórmula que mas exactamente resuelve la cuestion de que se trata. Ni la administracion está obligada á mas, ni puede hacer menos, si ha de cumplir fielmente sus deberes, reducidos á *satisfacer todas las necesidades legítimas de la nacion.* Está pues obligada :

1° A plantear y sostener escuelas públicas de todos los estudios preparatorios para el cultivo de las artes liberales.

2° A sostener museos, conservatorios y escuelas especiales para los estudios superiores en aquellas carreras.

3° A pensionar, donde convenga, cierto número de alumnos aventajados, á fin de iniciar al país en los adelantos que se hayan hecho y puedan hacerse en los países extranjeros, y como un medio de reconocida excelencia para formar buenos maestros.

4° A dirigir el espíritu público en un sentido favorable al fomento de las bellas-artes, honrando y protegiendo á los que las cultivan con acierto, y sobre todo, á estimular en lo posible con su ejemplo á las clases altas de la sociedad, para que á su vez les dispensen la proteccion que les es debida.

Todo lo demás que haga la administracion en beneficio de las artes, podrá ser muy útil, en casos dados, podrá ser muy glorioso para ella, pero no lo considero de modo alguno obligatorio : lo que dejo especificado, sí lo es, porque la necesidad de todo ello para que lleguen á formarse buenos artistas, no admite duda, y porque ningun individuo ni corporacion particular tienen medios de hacerlo, ni aun cuando accidentalmente los tuvieran, seria justo que el gravámen pesase sobre uno solo y los beneficios fuesen generales. Esto es evidente. No lo es menos que la obligacion del Gobierno se limita á proporcionar al país los medios necesarios para que puedan formarse los artistas. Formados ya estos, con los elementos que ha facilitado y reunido la administracion, no diré que el Gobierno deba razonablemente ni tampoco que le convenga por regla general desentenderse de ellos y abandonarlos á su propia suerte; pero sí me parece ciertísimo que no está obligado como creen ó quisieran algunos, á darles constantemente ocupacion, aun limitándonos á los mas sobresalientes y, en una palabra, á *sostenerlos* con sus encargos. Esto le

corresponde al país, que lo hará hasta donde lleguen sus necesidades, y en proporcion de la cultura á que se hallen elevadas en él las clases ricas, la aristocracia de la sangre y del dinero, de tal suerte, que hasta seria un inconveniente que el Gobierno, llevado de un indiscreto celo por la gloria de las artes, se empeñase en *forzar*, digámoslo así, la produccion de obras artísticas en una nacion, pues además de recargar indebidamente los presupuestos, estableceria un desnivel violento entre las necesidades y la fuerza productora (artísticamente hablando) del país, y destruiria el único criterio de verdad posible para conocer el estado real y verdadero de aquellas necesidades y de esta fuerza en su estado normal. La abundancia de los encargos haria afluir necesariamente hácia las carreras artísticas un número de jóvenes mayor del que en circunstancias ordinarias reclaman para aquellas carreras las necesidades y la civilizacion del país, lo que en mayor ó menor escala introduciria una perturbacion funesta en la sociedad.

Excusado me parece añadir que aquí hablo en tésis abstracta, procurando sentar principios generales, que la práctica pueden y deben modificarse sensiblemente, segun las especiales circunstancias de la nacion en que se apliquen. Claro está que el gobierno de un país rico puede sin inconveniente destinar al fomento de las bellas-artes cuantiosas sumas; el de un país pobre, ó que no tiene cubiertas algunas de sus mas apremiantes necesidades, debe atenerse á lo estrictamente necesario, y ya he dicho qué es lo que entiendo por lo *necesario*. Hacer más seria prodigalidad; hacer ménos, seria abandono. En ambos escollos puede tropezar ó por sobra de buen deseo, ó por

falta de inteligencia, así la administracion de un país rico como la de un país pobre, y pecaria la primera de negligente y aun de bárbara si se limitase á hacer lo mismo que, como un rigoroso deber, he prescrito á la segunda. Quede, pues, establecido, que si bien es cierto que hay en el punto que me ocupa obligaciones que son comunes á todos los gobiernos, no es dable fijar en una regla general, aplicable á todos, los límites de esas obligaciones. La fijacion de esos límites para cada caso dado es puramente discrecional, y está subordinada á condiciones, cuyo exámen me llevaria muy lejos.

LXXVIII

« De lo dicho se desprende cuál es la naturaleza peculiar de esas obligaciones, ó en otros términos, qué es lo que las distingue esencialmente de las que tiene el Gobierno que cumplir con respecto á todos los demás ramos del saber. A primera vista, pudiera creerse que esas obligaciones son idénticas; pero realmente no lo son mas que en la apariencia. De todos los estudios sostiene la administracion escuelas públicas; á todas las carreras, á todas las industrias lícitas dispensa su proteccion superior. Esto es cierto; pero obsérvese tambien que solo con las bellas-artes lo hace sin que la impulse á ello *un interés inmediato*, *una necesidad absoluta*. Hé aquí la diferencia esencial entre unas y otras obligaciones. Pongamos un ejemplo bastante lato para que abarque muchos casos particulares : veamos lo que sucede con el conjunto de las artes mecánicas, ó sea la *industria* en general. Esta, aunque

colocada como todos los intereses sociales bajo la tutela de la administracion, puede bastarse á sí misma; no necesita una proteccion directa sino mientras se halla en el estado de ensayo ó de infancia, es decir, mientras no es propiamente industria; cuando lo es, el interés individual por una parte, y por otra las necesidades públicas, la sostendrán y fomentarán seguramente hasta donde alcancen aquellas necesidades. No necesita pues en realidad, ya lo he dicho, de la proteccion inmediata del Gobierno, y sin embargo vemos que toda administracion sensata se apresura á dispensársela. ¿Por qué? porque así lo exige su propio interés, el interés del órden y de la riqueza pública. Lo mismo advertiré en lo tocante á ciertas profesiones liberales: la administracion tiene una necesidad imprescindible, dictada por motivos de alta moralidad y de conveniencia política, de reservarse su direccion suprema; y sin embargo, esas profesiones, en lo que tienen de industria, podrian muy bien subsistir en la sociedad sin el auxilio inmediato del Gobierno. No así el *arte*, en la acepcion mas alta y noble de esta voz: como las necesidades sociales que está llamado á satisfacer son muy limitadas, y no ofrece por lo mismo grande aliciente al interés individual, pereceria ó decaeria miserablemente en un país en que se le abandonase á sí propio. Hay mas: como los elementos que necesita para subsistir son muy costosos; como ni aun esos bastan siempre para asegurar su existencia, pues no se forman verdaderos artistas como se forman artesanos, resulta que, si la administracion no costea aquellos elementos, que tal vez pueden ser perdidos, ¿quién los costeará? Nadie, porque nadie tiene un interés en hacerlo. Tampoco la administracion tiene en

ello un interés inmediato, tangible; pero este es uno de los casos en que está obligada á ejercer, como representante de la civilizacion pública y del decoro nacional, una accion generosa y desinteresada.

Por lo que respecta á nuestra España, no se puede sin injusticia negar que en todos tiempos ha practicado el Gobierno aquellos principios con laudable liberalidad. Sin remontarnos á la era gloriosa de los Berruguetes, los Herreras, los Velazquez, los Murillos, y tantos otros grandes artistas como honran nuestra historia de los siglos XVI y XVII, hallaremos en épocas modernas irrecusables testimonios de la ilustrada proteccion que han dispensado á las bellas-artes nuestros monarcas; proteccion consignada en nuestras numerosas academias y en sus excelentes escuelas, generosamente dotadas; en nuestro admirable Museo de Madrid, uno de los primeros de Europa, y en esa constante sucesion de pensionados que de un siglo á esta parte, con raros intervalos, motivados siempre por graves ahogos del erario, han estado enviando á Italia nuestros gobiernos con no escaso fruto.

Terminaré con una observacion que me es sensible consignar aquí, pero que por desgracia es muy exacta. Con raras excepciones, nuestras clases altas, nuestra aristocracia de la sangre y del dinero, no corresponden, hace mucho tiempo, al generoso ejemplo que les da el Gobierno en punto al fomento de las bellas-artes; y sin embargo ¡podrian á tan poca costa y con tanta honra contribuir en ese ramo al lustre de su patria y al suyo propio! Bastaríales para ello destinar á la adquisicion de obras artísticas modernas una pequeña parte de las sumas que emplean en satisfacer caprichos extravagantes, ó en ostentar

un lujo estéril, porque ni siquiera fomentan con él la industria nacional. Los caudales con que costean ese lujo salen casi todos fuera de España. Además ¿que les queda de ese lujo? ¿qué de esos objetos de *moda* que han pagado tal vez á peso de oro? Pasada la moda que les daba todo su efímero valor, no hallarán quien los estime ni aun á peso de cobre. Por el contrario, el valor de las obras artísticas de mérito, y España ha sabido producirlas en todos tiempos, aumenta con los años: un cuadro de Velazquez es hoy una joya de inestimable precio; tal vez lo serán algun dia las obras de algunos de nuestros artistas contemporáneos..... »

LXXIX

He hablado en otra ocasion de algunas de las cosas de mi país que nunca he podido comprender, por mas que las veo. Vayan algunos ejemplos.

Nunca he podido comprender la general manía de convertir en esdrújulos ciertos vocablos que nunca lo han sido en castellano; y añadiré que esta manía, mas que asombro, me causa envidia, pues se me figura, por ciertos indicios, que ha de ser, para el que está poseido de ella, ocasion de las mas dulces sensaciones. Observo yo cierta fruicion morosa en el retintin con que pronuncian algunos *cólega*, en vez de colega; *intérvalo*, en vez de intervalo. Hay quien parece que se va á desmayar de gusto cuando dice que ha dado limosna á un *méndigo*. Sobre este dislate, hoy muy comun entre nosotros, solo se me ocurre decir que le juzgo funesto, porque ataca de raiz el eufonismo

de nuestra lengua, rompiendo la armoniosa proporcion que debe existir entre las voces graves, agudas y esdrújulas de que se compone y que constituye uno de sus mas delicados primores.

LXXX

Otra cosa que tampoco me explico es la aversion de que suelen ser objeto entre nosotros los extranjeros en general y los franceses en particular. Pase este mal sentimiento en las clases poco ilustradas de lo que generalmente se llama *el pueblo*, pues sabido es que una de las mas lamentables flaquezas de nuestra mísera humanidad consiste en querer mal al prójimo en general, y al vecino en particular, siendo tanto mayores las enemistades cuanto la vecindad es mayor.

Así el pueblo francés, tan mal quisto del nuestro, detesta al inglés, que le paga en la misma moneda : así el valenciano mira de reojo al catalan, el catalan al aragonés, y este al navarro. Dentro de una misma provincia, los pueblos limítrofes no pierden ocasion de andar á palos y á pedradas, cuando no á cosa peor : dentro de cada pueblo hay sus bandos entre calle y calle, y en cada calle, entre puerta y puerta. Tal es el mundo, ha sido y será, si Dios no lo remedia. En cambio, en España, por ejemplo, de ningun modo queremos mal á los prusianos, ni á los suecos, ni á los rusos, sin duda porque están lejos. Pase esto pues en el vulgo, repito, ya que lo mismo sucede en todas partes; pero entre la gente culta ó que debiera serlo, no me lo explico.

Comprenderia en rigor cierta aversion *nacional* á los ingleses, pues al cabo nos están haciendo pasar, desde el infausto año 1704, por una de las mas duras humillaciones que la desgracia puede imponer á un pueblo, cual es la de ver ondear su bandera en una parte de nuestro territorio. Y hé aquí otra cosa, difícil para mí de comprender; que con ser tan patriotas los españoles, llevemos tan en paciencia tamaño ultraje.

LXXXI

A fomentar ese mal sentimiento de aversion al francés, que considero funesto para España, contribuye la ya cansada cuanto impolítica repeticion anual de la fiesta cívica del 2 de mayo; doloroso recuerdo que ya seria tiempo, me parece, de dejar dormir en la sepultura de *lo pasado*, con tantos otros..... ¿ No los hay por ventura mas gloriosos en nuestra gloriosa historia? ¿No van fatalmente unidos á ese algunos otros que es imposible evocar sin pesadumbre y rubor, — discordias lamentables, persecuciones inicuas, ingratitudes monstruosas?..... Instituida esa fiesta nacional, mas que en odio á los franceses, en odio á los afrancesados, ¿cómo no recordaba con ella el pueblo de Madrid, que el hombre á cuyas implacables venganzas se asociaba tan dócilmente habia sido el primer afrancesado de su tiempo, — el felicitador perpetuo de Napoleon en sus triunfos sobre los ejércitos españoles, — el único tal vez á cuyo afrancesamiento no se encuentra disculpa?... Tampoco lo comprendo.

LXXXII

¡Lógica original! Estamos hace dos siglos remedando, traduciendo, copiando en todo á los franceses (literatura, artes, administracion, industria, costumbres, trajes, ¡todo!) — y *¡no podemos ver á los franceses!.....*

— ¡No quiero nada francés! ¡no quiero nada con los franceses! — me decia muy entusiasmado cierto amigo en una conversacion, — mejor diria disputa de sobremesa, por cierto en la única fonda de Madrid en que se puede comer, esto es, en la fonda *francesa* de Lhardy; y yo demostré á aquel anti-francés que desde el calzado que tenia puesto, obra del zapatero *francés* M. Caillet, hasta el sombrero que acababa de encasquetarse en el calor de la polémica, marcado con el apellido *francés* de M. Aimable, todo, — absolutamente todo lo que llevaba encima, era francés. Su lenguaje, cuajado de galicismos, era mas francés todavía que su traje. Cortó súbitamente la disputa, porque tenia, dijo, un *rendez-vous*, al cual no podia faltar; luego se proponia ir al teatro *francés*, y acabar la noche en el Casino jugando al *écarté.....*

Por este estilo son casi todos nuestros galofobos de frac, mas franceses en la práctica que los franceses mismos, grandes murmuradores de muchas cosas muy buenas de su tierra. — No repruebo que otros vivan y hablen al uso de Francia, si así les gusta; pero excede á los alcances de mi limitada inteligencia que no se hagan esta reflexion sencillísima : — Si esos franceses son tan ligeros, tan insustanciales, tan inferiores en suma á nosotros los españoles, ¿en qué consiste que en tantas cosas nos llevan

la delantera y que su nacion pesa tanto en la balanza del mundo y la nuestra tan poco? Entiendo que esta reflexion, unida á la mas grata y consoladora de que tambien nosotros fuimos algun dia una gran nacion, la primera del mundo, deberia bastar para curarnos de esas veleidades de desden hácia otros pueblos que sin servir de estímulo para nada, parecen un cruel sarcasmo en nuestra decadencia de há ya dos siglos, — decadencia de la que, gracias á Dios, nos vamos levantando.

Se cree generalmente salir del paso con achacar nuestros males á los *malos gobiernos....* ¡Pobre disculpa! — ¿No son por ventura españoles esos gobiernos?... ¿son franceses acaso?

LXXXIII

La extravagancia y la obcecacion en el punto de que trato, suelen llegar á un extremo increible. En una de las varias emigraciones que he alcanzado desde que ando por el mundo, conocí á una dama exageradamente patriota, digna esposa de un capitan muy bruto, emigrado...., por bruto (ya han pasado ambos á mejor vida y la Historia puede juzgarlos imparcialmente). Hablando aquella señora de *las francesas*, en cuyo país encontraba á la sazon con su esposo é hijos una hospitalidad digna de mejor pago, y á las cuales por supuesto aborrecia de muerte, solia decir muy convencida, entre otras mil necedades, lo siguiente : *¡ Cochinotas, cochinotas! todo el dia se están lavando.....*

Añadiré entre paréntesis que sin duda aquella buena señora profesaba un saludable *horror al agua*, fiel á las

doctrinas de su marido, el cual sostenia con mucha formalidad que *la mujer no debe lavarse, porque se desustancia!....*

LXXXIV

Si no me engaño, estas y otras raras *opiniones* que circulan por nuestro país, arrancan, no de falta de discurso ó de talento, como podria parecer á primera vista, sino de cierta propension á discurrir mal que entre nosotros es muy comun. La referida capitana, por ejemplo, discurria sin duda, pero mal, al sacar su absurda consecuencia de que las francesas son cochinas *porque se lavan.* Remontándonos á un órden de ideas incomparablemente mas elevado, creo que cometemos en general los españoles un vicio de raciocinio por ese estilo, cuando entre tantas verdaderas y grandes glorias nacionales como ofrece nuestra historia, y de muchas de las cuales no hacemos el menor caso, citamos con orgullo, por ejemplo, nuestra guerra de ocho siglos contra los moros, insistiendo mucho en esa circunstancia de los *ocho siglos*, como si fuese muy lisonjera para nosotros, cuando por el contrario (á lo menos, segun mi modo de ver) es una de esas desgracias, — no quiero decir lunares, — que se encuentran en las historias de todos los pueblos, aun las mas heróicas, — y ciertamente que la nuestra es una de ellas..... Porque en efecto si una sola batalla y pocos meses bastaron á los moros invasores para enseñorearse de la mayor parte de nuestro territorio, ¿no es muy triste que necesitáramos la friolera de setecientos ochenta años y pico para reconquistarlo? Esa prodigiosa lentitud ¿no prueba á todo ánimo desapasionado

que datan ya de muy antiguo entre nosotros la indisciplina, el espíritu de discordia, la desunion en fin, — vicios fatales de que aun hoy adolecemos, — ya que nada arguya contra nuestro valor, del que no es posible dudar? Verdad es que tambien prueba nuestra perseverante constancia, nuestro teson; pero francamente, ocho siglos me parecen ya demasiada prueba, y de aquellas por consiguiente que no prueban nada. ¡ Cuánto más legítimo asunto de orgullo nacional veo yo en nuestros descubrimientos y en nuestras maravillosas conquistas de las Indias, gloria eterna del nombre español! y sin embargo (ya lo he hecho notar en otros pasajes de estos apuntes) ni Hernan Cortes, ni Pizarro, ni Vasco Nuñez de Balboa, ni el mismo Cristóbal Colon tienen en nuestra capital un solo monumento público destinado á perpetuar la fama de sus inmortales hechos.....

(Ahora caigo en la cuenta de esa poca importancia que demostramos hace *siglo y medio*, gobernantes y gobernados, por recobrar á Gibraltar. Mientras no transcurran otros *seis siglos y medio* para completar los ocho, no hay prisa... Y si tardásemos diez y seis, más acrisolada quedaria aun nuestra constancia, segun la consabida lógica.....)

LXXXV

Pasaba una vez un perro por delante de una fuente, y enfurecido de verla correr, se abalanzó á ella y empezó á tirar dentelladas al raudal de agua que corria. El raudal, despues de haber recibido cien fieras arremetidas, siguió corriendo como antes, y el pobre can, empapado y molido

y con un palmo de lengua fuera, hubo al fin de resignarse á verla correr.

Supongamos que ese raudal de agua simboliza las costumbres públicas y que ese perro representa al fogoso censor que se empeña en corregirlas, y tendremos la moraleja de una fábula que recomiendo á los que saben hacerlas. Yo no sé mas que admirar las buenas, y, sobre todas cuantas conozco, las de nuestro D. Tomás de Iriarte, á quien solo ha faltado nacer francés para alcanzar la fama europea del *buen Lafontaine.* Le prefiero á este y al mismo Fedro. Ambos traducen ó imitan casi siempre á Esopo, al paso que nuestro fabulista es siempre original; — y hé aquí (sea dicho de paso) una gloria literaria española que, en mi sentir, no celebramos bastante los españoles.

LXXXVI

Mas dejando esto, y aunque nada consiga para la deseada reforma de algunos de nuestros defectos (ó que á lo menos juzgo tales) con las observaciones que voy escribiendo, todavía quiero insistir un poco mas en aquel dicho otras veces citado del señor Cean Bermudez cuya profunda verdad tengo cada dia, á cada instante, nuevas ocasiones de reconocer : — *¡ Como aquí todo es mentira!...*

Reflexionemos desapasionadamente sobre esta expresion. Claro está que tomada al pié de la letra, seria una mentira más; pero si la consideramos en su espíritu, veremos que de cada cien casos es verdad en los noventa y nueve. Hay mas : reflexionando con detencion, reconoceremos que en una multitud de casos, á la mentira del fondo ó sea

del pensamiento, añadimos la mentira de la expresion, de donde resulta una mentira doble. Deberia pues decirse, pàra estar en lo cierto, que aquí todo es *rementira.*

Nuestras expresiones corrientes de saludo á las damas: —*Beso á Vd. sus piés;* y á los caballeros; —*Beso á Vd. la mano,* — me parecen dos ejemplos patentes de rementira ó mentira doble, cada vez que las dirigimos á personas que nos son antipáticas. Cuando las dirigimos á personas que nos agradan, solo son simples mentiras de hecho, no de intencion; porque en efecto, en el primer caso no solamente faltamos á la verdad material de besar pié ó mano, mas damos por hecha una cosa cuya sola idea nos repugna. En el segundo caso no hacemos mas que echar una mentirilla venial, pues aunque es cierto que nada besamos, besaríamos sin dificultad, y á veces de buena gana.

LXXXVII

Obsérvese tambien que ya sea por efecto del ardor meridional de nuestras imaginaciones, ya porque aun quede algo en nuestras venas y en nuestro lenguaje del espíritu oriental que nos inocularon los árabes, nos hemos ido acostumbrando insensiblemente á ciertas exageraciones de pensamiento y de expresion que en el fondo constituyen verdaderas mentiras; poéticas y donosas á veces, ciertamente, sobre todo en boca de las gentes del pueblo, pero con frecuencia inoportunas. De esa característica propension á la hipérbole no están exentas entre nosotros ni aun las personas cultas. Así oimos decir á cada paso: — Hace un frio *atroz;* — Estoy sudando *á mares.* Todo lo que nos

desagrada es *horrible*, *espantoso*. Prodigamos la *adoracion*, solo debida á Dios, hasta un extremo increible : adoramos, idolatramos, no solo á nuestros hijos, á nuestras queridas, á nuestros príncipes (adoraciones que al cabo pueden pasar como figura retórica) sino á todo el que se nos pone por delante, cuando estamos de humor de adorar. Lo tengo por un abuso lamentable. Sabido es además que todos nuestros generales, cuando los califica un periódico amigo, son invictos, heróicos, intrépidos hasta dejárselo de sobra; todos nuestros oradores, unos Demóstenes; nuestros ministros, unos Sénecas; nuestros poetas, eminentes, sublimes. Ponderamos con un lirismo risible, así la mas insignificante accion de guerra como el mas vulgar mérito civil (cuando recae en algun amigo, se entiende) — y á veces hasta el mero cumplimiento de un deber... ¡Y luego motejamos de jactanciosos á los portugueses! Lo mas triste es que mientras sin ton ni son ponderamos merecimientos mas que dudosos, dejamos en el ingrato olvido que ya otras veces he señalado á tantos verdaderos héroes, á tantos ilustres ciudadanos como ofrece nuestra historia en los tiempos antiguos y aun en los modernos. ¡Por un lado tan indiferentes, por otro tan entusiastas! ¿Será que bajo la capa de ese entusiasmo de circunstancias, se ocultan intereses muy positivos?... Tentaciones dan de creerlo al ver que casi siempre va mezclado á lo que hoy se llama *espíritu de partido*, pasion política ó mero interés de localidad.

Mas prescindiendo de esto, todavía queda en el extravío de que me lamento, mucha parte de propension ingénita en nosotros á ponderar sin medida las cosas y á desfigurarlas por consiguiente. No hablo aquí de esas exagera-

ciones piramidales, ó sean *andaluzadas* á que todo el mundo da su verdadero valor y en las que generalmente el chiste y la novedad cautivan aun al censor mas fogoso.

Si la mar fuera *de tinta*
Y los cielos *de papel*,
No bastáran á explicarte
Cuanto te quiero, Isabel!...

Pase esto por andaluzada de buena ley; reconozco y aplaudo en este como en otros cien cantos populares la marcada tintura de orientalismo que nuestra poesía debe á los árabes; pero en cosas que nada tienen que ver con la poesía, ¿no seria tiempo ya de que nos fuéramos *desarabizando?...*

LXXXVIII

Otras mentiras mas importantes que las de mero cumplimiento ó las poéticas hipérboles ya citadas circulan entre nosotros, y en fuerza de la costumbre, ni aun siquiera reparamos ya en ellas; y es lo malo que sirven de base á ciertos raciocinios falsos de que naturalmente se desprenden consecuencias disparatadas, las cuales aceptamos sin embargo como muy buenas, tambien por efecto de la costumbre. En virtud de esta lógica, que me atreveré á llamar española, porque no creo que exista mas que entre nosotros y entre nuestros hermanos de allende el mar, ó sean los americanos de orígen español, pasan en nuestro país tantas y tantas cosas que confunden el sentido comun, y que á falta de un nombre razonable que darles, nosotros mismos calificamos con terrible elo-

cuencia de *¡ Cosas de España !* Cada cual entiende esta expresion á su manera : á algunos (yo entre ellos) les pesa sobre el alma como un anatema; otros la echan á broma, no dándole importancia alguna, y otros, mas felices, hacen gala de ella como de un glorioso timbre nacional. — Que las obras públicas se eternizan en Madrid, verbigracia, y cuestan el doble que en todas partes, aunque no sea mas que por efecto de esa misma tardanza; — que un amable desórden imprime su sello característico en todo lo que nos rodea ; — que nuestras posadas son detestables ;— que nuestras diligencias se atascan cien veces por los caminos en invierno y vuelcan otras tantas en verano ; — que el sistema de correajes y cordelería con que se enganchan los tiros de mulas sobrepuja en lo intrincado á las jarcias de un navío, y es ademas incompatible con toda seguridad ; — que al arrancar dichas diligencias, lo mismo que los correos, hay un barullo de todos los diablos en la Puerta del Sol y sus contornos ; — que meten á un inocente en la cárcel, y un tunante conocido de todo Madrid se pasea muy sosegadamente por la Carrera de San Jerónimo á las doce del dia ; — que para la provision de cualquier cosa se elige con especial cuidado al mas inepto ; — que se hunde una casa recien construida y que las alcantarillas de la córte lloran lágrimas inmundas ; — que los mas repugnantes abusos (electorales ó de otras clases) quedan impunes ú obtienen un generoso premio ; — que se pronuncia un general ó un sargento... *¡ Cosas de España !* exclamamos todos, unos con rubor, otros con indulgente sonrisa, los mas con cierto orgullo patriótico, como dando á entender con eso que somos muy originales, — muy superiores mas bien á todas esas pobres

naciones en que ó no suceden tales cosas, ó si suceden se consideran como una triste excepcion. Entre nosotros, por testimonio propio, parece que son la regla general. ¡Oh escándalo! ¡oh mengua!

LXXXIX

Ya he hecho notar la rara anomalía de dar en el lenguaje comun una significacion satírica al hermoso dictado de *patriota*. En cambio es un elogio decir de alguno que es *muy pillo!...* Nada mas comun entre nosotros, para expresar el buen concepto que se tiene de un sugeto, particularmente si está constituido en autoridad, que decir de él: — *¡Es bastante racional!* Un alcalde, un ministro *racional* nos parecen una excepcion. Quisiera equivocarme; pero se me figura que esa y otras mil expresiones corrientes entre nosotros, y sobre todo, esa irritante calificacion de *cosas de España*, que solemos dar á todas las cosas malas, son indicios manifiestos de que tenemos el sentido moral un tanto pervertido. La opinion pública, salvaguardia de las sociedades vigorosamente constituidas, en la nuestra tiene poca fuerza, y creo que esa poca se emplea mal, — esto es, se emplea en oponer una gran resistencia á las reformas útiles, y rarísima vez en tomar é imponer, por decirlo así, á los gobiernos una fecunda iniciativa. Ya por ignorancia, ya por espíritu de partido, ya por mal entendido patriotismo, mas comunmente apadrina que vitupera las cosas malas; así es que, con frecuencia, arrastra á nuestros gobiernos por sendas cuyos peligros conocen ellos perfectamente, pero de que no se

atreven á apartarse ni una línea por temor de hacerse impopulares. No tiene otro orígen á mi entender la continuacion de las corridas de toros : lo mismo vuelvo á decir de la impolítica conmemoracion, al cabo de medio siglo, de los sangrientos recuerdos del 2 de mayo. La sola sospecha de que el ministerio del señor Bravo Murillo se proponia suprimir el nada ortodoxo y muy grotesco *entierro de la sardina*, bastó para levantar una tempestad en las Córtes y poner en grave alarma la opinion pública... La oposicion salió bufando contra aquel conato de reforma (presagio de otras mas importantes, acaso menos oportunas) y la cosa *se quedó así*, segun la expresion consagráda...

Vaya un ejemplo insigne de lógica española y concluyo con este enojoso asunto. En virtud de esa lógica, nuestros ministros hacen decir á S. M. (y por cierto con harta frecuencia), que *altamente satisfecha* del celo, inteligencia y lealtad de don Fulano de Tal, ha venido en.... *dejarle cesante !* Dígaseme si esta manera de discurrir se conoce en ninguna parte del mundo, y si, aun cuando se conociera en todas, dejaria de ser absurda. Es como si dijéramos : — Considerando que hace mucho frio, voy á ponerme en mangas de camisa : — Supuesto que es Vd. un hombre muy de bien, voy á arrimarle una soberana paliza... Y así sucesivamente. ¿No es esto burlarse del sentido comun?

XC

¿ Hay cosa mas ridícula ni mas falsa, que esas fórmulas usadas todavía en las llamadas *Reales órdenes*, por las

cuales se hace á S. M. mandar tantas y tantas menudencias, muy impropias generalmente de la majestad real? Treinta años llevamos de gobierno representativo, y aun duran en nuestro lenguaje oficial esas serviles tradiciones del absolutismo, que hacen aparecer á nuestros ministros como unos meros secretarios del despacho, sin facultades propias, sin responsabilidad por consiguiente, escudados siempre con la consabida frase : — « *Enterada de todo* S. M..... se ha dignado mandar, — ó resolver esto ó lo otro. » Recuerdo que en una ocasion metieron mucha bulla los periódicos con motivo de una real órden por la que S. M., muy niña todavía, pero *enterada de todo*, por supuesto, habia venido en resolver que unos... ¿ me atreveré á decirlo? unos bragueros decomisados en cierta aduana, pagasen no sé qué derechos. A cada paso se nos descuelga la *Gaceta* con resoluciones por este estilo, y todo ¿porqué? por esa especie de horror que tenemos á que se vea la *verdad* de las cosas. A la manera que nuestras patronas de huéspedes advierten en el *Diario* que sus casas ***no son casas de huéspedes***, así nuestros ministros, absteniéndose de tomar por sí mismos ni aun la disposicion mas insignificante y echando siempre el muerto á S. M., parece que quieren advertir con sus reales órdenes (otra mentira, pues no son *reales* sino *ministeriales*) que ***no son ministros...***

Pero dirán algunos :— ¿Qué importan esas frases y otras cien que podria Vd. citar si todos saben que son valor entendido? Esas son meras fórmulas de cortesía, ó tradiciones oficinescas que nada valen ni significan.

Y yo contesto que si nada valen ni significan, no deben usarse, y mucho menos ponerse en los augustos labios de

una reina. Y añado que desgraciadamente significan mucho; significan que vamos poco á poco y cada vez más acostumbrándonos á prescindir del buen sentido, y á hacer gala de atropellarle en las cosas chicas como en las grandes. Añado tambien que á fuerza de falsear las expresiones, acaban por falsearse las ideas, con lo cual se ve todo al revés de como es en sí, y concluyo diciendo que el hombre no tiene derecho para prescindir de su calidad de ente racional, y que ofende á Dios cada vez que deliberadamente y á sabiendas hace un raciocinio absurdo.

XCI

La sociedad española me parece tan democráticamente constituida en la práctica, tanto bajo la actual como bajo las pasadas teorías de gobierno, que no acierto á comprender á qué aspiràn en realidad nuestros demócratas de buena fe; conozco muchos cuya sinceridad es indudable. ¿Qué más democracia quieren en nuestro país? Reducida nuestra aristocracia á la impotencia desde los primeros tiempos de la casa de Austria, comprimida constantemente la clase media por un suspicaz absolutismo, natural es que no exista entre nosotros ni sea posible crear artificialmente el antagonismo entre las clases de la *nobleza* y el *pueblo* que tanta sangre ha costado en Inglaterra y Francia.

En primer lugar, en España no hay dos razas, como en aquellos países : no hay mas que una sola, la raza española. Allí, los actuales nobles, ó á lo menos los grandes señores, son en su mayoría los descendientes directos de

la raza conquistadora, venida de fuera, apoderada del territorio por fuerza de armas, mediante un despojo brutal de los derechos y haciendas de sus primeros pobladores. Como hijos de otra raza, como *conquistadores* en una palabra, establecieron en el país desde un principio leyes durísimas y fueron verdaderamente unos tiranos, *aborrecidos* como era natural. De este antiguo órden de cosas, aunque muy atenuado ya por los efectos del tiempo y de la civilizacion, todavía quedaba *algo* en las épocas en que se hicieron en uno y en otro país sus respectivas revoluciones; quedaban algunos restos de los derechos feudales, entre ellos el abominable y sucio *derecho del señor*, que ni aun explicarse puede en términos decentes; quedaban injustas exenciones, privilegios onerosísimos para el pueblo; quedaba sobre todo en el ánimo de este, el recuerdo irritante de la larga humillacion pasada, del orígen extranjero de los señores, de su orgullo y su insolencia recientes... De aquí el encono real y efectivo del pueblo contra los *nobles*, bien llamados allí *aristócratas*, porque en realidad los nobles eran allí los que mandaban. Los horrores de las revoluciones francesa é inglesa se comprenden y se explican, pues, aunque la razon no los justifique. Habia *odio* legítimo por una parte, *culpa* ó error evidente por otra : una revolucion *social* era allí necesaria, era racional á lo menos... Pero ¡en España, santos cielos! En España, una revolucion contra los nobles seria cosa tan insensata, tan absurda (si fuera posible, que no lo creo), como una revolucion contra los que tienen el pelo negro ó la color morena.

XCII

Ya lo he dicho. En España todos ó casi todos somos *nobles*: todos, nobles y plebeyos, tenemos igual derecho á la tierra que pisamos, todos somos y hemos sido siempre de condicion igualmente libre: jamás ha habido aquí, desde que con el ayuda de Dios y de nuestro esfuerzo arrojamos de nuestro territorio á los moros, ni esclavos ni señores. No me meteré ahora en grandes honduras históricas que no vendrian á cuento; es posible que antes de la restauracion de España, cuando formábamos varios pueblos distintos (*progreso* á que nos quisieran conducir algunos ilusos), existiese en alguno de ellos el antiguo derecho feudal, con su secuela de privilegios odiosos; es posible que, aun despues, haya existido tambien algun rezago de aquellos privilegios, aunque siempre muy mermados, en alguno que otro rincon de España, en alguna aldea de Galicia, por ejemplo. Como todos los que han leido algo, tambien yo he leido que dicen si existió ó no existió en esta provincia cierto derecho repugnante que se llamó *de pernada*, el cual consistia en que el señor pudiese poner una pierna en la cama de la novia vasalla suya la primera noche de bodas. Harto estoy igualmente de oir hablar de los llamados señores de horca y cuchillo, á quienes nuestros reyes sabian atar muy corto cuando por extraordinario se desmandaban, testigo el *Rico-hombre de Alcalá*; pero dejando esto aparte, es seguro que, por regla general, desde la reunion de la monarquía en una sola corona, no ha habido en España diferencia ninguna importante, para los efectos de la libertad civil y política,

entre la *nobleza* y el *pueblo*. El feudalismo, si lo hubo, no dejó en España ninguna semilla : la invasion sarracena, la necesidad comun de arrojar á aquellos invasores, le hicieron imposible de todo punto entre nosotros.

XCIII

Entre nosotros ha habido siempre, es verdad, y los hay y los habrá hasta que el mundo se acabe, grandes señores con grandes estados y rentas; pero esos señores, fuera de su riqueza, no son hoy, ni han sido nunca en España, si bien se mira, *más* en el órden social que el último tejedor de Segovia, que el mas pobre hidalgo de Leon. Juntos se sentaban y votaban en nuestras antiguas Córtes, nobles y plebeyos : en los consejos del rey como en los campos de batalla, el pobre honrado y discreto se hombreaba de igual á igual, muy altivo y la cabeza muy erguida, con el mas encopetado infanzon. Hoy, como entonces y como hace veinte ó cien años, sucede y ha sucedido lo mismo.

¿Y cómo podia suceder de otro modo en un país donde el infeliz mozo de cordel á quien por una peseta vemos echarse ocho arrobas de peso sobre la fornida espalda, es tan noble *de derecho* como un título de Castilla? ¿en un país donde la *nobleza* y el *pueblo* tienen un orígen comun, claramente indicado por *apellidos comunes?* Hoy mismo, sin ir mas lejos, un cómico y un torero llevan,—y llevan con honra en sus respectivas profesiones,—el nobilísimo apellido de GUZMAN, prez de nuestra historia. Nada seria mas fácil que encontrar á docenas en las clases mas humildes de nuestra sociedad Mendozas, Girones, Lacerdas,

Osorios, Toledos,—nombres todos que brillan en nuestras antiguas crónicas coronados de inmarcesibles glorias. ¡Tendria que ver en Francia un Montmorency ó un Crequi representando comedias en un teatro público!!...

XCIV

Todo entre nosotros está respirando democracia, igualdad, fraternidad, no en vanas declamaciones de club ó de café, sino en las realidades de la vida ordinaria. Véase nuestro Prado, véanse nuestros paseos públicos (lo mismo en Madrid que en las provincias); véanse todas nuestras reuniones al aire libre, donde el dinero no establece diferencias de puestos: allí el menestral, el soldado codean al banquero y al grande, sin que los primeros se crean honrados por ello, ni lo tengan á menos los segundos. En París, con haber pasado por tantas revoluciones y por dos repúblicas, hoy es el dia en que un centinela cierra el paso del *jardin público* de las Tullerías á todo el que lleva chaqueta, blusa ó gorra, *el trage del pueblo!* No hay espectáculo mas comun en nuestras calles que el de un jornalero con su chaqueta al hombro, parando en la calle y pidiéndole el cigarro para encender el suyo, á un duque ó á un ministro (cuando los ministros se dignan ir á pié), sin que sea visto que dejen nunca de cambiar un cortés saludo, y aun trabando tal vez con cualquier pretexto su poquito de conversacion como dos amigos. ¡Para que un albañil de Lóndres se atreviese á parar en la calle á un lord ó á un banquero!... *¡Horror! ¡Horror! ¡Horror!—¡Eh, buen amigo!* es la interpelacion que el magnate español dirige desde su

coche al pobre pedestre á quien quiere decir ó preguntar algo. Nuestros chisperos, nuestros soldados, nuestros hombres del pueblo, en fin, sin haber leido á Proudhon, grande apóstol de la igualdad, se creen de tiempo inmemorial en el derecho de echar su par de requiebros con la sal del mundo, lo mismo á la manola que á la duquesa, cuando pasan por su lado, sin informarse de mas que de si son buenas mozas; y lo mismo la duquesa que la manola siguen su camino como si tal cosa, ó se sonrien con donaire español, no de la insolencia, sino del buen gusto del plebeyo. ¿Y por qué sucede todo esto en España y *solo en España?* porque aquí nadie se cree ni es en realidad mas ni menos que otro: porque aquí nunca hemos doblado la rodilla mas que delante de Dios y del Rey.—*¡Del Rey abajo, ninguno!* es la arrogante expresion de la igualdad política que siempre hemos disfrutado de hecho, á falta de libertad.

XCV

¡Igualdad, fraternidad! por ventura ¿no están profundamente impregnadas de su espíritu nuestras leyes, nuestras costumbres y hasta nuestras expresiones familiares? ¿Quiénes son en España los únicos á quienes se administra justicia *de balde*, se asiste en sus dolencias *de balde*, se dá la instruccion *de balde?* los pobres. *El pobre* es como el hijo adoptivo de nuestra católica sociedad. Esa misma expresion consagrada por el uso para decir á un pobre que no podemos darle limosna, esas sencillas y tiernas palabras: *¡Dios le ampare á Vd., hermano!* ¿no encierran todo un curso práctico de igualdad, fraternidad y democracia?

No se repara bastante, se me figura, en estas que se llaman *pequeñeces*, y que para mí significan mucho. Examínese esa expresion y se verá claramente su profundo y hermoso sentido. Damos al pobre el tratamiento de *usted*, para no humillarle, porque es nuestro igual : le llamamos *hermano*, para ponernos con esta palabra á su nivel ó levantarle á él al nuestro ; le deseamos el *amparo de Dios*, en señal de caridad cristiana, y para recordarle que Dios es la fuente de todo bien. En ninguna lengua extranjera de las que me son familiares, conozco una expresion tan bella, tan verdaderamente cristiana como esa para casos iguales. Los mismos portugueses, que se nos parecen en tantas cosas, ¿en qué términos despachan á sus mendigos (los mas importunos del mundo por cierto) cuando les piden limosna por las calles? — *¡ Tinha paciencia !* que es como decirles : *¡ Aguantarse !* lo cual no deja de ser un gran consejo para el que está en ayunas. Los franceses, menos filosóficos y mas positivos, suelen contestar : *Je n'ai pas de monnaie*, que significa : *No traigo suelto.* Lo mismo viene á decir la expresion consagrada al efecto por el uso en Italia : *Non ho spiccio ;* aunque otros mas cristianamente suelen decir : *¡ Dio vi proveda !* Dios le ampare! Los ingleses, como tan filántropos, ó no contestan ó llaman á un *policeman* (polizonte) para que eche mano al ciudadano mendigo y le meta en la cárcel en pena de.... no tener pan que llevar á la boca.

La verdad es que en España, digan de nosotros lo que quieran ingleses y franceses, con menos frases y menos aparato tambien (por desgracia con menos cultura), somos en realidad mas demócratas, mas iguales que ellos. Y esto no data de las barricadas de julio, ni aun de la muerte

del rey Fernando; esto data de Isabel la Católica lo menos. Sucedia lo mismo en tiempo de Felipe II y en tiempo de Cárlos III y en la reciente época de Calomarde. Esto está en la masa de nuestra sangre: es un efecto natural de nuestra divina religion, un resultado de nuestra historia, una consecuencia de nuestras costumbres. Cuáles son estas, á la vista está: aquí, segun la grosera, pero enérgica y exactísima expresion popular, *naide es mas que denguno.* El grande de España se complace en llevar con garbo el airoso traje de los majos andaluces: vestida de maja, con su trabuco naranjero al lado, en un potro enjaezado á la jerezana, hemos visto todos retratada á nuestra hermosa compatriota la emperatriz de los franceses. Al entrar en una taberna, llena de carboneros, soldados y peones de albañil, dice el hombre del pueblo, saludando á la reunion: —Buenos dias, *caballeros!* ¿Y por qué no, si lo son realmente?..... Esto nos enseñan nuestras costumbres. Lo que nuestra religion nos enseña, sabido es igualmente: nos enseña que *todos somos iguales*, que *todos somos hermanos*, que *Dios prefiere á los mas humildes.* ¿Cómo no creer en una enseñanza tan consoladora para los más, que son los pobres y los débiles? Por eso nuestro pueblo cree en ella con fé profunda, tiene el sentimiento íntimo de su dignidad, y no se asombra ni se envanece al ver todos los años, el dia de Jueves Santo, á nuestros reyes bajar de su solio y lavar con sus propias manos los piés á doce pobres. Lo que nos enseña nuestra historia en este punto, conduce tambien, creo yo, á la conclusion consoladora de que no tiene aplicacion razonable á nuestro país el *odio á la aristocracia* en nombre de las ideas liberales.

XCVI

En España hay grandes señores muy poderosos, y los ha habido siempre ; pero no hay ni ha habido nunca *privilegiados*, en la acepcion odiosa de esta palabra : los que todavía parecen privilegios, otros muchos que se han destruido por odio al nombre de tales, que se les dió indebidamente, no lo eran, sino meros efectos de *contratos*, casi siempre propuestos por los pueblos á los señores, y en todo caso, ajustados libremente por ambas partes. Esta es la verdad, y á poco que se discurra, se verá que tampoco *ha podido ser de otra manera*, porque como ya he dicho, nunca ha habido entre nosotros desde el siglo XV conquistadores y conquistados, amos y esclavos. Esas antiguas, ricas y grandes casas de Osuna, Medinaceli, Teba, Altamira ¿cuál es su orígen? el mismo exactamente que el de cualquiera de las nuestras. Sus fundadores fueron soldados, labradores, legistas ESPAÑOLES, como lo eran nuestros padres, como lo somos nosotros. Aquí se fundaron esas casas, aquí crecieron : son españolas por todos cuatro costados. Esos grandes estados que hoy disfrutan sus actuales poseedores ¿cómo los adquirieron sus ascendientes? á lanzadas contra los moros, peleando como leones por reconquistar palmo á palmo esta tierra en que unos y otros hemos nacido. Despues de Dios, á ellos se la debemos. Ellos condujeron á nuestros padres, tan valientes, tan nobles como ellos, pero menos ricos en su tiempo, ó menos afortunados, á aquellas gloriosas batallas en que pelearon ocho mortales siglos, por ser españoles y

cristianos, por tener un Dios, una patria, un gobierno *suyos.*

— ¡Realzar al pueblo! ¡emancipar al pueblo! ¡establecer el reinado de la democracia! me parecen frases sonoras y vacías, pues ya he dicho que en mi sentir, si de algo ha pecado en todo tiempo nuestra organizacion social, ha sido de excesivamente democrática. Durante los largos siglos de absolutismo que han pesado sobre la nacion como un manto de plomo, reduciéndonos á este triste estado de atraso y de pobreza en que aun nos vemos, ¿qué clases de la sociedad son las que han preponderado sobre las otras y las han oprimido? ¿Ha sido la alta nobleza, la clase de los grandes y de los títulos antiguos? No. Nuestros monarcas, atentos siempre á consolidar su autoridad real, recelosos de la influencia de los magnates, los han mirado siempre con cierta desconfianza y les han dado la menor participacion posible en el gobierno. Los han empleado, sí, pero en su servidumbre : los han hecho *mayordomos*, *caballerizos*, *sumilleres;* pero no les han dado *poder efectivo* ninguno. Si alguna vez lo han hecho, ha sido muy con su cuenta y razon, y reservándose cortarles el vuelo al menor conato ambicioso, á la menor sospecha de engrandecimiento, testigo aquel gran duque de Osuna cuya caida lamentó nuestro poeta popular Quevedo en tan hermosos versos. Léase nuestra historia de tres siglos á esta parte : por cada ministro de alta estirpe se hallarán diez nacidos en pobre cuna. — ¿Lo ha sido lo que se llama la clase media? Tampoco. Esta clase, que forma una parte principalísima de la nacion, se compone en su mayoría de propietarios medianamente acomodados, de comerciantes y de lo que hoy se llama los trabajadores intelec-

tuales, es decir, de los hombres que viven del trabajo de su inteligencia, como abogados, médicos, profesores, etc. Pues bien, ¿quién ignora que todas nuestras leyes anteriores á la revolucion ocurrida á la muerte del rey Fernando, parecen hechas exprofeso para contener dentro de estrechos límites el desarrollo intelectual y aun *material* de esa clase, — esto es, para impedir que se *instruya*, se *enriquezca* y aun se *multiplique* mucho? ¿Los exagerados rigores de la censura previa ¿contra quién iban dirigidos? contra la clase media, que es sin duda la que mas lee y escribe. Las infinitas trabas puestas al comercio interior y exterior por medio de impertinentes reglamentos de policía, de registros y contraregistros sin fin, de prohibiciones absurdas, ¿á quién vejaban directa y principalmente? á la clase media, que representa casi todo el comercio, casi toda la propiedad territorial y por consiguiente casi toda la produccion. Los desatinados planes de estudios, el completo abandono de las carreras industriales, ¿qué objeto tenian? impedir que la clase media, *coco* perpetuo de los gobiernos absolutos, como lo es hoy de ciertos demócratas, adquiriese la ilustracion y con ella la fuerza necesaria para dar en tierra con los antiguos abusos. — Por eso hay que desconfiarse mucho de esas supuestas ideas democráticas del dia que aplicadas á España no son sino ideas serviles, funestamente serviles. Son las ideas de los gobiernos absolutos: en ellas se han apoyado todos desde Felipe II hasta Calomarde, para privarnos de todas las libertades, dejándonos solo *la igualdad*, — igualdad en carecer de derechos, lo mismo los unos que los otros.

XCVII

Si no han sido la alta nobleza, ni la clase media, como creo evidente, las clases privilegiadas y mimadas, digámoslo así, por los gobiernos absolutos, ¿lo ha sido por ventura esa otra parte de la nacion, la mas numerosa, á la que á falta de otro nombre mas propio se ha dado el de *pueblo* (á pesar de que *pueblo* lo somos todos, del rey abajo)? ¿Lo ha sido la clase de los que viven honradamente del trabajo de sus manos; es decir, la muchedumbre inmensa de los artesanos, los colonos, los jornaleros, los soldados, los traficantes al pormenor, etc., etc.? Tampoco ciertamente: esta clase, como tan inmediata á la llamada *media*, con la cual se mezcla y se refunde en innumerables casos, ha participado en cierta manera de todos los daños causados á la nacion por las leyes al parecer hechas de intento para comprimir á aquella. La clase de que voy hablando, el *pueblo*, no ha sido nunca particularmente vejada ni oprimida, porque nada se temia de ella; pero tampoco se ha hecho en beneficio suyo por los gobiernos absolutos nada que merezca recordarse. Se la ha dejado *ir viviendo*, y nada mas; se ha procurado siempre que tenga pocas necesidades, de fácil satisfaccion, y se ha conseguido. No hay pueblo mas sobrio, mas sufrido, mas verdaderamente sensato en el mundo que el nuestro; ninguno que se contente con menos. ¿A qué negarlo? no ha sido él nunca quien ha hecho las revoluciones en España: las ha hecho el ejército, la clase media, él no. La clase única verdaderamente favorecida y *mimada* por los go-

biernos absolutos, como decia antes, ha sido siempre lo que se llama con razon el *populacho*, la gente que *nada* tiene que perder, porque nunca ha querido ganar *nada* lícitamente; la hez de la sociedad, el auxiliar necesario de todas las tiranías, el repugnante ídolo, en fin, de los déspotas y de los demócratas á la extranjera.

Ese, ese ha sido el digno instrumento de que se ha valido el absolutismo para asentar durante siglos y siglos en nuestra España su funesto imperio : ese es el que nos arrebataria una vez más las conquistas que hemos hecho en el camino de la libertad política y de la civilizacion, si llegasen á prevalecer entre nosotros las nuevas doctrinas democráticas.

XCVIII

Cuando las modernas ideas liberales empezaron á cundir por España de una manera visible, es decir, á principios de este siglo, ¿quiénes fueron sus mas ardientes enemigos? las clases, si tal nombre merecen, de que se compone *el populacho*. Aquellas ideas dominaron por regla general en toda la clase media : fueron francamente aceptadas por una gran parte de la alta nobleza, á la cual restituian su legítimo influjo en el gobierno de la nacion : lo que podemos llamar la clase media del clero, es decir, casi todo el clero parroquial, el mas ilustrado, benemérito é influyente, las aceptó tambien hasta con entusiasmo, porque esa porcion del clero ha sido siempre en España la mas instruida y necesariamente debia ser y era liberal. Lo era y lo es. Liberal era el ejército de tierra, más aun el

de mar. Nuestros marinos han estado siempre por su alta cultura intelectual, al nivel de las naciones mas adelantadas. El pueblo mismo, en su mayoría, llevado de su recto sentido natural y por mas que le faltase desgraciadamente la instruccion necesaria para apreciar todos los beneficios que debian proporcionarle las nuevas ideas, las aceptó igualmente. ¿Quiénes pues las rechazaron, les hicieron desde el primer dia una guerra á muerte y acabaron por ahogarlas entre cadenas y patíbulos en 1814 y en 1823? El populacho, el populacho y nada mas que el populacho. ¿Cuáles eran los gritos de la reaccion en aquellos dias aciagos? — *¡Viva el rey absoluto! ¡muera el* COMERCIO! *¡muera la* NACION! — es decir, mueran las clases todas que trabajan, que producen, que piensan, que forman eso que se llama la *nacion*, y viva solo la canalla que somos nosotros, los gritadores, los perseguidores, los asesinos cuando nos dejan serlo, hoy en nombre del absolutismo, mañana en nombre de la libertad.

Oh! el populacho discurre bien y sabe mas, mucho mas que los que le adulan. Algunos frailes malos, que eran el *populacho* del clero, dirigian por debajo de cuerda, cuando no públicamente, la obra impía de la reaccion contra las ideas liberales; pero ellos, obrando así, eran consecuentes con sus malas doctrinas, servian sus bastardos intereses. Vosotros, los que os decís demócratas liberales, obrando del mismo modo que ellos, sois absurdos, labrais como insensatos vuestra propia ruina. Ese populacho ignorante á quien quereis hacer árbitro de la suerte de la nacion; esa gentuza feroz á quien azuzais como á perros de presa contra los conservadores, y aun contra los progresistas que defienden la religion y el trono, es el mismo

populacho, es la gentuza misma á quien azuzaban aquellos malos frailes en 1823 contra los *negros*. ¡Si recordárais como yo aquella época infausta, terror de mi niñez! ¡Si hubiérais visto aquellas escenas de matanza, incendio y saqueo, tan parecidas á las que estais provocando con vuestras insensatas declamaciones! — ¡Si viérais cómo os pareceis á aquellos malos frailes que confundian, como vosotros, en un odio comun al moderado y al progresista, á Martinez de la Rosa y á San Miguel!... No hay mas que una diferencia entre ellos y vosotros, y ya os la he señalado. Ellos sabian lo que se hacian ; iban á su objeto y vosotros no : ellos obraban por inspiracion propia; vosotros traducís, imitais, indiscreta (no quiero decir maliciosamente) las ideas de otros tiempos y de otros países.

XCIX

El populacho, y solo el populacho, hizo la guerra en España, *desde un principio*, *por instinto*, digámoslo así, á las ideas liberales. Ese instinto le decia entonces, como le dirá siempre, que la *libertad* es la muerte civil y política de la gente perdida; que donde hay libertad, no puede mandar la hez del pueblo : que con la libertad son incompatibles las sopas bobas de los conventos, los voluntarios realistas, la humillacion sistemática de los que saben, de los que poseen, de los que trabajan, gente toda á quien el populacho *ignorante*, *envidioso y holgazan* aborrece de muerte.

Pero se dirá que á mas del populacho, siempre servil, las ideas liberales han tenido en España enemigos pode-

rosos. Ciertamente. ¿Cómo no habian de tenerlos, si viciadas desde un principio en la práctica por el error y por la mala fé (que de todo hubo y hay), han producido en nuestro país muchos desastres, á vueltas de muchos bienes? Para no citar mas que un solo caso, ellas fueron la ocasion inmediata de que perdiéramos las Américas. El ejército de la Isla destinado á recobrarlas, prefirió sublevarse *patriotera*, no patrióticamente en las Cabezas de San Juan, á ir á pelear contra los insurgentes, y nos quedamos para siempre sin aquellas preciosas joyas .. Esta es una de las muchas tristes verdades que es preciso acostumbrarse á decir muy alto si hemos de salir alguna vez de ese funesto sistema de *mentira organizada*, de propio *engaño voluntario* en que adormecemos y con que agravamos nuestros males.

Mas prescindiendo de aquel y otros desastres, ¿cómo no habia de volverse contra las ideas liberales, por ejemplo, una gran parte del clero, si ellas empezaron por casi matarle de hambre y continúan teniéndole sujeto á una dieta severa? La alta nobleza ¿cómo no habia de mirarlas al poco tiempo con malos ojos, si tambien entonces y desde el primer dia hubo entre nuestros liberales muchos *imitadores* que se dieron á escarnecerla y pedir que se la despojara de lo que era suyo, só pretexto de que lo mismo se habia hecho en Francia? ¿cómo, en fin, no habia de ser el trono hostil á aquellas ideas si, porque en Francia se degolló á un rey, les parecia ya á nuestros plagiarios que estaban desairados porque no habian hecho ellos tambien otro tanto?...

C

Madrid, enero 1857.

Peculiar de los hijos de Madrid es el vicio de pronunciacion que consiste en trastrocar los sonidos de la *y* y de la *ll*, diciendo *poyo* en vez de *pollo*, — y *pollo* en vez de *poyo*: propio es tambien de ellos el de comerse la *d* final de los vocablos agudos, diciendo *Madrí*, *ciudá*, en vez de Madrid y ciudad. Los valencianos convierten esa *d* en *t*, diciendo *Madrit*, *ciudat*, asi como los andaluces confunden la *l* con la *r*, la *s* con la *z* y *vice versa*, diciendo *caza* en vez de *casa*, y *casa* en vez de *caza*. — Ya os he dicho que *sordao* se escribe con *l*! advertia á sus discípulos un maestro de escuela rondeño. — Mal me parecen estos provincialismos, de que las personas discretas procuran corregirse, pero de que muchos hacen afectado alarde, como si fueran una gracia, especialmente de la viciosa pronunciacion y del dejo de los andaluces, que cuando no son naturales, empalagan al mas sufrido; pero todavía me parece peor el otro vicio de pronunciacion, comun á todos los españoles, con excepcion de los valencianos, catalanes y mallorquines, que consiste en confundir en uno solo (el de la *b*) los sonidos tan distintos de la *b* y de la *v*. Por mas que este vicio tenga en su abono la antigüedad, de que da testimonio el conocido epigrama en que se nos moteja de *afortunados*, porque ya en el siglo XVI eran para nosotros una misma cosa *bibere et vivere* (beber y vivir); por mas que á muy respetables autoridades académicas haya yo oido sostener con un calor digno de mejor causa, que ese es un *primor de nuestra ortologia* y que

es *afectacion ridícula* distinguir esos sonidos en la conversacion, yo siempre procuraré distinguirlos y consideraré su confusion, tan arraigada ya en nuestra lengua, como un defecto, compañero de otro que tambien lamento, á saber, la supresion de la *s* líquida, sonido delicado muy hermoso en mi sentir y que, con mejor acuerdo que nosotros, á lo que entiendo, han conservado del latin los italianos y los franceses. Decir *espíritu*, *Escipion*, me suena tan mal como decir *bírgen*, *ábido*, *beamos*...

Tambien estoy muy mal con la moderna manía de suprimir en los vocablos las letras dobles, que la etimología reclama, y otras que notoriamente les imprimen vigor y cierta especie de sonora redondez..... Así todo el mundo dice ya *ocidente* y no *occidente; suceder* y no *succeder*, en la acepcion de heredar ó seguir á otro en un cargo público, por ejemplo, con lo que nos hemos privado de un verbo y de sus numerosos derivados. Decimos *setiembre* y no *septiembre; suscritor* y no *subscriptor; trasparente*, *trasformar*, *traspirenáico*, y no *transparente*, *transformar*, etc., como deberia decirse. Al paso que vamos, pronto diremos el mes de *otubre;* contaremos los *atos* y no los *actos* de una comedia, y la fachada del Museo nos parecerá *manífica* porque tiene muchas *colunas*. Esto me recuerda el dicho de un ilustre escritor contemporáneo, poeta y hombre de Estado, el cual asegura con mucha gracia que una columna sin *m*, no sostiene nada.

¿A qué conduce ese afan de empobrecer y mutilar nuestra hermosa lengua, so color de simplificarla?...

CI

En vez de extemporáneas supresiones de letras que solo conducen á oscurecer ó borrar el origen etimológico de las voces, verdadera ejecutoria de su nobleza, desearia yo que se suprimieran del lenguaje comun tantas palabras ociosas con que solemos rellenar el discurso, y tantas cansadas repeticiones de una misma palabra con que parece en ciertas ocasiones que nos proponemos matar el tiempo.

— ¡ Vaya, vaya, vaya!... — Tiene V. de que... — Luego despues... — ¡ Le digo á V. que es excelente sujeto! ¡ excelente! sí señor, ¡ excelente sujeto!... (y así se están dos minutos repitiendo que es excelente). — ¡ Pues señor, bien! — Con que... con que...

Cuando alguno me atraviesa con frecuencia en la conversacion cualquiera de estas muletillas, se me figura que me encuentro un pelo en la sopa...

CII

Bajo el título de *Manual de cuquería*, *Fisiología del Cuco*, se propone hace muchos años un amigo mio muy discreto escribir un libro que seria muy bueno si dijera en él todo lo que se le alcanza sobre la materia; pero no lo dirá ni aun escribirá el libro, porque él mismo es un gran cuco. Seguro estoy de que se guardará muy bien de decir en letras de molde á sus contemporáneos verdades amargas : abstenerse de hacerlo es el *a b c* de la cuquería : de-

cirles mil lisonjas, ponerlos en las nubes, á cien leguas por cima de todos los demás humanos, esta es ya la perfeccion del arte. La raza de los cucos es abundantísima en Madrid y se necesita cierta habilidad para no confundirla con la de los majaderos, que á Dios gracias tampoco escasea. ¡ Cuántas veces se atribuyen á ignorancia ó necedad hechos y dichos que no son más que efecto de una profunda y sapientísima cuquería! Los que se jactan como de una gran proeza de que *jamás han salido de España*, dando así á entender que fuera de España no hay nada que merezca la pena de moverse para ir á verlo, y que nuestra tierra es por consiguiente el compendio y suma de todas las perfecciones, — ¡ cucos! Los que sostienen impávidos que el garbanzo es el rey de los manjares, que las trufas son una porquería, y que donde está la aduana de Madrid, callen todos los edificios del universo, — ¡cucos! Suelen pasar por hombres de cortos alcances y alguna vez lo son en efecto; pero si llevan una levita muy larga y muy mal hecha, si dicen esas cosazas con cierto aire socarron, y sobre todo si ocupan hace muchos años á la chita-callando, en cualquier dependencia del Estado, alguna de esas canongías oscuras, de que nadie ha oido nunca hablar, pero que están perfectamente dotadas en el presupuesto ó fuera de él y no dan nada que hacer, conocidas con el significativo nombre de *chupamelonas*, de seguro no son tontos, sino cucos y muy cucos! Si á todo esto añade alguno de ellos, con tono sentencioso y aire profundamente convencido, hinchando mucho las narices, aquello de que *en diciendo español todas las naciones tiemblan*, — y lo otro de que *el español por tierra y el inglés por mar*, entonces no hay mas que descubrirse é inclinarse

con respeto ante aquel hombre, porque él conoce á fondo la tierra que pisa! Ese es mas cuco que todos ó, por mejor decir, ese ya no es cuco, sino recuco, archicuco y... culebron!!! que es lo que hay que ser en Madrid para abrirse paso.



CONCLUSION

Enghien-les-Bains, octobre 1860.

Voy á resumir (no *reasumir* como hoy se dice).

París me parece la verdadera capital de Europa, lo que vale tanto como decir del mundo civilizado. Su posicion ventajosísima y, sobre todo, el genio inventivo y audaz, el espíritu de iniciativa y la condicion generalmente amable de sus naturales, le aseguran por muchos siglos, á lo que creo, la especie de no disputada supremacía intelectual y aun política de que disfruta en el mundo. —¿A qué negarlo? *Cuando París estornuda, el mundo se suena*, me parece un axioma del derecho moderno.

Segun una feliz expresion andaluza, para significar que alguna persona tiene lo que se llama don de gentes, París *tiene garabatillo*. Y es porque aquella gente, de suyo muy lista, es, no solamente hospitalaria, sino agasajadora. Sé que en España es muy comun negar esa supremacía de París, aun por los mismos que mas la acatan en la práctica. Lo comprenderia en rigor, si fuese para ellos cuestion de amor propio nacional; pero no hay nada de eso: se la niegan á París, no para atribuírsela á Madrid, lo cual seria demasiado absurdo, sino á Lóndres ó á Berlin, ó á cualquier pueblo con tal que no sea francés. ¿Por qué? ya lo he dicho: en mi opinion, solo porque los franceses y nosotros somos vecinos. De la gran distancia á que vivi-

mos de ellos, nace nuestra especial aficion á los alemanes, sin que yo niegue por eso que valen mucho.

No creo que exista pueblo alguno en que todo esté tan bien previsto como en París para hacer grata la residencia en él á los extranjeros : por eso es tambien el pueblo adonde acuden en mayor número. El de los españoles que le visitan todos los años es grandísimo y cada vez mayor, á pesar de las penalidades del viaje hasta Bayona, que son crueles. Considero un gran bien para nuestro país esas voluntarias emigraciones periódicas, y lamento solo que ciertas preocupaciones añejas, y mas aun la fuerza de la rutina, esterilicen en gran parte sus resultados. En efecto, la prevencion hostil con que unos hacen gala de mirar las cosas francesas, y la costumbre que toman otros (los más) de no salir cuando están en París, de unos cuantos puntos céntricos, convirtiendo en Prado el *boulevard* italiano y el *passage Jouffroy* en Puerta del Sol, son causa de que se vuelvan á Madrid tan á oscuras como fueron de lo infinito que hay que ver y estudiar en aquella capital. Sus cercanías son hermosas sobre todo encarecimiento : la dilatada selva de Montmorency, con sus cien pueblecitos encantadores, cobijados como nidos en la espesura de sus seculares arboledas ; los parques de Meudon, Neuilly y Saint-Cloud : los bosques de Fontenay-aux-Roses, toda la campiña que se extiende desde Bougival hasta Saint-Germain, y, para abreviar, todos los contornos de París, son deliciosos. Puntos hay que en algunos de los raros dias completamente hermosos que ofrece aqui el verano, parecen trasuntos del paraíso. *Raros* dias hermosos he dicho, porque en efecto aqui llueve mucho ; y para los que, como la mayor parte de mis paisanos, *no pueden vivir* si no ven

el sol, esto es sin duda un inconveniente grave. En cuanto á mí que siento de muy distinta manera y que vivo muy bien sin los abrasadores soles de Madrid que, segun la expresion de una amiga mia muy discreta y muy española, solo sirven *para tostar el cútis y dar jaquecas;* yo que respiro mucho mejor esta atmósfera fresca y húmeda, que el polvo calizo con que Madrid nos ahoga cuando no nos amaga con una pulmonía el viento seco del Guadarrama, confieso con rubor, aunque parezca una herejía, que prefiero con mucho el clima de París al de nuestra capital. Como quiera, es lo cierto que la mortandad, sobre todo de niños, es allí proporcionalmente mucho mayor que aqui, y que por regla general, es aqui la gente mas longeva que en nuestro pais, y se conserva mejor, en especial las mujeres. Al decir pues que en París son raros los dias ***hermosos***, en verano, me conformo á las ideas corrientes entre nosotros, no á las mias: para mí el invierno solo es aqui muy duro, y la primavera casi siempre desapacible; pero el verano me parece muy hermoso y el otoño deliciosísimo.

Un excesivo amor al dinero, una propension fatal á esquilmar al prójimo por la parte del bolsillo, no con violencia, sino con maña — maña llevada á veces hasta la mala fé, — deslucen un tanto la fisonomía moral del pueblo de París. Nos figuramos generalmente los extranjeros que somos por *nuestra calidad de extranjeros*, el blanco predilecto de la codicia exagerada cuanto ilícita de los que se dedican á lo que aqui se llama el *petit commerce;* pero no es así: la razon de saquearnos con preferencia es que naturalmente somos materia mas dispuesta al saqueo que los parisienses, grandes conocedores del terreno.

Así es que en una porcion de industrias hay lo que se llama *le prix de Paris*, precio inferior al corriente para todo forastero, inclusos los mismos franceses de las provincias, — *les provinciaux*, — gente no menos explotada y saqueada por sus hermanos de la capital, cuando pueden hacerlo impunemente, que nosotros los extranjeros. Me inclino á creer que lo mismo sucede en todas las capitales del mundo ; pero acaso en París suceda en mayor escala que en otras partes, por los mayores goces que aquí proporciona el dinero, lo que naturalmente estimula y aviva el afan de poseerlo.—Este me parece el verdadero secreto de la codicia extremada de que con razon se acusa al comercio de París, junto con la creciente carestía de las cosas necesarias á la vida. ¿Qué remedio? *il faut bien que tout le monde vive!...*

Desde que escribí estos apuntes, las mejoras locales de Paris han tomado un vuelo asombroso. Solo mencionaré entre ellas, por su merito artístico y por estar representada en uno de los grabados que acompañan á este libro, la nueva *Fuente de san Miguel*, util y elegante ornato del *boulevard* de Sebastopol.

Londres asombra por su magnitud, en primer lugar, por su riqueza, por la actividad prodigiosa de su tráfico y, sobre todo, por esa atmósfera de libertad, digámoslo así, que se respira en aquel pueblo y que él solo conoce : yo á lo menos solo allí la he encontrado. Libertad de imprenta, — de palabra, — de asociacion, — de enseñanza, — de cultos, — de profesiones, — de ir y venir (hasta por los andenes de los ferro-carriles circula allí el público libre-

mente, sin que haya necesidad de acorralar á los viajeros en esas especies de jaulas á modo de toriles, que se usan en París y en Madrid : — todas estas libertades, que juntas forman esa entidad mágica que se llama LA LIBERTAD, solo allí existen de hecho; solo allí el ciudadano es verdaderamente libre, y sin embargo en ninguna parte está tan arraigado como allí el sentimiento monárquico. El amor al trono es para los ingleses una especie de culto : la persona de su reina es en cada familia un individuo más, — el mas respetado y no el menos querido. *God save the Queen!* no es allí un grito de partido, sino una de las fórmulas del patriotismo, — la expresion de un pensamiento nacional.

Mucho menos agradable que París me parece Lóndres para los extranjeros. Sus continuas nieblas, el humo sofocante y muy sucio del carbon de piedra, la escasez relativa de sus diversiones públicas y la exagerada carestía aun de las cosas mas necesarias, justifican suficientemente, me parece, la escasa simpatía que aquel pueblo alcanza entre los que no han nacido en él, inclusos los mismos ingleses que, á lo que he podido observar, le son poco aficionados. Los ricos prefieren vivir en el campo ó venirse al continente, en especial á Francia y á Italia. Añádese á esto que así como en París todo parece amorosamente dispuesto para atraer y halagar al forastero, allí todo le repele; malas ó carísimas posadas, — fondas detestables (para el gusto general de los hijos del continente), y escasas ó carísimas tambien ; — tres ó cuatro cafés á lo sumo en todo Lóndres ; — pocos y decadentes teatros : dicho se está que nada de esto es muy para seducir al pobre forastero, aburrido de recorrer aquellas interminables calles, aquellos

parques mas interminables todavía, sin encontrar mas que gentes que van muy de prisa, cada cual á su negocio, sin mas sitios donde *restaurarse* al paso que malas *tabernas* ó cervecerías llenas de gentuza, tal cual poco apetitosa pastelería, y sin el recurso precioso que ofrecen en Paris al transeunte desocupado sus primorosas y variadas tiendas, capaces de tentar al mismo licenciado Cabra de Quevedo, sus cafés en *plein vent*, y sobre todo, sus vistosos pasajes tan útiles cuando llueve, que es casi siempre. Todo me parece perfectamente calculado en Lóndres para la vida de familia : nada para el hombre solo, á la inversa de París, donde el hombre solo vive mucho mejor que en familia, y por mucho menos dinero. Los vecinos de Lóndres disfrutan sin duda muchas comodidades en sus casas; hasta los pobres conocen á su manera el *comfort*, verdadera especialidad inglesa: para el forastero, si no es muy rico, nada hay previsto, salvo los *clubs*, otra especialidad, casi otra institucion inglesa, de la que ya he hablado bastante en estos apuntes, para que sea excusado insistir sobre esto.

Ni la literatura ni las bellas-artes están hoy en Lóndres, me parece, á la altura que corresponde á una nacion tan grande bajo otros conceptos. Fuera del historiador Macauley, del filósofo Stuart Mill y de los novelistas Bulwer, Thackeray, lady Blessington y Cárlos Dickens, no recuerdo en la literatura inglesa contemporánea, ninguno de esos nombres grandemente sonoros que despiertan un eco en todas las inteligencias ilustradas. En punto á artistas, nada notable he visto allí en las dos últimas exposiciones, fuera de algunas miniaturas y muchas aguadas excelentes, género en que los ingleses han descollado siempre ; pero he visto, eso sí, muchos mamarrachos pintados al óleo.

Una observacion comparativa haré para concluir. Cuatro veces he salido de Lóndres para volver al continente, y ninguna con pena; nunca he dejado á París aun despues de pocos dias de residencia, sin llevar el corazon algo oprimido. No creo que esto sea una particularidad mia, antes bien me parece que muchos opinarán ó *sentirán* mas bien como yo, que París se *hace querer*, al paso que Lóndres solo se *hace admirar*. Son dos cosas muy distintas, y entre ellas (lo mismo tratándose de ciudades que de personas), opto por la primera.

MADRID..... ¿qué diré de Madrid, sin repetir lo que dejo escrito? Temo, y lo sentiré de veras, no haber contentado con ello á los madrileños, en quienes viene ya de muy antiguo la errada creencia de que su ciudad es un portento, juntamente con la rara manía de buscar términos de comparacion entre sus edificios, paseos, etc., y los edificios y paseos de otras capitales. ¡Comparacion imposible! Cada país tiene sus cosas buenas y sus cosas malas, y como dice nuestro proverbio, *toda comparacion es odiosa.* Recuerdo haber oido contar en mi niñez que un duque de Alba muy discreto, abuelo ó bisabuelo del actual, hizo un viaje á París, empresa casi temeraria en aquellos tiempos, en que los muy ricos viajaban en coche de colleras llevándolo todo á la zaga, desde la cama hasta la batería de cocina, y la gente de medio-pelo atravesada en un mulo, parte integrante de una recua. Como hombre muy ilustrado y exento de mezquinas preocupaciones, visitó y francamente admiró, magüer excelente español, las muchas cosas buenas que vió en París, pueblo que aunque sin duda no

era á la sazon ni sombra de lo que es hoy, comparativamente valia ya mucho. De vuelta en Madrid, todos sus amigos preguntaban al duque con la curiosidad que hoy nos inspiraria un viajero recien llegado de la Luna, qué tal le habia parecido esto, ó lo otro, ó lo de mas allá; y S. E., con muy buen criterio, ponderaba lo bueno, censuraba lo malo y daba en suma sobre todo su opinion desapasionada, pero, como es natural, casi siempre favorable á lo que habia visto en la ciudad del Sena. Parece ser que sus elogios no á todos sonaban bien; y no queriendo el duque ni pasar plaza de mal español ni faltar á la verdad, adoptó una fórmula felicísima con que á modo de muletilla contestaba á todas las comparaciones á que le provocaban sus amigos. Hablaba, por ejemplo, del *Louvre* y le decian : — ¡ Ya ! ¡ pero no valdrá lo que nuestro palacio de Madrid!..... Ponderaba el jardin de *las Tullerías* y le objetaban al punto : — ¡ Pero por supuesto que no valdrán lo que nuestro Prado!... y así sucesivamente le iban oponiendo la iglesia de San Isidro á *Nuestra Señora de París*, — el hospital de la Latina á *Saint-Germain l'Auxerrois*, — el puente de Segovia al *Pont Neuf*, — la Granja á *Versalles*, — el Pardo á *Saint-Cloud*, etc., etc. A todo contestaba el discreto duque con mucha formalidad : — *¡Esto es otra cosa!*

Yo no soy duque, ni blasono de discreto ; pero contesto tambien : — *¡ Esto es otra cosa !* — á los que me preguntan si Madrid me parece mejor ó peor que París y Lóndres. No creo que haya comparacion posible. Madrid es sin duda una ciudad importante, en la que se puede vivir agradablemente, en que hay muchas cosas buenas que ver; pero no tiene en mi sentir las condiciones que se requieren para

ser la capital de una gran monarquía. Mas bien que pequeño, Madrid me parece enano : por mucho que se estire, juzgo imposible que llegue á ser nunca una gran ciudad. Su miserable rio, infecundo y asolador al mismo tiempo; su suelo quebrado y arenisco; la mezquindad primitiva de su planta, sobre la cual no es dable fundar nada grande; — la despoblacion de su árida campiña, causa y efecto juntamente de su mal clima, condenan á Madrid á una pequeñez que me atreveré á llamar orgánica. Pueblo herido de una incurable raquitis, cuanto se haga para ponerle al nivel de las grandes capitales de Europa, será tiempo y trabajo perdidos. Con la décima parte de lo que se ha gastado en hacer de Madrid lo que es, Sevilla, Barcelona, Zaragoza, rivalizarian hoy con París ó Lóndres : hasta el agua que bebemos tiene aquí que venir de fuera. Una de las desgracias de España es tener á Madrid por capital. ¡Obstinacion funesta de nuestros reyes de la casa de Austria! Cualquiera de aquellas ciudades, Lisboa sobre todo, nos hubiera conservado probablemente en posesion no disputada de nuestro antiguo carácter de nacion de primer órden. Todo en Madrid da testimonio de la humildad de su origen, á despecho de la fabulosa antigüedad que le atribuye la *Guia* : calles estrechas y tortuosas, falta absoluta de monumentos históricos, pobreza y oropel, porque la industria aquí no es posible careciendo como carecemos hasta de los primeros elementos naturales de que aquella vive, y siendo como somos una poblacion de empleados, de cesantes, de periodistas y de palaciegos... ¿ Qué seria Madrid si no fuera la capital de España ?

España á pesar de todo, y Madrid tambien, estan en via de progreso. Uno muy importante nos falta hacer, — y es

que los partidos se convenzan de que la posesion del poder, el gobierno en suma, — no es un *fin*, sino un *medio*. Todos sin embargo parece que aspiran á él, como al objeto final de sus deseos, no como al instrumento necesario para realizar con él sus planes : — son como un hombre que pusiese todo su conato en adquirir un violin, y que una vez adquirido, saliésemos con que *no sabe tocar*. El progreso mas positivo que, en mi sentir, hemos hecho de medio siglo á esta parte, es el establecimiento de la guardia civil, — y no hablo aquí del hecho material de haberse establecido, sino del resultado felicísimo de haberse esta excelente institucion encarnado, por decirlo así, en nuestro país, entrando de lleno en nuestras costumbres, en nuestras ideas, casi me atreveré á decir en nuestros corazones. La guardia civil es ya una conquista de la civilizacion moderna, no simplemente una de esas mejoras prendidas con alfileres que suelen introducir los gobiernos ilustrados y que el espíritu público no prohija, no adopta. Adoptada ya por nuestro pueblo, (— prueba de su inteligencia y bondad naturales), la creo á cubierto de los vaivenes de la política, y con ella lo está la *seguridad* pública, base de todo progreso permanente. El partido insensato ó criminal que destruyese esa arma, dado que alguno fuese poderoso á hacerlo, lo cual dudo mucho, tan arraigada la considero en el país, nos haria retroceder un siglo en el camino de la civilizacion.

La policía de Madrid me parece poco menos que en la infancia. A mejorarla deben tender, y tienden en efecto, los esfuerzos de todas las administraciones. Al atraso en que aun se encuentra es debido principalmente el fatal aspecto que presenta nuestra capital cuando se llega de

otras mas afortunadas en ese punto. Nuestros llamados *barrios bajos* sobre todo son un anacronismo en este siglo: parecen aduares de gitanos. La costumbre de colgar pañales y trapos en las ventanas; la de salir las mujeres á peinarse junto al arroyo: las bandadas de chiquillos que andan por las calles en cueros ó en camisa, — todo esto y otras muchas incongruencias ó sucias, ó inmorales, ó simplemente molestas para el público, deben desaparecer cuanto antes Es preciso tambien que las gentes, — ordinarias y finas, — empiecen á ser *mejor habladas*. Jurar y blasfemar como hoy es costumbre por cualquier motivo, y á veces sin motivo alguno, es ofender gravemente á Dios, escandalizar al prójimo y degradarse á sí mismo.

Seria un gran bien, me parece, que se suprimiesen las corridas de toros, por las excelentes razones que ya dió Jovellanos y por otras cien que no diré aqui, porque á cualquiera se le ocurren y tambien porque... ¿ me atreveré á decirlo ? — porque á mí personalmente, lo confieso, *me gustan los toros*. Me gustan y ¡flaqueza todavía mayor! acudo á aplaudir á Cúchares y al Pelon siempre que algun amigo, con sus instancias y su compañía me dá *pretexto* para cohonestar á mis propios ojos tan flagrante contradiccion de mis actos con mis ideas. Pero esto ¿qué prueba? ¿Diré por eso que los toros son una diversion culta y ni aun siquiera *divertida?* — no por cierto. Diré tan solo que la fuerza de la costumbre puede mucho; que es mas fácil conocer el bien que practicarle; y que lo mismo que en tiempo de Ovidio es hoy y será eternamente cierto, aquello de

..... Video meliora, proboque,
Deteriora sequor.

No veo yo tanto el mal en que haya corridas de toros, como en que se *defiendan* por buenas. Muy aficionados son todavía los ingleses á sus feroces luchas á puñetazos (*to-box*) y no creo que á ninguno se le haya ocurrido decir seriamente que ese espectáculo debe fomentarse: hoy, como espectáculo, esa bárbara costumbre está completamente abolida en Inglaterra. En hacer lo mismo con las corridas de toros ganaremos mucho, — aunque yo y otros de tan mal gusto como yo, nos quedemos privados de esa diversion.

Los hijos de Madrid, motejados con el apodo de *gatos*, valen mas que su reputacion, á lo que entiendo. Por generalmente pequeños y canijos han estado mucho tiempo exentos de entrar en quintas, aunque otros dicen que no fué esa la razon del privilegio, sino su lealtad heróica á la casa de Borbon en sus largas guerras contra el archiduque Cárlos; mas sea de esto lo que quiera, es lo cierto que ni son menores que los demás hijos de Castilla, ni tienen nada de encanijados. Los creo, por el contrario, mas listos, física y moralmente, que los otros castellanos, y es natural que así sea: en la córte hay que andar aprisa y vivir muy despabilado. Por lo demás, los madrileños (hablo de la gente del pueblo) se me figura á mí que tienen cierta misteriosa analogía con su afamado rio Manzanares. Así como este se deja pasar casi todo el año á pié enjuto, y de pronto, cuando menos me cato, se le hinchan las narices, sale de madre y se torna furioso torrente, de que dan testimonio dolorosas y recientes catástrofes, así aquel buen pueblo que por lo comun parece indiferente á la cosa pública y que así se le da de lo que va como de lo que viene, suele alzarse súbitamente en sangrientas aso-

nadas que luego se llaman el motin contra Oropesa ó contra Esquilache ó contra el príncipe de la Paz, el asesinato de Viguri, el del cura de Tamajon—y tantos otros.—Por manera que ese pueblo, que parece que ni lee, ni piensa mas que en los toros y en sus asuntos particulares, sale á lo mejor con que tambien él tienē su opinion política, y en un momento de exaltacion, que hoy decimos *pronunciamiento*, la proclama y defiende martillo ó puñal en mano como un solo hombre. Bueno es saberlo.—Suele decirse en tales casos que el siempre heróico pueblo va seducido por algunos *ambiciosos*, como seducen siempre á los príncipes algunos *intrigantes*, cuando hacen algo malo. Por regla general yo creo poco en esas seducciones de pueblos y de príncipes.

Lo repito con vivo placer : creo que España va camino recto del verdadero progreso, por mas que con frecuencia nos torzamos á derecha ó á izquierda, ya que pararse ó retroceder en ese camino sea imposible, cumpliéndose así el profundo dicho de Bossuet : *L'homme s'agite et Dieu le mène !* Los ferro-carriles transformarán por completo la faz de nuestro país, y rectificarán en él las ideas, que es de lo que tenemos, á mi juicio, mas urgente necesidad. Lástima es que haya en nuestros ferro-carriles algo de improvisado y prematuro que, en mi sentir, ha de paralizar bastante sus buenos efectos. Como quiera, es lo cierto que somos ya mas activos y emprendedores que nuestros padres; vivimos con mas comodidades que ellos; sobre todo, somos mas libres : esto ya es algo. Sin duda que en lo moral dejamos todavía bastante que desear; pero cuando leo la historia de los reinados últimos, no veo que en esto nos llevasen nuestros padres gran ventaja. En cuanto

á nuestros antiguos vicios capitales, la intolerancia y la envidia, continúan sin novedad en su importante salud. La primera, sin embargo, se me figura que va tomando entre nosotros formas menos acres y sobre todo menos perseguidoras y crueles que en otros tiempos; y no hablo de épocas remotas, ni de aquellas matanzas y proscripciones en masa, de judíos, moriscos y protestantes, cuyo relato nos hace estremecer como el testimonio horrible de una ferocidad de costumbres que á la verdad compartíamos entonces con todas las naciones de Europa : hablo solo del siglo presente. No se olvide que desde el año 14 hasta los principios del reinado actual, el suelo español ha estado recibiendo un apenas interrumpido rocío de lágrimas y sangre española. Mucha sangre y muchas lágrimas ha hecho luego derramar tambien la guerra dinástica y política, cuyos últimos chispazos suelen teñir de tarde en tarde el horizonte con fúnebres resplandores; pero á pesar de los odios que naturalmente ha engendrado, los que á consecuencia de ella, todavía y ya de muchos años á esta parte,

> El agua beben de extranjeros rios,
> Mil veces con sus lágrimas mezclada, —

la beben porque les gusta ó les prueba mejor que la de España, no porque ningun decreto de proscripcion los condene á ello. Al cabo de tantas amnistías, todas las emigraciones son ya voluntarias. Más diré : no creo que fueran hoy posibles las odiosas persecuciones de *afrancesados* y de *liberales* que desdoran la historia de nuestros padres, aun cuando desgraciadamente se reprodujeran entre nosotros las tristes circunstancias á que fueron debi-

das. El pueblo español, me parece, no se asociaria ya hoy con la docilidad que entonces á las implacables venganzas de un hombre ó de un partido, lo cual no prueba que *sienta* hoy menos, sino que *discurre* mas y mejor. Tambien este es un grande y verdadero y progreso.

Madrid se va ensanchando y hermoseando, aunque lentamente. Apruebo mucho lo segundo, pero no lo primero : no creo que Madrid deba ser mayor de lo que es ni obstinarse en ese vano afan de irse pareciendo *cada vez mas* á París ó á Lóndres, siendo así que, por mucho que haga, siempre se irá pareciendo *cada vez menos*. No hay remedio : cada dia que pasa nos aparta un poco mas de aquel modelo imposible de alcanzar, y la razon es muy obvia : — están las dos ciudades y la nuestra en el caso de dos hombres tras de los cuales fuera corriendo otro, llevándole ya ambos mucha delantera, y que continuasen además corriendo mucho mas aprisa que él. ¿Cuándo se encontrarian ? jamás. Mejor hariamos, pues, á lo que entiendo, en renunciar definitivamente á una competencia tan desairada como ruinosa y en dar otro sesgo al espíritu y forma de nuestras mejoras municipales. En vez de una mala ciudad *del Norte*, tengamos una elegante capital *del Mediodia*; proyectemos y construyamos con arreglo á nuestro clima, á nuestras necesidades y á nuestras costumbres. ¿Para qué queremos anchurosas plazas, como la de la *Concordia* de París, ó la de *Trafalgar* de Lóndres ? — el sol abrasador de nuestros veranos, nuestros mortíferos vientos del Guadarrama las rechazan de consuno. ¿Para qué queremos calles anchas como la de *Rivoli* ó como el *Strand?* nuestra poblacion que siempre será reducida, no las necesita.

Siempre será reducida la poblacion de Madrid por mucho que *se fuerze*, digámoslo asi, como está sucediendo de algunos años á esta parte, la afluencia de habitantes y de capitales á la córte. Considero muy peligrosa para el porvenir esa centralizacion exagerada de todas las fuerzas productoras del país, que va rompiendo el necesario equilibrio entre la cabeza y los miembros. España está amagada de apoplejía; todo el dinero, toda la inteligencia, todos los recursos, en suma, se le van subiendo, no sé si á la cabeza ó al corazon ó al estómago. Me inclino á esto último, pues Madrid no hace mas que tragarse, á veces muy estérilmente, toda la sustancia de la nacion. Y entretanto las extremidades del cuerpo social se van enfriando lastimosamente : á vueltas de unas cuantas ciudades en que se ven sorprendentes mejoras locales, como Valladolid por ejemplo, ¡ cuántos de nuestros pueblos, cuántos, carecen hasta de lo estrictamente necesario! El ánimo mas entero se abate y contrista al ver en lo interior de las provincias, *millares de pueblos* que carecen, unos de iglesia, otros de escuela ó de cárcel, ó que tienen en un estado completamente ruinoso los miserables edificios (casuchas indecentes, diria mas bien destinados á esos objetos. De carreteras no hablemos, fuera de las grandes líneas : por donde no pasan estas, raro es el puente que no amenaza ruina; de los caminos vecinales apenas existe mas que el nombre; hasta los de herradura, únicos que se conocen en muchos distritos, ofrecen peligros para el tránsito, tal es el lamentable abandono en que se encuentran. Muchos de nuestros lugares pequeños, mas que moradas de hombres, parecen madrigueras de alimañas : vistos de lejos, algunos se me han figurado montones de escombros. Bien se puede

asegurar que un tercio de las construcciones civiles de nuestro país, está poco menos que derruido; otro tercio, casi apolillado; y que del tercio restante se podrian sacar pocos edificios en cabal estado de salud..... Urge pues reparar tantas ruinas, antes que hermosear á Madrid. Lo contrario seria echar coche sin tener zapatos.

Añádase á esto la pobreza suma en que vegetan poblaciones enteras, de que dan aflictivo testimonio esas bandadas de mendigos que asaltan las diligencias y el correo á su paso por ellas. — ¿De dónde salen tantos andrajos? ¿A quien no oprime el corazon la vista de aquellas caras hambrientas, arrecidas de frio, degradadas por el duro roce de la miseria? Reliquias odiosas de la barbarie antigua, el hambre, el frio, la vagancia, los malos sentimientos que las necesidades no satisfechas inoculan fatalmente en las almas, se me figuran un verdadero anacronismo en nuestro siglo. Solo como *excepcion* deberian existir en los paises cultos, semejantes á aquellos monstruos que se arrastraban por la tierra informe todavia en la remota época geológica en que el hombre vino á poblarla y posesionarse de ella, y que poco á poco, á fuerza de gigantescas luchas, fueron desapareciendo ante sus primeras conquistas, como un vivo insulto á la civilizacion naciente é incompatibles además con la seguridad del nuevo y noble huésped, hecho á semejanza del Criador. Del propio modo desaparecerán aquellos malditos hijos del averno. Las tinieblas mismas, esa oscuridad de la noche, complaciente encubridora de crimenes, son otro *monstruo* destinado a refugiarse en los desiertos con las víboras y los lobos. ¿Quién duda que la luz eléctrica las ahuyentará algun dia de nuestras poblaciones?.. Tiempo vendrá en que los

hombres se maravillen de que otros hombres han vivido por la noche á oscuras y probado ciertas miserias que todavía duran en nuestras sociedades aun muy imperfectas, á la manera que ya empieza á maravillarnos que hayan viajado en galera y padecido con periódica regularidad hambres, pestes, invasiones de bárbaros y tantas espantosas calamidades como llenan la sombría historia de los siglos medios.

Mientras llega la luz eléctrica, ya me contentaria yo con que un modesto farol alumbrase de noche las calles de una centésima parte siquiera de nuestros pueblos durante las horas nocturnas que abandona al monstruo de las tinieblas la luna ausente; y tambien con que se atendiese un poco más á satisfacer otras necesidades locales de tantos pueblos pequeños, privados absolutamente de todo, siquiera fuese preciso para ello rebajar algo del magnífico programa de mejoras proyectado para Madrid..... Pero ¿qué digo?... desgraciadamente no será la ejecucion de esas mejoras lo que impida atender á otras necesidades mas apremiantes de la nacion. Esas mejoras, *proyectadas* están y — ¡ ojalá me engañe! — pero Vds. verán como por muchos, muchos años todavía *se quedan en proyecto.*

FIN.

Paris. — Imprenta de E. Thunot y Ca, calle Racine, 26.



